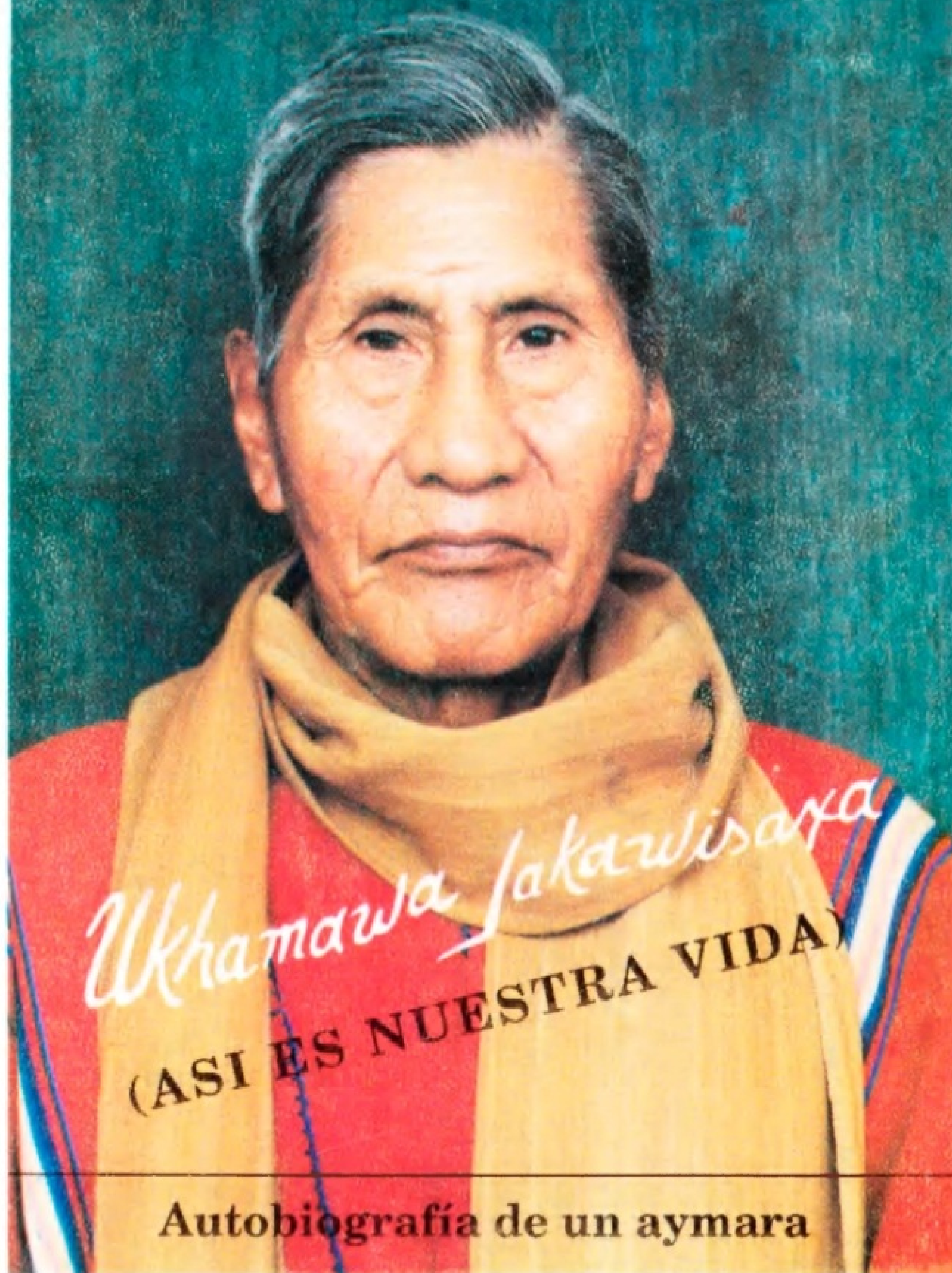
LUCIANO TAPIA (*Lusiku Qhispi Mamani*)

Ukhamawa Jakawisaxa

(ASI ES NUESTRA VIDA)

Autobiografía de un aymara


LUCIANO TAPIA (Lusiku Qhispi Mamani)
Ukhamawa Jakawisaxa
(ASI ES NUESTRA VIDA)
Autobiografía de un aymara

Luciano Tapia ***(Lusiku Qhispi Mamani)***.- Nació el 13 de diciembre de 1923 en Corocoro, provincia Pacajes, como miembro del ayllu Caquingora (Qaqinkura), comunidad Alaya-Qallirpa. Es autodidacta y cursó solamente tres meses de clases en una escuela primaria.

El peregrinaje que realiza por la comunidad y la ciudad, el trabajo en las minas y su experiencia como dirigente sindical y colonizador en Alto Beni, le permiten conocer a fondo la explotación, aculturación y represión política y reflexionar sobre la situación de sojuzgamiento.

Es ideólogo y pionero del Movimiento Indio. El año 1972, en la clandestinidad, funda el MITKA (Movimiento Indio Tupaq Katari), la primera organización indígena. Fue candidato a presidente de la República en las elecciones generales de los años 1978, 1979 y 1980 y diputado nacional entre 1982 y 1985.

Ukhamawa Jakawisaxa (Así es nuestra vida), se constituye en el único testimonio autobiográfico de la historia del Movimiento Indio contemporáneo. Es, además, un llamado de reflexión a todos los bolivianos sobre las consecuencias del racismo, la opresión y la aculturación.

Luciano Tapia

(Lusiku Qhispi Mamani)

UKHAMAWA JAKAWISAXA (ASI ES NUESTRA VIDA)

Autobiografía de un aymara

Luciano Tapia agradece a la Fundación Interamericana por haber financiado la edición de este texto.

D.L.: 4-1-862-95

Diagramación; Ivette Paz

Diseño carátula: YATIYAWI

Fotografía tapa: Christophe Kuhn

Hecho en Talleres Gráficos *hisbol srl*

Calle Conchitas 524, teléfono 36 8327

Fax (591-2) 36 8327, casilla 10296

La Paz, Bolivia

AGRADECIMIENTO

Mediante las presentes líneas deseo expresar de manera muy especial mis agradecimientos a la señora Cristina Bubba Zamora, al señor Javier Mendoza, a la señorita Ivette Paz y al señor Félix López Mamani, que de manera permanente me prestaron su valiosa cooperación y amistad, y al señor Benito Kevin Healy, de la Fundación Interamericana, por haber financiado la impresión de este libro

que lo dedico a mis hermanos de raza, al pueblo aymara del Qullasuyu.

Ponderando muy sinceramente el aporte moral y material de las personalidades ya nombradas, no me queda más que decir en nombre de mi pueblo y el mío propio, gracias señores, muchas gracias a cada uno de ustedes, que han sabido captar mi vocación de justicia y libertad para mi pueblo, que ahora ya queda plasmado en una historia escrita sobre una pequeña parte de la vía crucis del pueblo aymara del Qullasuyu.

Luciano Tapia Q.

La Paz, agosto de 1995

INDICE

INTRODUCCION

Por alguna razón, lo primero que recuerdo de Luciano Tapia es el descomunal sombrero de su lugarteniente. Eran las elecciones de 1978, después de la huelga de hambre que obligó a Banzer a resta- blecer la democracia, bajo el quemante sol del mediodía. Ese som- brero era casi como uno mexicano en medio del Altiplano paceño. Nosotros formábamos parte de una de las muchas comisiones orga- nizadas por la Asamblea de Derechos Humanos para el control del acto electoral.

-Ese es Luciano Tapia- dijo alguien.

En medio del grupo donde flotaba, como un hongo altiplánico, aquel sombrero inmenso, había un hombre adusto, casi sombrío, irradiando autoridad sobre sus seguidores. Nos presentaron.

Para alguien que no habla bien el castellano "Derechos Huma- nos" y "Naciones Unidas" pueden ser más o menos lo mismo. Y en realidad creo que lo son; o

quizás lo fueron esos días. Lo cierto es que don Luciano pensó que nosotros éramos funcionarios de Na- ciones Unidas, es decir, extranjeros. Aprovechando de esa supuesta condición nuestra, procedió a hacer una fogosa denuncia de las atrocidades cometidas contra el pueblo aymara a través de la histo- ria, solicitando que las hiciéramos conocer a nuestros gobiernos.

Frecuentemente he pensado en esa situación. Si don Luciano hubiera sabido que yo era un *q'ara*, y un genuino Pizarro además (eso lo supo solamente hace pocos días), probablemente nunca se habría lanzado con esa diatriba y seguramente jamás nos habríamos vuelto a encontrar. Pero no fue así. Por mi parte, hasta entonces yo nunca había oído a un indio expresarse acerca de su gente de esa manera: con tal profundidad, con tal claridad, con tal pasión. De esa manera pude conocer el ser íntimo de ese admirable hombre que es don Luciano Tapia, por así decir, de golpe. Y este libro, y la profunda amistad que entre nosotros surgió, son el resultado de ese mala- barismo del destino.

*

Luciano Tapia ha venido escribiendo esta obra durante los últi- mos ocho años. El libro se formó en dos etapas. Una gran parte, al- rededor del 75% de todo el texto, fue escrita por el autor entre 1985 y 1991. En una segunda etapa, en 1992, don Luciano hizo graba- ciones en cintas, que transcritas, hacen la última parte del libro.

La parte escrita estaba contenida en un manuscrito mecanogra- fiado de 489 páginas de tamaño oficio sin margen alguno en la parte superior o inferior de la página. Era un texto comprimido en el que se podían encontrar sectores de quince a veinte páginas sin un solo acápite. No siempre estaba presente una continuidad de temas: en su lugar se encontraba la digresión típica del pensamiento cotidiano. Era como si el texto siguiera, en vez de las convenciones del lenguaje escrito, el proceso del soliloquio interno del autor.

Las grabaciones no resultaron de entrevistas; fueron testimonios libres realizados por don Luciano sin ninguna interferencia externa. Después de examinar las transcripciones nos llamó la atención la similitud en la estructura de ambos textos; es decir, la de la primera etapa escrita y la segunda, luego transcrita. Esto vino a confirmar la primera impresión de que la parte escrita era esencialmente

un monólogo interno vertido al papel: un documento producido sin usar los recursos textuales y contextúales propios del código de la escritu- ra por alguien que, como don Luciano, aprendiera a leer y a escribir por sí solo en un idioma que no era el suyo. Estábamos frente a una suerte de trasvase de un código oral directamente a uno escrito, y se podría decir entonces que el texto original en su conjunto compartía esa condición de transcripción de un lenguaje hablado. Es en esta condición de "testimonio hablado para ser leído", que el libro de don Luciano debería ser abordado por el lector.

Nuestra labor ha sido ante todo de aereación del texto. Es decir: la eliminación de redundancias; la reordenación de digresiones en beneficio de la coherencia interna; la separación de párrafos y cláusulas donde antes no existían; y el arreglo de la puntuación y la ortografía. Nada ha sido añadido. Aparte de los elementos que mencionamos, el texto es tal cual como don Luciano lo ha escrito o dicho, en su forma y fondo, incluyendo los giros del castellano paceño que resultan de su contacto con el idioma aymara, discordan- cias de género y número y en los tiempos del verbo y las partes más críticas a la sociedad boliviana, tal como él las profesa.

*

El carácter pluricultural y multilingüe de la sociedad boliviana -tardíamente reconocido desde hace pocos años- no es una generosa concesión otorgada a los pueblos originarios de Bolivia, sino el resul- tado -aunque no el producto final- de su incansable lucha desde la llegada de los españoles a estas tierras.

La última fase de ese proceso, digamos los últimos veinte años, han visto -para mencionar solamente algunos de los mayores hitos- la aparición de los partidos políticos indianistas y kataristas, la presencia de representantes indios en el Parlamento, la marcha de los indígenas del Oriente, el surgimiento de grupos indios arma- dos y la ascensión de un ciudadano de origen aymara a la vicepresi- dencia de la república. En esa lucha, en la vanguardia siempre, estuvo presente Luciano Tapia, como dirigente sindical en Corocoro y el Alto Beni, como fundador y dirigente del Movimiento Indio Tupak Katari y como parlamentario nacional entre 1982 y 1985. Su testimonio es infaltable para comprender lo que fue esa parte esen- cial de la historia de Bolivia.

El libro tiene múltiple relevancia. En el ámbito social es un documento personal y directo sobre la vida de los aymaras en los últimos setenta años de historia nacional: en el campo antes de la Reforma Agraria, en las minas en el tiempo previo a la nacionaliza- ción y con los primeros colonizadores del Alto Beni. Es también un testimonio de la vida en La Paz en la década de 1930, reflejado en la experiencia de un niño indio; así como una denuncia de lacerante discriminación de que era objeto la "indiada" no solamente en el sector *q'ara* de la sociedad de entonces, sino también por lo que ahora se ha dado en llamar el "noble cholaje paceño" de esa época.

En ese nivel el libro asume un alto valor psicosocial al revelar la catarsis íntima de alguien que revive el trauma del racismo y sus consecuencias profundas sobre la psicología de los indios de Bolivia

en pleno siglo XX. La angustia interna permanente, la cicatriz psíquica que deja el cambio de nombre y la vergüenza cotidiana que han arrastrado millones de seres humanos a través de la historia nacional están aquí presentes, descarnadas e intensas, como en **Los condenados de** la **tierra** de Frantz Fanón, el psiquiatra antillano que describió los efectos psicológicos del racismo en la década de 1950 en Argelia.

La significación política del libro es también fundamental. Se describe con precisión el nacimiento de los partidos indios en la década de 1970, su desigual lucha dentro de la naciente democracia de la década de 1980 y su eventual desaparición del escenario nacional a causa de la manipulación de la maquinaria política por los partidos grandes. Queda registrada la responsabilidad histórica de los sectores gobernantes por esa postergación y sus futuras consecuencias.

*

Finalmente, la lectura del libro de don Luciano Tapia nos abre los ojos a nuevas realidades. Quizás la más significativa de todas ellas sea la urgente necesidad del reconocimiento, junto a lo pluri- cultural y lo multilingüe, de la diversidad religiosa que subyace en nuestro país. Si durante los últimos siglos creímos que los indios ya habían sido definitivamente castellanizados pero llegamos a reconocer que sus idiomas, lejos de estar en vías de extinción, siguen vigentes; y si consideramos durante todo ese tiempo que nuestra forma de vivir era mejor que

la suya pero supimos aceptar sus cultu- ras como respuestas legítimas a la vida, es importante comprender también que la evangelización ha sido sólo parcial.

Podemos establecer intelectualmente todos los matices que querramos insistiendo en aquello del sincretismo cultural y de la mezcla. Sin embargo, de la misma manera que las lenguas y las culturas de los pueblos originarios persisten a pesar de los siglos de imposición, lo religioso subsiste también de manera singular y distinta a cómo sucede dentro del mundo occidental. En el caso de los aymaras en particular, el sentimiento de la religiosidad nativa (es decir el mundo de los *Achachilas* y la *Pachamama*) es tan fuerte y penetra de manera tan absoluta todos los aspectos de la vida, que ya se ha dicho que para ellos el mundo constituye un lugar "donde todo es altar"*. El reconocimiento de ese universo religioso, ajeno al de occidente, es indefectible.

Malú Sierra: **Donde todo es altar.** Aymaras, los hijos del sol. Editorial 12

De la misma manera como pudimos admitir que las lenguas y las culturas nativas -lejos de ser meros dialectos y malas costumbres- eran tan válidas como las nuestras, ha llegado el momento en que las "creencias" y "supersticiones" de antaño den paso al recono- cimiento del carácter pluri -o multi- religioso de la sociedad boli- viana: que los dioses que vivieron 500 años en la cima de las montañas y en lo profundo de la selva, surjan desde la clandestini- dad para ocupar su lugar histórico junto a nuestro Dios cristiano. Quizás sea la parte más difícil de este camino de honesto autoexa- men que Bolivia ha emprendido colectivamente. Pero el paso es ne- cesario para que finalmente lleguemos a la constatación inevitable de que nunca fueron tribus, etnias o "hermanos campesinos", como los vimos hasta ayer nomás, sino verdaderas naciones -"pueblos de carne y hueso", como dice don Luciano- con todos sus atributos y derechos. Sólo entonces la lucha de toda una vida de Lusiku Qhispi Mamani (el verdadero nombre del autor) habrá encontrado su real significado.

Javier Mendoza Pizarro

PRIMERA PARTE

RAICES CAMPESINAS Y MINERAS

15

y j

••*o*- *

LA MINA DE MI INFANCIA

Al hacer una memorización de mi vida, de mi pasado más lejano, recuerdo que cuando tengo el uso de la razón me encuentro en el distrito minero de Corocoro, capital de la provincia Pacajes. Recuer- do que desarrollé mi niñez en un barrio de esa población denomina- do San Jorge. Soy hijo de un aymara minero, comunario de la comu- nidad *Qallirpa* de la jurisdicción del cantón *Caquingora (Qaqin Kura*) de la provincia Pacajes, y de madre aymara oriunda de *Chu-kiyawu Marka* (La Paz), convertida en ese entonces en *palliri* o *q'areadora,* como se decía entonces, en las minas de Corocoro. Así, por el origen de mi padre, soy miembro e hijo de un *ayllu* aymara.

Más tarde, a tiempo de hacerme conocer la casa de la familia de mi padre y el cuarto donde había nacido, mi madre me contaba con profunda amargura que por la necesidad de sobrevivir en la dura realidad de entonces y por no contar con apoyo alguno en esas cir- cunstancias de la vida, al día siguiente del parto tuvo que ir a traba- jar cargada de la criatura recién nacida, que era yo; de lo cual se puede suponer o mejor afirmar que alrededor de la solera de trabajo de mi madre y sobre el montón de mineral chanqueado por ella, aprendí a gatear y dar mis primeros pasos.

Los primeros años de mi infancia transcurren en el campamento minero y ocasionalmente en mi comunidad, donde mi padre nos lleva a visitar a sus familiares, a hacer algunos trabajos agrícolas y a vivir temporalmente cuando se retiran de la mina. A medida que voy creciendo, el espacio de mis actividades infantiles ya alcanza a unas dos cuadras de circunferencia. Más allá de ese límite es un mundo aún desconocido para mí, que en alguna medida me atemo- riza traspasar. Me doy cuenta que todos son mineros, es decir aymaras mineros como nosotros; por tanto me siento en mi medio ambiente, como en familia, con los niños que comparten el barrio en que vivimos.

Corocoro gozaba entonces de un relativo bienestar generado por la actividad minera, precisamente en un tiempo en que yo voy saliendo de una semi inconsciencia para entrar en un nuevo mundo donde unas veces todo es una novedad que me maravilla y alegra, y otras estupor y temor que a veces me espantan. Me veo vestido con una bata hecha de bayeta blanca de la tierra y tocuyo como era la costumbre; en cambio las mujercitas siempre vestían con pollera. Voy ensanchando el espacio de mis actividades infantiles, y encuen- tro un círculo de niños al que me siento atraído por sus juegos. Unas veces me admiten espontáneamente y otras me rechazan y hasta me vapulean; pero esa es mi pequeña sociedad de la que ya no puedo prescindir. Los más pequeños nos limitábamos a seguir y obedecer a los más crecidos. Los grandes eran los guías y caporales que gober- naban y planificaban todo. Yo me daba mañas para escapar de la vigilancia de mi madre y correr, retozar o pelear, y por eso mi madre algunas veces, como otras madres, nos capturaban de la oreja ante la desbandada de la pandilla.

El campamento minero

Por esa época Corocoro vive en bonanza, por cuanto había mucha actividad en la extracción de minerales de cobre; en todos los cerros habían minas grandes y pequeñas que ocupaban gran cantidad de trabajadores. Recuerdo los días domingos, cuando mi madre iba a hacer el mercado, había tanta gente que prácticamente me zaran- deaba de un lado para el otro a lo largo del trayecto y si no me iba al suelo era porque mi madre me tenía cogido de la mano. Se veían grandes cantidades y variedad de productos, frutas y otras mercad- erías que se podían adquirir incluso con la modalidad del "cuartillo", es decir que con cinco

centavos se podía comprar diferentes produc- tos alimenticios suficientes para preparar un buen almuerzo. Quizás

18

mis apreciaciones infantiles me engañen, pero las voces de la gente que se saludaban, comentaban o discutían el precio de las mercad- erías, y ante todo el vocerío de las recoveras que ofrecían sus mer- cancías en tono insinuante, atractivo y hasta familiar; toda esa mez- cla de voces era para mí algo parecido al zumbido de un enjambre de abejas. A todo esto se añadían los vivos y variados colores de los re- bozos de las mujeres, que a la distancia daban la vistosidad de flores o mixturas en dinámico y alegre movimiento. Para completar este cuadro diré que en las faldas de los cerros aledaños sobresalían los castillos de hierro, levantados sobre los pozos o bocaminas de donde se desprendían los andariveles, cuyos capachos parecían cajoncitos colgados en el vacío.

En base a mis observaciones y la narración de viejos mineros de esa época, puedo reconstruir la realidad del minero de aquel tiempo de una manera resumida como sigue: Primero, las modalidades de trabajo, aún mantenían algunas características de la *mit'a*, como era la aplicación del látigo. Segundo, aún se mantenía el trabajo de mujeres y menores en el interior de las minas, especialmente en el traslado de minerales que cargaban en "botas" de cuero a través de piques y galerías estrechas. Tercero, en el interior de las minas se alumbraban con mecheros a kerosén y aun de cebo; no existía nada que pudiera llamarse equipos de protección y seguridad. Cuarto, los trabajadores no tenían ninguna organización y las condiciones de trabajo era las que imponía el patrón. Quinto, las técnicas de explotación y laboreo, aún eran rudimentarias, no obstante de que algunas minas ya contaban con máquinas accionadas a vapor que movían los güinches de los castillos. Sexto, para casos de accidente no se contaba siquiera con un servicio de primeros auxilios y menos hospitalarios.

A pesar de esa situación, las compañías o empresas con mejor pulpería eran las más preferidas por los trabajadores mineros; sin embargo, a veces se producían protestas de consideración; vaga- mente recuerdo haber visto las ventanas destrozadas de una oficina de gerencia después de haber sido apedreada. En esas condiciones, la bonanza de los saqueadores foráneos (compañías chilenas) era pa- gada con la prematura descomposición de los pulmones del minero hasta que ya no podía trabajar. Entonces el hijo adolescente, obliga- do por la necesidad o quizás por apego a su propia existencia, ingre- saba a los trabajos de la mina para

encadenarse definitivamente a los destinos del *mit'ayu* de la Colonia y de la República.

Tengo el recuerdo vivo de aquel que quizás fue el primer com- pañero minero que conocí. No sabía su nombre, no sabía dónde vivía;

pero muchas veces jugaba conmigo a tiempo de marchar al trabajo en la mina. Era un muchachito delgado, su voz era aún de niño, tenía el rostro pálido y con muestra de cansancio que me impresio- naba mucho. Lo veía alejarse por el sendero que conducía a la mina. Tenía cubierta la cabeza con un *q'ulu* de oveja, que entonces usaban a manera de casco; el cuerpo enteramente cubierto por un ponchito muy raído y descolorido, abarcas bastante desgastadas y pantalón arremangado hasta la pantorrilla y en la mano llevaba un mechero a kerosén como todo minero. Esta es la figura de mi amigo minero en los lejanos años de mi infancia.

Transcurre el tiempo en medio de una combinación de hechos que se refieren a mis primeras travesuras, las rencillas de mi familia, las alegrías y tristezas de mis padres, sus peleas y ocasionales borracheras, mis juegos con los demás niños y otros hechos que quizás no podría terminar nunca de relatar en todos sus detalles. Mis primeras travesuras unas veces le hacían gracia a mi madre, y otras, muy enojada, me sacudía feo en el puro pelado sin atender mis súplicas. Con el tiempo, para esos casos de tormenta, aprendí a escapar a la calle, a los cerros o casas vecinas. Hacía corretear a mi madre en su afán de capturarme, y aunque le estaba causando sinsabores, todavía no comprendía bien lo que era malo. Después del azote y calmado su ánimo, ella me encargaba que no volviera a cometer el error o me hacía comprender la gravedad de mi falta, mientras yo lloraba desconsoladamente. Parecía que los azotes le dolían más a ella que a mí, y así, alguna vez terminó llorando junto conmigo y prometiéndome ser más indulgente.

A causa de desavenencias entre mi madre y los familiares de mi padre, tenía prohibido acercarme a ellos. Sin embargo, durante las ocasionales visitas de mis tíos al pueblo, seguramente aprovechando un descuido de mi madre, siempre me encontraban y acariciaban a escondidas de mi mamá. En una de esas ocasiones, de repente me vi enfrentado con el primer dilema de mi vida: mi tío, a tiempo de aca- riciarme, me dio una pieza de pan y me instaba para que comiera. En

aquella época ese pan se denominaba "mariano", era de forma cuadrada y por su volumen se podría decir de tamaño familiar. Sin exagerar, su tamaño cubría todo mi pequeño tórax, de modo que en aquella ocasión, yo medía su tamaño con la vista y me parecía imposible de terminar; apenas había tocado una esquina y no podía más. De repente se dejó escuchar la voz de mi madre que me llama- ba desde el interior de nuestra vivienda, a tiempo que se retiraba mi tío. Yo quedé sobresaltado y confundido, quizás no por temor al castigo, sino por un repentino cargo de conciencia que me hacía

sentirme desleal con mi madre. Me sentía un delincuente con el pedazo de pan en la mano que se convertía en el cuerpo del delito en aquel momento.

Todo azorado no sabía cómo deshacerme del mariano. Entonces, quizás por primera vez, empieza a trabajar febrilmente mi cabecita buscando la solución del "gran dilema" de mi infancia. Por suerte encontré la rendija de una puerta que al parecer no se usaba. Ahí dejé mi mariano junto con todas mis zozobras. Luego, con paso indeciso fui saliendo hasta la calle a tiempo que aparecía mi mamá, viniendo a mi encuentro. Todavía algo azorado, no me animaba a levantar la vista y mirarla a la cara; es posible que le haya extrañado mi conducta, pero no se dio cuenta de que había estado con mi tío a escondidas y que acababa de resolver el primer dilema de mi vida.

La vida de mis padres era sencilla y humilde como la de cual- quier minero de esa época. Todas nuestras pertenencias se com- ponían de unas dos mudadas de ropa de mis padres y frazadas de lana de oveja tejidas en vivos colores. No teníamos nada que pudie- ra llamarse muebles; sólo había una mesita y un baúl donde se guardaban las ropas. La cama estaba tendida sobre un *patajati* que era corriente en las viviendas pobres de aquellos tiempos. El menaje de cocina en su mayor parte era de barro cocido que alterna- ba con peroles, sartenes y chocolateras de cobre. A falta de sillas había una patilla larga de adobes que servía de asiento a las visitas. Finalmente, en el centro del cuarto había un mostrador hecho de adobes que además de mesa servía de alacena o despensa por tener varias cavidades en su parte posterior. Ese era el cuarto donde había nacido, la casa donde mis padres se casaron, el lugar donde estaba mi hogar donde compartí las alegrías y penas de mis padres, sus peleas y sus ocasionales borracheras. Esa casa existió hasta 1943, año en que nos la quitó la Municipalidad para construir una cancha de fútbol. Sin embargo, vive en mis

recuerdos y la veo en todos sus detalles en mis ocasionales sueños, donde me veo ya no como un niño, sino como un hombre maduro, unas veces buscando a mis padres y otras buscando trabajo en las minas, con tanta nitidez en las imágenes y expresión de mis sentimientos que al día siguiente me cuesta convencerme de que sólo fue un sueño.

No obstante de que vivíamos un momento de relativo bienestar en los primeros años de mi infancia, no faltaban las preocupaciones por las necesidades y privaciones que comentaban mis padres. A veces, cuando mi madre no podía comprar carne para la semana y se daba modos para preparar la comida sazonada sólo con sebo de oveja

(lik'i), ante las lamentaciones de mi mamá por falta de dinero, empezaba a tomar conciencia de nuestras necesidades y me preocu- paba por querer ayudar. Pero no sabía cómo hacerlo ni hasta dónde alcanzaban mis fuerzas infantiles en la lucha por la vida.

El carnaval de Corocoro

En ese tiempo, aprovechando un descuido de mi madre, por primera vez tengo la oportunidad de ver un carnaval minero. Atraído por el bullicio debí aventurarme por mi cuenta para salir a la calle y confundirme con una apretada multitud de gente que me arrollaba y llevaba por delante. Alguna persona que quiso sacarme del riesgo o quizás porque me conocía, me cargó sobre sus espaldas, sin que me diera cuenta de ese bondadoso gesto por cuanto estaba absorto y los ojos no me alcanzaban para abarcar todo el cuadro que tenía delante: las serpentinas que flotaban al viento, los colores y formas de los disfraces; las danzas y las payasadas de los *ch'utas* que me atraían y me asustaban a la vez; la algarabía frenética que se confundía con la música de las *tarqas*. Fue un cuadro que pasó rápidamente, dejándome parado a la orilla de la calle como dejan las aguas que arrastran los maderos.

A pesar de las preocupaciones, habían momentos de expansión, de alegría general, especialmente en las fiestas de carnavales cuando la gente olvidando sus penas hacía un desborde de alegría loca. Todos participaban en las fiestas conforme a sus posibilidades; además era una obligación establecida por la costumbre asistir sagradamente a la *ch'alla* del día sábado y la entrada del

domingo de carnaval junto a la comparsa de sus compañeros de trabajo, bailando y haciendo barra fanática por la sección o mina a la que pertenecían. Por la cantidad de grupos y la calidad de los músicos se podía apreciar la importancia de la mina o la empresa.

El carnaval minero o corocoreño, como prefieren llamarlo los del lugar, se caracterizaba no sólo por el gran entusiasmo de sus gentes, sino por la forma peculiar de la vestimenta de esa época; costumbres y tradiciones que si bien se mantienen en su esencia, a través del tiempo han generado una considerable variación, que muestra la gran diferencia en la personalidad del *qhuyero* de mi infancia y el minero del presente. El *qhuyero* que conocí en mi niñez, al conservar su identidad autóctona y su lengua ancestral, todavía no tenía una noción de clase social, por lo menos en Corocoro; más bien, por aquella situación de explotación y su condición de paria, su realidad

se aproximaba más a la del *mit'ayu;* en realidad era el *mit'ayu* de la República que sufría el sojuzgamiento bajo una sociedad con resabios de castas.

En cambio, el minero *aymara y qhishwa* del presente, a pesar de las periódicas masacres, proclama hasta con orgullo su condición de clase minera, integrada a la sociedad opresora, sin que esto signi- fique que se hubiera desligado del destino de *mit'ayu* o se hubieran acabado las formas homicidas de explotación y abusos. En definiti- va, se puede decir que el minero del presente ha perdido su raíz histórica al trocar su identidad cultural, su personalidad de pueblo concreto, por otra de clase social dentro una sociedad abstracta, carente de personalidad y de historia propia.

En aquella época, la vestimenta de baile de las mujeres era de un tipo único con excepción de los variados colores, la pollera era la misma que usaba en toda ocasión, sólo que tenía que ser nueva la que llevaba en carnavales. Estaba hecha de diferentes telas, las había de gabardina, panilla, seda floreada y felpa, la más costosa. El busto estaba cubierto por un jubón o chaquetilla ajustada y bien entallada, profusamente bordada con unas diminutas cuentas de cristal e hilos blancos de cordobán. El pecho era algo escotado, de donde sobresalía una camisa bordada que remataba con el adorno de una fina cinta de colores; la parte de la cadera era bastante boleada y levantada por unos pliegues calaminados de trecho a trecho, de cuyo borde final colgaba una hilera de flecos blancos. Los

jubones generalmente eran de panilla, pero también usaban de felpa y los colores más preferidos era el verde, el guindo y el azul. El sombrero Borsalino lo usaban para presumir como pañuelo de baile, además de blandirlo como bandera de barra fanática por la sección o mina a la que pertenecían y hasta para azotar el suelo cuando se desborda- ban sus sentimientos y emociones por la borrachera.

Vestida así, la *palliri* o *q'areadora*, como se llamaba antes, ale- gre, picaresca y graciosa, era y sigue siendo junto al *ch'uta*, la figura que caracteriza al carnaval corocoreño. Completamente en talle y muy envuelta con serpentinas, giraba la mujer minera como una rueca al bailar, y así se iniciaba la entrada de los diferentes grupos presididos por los respectivos toros (también muy adornados si se podía) que en la noche serían sacrificados como ofrenda al *Tío* de la mina. Algunos animales se dejaban conducir con facilidad, otros ofrecían un espectáculo taurino a su paso, seguidos por una multi- tud bulliciosa y multicolor de bailarines y curiosos que parecía contagiarse de la furia del animal, quizás por la creencia de que la

conducta del animal tenía relación con las cosas malas o buenas que se darían en el curso del año.

En el disfraz, de los hombres se podían advertir dos tipos: Uno que respondía a las formas autóctonas y otra a las formas mestizas. La diferencia era notable entre ambas. La primera correspondía al calzón autóctono aunque hecho con tela importada y de color entero, que se sujetaba con una faja tejida o *wak'a* de dibujos y colores vistosos. Sobre una camisa blanca tenía una chaleco también de tela importada. A manera de adorno se usaba una especie de guantelete que alcanzaba hasta los hombros. Además se llevaba un *awayu* de vivos colores, cargado o cruzado en bandolera, que hacía juego con la *ch'uspa* que colgaba sobre un costado de las caderas. La cabeza estaba cubierta por un *lluch'u* muy especial, no sólo por las formas y colores del tejido, sino también por el alargamiento de los extremos que ocultaban completamente ambas mejillas y la parte superior que caía prolongadamente sobre una oreja terminando en un zarcillo que parecía un fleco de varios colores. Sobre la nuca llevaba ajustada una especie de peluca que sobresalía por debajo del *lluch'u* y caía desparramada hasta el hombro. La máscara que cubría el rostro estaba hecha en una fina malla metálica milimetra- da, con la figura generalmente de un hombre lampiño, de apariencia alegre y con las mejillas bien sonrosadas. Por lo demás el traje era

muy sencillo con el sombrero de paisano y sin él. Ese era el disfraz de *ch'uta* de formas autóctonas que remataba con un *pinkillu* en la mano o una *mala* de *tarqa,* con el que se convertía en una especie de trovador, payaso o bailarín.

Cuando yo era niño, el disfraz de *ch'uta* mestizo era menos osten- toso que el que me tocó vestir en mi juventud. El calzón estaba copiado de la vestimenta de comunidades del norte de Potosí porque era bastante boleado a los costados asemejando una especie de alerones; era bordada la parte delantera y atrás sobre los talones la típica partidura sobre el fondo de tela blanca que tapaba las panto- rrillas y terminaba en la juntura de la partidura con un adorno de delgadas cintas de colores que colgaban como flecos, además de unos cascabeles prendidos junto a las cintas. La parte de atrás del calzón era llana, sin adornos y se sujetaba también con la vistosa faja que ya he mencionado. Sobre una camisa llevaba una chaqueta ajustada algo parecida a la de los toreros, completamente bordada con hilos de merino y delgadísimas cintas de cordobán. El cuello estaba cubierto por una pañoleta de colores, amarrada a la manera de un cowboy; actualmente la corbata ha sustituido a la pañoleta. El *lluch'u* ha sido y sigue siendo muy típico del minero corocoreño, el

denominado *wakani,* cuyas figuras de bueyes y otras sobresalían sobre el fondo del gorro de orejeras prominentes.

También tenía sujeta a la nuca la peluca de la que ya hablé, aunque más corta que apenas se proyectaba del gorro unas dos pulgadas. Lo especial para mí era la careta, porque tenía un pare- cido real con el rostro del minero. De color trigueño con acento pálido, ojos sombreados, cejas negras y espesas y lo más especial, una barba muy negra y tupida, acondicionada a los costados en una especie de torniquetes de moño, salpicada de trecho en trecho con unas pequeñas cuentas de cristal azulado y blanco que daban la apariencia de gotas de rocío o sudor escarchado sobre la tupida barba. Así la careta me causaba la misma impresión de misterio que veía en los ojos del minero. El rostro, sin dejar de ser alegre por su apariencia de juventud, tenía una expresión de malignidad y martirio, y finalmente la barba parecía la barba sucia y sudorosa del minero barbón o *ch'api.* He ahí el disfraz de baile del minero corocoreño, debajo del cual ocultaba sus emociones y sentimientos contenidos quizás por generaciones.

II

MI NIÑEZ CAMPESINA

Mi infancia alternaba entre dos facetas de una misma realidad. En una predominaba el ambiente minero de una manera más permanente. En la otra estaba *Qallirpa,* mi *ayllu,* con sus propias costumbres y tradiciones y con sus propios problemas. Aparente- mente el *ayllu* estaba desvinculado de la realidad minera y hasta se diría que la ignoraba; al menos esa era mi impresión. En cuanto a mis esporádicos contactos con el *ayllu,* unas veces eran desagrada- bles o tristes y otras muy agradables y alegres.

Me sentía hermanado con todas las criaturas

Recuerdo que cuando la tierra estaba suave y húmeda instintiva- mente me entregaba a la madre naturaleza: respiraba un aire fresco que tenía una sensación a alimento; corría sobre la verde alfombra de los pastos que los animales comían y me deleitaba con la infini- dad de florecillas silvestres que matizaban el campo. En el rebaño de ovejas había corderitos con el pelaje sedoso, limpio y blanco como la nieve que graciosamente raboneaban sobre el promontorio o risco.

También había llamitas recién nacidas; su pelaje parecía de seda, limpio y bello su porte y de andar majestuoso. Llamaban la atención

sus patas largas y finas, sus cuellos largos que unas veces levantaban como queriendo alcanzar el cielo y otras los bajaban a ras del suelo. Cuando hacían sus carreras caracoleantes, los movi- mientos de sus cuellos expresaban sus posturas de señorío, de curio- sidad o(miedo alternativamente haciendo un complemento con las

expresivas facciones de sus caras. Me gustaba observarlas en sus momentos de curiosidad y disgusto porque adoptaban una actitud tan expresiva y peculiar que no encuentro las palabras precisas para describirlo.

Cuando advertían el pequeño bulto de mi presencia, se adelanta- ban curiosas

con las largas orejas paradas y el cuello proyectado hacia adelante seguramente para captarme con el olfato. A pesar de que yo también era una criatura pura e inocente como ellas, segura- mente descubrían que no era de su especie a causa del olor de las comidas cocinadas y la poca pulcritud de mi vestimenta que siempre estaba manchada de tierra y el tizne de las ollas por donde siempre me metía en busca de mi mamá. Hecho el descubrimiento, se retira- ban desconfiadas y con las colitas contraídas, no como al principio que las tenían levantadas como penachitos de seda en señal de curiosidad y cordialidad, en tanto que sus fosas nasales y los belfos se dilataban y contraían rítmicamente a tiempo que adelantaban la cabeza como queriendo besarme. Retiradas a cierta distancia, adop- taban una actitud señorial ofendidas en su dignidad. Así perma- necían largo rato, con las orejas muy plegadas hacia atrás y el entrecejo fruncido en señal de disgusto, sin dignarse siquiera diri- girme la mirada. A veces creo que me sobrepasaba al pretender acercarme para acariciarlos sin hacer caso de sus disgustos y entonces acudían sus madres para llevárselas muy lejos.

Sin analizar las cosas, sin comprender nada, únicamente sentía que estaba viviendo a plenitud la parte buena y bella de la vida. Sin comprender la separación de las criaturas por la diferencia de sus especies, me sentía hermanado y una misma cosa con esas criatu- ritas de ensueño que no eran solamente los corderitos y llamitas, sino también la variedad de pajaritos y aves del cielo, las delicadas y jaspeadas mariposas que revoloteaban agrupadas en un paraje o viajaban solitarias y errantes, los polluelos del escurridizo pato silvestre que, cual filigranas de seda con piquitos amarillos aplasta- dos, se deslizaban en las aguas del río o sobre los pastos anegadizos donde al parecer era su ambiente preferido.

Sería largo nombrar una por una la infinidad de criaturas que iba descubriendo y con las cuales vivía compartiendo la luz diáfana de un mismo cielo, gozando de las bondades matizadas del regazo de

una misma *Pachamama.* Entonces yo no tenía capacidad para com- prender las cosas; únicamente sentía a plenitud las sensaciones de la vida. Quizás por eso, espontáneamente me sentía hermano con la naturaleza, y por qué no, si quizás mi inocente alegría era un canto a la vida y mis balbuceantes murmullos de asombro una oración a la madre naturaleza, *Pachamama.* En efecto, ahí estaba yo, materia viviente y alma pura que se fundía y confundía con una misma reali-

dad cósmica que mis antepasados ya habían interpretado en una filosofía que afirma la vida como expresión de civilización.

Niños indios criados sobre el suelo

La parte dura de la vida en el campo se daba en la época de invierno cuando el suelo era seco, el cielo gris y los vientos corrían cargados de tierra que lastimaba los ojos. Su paso silbante era tan violento que amenazaba asfixiarme y hasta levantarme por los aires en cualquier momento. Para mí eran momentos de pánico en tanto no acudían en mi protección. Otras veces traía granizo que me casti- gaba cual perdigones hasta hacerme hinchar las orejas, además del intenso frío que mordía mis carnes haciéndome tiritar incontenible- mente, de modo que mis dientes sonaban cual cascabeles. Sentía que mis lágrimas se congelaban sobre mi rostro hasta perder la sensibilidad. Recuerdo un caso en especial: mi madre me hablaba algo a gritos, pero yo no le entendía nada porque el viento se llevaba sus palabras a pesar de que estábamos cerca; la veía confusamente como si estuviera muy lejos, el viento la estaba sarandeando terri- blemente y su ropa se agitaba cual bandera que iba a ser desgarra- da. En medio de ese caos la figura de mi madre adquiría formas fantasmagóricas, especialmente cuando la luz anaranjada de un rayo iluminaba con caracteres de incendio esa desorganización y choque rugiente de los elementos de la naturaleza. Para mí era aterradora y a la vez grandiosa la naturaleza en su colérica manifes- tación, aunque entonces no podía expresar lo que veía y sentía. Aún en esas condiciones mis padres seguían muy atareados recogiendo, resguardando y preparando las cargas de papas, hasta cargar en los animales que querían huir de la furia de la borrasca. Gimiendo y semicongelado, observaba a mis padres en su titánica lucha con la furia de la naturaleza.

Periódicamente se daban esas violentas tormentas, que nos agarraban en las sementeras o en los campos de pastoreo. En todo caso, mis padres siempre atendían primero sus tareas y sólo cuando estaban asegurados los animales o concluidas sus tareas en las

demás actividades mi madre me tomaba sobre su espalda, donde al calor de su cuerpo iba recobrando el aliento. Yo no entendía por qué mis padres me dejaban desamparado en esos momentos críticos; pero ahora me doy cuenta de que se trataba de una necesidad de sobrevivencia. Primero debían proteger y salvar al

ganado tierno, las semillas y productos agrícolas para no perecer de hambre toda la familia. En las circunstancias de esa realidad, pareciera que la naturaleza se encargaba de someter a prueba al niño y niña india para que aprendieran a valerse por sí mismos, ya que fuera de la medicina tradicional de las hierbas no existía ninguna protección a la salud y la niñez india.

Se podría decir que en aquellos tiempos el niño indio vivía sobre el suelo de una manera completamente natural. Imaginar los servi- cios de un médico o un hospital para una mujer india, habría sido un sueño; después de nacido, dormía un 50% del tiempo en las espaldas o el regazo de su madre, el otro 50% en el suelo de los campos de labranzas o pastoreo. Así, a medida que iba creciendo, zafándose de sus envolturas se arrastraba comiendo tierra en medio de su llanto, hasta que un día lograba ponerse en pie sobre el suelo que fuera su cuna y en adelante sería su madre naturaleza, *Pachamama*. Pese a la situación de opresión de entonces, el niño indio, en los primeros años de su vida, retozaba a su gusto hasta que de puro cansancio se quedaba dormido sobre el suelo, bajo la benignidad de la madre naturaleza.

Picaros y venales *arxatiris*

Por la poca capacidad de entendimiento de mi corta edad, o quizás porque mi madre me precautelaba de los hechos de violencia, hay muchas cosas que entonces no alcanzaba a comprender, y que pasaban desapercibidas para mí, porque no tenía la oportunidad de presenciarlas y sólo voy enterándome a través de los comentarios dentro de mi familia y otras gentes de hechos crueles e inmorales que pasan en el ámbito de las oficinas y casas no sólo de las auto- ridades, sino también de los *arxatiri* (tinterillos). Según las víctimas, era una norma establecida aplicar a los supuestos renuentes a la autoridad, además de las multas de rigor en dinero efectivo, especies y productos, una tanda de latigazos hasta dejarlos exánimes sin consideración de edad o sexo; y las faltas más simples se las con- vertía en delitos capitales sólo por la infamia de quienes manejaban la justicia. Los representantes de la ley, en realidad eran unos lobos desalmados frente al indio indefenso; para el indio no había perdón.

En los casos en que no podía satisfacer las demandas de cargo y la exigencia de multas que se le aplicaban, una forma de pago, según decían, era entregando una hija para servicios domésticos de la casa y por supuesto el placer sexual de la

autoridad o el tinterillo.

En aquella situación de sojuzgamiento, el picaro y venal tin- terillo, *arxatiri*, sometía al indio a una interminable explotación, aunque la mayor parte de las veces sólo era un defensor de causas perdidas por su propia venalidad. Hechos del cual no quedaban excluidos el cura y su inseparable sacristán, que además de ser los representantes de la iglesia católica cristiana, en los hechos forma- ban una sociedad de delincuentes. El cura establecía la tarifa por sus servicios religiosos y el sacristán la hacía cumplir sagradamente para luego repartirse el producto de su caritativa fechoría en la parte que les correspondía. De esa manera, las parroquias canto- nales ejercitaban un monopolio de explotación en el feudo de sus respectivas jurisdicciones. En cuanto a los hechos inmorales, debo recordar que hasta poco antes de la guerra del Chaco era costumbre, mejor dicho una obligación ineludible para la indiada -como se decía entonces- depositar en dichas parroquias a las doncellas indias casaderas para su catequización, según se decía, pero esa práctica cristiana tiene una fama negra de violaciones consumadas por el cura evangelizados

Esta relación de los hechos, que a medida que voy creciendo se evidencia como una cruel y descarnada verdad, aún queda corta y opaca ante el real dramatismo del brutal sometimiento que le toca vivir y sufrir a la generación de mi padre, a mi raza, y a mi pueblo en su conjunto, a causa del ciego racismo engendrado en el espurio cholo mestizo por el español invasor. Al recordar esos hechos de escarnios sin nombre, de explotación esclavista, despojos, asesinatos, saqueos y violaciones inauditas que sobrecogen mi espíritu, confieso que siento primeramente una inmensa amargura que hace brotar de mi pecho un acerbo sabor a sangre; luego, un coraje de indignación y desprecio por todo lo que dicen y hacen los cholos modernos o *q'aras* latinoamericanos. Ellos, con la des- vergüenza que les caracteriza, sin dejar de ufanarse de su madre patria España, ahora hablan de su ancestro cuando se refieren a las tradiciones y valores culturales del pueblo indio del *Qullasuyu* al cual enterraron en vida con su infamia racista del pasado y del presente. A través de sus medios de comunicación se presentan como peritos de una historia a la que no sólo son ajenos, sino sus desnaturalizadores para acomodar nuestra historia a sus intereses de usurpación.

Ahora, los "latinoamericanos" sacrilegamente hablan de la *Pachamama,* sin

comprender la esencia de nuestra cultura *quila aymara*. Los hijos de los profanadores de nuestros templos y la reli- gión solar, ahora hablan de las ceremonias de la *wilancha* en medio de la más absoluta ignorancia de la dimensión y escalas de la espiritualidad india, incapaces de captar y comprender la mística espiritual de nuestras ceremonias religiosas. ¿Con qué derecho moral pueden hablar de nuestra cultura cuando la han despreciado y soterrado a través de casi cinco siglos? Pero la voracidad y ambi- ción que los domina no tiene límites; y de nuestro folklore, como de nuestras ceremonias religiosas, hacen un medio de explotación mercantil, burlándose de nuestra miseria, en tanto que llenan de dinero sus bolsillos con nuestras danzas, música y vestimentas indias del *Qullasuyu*.

Ahora se podrá comprender aquella realidad del *ayllu* de mi infancia al que me refiero, como yo mismo iba comprendiendo a medida que recogía experiencias. No obstante de que mi situación no era de las peores, no hay ninguna exageración motivada por el resentimiento y el odio como se podría suponer. Al contrario, quedan muchos hechos sin mencionar. Como prueba irrefutable de mi relato sobre aquella realidad de cruel esclavismo, debo decir que tres o cuatro años antes de mi nacimiento, aún estaba fresca la sangre de aquel brutal genocidio de exterminio racial de San Andrés y Jesús de Machaca (1921), registrado a unos cuarenta kilómetros de Corocoro y consumado por un tribuno cholo en nombre del gobierno boliviano encabezado por Saavedra, cuya ferocidad y horrores sin nombre, de por sí prueban y dicen más de lo que yo podría decir.

La armónica organización de los *ayllus* ancestrales, que había dado a nuestros lejanos abuelos una existencia de confraternidad humana, libertad y felicidad, ya no era posible en los tiempos de mi infancia. Si bien el *ayllu* todavía constituía un refugio espiritual para el indígena, el bálsamo para curar las heridas de su cuerpo y de su alma; la base de su economía, que era la tierra, ya había sido afectada por el despojo del gamonalismo y el intenso laboreo al que se veía obligado el indígena para satisfacer el pago de los tributos, las multas, el regalo obligado de productos a las autoridades; amén de los despojos que nos dejaban en la miseria año tras año. El rega- lo a las autoridades tenía que ser con lo mejor de los productos y de no satisfacer su soberbia y voracidad, muy encolerizados con el indígena les echaban a la cara con lo ofrecido y muchas veces era motivo para arrestos por el atrevimiento de haberle llevado unos productos "como para el chancho", tal como decían. En la época

actual en que vivimos, aquellas situaciones de explotación, abusos y despojos aún no han terminado y sólo han cambiado las formas brutales por otras más sutiles. La explotación y los abusos continúan para satisfacer el deseo de la autoridad semianalfabeta de provincia de ganarse unos pesitos por su "sacrificada" labor partidaria y además para pagar las francachelas de una corte de vagos y picaros vividores con los que siempre se rodean.

Seria interminable referirse a aquellos hechos de mi infancia, pero hay un aspecto que deseo hacer notar. En aquellos tiempos la dominación de la indiada era extrema, casi total. No existía ninguna otra organización de resistencia y lucha más que el *ayllu*, que en una lucha desigual oponía una dramática resistencia al permanente despojo genocida de sus tierras comunarias para convertirlas en haciendas del gamonalismo cholo de Bolivia. Recordando los hechos, ahora puedo decir que los despojos se consumaban de diferentes formas de acuerdo al poder y valimiento de los asaltantes. Había casos en que intervenían las fuerzas militares del ejército boliviano con verdadera felonía y ferocidad criminal, que era considerada por ellos como una acción militar corriente. Otras veces, los gamonales ya establecidos en algún territorio usurpado en la práctica de sus formas de expansión, organizaban y armaban a sus colonos aymaras sometidos para obligarlos a atacar y saquear a sus hermanos de los *ayllus* colindantes, de modo que huyeran o se avinieran con el despo- jo y pasaran a ser colonos de la hacienda gamonal constituida con el robo y el asesinato.

También había casos en que el *arxatiri* fabricaba una otra forma de despojo mediante una tramposa cuenta de sus honorarios, impo- sibles de pagar por los comunarios. Así el tinterillo resultaba en los hechos, tan sórdido, voraz y felón como cualquiera de los de su clase. Incluso cualquier mestizo pobretón, en base a un crédito tramposo de alcohol, coca o de supuestas deudas malévolamente inventadas, podía quitarle al indio sus tierras.

Cuando yo nací, casi toda la zona norte del altiplano ya estaba bajo el dominio del gamonalismo republicano. Qallirpa, la comuni- dad de mi padre, junto a las demás que establecían una línea desde Topoco hasta Achiri, constituían un contrafuerte que obstaculizaba el avance del gamonalismo hacia el sur, donde permanecían casi intactos los *ayllus* del cantón Caquingora y otros. Esa circunstancia y el hecho de estar vinculada al centro minero de Corocoro, es

decir, al centro de las actividades del gobierno provincial, hace que el escenario de los hechos esté al alcance de mi vista, además de la

continua información oral. De no sobrevenir la Guerra del Chaco, seguramente las comunidades habrían sido finalmente arrolladas por el gamonalismo, ya que incluso en la comunidad de mi padre ya se había introducido un cholo a título de *sayañero* con posesión legal, aunque en verdad era un típico caso de despojo y sólo pudo ser expulsado después de 1952 después de años de demandas y proble- mas con la comunidad.

Aquella permanente situación de zozobra y la necesidad de una ayuda económica monetaria para la familia, obliga seguramente a mi padre a trabajar en la mina, donde llega a conocer a mi madre. Mi padre trabajaba para sostener las demandas y pleitos en que se veía envuelta su familia por años, situación que es compartida solidariamente por mi madre, a pesar de las rencillas con mi abuela. Los esfuerzos y sacrificios de mis padres, sólo servían para satisfa- cer las exigencias cada vez más explotadoras de las autoridades y los tinterillos, en tanto que nosotros apenas podíamos cubrir nuestras necesidades de subsistencia en medio de amarguras y desavenencias entre mi padre y mi madre.

La lucha de los *ayllus*

La relación de aquellos hechos tiene la intención de hacer notar la lucha de los *ayllus,* con características y fundamentariones completamente diferentes al "campesinismo", que en mi entender radican en los siguientes hechos. Primero, la organización y repre- sentación del *ayllu* no tenía ni puede tener ningún parecido a la organización y representación sindical, por cuanto constituyen dos diferentes formas de organización y representación social <|iie res ponden también a dos culturas y fundamentaciones completamente diferentes. Segundo, la lucha de los *ayllus* reivindicaba f'undamen talmente el patrimonio ancestral y derechos del *ayllu,* adenitis «le los derechos humanos del indio al decir que ellos también eran gentes. De ello resultaba muy claro que la lucha de los *ayllus* ei a de reivin dicación cultural y nacional y no simplemente social Kn la realidad imperante de entonces no encajaba una reivindicación económica social para el indio, ya que no sólo estaba marginado de **MUS** dere- chos ciudadanos, sino inclusive era negado en su condición humana. Tercero, las formas de lucha también eran diferentes, la lucha de los *ayllus* se manifestaba a través de

alzamientos v cení iones de carácter legal interminables; el método de la huelga no era conocido inclusive en la mina, eso me parece por no hnhei emucliado esa palabra en mi infancia. Cuarto, la fundanientaclrtn de ln lucha se

H4

basaba en la posesión ancestral de la tierra; no se alegaba ninguna ley de la República en favor del indio, de manera específica como es ahora la Ley de Reforma Agraria. Quinto, a un siglo del estableci- miento de la República, la conducta de las autoridades y la pobla- ción blancoide mestiza en su conjunto se caracterizaba por la práctica de un infame racismo en contra del indio; aquel furioso re- sabio colonial que evidenciaba la lucha de un pueblo sojuzgado frente a la continuidad de la dominación colonial y republicana. Sexto, a pesar de toda esa situación, la organización del *ayllu* conti- nuaba con la representación tradicional del *Jilaqata* y el ejercicio del gobierno de los *Mallkus,* con todo el colorido, costumbres, mística y suntuosidad de las ceremonias ancestrales, cuya sede central de gobierno era la *Marka Ayllu* de Qakinqura (Caquingora) en el caso de mi *ayllu.*

Por lo expuesto se podrá comprender que el *ayllu* era la expresión democrática de sus miembros, donde no cabía el despotismo, la arbitrariedad, el golpe de Estado, y mucho menos el caciquismo ser- vil y corrupto que ha introducido el sindicalismo campesino después de 1952. Además, la causa que motivaba la lucha de los *ayllus,* nada tenía que ver con la equivocada posición de clase campesina como ahora. La lucha de los *ayllus* era la lucha de un pueblo sojuzgado frente a la invasión española y la usurpación republicana colonialis- ta y racista. En una palabra, era una larga e inconfundible lucha de liberación nacional, en el marco del legítimo derecho de soberanía ancestral, con cuyas bases y expresión política, social y cultural, es- toy completamente identificado hasta la muerte.

Así pues, el *ayllu* era la base de una organización social que hol- gadamente había satisfecho las necesidades materiales y espiritua- les del hombre, moldeando su espíritu de confraternidad humana a través de la práctica del comunitarismo y los valores morales de su cultura. Ese instrumento de convivencia humana fue convertido en instrumento de lucha; primero por las crueldades de la invasión española y después por las infamias del continuismo colonial de la República, en los años de mi infancia. La situación de sojuzgamiento a que se veía sometido mi pueblo no tiene punto de comparación

siquiera con los sistemas esclavistas más negros de la historia. Mi pueblo fue exterminado por los cristianos de la Colonia y la República con los métodos más refinados de los civilizados, que sobrepasaron los extremos del salvajismo cavernario. La indiada estaba confinada al espacio del *ayllu* para trabajar y pagar los tribu- tos; fuera de ese límite, no obstante de ser su tierra ancestral, su situación era peor que la de un extranjero. Al indio no se le concedía

ningún derecho ni garantías, de modo que prácticamente era un paria en la tierra de sus gloriosos antepasados; mientras que el *ayllu* se veía acosado por toda laya de ladrones y asaltantes, de violadores desalmados, de forajidos y asesinos. Aún así, o quizás por la desesperada necesidad de sobrevivir, el *ayllu,* con una genuina esencia y presencia india, es la trinchera de una lucha de resistencia de siglos, en la cual se desangra y agota con estoicismo en defensa de su madre tierra *Pachamama* y consiguientemente de sus dere- chos de pueblo concreto y nación real. Así lo demuestra la radicali- dad de los alzamientos de Julián Tupak Katari en la Colonia y de Zárate Willka en la República, banderas de guerra que hoy tremolan vibrantes en la conciencia del pueblo aymara del *Qullasuyu.*

Hablando de ovejas

No puedo precisar mi edad, posiblemente fue a mis cuatro años, cuando por primera vez me encargaron el cuidado del rebaño de ovejas, que se dice es el ganado más manso, esto porque en mi primera experiencia no resultaron tan mansas e inocentes como yo las creía. El caso es que por falta de brazos en las tareas de campo, corrientemente se recurría a la ayuda de la gente menor para las tareas más simples y livianas. En ese sentido, me encomendaron el rebaño de ovejas hasta que mis padres se desocuparan, con el encar- go de no dejarlas llegar hasta el tierno sembradío de papas que había cerca a la casa, además de contenerlas en las cercanías a fin de evitar el ataque de algún zorro salvaje. Yo sentía simpatía por las ovejas porque sus crías eran graciosas y bonitas; hasta me sentía eufórico de ser protector de ovejas y responsable pastor ante mis mayores y el dueño momentáneo del rebaño.

Pero ese entusiasmo muy pronto terminó en mi llanto de impo- tencia porque las muy picaras golosas, desde el principio, evidencia- ron su preferencia por los sembradíos de papas antes que por el pas- to común. Yo las iba controlando como podía, pero la honda, *q'urawa,* que me proporcionaron no sabía manejarla

siquiera medianamente. Generalmente las piedritas se zafaban antes de que pudiera lanzar- las a su destino y otras veces iban a parar en una dirección comple- tamente opuesta a la deseada. Todo esto distraía mi atención al revisar la honda y analizar la poca eficacia de mis hondazos, y las ovejas también habrían estudiado mi poca eficacia como pastor, de modo que de repente, una quintacolumnista apareció bien plantada en el sembradío de papas, desde donde, con su balido peculiar, lanzó la orden del asalto general al que las muy ladinas malagradecidas

respondieron de una manera increíble en medio de balidos ensor- decedores que me dejaron atónito; en tanto ellas me zarandeaban en su loca carrera caracoleante de asalto, había algunas que al tropezar con el pequeño bulto de mi cuerpo, pasaban con un brinco acrobático espectacular. Frente al desastre corría por detrás de las ovejas, riñéndoles y rogándoles que se apartaran del sembradío; pero las endemoniadas se aprovechaban de mi debilidad. En un momento de desesperación e indignación recuerdo que me trencé con una oveja que me había estado pulseando a empujones. La cogí por las orejas en tanto devoraba glotonamente una matita, intenté arrastrarla, pero ni modo. En el colmo de mi furia y mi desesperación, la em- prendí a golpes con mis pequeños puños y ni aun así se daba por aludida. Totalmente exhausto y llorando mi impotencia frente a las ovejas me encontraron mis padres que habían acudido en mi ayuda. Es cierto que fue breve aquella experiencia, pero quedó tan viva en mis recuerdos que ya es una reliquia en mi museo interno.

Hablando de ovejas, ahora quiero referirme al *jach'a anata.* Ten- go el grato recuerdo del día lunes de carnaval de cada año, cuando se acostumbraba hacer la marca del ganado. En esos día todo era armonía y alegría porque no sólo se hacía el recuento de los bienes de la familia, sino era la ocasión para agradecer a la *Pachamama,* a los *Achachilas Uywiris,* a las *Wak'as* e *Illas* por su protección y ben- diciones, si era un buen año, o para pedirles perdón en el caso de un mal año. Era el día que se regocijaban ante el fruto de sus trabajos; el día en que el hombre indio se identificaba con la madre naturale- za a través dé sus ritos, costumbres y tradiciones; en estas manifes- taciones no había soberbia, codicia ni avaricia, más bien el ambiente era de humildad para con todos; era un día especial de hermandad entre criaturas racionales e irracionales. Quizás es por eso una de nuestras ceremonias más largas porque así lo imponen nuestras costumbres y tradiciones, en cuya manifestación se entrelazan la espiritualidad

del aymara, su identidad cultural, danza y música, su moralidad, además de los característicos modismos de los vivos y coloridos dichos de nuestra lengua materna. En esta ocasión, los invitados de honor eran las nuevas crías de ovejas, llamas y vacas si las había. El entusiasmo y la laboriosidad que conllevan las *t'ikitas* es una más de las expresiones de convivencia del *ayllu* porque no se trata de un simple hecho de adornar por adornar. El proceso de la *t'ikhancha* de principio a fin tiene la esencia y el contenido de la cosmovisión andina hecha sentimientos de confraternidad, amor y respeto, como consciente afirmación de la vida y valiente creación de los valores morales, espirituales y materiales de una cultura mile- naria. Todo el tiempo que he vivido en el campo, conjuntamente con

mi esposa y mis hijos, he compartido las costumbres y tradiciones del *ayllu*, así pues, yo también he hecho flamear la tradicional *whiphala* blanca de la *anata* aymara. Entusiastamente he bailado cargado de los pellejos de la *t'ikhancha y* de los tiernos productos de las sementeras de papas, sin descuidar el uso de los *tilinkis* y *qirus*, las *p'isaqas* y la *ch'uspa* de coca, lanzando mi voz de vitoreo y animación sobre el verdor de la tierra, que prometía esperanzas y vida.

Tengo el recuerdo del *ayllu* como cubierto por un velo de visiones poco coherentes; sin embargo, veo claramente una mayor cohesión comunitarista sin visos de individualismo; recuerdo como las yuntas bien engalanadas con enjalmas y banderillas una tras otra iban abriendo el surco en la tierra en tanto que hombres y mujeres trabajaban en un ambiente de fiesta, y no con las características de suplicio que significaba el trabajo en las minas, las encomiendas y servicios a las autoridades. También recuerdo la asombrosa produc- ción de productos agrícolas, como nunca volví a ver después, que permitía llenar las *phirwas* hasta el tope. El alegre recojo de papas de las *phinas*, que era trasladado con tropas de llamas caronadas con rebozos nuevos, campanitas prendidas en sus largos cuellos, danza y música que amenizaba el trabajo. Abundancia y colorido del *ayllu* que no volví a ver nunca más.

III

EL RANCHO

Llega un momento en que mi padre se ausenta por un largo tiem- po, es cuando está prestando su servicio militar en Sucre; pero para mí es sólo una ausencia que no comprendo y menos puedo imaginar a mi padre convertido en soldado. Abruptamente mi vida se hace solitaria y triste; a pesar de ser todavía muy pequeño tengo que que- darme solito todos los días, llorando por la ausencia de mi madre.

Las manos de mi madre

Al principio de esta nueva faceta de mi vida, que se prolonga hasta mi salida de Corocoro hacia *Chukiyawu Marka,* prácticamente quedo abandonado todo el tiempo que tarda mi madre en volver del trabajo. Ella trabaja ininterrumpidamente para cubrir nuestras necesidades de subsistencia. A pesar de mi poco razonamiento com- prendía que su esfuerzo era sacrificado; sus manos, especialmente las yemas de sus dedos, las tenía destrozadas e inflamadas a causa del laboreo de los minerales, vale decir por el diario arañar de la tierra y minerales, como se hacía entonces, exponiendo las manos al efecto de los óxidos irritantes con los que estaba en contacto durante toda la jornada de trabajo. Todos los dedos los tenía cubiertos con trapitos a manera de vendas y por las noches se curaba con sebo sin

sal, *untu,* a manera de pomada bien calentada al fuego, pero aun así se quejaba del dolor y no nos dejaba conciliar el sueño. En verdad tenía las manos tan infectadas que ahora recuerdo con gratitud y admiración el sacrificio de mi madre, sacrificio en razón de la responsabilidad de criar un hijo, sacrificio impuesto por la dura realidad de entonces.

Con esto quiero decir que en aquellos tiempos no había ninguna protección para el trabajador, el minero o la *palliri,* el *qhuyero* o la *q'areadora* urgidos por sus necesidades se mantenían activos en el trabajo hasta donde físicamente podían resistir. La recuperación de las enfermedades y accidentes de trabajo que imponía la ausencia al trabajo, simplemente estaban consideradas como una licencia y esto a petición del trabajador; pero la atención de la recuperación de ninguna manera se consideraba como una obligación de la empresa o el Estado. El caso de mi madre no era una excepción, pues todas sus compañeras de trabajo, es decir todas las mujeres que harían el mismo trabajo en esta o aquella

mina, tenían las manos vendadas con diversos trapitos protectores que ocultaban el mayor o menor grado de inflamación.

Mi vida se hizo triste y solitaria por la diaria ausencia de mi madre y desaparición de mi padre. Recuerdo que al comienzo lloraba hasta el cansancio sin que nadie acudiera a protegerme y hacerme compañía. Tenía miedo en una casa vacía donde sus moradores sólo regresaban en la tarde, después del descanso del trabajo. Rendido por el cansancio de llorar, frecuentemente me quedaba dormido en cualquier rincón del patio o en la puerta de calle o de nuestro cuarto en espera vana del regreso de mi madre que regresaba sólo después del toque de sirenas y campanas que anunciaban la hora de descan- so. Por las expresiones de mi madre a tiempo de limpiarme la tierra hecha barro con mis lágrimas, me daba cuenta que ella también sufría por mi situación de virtual abandono; pero ¿qué hacer? Dada nuestra dura realidad seguramente no teníamos otra alternativa para sobrevivir.

Historias en la noche

La sola presencia de mi madre era suficiente para olvidar mis penas del día. En una mezcla de alegría y llanto me prendía de ella con las expresiones propias de un desesperado, y así, prendido de su pollera, iba por donde ella se trasladaba, hasta finalmente ubi- carme en mi sitio preferido frente al fogón en tanto mi mamá prepa- raba la comida en medio de nuestra amena conversación. Después

de la comida nos íbamos a la cama a menos que viniera de visita alguna vecina para conversar de cosas que yo no entendía. Pero cuando hablaban del *Tío* de la mina, el "condenado" o el *kharikhari,* escuchaba con mucha atención en todos sus detalles; todas las cosas que contaban eran realmente fantásticas, increíbles y terroríficas.

Cada uno de los personajes nombrados tenían una esencia distin- ta. Por ejemplo, diremos que el *Tío* es un personaje únicamente de la tradición minera; según esa tradición es dueño y dios de la mina que ayuda a cuantos le rinden culto. Puede manifestarse en forma de un gallo, perro y hasta la de un gringo y hace pacto con algunos osados que lo invocan para hacerlos ricos de la noche a la mañana a cambio de sus almas. Son una excepción las personas que pueden verlo y ha- blar sin morir en el acto. En cuanto al "condenado", se trata de un

muerto salido de su tumba por alguna razón de sentimientos o pasión muy grande de su vida; es un alma en pena que, en tanto no se lo exorcise debidamente después de identificar y establecer la causa de su condenación, podría causar terror con sus apariciones y hechos macabros.

Finalmente el *kharikhari*, según se decía, se trata generalmente de curas que practican la magia negra para extraer aceite del cuerpo humano, que luego lo utilizarían en la preparación de los santos óleos que usan en las iglesias católicas. Siempre de acuerdo a las versiones de aquella época, esas prácticas se realizan especialmente en el mes de agosto cuando salen a los pueblitos, aldeas y los caminos en busca de sus víctimas. Aunque esas versiones parezcan increíbles, esos asesinos que alguna vez fueron sorprendidos infra- ganti, nunca fueron sancionados por quienes manejan la justicia. La ilustrada ignorancia de las autoridades simplemente los consideran como un caso de superstición; sin embargo es una realidad la exis- tencia de ciertos fatídicos personajes que con conocimiento y dominio de un poder asesinan impunemente hasta ahora. Cada caso que contaban lo escuchaba en todos sus detalles y a medida que me iba cogiendo el pánico me prendía de la pollera de mi mamá, de modo que ya no quería separarme de ella. Todo eso me infundía terror y la mina se me planteaba desde entonces como un interrogante de misterio indefinido.

El carnero topador

Fue muy duro para mí conformarme y adaptarme a mi diaria soledad. Con la intención de no separarme de mi madre, al día siguiente dormía fuertemente aferrado a su pollera, en la creencia

que despertaría cuando ella se levantara, de modo que no le permitiría dejarme solo aunque tuviera que prenderme de sus ropas y llorar a gritos. Pero ese método no funcionaba y siempre des- pertaba cuando mi mamá ya se había marchado al trabajo y el sol había avanzado bastante. Tenía que consolarme con la rica merienda y el desayuno preparado que me dejaba mi mamá so- bre el fogoncito de la cocina. Ya no lloraba tanto como al principio. Poco a poco iba acostumbrándome a quedarme sólito todo el día y quizás hubiera superado mis penas, de no ser el hecho de que el dueño de casa trajo un camero endemoniado que se constituyó en mi verdugo.

El dicho dueño de casa se divertía capeando al carnero como si se tratara de un toro de corrida, en tanto que el cornudo, con las carac- terísticas peculiares del topador, se acostumbraba a perseguir a las gentes y todo objeto que se moviera. El caso es que con ese animal yo quedaba encerrado en la casa, de la cual se hizo dueño absoluto. No me dejaba salir al patio; para llegar a la cocina, que estaba a unos cuatro metros frente a nuestro cuarto, previamente tenía que hacer una minuciosa observación de todos los movimientos del abusivo carnero para finalmente ejecutar un avance mediante un heroico salto, abrir la entrada y meterme dentro antes de que llegara él y me emprendiera a topetones, como era su costumbre. En un principio, el condenado no se atrevía a traspasar el umbral de entrada, pasaba y repasaba lanzando su ronco balido de reto; a veces con la mirada fija en mí rascaba el suelo en clara señal de desafío. Por su animosidad me daba cuenta de sus malas intenciones y muerto de miedo prefería no darme por aludido; más bien me ocul taba en el rincón más oscuro. Pero no terminan ahí las cosas: el caso es que a topetón limpio me quitaba mi desayuno y la merienda; le gustaba al sinvergüenza saborear mi tostado de maíz y los relleni tos de chuño que me dejaba mi mamá. Una vez se ingenió para entrar saltando por encima de la pequeña calamina que cubría la entrada, de modo que cuando llegué a la cocina, mi verdugo ya estaba adentro terminando de servirse mi comida en medio de un completo desorden de ollas volcadas y rotas. Naturalmente, todo eso no pudo pasar desapercibido para mi mamá que me instó para que en lo sucesivo le diera con un palo en la nariz. No sé cuánto tiempo tuve que sufrir ese calvario, pero un día nos mudamos de aquella casa. Seguramente por el problema del carnero topador y su deseo de estar más cerca de mí, mi mamá había conseguido trabajo en una mina que tenía muy cerca un campamento para sus trabajadores donde nos trasladamos.

Juegos en el rancho

Mi situación en aquella mina era mucho mejor; había siempre alguna gente que me hacía sentir seguro. En el descanso del medio día llegaba siempre mi mamá; almorzábamos juntos y apresurada- mente se volvía a marchar a su trabajo. Por mi parte, quedaba en completa libertad para recorrer las cercanías del *rancho,* como se denominaba en Corocoro al campamento minero. El rancho donde vivíamos era pequeño en relación con otros y daba alojamiento a unas cuarenta o cincuenta familias. Los cuartos eran de un tamaño uniforme con un espacio aceptable para tres o cuatro personas. La parte exterior estaba formada por dos

filas de cuartos, frente el uno del otro, que formaban un patio largo a manera de una calle. Cada cuarto tenía una cocinita de construcción muy precaria que estaba ubicada junto a la puerta de cada cuarto; era tan pequeñita que apenas cabían el fogón y la persona que cocinaba. Esas pequeñas cocinitas daban una peculiaridad a esa realidad minera, por su forma y tamaño, ubicadas infaltablemente en todos los ranchos de aquel distrito. Por falta de espacio, la gente acostumbraba tomar sus comidas alrededor de esas cocinitas. Como la costumbre era genera- lizada, las horas de comer ofrecían un cuadro pintoresco de hacina- miento y limitaciones que llegaban hasta la miseria y el drama de la gente enferma o de edad avanzada entremezclados con la pintoresca desnudez de los niños que reían la alegría de vivir o hadan berrin- ches por cualquier cosa en medio de la charla de sus padres.

De esa manera, el rancho o campamento era un factor de solida- ridad, la base de una vida de comunidad; con mayor razón cuando sus moradores eran trabajadores de una misma empresa. Así pues, se podría decir que en aquellos tiempos el rancho era parte consti- tutiva de una empresa minera, porque no se hubiera podido imagi- nar una empresa minera sin pulpería ni rancho para alojar a sus trabajadores, aunque no alcanzara para todos.

La gran cantidad de trabajadores, el dinámico movimiento de su güinche, carreros y demás labores, los grandes cerros de *takia* que servía de combustible para las máquinas de vapor y las estructuras donde se laboreaba la barrilla; todo eso me hace suponer que esa mina o empresa ha debido ser una de las más importantes de Coro- coro en aquella época. La mina se denominaba "Capilla" y era muy ponderada por los trabajadores. Me imagino que quizás pagaba mejores salarios a sus trabajadores por cuanto nuestra situación era mucho mejor. Teníamos alimentos más que suficientes, además mi mamá sacaba de la pulpería de la empresa algunos alimentos enla- tados como ser sardinas, leche condensada, cocoa y otros. También

compraba algunas frutas como peras, duraznos e higos. Más tarde se compró un rebozo nuevo, pollera y camisas. Ese bienestar era a cambio de las manos destrozadas de mi pobre madre.

Explorando el ingenio

El campamento donde vivíamos sólo estaba a unos doscientos metros de distancia de la mina, de modo que podía observar, desde el rancho, la maniobra del güinche en medio del chirriar de los engranajes y el ruido del vaciado de los minerales. También podía ver la gran cantidad de llamas, que llegaban entre las nueve y once de la mañana, cuyas cargas de *takia* vaciaban junto a grandes montones que parecían cerros. Más tarde me di cuenta que la *takia* era muy requerida y bien cotizada porque los intermediarios que hacían negocio con el acopio de *takia,* entraban en competencia para tener la preferencia de los Harneros, ofreciéndoles como obsequio panes y coca, en un lenguaje de insinuación y hasta de amenaza en otras. La *takia* era vital para producir la fuerza del vapor que movía la pesada máquina del güinche, que en su continuo movimiento ora aparecía sobre la superficie del suelo, ora se perdía en la profundi- dad del pozo. Todo eso se podía ver a la distancia.

Por el deseo de ver a mi mamá y la curiosidad de conocer de cerca la mina, en el transcurso de los días poco a poco fui acercándome con gran temor en un principio. Tenía miedo a la reprimenda de mi madre; además me asustaba el deslizamiento de los carros de mine- ral y a la vez me fascinaba la destreza de quienes los manejaban. Un día llegué a situarme encima del promontorio de relave más próximo a las instalaciones; desde mi observario parecían inmensas, al menos para mí, aquellas instalaciones de la "cancha", como se llama- ba al espacio de trabajo. Por las rieles instaladas, que parecían hilos de hierro en todas direcciones, tenía un parecido con una estación de ferrocarril: las rieles centrales partían unas de la boca del pozo y otras de una bocamina empotrada en el cerro. Ambas convergían en la cancha propiamente dicha, es decir, el lugar donde estaban instaladas las soleras de piedra de Comanche, que servían a manera de yunques, sobre las cuales las *q'areadoras,* martillo en mano, procedían a preparar la primera granza para la molienda de la barrilla. Era una doble fila de mujeres a lo largo de las rieles que, sentadas en el suelo, martillaban sin cesar, en tanto que los carreros descargaban sobre la marcha a lo largo de esa doble fila de mujeres trabajadoras. Cada una de ellas iba haciendo su montón de mineral limpio y tamaño uniforme, para cuya labor disponían de un martillo,

una *qhachiña* (rasqueta metálica) y una *q'ipiña* de yute. Removían, rascaban y chanqueaban sin cesar hasta que finalmente cargaban para entregar en el depósito correspondiente. En sus facciones se advertía la fatiga del trabajo, además del efecto del tiempo a veces lluvioso, frío o de intenso sol. Todas ellas

retenían en la boca el *pijchu* de coca y *llujt'a*.

Al comienzo me fue difícil reconocer a mi mamá entre tantas mujeres a la distancia, pero al fin logré distinguirla entre sus compañeras. Ya conocía su puesto de trabajo, pero no quería que me descubriera por temor de una reprimenda. Además, quizás por un instinto de conservación, me daba cuenta que era un sitio peligroso. Finalmente, mi madre misma me fue acercando a su trabajo, llevándome al comienzo en los días de pago. En esos días en las cercanías de la administración había gran cantidad de trabajadores que esperaban ser llamados por lista para recibir su pago, otros compraban frutas y comidas de las vendedoras instaladas en las cercanías. Aquí y allá se veían pequeños grupos que conversaban animadamente y había un ambiente de feria en medio de una insta- lación minera. La casa de máquinas, que veía de cerca por primera vez, estaba en silencio, pero era imponente para mí y me causaba asombro y temor aquel gigante de hierro. Mi curiosidad me permi- tió descubrir alguna gente que todavía trabajaba. La labor que realizaban era nueva para mí, aunque no entendía la especialidad de ese trabajo en ese momento; pero se trataba de la molienda y concentración de la barrilla. En los descansos de mediodía, mi mamá me compraba alguna golosina o fruta para tenerme contento con el encargo de que me fuera al rancho; pero lejos de cumplir el encargo de regresar a la casa, me quedaba a observar el laboreo de la barrilla, a cuyos trabajadores creo que no les importaba mi presencia, de modo que me iba hasta en las mañanas.

Ese sitio no me inspiraba temor; no había maquinarias y el labo- reo se realizaba totalmente a mano, las instalaciones de molienda estaban construidas con bloques de piedra blanca de Comanche a manera de un cajón en el cual encajaba un quimbalete también de la misma piedra. En el fondo del cajón le echaban una porción de mineral y se largaba el agua por un ingenioso conducto que corría graduadamente en tanto trabajaban. Así dispuestos los hombres que trabajaban en fila en esa labor, estaban con los brazos desnudos hasta el hombro, arremangados los pantalones hasta la rodilla y con una sobrecargada porción de coca en la boca. Subían sobre los quimbaletes y los movían a manera de batán, flexionando las piernas alternativamente a manera de un pedaleo. Con las manos se

sujetaban de unas argollas que pendían de una viga del techo. Trabajando de esa manera, me parecía que ofrecían una figura grotesca por lo cual no sabía si me

causaban risa o pena; pero no me daban tiempo para reflexionar porque a cada momento se bajaban para remover la granza hasta que quedara molida, entonces la descargaban en un malacate donde quedaba una granza menuda que volvían a moler.

En las primeras horas de la mañana hacía un intenso frío, espe- cialmente en los meses de invierno. En medio de ese frío la pohre gente tenía que hacer su trabajo metiéndose continuamente en el agua. No tenían nada que pudiera llamarse equipo de protección, salvo un tarrito de grasa o aceite sucio de las máquinas, con lo cual se cubrían copiosamente las partes desnudas de los brazos y piernas que estaban en contacto con el agua fría. En esas condiciones era realizado el trabajo de concentrado del mineral, de una manera completamente manual, operación que se repetía incesantemente en las horas y días de trabajo. Por lo que veía, me parecía que la molienda era el trabajo más duro; pero con la sola molienda todavía no estaba terminado el proceso del concentrado. Este proceso estaba a cargo de varias mujeres trabajadoras, que haciendo uso de una variedad de malacates y la instalación de un lavadero concentrador, realizaban pacientemente la separación del desmonte mediante el agua y la habilidad alcanzada en esa especialidad. Finalmente tendían el mineral al sol para el secado. Creo que así se obtenía la barrilla para la exportación.

Bueno es aclarar que no todas las empresas contaban con un ingenio; inclusive algunas minas importantes por no disponer de agua en el sitio, trasladaban sus minerales mediante andariveles y recuas de burros bajadores, cuyos dueños o arrieros los explotaban sin ninguna consideración, a pesar de que el lomo lo tenían hecho una llaga que daban lástima los pobres animales. La explotación y la crueldad también alcanzaban a los animales. En medio de esos hechos deprimentes y agotadores, había una actividad febril por todas partes al paso de los crueles arrieros que iban y venían arreando sus animales con un lazo grueso, vociferando palabrotas como parte de su oficio. Los Harneros, que entraban o salían con sus llamas con un paso un tanto lento, se podría decir al compás del toque de una campanita que llevaba el guía prendida al cuello. Los andariveles se desplazaban por el aire y se oía el característico ruido metálico de la actividad minera en los cerros con las instalaciones grandes y pequeñas.

Todo el mundo estaba ocupado en los trabajos de las minas; inclusive niños y niñas que todavía no alcanzaban la adolescencia ya eran trabajadores y

lógicamente por costumbre, curiosidad o necesidad *pijchadores* de coca como todo minero. Sin duda, esa realidad en la temprana edad de niños y niñas los convertía en gente madura cuando física y espiritualmente aún eran niños. No existía la obligación o el derecho de asistir a una escuela para la educación de los niños de las masas pobres. Al contrario, la escuela era un caso vedado para la gente humilde y aun castigado para la indiada. Quizás por eso, la palabra escuela y todo lo referente a ella, es muy vaga para mí. Recuerdo el comentario sistemático de las señoronas y los *q'aras* de esa época, que con sabiduría salomónica se referían a la inutilidad de poner en la escuela a los *yuqallas* y concluían diciendo que la mejor educación era enseñarles a trabajar desde bien chiquitos, sin dejar de aplicarles el *kimsacharani* para que sean obedientes.

Cuando recuerdo esos episodios, comprendo claramente que esa mentalidad respondía al propósito de mantener el sistema colonia] de una sociedad con resabios de castas, de mantener privi- legios e intereses feudales, cuya ideología de presuntos valores morales, sólo eran el instrumento acondicionante de la dominación. Lógicamente, por el grado de ignorancia de las gentes pobres, lamentablemente ellas mismas se hacían eco de las prédicas malé- volas e interesadas de sus opresores, algo así como ocurre ahora cuando no sólo las élites de la sociedad opresora, sino hasta dirigentes sindicales, nos hablan de la necesidad y obligación de defender y mantener una democracia que condiciona y facilita los privilegios, dominio y disfrute de los pocos, sobre la miseria y hambre de las mayorías, una democracia que no es nuestra, y lógicamente nuestra necesidad y obligación debería ser el de des- truirla, para instituir la nuestra propia: la democracia de los parias, de los siervos y esclavos.

Como se podrá comprender, proponer en las circunstancias de aquella realidad la asistencia de una niña a la escuela, ciertamente hubiera resultado insólito y ridículo y tratándose de una niña india, ni pensarlo. Eso era un delito capital que tenía que castigarse con escarmiento, como se pensaba entonces. Es así que autoridades y gentes ultraconservadoras del sistema colonial republicano de entonces, todavía castigaban con azotes a los indios adultos que intentaban aprender a leer. Así eran las cosas en aquella realidad de absurdas y crueles contradicciones, en la época de mi infancia en Corocoro.

Mis primeras prendas

Para entonces creo que mi mamá, ya no tenía mayores preocupa- ciones por mi seguridad. Ella seguramente estaba enterada de mis correrías y travesuras. Por mi parte, se podría decir que yo era feliz gracias al sacrificado trabajo de mi pobre madre. Ella seguramente consideró que era suficientemente grandecito como para usar panta- lones. Es así que un día me vi embolsado en un pantalón; aquello me trajo varios problemas y fue motivo de constante preocupación para mí. En primer lugar, se me chorreaba con facilidad a pesar de que mi madre me sujetaba a la cintura con una fajita típica de nuestra tradición. El ponérmelo solo era una operación de nunca realizar. En tanto me amarraba la faja, el condenado pantalón ya estaba caído hasta la rodilla, de modo que por un largo tiempo andaba su- jetándolo con una mano. No pocas veces me hizo caer al suelo, enredándoseme en los pies al correr, además de las reprimendas de mi madre por las roturas de las costuras. Creo que era un desas- tre a causa del condenado pantalón.

Otra prenda que recuerdo con cariño es el ponchito *wayruru* que me lo hizo mi mamá; era bastante abrigado, cómodo, bonito y hasta creo que me daba personalidad, a pesar de ser un poco grande para mi edad. Después de acompañarme como abrigo en mi niñez y prenda de recuerdo en mi vida adulta, se perdió finalmente después de la muerte de mi mujer. Vestido con ese ponchito, recuerdo que mi mamá me llevaba de vez en cuando a ver el biógrafo (cine), otras veces íbamos a alguna fiesta o simplemente de visita.

Un buen susto en *Mallku qhuya*

Un hecho dramático para mí fue cuando con un pequeño grupo de niños me fui a curiosear las instalaciones desiertas de una mina de- nominada *Mallku qhuya* donde también había trabajado mi mamá. El caso fue que sin un plan determinado me fui siguiendo a otros niños más creciditos. Creo que yo era el más pequeño, por eso quizás aún estaba vestido con una bata como era usual. De repente nos en- contramos en la desierta mina, y aprovechando que la gente grande estaba en la fiesta de carnaval, hicimos cuanta travesura se nos ocurrió y curioseamos de rincón a rincón, descubriendo natural- mente al *Tío*, que muy orondo estaba cubierto de serpentinas y papeles de color sobre un montón de coca, confites y cigarros. Nos causó temor y preferimos alejarnos de aquel lugar. Todos estábamos más que entusiastas y nuestra alegría llegaba a la euforia al trepar y empujar los carros metaleros.

En esto, a algún niño se le ocurrió entrar a la mina. Temerarios en nuestra inconsciencia, sin pensar más, nos entramos en la negra oscuridad de la bocamina; los pequeños estábamos en el cajón de un carro y los grandes iban empujando. Para mí era fascinante en tanto viajaba en el carro: desde el lugar en que nos encontrábamos parecía que el dintel de la bocamina se iba achicando y la oscuridad era tal que ya no podíamos distinguirnos entre nosotros. Quedamos descon- certados y hubo vacilación en los chicos que empujaban.

En aquel preciso momento apareció, desde el fondo, el débil refle- jo de una luz que avanzaba hacia nosotros; simultáneamente alguien con voz aterrorizada gritó: ¡El *Tío* El efecto fue indescripti- ble. En el intento de huir en medio de la oscuridad solamente conse- guíamos hacernos un revoltijo chocando unos con otros. No podría decir si alguien regresó el carro o éste debido a la gravedad de la gradiente, regresaba por su propio peso hacia el exterior. En medio del pánico general muy vagamente me daba cuenta que el carro se desplazaba a considerable velocidad. Finalmente cuando el carro ya corría por la cancha sin control, debido a un choque con algún obstáculo, volcó violentamente a tiempo que yo salía despedido de su interior como una pelota, para ir rodando en medio de volteretas hasta una distancia considerable. Posiblemente por el susto no sentí ningún dolor. Las cosas habían pasado de una manera tan dramática y rápida que aún no me daba cuenta del peligro que habíamos corrido.

Mi primera reacción fue de ver si estaba ahí el *Tío* para escapar cuanto antes; pero no aparecía el *Tío* por ningún lado. Recién me di cuenta que mis compañeros de aventura estaban desparramados por el suelo en torno del carro volcado; creo que nadie tenía una herida grave a más de un chinchón o alguna magulladura. Sin embargo, presas aún del pánico no teníamos palabra ni coherencia para explicarnos. Todos preguntaban sobre el *Tío* pero casi ninguno podía responder satisfactoriamente. Uno de los muchachos grandes sostenía que había distinguido al *Tío* que venía con un chicote en la mano. Aquella afirmación fue suficiente para quedar convencidos de que habíamos visto al Tío; aunque en verdad yo solamente vi el reflejo de una luz y no la forma de figura alguna. Reitero que por suerte habíamos volcado en el centro de la cancha; de no ser esta circunstancia, seguramente habríamos llegado hasta la tolba de minerales donde el vuelco habría sido quizás de consecuencias fatales. Con el miedo al *Tío* metido en nuestras últimas fibras y la vista fija en el suelo regresamos al pueblo mudos y sin ánimos para nada. En cuanto a la presencia real o ficticia del *Tío* fue para mí un misterio durante toda mi niñez. Ahora

puedo suponer que quizás se

49

trataba del sereno; sin embargo queda un interrogante: si era el sereno, ¿por qué no apareció para ver lo que pasaba?

Mi abuela paterna

En todo el tiempo que estuvimos en el rancho, mi abuela y mis tíos nunca fueron a buscarme. En un principio vivíamos algo aislados de ellos; posteriormente, algunas veces que íbamos con mi madre a Qallirpa, mi abuela y mi tío la rechazaban; parecía que la odiaban porque algunas veces la pegaban en tanto que yo lloraba a gritos hasta la desesperación. Aquella situación me hacía sufrir mucho, me dolía el sufrimiento de mi pobre madre.

Mi padre, al tomar inconsultamente a una mujer que no era de la comunidad ni de un *ayllu* aledaño, sino del lejano *Chukiyawu Marka,* había resentido la autoridad de su madre y la observancia de las tradiciones. En tanto que mi madre se encontraba en una situación desventajosa por no poder invocar el *ayllu* que la acredite y la familia que garantizara por siempre su matrimonio.

Este razonamiento y forma de ser, quizás les parezca absurdo a las personas adictas al modernismo occidental y seguramente lo es en el marco de una sociedad individualista que se cierra en su egoísmo y hace idolatría de su alienación. Pero tratándose de una sociedad colectivista, como era la sociedad comunitarista de los *ayllus* del pueblo aymara del *Qullasuyu,* nuestras costumbres y tradiciones tienen un contenido fundamental en la razón de ser y existir del *ayllu.* La elección de la esposa de la misma comunidad se traducirá en un mayor factor de equilibrio de la armonía y unidad de la familia, y por ende del *ayllu,* plasmándose vigorosamente en todas las manifestaciones que harán el bienestar, la confraternidad y la relativa felicidad colectiva.

En el *ayllu,* la autoridad de los padres a partir de la petición *(sart'asiña)* se traduce en una permanente garantía para la esta- bilidad del matrimonio, mediante la acción de un consejo bifamiliar, que actuarán permanentemente como consejeros, moderadores y si el caso lo exige, de jueces inflexibles que impedirán todo intento de separación. De esa manera y gracias a los conceptos y preceptos de nuestra cultura, en el interior del *ayllu.* no hay separación, no hay

divorcio, no hay abandono de menores y prostitución como es corriente y hasta legal observar en la sociedad *q'ara*.

Las pocas veces que pasé con mi abuela, a pesar de mis pocos años, me daba cuenta que tenía una personalidad especial: era alta,

fuerte y joven aún; tenía el don de mando, quizás por su condición de jefe de familia por ser viuda; era enérgica sin dejar de ser una excelente narradora y polemista. Además, era fuerte y tan diestra para manejar el ganado como para cargar y descargar la cebada, papas y otras cargas de animales difíciles de manejar como son las llamas. Sobre la marcha lanzaba el lazo para coger algún novillo aún no domesticado. Esa habilidad y fortaleza poco común en las mujeres, le daba ponderación y autoridad. Con esas cualidades, creo que apocaba a mi madre, que tampoco se quedaba atrás como mujer minera.

Creo que mi abuela era muy práctica para manejarme. Algunas veces que mis padres me dejaban con ella me tenía entretenido sin descuidar sus quehaceres de hilado o tejidos. Sabía conquistarme y tenerme satisfecho con bocaditos especiales y oportunos. Quizás por cariño o simplemente para entretenerme me dispensaba el privilegio de introducirme en un cuarto reservado y me entregaba los trofeos de la familia. Examinaba a mi antojo los adornos de plumas que se usan para bailar, los *pututus* casquillados con plata labrada, las *wankaras* y otros instrumentos, enjalmas, banderitas y una variedad de diminutas campanitas. Las ropas ceremoniales y las insignias de mando, junto a los *tilinkis* y *qirus* de plata labrada que encerraban toda una tradición cultural de mi ancestro. Las artísticas reproduc- ciones en miniatura de la bella y fina *wik'uña*, el misterioso *titi y* el soberbio *paka,* que según me decían más tarde, servían para bailar la *chuqila* y otras danzas y que en tiempos más lejanos constituían los símbolos representativos de las parcialidades de *Aransaya* y *Urinsaya.* En medio de tantas cosas raras para mí, me sentía como ahora podría sentirme en un museo.

Así era mi abuela paterna que, pese a ser temible y odiosa cuan- do le pegaba y hacía llorar a mi mamá, supo conquistarme e infun- dirme confianza con su manera práctica de hacer las cosas, con el don especia] de su personalidad y la oportuna forma de protegerme del rigor de los temporales; de modo que cuando me imaginaba que pasaría el día llorando de miedo resultaba más bien que pasaba distraído y hasta me olvidaba de mi mamá, mientras retozaba en la inocente alegría de vivir. Ya no sentía miedo a mi abuela, más bien me parecía muy sencilla y amena para hablar. Con el recuerdo de su personalidad y los fragmentos de su vida captados a través del tiem- po, puedo recordarla como una mujer esbelta, llena de gracia, enér- gica y con dominio de la palabra imperativa. Así debió ser al menos cuando fue *t'alla*, guía, representante y autoridad del *ayllu,* de mi querido *ayllu.*

IV

^LHOMoflEESTiERRA *JUEPBISA" /¡r*

EL CIERRE DE LAS MINAS

A] decir de mi madre ya habían pasado casi tres años de la ausencia de mi padre y vivíamos en la forma y circunstancias ya narradas. Una noche cuando ya estábamos acostados, alguien llamó a la puerta, mi mamá extrañada acudió a ver de quién se trataba. Grande ha debido ser su sorpresa al reconocer a mi padre, que ingresó al cuarto con un bulto blanco en la espalda. Yo no me daba cuenta cabal quizás porque ya estaba algo dormido, hasta que mi madre me dijo: *"Tatamawa"* [Es tu papá]. Me incorporé con una mezcla de curiosidad y cariño; después de dejar su bulto en el suelo, vino a sentarse junto a mí y me estrechó contra su pecho en tanto que hablaba con mi madre a pesar de vérsele algo cansado. Yo me conformaba con contemplarlo mientras se servía un alimento ligero. Al día siguiente no salí de nuestra vivienda y pasé todo el tiempo con mi padre; no recuerdo lo que hablamos, pero ante mi curiosidad abrió su bulto donde entre otras cosas había un libro muy bien cuidado y bonito que por primera vez hojeaba sin saber leer. Me encantaba mirar las figuritas y las fichas escritas que contenía en un sobre pegado en el interior de la tapa y me entretenía, de tal modo que creo olvidé a mi padre. Aquel libro fue quizás el principal y único amigo de mi vida que me acompañó hasta el incendio de mi casa en la comunidad.

Después del regreso de mi padre, él y mi madre trabajaban aunque en diferentes empresas mineras. Durante un tiempo, vivía- mos apaciblemente sin mayores problemas; había armonía en la conducta de mis padres, no participaban en las fiestas y se abs- tenían de las bebidas alcohólicas. Creo que yo mismo era más orde- nado y responsable, pues ya no iba a resbalar en los cerros donde anteriormente destrozaba mi ropa; igualmente me abstenía de jugar con el relave del río, cuya agua salada y la acción del aire frío me producían una infinidad de pequeñas heridas sangrantes en la piel, de modo que mi mamá muy pocas veces me regañaba. En cambio mi padre a veces perdía la paciencia cuando no podía aprender a leer como él quería: a mí me gustaba solamente jugar con las figuritas del libro. Mi padre había aprendido a leer, pero nunca pude saber cuándo y en

qué circunstancias. Pero el caso es que yo no respondía como un aceptable alumno ante el machacón interés de mi padre. Aquella porfía de mi padre era a veces la causa de una discusión con mi madre que le pedía más paciencia y trataba de ayudarme en recordar la lección para no tener miedo a mi padre. Pero las conde- nadas letras se me perdían en la memoria o bailoteaban ante mis ojos llorosos; sin embargo, a veces pasaban días sin que mi padre me pidiera la lección y hasta parecía olvidarlo, preocupado por otras cosas más urgentes.

Así pasaba el tiempo relativamente tranquilo y monótono, por lo menos para mí, que todavía no podía advertir, como la gente mayor, el cambio de la situación que más tarde sería desastroso para Coro- coro y su actividad minera. En efecto, se fue reduciendo la actividad minera dejando cesantes a los trabajadores, especialmente de las minas chicas. Yo no tenía la suficiente capacidad de entendimiento para comprender las causas de aquella situación; escuchaba el comentario de mis padres y las gentes mayores. Unos decían que el presidente Siles se había escapado con el dinero, otros señalaban que las vetas se habían agotado y por eso las compañías se estaban marchando; pero nunca he escuchado un comentario que responda a la causa real de aquella situación, como era la crisis económica mundial de los años treinta.

Mi padre, que trabajaba en una mina chica, quedó cesante, aunque mi madre seguía trabajando; pero surgieron las preocupa- ciones porque quizás lo que ella ganaba no alcanzaba para cubrir nuestras necesidades. Ante esa situación, habrían considerado la forma de paliar la situación o quizás de prever aún peores conse- cuencias, por eso se fue mi padre a hacer trabajos agrícolas en nues- tra comunidad. No tengo una idea exacta del tiempo transcurrido

entre el comienzo y la finalización de la paralización, pero una tras otra fueron cerrando las minas hasta que le llegó el turno a la mina donde trabajaba mi mamá. Creo que al final apenas quedaba una compañía, que si mal no recuerdo se denominaba Unificada. No hubo ninguna indemnización para los trabajadores. Apenas unos años antes habían conseguido una jornada de trabajo de ocho horas de las doce que era antes, así pues, las compañías o patrones cerra- ban las minas y punto. Seguramente no les importaba la desolación de una población explotada; como fríos capitalistas sin duda se habrán marchado satisfechos de las riquezas acumuladas, dejando atrás socavones vacíos y pulmones destruidos. ¿A quién le iba a im- portar la suerte y miseria de aquella

masa de desarraigados, que quizás ya no podrían reintegrarse a los *ayllus* de donde salieron? Irremediablemente estaba echada su suerte, cuyo resultado no podría ser otro que recorrer errantes los caminos, con todo el bagaje de su miseria, reducidos a la situación de parias en su propia tierra ancestral.

Debo enfatizar que la somera conclusión que señalo, no surge como una especulación imaginativa de quien escribe, sino es el resultado de una experiencia directa de ranchos y casas vacías o de calles desiertas y castillos paralizados. Es una experiencia directa de lo que vi y sentí en mi propio padre y mi sufrida madre. Quizás porque no teníamos una vivienda adecuada en nuestra comunidad fuimos uno de los últimos en abandonar nuestra vivienda del rancho, dejando atrás los recuerdos de mis travesuras y zozobras, los lugares preferidos y queridos que encerraban la inconsciencia de mi primera infancia, experiencias y sentimientos de mi vida minera. Todo quedaba reducido a un inmenso montón de relave seco como un hito de aquel desastre.

***Sayañeros* en Qallirpa**

En Qallirpa, la primera necesidad fue de construir una casa y los respectivos canchones para los animales, de modo que mis padres trabajaban con denuedo en el acopio de los materiales necesarios. En el día levantaban las paredes y en la noche cargaban los adobes desde una distancia de doscientos metros. Me daba cuenta que el mayor inconveniente de la ubicación de nuestra casa era la falta de tierra adecuada en el lugar para hacer adobes y barro. En cambio había cantidad de piedras con lo cual se avanzó bastante bien con los muros de piedra. Lo más difícil y desalentador era la falta de ma- dera para la puerta, el enrejillado del techo y la montaña de paja que se necesitaba que había que traer de una distancia considerable.

No teníamos burros propios, por lo cual obligadamente teníamos que recurrir a mi abuela y otras gentes, para pedirles prestados sus animales que no pasaban de dos o tres. A veces no podíamos dispo- ner de ninguno y entonces había que cargar sobre las espaldas para completar la realización de aquellos trabajos. Mientras tanto, vivíamos en un cuarto pequeño pero suficiente para nosotros.

Según decía mi abuela: mi padre, por ser el mayor, desde niño había tenido la calidad de *"sayañero* agregado". Debido a que en tiempos pasados una epidemia

había devastado la comunidad, quedando un buen número de *sayañas* sin dueño, que poco a poco habían sido transferidas a miembros de la misma comunidad para cubrir los impuestos. Una tía abuela de mi padre, que había queda- do sin un heredero directo a causa de la epidemia, había optado por legitimar a mi padre. De modo que la familia disponía de dos *sayañas*, que más tarde son ampliadas a tres. Así, cuando yo ya tengo mi propia familia, mi abuela junto a un hijo mantiene la posesión de la *sayaña* original. Mi padre tiene la suya y yo entro en posesión de la *sayaña Qalacaja*, justamente aquella que cons- truyeron mi padre y mi madre después del desastre de las minas.

A pesar de sus agotadoras tareas mi padre mantenía el propósito de enseñarme a leer; de modo que en algunos momentos de descan- so, mientras se llevaba algunas hojas de coca a la boca y me daba tareas o me pedía la lección, yo hubiera preferido que me diera la tarea de cargar adobes, no obstante de que me gustaba el libro. Ahora, cuando recuerdo, pienso que la falla estaba en el idioma, ya que el castellano me era extraño; además mi padre pretendía hacerme pasar rápidamente a las oraciones cuando no conocía siquiera el abecedario.

Al fin, después de peripecias, mucho esfuerzo y perseverancia, lograron terminar la casa. Era un cuarto de unos tres o cuatro me- tros de ancho, por unos seis o siete de largo. Este cuarto nuevo, en- frente del otro pequeño, en medio de los canchones de piedra recién construidos, formaban ya todo el conjunto de una vivienda indígena. Lo único que faltaba eran los animales que harían nuestro rebaño. Seguramente mi padre estaba decidido a tener un hogar completo, de modo que le pidió a mi abuela le entregara los animales que eran suyos. En el momento de la entrega, surgieron algunas desinteli- gencias en cuanto al número de los animales; mi padre alegaba que deberían ser más. Por su parte mi abuela, toda ofendida, le decía que iba a saber lo que es cuidar el ganado; que esperaba supiera hacer multiplicar el rebaño como lo había hecho ella, en base de sa-

orificios y desvelos. Desafortunadamente no fue feliz aquel momen- to; quizás fue el comienzo de una larga situación de resentimientos y desinteligencias que se tradujeron en un calvario para mi madre.

Nuestro rebaño era pequeñito, compuesto por ovejas y muy contadas llamas; no teníamos ni un solo buey, ni burros que son tan necesarios. Fue muy difícil mantener separado nuestro pequeño rebaño porque no estaban acostumbrados a

separarse del rebaño mayor y todo el día se los veía inquietos pretendiendo escapar. A la hora de llevarlos a los corrales se negaron entrar; nos costó bastante trabajo el contenerlos y finalmente encerrarlos. Con todo, creo que mi padre estaba satisfecho y yo también. En los días siguientes, aún se mantenían ariscos y continuamente se nos escapaban para juntarse con el rebaño mayor, lo cual era motivo de molestias y riñas. Aquello del rebaño aparte no funcionó debido a la proximidad de las casas y el uso de un mismo campo de pastoreo; seguramente se necesitaba tiempo y paciencia para acostumbrarlos a ser un rebaño aparte. Además, las tareas agrícolas requerían de brazos; así pues acordaron volver a juntar y pastear por turno una semana. Por otra parte nos preocupaba el agotamiento de nuestras reservas de productos, de modo que teníamos que recurrir a mi abuela para pedirle prestado un poco de *ch'uñu* y otros. Además, faltaban herra- mientas de trabajo, sogas y costales; lo cual hacía muy penosa la vida de mis padres a tal punto que mi padre se comportaba no pocas veces de una manera brutal; fácilmente perdía la paciencia y se encolerizaba haciendo a mi madre la víctima de su mal humor.

En los *ayllus* de aquellos tiempos aún prevalecía el sistema del trueque en el intercambio de productos. A tal fin, los costales de la carga de llama eran de un tamaño uniforme, en los cuales estaban señaladas las medidas aymaras, como ser el *tupu,* la *chhiya* y el *t'axlli.* Además, del *qhichi,* pienso que ha debido existir otras medidas, como por ejemplo el *chhiri,* que actualmente usan los intermediarios en el rescate del oro. Veía llegar hombres con una tropa de llamas con cargas de sal que se intercambiaban con productos agrícolas que aquella gente carecía. Se decía que venían de Achiri y Berenguela y llegarían hasta la *qhirwa* (valles) realizando aquí y allá el intercambio para proveerse de alimentos que les permitieran paliar la escasez de productos propios. Las transacciones siempre se realizaban mediante el trueque; no aceptaban la compra y valorización de sus mercancías en dinero. Lo cual hace ver que en esa actividad no existía un afán de lucro mercantilista, lo prioritario era la satisfacción de una necesidad de

i

subsistencia.

Otro aspecto interesante que no puedo dejar de mencionar, es la confección de

las telas y vestidos de aquellos tiempos. Todos los miembros de la familia de mi padre, siempre estaban ocupados en hacer el hilado y torcido de los *q'aytus,* el teñido y finalmente el tejido. Los hombres harían el tejido de la bayeta que quizás era el más sencillo, también harían una variedad de cordellates que se diferenciaban en las formas del tejido; además hacían el trenzado de sogas con lana de llamas. Las mujeres, además de hacer los hilados, tejían las *ikiñas* (frazadas), sirviéndose de los *sawuñ lawas* y la *wich'uña,* este último de hueso de llama. Los demás tejidos eran un verdadero desafío para la mujer por los difíciles y artísticos tejidos de los *awayus, wak'as* y *taris.* A medida que los hilados del telar se iban convirtiendo en una prenda, quedaba maravillado por la viva tonalidad de los teñidos, la combinación de colores y las formas de las figuras del tejido, cuyas denominaciones que recuerdo eran el *k'ili,* la *salta,* el *p'uyu* y el *willk'i.* Los hombres en general producían las telas para la ropa interior, las chaquetas, calzones y polleras; las mujeres por su parte, harían las frazadas, manteos, ponchos, *awayus* y *taris.* Hasta los *wiskhus* los hacían de cuero de llama Oa llanta de goma aún no era usada), con lo que quiero decir que eran autosuficientes. Recuerdo que mi padre hizo para mí, un *p'ullqu* de cuero de llama; era suave y calientito y más parecía un cómodo guante para los pies, el único inconveniente era que se remojaba cuando llovía o se caminaba prolongadamente por los bofedales.

Dificultades de *chhijnuqas*

Teníamos casa pero nos faltaban muchas cosas; un clavo o una simple soga se hacían indispensables. A mi padre le faltaban herramientas para labrar la tierra; con herramientas y animales prestados no se podía hacer gran cosa. Era evidente que sin una yunta de bueyes propios no sería posible levantar la tierra en una extensión como para tener sembradíos suficientes para vivir. ¿Cuánto tiempo y sacrificios tendríamos que pasar antes de lograr nuestra autosuficiencia? Nuestra situación era de *chhijnuqas,* llena de penalidades y privaciones. A veces añoraba otras situaciones más felices del pasado inmediato, donde veía las *phinas* repletas de papas, que después eran levantadas con todo el colorido de nuestras costumbres y tradiciones.

En una de esas épocas propicias veía el cuadro feliz de nuestro *ayllu,* que comenzaba con los trabajos de siembra, que movilizaban a toda la gente del *ayllu* en numerosos grupos que poblaban la *aynuqa,* en medio de recuas de burros, llamas y yuntas de bueyes.

Me daban miedo los toros por sus broncos mugidos desafiantes que más me parecían rugidos. El rebuznar de los burros y el mugido de los toros parecían que hacían un concierto de música hasta que los ponían a trabajar. Los grupos de gente repartidos por toda la *aynuqa,* preparaban las semillas a tiempo de hacer la *ch'alla,* con vino dulce y coca. Las primeras semillas eran adornadas con flores de *waraqu*, mientras los dueños nombraban a las personas para las diferentes tareas conforme a la costumbre de hacer entorno de una mesa tendida en el suelo, donde no podía faltar la coca, una botella de alcohol en el centro del *tari* , vino dulce y el *mullu,* tan indispen- sable en la observancia de nuestras tradiciones y costumbres. Así se hacía el intercambio de *taris* y *ch'uspas,* en un ambiente de mutuo respeto y confraternidad. También había un momento solemne, en el cual de rodillas, pedían permiso a la *Pachamama* para depositar la semilla en su seno; pedían perdón por sus hechos y la bondadosa bendición de los *Achachilas Uywiris,* a los que invocaban con una gran fe mística.

Las familias que participaban en grupo en aquella actividad de manera tan armoniosa, ofrecían un cuadro pintoresco y singular junto a las yuntas bien adornados con enjalmas y banderillas, que una tras de otra iban abriendo los surcos que apenas daban tiempo para poner la semilla y el *wanu.* Por la tarde, por el ambiente de armonía, se hubiera podido decir que terminaba una jornada de fiesta y no una jornada de trabajo.

La cosecha, y especialmente el traslado, era otro acontecimiento donde se manifestaba lo religioso, la música, el colorido de los adornos de los animales de carga, la expresión de las costumbres y la armoniosidad en medio del trabajo del traslado de los productos depositados en las *phinas.* La cosecha de papas era abundante y de buena calidad; así se justificaba la laboriosidad del indio, su fe mística en sus dioses ancestrales, su música y danzas en su alegría de vivir. Esa era la fase feliz de la vida en el *ayllu* que yo añoraba, motivado de las penalidades y necesidades de la otra fase triste que estaba sintiendo y viviendo en carne propia.

No me daba cuenta de que las herramientas y yunta de bueyes, ni siquiera la voluntad y el esfuerzo del hombre, nada significaban cuando los elementos de la naturaleza eran poco benignos. Al recordar las penalidad de aquellos días, ahora puedo comprender la gran importancia que tenían las *pirwas,* que ayudaban a sobrellevar la situación de las malas cosechas. Recuerdo con tristeza que

nosotros no teníamos siquiera una *pirwa* vacía, de modo que puedo

comprender la grave situación de mis padres que genera una cadena de infortunios desde el cierre de las minas.

A esas desdichas se agregaba los arrebatos de mal humor de mi padre y los maltratos que hacía a mi mamá. Muchas veces yo lloraba junto con ella porque los sufrimientos de mi madre me dolían más que el hambre y el frío. Algunas veces tenía que ocultarse en medio de los altos pajonales para escapar a la furia de mi padre. ¿Qué era el motivo? Quizás hubiera sido su impotencia por encontrar una solución a nuestras necesidades. Lo cierto es que mi padre nunca dio explicación satisfactoria a las autoridades o personas de considera- ción. Por mi parte, por ser muy ingratos esos hechos y por respeto a mi padre, nunca hablé con él de ese pasado.

En un momento de serenidad mis padres debieron tratar sobre la forma de resolver la situación; de mutuo acuerdo resolvieron trasla- darse a *Chukiawu Marka*. Recuerdo la proposición de mi padre en sentido de que mi madre y yo viajaríamos en tren y mi padre lo haría a pie. La idea de salir de Corocoro seguramente fue un proyec- to que tomó bastante tiempo, mientras que de cuando en cuando iban al pueblo para ver si había alguna posibilidad de trabajo. Así se fue haciendo más fija la idea de salir a La Paz donde estaba mi abuela materna, a la que muy poco recordaba por haberla visto una sola vez cuando era muy pequeño.

Mi madre reiteradamente hablaba de su familia, quizás en una previa preparación para la partida, de ello supe que se llamaba Manuela mi abuela, igual que mi abuela paterna. La idea de un viaje despertaba las expectativas de mi curiosidad; pero no me daba cuenta que con ese viaje me alejaría aún más de los lugares donde se encadenaban mis recuerdos más queridos. Ya no vería aquella casa donde vi bailar a mis padres; ya no escucharía nunca más los versos que aprendí de ellos en momentos de expansión de sus sentimientos. La letra de un verso que decía: *Kawkirurak sarxañani kawkirurak irpitanta*... [¿Dónde iremos, dónde nos llevarán?]. Ese verso tan sentimentalmente cantado por mi madre tiene para mí un signifi- cado de presagio para todo lo que después tuvimos que sufrir; quizás por eso no puedo evitar una profunda amargura que hace un nudo en mi garganta y revive las queridas figuras de mis padres con sus

virtudes y defectos, tal como eran. Quedó atrás todo aquello que con- stituía la primera fase de mi vida buena o mala, triste o alegre, que no sería más que un recuerdo.

60

SEGUNDA PARTE TRASPLANTE A LA CIUDAD

61

III

MI ENCUENTRO CON *CHUKIYAWU MARKA*

Así pues, en una fecha que no puedo precisar porque no tenía una idea del tiempo, una mañana muy temprano me hicieron despertar para que tomara un caldito. A tiempo de urgirme, mi padre terminaba de hacer los bultos mientras mi madre ponía la merienda en un *tari.* Todavía algo soñoliento me arrastraron afuera, donde con el frío de la mañana se me disipó el sueño. Los viajeros éramos dos hombres y una mujer, al menos así hombrecito me con- sideraba viéndome con mi ponchito algo parecido al de mi padre. De acuerdo a nuestras costumbres y la fe en nuestros dioses ances- trales, mis padres se arrodillaron en medio del patio para pedir fer- vorosamente a los *Uywiris* y al *Kuntur mamani,* dios de la tierra vir- gen y protector íntimo de cada casa familiar, permiso para ausentarse de la casa. Cumplida esa ceremonia, cerraron la puerta hablando aún con cariño y respeto a la casa, mejor dicho al *Kuntur mamani,* porque de acuerdo a nuestra cosmovisión, materia y espíritu es una misma única realidad cósmica. De ahí que nuestra casa, como toda vivienda indígena, tiene su Dios íntimo y tutelar de la familia por generaciones. Así pues, el *Kuntur mamani* es un dios indígena ancestral, padre del hogar que nos protege de todo mal, que también puede castigar nuestras rebeldías y hechos inicuos

i

cometidos en la casa; porque la casa, el hogar, es su santuario.

63

El viaje a la ciudad

Salimos de la casa besando su suelo con mucha veneración y lamiendo un poco de tierra. Creo que estábamos un poco compungi- dos, como cuando nos despedimos de un ser querido. Nos alejamos unos cien metros hasta la altura de un calvario que estaba junto al camino. De allí miramos la casa por última vez, a tiempo que mis padres llamaban a sus *ajayus.* Mi madre, cogiendo mi *lluch'itu* y agitándolo a manera de un pañuelo, decía: *"Lucianitu, janiw qhipax- tantati, jutham, jutham jisk'a ajayu"* [Lucianito, no te quedes atrás, ven, ven *ajayu* pequeño]. Luego, volviendo a cubrirme con mi gorro, dimos la espalda y emprendimos el camino hacia el norte. En las primeras horas caminamos bastante bien siguiendo los atajos que conocía mi padre para acortar el camino. Pasamos junto a algunas casas que recién empezaban a despertar hasta que salimos al cami- no principal. Allí hicimos un alto; el sol ya estaba bastante alto y los campos empezaban a poblarse con rebaños de ganado. Mi padre cargaba el bulto más voluminoso y pesado. También el bulto de mi mamá era pesado por cuanto llevaba los víveres que íbamos a nece- sitar en el camino; únicamente yo viajaba libre de carga. Creo que era satisfactorio para mis padres que pudiera transportar mi pequeña humanidad, aunque no pude resistir toda la jornada.

A partir del mediodía -trechos me cargaban y trechos recorría con mis pies— el sol se hizo muy caluroso y la arena del camino se hizo caldeada; de modo que el avance se hizo fatigoso y lento por las continuas paradas. Me fijaba con pena en el rostro cubierto de polvo y la boca seca de mis padres, mientras se llevaban unas hojas de coca a la boca, antes de reiniciar el viaje. El sol iba declinando poco a poco, a tiempo que la sombra de los cerros se iba proyectando. Posiblemente mis padres podían caminar todavía; pero yo ya estaba cansado y no quería caminar más, hasta que me hicieron la promesa de buscar una casa para hacernos alojar. Así seguía la marcha lentamente, cargado por mis padres y dormido por el cansancio. Seguramente por esa razón no recuerdo el lugar o casa donde dormimos. Sin embargo, aquel día habíamos avanzado bastante bien, llegando hasta un punto más avanzado del intermedio entre Comanche y Coniri (*Quniri).*

En el siguiente día yo no sé cómo mi pobre madre pudo preparar un poco de comida. Para mí estaba aún muy oscuro el lugar en que nos hallábamos y hubiera preferido seguir durmiendo. Recuerdo que muy temprano caminaba con rapidez y me sentía recuperado de mis penalidades del día anterior, de modo que nuestro avance era

bastante regular y sostenido. Así cruzamos casas y grupos de personas que se preparaban para sus trabajos agrícolas o sacaban sus rebaños al campo; la mañana era fresca y agradable por el cambio del paisaje a cada recodo del camino. Dejando atrás Coniri, salimos de la bifurcación de las serranías de la región para ingresar en una vasta llanura donde se levantaban algunos cerros aislados en cuyos contornos se advertía una mayor concentración de casas. Ya estábamos en plena llanura cuando el sol empezó a calentar fatigo- samente como el día anterior, a tiempo que ya me sentía cansado cuando apenas serían las once de la mañana.

Pienso que debió ser muy lastimera mi situación porque mi madre, aligerando su bulto, me cargó sobre su espalda. Así reinicia- ron la marcha mientras el viento frío de la tarde se hacía más persistente. Dormido igual que el día anterior, tampoco no tengo una idea del lugar en que dormimos; pero desde el pozo de agua sabía que ya estábamos en las cercanías de Viacha. De ello puedo suponer que mis padres debieron cruzar el pueblito, avanzando hasta cierta distancia, porque no recuerdo haber visto un poblado. Lo cierto es que esa noche me agarró una especie de fiebre, de modo que mi mamá me hizo un ligero lavado con orina para quitarme la fiebre; mientras hacían un comentario con alguien que no podía distinguir por la oscuridad.

El tercer día de viaje fue para mí algo descansado a costa del esforzado sacrificio de mis padres. La mayor parte del camino de ese día me llevaron cargado y cuando caminaba, la marcha era lenta de acuerdo a mis posibilidades. Quizás estaba enfermo, porque los recuerdos de ese día me resultan confusos y hasta queda en blanco la mayor parte de esa jornada. Lo único que recuerdo nítidamente es cuando, desde la espalda de mi padre, veía con pena a mi madre caminar cargada de un bulto bastante grande, sin darme cuenta que era por causa mía. También recuerdo vivamente nuestra llegada a la Ceja de El Alto y finalmente la subida de la cuesta de *K'ilik'ili*.

Cuando llegamos a la Ceja de El Alto de La Paz el sol recién em- pezaba a declinar, de ello puedo suponer ahora que habrá sido las tres y media más o menos. Mis padres estaban agotados y se dejaron caer al suelo junto a los bultos. Sin embargo, a la vista de la ciudad, pronto recobraron el ánimo y mi madre me dijo: *"Ukaxa Chukiyawu markaw"* [Esta es La Paz]. Mientras yo estaba mudo por el asombro: devoraba con la vista todo el paisaje que tenía a mis pies, la

ciudad, los cerros y las montañas de blanco entre los cuales sobresalía uno, que yo pensaba sería el Sajama, que desde nuestra comunidad admi- raba cuando miraba hacia el sud. Para mí fue una nueva sensación

al ver por primera vez la ciudad de La Paz que a la distancia, en la gran hoyada, me hacía mirar mi mamá. Así era *Chukiyawu Marka*, ahí estaba la familia de mi madre, mi abuela, a la que casi no recordaba. Después del asombro, sentí un entusiasmo por saber más de las cosas de *Chukiyawu Marka*, como decían mis padres, pues todas nuestras conversaciones las hacíamos en aymara, por cuanto el castellano era para mí un lenguaje ignorado como medio de comunicación.

En medio de un atolladero de ideas, hacía a mi madre preguntas y más preguntas sobre las cosas que desde Corocoro me había estado hablando de *Chukiyawu Marka.* Quería ver las *quqas,* (árboles) los eucaliptos, a los que llamaba "auquiliptus" sin darme cuenta, quizás por el parecido inicial con la palabra aymara *awki.* En los lares de mi niñez, solamente conocía la *t'ula* y el *iru jichhu*, la *kaylla* y el *añawaya.* De ahí mi interés en conocer los árboles.

Animados por las preguntas y comentarios estuvimos un buen rato, mientras descansábamos de las fatigas del viaje. Recuerdo que iniciamos la bajada por la cuesta donde está ubicado el Corazón de Jesús; pero no recuerdo cómo atravesamos la ciudad, seguramente estaba dormido. Cuando recobro la claridad de mis recuerdos, nos hallábamos en la esquina que ahora forman las calles Colón y Sucre, entre las seis y media y siete de la noche, más o menos. Ahí hicieron mis padre su último descanso, me pusieron mi poncho y mi madre me instaba para que me adelantara en el camino, llamando a mi abuela para que viniera a ayudarnos.

Empezamos a subir por la cuesta del cerro de *K'ilik'ili* (Parque de la Bandera) cuando ya estaban encendidas las luces de la calle y de las casas, lo cual también fue motivo de asombro para mí por la cantidad y la abundante claridad de las mismas. La subida a *K'ilik'ili* no era propiamente una calle, más bien era un camino de herradura, en cuyo comienzo pude ver algunos árboles de eucalipto que me parecían gigantes parados sobre el camino, que quizás me podrían aplastar. A pesar de ese temor, me sentía sumamente intri- gado por el suave ondular de las ramas y el murmullo del follaje, en una escala fuerte o suave según la intensidad del viento que las batía. Sin hacer razonamientos, estaba

sencillamente maravillado por el cuadro en el cual se combinaba la naturaleza y la industria de los hombres. Flanqueado por una muralla de casas y cerros, me parecía estar contemplando desde el fondo de una hoyada. Tal fue mi primera impresión de una otra realidad que definitivamente marcaría otra fase de mi vida, en un medio hostil y diferente.

En algún sitio de *K'ilik'ili* vivía la familia de mi mamá, y allí nos dirigimos para hacernos alojar. Prosiguiendo la subida del camino que ahora se denomina Avenida de la Bandera, iba subiendo por delante de mis padres y me agradó reparar en la figura de un hombrecito con poncho, proyectado por mi propia sombra. Estaba satisfecho de mi porte; porque de una manera inexplicable, el poncho me infundía confianza y hasta presunción de hombre. Así lle- gamos a una altura donde quedaba la casa de mi abuela. Desde allí se podía ver casi todo el panorama nocturno de la ciudad que visto a la distancia parecía un hervidero de luces. No pude disfrutar más aquella maravillosa vista nocturna porque mi abuela nos esperaba en la puerta de la casa, mientras trataba de apartar un perro que nos ladraba furiosamente.

Ahí conocí a la familia de mi madre por primera vez. La familia de mi mamá se componía de tres miembros: mi abuela, una hija y un hijo, ambos menores que mi mamá. Los primeros días todo fue una novedad para mí, pero a medida que pasaba el tiempo ya era evidente que ella no podía sostener todo; mi abuela también era tan pobre como nosotros. Tenía que hacer muchos sacrificios para poder subsistir, trabajaba vendiendo refrescos y cocinando comida para las fiestas que se daban en ciertas ocasiones. Su especialidad era la elaboración del rico refresco de maní, muy preferido por las gentes populares de entonces.

Mis primeros días en La Paz

Al margen de las preocupaciones mayores, toda mi actividad infantil en los primeros tiempos de mi trasplante, consistía en satisfacer mi curiosidad, familiarizándome con los contornos inmediatos del lugar, jugando aquí y allá en compañía de mi tío, que apenas era un adolescente. Desde las alturas de *K'ilik'ili* iba conociendo visualmente la extensión de la ciudad, a tiempo que admiraba y perseguía a los *chiwankus, ch'ayñitas* y *ulinchus,* además de un pequeño grupo de eucaliptos que había en el contorno de un pozo de agua salada. Aquellos árboles eran tan altos y grueso sus troncos, que me impresionaban hasta la

veneración. Por lo demás, se podría decir que estaba nomás en el campo, ya que la ciudad terminaba en la calle Sucre. De allí para arriba era la serranía de *K'ilik'ili,* donde estaba ubicada una pequeñísima villa marginal donde precisamente vivíamos. El agua teníamos que llevarla desde la calle Sucre, lo cual era una tarea torturante aunque indispensable.

67

Otro detalle importante es que la ahora denominada Avenida de la Bandera en aquel tiempo sólo era un camino de herraduras a los Yungas, por donde todos los días transitaban las recuas de muías y burros en una interminable cadena. Unos salían en las mañanas a los Yungas y otros entraban con sus cargas de frutas y coca; aquello era muy típico del sistema de transporte de entonces, además del arraigado ordenamiento, quizás motivado por los asaltos y fechorías del famoso "Zambo Salbito", cuya crueldad estaba fresca en el recuerdo de las gentes. Se decían muchas cosas de aquel nefasto per- sonaje; incluso se afirmaba que el cerro de *K'ilik'ili,* habría sido un punto de reunión con sus secuaces. Así pues, todo hueco o cueva que había en aquel cerro yo lo relacionaba imaginariamente con los he- chos del Zambo Salbito; y en verdad aquel cerro en ese tiempo era el paraje y vivienda de gente indigente y de mal vivir que se insta- laban en los huecos del cerro y tenían la costumbre de desnudarse en el día para despiojarse. A pesar de mis pocos años para poder comprender aquella triste situación creada por la falsa moral de una sociedad que se decía civilizada y cristiana; sentía una profunda impresión quizás porque hasta entonces nunca había visto una situación de mendicidad tan descarnada, pese a que había vivido en medio de gentes pobres y oprimidas, como era el caso de los mineros de Corocoro.

Más tarde supe que había una capillita donde se festejaba el 14 de Septiembre. Ahí vi bailar un conjunto de *tundikis,* que son ahora los "negritos" o "caporales". La figura principal era el que hacía del rechoncho patrón gamonal, vestido con un pantalón tipo polaina, botas de caña entera con cascabeles que hacían son al bailar, chaqueta de paisano con una pañoleta de seda al cuello, sombrero alón y una pistola en cartuchera al cinto, además de un fuete o 'látigo en la mano y un pito en los labios con el que marcaba el compás de la danza. La patrona era una chola elegante con manta de seda floreada, un prendedor con brillantes y faluchos de oro, que hacía pareja inseparable del patrón.

Otra figura interesante en los *tundikis* era el "yungueñito". La figura y la vestimenta eran completamente autóctonas: calzón ajus- tado que cubría

solamente hasta la pantorrilla (de ahí el apodo de *muquq'aras)* y una camisa blanca bastante amplia de bayeta de la tierra cuyas mangas cerraban sobre las muñecas con un pliegue fruncido, de modo que resultaban haciendo un vistoso boleado. La cabeza estaba cubierta con una larga peluca, que remataba en una trenza sobre la espalda y llevaba en la mano una vara de mando hecha de madera de chima, color negro jaspeado, con un artístico

encasquillado de plata, que remataba en la parte superior en una especie de pivote con delgadas cintas de colores. Finalmente, un sombrerito muy típico y artístico con adornos de cintas delgadas de colores, en una réplica en miniatura del sombrero chumeño corriente. A ello se agregaban las *awilas*, que en realidad eran hom- bres disfrazados con ropas de mujer imitando a la negra yungueña, que eran el espanto de los niños por sus abusivas payasadas. Por último, el conjunto de los *tundikis* que al danzar hacían la música con bombos y tamboriles, además de los *khirkhis* y el acompaña- miento en coro cantando. No acostumbraban aún la música de las bandas, ni las formas caribeñas en su estilo.

Desavenencias familiares

Después de estar un tiempo a expensas de mi abuela, surgen las desavenencias, seguramente porque resultábamos una carga para ella. Mi padre no tenía trabajo, generando esa situación un sinfín de motivos para criticar y acusar a mi padre, en una manifestación de solidaridad con mi madre, por los maltratos y sufrimientos en Corocoro. Por el hecho de no encontrar trabajo lo conceptuaban como un flojo que no tenía habilidad para trabajar, un vago o algo así. Finalmente expresaban una exagerada e inoportuna recriminación, que llegaba al abuso por el trato despectivo en términos racistas, por el hecho de que mi padre era un hombre de una comunidad indígena. A pesar de que ambas familias eran de origen netamente aymara, era evidente que la familia de mi madre ya tenía prejuicios sociales o raciales, como reflejo del medio ambiente en que vivían. Toda aquella ingrata situación naturalmente despertaba mi amor filial por mi padre. Me dolía cómo la familia de mi madre lo menos- preciaba, lo ultrajaba y humillaba, sin darse cuenta que al ultrajar y humillar a mi padre, también me estaban ultrajando y humillando a mí. En lo hondo de mi ser me sentía herido por mi propia familia; con mayor razón cuando sabía que el problema de fondo era nuestra miseria, que veníamos arrastrando no sólo desde el cierre de las minas, sino más por la opresión, la explotación y el pillaje al *ayllu* por parte de la

q'aracracia de la República.

Volviendo a mi narración central, recuerdo que mi padre, muy esperanzado, se fue a trabajar en una mina pequeña con la promesa de regresar para llevarnos; pero después de corto tiempo volvió muy triste y enfermo a causa de las privaciones y el frío. Resultó un engaño del patrón que no le había pagado siquiera por los días trabajados. En los siguientes días se empleó como repartidor de

refrescos embotellados, que consistía en recorrer las calles cargado de un pesado cajón sobre las espaldas, conteniendo las botellas de soda, que sea dicho de paso, era entonces el único refresco fabricado. Esa labor de repartir refrescos a las tiendas sin duda era agotador, además de que en la mayor parte de las veces no compraban, alegando que no había venta, de modo que el cansancio de un día, podía ser para no ganar nada. Sin embargo, el peijudicado no era el patrón de la fábrica; los empresarios siempre han tenido habilidad para explotar la fuerza de trabajo de los pobres. Así pues, la forma de pago se hada mediante un mísero porcentaje sobre las ventas efectuadas, que en la práctica resultaba como trabajar gratis. Al extenderme en este punto, mi intención es hacer notar que mi padre hizo todo lo humanamente posible para un hombre como él, en un medio ambiente extraño y en una situación de crisis general. El hecho de haber aceptado el puesto de cargador de refrescos, antes que rebajarlo, resulta para mí una prueba de su responsabilidad por encontrar el pan de cada día. Pero también es un indicio del grado de nuestra miseria dentro de la gran miseria de mi raza.

Al revivir mis recuerdos, pienso cuánta gente desocupada habrá corrido la misma suerte o quizás peor que la nuestra. Al parecer, aquel drama económico social de los años 30 pasa desapercibido para quienes escriben la historia de Bolivia y hacen sociología. Parece que únicamente son válidos los puntos que hacen o tienen relación con los intereses de quienes tienen el poder económico de este país. Por eso, en los labios y el pensamiento de los políticos criollos, es fácil confundir el sentido de la palabra "salvar a la patria" con el de salvar los intereses de la *q'aracracia* parasitaria, asesina y saqueadora, aunque se tuviera que sacrificar al pueblo trabajador a morir de hambre, como ocurre en la actualidad con los mineros relocalizados.

Ante las exigencias de mi abuela, que pensaba que mi padre debería traer de

nuestro *ayllu* las cargas de productos que se imagi- naba habría en abundancia, mi padre propuso volver a nuestra comunidad; pero mi madre no estaba en condiciones de viajar a causa de su gravidez, de modo que mi padre se fue solo con la inten- ción de ver la situación en allí. Después de un corto tiempo regresó cargado de un poco de chuño y papas, seguramente conseguido de su familia. Pero ocurrió un hecho de soberbia asumido por mi abuela que me indignó mucho; no estaba conforme con el pequeño retobo de chuño, ni con las papas por ser de la variedad *luk'i*, es decir papa amarga. Me parecía estar presenciando una actitud similar a la de los *q'aras*.

A fin de evitar mayores desavenencias, mis padres decidieron vivir apartados de mi abuela, trasladándose a una tiendita que estaba a unos cien metros de la casa de mi abuela; pero paulatina- mente la situación se hizo aún peor; no teníamos nada para comer. Ahí empieza la experiencia traumatizante para mí, al sentir y cono- cer lo que era el hambre; los sufrimientos cuando el hambre mordía mis entrañas. Recuerdo que en muchos días no podíamos aplacar el hambre y a veces tenía que distraer el hambre con el sueño. Así; el hecho de dormir se hizo para mí un método de necesidad, de modo que después de un sueño forzado, me sentía un poco mejorado.

Al separarnos de mi abuela, supongo que mis padres debieron contar con algún recurso monetario, por cuanto recuerdo que mi mamá hacía compra de víveres en los tambos en una cantidad que alcanzaba para la semana, hasta que seguramente se le acabó el dinero. En el transcurso de aquel tiempo mi padre desaparecía y aparecía en su continua búsqueda de trabajo; algunas veces encon- traba alguna ocupación eventual por una suerte, como él decía. Otras veces marchaba a las minas cercanas; pero la situación era tal que verdaderamente era una suerte tener trabajo permanente. Repetidas veces se lamentaba de los engaños de quienes le habrían hecho trabajar sin pagarle, burlándose hasta cansarlo con el método de ocultarse o decir que vuelva. Finalmente volvió a Corocoro, según decía mi mamá, dejándonos desamparados.

Por su parte mi mamá, en un principio trató de vender comida y refrescos de maní en los lugares de fiesta, pero no resultó como seguramente esperaba. También se ocupaba en hacer tejido de chompas, que llevaba a vender en la calle que ahora se denomina Max Paredes; pero no podíamos salir de la miseria. Ayudando a una chichera mi mamá podía hacer que le regalaran la borra de la

chi- cha, que una vez cocinada resultaba tan agradable para mí, como el mejor de los apis, con mayor razón cuando el hambre era desespe- rante.

Un cura abusivo

También recuerdo un caso en el que quedé peijudicado, a causa del desconocimiento del idioma castellano. En lo que es hoy una repartición de la Policía Boliviana en la calle Loayza, a espaldas de la iglesia de La Merced, había una orden religiosa que funcionaba en ese convento. Allí repartían comida a los pobres de aquel entonces, de modo que a mediodía se concentraba gran número de gente pobre, entre los cuales me contaba yo. Estuve recibiendo la ración de

los pobres por un tiempo de un mes más o menos, hasta que un día me llamó el sacerdote que nos dirigía y me habló en castellano con un acento extranjero; pero yo no le entendía nada ni podía pronunciar una sola palabra en castellano. En medio de mi zozobra, me retorcía los dedos de la mano esperando la ayuda de alguien, mientras que el cura seguía hablándome en un tono encendido hasta que ya era evidente que me estaba riñendo sin que pudiera entender lo que hablaba. Finalmente, por los ademanes de sus manos y la expresión colérica de su cara, entendí que me estaba echando del lugar. En efecto, con la cara roja de ira, me echó a la calle sin que sepa la causa. Todo desconcertado me quedé en las inmediaciones de la puerta con la esperanza de que volvería a llamarme. A poco salieron algunos hombres llevando tarros de basura y entonces creí comprender la causa. Seguramente el cura quería que llevara la basura a botar y como yo no le contestaba le habrá parecido una negativa y mala voluntad, una muestra de flojera que había que castigar. Así pues, a causa del desconocimiento del idioma ajeno, en mis tierras ancestrales un cura extranjero haría un acto de orden o justicia equivocado, olvidando los principios básicos de la doctrina de Cristo como es el perdón y el amor. Por equivocación o por la naturaleza del hombre blanco, aunque éste fuera un cura, fui víctima del sojuzgador por no saber su idioma. Pese a mis nece- sidades de alimentación, nunca más volví a ese lugar; aunque mi madre, por no saber el caso, pensaba que estaba recibiendo la alimentación de los pobres, ignorando que yo regresaba cada día con el estómago varío.

Esfuerzos de mi madre

Prosiguiendo la lucha por la vida, recuerdo que con el consenti- miento de mi mamá, salí a vender periódicos con la ayuda de mi tío, que me enseñaba la manera de vocear en las calles y ofrecer a las casa señoriales y tranvías. Confusamente recuerdo que aparezco en la calle Aspiazu en una de las incursiones más largas de que muy apenas pude orientarme para regresar. También estuve en las imprentas juntamente con los canillitas que esperaban los ejem- plares mientras jugaban o charlaban en grupos, sin que yo pudiera integrarme a causa del desconocimiento del castellano, lo que me perjudicaba en la venta ya que algunos parroquianos se retiraban al no poder contestarles cuando me hablaban, además de que no voceaba. Mis ventas eran tan reducidas, que ya no tenía ánimos para seguir con la venta de periódicos. Fue muy corta mi ocupación de vendedor de periódicos.

Mi abuela tenía conocimiento con algunas familias campesinas del sector de Laja, para quienes tejía chompas y llevaba verduras para cambiarlas con papas y otros productos; de ese modo se aprovi- sionaba en las épocas de cosecha para todo el año. De ahí que le aconsejó a mi madre seguir el mismo método que hacía ella. Así pues fuimos a Laja en compañía de mi abuela cuando las cosechas ya es- taban llegando a su fin. Nos fue muy bien; como mi mamá era muy apta para escarbar papas y otras labores de campo, fue apreciada y requerida por las gentes del lugar. En el poco tiempo que estuvimos allí, logramos ganar una regular porción de papas y habas que re- sultó problemático traer a la ciudad. En ese entonces, todo el trans- porte dependía de las acémilas; no existía todavía transporte motori- zado. De todos modos, rogando a una familia que tenía varios anima- les de carga y haciendo algunas labores en su servicio, conseguimos superar el problema. Una vez en la ciudad, mi mamá estaba conten- ta y hacía planes para el año siguiente. Durante un tiempo estuvi- mos bien comiendo papas con carne seca y pedazos de sebo; pero las- timosamente se acabaron las papas y volvió el fantasma del hambre.

También recuerdo que mi mamá, por iniciativa propia o por consejo de alguien, decidió ir por la región de Palca (*Palqa*) en la esperanza de encontrar alguna ocupación, aunque no era la época de cosecha. Aquella región no era propiamente el altiplano y el frío me parecía más intenso, además de que era húmedo. En realidad eran unas vastas laderas de montañas con escasas casas que parecían abandonadas; la situación no era como para mantener el ánimó optimista. Mi mamá llevaba algunos tejidos para cambiar por productos; pero las

contadas personas con las que hablamos no mostraban interés y además parecía que no disponían de productos ni para su propia manutención. Así recorrimos las laderas sin conse- guir nada. Teníamos miedo por los cañadones desiertos por donde iba el camino; repetidas veces mi mamá me recomendaba que no me diera por aludido en caso de ser nombrado por alguna voz, de lo contrario me entraría el *qhutu.* Cierto o creencia, en ese momento no tenía ninguna duda de las palabras de mi mamá, de modo que cami- naba prevenido con el propósito de no contestar a llamado alguno. Mi mamá decía que el *qhutu* tenía la forma de un pájaro, por lo cual miraba con recelo los *chiwankus* que aparecían en los escasos matorrales. A ello se agregaba otra preocupación de mi madre con relación de las vertientes de agua. Ella decía que algunas vertientes eran la base de proyección de los *kurmis* (arco iris) y que si se toma- ba agua de esas vertientes igual nos entraba el *q'utu.* Con toda esa historia aquella región se volvió para mí sombría y misteriosa. El caso es que padecíamos hambre y frío sin encontrar casi nada;

apenas conseguimos unos manojos de ocas y estábamos cansados de tanto andar para nada. Para distraer el hambre veníamos mascando algunas yerbas dulces que encontrábamos y comiendo las ocas crudas. Casi desfallecientes por el cansancio y el hambre hicimos el regreso a la ciudad.

Por entonces mi mamá estaba cargada de mi hermanita que aún era de pecho y precisamente por esa razón yo acompañaba a mi mamá para cargar a mi hermanita en el camino de regreso, mien- tras que mi mamá cargaría los productos que hubiéramos podido conseguir. Desafortunadamente sólo conseguimos cansancio, sufri- mientos y hambre. Quizás nuestra situación fue más dramática de lo que estoy describiendo porque mis recuerdos se ofuscan y no puedo precisar el tiempo de regreso ni la forma y hora de nuestra llegada a la casa de mi abuela; lo único que recuerdo de ese episodio es el rostro triste de mi madre.

Mi abuela materna

Por aquel tiempo, la ausencia de mi padre era considerada por mi abuela como un abandono de mala fe, y en verdad la ausencia de mi padre ya era muy prolongada. Con excepción del día domingo, que era notorio por el movimiento de las gentes que hacían paseo y com- pras en el mercado, el nombre de los demás días aún me era desconocido; de modo que no puedo precisar el tiempo

de ausencia de mi padre. Por otra parte, me preguntaba por qué mi padre no nos había llevado de regreso a Corocoro; quizás fue el hecho de que mi madre estaba esperando familia, si es que no tuvieron un proble- ma conyugal; pero nunca escuché a mi madre hablar de una separa- ción. También estaba consciente de que mi abuela, por su antipatía por mi padre, era en cierto modo la causante de que mi padre se hubiera marchado.

Con eso no quiero decir que mi abuela hubiera sido una persona mala. En su condición de mujer pobre como nosotros, ya estaba haciendo bastante para protegerme a la medida de sus posibi- lidades. Como toda persona, tenía sus virtudes y defectos; era muy severa en las normas de obediencia de los menores, de modo que no me permitía participar en la conversación de los mayores. Por ese carácter frío y poco expresivo que la caracterizaba, nunca pude superar el vacío de calor humano que nos separaba. Así pues, cuando más necesitaba el afecto de los miembros de mi familia, especialmente de mi padre, en esa penosa transición de mi infancia minero-campesina a otra niñez citadina, sólo pude contar con el

afecto de mi madre; aunque la constante preocupación por las necesidades y quehaceres no le permitía la manifestación de sus sentimientos con mayor razón cuando nuestra situación de miseria no nos permitía siquiera esbozar una sonrisa. En cuanto a la con- ducta de mi abuela y su marcada antipatía por mi padre, quizás podría ser comprendida en la motivación de sus sentimientos de madre, por el hecho de que mi mamá fuera rechazada antes por mi abuela paterna y hasta maltratada.

Mi abuela, no obstante de entender el castellano, siempre se manifestaba y explicaba en aymara en su trato con las personas en general. Sin embargo, era evidente que consciente o inconscien- temente tenía que someterse a la acción aculturativa del medio racista; de modo que el individualismo ya era una norma aceptada. Con esa experiencia captada en algunos miembros de mi misma familia, ahora puedo suponer por qué la población india de *Chuki- yawu Marka* actuó del lado de los españoles en ocasión de los cercos de Tupak Katari. La razón no puede ser otra que el temor a las represalias del sojuzgador y la imposición de un sistema indi- vidualista que garantizaba la defensa de los privilegios y bienes del opresor con la sangre y la vida de los siervos esclavizados, ya que el indio en la Colonia como en la República nunca ha

tenido otra cosa que la miseria y la esclavitud. Dada la naturaleza del sojuzgamien- to racial, el sometimiento de mi abuela y su conducta dual resultan comprensibles y lógicos por la necesidad de sobrevivir en un medio anti indio; como también mi tía, que por el temor al escarnio racial y rechazo ocultaba su madre a sus relaciones sociales y presionaba a su hermana mayor para que sustituya su rebozo con la manta.

No se trata de una incriminación contra mi abuela ni otros miembros de mi familia, ya que los hechos y conductas no salen de nuestra consciente voluntad, sino siempre es el resultado de la feroz presión colonialista de la sociedad *q'ara*. De modo que a través del tiempo, con excepción de mi abuela comunaria, ninguno más pudimos escapar indemnes del proceso de aculturación. Después de la Guerra del Chaco, mi padre modificó su apellido, por lo menos durante su estadía en la ciudad, y yo también he modificado y adoptado apellidos hasta conseguir mimetizarme bajo un nombre de origen español. Este es el caso, no solamente de mí y mi familia, sino de toda mi raza, que ahora tiene la obligación y el derecho de redi- mirse con el orgullo conciencial de su cultura, con la personalidad de pueblo milenario y de Nación real, pese a la usurpación de la repre- sentación del Estado.

Puedo decir que mi madre era la menos desarraigada, quizás por haber escapado muy joven del medio compulsivo de una sociedad anti india; además de haber vivido en su condición de mujer minera en medio de una gran masa aymara que aún conservaba gran parte de su identidad cultural y finalmente, por el hecho de ser la esposa de un comunario y haber tomado relación directa con el *ayllu*.

En ese sentido, la conducta de mi abuela era el resultado del medio ambiente anti indio, en el cual ella también era víctima. Sus reacciones de rebeldía se desplazaban en contra del mismo indio, como era el caso de mi padre, denigrado en términos raciales bajo apariencias de desinteligencias familiares. Creo que mi abuela no se detenía a reflexionar sobre las causas de la miseria general del momento y ciegamente se empeñaba en exigir el cumplimiento de una obligación. Pero, ¿qué podía hacer mi padre cuando el sistema estaba en quiebra, además de las características explotadoras y racistas de la sociedad *q'ara* de entonces?

Obviando entrar en más detalles, lo cierto es que estábamos ahí, mi mamá, mi

hermanita y yo, desamparados, solos y acosados por el fantasma del hambre. Para poder sobrevivir en esas circunstancias, buscaba mendrugos de pan para comer aunque estuvieran remoja- dos con orina, como me pasó una vez; o de quitarle la comida al perro, unas veces en franca pelea, otras sustrayendo parte de su ración en el trayecto que había entre el cuarto de mi abuela y la perrera en el patio. Estos extremos son ejemplos de aquella situa- ción de hambre y miseria que he vivido, en los primeros tiempos de mi trasplante a la periferia marginal de la ciudad *q'ara*.

En medio de reprimendas a mi mamá, mi abuela nos prestaba alguna asistencia en alimentación en la medida de sus posibilidades. Buena o mala, riñéndonos o no, ella era nuestro único apoyo. Pese a que mi mamá se esforzaba por ganar algo tejiendo chompas hasta altas horas de la noche o llevando frutas a las calles aunque nadie las compraba, nuestra situación no mejoraba. Cargando el recipiente con refresco de maní para su venta, transitábamos y trepábamos por calles, caminos y senderos hasta llegar a los lugares de venta, donde se celebraba alguna fiesta tradicional de las zonas suburbanas y de comunidades aledañas a la ciudad. Una buena parte del trayecto yo cargaba a mi hermanita porque mi mamá no podía con todo el peso del recipiente de refresco. Algunas veces se acababa pronto la venta del refresco y entonces se lamentaba mi mamá de no haber llevado una mayor cantidad; otras veces teníamos que estar hasta muy tarde tratando de terminar la venta. De todos modos creo que algo

ganaba mi mamá, porque pese al cansancio de la caminata, advertía en su rostro una expresión de satisfacción. Sin embargo, las fiestas no eran cosa de todos los días; las oportunidades de ganar algún dinero se daban con intervalos de tiempo bastante prolongados.

Muerte de mi hermanita

Así pues, seguíamos girando en el mismo círculo de privaciones y miseria. Aquella situación se hizo más patética con la muerte de mi hermanita. Varios días antes ya estaba enfermita y mi mamá trata- ba de curarla con mates de hierbas medicinales, sahumerios y baños, sin el resultado esperado. Quizás aquella fatalidad ya estaba marcada por el destino y tenía que tener su desenlace en mis pequeños brazos. Una mañana, entre las siete y ocho, salió mi mamá encargándome que cuidara de mi hermana y la cargara si acaso lloraba, una tarea

a la cual ya estaba habituado. Sin embargo, por mi inconsciencia infantil, no había advertido la gravedad de la salud de mi hermana ni mucho menos podía imaginar que en unos instantes más iba a terminar su existencia.

A una media hora de haber salido mi mamá, empezó a llorar con mayor insistencia, en tanto que yo trataba de calmarla hablándole. Como la niña seguía llorando, pensé que quizás podía encontrar un poco de azúcar para llevarle a su boquita, como otras veces ya lo había hecho; pero el tarro que nos servía de azucarero estaba com- pletamente vacío. La criatura lloraba como si alguien la estuviera lastimando y a ratos se quedaba seca y estirada. En mi aturdimien- to la cargaba y descargaba sin saber qué hacer. Después de casi una hora, su llanto se fue haciendo débil como de las criaturas que cansadas de llorar acaban por dormirse, hasta que sobre mis rodillas se quedó en silencio. En la creencia de que estaba dormida, no me atrevía a levantarme por el temor de despertarla; la tenía sobre mis rodillas, bien abrazadita por mis pequeños brazos y su cabecita recostada sobre mi pecho.

Así me encontró mi madre, quien después de una ligera ausculta- ción, dijo que estaba muerta y rompió a llorar sobre el pequeño cadáver de su hija. Quizás a manera de confirmación o de lamento, en medio de sus lágrimas dijo que su hija había muerto de hambre. Aquella palabra tuvo para mí un efecto indescriptible, que me hizo ver todo de rojo y me paralizó de terror. Mi hermanita había muerto de hambre sobre mis rodillas. Hasta ese instante yo había quedado estático por la sorpresa; luego rompí a llorar a gritos sin saber si escapar o volver junto al cadáver de mi hermanita.

Aquella inocente criatura con la que podía haber compartido nuestras alegrías infantiles en medio de nuestra miseria, la herma- na que podía haber sido mi consejera y guía moral de mi vida, sólo era el triste espectáculo de su muerte. Su recuerdo hasta ahora me conmueve hasta el alma. Ahora, cuando relato ese triste pasaje de mi vida pienso cuán sabia y justa resulta la trilogía del *Ama suwa, Ama llulla, Ama qhilla.* Seguramente mi hermanita no habría muerto de hambre, si no hubiéramos tenido la necesidad de salir de nuestro *ayllu*, tan acosado por *q'aras* ladrones y explotadores racistas de entonces. También pienso cuánta gente humilde habrá sufrido la misma suerte que nosotros y finalmente cuántos niños relocalizados habrán muerto de hambre en la actualidad.

Ritos en Laja

A comienzos de la época de cosecha, juntamente con mi abuela nos trasladamos a la región de Laja, de Tambillo, donde era bien re- cibida mi abuela.

Como mi mamá estaba habituada a cualquiera de los quehaceres del campo, inmediatamente fue solicitada como *mink'a,* por el dueño de la casa donde estábamos alojados. En los días siguientes, eran va- rios los que querían la ayuda de mi mamá, de modo que iba a escarbar papas para la hacienda en su condición de *mink'a* de los *asint jaqi* (colonos). Asistían gran número de personas y trabajaban vigilados por el *jilaqata,* que en la práctica hacia el papel de mayor- domo de la hacienda: daba órdenes, vigilaba de que no dejaran papas enterradas en la tierra y exigía el avance de la faena de una manera sistemática, que consistía en colocarse alternativamente, por detrás de los rezagados para instarlos a un mayor esfuerzo o por adelante de los que iban como punteros y les indicaba que esperaran a los rezagados; de modo que todos avanzaban en una línea uniforme. Así conducía la realización de la faena, con el largo látigo extendido y el don de mando que investía; aunque en la práctica sólo fuera un mayordomo servil de la hacienda *q ara.*

A mediodía se servía la abundante merienda, a cuyo efecto se tendía en el suelo una especie de mesa angosta y alargada, impro- visada con *awayus,* encima del cual se extendía otro tejido de una sola pieza, bastante largo de unos sesenta centímetros de ancho. Encima de esa mesa preparada sobre el suelo, se depositaba con abundancia los ricos papa *qhatis,* de la variedad de *qhini* y *p'itikillas, ch'uñuphutis, apillqhatis, jawasmutis* y un buen pedazo de queso para cada persona. Así servidos, los comensales se servían

sentados por los dos lados de la mesa, en medio de animada conver- sación, broma y risas, en tanto consumían la merienda completa- mente, porque por costumbre tenían que hacer la *alsa,* aunque ya no tuvieran deseos de comer. Es decir, tenían que recoger en su *tari* particular una porción de lo que sobraba, de modo que no quedara nada en el *tari* que hacía de mesa.

Luego se hacían los agradecimientos de costumbre a los anfitrio- nes, que nada se parecían a los cumplidos de puro formalismo e hipocresía como se acostumbra en la sociedad *q'ara.* Más bien, me parecía ver y sentir la realización

de una oración mística, y en verdad era así, porque no sólo se agradecía a los anfitriones sino principalmente a la *Pachamama* y a nuestros dioses tutelares, mien- tras se depositaba en la tierra con unción mística de un rito, un pedazo de papa u otro alimento como ofrenda a la *Pachamama,* a los *Achachilas* y *Uywiris.* Los anfitriones no eran personas soberbias que escuchaban las gracias de sus explotados, ni personas que se ha- lagaban con las salamerias de sus invitados; eran sencillamente per- sonas que participaban con humildad de un acto de confraternidad humana, que se confundía con una mística expresión de nuestra reli- giosidad.

Así pues, marido y mujer, puestos de rodillas, hacían un regazo con el enfaldo extendido del *tari* y el poncho, en señal de que ahí y de esa manera, recibían y guardaban las gracias y bendiciones del acto, cual sacerdotes de una religión íntimamente ligada a nuestras expresiones culturales. En el espacio de un tiempo brevísimo, se motivó y realizó el contenido de todo un mundo cultural, pese a la si- tuación de virtual esclavismo en que vivía aquella pobre gente. ¿Cómo podían conservar los valores morales de su cultura? Segura- mente, porque los patrones nunca tuvieron la obligación de alimen- tar a sus siervos, en la lógica de la iniquidad civilizada, quedando esa obligación social a cargo de los *kamanis* y *mit'anis,* como una forma más de subvencionar los intereses de los patrones gamonales. Esa es la explicación que permitió la preservación de nuestras tradiciones culturales, a costa del sacrificio de los *mit'anis* y *kama- nis* en aquel caso.

En aquella época de mi niñez yo no tenía aún una capacidad de razonamiento, sólo sentía las sensaciones agradables y desagrada- bles de la vida. Mis mayores preocupaciones estaban motivadas por nuestras necesidades materiales inmediatas, de las que iba tomando conciencia por las lamentaciones de mi madre. Sin embargo, partici- paba espontáneamente de actos como el que refiero porque la ~

mística espiritual de mi raza, de mi identidad cultural, me motiva- ban espiritual y moralmente a la realización de un acto con unción y misticismo, pese a mi inconsciencia infantil. Así pues, motivado o por pura imitación, sin que me diera cuenta cabal de mis actos, esta- ba ahí, con mis bracitos extendidos hacia las personas y el cielo en ademán de gracias y admiración, con el lejano fondo azul del cielo, sintiendo una sensación de misterio; pero sin temor, como me sucedía

cuando observaba las ceremonias cristianas, detrás de cuyos ritos me parecía ver monstruos fantasmagóricos que más tarde llegué a identificar con la figura del conde Drácula.

La hora de la merienda era para mí algo como una fiesta porque podía comer hasta saciarme, pese a que era simplemente un "colador", como se acostumbra decir entre las gentes populares. En un principio, mi mamá me hacía sentar detrás de ella y tímidamente me pasaba la merienda; pero después a instancias de la misma gente, me sentaba en la fila junto a esa buena gente y hasta recibía el pedazo de queso sin ninguna discriminación, pese a mi ociosa presencia.

En cambio mi mamá tenía que esforzarse mucho para mante- nerse en el ritmo del trabajo; cuanto más si se tiene en cuenta que las faenas agrícolas de hacienda se caracterizaban por el máximo rendimiento de la fuerza de trabajo; a tal extremo que se había habituado al colono a hacer una especie de autoexplotación en beneficio del patrón. Creo la figura que hago del *jilaqata,* con su látigo extendido, da una idea cabal de aquel sistema de entonces. El trabajo era de una misma medida para hombres y mujeres: ese febril voltear de la tierra y recoger de tubérculos casi sobre la carre- ra, cuyo despliegue de energía dejaba a cualquiera agotado y la cintura adolorida, aun en el caso de mi mamá, que estaba habituada a las *mink'as* y *aynis* de nuestro *ayllu,* pero no al sistema explota- dor de las haciendas gamonales.

Había pues una gran diferencia entre ambas modalidades. Las faenas en las *aynuqas* del *ayllu* se realizaban con armonía, matizan- do con bromas, risas y conversaciones; no había explotación ni látigo del *jilaqata* servil; no había hacienda ni patrón gamonal. Por el contrario, las faenas de la hacienda eran explotadoras, forzadas por el látigo del *jilaqata* nombrado por el patrón y no había alegría, sino temor y sometimiento.

Por esos hechos mi mamá prefería ir de *mink'a* a las parcelas particulares de los colonos, donde las faenas eran más llevaderas, y las cosechas eran muy buenas. Desde la orilla del sembradío yo veía

con curiosidad cómo crecía un montón de papas; me deleitaba con la vista de las más grandes y el color lozano de las variedades. Así, con mucha alegría, veía por la tarde recibir a mi mamá su *paylla,* que juntábamos hasta que alguien quisiera

ayudarnos en el traslado a la ciudad en la *palta* de sus animales de carga. Así trasladábamos nuestra *paylla* de papas, todo cansados y escurriendo tierra de todos nuestros harapos, con los talones rajoneándose de frío y una costra callosa sobre los pies y manos por el constante roce con la escarcha de los pastos, la picazón y azote de las pajas, la tierra y los cortantes vientos helados que provocan el *q'asari*. No obstante, muy conten- tos y deseosos de regresar mientras necesitaran *mink'as* para recoger sus cosechas, y así lo hacíamos.

>

VII

LA GUERRA DEL CHACO

Cuando se produjo la Guerra del Chaco yo no tenía una idea sobre su significado, no podía comprender qué era el Chaco. Creo que las gentes mayores tampoco, porque todos parecían tranquilos. Todo me parecía extraño, incomprensible y lejano; seguramente toda la ciudadanía estaba en la misma situación. No se advertía ninguna alteración ni se escuchaban todavía los comentarios y las patrioteras manifestaciones eufóricas que después se podían ver en cada grupo de personas en las calles, especialmente en la plaza Murillo. Sin comprender las motivaciones, sin imaginar la parte de las conse- cuencias que me alcanzarían a mí, sólo veía los primeros momentos de confusión y el movimiento tumultuoso de la gente que amenaza- doramente levantaban gran vocerío. Creo que esa belicosidad se tradujo en un shock cuando partieron los primeros contingentes de soldados para ir a morir en la Guerra del Chaco.

Despedidas a los soldados

El cuadro se volvió confuso y contradictorio según las reacciones de la población en sus diferentes niveles sociales citadinos. Mientras los familiares de los soldados que marchaban a la guerra lloraban y se lamentaban dolorosamente; otros, desde los sitios de hoqor,

junto a militares engalonados incitaban con discursos guerreros, matizados por

una verborrea doctoral. Así pues, la situación inicial parecía dar la razón a los apóstoles de la guerra, pese al lamentable y ridículo equipamiento de nuestros soldados. El paso de los contin- gentes me producía una impresión en la cual se mezclaba la admira- ción, el entusiasmo y la tristeza. Veía que las gentes apiñadas en las aceras despedían compungidos a la vez que saludaban el sacrificio de aquellos soldados que marchaban a la guerra creyendo que tenían conductores. Muchos lloraban, quizás presintiendo la derrota de un pueblo por la incapacidad de los que tenían el poder y de los militares *q'aras*.

Recuerdo que el primer contingente que salió a la Guerra del Chaco fue el de carabineros, que entonces tenía su cuartel en el mis- mo bloque que ahora ocupa la Policía de Criminalística. Aquellos carabineros salieron en horas de la noche en camiones, sin tener la oportunidad de despedirse de sus familiares, ni banda de música que les despidiera con una marcha militar. Salían del cuartel muy tristes para embarcarse en los camiones que esperaban, sin llevar nada más que sus armamentos. Era realmente muy triste, porque en la muda tristeza de aquellos carabineros me parecía sentir las lágrimas de su ser interior que me oprimían y me harían sentir una sensación de temor como nunca antes había sentido. Seguramente, por lo intempestivo de la partida y la hora avanzada de la noche, no había más que un pequeño grupo de gente del lugar que en medio de los comentarios observaban con tristeza porque no tuvieron tiempo para manifestar su solidaridad, ni siquiera con un poco de mixturas. Así partió aquel grupo de carabineros, como el primer contingente que vi salir a la guerra, quizás ignorados por sus compatriotas, sin que nadie les aliente con un ¡viva! y disipara la tristeza de tumba que les envolvía. Por entonces nosotros vivíamos en la casa que forma esquina entre la Sucre y Junín (ahora Bolívar) casi frente al cuartel; por eso recuerdo muy bien ese episodio y las manifesta- ciones en la plaza Murillo.

Más tarde, otros contingentes salían del cuartel de Miraflores que entonces estaba ubicado a una cuadra más abajo del stadium. Recuerdo que el primer contingente que salió desde ese cuartel era muy numeroso y estaba encabezado por una banda de música militar. Se advertía que la tropa estaba sujeta a una rígida discipli- na, lo cual parecía una crueldad en aquellos momentos porque aumentaba la desesperación de los familiares por despedirse de sus seres queridos. Era tal los cuadros de desesperación y desolación de los familares, que yo quedaba sobrecogido sin comprender aún que

estaba presenciando las consecuencias de la guerra, que más luego me alcanzarían también a mí con toda su descarnada crueldad.

La guerra *q'ara*

También era muy triste ver que algunos soldados partían sin llevar una encomienda, sin recibir el adiós de su familia, que segura- mente quedaba en sus lejanos pueblitos, estancias o minas de donde fueron arrancados después de vivir olvidados y despreciados por la sociedad *q'ara.* En el momento del sacrificio, los *q'aras* cobarde- mente hurtaban el cuerpo, sin dejar de adoptar demagógicas posi- ciones patrioteras de puros discursos, mientras arreaban al frente de batalla a los pongos y siervos del campo, los *mit'ayus* de las mi- nas y la indiada de las zonas marginales de la ciudad *q'ara.* Ellos, a causa de su moral de judas, cínicamente pretendían ser los guías del heroísmo y del patriotismo. Ni siquiera en aquellos momentos de tragedia dejó de manifestarse la naturaleza ruin y canalla de la cho- lada criolla, tan alienada e impregnada de prejuicios raciales contra el indio. Hablaban de las virtudes del soldado boliviano y se cubrían con la gloria de su estirpe guerrera, como eufóricamente decían, pero sin embargo, en su mezquindad humana ignoraban rotundamente al indio que era en realidad el único que a diario salía a la guerra.

De esa actitud se podía comprender que la estirpe guerrera de que hablaban era sólo un soldado boliviano imaginario, ilusoria- mente forjado por la mentalidad de un núcleo criollo de poder, carac- terizado por ridículos resabios de casta; porque en la realidad de los hechos la juventud de esas pretendidas castas nunca sobresalió en hechos de heroísmo frente al invasor; por el contrario, se caracterizó por la cobardía y las vergonzosas artes de emboscarse desde el principio hasta el fin de la guerra. Existía la creencia de que, como tenían la obligación de servirles los pongos y *mit'ayus* de la Repúbli- ca, también tenían el deber de ir a morir en la guerra mientras ellos harían sus patrióticos discursos sin derramar una gota de su sangre. La cobardía y la petulancia de aquella cholada criolla era irritante, ofensiva y humillante para las gentes pobres del pueblo que lloraban la pérdida de sus seres queridos. Así veía y sentía aquella realidad, sin tener aún suficiente capacidad de razonamiento; en 1932 tenía sólo ocho años. Creo que por instinto sabía advertir la injusticia y la iniquidad o quizás era una prematura maduración de mis senti- mientos debido a las situaciones de miseria que he vivido.

Si yo podía advertir esa canalla doblez del patriotismo de los apátridas criollos, con mayor razón podía el soldado indio, cuyo

sacrificio por una causa que no era la suya era agradecido con el mote despectivo de "repete". El espectro de la guerra no fue sufi- ciente para la manifestación de sentimientos de nobleza y espíritu de unidad nacional. Los privilegios y mezquinos intereses y los ridículos prejuicios de la cholada criolla, terriblemente alienada, pudieron más que el propósito de salvar una patria. Esas actitudes retrógradas y pueriles, que eran el resultado de una extrema aliena- ción colonial, así como los mezquinos intereses que han estructurado el sistema, han sido mantenidos hasta el presente, no obstante de haber sido introducidas algunas reformas que no han afectado la esencia y el contenido de fondo del sistema. Por el contrario, las reformas sólo sirvieron para hacer una legitimación de los intereses reaccionarios y afirmar la impostura de un Estado neocolonial como feudo de un núcleo criollo de poder. Por otra parte, esa situación no es una cosa nueva en la realidad de este país, sino es la permanente réplica de una situación de dominación desde el momento que el hombre blanco invadió estas tierras y el bastardo cholo criollo heredó el sistema y mantuvo las estructuras coloniales para conti- nuar con el despojo y el saqueo.

Así pues, antes de sacrificarnos incondicionalmente en servicio de procesos ajenos, antes de derramar nuestra sangre en defensa de un estado racista opresor que nada nos ha dado y todo nos ha quita- do, antes de ser arreados a otra guerra en la condición y situación de repetes; primero se deberá resolver la liberación del indio, en la justa dimensión de pueblo milenario y nación real. Porque la mayor problemática nacional, la contradicción más perjudicial para este país, radica en la extrema alienación colonialista de la cholada criolla, en la sórdida actitud racista frente al indio que, por costum- bre, se ha hecho norma corriente de explotación, dominación y exter- minio en todo tiempo.

Mi padre marcha a la guerra

Recuerdo que lo más dramático de la despedida se daba en la estación central de ferrocarril. En el ínterin del embarque, mientras la banda militar tocaba cuecas y huayños, los familiares corrían por el andén llamando a gritos a sus seres queridos. Otros se amontona- ban alrededor del soldado que despedían, se abrazaban con deses- peración y con sus lágrimas decían todo un mundo de

dolor, a la vez que mutuamente se prodigaban ternura y consuelo. Cuántas madres y esposas habrán perdido el conocimiento a tiempo que el tren se llevaba a sus seres queridos, de los cuales muchísimos regresarían mutilados y desfigurados, mientras otros nunca más volverían.

86

Mi padre ya había sido reclutado en Corocoro, noticia que de alguna manera se había enterado mi mamá. Bajamos al cuartel de Miraflores para buscarlo, logrando encontrarlo después de una larga espera; era evidente que mi padre ya estaba enrolado en un contin- gente de infantería. De los días que transcurrió en visitas al cuartel sólo recuerdo que estaba en un campo que quedaba en frente del cuartel donde los soldados hacían los ejercicios militares. Allí estábamos para ver a mi padre y compartir el poco tiempo que nos quedaba, aunque no era muy sencillo: teníamos que esperar horas interminables para tener el consuelo de un momento de conver- sación. Mi mamá tuvo que abandonar su empleo a fin de ocuparse más de mi padre; unas veces le llevábamos un poco de sultana y pan y un poco de comida; mi padre se veía triste, lo cual me causaba mucha pena y aflicción. En el corto tiempo de visita conversaba con mi madre; para mí no había tiempo, además yo no sabía qué decirle. Le observaba en silencio y captaba los detalles de su figura en mi memoria.

Un día, entre las ocho y nueve de la mañana, partió mi padre a la Guerra del Chaco. Tengo vivo el recuerdo de su uniforme de militar: era el mismo con el que se ve en una fotografía cuando prestaba su servicio militar en Sucre; de jerga gruesa y color plomo, los pies calzaban abarcas, llevaba una mochila a la antigua, un correaje para las cartucheras, la vaina de la bayoneta, la cantimplora, un jarro de aluminio, un morral puesto en bandolera y finalmente un largo fusil. Así equipado estaba mi padre al que íbamos siguiendo en medio de la montonera de familiares. No era fácil mantenerse a su lado; todos pugnaban por estar cerca del hijo o esposo que marchaba a la guerra; unos eran despedidos por numerosos grupos de sus familiares, otros en cambio no tenían quién les diera el adiós. En ese cuadro de guerra, la familia de mi padre era una pobre mujer y un niño descalzo que le seguían ora a su lado ora atrás para despedirle sintiendo instintivamente la destrucción y la muerte.

Una vez pasada la calle Comercio ya no nos desprendimos de mi padre hasta llegar a la estación. En un breve momento antes de subir al tren nos abrazamos los tres, confundidos en nuestras emo- ciones y fundidos en nuestros

sentimientos, recibiendo como consue- lo la promesa de que regresaría. Abrazado a su cintura y llorando a todo pulmón, sólo podía decir y repetir la palabra "papacito". Cuan- do nos separamos, mi padre estaba conmovido pero no lloraba, no era llorón como yo; era del temple de roca que yo tanto admiraba en mi abuela paterna. Sin embargo, quizás por el dramatismo del mo- mento, la tristeza de mi padre tenía una singularidad que nunca

antes había visto. Su rostro parecía ensombrecido, cubierto por algo así como el polvo de ceniza, de modo que su rostro tenía un tinte plo- mizo; aquello me impresionó tanto que no pude evitar un so- brecogimiento sin saber por qué.

Mientras la banda militar tocaba las tonadas de despedida, mi padre subió a uno de los coches del tren y al poco rato apareció en una ventanilla. Mi madre le entregó el pequeño retobo que le había preparado, a tiempo de instarle para que mandara sus cartas. Segu- ramente todos hubieran deseado paralizar el transcurso del tiempo, pero inexorablemente llegó el momento de la prevención, anunciado cruelmente por la sirena de la locomotora que, cual caballo de la muerte, resoplaba para llevar su carga humana. Aumentó el movi- miento de la gente y las voces de desesperación mientras que noso- tros, todo angustiados, no nos apartábamos de la ventanilla donde estaba mi padre; mi mamá ya no lloraba; parecía cogida por un estupor. Hasta que finalmente empezó a moverse el tren en medio del ruido de la banda, el llanto y los gritos de desesperación, el ruido de la máquina con su penetrante sirena y el repiqueteo de su campa- na. No hubo apretón de manos ni palabras de despedida; estáticos en el sitio, le contemplábamos silenciosamente, tanto como él a noso- tros; le seguimos con la vista hasta que nos dio su adiós con la mano y bajó la ventanilla. Así quedamos ahí, llorando muy quedamente, hasta que advertimos que la gente se vaciaba poco a poco.

Mi padre, en su condición de soldado boliviano, fue a la guerra para defender mezquinos intereses que no eran los suyos; para defender la honra y seguridad de una república que no le dio nada, que después de despojarle, de humillarle y explotarle le exigía el sacrificio de su vida. Saliendo de la estación, nos quedamos en sus cercanías con tanta tristeza como si ya lleváramos luto por la muerte de mi padre. Sin importarnos el calor del sol ni sentir ham- bre, nos quedamos allí en silencio hasta que empezó a declinar el sol; entonces lentamente regresamos a nuestro cuarto para ocultar nuestra pena.

Primera experiencia con la escuela

Regresamos a la casa de mi abuela por encargo de mi padre, según decía mi madre. Así, en medio de las preocupaciones mi madre seguía bregando por la vida, tejiendo chompas y medias gruesas que compraba la gente minera y hasta me puso en una escuela nocturna que funcionaba en la casa donde ahora está el Museo de Etnografía; creo que estuve quizás medio año y lamen-

tablemente no aprendí mucho, quizás por el problema del idioma. Recuerdo que al comienzo éramos muy numerosos, de modo que el curso estaba lleno y hasta se peleaba por los pupitres. Los alumnos eran de diferentes edades y todos eran pobres. Había niños buenos y educaditos; pero la mayoría era una turba de revoltosos que aún con la presencia del profesor se daban mañas para molestar a los demás. También recuerdo las formas de castigo que imponía el profesor: las faltas leves eran castigadas, con el plantón, las orejas de burro y otras formas, las faltas graves castigaba con el palmetazo que dejaba ardiendo la palma de la mano. Lo grave del caso era que al profesor muchas veces se le iba la mano hasta hacer hinchar la mano atrozmente; aquello era algo traumatizante. En cuanto al método de enseñanza, creo que era en realidad una improvisación personal del profesor, debido quizás a la mezcla de niños principiantes y otros que repetían el curso debido a la deser- ción escolar de entonces. A ello se agregaba la poca responsabilidad del profesor, que una vez iniciadas las clases nos abandonaba dejándonos a cargo de un bedel, nombrado de entre los alumnos, de modo que empezaba el desorden y no aprendíamos nada. A medida que pasaba el tiempo disminuyó la asistencia de los escolares, hasta reducirse a la mitad en el momento en que también abandonaba yo. Pese a lo negativo, también tenía sus encantos para mí.

T'ixita

En ese entonces estaba de moda las pelotas de trapo *(t'ixita);* era la pelota corriente de los niños pobres cuya materia prima era una o dos medias viejas de las señoras y unos cuantos trapos para relle- nar. Algunos chicos lo hacían con bastante habilidad, de modo que hasta tenían rebote. Con esas pelotas de trapo jugábamos después de salir del curso en la plazuela que está delante del Teatro Munici- pal o las inmediaciones de la calle Indaburo, sometiéndonos al dueño de

la pelota que era prácticamente el dueño del equipo y tenía la facultad de elegir a los que él quisiera. Pasado estos preliminares empezaba el partido con una bulliciosa y afanosa disputa de la pelo- ta de trapo, hasta que uno de los bandos lograba ganar; quedando en el punto concertada una revancha para la noche siguiente. Creo que de esta manera podíamos vivir un momento de alegría, olvidando momentáneamente las penas y preocupaciones de nuestras casas. Aquellos pequeños futbolistas tenían la peculiaridad de jugar descalzos; era una forma de nivelar la capacidad y quizás la situa- ción social de los que tenían calzados y los que íbamos descalzos, además de evitar lastimaduras a causa de los choques con la dura suela de los zapatos. A veces alguna gente nos corría del lugar,

otras, no podíamos jugar por no tener *t'ixita*; pero quedaba vibrante en nosotros el significado de alegría que se traducía en el *t'ixita*. Los niños pobres, con ese manojo de trapos, hacíamos nuestra alegría y aprendíamos a tener un orgullo individual o de grupo jugando con reglamento o sin él, haciendo cada uno el papel de réferi de su propia causa, en medio de acaloradas discusiones, sin tarjetas ama- rillas ni expulsiones.

Protestas encubiertas de la indiada

La movilización de los contingentes hacia el frente de guerra se haría más cotidiana. Después de los primeros contingentes se cam- biaron los uniformes de jerga gruesa por otros de color olivo que eran más delgados; las chocolateras sustituían a las abarcas y la frazada enroscada y puesta en bandolera a la antigua mochila; final- mente completaba el uniforme el capote militar. Los contingentes seguían saliendo uno tras otro; los de infantería eran más numero- sos y pasaban las calles acompañados de sus familiares. La discipli- na y formación militar ya no eran muy estrictas; muchos soldados salían en evidente estado de embriaguez, fomentados por quienes los despedían y hasta por las madrinas de guerra. Así eufóricos avanzaban dando vivas a BoHvia y a sus unidades, y mueras al Paraguay. Ingresaban a la plaza Murillo ya no con la característica formación militar, sino más bien con los caracteres de una tumultuo- sa manifestación de quienes partían a la guerra, conscientes o inconscientes de si podrían volver. Ahora me pregunto si aquel entu- siasmo guerrero que veía era en verdad una manifestación de civis- mo o era la encubierta protesta contra aquellos que, sin sacrificar un solo cabello pese a sus poses patrioteras, observaban desde sus bal-

cones el paso de los que iban a morir por la Patria.

Los soldados alcanzaban la estación prendido en sus pechos con estampitas de santos que las madrinas auspiciaban. Unas veces subían a coches de pasajeros, otras, eran embarcados en vagones como ganado. A mí me impresionó en una de esas ocasiones el des- borde de los sentimientos de un soldado que, en las notas de su cha- rango, volcaba todas las expresiones inspiradas desde lo más profun- do de su . alma. Mientras cantaba, dejaba ver una sonrisa melancólica y a la vez sarcástica, en tanto que rodaba una lágrima por su rostro. ¿Cuáles eran la causas de los sentimientos de aquel soldado? ¿Acaso lloraba y se burlaba de su propio destino? ¿Quizás se quejaba y acusaba a alguien? ¿O era el consciente adiós de una vida que iba a truncarse en lejanas tierras?



Andrés Qhispi (derecha), padre de Luciano Tapia durante la Guerra del Chaco (1933).

Era en realidad la movilización de la indiada, que partía al frente de guerra conformada por sus variantes de obreros, mineros y siervos feudales republicanos; mientras los señoritos de la ciudad, como parte de una casta privilegiada, consideraban que su manifes- tación de patriotismo era contemplar la partida de los soldados indios y festejar ruidosamente en la plaza Murillo las buenas notici- as que eran anunciadas con el ulular de una sirena que sólo era usada para las noticias de la guerra.

Así fue las cosas en aquellos tiempos, que los historiadores *q 'aras* han ocultado, y han hecho una versión falsa e interesada de los episodios de la guerra cuando presentan como personalidades importantes y hasta como héroes, justamente a *q'aras* que han especulado y negociado con la guerra e hicieron fortuna sobre la sangre y los cadáveres de un pueblo indio que fue enviado a la guerra para su exterminio. Pero nada dicen de los *q'aras* traidores y emboscados, quizás por ocultar la propia vergüenza de las relaciones de complicidad con la infamia lapidaria de los cobardes pollerudos que en la hora de la verdad se volvieron peruanos o chilenos y compraron certificados médicos falsos para no ir a la guerra. Estos mismos eran los encendidos patrioteros de los comienzos de la guerra que arrogantemente decían que a látigo iban a arrear a los pilas paraguayos. Esa conducta, reflejaba la mezquindad y el marasmo de la mentalidad gamonal, que al parecer creía que podía botar a los pilas a látigo, como tenían la costumbre de hacerlo con sus pongos. Quizás se imaginaba que su sola presencia asustaría a los patapilas, que huirían dejando el campo a unos *q'aras* men- tecatos que se embriagaban con las victorias iniciales alcanzadas a costa de la sangre de los soldados aymaras y qhishwas del Qu- *llasuyu.*

La partida de la caballería

Los primeros contingentes de caballería partieron a la guerra montados a caballo a semejanza de los antiguos cuerpos de caba- llería. En esa situación tenían la desventaja de no poder compartir el trayecto con sus familiares, además de no tener la libertad para las expresiones de despedida; pero impresionaban hondamente en el ánimo del pueblo que lloraba a su paso por las calles que conducían a la estación precedidos por una banda militar que tocaba los inolvidables y tristes boleros y las marchas de caballería que ahora todavía se escucha en las solemnidades religiosas y el entierro de personalidades *q 'aras.*

Recuerdo que junto a uno de esos cuerpos de caballería marchaba un niño en su condición de corneta o clarín, como se dice en caballe- ría. Estaba uniformado con prendas bastante holgadas que con- vertían su pequeña figura en tragicómica pero simpática. Con el paso de su cabalgadura parecía que bailaba la gorra sobre su cabeci- ta y la visera le caía hasta los ojos; completaba su uniforme un ca- pote militar que llevaba ajustado por un correaje en bandolera, con sus respectivas cartucheras; con una mano manejaba su cabalgadu- ra y con la otra empuñaba el clarín engalanado con un banderín. Aquel niño soldado, que casi se perdía en la ancha montura de su caballo, cual un polluelo de pato, estiraba su pequeño cuello para tocar su clarín cada vez que era requerido. La figura de aquel niño soldado ha quedado grabada en mis recuerdos, como un símbolo de la Guerra del Chaco, especialmente por su diminuta figura de ojos algo rasgados, cuyo recuerdo guardo con cariño y admiración.

Latigazos a los ratones

Otra figura diferente era la de los militares *q'aras.* Seguramente su condición de casta privilegiada y la escuela de su formación mili- tar determinaban la conducta ostentosa y soberbia que sólo se tradu- cía en ridicula e impopular. Ahora comprendo que ha debido influir mucho la figura y el prestigio del militar prusiano alemán, con may- or razón cuando un militar mercenario de origen alemán llegó a ser el Comandante en Jefe del Ejército boliviano, lo cual indica que Bo- livia no estaba preparada para afrontar una guerra; no tenía mili- tares con capacidad para conducir las operaciones militares de una guerra, pese a que el conflicto del Chaco tería antecedentes con an- terioridad. Asi, todos los militares pretendían tener un coche para su servicio personal cuando el Ejército o el Estado no tenían siquiera ambulancias para los improvisados hospitales de guerra. En una ridicula alienación imitaban al militar prusiano y arrastraban unas largas capas que parecían las alas caídas de un murciélago. Sin exagerar, la aparatosidad de las espuelas se asemejaba a las de *la diablada* de Oruro, seguramente necesarias para el taconeo militar tan de moda en esa época y hacían juego con la larga espada, cuyo tahalí o vaina arrastraban casi por el suelo, cual caballeros medie- vales de Europa; además portaban un latiguillo a la manera de los militares aristocráticos de Alemania. Aquellos militares *q'aras,* haciéndose eco de las poses de la élite civil *q'ara*, también repetían desde los balcones de la radio Illimani que botarían a los pilas a látigo; de modo que yo quedaba convencido que para ese efecto lleva- ban el latiguillo de marras del que hacían tanta ostentación.

Seguramente para entonces ya he debido captar el idioma español, porque de otra manera no me explico cómo podría enten- derles; sin duda, por lo menos elementalmente, ya comprendía el castellano pese a mis limitadas relaciones con la sociedad blancoide.

Después de la partida de mi padre vivíamos pendientes de las noticias que llegaban del frente de guerra, de modo que cuando tocaba la sirena corríamos a la plaza Murillo al igual que las demás gentes. De buenas que eran al comienzo, paulatinamente se volvie- ron funestas; de modo que ya se admitía las cifras de nuestras bajas entre muertos, heridos y prisioneros, la caída de nuestros fortines, el cerco de Boquerón y la desastrosa retirada de las tropas bolivianas.

En el intervalo de todos estos sucesos, yo no podía comprender qué era el paraguayo, cómo era. Resultaba tan extraño y lejano para mí como podría ser ahora imaginar a un extraterrestre, cuánto más si todavía no había visto siquiera a uno de nuestros *cambas.* Mi infantil comprensión estaba desorientada y confundida por las tipificaciones que le endilgaban al paraguayo en el transcurso de los discursos patrioteros que escuchaba. Casualmente un día me encontré delante de una vitrina de la calle Comercio donde en todo su espacio se exhibía la maqueta de un supuesto frente de batalla. Los territorios y fortines estaban claramente marcados con banderi- tas nacionales de ambos países y las posiciones estaban basadas en la situación militar de los comienzos. Parecía la realidad de una zona de guerra en miniatura, por lo menos para mí, aunque nada sabía de estrategias militares. Los ejércitos eran fáciles de iden- tificar por el color de sus uniformes; además las facciones del rostro de las pequeñas figuras del soldado boliviano me eran familiares por su estrato facial indio. En cambio, quedé desconcertado y quizás hasta atemorizado al ver la cara de ratón del supuesto soldado para- guayo. En mi inocencia no sabía que los hombres podían ponerle cabeza de ratón a sus enemigos para expresar su odio y desprecio; de modo que al ver aquello quedé convencido de que el paraguayo era un ratón. Me hizo tanta impresión que no sé cuánto tiempo estuve contemplando aquella maqueta, estrujado por la concurrencia curio- sa y sus diversos comentarios llenos de admiración.

Paralelamente a las malas noticias que procedían del frente de guerra, disminuyó la afluencia de gente en las calles. Parecía que ya no había gente para la guerra, se decía que ya había sido llevada a la guerra toda la gente de las provincias, de las minas y el campo; de modo que el entusiasmo belicoso de los comienzos se

había trocado en desconcierto y temor. La sirena ya no tocaba tan continuo como

antes y si tocaba era sólo para anunciar más desastres de nuestras tropas y ya no se escuchaban los discursos guerreros. En cambio, se veían mujeres que lloraban por sus seres queridos que estaban en el frente de batalla o habían muerto. Ya se veía mucha gente vestida de luto que lloraba con resignación, otros con desesperación.

Pese a las malas noticias, la gente siempre se llenaba en la plaza Murillo cada vez que tocaba la sirena. Al parecer se había dispuesto reclutar a la gente de la ciudad, esa gente que no había respondido a las convocatorias de movilización; de modo que el Ejército preparó un reclutamiento por sorpresa cuando justamente la plaza estaba llena de gente para comentar sobre las noticias de la guerra como de costumbre. Recuerdo la inquietud de la gente que había podido zafarse del acorralamiento y observaban desde la calle Indaburo. Decían cómo repentinamente habían aparecido patrullas militares por las cuatro esquinas de la plaza y no dejaban salir a nadie. De esa manera capturaron a todos los hombres que podían ir a la guerra. Fue una novedad muy comentada; de modo que en poste- riores ocasiones la gente joven ya no iba a la plaza y solamente se veía ancianos y mujeres. Ya no había entusiasmo por la guerra, mientras las noticias seguían de malas a peor.

A pesar del tiempo transcurrido no teníamos ninguna noticia cierta de mi padre. A veces pensaba mi mamá que habría muerto en algún lugar del Chaco. Otras veces íbamos al encuentro de los contingentes de heridos que llegaban del fíente de batalla, con la esperanza de encontrarle, o alguien nos diera noticias suyas. Así recorríamos de hospital en hospital, de cama en cama, buscando el rostro ansiado, con la vana esperanza de que en cualquier momento escucharíamos el llamado de mi padre. Al fin, todo frustrados y con una tristeza que nos sumía en el silencio, volvíamos después de haber observado el cuadro aterrador de la guerra: soldados desfigu- rados y mutilados, con sus heridas gangrenadas y convertidos en piltrafas humanas. Eso era el resultado de la soberbia patriotera de los *q'aras* emboscados pollerudos.

VII

MURU YUQALLA EN LA CIUDAD

Poco después de la partida de mi padre, por nuestras necesidades de sobrevivencia, mi madre me entregó a una señora en calidad de empleado para servicios domésticos, para "mandados", como se decía entonces. Así estuve desde los primeros tiempos de la guerra hasta poco después de su finalización. Esa señora se dedicaba a la atención de una pensión; pero esa pensión no tenía nada de común con las que actualmente existen, ni siquiera con las de su época, pues en ella comían gentes estiradas y de maneras aristocráticas; era gente escogida y en número reducido.

En un principio la señora me recibió con una fría reserva y hasta con repugnancia, señalándome una *chuwa* de madera con la pro- hibición de no comer en otro plato. En los siguientes días le disgustó que hable el aymara y me ordenó que en adelante me olvide de hablar el aymara y solamente hable el castellano, a la vez que me prohibió usar mi ponchito. Pese a que les entendía, no podía expre- sarme en castellano, de modo que me limitaba a escuchar en silen- cio. Ejecutaba todo lo que me indicaba; pero cuando tenía la necesi- dad de transmitir mensajes, resultaba un problema que me causaba disgustos por la burlas escarnecedoras de que era objeto. Aún más brutal era cuando me reñían enojados, endilgándome todos los

calificativos peyorativos que el desborde de su odio racial les obliga- ba a expresar por encima de todo sentimiento humanitario.

Al comienzo mis tareas no eran pesadas ni difíciles y consistían en el lavado de platos, el molido de café y la compra de algunas cosas del almacén de su preferencia, en lo cual me empeñaba en cumplir con rapidez y lo mejor posible, a fin de ganarme su volun- tad. Por entonces ya tenía el pelo cortado, mejor dicho, cómicamen- te rapado, lleno de patillas, de modo que con aquel rapado de mi cabeza y sin que me diera cuenta ya había ingresado a la condición de *muru yuqalla*.

Mi patrona chola

La señora en cuestión era una auténtica y típica chola paceña de esa época; alta y

delgada, instruida y de edad madura. Las prendas de su vestimenta que más le caracterizaban eran sus botitas de media caña y taco alto, su sombrero blanco de copa alta y su pollera, cuyo borde inferior llegaba justo al borde superior de sus botitas, a diferencia de las cholas provincianas que usaban polleras largas. No obstante de que tenía bonitas joyas, sólo usaba un anillo y a veces ni siquiera eso. Las filigranas o faluchos se los ponía ocasionalmente, así como su bonito *tupu* con incrustaciones de rubí y fina cadena. En cuanto a los rasgos de su carácter, era refinada, reservada y fría y en sus arrebatos de cólera y odio era cruel y despiadada. Sabía calcular el momento oportuno para entrar al comedor y colocarse a un costado de la puerta para recibir no la cancelación del consumo sino el cumplido ceremonioso de sus comensales, con las flexiones y ademanes aristócratas de una princesa o una condesa, ceremonia que tenía para ella un valor superior al dinero que le hubieran entregado directamente.

Después de un tiempo, nos trasladamos a otra casa contigua donde había más espacio; además de que allí la señora no pagaría ningún alquiler, por cuanto el dueño de la nueva casa era de una gran familia de terratenientes y potentados que al parecer la había criado desde niña. A su vez mi patrona tenía que desempeñar como una tierna nodriza de las hijas huérfanas de madre de dicho señor. Además era encargada de la casa; alquilaba las habitaciones y departamentos de esa casona y cobraba los alquileres.

Las visitas de mi madre eran un consuelo para mí. En una de esas ocasiones me hizo saber que había recibido noticias de mi padre mediante una carta. Mi padre había caído prisionero y estaba en el

Paraguay, mientras que de sus tres hermanos no había noticia (el menor se perdió definitivamente y dos regresaron después de la guerra). Un día mi mamá me llevó a la plaza de Churubamba para hacernos sacar una fotografía donde me veía junto a mi mamá vesti- do con un overol cerrado y una gorra que era mi única prenda dominguera; pero me veía bastante bien con mis ojitos rasgados como un japonesito y mi mamá risueña y hasta simpática.

En cuanto a la señora, adoptando posturas hipócritas, trataba de justificar ante mi madre los maltratos que me hacían como medi- das para mi educación, porque decía que estaba aprendiendo cosas de provecho como ser el leer y escribir, hablar correctamente el castellano, la educación de las costumbres y la promesa

de com- prarme ropa con mis sueldos: pero nunca le decía nada sobre el mal trato que me daba, de modo que mi mamá, engañada en su buena fe, se retiraba con el convencimiento de que estaba en buenas manos.

Mortificado por los comensales

Más tarde mi patrona decidió ampliar el número de sus pensio- nistas con lo cual se popularizaron las costumbres; desaparecieron las ceremonias aristocráticas y los cumplidos y todo se redujo al saludo y las gracias al término de la mesa, mientras se ampliaban sus relaciones con nuevas gentes distinguidas a las que recibía con muestras de servil humildad y hasta besándoles la mano. Muy pronto el comedor se convirtió en sala de café por las tardes y especialmente por las noches cuando la gente se reunía para hacer diversos comentarios, especialmente sobre la situación de la guerra. Esa gente también quería divertirse, a cuyo efecto se le ocurrió a la patrona introducirme al salón para que cantara las tonadas que estaban de moda entonces, como ser *Quri Canastita, Kacharpayita, Verde Limoncito*, o *Boquerón Abandonado.* Yo cantaba *Boquerón*, que había sido para mi padre una amarga experiencia en la guerra que lo llevó, junto a sus cainaradas, a recibir la venganza de las mujeres paraguayas que les pinchaban con agujas a su paso por las calles de Asunción (tal como alguna vez me refirió mi padre), en tanto que aquí las mujeres bolivianas de la alta sociedad les obse- quiaban con ramitos de flores a los prisioneros paraguayos que llegaban a La Paz.

A esas gentes de la *q'aracracia* boliviana, pese al cansancio que sentía en las noches, se les ocurría hacerme cantar nada más que para diversión a mi costa, con mi mímica y mi grotesca figura. La exigencia de mi auditorio no comprendía que no siempre estaba de

ánimo para cantar indefinidamente, quizás porque no sabían o no les importaban mis penas y cansancio, por cuanto mis tareas se multiplicaron y algunas excedían a mi fuerza, además que la patrona me daba ya un mal trato con palabras humillantes e hirientes en una expresión racista, hasta el extremo de pegarme algunas veces.

Después de aburrirse con mi canto, los comensales optaban por llevarme como espectáculo al centro de la sala para reírse de mi ridicula facha, a tiempo de que

a manera de comentario sentencia- ban que el indio aunque se lo vista de las ropas de sus patrones seguirá siendo indio, y al advertir que no tenía zapatos, me adju- dicaban el nombre de *patapila,* igual que a los soldados paraguayos. También estudiaban mis facciones para determinar mis cualidades buenas o malas, hablaban de mi padre sin motivo y sin conocerlo y harían definiciones hirientes en base a su nombre indio y a nuestro origen racial que era para ellos la desgracia de Bolivia. El odio demencial que sentían esos doctos miserables no les permitía tener un poco de consideración y reconocer que en aquellos mismos momentos la raza que tanto despreciaban estaba muriendo por miles en la guerra para defender la soberanía y la integridad territo- rial de Bolivia.

En el transcurso del tiempo siguieron acentuándose mis sufri- mientos y, como si eso no fuera suficiente, advertí que la salud de mi madre se iba quebrantando. Ante mis observaciones, a manera de justificación, me contó que estaba en el campo ayudando a la gente a cosechar para ganar un poco de papas; pero finalmente terminó confesando que le dolía el pulmón, lo cual era otro motivo de preocu- pación y sufrimiento que me aplastaba como una plancha de plomo. Incluso mis sueños estaban plagados de horrorosas pesadillas que me hacían despertar todo asustado. Me parecía sentir algo siniestro sin poder precisar nada. Mis pilchas se llenaron de pulgas, piojos y hasta crías de ratones se metieron en mi cama; todo mi ser estaba en tensión y hasta las sombras me parecían que tenían figuras deformes que luego se desvanecían. Todo aquello ¿acaso eran señales de una gran desgracia que me iba a suceder? En aquel momento no hubiera podido afirmarlo; era un fenómeno que sentía por primera vez. En mis pocos años de vida no tenía experiencias de ciertas cosas misteriosas de la vida que muchas veces escapan a la ciencia de los hombres. A pesar de estar consciente de la quebranta- da salud de mi madre, nunca se me ocurrió relacionar aquellos hechos con la muerte de mi mamá; esa idea creo que instintiva- mente la rechazaba y no cabía en mi mente.

La muerte de mi madre

Una mañana de improviso se presentó mi abuela para hacerme saber que mi mamá estaba en el hospital y quería verme. Tuvo una breve conversación con la patrona con claras muestras de preocupa- ción y misterio, aunque yo no podía captar sus palabras por la distancia en que se hallaban. Al terminar la conversación la patro- na me ordenó que me cambiara y fuera con mi abuela a ver a mi mamá. Llegado al hospital guiado por mi abuela, entré en una sala grande con varias camas donde estaba mi madre. Al parecer ella no me escuchaba ni me reconocía; su rostro se veía muy demacrado y tenía algo así como una mueca de cansancio y fastidio, sus ojos estaban húmedos como si hubiera llorado y tenía la vista fija en el vacío. Era evidente que mi mamá estaba ya agonizando.

Lleno de angustia me abracé a ella murmurando entre lágrimas una y otra vez: "Mamita, mamita", sin obtener una sola palabra de respuesta. En eso se aproximó una señora que seguramente era la enfermera y conjuntamente con mi abuela me apartaron y me sacaron de la sala. Ahí quedé como petrificado sin tener idea para nada.

De regreso del hospital seguí a mi abuela como un autómata y a medida que nos íbamos alejando del hospital se hizo insistente en mi memoria la visión del estado de mi mamá, que me hacía sentir un sabor amargo que se revolvía entre la garganta y el pecho. Una y otra vez me repetía que mi mamá estaba mal, sin comprender que quizás en ese momento mi inadrecita ya estaba muerta. Esa idea estaba completamente ausente de mi entendimiento, y no obstante de haber visto a mi madre er un trance de agonía, en ese momento no podía comprender que la agonía es el paso previo a la muerte. Regresaba sólo con el convencimiento de que mi mamá estaba mal; quizás mantenía una esperanza inconsciente de una mejoría de mi mamá y abismado recorrí el trayecto sin pronunciar una palabra, al igual que mi abuela que también se veía apesadumbrada y caminaba sin hablar. En ese estado de ánimo regresé a la casa de la patrona, sin imaginar que a partir de ese momento se iniciaría el calvario de mi esclavitud y sin sospechar que aquella señora, libre de toda necesidad de fingimiento, se convertiría en mi principal verdugo que me escarnecería con saña, me golpearía sin piedad y me explotaría sin descanso. La patrona, sin importarle mi desgracia más allá de la curiosidad, con prontitud me reubicó en mis tareas ya establecidas. Pero aquel día fue para mí triste y oscuro.

101

En la mañana del día siguiente nuevamente se presentó mi abuela para llevarme al cementerio y acompañar al entierro de mi madre. Ella seguramente no sabía que yo hasta ese momento había alentado la esperanza de la salvación de mi madre; por eso quizás la frase "Ha muerto tu mamá" me pareció más brutal que me dejó seco y como suspendido en el aire. Pero no tuve reacciones de llanto y desesperación; me parecía que de pronto había crecido y tenía otra personalidad, sensación momentánea que me aleló de admiración y curiosidad de verme en esa otra persona, hasta que volví a la realidad para advertir que tenía alteradas las facciones de mi rostro por un dejo en el que se mezclaba la tristeza, el miedo y el coraje. Eso es lo que me pareció sentir en esos breves instantes de crisis emocional que seguramente pasó inadvertido para la patrona y mi abuela, que conversaban sin reparar en mí.

Llegamos al cementerio con mi abuela, pero en ese momento no había más parientes o acompañamiento que yo, mi abuela, mi tía y su hermano menor; de modo que mi abuela estaba preocupada por no contar con personas del sexo masculino que nos ayudaran a trasladar el cuerpo de mi mamá hasta su nicho. Cabe hacer notar que en aquellos días escaseaban los hombres porque la mayoría estaba en campaña; otros se ocultaban por miedo a las patrullas militares de reclutamiento, y los emboscados no salían ni al patio de su casa, de manera que los transeúntes eran más mujeres y ancianos. En esa situación mi abuela intentó conseguir la coopera- ción de algunas personas que ocasionalmente pasaban por la puerta del cementerio, sin conseguir que uno solo aceptara ayudarnos. Mi abuela persistía en su empeño que se hacía difícil, por cuanto en ese tiempo la zona del cementerio no contaba con más población que la de unas pocas casas rurales. En medio de ese empeño llegó el carrito verde, que era en ese tiempo el servicio mortuorio de la Municipali- dad; consiguientemente nos vimos en una situación embarazosa por falta de ayuda y el conductor del vehículo nos exigía que sacáramos el ataúd de mi madre. En eso mi abuela trajo dos personas de buena voluntad; pero se necesitaba dos más para levantar el ataúd; enton- ces comprendí que yo y mi tío, que todavía era un adolescente, teníamos que ayudar; sin pensar más y con decisión me coloqué jun- to al ataúd y agarré el mantel que servía para el traslado a tiempo que mi tío hacía lo mismo.

Así llevamos el ataúd de mi madre hasta el interior del templo para recibir el servicio religioso de rigor. Todo había sido dispuesto por mi tía en el curso del día anterior gracias a su propósito de dar a su hermana su última muestra de

cariño, como ella decía. Una vez

102

terminado el servicio religioso, nuevamente me coloqué en mi lugar y salimos con dirección nicho portando el cadáver de mi mamá y noté ligeramente que las pocas personas que había en el templo me miraban con una clara muestra de compasión, seguramente no era para menos ver un niño pobre arrastrando el ataúd de su madre; pero en aquel momento no tenía más atención que levantar el ataúd a la altura de los otros y mantener el paso al igual de los que iban adelante; sin embargo resbalaba la punta del mantel de mis manos y tenía dificultad en mantener el nivel de altura, hasta que obligué a detener la marcha y bajar el ataúd al suelo; el problema creo que debió ser mi talla. En tanto que estábamos detenidos, tres hombres se aproximaron y espontáneamente se ofrecieron a ayudarnos, con lo cual fui relevado de inmediato llegando finalmente hasta el nicho señalado por el administrador del cementerio. Había llegado el momento de decirle a mi madre el último adiós; junto al ataúd rezamos una corta oración y luego cada uno de nosotros nos despedi- mos de mi difunta madre con un abrazo a su ataúd y algunas palabras de mutuo perdón. Veía que mi tía estaba muy consternada y a tiempo de depositar el único ramito de flores que ella había traído lloraba pronunciando el nombre de su hermana abrazando su ataúd. En seguida me tocó a mí, pero no tenía nada que perdonar a mi madre ni pedirle perdón porque mi conciencia no me acusaba de ninguna falta; imitando a los demás abracé su ataúd pronunciando: "¡Mamita, mamita!". Igual que en el hospital no había lágrimas en mis ojos, aunque sentía que interiormente estaba llorando y tenía un nudo en la garganta; sentí que una mano piadosa me apartaba suavemente del ataúd a tiempo de dirigirme algunas palabras de resignación. En seguida introdujeron el ataúd en el nicho y lo taparon con un tabique de ladrillos, escribiendo su nombre y fecha sobre el yeso fresco.

Fue un entierro sencillo y humilde, como sencillo y humilde éramos su familia. Regresamos todos juntos hasta la puerta del cementerio, allí agradecieron mi abuela y mi tía a las bondadosas personas que nos acompañaron. Una vez solos, mi abuela y mi tía me indicaron que ellas se dirigirían directamente a su casa y yo debía volver solo a la casa de la patrona; así que allí mismo nos separamos. Al quedar solo recién tomé conciencia de mi orfandad: estaba completamente solo en el mundo; en adelante ya no tendría quién me proteja, fue entonces para mí como si el sol se hubiera apagado. En aquel momento de intenso dolor, hasta la gente que transitaba por la calle me parecían sólo sombras, y no obstante de

ser el mediodía, la luz me parecía gris y oscura como cuando llueve. Con esa sensación y una tristeza que me destrozaba interiormente

me fui alejando del cementerio, sin reparar en la gente que pasaba a mi lado ni advertir las calles que iba recorriendo. Me dolía inmensa- mente que ya no tendría el bondadoso y tierno cariño de mi mamá, palabra que en toda mi humildad siempre había pronunciado lleno de vigorosa plenitud; en adelante esa palabra de mamá ya no tendría contenido ni sentido para mí. Era eso y mucho más lo que sentía en aquellos momentos de angustia, desamparo y soledad; me parecía estar perdido o abandonado en un desierto lleno de misterios y sin esperanzas. De tanto cavilar me daba cuenta que mi cabeza estaba afiebrada, mis ojos me parecían hinchados y mi vista velada como cuando se llora, y en verdad todo ese tiempo de amarga re- flexión estaba llorando sordamente en mi interior con un llanto que me conmovió hasta lo íntimo de mi ser hasta lastimarme. Así abis- mado por la pena llegué a la pensión de la patrona, lloroso y callado.

Los grados de esclavitud

Con la muerte de mi madre se inicia el calvario de mi esclavitud caracterizado por una despiadada soberbia racista carente de principios morales, no obstante de proclamar permanentemente su condición de sociedad civilizada y cristiana. Desaparecía para mi patrona el único obstáculo para extremar mi explotación y satisfacer su vanidad de señorío convirtiéndome en un esclavo de hecho bajo el nombre *deyuqalla*, que en lengua aymara se refiere al niño o adoles- cente de sexo masculino, pero que en labios de una sociedad racista era sinónimo de una clase de esclavitud que afectaba a los menores de edad indios.

Para una mejor descripción de aquella realidad debo aclarar los grados de esclavitud impuestos a mi raza, a mi pueblo, bajo la deno- minación cerrada de *indios*, que marca el primer grado de sojuzga- miento y esclavitud. Otro grado de esclavitud fue sin duda el *pongo* feudal, explotado, escarnecido, despojado, flagelado, alquilado y vendido y hasta asesinado. Otros grados de esclavitud que estruc- turó la espuria sociedad cristiana fueron: el *mit'ani*, el *alxiri y* el *kamani* que eran de dominio particular y exclusivo de los gamonales latifundistas que se arrogaban sobre sus siervos esclavos derechos de vida y muerte. Ese abusivo régimen de esclavitud estaba siempre ligado a la tierra, de manera que las haciendas surgidas del despojo colonial y republicano podían adquirir un valor

monetario no sólo por la extensión y calidad de sus tierras, sino más por el número menor o mayor de siervos esclavos sujetos al fundo.

104

En cuanto a la esclavitud de los menores de edad, bajo las deno- minaciones de *muru yuqalla* o *muru imilla,* según el sexo de las víctimas, se diferenciaba en alguna medida de las otras formas por cuanto no sólo los gamonales terratenientes practicaban esa clase de esclavitud, sino también cualquier blancoide o cholo mestizo con pretensiones de elevación social. En el marco de una sociedad de castas esa infamia era una expresión más urbana que rural y no estaba necesariamente ligada a la tierra, sino más se originaba en la prepotencia abusiva de los poderosos y las situaciones de extrema pobreza como fue mi caso.

Escasez por la guerra

En aquellos días ya se dejaba sentir con crudeza las consecuen- cias funestas de la guerra: todo escaseaba, la venta de productos por cuartillas desapareció por completo y los billetes eran rotos para usarlos como moneda fraccionaria. Por un poco de carbón se tenía que librar una verdadera batalla para alcanzar un boleto de raciona- miento de la municipalidad. Además no era sólo la escasez de los productos alimenticios, sino también la especulación en el mercado negro que a partir de entonces se estructura como una entidad legal, bajo el principio de la demanda y la oferta de libre mercado. Se desarrolló la actividad de especulación a quien pague mejor, de manera que se producía una competencia a porfía entre los consumi- dores pudientes mientras las especuladoras operaban ocultas en puertas de calle, lugares reservados y mercados, en una combina- ción de picardía y aparente timidez, sin que falte los hechos jocosos como aquel que habían ideado de sentarse sobre los productos reservados para sus conocidas caseritas a las que entregaban sus pedidos con mucho disimulo sacando de debajo de sus polleras, de modo que la opinión pública identificaba aquel hecho con el nombre de "oculotación".

Otro componente de esa tragedia era la presencia de legiones de heridos de guerra que se arrastraban penosamente por las calles envueltos con vendas como si fueran momias egipcias; se veía una extraordinaria cantidad de cojos, mancos y ciegos, con los rostros demacrados seguramente por los sufrimientos en el frente de batalla.

La situación de guerra en el tiempo en el que murió mi madre se agravó por la escasez y la devaluación de la moneda, y esa conse- cuencia de la guerra también repercutió sobre mi situación de servidumbre por cuanto tenía que dar vueltas y vueltas por los mer- cados y calles donde antes era tan fácil hacer el mercado. Hacíamos

105

recorridos cansadores sin conseguir los diversos productos en la cantidad requerida; lo poco del contenido de las canastas era con- seguido a precios del mercado negro, lo cual era seguramente do- loroso para la patrona. Esas diarias letanías también resultaban para mí no solamente cansadoras sino dolorosas y torturantes por la vergüenza de estar vestido en la facha como estaba entonces: los zapatos unas veces por ser chicos eran rebasados por los talones y era difícil tenerlos puesto; otras veces, por ser grandes, resbalaban los pies en el interior del zapato con riesgo de causar una luxación.

Siempre me vestía con ropas viejas aunque sentía vergüenza por el ridículo que resultaba vestido con el pantaloncito corto de los niños *q'aras* de entonces, que usaban complementado con medias largas; pero yo ni tenía zapatos ni medias. Esas ropas desechadas me ponía la patrona y así le parecía a ella que estaba elegante; nunca me lo compró ropa nueva a pesar de haber convenido con mi madre de que mis sueldos sería para ese efecto. Además yo entre- gaba las propinas que las señoras pensionistas se dignaban rega- larme con la esperanza de tener una ropa adecuada; pero nunca tuve ropa más que los andrajos desechados y no recibí un sólo cinco como sueldo.

Apretujones y portaviandas

Lo que más escaseaba, al menos para el caso de mi patrona, era las papas, leña, carbón y pan. Esos artículos con el tiempo tuvieron que ser puestos bajo un estricto racionamiento y para conseguir un poco de esos artículos había que someterse a una lucha por la sobrevivencia. Las multitudes atrepellaban, pisoteaban y asfixiaban a los más débiles en la desesperación de alcanzar un boleto de racionamiento. Era la misma situación para comprar unas pocas unidades de pan, que se convirtió en un artículo de lujo por su escasez. Justamente a mí me señaló la patrona como una de mis obligaciones comprar pan; en medio de esas aglomeraciones sentía que crujían los huesos de mi pequeño tórax a causa de tanto estruja- miento y como si fuera poco aquello, la

patrona me reñía y golpeaba acusándome falsamente de estar jugando en la calle. Pero llegó el día en que quiso demostrarme cómo de fácil era comprar el pan y salió sin un pan, con las botitas destrozadas y los pies lastimados; así se conformó con comer el pan negro y agrio de afrecho, que era una suerte conseguirlo en aquellos días.

Aquella señora que fue mi patrona y mi verdugo había determi- nado ampliar el número de comensales de su pensión sin ampliar la instalación ni contratar un solo auxiliar para las diversas tareas, de

modo que con el correr del tiempo todo el trabajo recayó sobre su misma madre y mi pequeña persona. Ella era la administradora y se encargaba de disponer y sazonar el almuerzo de manera que no tenía rival; su habilidad para cocinar era ponderada unánimemente por cuantos comieron en esa pensión, ese mérito no puedo descono- cer animado por el resentimiento. En efecto, en el curso de tantísi- mos años transcurridos, jamás he encontrado un plato tan sabroso y delicado como el que servía dicha señora, no obstante de haber tenido alguna oportunidad de probar la comida de grandes restau- rantes, clubes y hoteles de la alta sociedad.

En un principio fui solidario con las iniciativas de mi patrona, sin imaginar que ello se traduciría en un motivo de mi propia explota- ción, maltrato y exclavitud. Mis ocupaciones comenzaban a partir de las siete de la mañana. Quizás las cinco o las seis hubiera sido mi horario habitual de trabajo; pero la patrona tenía la costumbre de dormir casi hasta las nueve y le molestaba el ruido de la activi- dad humana antes de la hora de su despertar. Así yo evitaba hacer ruido si acaso no quería ser objeto de una brutal reprimenda.

Mis tareas se distribuían más o menos así: entre las siete y ocho y media tenía que barrer todos los espacios que ocupaba la pensión, limpiar, desempolvar y lavar los menajes de cocina. De ocho y media a diez y media teníamos que hacer las compras en el mercado. Luego era moler ají y ayudar en la cocina en todo lo que me ordenaran. A partir de las once y media iba a recoger las portaviandas vacías. Era más fácil de una vez porque así podía recoger varias portaviandas, que según su tamaño me los ponía en el hombro a manera de mochi- la y otras en la mano, de manera que ofrecía la figura de un equeco *(,iqiqu*) cargando portaviandas vacías. Después tenía que hacer el reparto de las portaviandas

llenas, que lo hacía en medio de repeti- das idas y venidas en un radio que comprendía la calle Ayacucho, y desde la Catacora hasta la esquina de la Potosí y Genaro Sanjinés. Terminaba esa tarea entre la una y media y las dos de la tarde. Ter- minábamos la limpieza entre las tres y las tres y media y otra vez salíamos en busca de papas o carbón. Por la noche tenía que seguir con el recojo y reparto de las portaviandas bajo lluvia, frío o calor.

Estas tareas se repetían todos los días y yo quedaba contento cuando la señora se daba por satisfecha con mi humilde trabajo, humilde trabajo de un niño, que era vital en la actividad de esa señora, aunque no comprendía entonces que esa actividad y trajinar incesante era algo así como viajar leguas y leguas. Ansiaba a ratos sentarme y descansar, echarme un ratito, pero no era posible: la patrona exigía rendimiento y tenía que cumplir a la carrera sus órdenes.

107

Lo más odioso y pesado para mí era ir al mercado, de donde regresaba cargado de un *q'ipi* y arrastrando una canasta que por su tamaño y peso me dificultaba para caminar, detrás de la señora que presumía de tener un *yuqalla*; mientras yo me sentía como un espectáculo público, escarnecido de una manera cruel y traumati- zante. Muchas veces hubiera deseado tirarle con la canasta y escapar, pero me sentía impotente y reprimido, quizás porque me faltaba coraje y un apoyo.

Tambos y juegos solitarios

En aquella obligación de ir al mercado fui conociendo los *tambos* y sus inmediaciones, las *aljerías* de las casas de hacienda de la calle Honda y todos los mercados y lugares de venta de productos de la tierra. Recuerdo que en una ocasión entré a las casas de haciendas que existían en los contornos de San Francisco. Quizás era una día especial porque se advertía gran movimiento en medio de continuos rebuznos de los animales que llenaban el patio. Creo que no había muchas personas de la ciudad, pero había buen número de *pongos*, *mit'anis* y *alxiris* de ambos sexos que descargaban y entregaban a los patrones de la hacienda cargas de *takia*, quesos y huevos de aves acuáticas. El patrón era algo rechoncho y de agrio aspecto y la mujer era una chola todavía joven, muy enjoyada, que respiraba soberbia por todos sus poros y daba órdenes a los *pongos* en un tono despótico y despectivo, a tiempo que se haría la víctima de los disgustos que le causaban los indios. No faltaba alguna persona comedida

que se conmiseraba de aquella fiera y que en tono de reproche les decía a los indios, mustios de sorpresa y terror, que no la hicieran renegar porque podían matar de un colerón a tan buena señora. Claro que ese método era usado en la práctica de la adulonería para conseguir el favor de los poderosos.

También pude advertir la situación dolorosa de los pobres pongos que dormían sobre el empedrado del zaguán o en la puerta de calle, de los *alxiris*, que con el *pijchu* de coca en la boca, recorrían las calles para vender al servicio del patrón gamonal los productos obte- nidos con el sudor de su frente y despojados por el *q'ara* gamonal. Para tener una idea de aquella realidad, diré que un día encontré a uno de aquellos *alxiris* llorando porque alguien prepotentemente le había quitado quesos, pagándole un precio por debajo del fijado por el patrón, y lo que le afligía es que no tenía dinero para cubrir la diferencia a fin de evitar el castigo que ya lo tenía por seguro.

En aquellos tiempos la *q'aracracia* criolla estaba muy impregna- da con los prejuicios de casta y asumía una rígida conducta

presuntuosa muy propia de las sociedades esclavistas, que es lo que era en la realidad. Hasta entonces yo sólo había sido un espectador de las diferentes situaciones de abuso y prepotencia racial, una víctima en segundo grado. Pero a partir de mi entrega a esa señora y de la muerte de mi mamá me convertí en víctima directa de la iniquidad racial que día a día iba experimentando en carne propia. Hasta los mocosos de la casa se burlaban de mí y se ocultaban para darme un golpe a lo desprevenido; mis sufrimientos eran infinitos y ahora al recordar admito la validez de la sentencia que dice: "La muerte de nuestra madre es el oscurecimiento del sol y entonces hasta las piedras y espinos hablarán para humillarte".

Las diversiones, golosinas y juegos infantiles fue una cosa impo- sible para mí. Recuerdo que en aquellos días estaba unlversalizado el juego a los cowboys y la lucha con espadas, tal como se veía en el cine y revistas de historietas, y naturalmente yo también estaba entusiasmado con esos juegos; quería tener pistolas y espadas como los niños ricos pero no tenía quién me compre un juguete, no tenía dinero para hacer fabricar con el carpintero una espada de madera como hacían los hijos de los *q'aras*. Sin embargo, con un pedazo de madera pude convertirlo en una tosca espada, con un pedazo de tela cosí su

funda y una vez terminado ardía en el deseo de jugar colándome en cualquier grupo que quisiera aceptarme. Entonces suplicaba a la patrona, insistía y lloraba para que me dejara jugar un rato. A tanta porfía, contadas veces accedió a mi pedido después de cumplir las últimas tareas de la noche; pero una vez libre me sentía chasqueado porque a esa hora no había con quién jugar: todo estaba desierto. Así correteaba sólito como un loquito, dando estoca- das imaginarias a mi propia sombra, pero luego me daba cuenta que eso no era jugar; lejos de ser una satisfacción me sentía todo fustra- do, triste, y alguna vez terminaba llorando en algún rincón de la casa en sombras. Así fueron mis juegos solitarios.

Heridos y emboscados

En una ansiedad de protección buscaba a mi padre entre los muchos soldados heridos que llegaban de la Guerra del Chaco sin saber que un prisionero no podía llegar junto con los heridos. Era muy triste ver aquellas escenas de soldados mutilados o ciegos que llegaban al hospital de emergencia de San Calixto. Era fácil advertir la llegada de los contingentes de heridos por el agrupamiento de la gente que buscaba a sus familiares con los cuales entraba para ver si en alguno de los heridos podía identificar a mi padre. Lo buscaba ansiosamente sin poder encontrar ni noticias de él; todos eran gente

desconocida y así volvía a salir triste sin saber que a mi padre no podría volver hasta después de terminada la guerra.

Al margen de mi tragedia había muchas otras. Recuerdo la deses- peración de algunas madres o esposas que al encontrar a sus seres queridos mutilados de brazos o piernas, ciegos y desfigurados, llora- ban con tanto dolor que me conmovía hasta las lágrimas. A aquel hospital ya había entrado junto con mi mamá, cuando todavía vivía, buscando a mi padre. En una de esas ocasiones encontramos a un herido que era de nuestro *ayllu*, a cuya familia se encargó de hacer saber mi mamá. La situación era gravísima; los hospitales ya no se daban abasto para recibir a tantos heridos de guerra; las calles, antes desiertas, de pronto se llenaron de soldados evacuados que lastimosamente se arrastraban con la ayuda de sus muletas. Qué gran diferencia había entre aquellos soldados que llenos de vida marcharon a la guerra y estos otros que prácticamente estaban convertidos en piltrafas humanas; así los veía: macilentos, con la mirada perdida y sus impresionantes vendajes que me horrorizaban quizás porque debajo de los

vendajes intuía el dolor y la tragedia de aquellos soldados que perdieron los miembros de sus cuerpos, que dieron su sangre y otros sus vidas, dejando en la orfandad hijos y esposas desamparadas. ¿Cómo explicar o justificar tamaña tragedia? ¿Para qué sirvió la guerra si además de perderse un inmenso territo- rio ni siquiera se supo reconocer y agradecer a los que lo defendie- ron? ¿Quiénes fueron los que pagaron las consecuencias de la guerra? Son interrogantes que jamás han sido respondidas con honestidad porque la verdad siempre ha sido manipulada por la mezquindad y los intereses de los grupos de poder.

Recuerdo el caso de un soldadito, digo soldadito porque era muy joven, una excepción como soldado adolescente que se comportaba con extravagancia, de modo que llamaba la atención pública. Se decía que aquel soldadito había perdido la razón a causa de los horrores del campo de batalla; era un muchacho que pese a su ju- ventud tenía rasgos de madurez y ya era un veterano de guerra; por él sentía admiración y respeto antes que un temor. Aquella situación estaba demostrando no sólo la situación del soldadito, sino el sacri- ficio humano que imponía la guerra mientras había grupos de cuello estirado, que hablaban de la guerra en tono de discurso, concordan- do en la necesidad de sacrificios por la Patria, aunque ninguno se animaba a tomar las armas y salir al campo de batalla.

En las diferentes ocasiones que tuve la oportunidad de escuchar y presenciar las charlas de aquellos caballeros de la *q'aracracia* criolla; desde el mismo comienzo de la guerra ya había advertido la

doblez de esas posturas, y la cobardía de los patrioteros de la raza superior, como pretendían serlo a fuerza de prejuicios racistas. En una ocasión en que pasaba desapercibido, quedé paralizado por la sorpresa cuando escuché la conversación de dos potentados *q'aras,* en la que con aires de ponderación de sí mismos y hasta de orgullo, decía uno de ellos que había entregado a sus pongos para la guerra, como un ejemplo de patriotismo y por lo cual había sido felicitado por altos jefes militares. Aquello fue para mí como si me hubieran quitado una venda de los ojos; era increíble aquel hecho monstruoso cometido por un *q'ara* con alma de judas. Ante esa realidad que iba captando directamente, empezaba a comprender que las supuestas virtudes de civismo en realidad sólo eran posturas cínicas de un patriotismo inexistente. Era increíble que esa falsedad se pretendie- ra presentarla como ejemplo digno de imitación. El patriotismo de aquellos *q'aras* se traducía en el sacrificio de los indios pongos, que marchaban a morir

en la guerra, mientras los cobardes emboscados hablaban de patriotismo sin exponer una sola gota de su sangre. Al ver tanta cobardía, mezquindad e iniquidad, quedaba estupefacto porque en mi tierno razonamiento no podía comprender que sola- mente el indio pudiera servir como carne de cañón de una guerra que no era la suya.

Además de los emboscados comunes que se ocultaban debajo de las camas, en los rincones apartados y aun debajo de ropas de mujer, había otros que estaban emboscados debajo de influencias y privilegios de castas y obtenían certificados de estudiantes que era suficiente razón para quedar dispensados del servicio militar. Después de un tiempo, apremiados por las necesidades de elemento humano para la guerra, aquel privilegio quedó descartado y muchos estudiantes que carecían de mayores influencias y otros de respeta- ble barba, que hacían el ridículo como estudiantes, a la fuerza tuvie- ron nomás que marchar a la guerra.

Después de la movilización de los primeros contingentes, que partieron a la guerra mal equipados y aún peor armados, siguieron saliendo contingentes tras contingentes de soldados, aunque con mejor equipamiento a los que acompañaban las primeras enferme- ras de guerra que con su paso marcial despertaban la cariñosa admiración del pueblo. Ellas iban con uniformes de enfermera y sus capas azules, en la cual resaltaba una cruz roja. Parecía increíble la valentía de aquellas mujeres que marchaban hasta el frente de batalla en una hermosa muestra de patriotismo. Creo que la modes- ta grandeza de aquellas pocas mujeres no ha merecido en justicia la atención de los escritores, ni los gobiernos han sabido agradecer y

honrarlas en nombre de la Nación a ese pequeño núcleo de enferme- ras de guerra que concurrieron al Chaco.

Al recordar aquel pasado, me doy cuenta de que entre todos esos heridos de guerra no recuerdo haber visto soldados de cabellos rubios en los hospitales ni en las calles; todos los que veía tenían una facción racial india.

Incapacidad frente a la guerra

Por mi parte, junto a mis penas, seguía cargando las viandas y la canasta de provisiones desde el mercado, que entonces estaba ubicado en el sitio que ahora

es el edificio del hotel La Paz y la primera cuadra de la avenida Camacho. Quizás por la naturaleza de mis ocupaciones pasaba gran parte del día en la calle, de modo que tenía la oportunidad de ver y escuchar todo lo que pasaba. En el mercado ya se advertía la escasez de productos; finalmente se llegó a la necesidad de adular y someterse a los dictados de las recoveras, que vendían a sus caseras por debajo de sus polleras. Las papas, que antes abundaban en los tambos, sólo se podía comprar a elevados precios y para todo era el mercado negro. Creo que desde entonces quedó constituido el mercado negro, como una versión legal de la especulación y el robo. Para recibir un boleto de racionamiento había que hacer esperas de horas y de días y ni aun así podía alcan- zar para todos, lo que naturalmente causaba protestas, lágrimas y denuncias contra los funcionarios por complicidad con el ocultamien- to. Había escasez de todo y como resultado hacía surgir al descubier- to la gran contradicción de la desigualdad social entre ricos y pobres. Las gentes pudientes, gracias a la disponibilidad de dinero, podían surtirse del mercado negro hasta con ostentación. En cambio la gente pobre sufría la viacrucis de la miseria como consecuencia de la guerra y el despoblamiento del campo, donde no había hombres para cultivar la tierra. Mientras tanto seguían llegando más heridos; también llegaban las malas noticias del frente de batalla cuyos partes de guerra sólo hablaban de retiradas y más retiradas, del cerco de nuestras tropas, la caída de fortines y prisioneros; de modo que la sirena estaba silenciada y creo que sólo volvió a tocar para anunciar el fin de la guerra.

Ante la escasez de hombres para la guerra, las patrullas milita- res empezaron a tomar por la fuerza a los hombres en edad de ir a la guerra, allanando domicilios en busca de los omisos o emboscados; y en verdad había muchos hombres que casi no salían de sus casas, a

fin de no ser capturados por las patrullas. Y entonces ocurrió algo insólito: algunos omisos y emboscados de pronto se volvieron ciuda- danos peruanos y otros compraron certificados médicos falsos que los declaraba inhábiles para la guerra. Aquellos hechos provocaron una ola de indignación y se dieron procesos escandalosos, a través de los cuales lograron descubrir la autoría de médicos corruptos, como de conocidos *q'aras* pudientes que habían comprado documentos falsos. Además, ante la vergüenza de ser señalados como embosca- dos, muchos de ellos se convirtieron en furiosos denunciantes de otros casos y asumieron actitudes de arrepentidos patriotas que estaban dispuestos a marchar a

la guerra. En efecto, fueron movili- zados al frente de batalla en medio de las mal disimuladas murmu- raciones de oprobio, de modo que en aquel tiempo de guerra una imputación de emboscado constituía la mayor ofensa inferida a una persona.

Quisiera recordar a un joven cadete, cuyas inquietudes y destino quizás podrían ser coincidentes con los de otros cadetes de aquel tiempo. Aquel joven militar era el hijo del dueño de la casa donde estaba la pensión. En el tiempo de sus estudios en el Colegio Militar se mostraba como cualquier joven de su clase; travieso, aventurero y algo presumido por su uniforme de cadete. Por lo que él contaba a su familia, yo sabía la vida de estricta disciplina que llevaba en el Colegio Militar, los abusos y castigos que imponían los brigadieres y comandantes. Aquel cadete marchó a la guerra junto a aquel grupo que se lo recuerda por el dicho de "Un paso al frente"; es decir que a la solicitud de voluntarios para la guerra todos aquellos cadetes habían dado un paso al frente como respuesta afirmativa por unanimidad. En su primera movilización fue ascendido a teniente y regresó justamente para hacerse el uniforme de oficial. Así pues andaba muy atareado buscando un par de botas para oficiales y los demás conjuntos. En todo aquel ajetreo de constituir el uniforme y equipo de oficial había dos aspectos de suma importancia para el cadete: el primero era la estrella de teniente que le era a esencia de cielo; el otro era una pequeña pistola cuyos balines no conseguían penetrar la madera de la mesa ni a la distancia de cinco metros, de modo que el flamante oficial prefería probar su puntería y el efecto destructivo de su arma sobre el queso del comedor.

A mi modo de ver, ni el Estado ni el Ejército estaban preparados para un conflicto bélico. Se carecía de capacidad técnica, de entereza moral, de medios económicos financieros para sostener una guerra. Así lo demuestra el caso del cadete y las armas obsoletas que lleva- ron los primeros contingentes; el caso de los militares que decían

que a látigos botarían a los paraguayos; la atonía de los coman- dantes militares y de los hombres de gobierno que no tuvieron capacidad para conducir un pueblo a través de una guerra; y la irresponsabilidad de militares abyectos que se consumían en el alcohol en retaguardia mientras los soldados no tenían abasteci- miento y estaban abandonados sin dirección ni comando. Aquella amarga experiencia, que podía haber motivado una reflexión, no ha servido para la toma

de conciencia de una realidad nacional, y los grupos oligárquicos de la *q'aracracia* criolla han seguido manejando el país en medio de su tradicional incapacidad y mezquindades inicuas.

Después de buscar inútilmente a mi padre entre los heridos que llegaban, creo que me cansé o quizás había entrado en una etapa de resignación y hasta de olvido. Para mí no se ofrecían perspectivas de mejoría y seguía cargando las portaviandas por todas las calles del sector del parque Riosinho y las cercanías de San Francisco en medio de los acostumbrados maltratos. Aquella gente sabía que era hijo de un soldado boliviano; pero los prejuicios no cedían siquiera en un momento de guerra, de modo que, estigmatizado con el seudónimo de *yuqalla*, seguía padeciendo mi explotación, porque ese término en labios del *q'ara,* o de la chola, es sinónimo de pongo, indio, en su contenido de negación, escarnio y explotación.

Vergüenza en la ciudad

Esclavo por la imposición de una situación de hecho, cada vez se me haría más difícil de soportar aquella situación porque al maltra- to acostumbrado se agregó otra forma perversa de distracción de la patrona, que consistía en enfrentarme con su perro faldero. Yo tenía prohibido lastimarlo, pero el perro podía morderme y así lo hacía; en una ocasión, me partió una oreja y sin hacer caso de mi herida que sangraba la patrona le dio una galleta a su perro porque el perro hizo lo que quizás ella hubiera deseado hacer. De modo que hasta el perro era mi verdugo.

Posiblemente ya he debido tener más de diez años cuando una mañana muy decidido adopté una posición de firme rebeldía debido a que la señora, en uno de sus peores arrebatos de cólera, me golpeó brutalmente a tiempo que me endilgaba un rosario de calificativos hirientes por haber tenido el coraje de protestar por un hecho de injusticia con su propia madre, que era menos dura conmigo. Pero lo que más me dolió fueron los términos despectivos que aplicó en

contra de mis padres; con aquella actitud me hirió en lo más íntimo y sagrado de mis sentimientos, de modo que para mí ya no había sosiego ni posibilidad de paz con mi opresora.

Aquella noche repasé todas las situaciones que había vivido en poder de aquella señora. Así advertí de una manera confusa que sentía vergüenza. ¿De qué?, ¿acaso de mí mismo o de mi ancestro? No podía explicármelo; entonces ni siquiera me daba cuenta de que la vergüenza que sentía era el resultado de la compulsiva presión aculturante a que estaba sometido; sólo sentía indignación y vergüenza, sin comprender que estaba a un paso de convertirme en un desclasado, en un renegado. Felizmente para mí, precisamente aquella indignación y vergüenza que me dominaba fue el detonante de mi rebeldía de aquel día. Así, en esa tierna edad, asumí mi propia defensa y le comuniqué mi firme decisión de irme de su casa. La primera reacción fue de burla; después la de costumbre, es decir la tunda; pero no me sometí ni obedecí la orden de cargar la canasta; entonces me emprendió con verdadera furia y me ensangrentó la cara y mis ropas con una hemorragia que me causó en la nariz. Aquello, lejos de intimidarme, aumentó mi coraje; mientras resistía y chillaba logré zafarme y escapar a la calle de donde intentó arras- trarme, en tanto que yo chillaba como nunca antes lo había hecho.

De modo que armé un escándalo mayúsculo. Mi cara estaba ensangrentada y movía a compasión a las gentes que pasaban, mientras me daba cuenta que había hecho bien en escapar a la calle por cuanto la patrona no quería exponerse a las miradas de la gente. Con esa relativa ayuda resistía y pedía a gritos que quería irme porque ya no podía sufrir más sus maltratos, de modo que las veci- nas, sin tomar directamente mi defensa, le pedían que se calma- ra, que de buenas me hiciera entrar en razón. Finalmente se fue al mercado llevando ella misma la canasta, mientras yo pensaba en mi situación. Mi abuela nunca había venido a verme desde que murió mi madre; yo sabía que no tendría ningún apoyo, que mi abuela en vez de defenderme quizás me castigaría; pensaba a dónde podría ir y a momentos flaqueba mi fuerza de voluntad. Con esas reflexiones no sentí el paso del tiempo; cerca al mediodía otra vez trató de reducirme, pero yo seguía resistiendo y gritando que quería irme. Fue tanta la porfía que al final dijo que haría llamar a mi abuela y así fue.

Al día siguiente llegó mi abuela pero no quería llevarme junto a ella; por el contrario quería azotarme y creía todo lo que la señora le contaba de mí como si fuera un desobediente y malcriado, hasta el

punto de disculparse por mi supuesta mala conducta y las molestias que le hubiera causado. Y la señora, muy ladina, no decía nada de los maltratos que me daban, de las burlas y escarnio del que me hacían objeto, del trabajo que tenía que hacer desde las siete de la mañana hasta la medianoche. En medio de mis lágrimas grité que quería irme porque estaba indignado de las mentiras que le conta- ban a mi abuela; creo que amenacé a mi abuela que si no me llevaba me iba a escapar. Entonces mi abuela me llevó a su casa, con la advertencia de que tendría que arrepentirme porque tendría que pasar mucha miseria. El sueldo de unos cincuenta bolivianos por mes, que me debía por el tiempo de tres años, la señora me pagó solamente con un viejo baúl metálico que hasta ahora lo conservo y unos cuadros en cartón grueso de santos y santas a los que no conocía.

Algo más de un mes estuve en la casa de mi abuela y llegué a conocer a su hermana, es decir a mi tía abuela y a toda su familia, que vivía al lado de la casa de mi abuela. Habían vuelto recién, después de trabajar en las minas por mucho tiempo. Mi tía abuela era más comprensiva que mi abuela, de modo que captaron mi confianza y así les contaba mis sufrimientos pasados. A tiempo de alentarme, prometieron ayudarme a encontrar una colocación. En los días que estuve en la casa de mi abuela me entretenía en entrar en posesión de mi herencia: los pocos objetos que había dejado mi mamá flue, por su contenido sentimental, fueron mi pequeño tesoro que me acompañó gran parte de mi vida.



VIII

LA CASA ESPAÑA

Un día mi tía me comunicó que gracias a sus amistades, me había conseguido un

puesto de mensajerito en la Casa España, un club de la colonia española. Así fui llevado, vestido muy pobre- mente, porque sólo tenía un overolito bastante achicado, lo cual al parecer no le importaba mucho al administrador. Lo que sí reclamó era la eficiencia, la rapidez y viveza para complacer a los señores socios. Mis obligaciones eran de ayudante de limpieza, proveedor de refrescos y aguas gaseosas, especialmente de mensajero y para traer automóviles de alquiler para los socios que se retiraban. Mi sueldo sería de quince bolivianos al mes con alimentación y un lugar para dormir, sin contar las propinas que podrían doblar mi sueldo. Esas fueron la condiciones de contratación, que escuchaba absorto como si se tratara de un sueño, por cuanto era la primera vez que voluntariamente escuchaba del nuevo patrón las satisfactorias condiciones de trabajo. Comprendí la mejoría de mi situación y evidentemente fue buena: pude darme el lujo de comprarme hela- dos y galletas, un antojo para mí por tanto tiempo deseado. También pude comprar unas dos mudadas de ropa nueva, calzados y todo aquello, de acuerdo a la cantidad de dinero que paulatinamente podía reunir.

Propinas y primeras borracheras

Muy pronto el administrador llegó a estimarme y darme su con- fianza porque estaba satisfecho con el cumplimiento de mis tareas; también supe hacerme querer por el personal de garzones y gente de cocina por mi espontánea colaboración en todos los quehaceres. Ya no recibía maltrato de nadie y las tareas no me parecían tan cansadoras, pese a que algunas veces se atendía hasta el ama- necer. En realidad el trabajo era en la noche, cuando a eso de las ocho se llenaban para cenar; pero no comían *t'imphu* ni *chayru,* el único plato nacional, si se puede llamar así, era el lomo montado y el pollo dorado. Lo demás eran consomés y conservas de pesca marina, productos vegetales enlatados como espárragos, y frutas en conserva como postre. Toda aquella esplendidez era nueva para mí y me mareaba, no obstante de que sólo la veía a distancia porque yo no entraba a los salones y sólo aparecía en el primer peldaño de las gradas para anunciar que esperaba el taxi.

Entonces era el momento de las propinas que comenzaban por el garzón, quien con gravedad y respeto, presentaba el abrigo y sombrero a tiempo que recibía propina, cuya generosidad se podía medir en la sonrisa y las flexiones del garzón. Como yo no sabía los gajes del oficio simplemente me limitaba a

extender la mano cuando veía venir mi propina, que por otra parte era limitada, porque la mayor parte de esos señores tenían sus propios coches. De todas maneras, tenía que estar listo para cualquier pedido de taxi hasta que quedaba vado el club.

Pero mientras unos se marchaban después de cenar y consumir licores finos y caros, otros se quedaban para jugar con una pasión de delirio. Los garzones me decían que aquellos señores algunas veces las jugaban hasta a sus mujeres. Ese extremo no me consta, porque yo no entraba en los salones, ni sabía cómo hacían las apuestas; lo que sí me consta es que alguno de esos señores llegaba en la víspera en su coche y en la madrugada del día siguiente se iba en un coche de alquiler porque su coche lo había perdido en el juego. Además de jugadores empedernidos, también eran unos viciosos hasta no más, porque consumían whisky y coñac por botellas, igualmente fumaban cigarrillos Camel y Chesterfield por paquetes, de modo que de la sala salía el humo como de una locomotora. Eran los que más ensu- ciaban con la colillas y hasta con *jach'us* de coca. Aquellos señores eran los que daban las mejores propinas; por eso se los atendía con prontitud y esmero en una sala con sistema de alarma para evitar una sorpresa de la policía, según decían, aunque nunca vi a la policía en todo ese tiempo.

Entre otras cosas colaterales a esa situación, puedo mencionar el hecho de haber jugado a los dados por primera vez en mi vida en los momentos libres de que podía disponer el reducido personal de la Casa España. Recuerdo que me ponía nervioso cuando perdía y aún más nervioso cuando ganaba, por el temor de perder lo ganado como sucedía siempre ante la incitación y pullas de los garzones; pero nunca me dominó la afición de jugar por dinero.

También recuerdo la primera borrachera de mi vida. El caso fue que nos vimos recargados de trabajo por ser la víspera del 12 de octubre, fecha en que acostumbran realizar una sesión de honor como comienzo de una jomada de camaradería; de modo que tenía que hacerse la limpieza esa misma noche, una vez que se hubieran retirado los jugadores. Como un estímulo para el trabajo, el adminis- trador nos ofreció la libertad de pedir de la cantina la bebida que más nos placiera; yo pensaba en un refresco pero me dejé convencer por el encargado de la cantina, que quería hacerme una broma, así pues me dio una botella de cerveza. En una rincón de la cocina me serví el primer vaso con curiosidad,

temor y vergüenza; pero no me pareció repugnante como me imaginaba. Tomé otro vaso y no pasó nada, finalmente vacié la botella como si nada. Pero a poco me pareció sentir una hinchazón de los labios a la vez que se volvían insensibles; estaba aturdido con esas sensaciones. Cuando llegó el momento de trabajar mientras hacía el barrido noté que no podía mantener el equilibrio de mi cuerpo; pese a que hacía esfuerzos por mantenerme en pie invariablemente me iba atrás o adelante; parecía que el movimiento de la escoba arrastraba mi cuerpo hacia el piso. Era imposible disimular, de modo que el administrador al ver el desastre me ordenó que me retirara a dormir, mientras el cantinero se divertía con mis porrazos y mis esfuerzos por seguir trabajando; los demás limpiadores también se reían a la vez que me aconsejaban retirarme. Me parecía un crimen el abandonar el trabajo después de las exhortaciones del administrador y así obsti- nadamente seguía barriendo, mejor dicho rodando por el piso hasta que me di un tremendo golpe en la cabeza al caer contra una mesa de billar. Entonces creo que perdió la paciencia el administrador, quien, tomándome por un brazo, con voz autoritaria me mandó a dormir a la vez que hacía una reconvención al cantinero.

Parecía que aquel cantinero tenía una inclinación perversa, porque en otra oportunidad por hacer sus bromas casi me mata. El caso fue que me gané un refresco como premio por una buena dili- gencia para el patrón; a tiempo de cobrar el premio en nombre del administrador, el muy sádico me engañó haciéndome consentir

como muy rica una bebida que tenía en la mano. Muy confiado e inocente, tomé una buena porción que inmediatamente me quitó la respiración y seguramente blanqueaba mis ojos. Caí al piso como fulminado sin poder gritar siquiera, y en medio de la desesperación y espasmos de agonía me revolcaba en el piso hasta que poco a poco fui recuperando la normalidad. A partir de entonces, me cuidaba de aquel perverso cantinero, como se denominaba entonces al barman. Lo que me había hecho beber era Oíd Tom, un licor muy fuerte como el alcohol.

Mi patrón español

Otro aspecto que vale aclarar es que cuando estuve trabajando en aquel club, incluso sirviendo a los españoles en el Día de la Raza, yo no sabía nada de la opresión de la colonia española; ni siquiera tenía una idea del significado del Día de la Raza. En Corocoro había visto la cruel opresión que hacían los *q'aras*

mestizos; pero no había visto a ningún español, a tal punto que no solamente ignoraba los hechos de genocidio, sino hasta el nombre de esa nacionalidad. En ese club vi por primera vez los símbolos nacionales de España, que eran para mí simplemente una curiosidad, y las referencias a Colón e Isabel la Católica eran tan vagas que no comprendía su significa- do. Por otra parte, en aquel tiempo prevalecían las posiciones encon- tradas entre españoles con relación a la guerra civil española; eran cosas vagas, extrañas y lejanas para mi entendimiento. Además, en aquellas versiones no se decía nada de las depredaciones y genocidio de exterminio, nada de los inkas y Tupak Katari, es decir nada que se relacionara con la raíz de mi ancestro. Igualmente no sabía la historia de mi raza, de mi pueblo, pese de haber vivido en el *ayllu* de mi padre donde se identificaba al *q'ara* blancoide como nuestro principal enemigo. Así pues, ignorando que mi patrón era un Pizarro, me parecía más bien un buen patrón y quizás un amigo, por la confianza y bondad con que me trataba; nunca me dio un maltrato ni me humilló con discriminaciones raciales.

De acuerdo a las normas de la Casa de España una junta de socios nombraba al administrador del club por un período de dos años. En la nueva postulación ganó otro español que era dueño de una pequeña cadena de carnicerías. Los proyectos del patrón para el que trabajaba se fueron al agua; ya no seria él quien estrene el nue- vo edificio del club en la avenida Camacho. Como se comprenderá, también terminó para mí aquel momento de bienestar, en el cual pude comer en alguna medida conservas importadas y platos de primera.

Mi patrón español era pobre y no tenía a dónde ir, igual que yo y una campesina tarijeña que estaba empleada como ayudante de cocina con la que lo acompañamos hasta el último. Nos llevó a su nuevo alojamiento que le había sido cedido por uno de sus amigos, de modo que quedamos acoplados a las posibilidades del dueño de casa. Ya no había propinas ni pago de sueldos; además el dueño de casa no nos veía con buenos ojos, quizás éramos una carga para él dada su modesta situación económica. Así pues, tuve que volver a buscar a mi familia porque aquel señor que me dio trabajo estaba arruinado y muy desalentado. Me dio mucha pena su situación y comprendí que sentía un afecto como de un amigo quizás porque nunca me dio un maltrato, ni de palabra; más bien recordaba que cuando era administrador me hacía participar de sus momentos de buen humor, cuando bailaba su extraña danza con su descomunal panza en movimiento, de modo que su figura cómica era un motivo de risa para

mí.

Yo tampoco estaba bien, ya que mi sueldo me pagó con un coneji- to porque no tenía dinero. Pero yo estaba encariñado con el conejito porque lo había criado desde recién nacido; todos sus hermanos murieron por inanición porque la coneja madre los abandonó. Con mucho esmero pude salvar ese conejito haciéndole chupar un trapito empapado en leche; lo hacía dormir en mi cama y era mi mascotita, el consentido de todos que tenía la libertad de pasear hasta por los salones. Era tanto mi cariño por ese animalito, que acepté saldar con el conejo el sueldo que me debía el administrador, y así con la ganancia del conejo me fui otra vez a la casa de mi familia.

Mi padre vuelve de la guerra

Allí estuve por un tiempo, hasta que mi padre, que había vuelto del Paraguay, me recogió a su lado. Más exacto sería decir que me fui a su lado después de algunas mutuas visitas en el cumplimiento de la responsabilidad paterna tan reclamada por mi abuela. Parecía muy cambiado, no sé si no tenía la posibilidad de vivir conmigo o ya no me tenía afecto; aparecía y desaparecía así nomás. Desde que volvió se mostraba indiferente y hasta frío como si fuera una persona extraña, aunque yo nunca dejé de quererlo y respetarlo. Su au- sencia en aquellos momentos de duro maltrato que me obligó a rebe- larme ante la patrona de la pensión que habrá creído que podía hacer cualquier cosa conmigo.

Mi padre vivía junto a uno de sus hermanos y ambos se ocupaban como albañiles y además trabajaban en nuestra vivienda común

como artesanos. Mi padre era zapatero y mi tío hacía sombreros con lana de oveja, es decir de uso autóctono; sin descuidar el trabajo de la tierra en las respectivas épocas de laboreo. Mi tío era el único que no iba a la comunidad, en cambio su mujer hacía continuos viajes porque además de labrar la tierra se dedicaba un poco al negocio con carne de cordero que traía para vender. Así pudieron comprar una yunta de torillos para trabajar la tierra. A poco tiempo de estar viviendo con mi padre, decidió marcharse a la comunidad para reali- zar el laboreo de la tierra y quedamos con mi tío, que sólo regresaba del trabajo por la noche. Al parecer mi tío llevaba una vida muy sufrida aunque nunca se quejaba ni se indisponía con nadie. Padecía de una sordera bastante acentuada, como

consecuencia de la guerra, de modo que había que hablarle en voz alta para que nos escuchara.

Así pues yo vivía sólo con la compañía de mi conejito, que se volvió algo molestoso porque era difícil mantenerlo alejado de las verduras y el azúcar, además de que se salía a las casas vecinas que tenían sus sembrados de papas. Era tan manso y simpático que las gentes querían quitármelo. Finalmente, con mucha pena tuve que aceptar que lo sacrificaran, su cuento desapareció junto con mi ponchito y el libro de mi padre.

Nuevas experiencias educativas

Como yo tenía un gran interés por aprender a leer y escribir pensé que podía aprovechar el tiempo y en ausencia de mi padre recurrí a mi tía abuela, que era la más comprensiva, para pedirle que me ayudara a inscribirme en una escuela diurna. Después de tomar conocimiento de mi deseo de estudiar mi tía abuela me acompañó a la escuela de la Tercera Orden Franciscana donde todavía estaban inscribiendo; habló con el señor director y se consti- tuyó en mi tutora. Me sometió a una prueba el señor director y como ya sabía leer algo me inscribieron para el segundo curso. Para entonces, ya he debido tener una edad de 12 ó 13 años. Si bien sabía leer algo no sabía escribir ni siquiera mi nombre y menos las demás materias. La aritmética me resultó un terror y la gramática algo que no lograba entender. No había nadie que me ayudara un poquito para adelantar los estudios; sólo sobresalía en la lectura, con total desconocimiento de los signos de puntuación. Digo que sabía leer algo y ese algo lo aprendí a fuerza de voluntad, pescando aquí y allá alguna letra que me caía casualmente. Desde las lejanas lecciones de mi padre no tuve otro preceptor porfiado como él que me enseñara algo de lo poco que sabía.

Fueron fundamentales para mi aprendizaje las revistas de histo- rietas. Mi afición a los personajes de aquellas revistas no podía ser satisfecha como harían los niños que sabían leer, siguiendo con pleno entendimiento los episodios cómicos o de suspenso; mientras yo quedaba a oscuras a causa de no saber leer y por el egoísmo de aquellos niños que me discriminaban. Sin embargo, tuve la suerte de hacer amistad con un muchacho de la gente rica quien simpatizó conmigo, quizás por ser también huérfano como yo, me prestaba sus revistas y hasta me ayudaba a descifrar el lenguaje de las letras. Así, con el conocimiento

del idioma antes que leer, iba componiendo las frases con la ayuda de las letras que conocía y adivinando el pronunciamiento de las que no conocía. Ese sistema empecé a practicarlo desde cuando estuve en poder de la patrona de la pensión, es decir en la época de la Guerra del Chaco. Así, por la porfiada afición de hojear las revistas y mi fuerza de voluntad en hacer hablar a los personajes de las revistas infantiles, aprendí a leer, sin conocer hasta hora el orden del abecedario, sin saber la diferencia entre vocales y consonantes, ignorando las estructuras de un método de lectura y escritura.

No obstante el buen comienzo de mis propósitos de estudio, mi si- tuación se fue complicando a causa de la falta de mantención alimenticia. De no ser por el favor de mi tía abuela quizás hubiera muerto de hambre porque mi padre cuando se ausentaba no me dejaba nada; no había ni un pan para comer, sólo un techo para dormir. Además, me pidieron en la escuela un libro y otros mate- riales que pude comprar con mis ahorros; pero el costo del uniforme escolar que me pedían con exigencia estaba fuera de mi alcance; ya no quedaba nada de mis ahorros ni siquiera para mitigar el hambre. Todo eso yo no había previsto y la poca ropa que tenía, especial- mente los calzados estaban ya bastante viejos. Ante esa situación parecía que no me quedaba otra alternativa que abandonar la escue- la. En un intento desesperado de continuar el estudio le conté mi situación al profesor; sabía que tenía consideración por mi dedica- ción al estudio y mi buena conducta. Después de escucharme dijo que podría ayudarme llevándome a una escuela nocturna donde también trabajaba, de modo que pudiera estudiar en la noche y trabajar en el día. Así, a medio año ingresé a la escuela nocturna Obreros de la Cruz, adelantado al tercer curso, conforme me lo había prometido.

Sin embargo, por mi poca experiencia y timidez no pude conse- guir un trabajo; en vano iba a las calles y pasaba por los talleres y construcciones sin saber con qué palabras pedir un trabajo ni a

quién dirigirme; tenía miedo de entrar, así es que miraba de la puerta y me volvía. Así pasaban días y días hasta que finalmente abandoné también la escuela nocturna. La falta de alimentación se me hizo desesperada y obligado por la necesidad todos los días iba a la casa de mi tía abuela para que me invitara un poco de comida. Así, con una sola comida al día, pude subsistir hasta que llegó mi padre después de una ausencia de meses, quizás de medio año. Cuando le conté la situación que había pasado en su ausencia, me pareció advertir una

frialdad como si no tuviera importancia para él; pero por lo menos con su presencia quedó solucionado el problema de la alimentación. Con el transcurso del tiempo mi padre trató de enseñarme a hacer composturas de zapatos. Lo malo era que mi padre quería la perfección de inmediato y, como yo no podía hacerlo así, se enfurecía y hasta me golpeaba tan desconsideradamente que me infundía terror y una reacción negativa a ese aprendizaje.

En la combinación de las diferentes situaciones de la vida también se daba un caso jocoso como resultado de que yo no podía hablar el aymara; aunque lo entendía perfectamente y mi tía, la cuñada de mi padre, entendiendo el castellano no podía hablar; de modo que nuestro trato mediante el uso de dos lenguas diferentes nos colocaba en la situación de dos gringos altiplánicos. Al recordar aquel caso no me queda duda de que la presión aculturativa de que fui víctima fue feroz hasta traumatizarme y causarme consecuencias sicológicas de larga duración. Esa fue la razón para que más tarde no pudiera reubicarme de inmediato en mi medio cultural, llevando inconscientemente una reacción contraria a la expresión de mi ser, que se había traducido en una vergüenza no confesada pero sentida que me separaba de mi ancestro y me obligaba a negar u ocultar casi con terror mi identidad cultural, aunque luego me sintiera un Judas.



PRIMERA VUELTA A QALLIRPA

En aquel tiempo vivíamos en la zona de *Ch'ijini*, primero en una habitación sobre el río que entones no estaba embovedado, después en una tienda de la calle Bustamante, que por no tener cocina teníamos improvisado un cajón a manera de cocina en plena calle y no éramos nosotros los únicos; así se vivía todavía entonces en aquella zona.

Nuevamente se aprestaba mi padre para ir a trabajar a nuestra comunidad, de modo que yo también tendría que ir si no quería que- darme desamparado. Aquel regreso a la comunidad, que podía haber sido un motivo de alegría para mí, en realidad sólo fúe una marcha resignada junto a mi padre. Obligado quizás por una necesidad intuitiva de sobrevivir sabía que algo nos separaba, pero no podía precisar qué era. Parecía que mi padre me considerara como un estorbo en su vida, quizás me equivoque, pero era eso lo que sentía en aquel momento. En las vísperas de carnaval partimos de La Paz, haciendo el recorrido en camión hasta Viacha y de allí a pie. El camino de retorno a mi comunidad era diferente y triste para mí; aunque estuviera cansado tenía que mantenerme al ritmo de la marcha de mi padre; pero lo que más me dolía era la ausencia de mi madre, y con la rememorización de un pasado, en algún momento

iba llorando sin dejar que lo advirtiera mi padre; hasta que final- mente llegamos a Qallirpa cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte de un cielo cargado de nubes blancas.

Retorno al *ayllu*

Al divisar la comunidad en toda su extensión desde las alturas de una meseta, me pareció hermoso, algo así como un valle anchuroso por donde corrían las cristalinas aguas del río. La vista de las desparramadas casas que se levantaban en las mesetas y faldeos, los rebaños de ganado que se veían y el sordo mugir de las aguas del rio inevitablemente despertaban en mí los recuerdos de mi pasado, a tiempo que sentía manifestarse sentimientos contrapuestos a la vista de nuestra casa y los campos de pastoreo. En la corta parada de observación que hicimos recordé que allí en un tiempo fui feliz jugando con la madre naturaleza; me parecía escuchar la alegría de la risa cristalina de mi propia infancia y recordaba la belleza de un cielo celeste lleno de luz que se combinaba con el verdor de los campos y la infinidad de florecillas silvestres que lo matizaban. Pero también recordé los sufrimientos de mi madre, nuestras zozobras por la maldad de propios y extraños, las privaciones y penalidades, cuyo recuerdo me aturdía.

Sentía en mi interior el choque de sentimientos contrapuestos a la vista del *ayllu:* alegría, admiración y cariño como el hijo que vuelve a ver a su madre; pero por otra parte me oprimía la garganta un amargo sabor a lágrimas que me ofuscaba la vista; creo que sentía la necesidad de hacer una queja, como del hijo a la madre,

por haber sufrido mucho y perdido su más preciado tesoro como consti- tuía mi madre y mi hermanita, ambas desaparecidas para siempre. Así fue mi retorno al *ayllu*, en medio de una confusión de la alegría contenida y el llanto en lo hondo de mi corazón que volvía a abrir las heridas de mi alma, sin poder reír ni lanzar un grito de desespera- ción. Todo eso pasó en mi ánimo en el breve tiempo que hacíamos la observación del *ayllu*.

Emprendimos la corta bajada hacia la casa donde ya estaban recogiendo el ganado y estaban muy activos porque ya nos habían visto llegar. Después de varios años volvía a ver a la familia de mi padre: mi abuela siempre con su habitual personalidad, aunque con algunas canas blancas y la frente arrugada; mi tía cariñosa como siempre pero convertida en toda una mujer; uno de mis tíos y además dos primitas que recién las llegaba a conocer y que por una coincidencia también eran huérfanas de madre como yo. Los

primeros saludos del encuentro se convirtieron en un chasco tanto para mí como para todos ellos a causa del idioma. Era curioso ver que, habiendo salido de Qallirpa hablando solamente el aymara, regresaba sin poder pronunciar mi lengua materna; fue incómodo para mí aquel momento y jocoso para mi familia; me hablaban muy efusivamente y yo quedaba coartado sin poder responder.

Vergüenza en el campo

En el tiempo que estuve fuera de la comunidad, sin darme cuenta, había sufrido una aculturación a tal punto que no podía pronunciar una sola palabra en aymara. Más tarde comprobaría que era un muchacho poco útil para la vida de campo: no sabía agarrar un arado y menos guiar el paso de una yunta sobre los surcos; tenía miedo a los bueyes en el momento en enyugar, porque el ganado mayor, especialmente los animales mañosos, siempre supone un riesgo el manejarlos. Igualmente, no sabía hacer el ajuste de las sogas en los animales de carga, especialmente en el transporte de cebada en llamas; tuve que aprender todo lo relativo al trabajo y la vida de campo. Prefería pasar desapercibido para la gente de la comunidad a causa de la vergüenza que sentía por mis chambonea- das y casi nula pronunciación en aymara y en las reuniones y fiestas me mantenía medio oculto.

Al recordar aquellas vicisitudes de mi infancia, ahora puedo comprender el

tremendo daño que me habían hecho en la ciudad al imponerme una aculturación traumatizante que me hizo sentir vergüenza de mi ancestro y de mí mismo. Cuántos años iba a tardar en recuperar mi expresión y valores culturales una vez adormecida mi conciencia de identidad cultural. La recuperación de mi conciencia fue lenta y penosa, en cuyo tiempo fui una persona sin rostro por la negación traumatizante de los opresores, por una parte, y la vergüenza del ridículo por otra. Para la comunidad yo era un motivo de curiosidad, quizás por el hecho de que sus hijos apenas estaban aprendiendo el castellano y yo únicamente podía hablar en castellano; adquiriendo en ese sentido cierta superioridad aun sobre personas mayores que en su calidad de excombatientes habían vuelto a la comunidad sabiendo algo de castellano.

Algunos, aunque pocos felizmente, eran conmigo un tanto crueles al hacerme comparaciones con los *misti q'aras* y hasta con los *k'ank'as* gringos, eso producía en mí una reacción como ante el mismo demonio, hasta traducirse en un tormento moral insoporta- ble. Ahora recién puedo comprender que aquella reacción era el

resultado de un trauma sicológico, que hubiera podido tener conse- cuencias irrecuperables y funestas para mí, de no mediar la bonda- dosa comprensión y cooperación de los demás. Aquellas personas que me hacían amonestaciones agravaban mi situación de confusión en su afán de ser críticos de la verdad descarnada. Comprendo y respeto sus motivaciones, aunque la forma fue para mí un tanto cruel y equivocada porque un jalón de orejas, como ellos pensaban, no era el método adecuado para una readaptación a mi medio cultural después de haber sufrido una violenta aculturación en medio de la sociedad *q'ara.* Toda referencia a mi situación de acultu- ración me parecía una gratuita estigmatización por parte de la gente de la comunidad, a quienes sentía la necesidad de hacerle quejas de cargo, como a una madre por habernos desamparado; sin compren- der todavía que mis quejas debían estar dirigidas en contra de la imposición de un sistema colonial, cuyos mecanismos de poder están, hasta el presente, en manos de la colonia *q'ara* criolla.

Fiesta en *Qakinqur ayllu*

En los primeros tiempos de mi regreso al *ayllu,* recuerdo que fui a la *tayka marka* de *Qakinqur* (cantón Caquingora) en ocasión de la fiesta de Corpus

Christi. Aquella fiesta era celebrada con gran solemnidad por las diez comunidades que conforman el *ayllu* de Caquingora. Había una masiva concurrencia de las comunidades con sus respectivos conjuntos de danzas ancestrales. Fue la primera vez que tomaba conciencia de lo que estaba presenciando: la vistosi- dad de las diferentes danzas; el colorido y la solemnidad de las expresiones culturales. Aquella originalidad natural, que no podría ser imitada ni por artistas profesionales, fue una de las últimas ocasiones en que pude observar una manifestación cultural aún pura con el único ingrediente ajeno como era la misa y la procesión.

En medio de aquellas manifestaciones llenas de contenido cultu- ral y espiritual, me parecía estar viviendo en un mundo completa- mente diferente al que estaba habituado en el mundo *q'ara*. La presencia de las autoridades naturales del *ayllu* instintivamente me infundía respeto por la personalidad y mando que investían, porque aparte de la función moral que cumplían, también estaban los atuendos particulares y exclusivos de los *mallkus y t'allas*, las tonalidades y modismos en la dicción de nuestra lengua, los térmi- nos honoríficos en la escala de las dignidades del *ayllu y* los usos y costumbres de toda una tradición cultural. Al recordar aquel pasaje de mi vida, donde también observaba a mi padre bailar junto a

nuestra comunidad, de ser posible desearía volver a aquel momento para ser uno de los partícipes de aquella solemnidad aymara y pronunciar *Jallalla Qakinqur ayllul*

Abandonado en Qallirpa

Cuando mi padre decidió regresar a La Paz, sentí frustración por cuanto había dispuesto que me quedaría cuidando el rebaño de ovejas. Lo que me hizo sentir mal no fue el hecho de quedarme solo en la casa, sino la escasa provisión de papas que me había destina- do; me daba cuenta que pasaría hambre. Me disgustó la desconside- ración de mi padre que me dejaba casi sin alimentación. Y no era porque no existieran productos porque además de los productos que se llevó a La Paz para su propio uso había en la casa montones de papas seleccionadas que me prohibió tocarlas. Me dejó con la prome- sa de que me enviaría encomiendas que muy raras veces me llega- ban conteniendo unos cuantos panes y un poco de azúcar que casi en el día se terminaba, de modo que

mi alimentación se componía de un poco de chuño y papas cocidas sin carne ni verduras. Pese a las con- tadas papas que comía a diario, éstas se agotaron, pero no tuve el valor de desobedecer la prohibición de mi padre.

En aquel momento no tenía otro recurso que recurrir a mi abuela y por la noche, después de encorralar el ganado, iba como de visita para que me invitara un plato de comida. Al comienzo me trataron con algo de frialdad a causa de la decisión de mi padre de separar el ganado. Al parecer me consideraban como el causante, como ocurrió también con mi madre; estaban resentidos con mi padre y por añadidura conmigo. La causa aparente era que mi padre con sus sospechas los había ofendido; pero la causa evidente que no declara- ban era el hecho de haberles privado de la obtención de leche y queso en la época de verano, razón por la que todo campesino cuida un rebaño de ovejas. Yo iba comprendiendo sus motivaciones como también las de mi padre que estaba en su derecho. Con la poca ex- periencia que iba adquiriendo en el manejo y cuidado del ganado les reconocía la justa razón de su resentimiento, frente a la trastada de mi padre en contra de su familia, que le había cuidado su ganado sin más costo que la tradicional *markaqa* de una oveja para el pastor.

Poco a poco se fue superando nuestro distanriamiento, hasta que les conté la verdadera razón de mis visitas; entonces se condolieron de mí y más tarde acordamos juntar el ganado y cuidar por turno. De esa manera pude subsistir hasta el regreso de mi padre, que no se acordó de que su hijo, su pastor y cuidador de su casa, tenía la

necesidad de comer. A su regreso le entregué el ganado sin ningún quebranto de consideración, después de haber vivido la situación de un confinado y cumplido el oficio de ovejero, cuidando las crías sin madre, de manera que no murieran y sintiendo el miedo que pasé al comienzo al estar solo en una casa de campo que podía haber sido diezmada por el ataque nocturno de los zorros que es el mayor ene- migo de los pastores.

Pero mis desdichas no terminaron ahí, porque del oficio de pastor iba a pasar al de labrador de la tierra. En efecto, mi padre tenía planes ambiciosos por esa época, de modo que me hizo trabajar con una yunta en el arado de la tierra; pero yo no tenía práctica en el manejo de una yunta ni en la apreciación de los diferentes suelos y mis fúerzas no eran suficientes para un terreno endurecido.

Lo peor del caso fue que mi bautizo de labrador se hizo en un terreno completamente desfavorable, un pedazo de *puruma.* Al trabajar advertí que el suelo era sumamente duro y con mucha piedra; mi padre mismo tenía que esforzarse no obstante de tener mucha práctica y estar en la plenitud de sus fuerzas; lo veía hacer contrape- so con su cuerpo sobre el arado o iba palanqueando y pisando con un pie sobre el cabezal del arado. Cuando yo intentaba imitarle perdía el equilibrio y me iba al suelo perdiendo el control de la yunta que me arrastraba con el peligro de lancearse las patas traseras con la reja del arado. Sin el contrapeso del cuerpo, el cabezal del arado brincaba sobre el suelo duro, como si se tratara de una compactado- ra a motor. En esas condiciones para el mediodía mis manos ya estaban con ampollas de consideración; de modo que hasta la finali- zación de la jornada mis manos me ardían, sangraban y tenía la carne viva al descubierto. En los días siguientes no pude trabajar a causa del estado de mis manos que me hacían dar una especie de fiebre por las noches. Pero mi padre, como si ignorara mi situación, me exigía trabajo con dureza, hasta que un día me castigó de mane- ra que visto mi cuerpo al día siguiente parecía el de un supuesto Jesucristo después de la sentencia de Pilatos. En aquel momento no había nadie a quién pedir auxilio, hasta que mi padre se cansó de golpearme con el látigo de la yunta; era increíble que mi padre me golpeara con tanta saña y descontrol.

Cabe hacer una acotación sobre la situación anteriormente narra- da, porque normalmente no correspondía a la conducta y formas de vida de la comunidad. La conducta y reacciones de mi padre mostra- ban un grado de aculturación como resultado de las situaciones que tuvo que soportar, desde los asaltos y saqueos del *ayllu,* nuestra migración a la ciudad *q'ara,* la Guerra del Chaco y la situación de

post-guerra. Esa aculturación inducida por el espejismo de la civilización estaba implantando en mi padre la raíz de una ambición desnaturalizada reflejada en el cambio de su habitual producción de reciprocidad por la producción de intercambio de mercado aun a costa de la explotación de su propio hijo. Al hacer un análisis de aquella situación, llego a la conclusión de que la naturaleza colonial y alienante del sistema es más culpable que mi padre porque él obraba bajo las necesidades impuestas por el sistema, pero sin tener una clara idea del juego de los mecanismos aculturativos, ni de la identificación de las élites del sistema opresor encubiertos con la máscara de una supuesta civilización.

Además para aquella época ya había sido resentido en mucho el equilibrio cultural del *ayllu* como consecuencia de la Guerra del Chaco que desarraigó a mucha gente de sus comunidades, entrampándolos con los métodos de aculturación violenta o inducida, a tal punto que ya no se practicaba el *ayni* y la *mink'a* del trabajo colectivo, hasta que la Reforma Agraria, con la parcelación de la tierra, le asestó el golpe definitivo.

Retorno a La Paz

Ante la brutal conducta de mi padre, algunas veces pensé fugarme a La Paz, pero no tuve el valor de emprender el camino. Así pues, cuando mi padre decidió traerme de vuelta a La Paz, fue para mí como una liberación. Así llegó el momento de la partida sin ningún ceremonial de permiso y despedida del *Uywiri Kunturmama- ni;* no se hicieron las invocaciones a los *achachilas* ni nadie se acordó de llamar a nuestros *ajayus.* Aquella vez todo fue diferente, hasta el viaje en tren que nos hizo llegar descansados y en pocas horas.

De vuelta en La Paz; mi padre me llevó como peoncito de albañil; así trabajé como cualquier peón cargando arena, ladrillos y batiendo mezcla de cemento y estuco. En la casa mi padre siempre me mal- trataba por cualquier motivo, como no poder sobar la suela para obras de zapatería, pues no podía lograr la aprobación de mi padre por no poder dominar el arte de zapatero remendón. En uno de sus furiosos arrebatos me rompió la cabeza, creo que me desmayé por el golpe porque cuando me di cuenta mi cabeza estaba sangrando. Después de reponerme, buscando un pretexto, salí a la calle y me fugué a la casa de mi abuela materna. Atravesando la ciudad de extremo a extremo, llegué a *K'ilik'ili* en un momento en que toda la familia estaba junta celebrando el regreso de mi tía y su familia de la ciudad de Tarija. Expliqué mi situación detalladamente, ellos vieron la sangre que estaba impregnada en mi ropa, la herida en la

cabeza y muy indignados lloraron recordando la muerte de mi madre. Finalmente decidieron retenerme, acordando que al día siguiente toda la familia se presentaría en el domicilio de mi padre para recogerme y así lo hicieron. La familia de mi madre, haciendo un numeroso grupo, armaron un escándalo tal que me arrepentí de ser el causante; no quería que lo incriminaran más a mi padre pese a que me había quejado contra él. En aquel momento ya no me importaban sus maltratos, sólo sentía que le tenía cariño. En la mañana de un día domingo

me recogieron a la casa de mi abuela junto con las pilchas y otras cositas que fueron tejidas por las manos de mi madre. Al día siguiente cuando me presenté para trabajar, mi padre me hizo despedir con el patrón; me dolió que fuera tan renco- roso y tomara venganza conmigo. El resultado fue que me vi enfren- tado a muchas necesidades, más cuando era tímido para buscar trabajo y no conocía a nadie que me endilgara un trabajo. Por bastante tiempo estuve viviendo gracias al plato de comida que me invitaban alternativamente mi abuela y su hermana.

Mi vida como albañil

Un día domingo que pasaba por la plaza Murillo, casualmente encontré a la persona que puedo llamar mi maestro, porque con él trabajé por mucho tiempo, y además era la misma persona que antes me había llevado a la Casa España. Su presencia fue para mí, como ver a mi salvador y en verdad lo era, dadas las circuns- tancias en que estaba viviendo. Emocionado le conté mi situación, sin saber si podía ayudarme; después de haberme escuchado me indicó que al día siguiente me presentara en el Sucre Palace Hotel, que entonces estaha en construcción, donde él trabajaba como destajista en el pulido de pisos. Comencé a trabajar con un salario de siete bolivianos por día; con ese salario ya podía vivir por lo menos mínimamente. A través del tiempo me fue aumentando hasta ganar quince bolivianos por día. Pero ese salario se fue haciendo insuficiente por la elevación del costo de vida, de modo que ya no me alcanzaba siquiera para cubrir las necesidades de alimentación que consistía en un vaso de api con pan como desayuno, a mediodía como almuerzo otra vez pan y un par de naranjas o plátanos y en la noche igual pan con papaya.

En el transcurso del tiempo me sentía débil y no podía trabajar al igual de los otros, de modo que el maestro pensaba que me había vuelto flojo. Entonces no me daba cuenta, pero ahora comprendo que estaba débil a causa de la pobre y escasa alimentación: no podía

resistir la jornada de trabajo; en el transcurso de unas dos horas sentía que mis fuerzas empezaban a flaquear, de manera que el trabajo se convertía en una tortura para mi, y para tener un alivio esperaba con ansiedad la hora de descanso. A pesar de ganar muy poco no me animaba a salir de ese trabajo, no obstante de que los peones de albañil ganaban un salario mucho mejor que yo; quizás era la fidelidad a la persona del maestro y también mi timidez porque el trabajador

constructor era visto y tratado entonces como el elemento más bajo de la sociedad. Todo pedido de aumento de sala- rio era rechazado de plano por el maestro o decía que ya no había obras. Evidentemente empezaron a declinar las cosas hasta que fi- nalmente me quedé sin trabajo. Pasaba días y días esperando; mientras tanto no había dinero, tenía que seguir mendigando el fa- vor de mis familiares, especialmente de mi tía abuela que me prote- gió y era muy buena, sin la ayuda de ellos me hubiera muerto de hambre.

En los mejores momentos de aquella época, trabajando de ocho de la mañana hasta doce de la medianoche, pude ganar doble salario por un buen tiempo y pude hacerme dos temos domingueros, bastante holgados al principio con el deliberado propósito de que con el tiempo se ajustarían a mi cuerpo; quizás sería más exacto decir que mi cuerpo se acomodaría a la talla de los temos a medida que iba desarrollando. No obstante de ser agobiante el trabajo hasta la medianoche sólo pensaba en la oportunidad de ganar un salario extra, en el convencimiento de que era temporal esa actividad y mientras era posible tenía que aprovechar esa oportunidad para sa- lir de mis harapos, lógica que concordaba con la opinión de mi maes- tro que por su parte me alentaba haciendo traer cena algunas veces, y cuando la distancia lo permitía nos hacíamos café con panes, carnes frías o queso. Algunas veces me llevaba a dormir en su casa, y otras hacíamos nuestra cama en la misma obra. Así trabajé con aquel buen hombre, al que veía como a un padre, y por cierto nunca me hizo objeto de un maltrato de palabra ni de hecho. Lo único de malo era que me pagaba muy poco; a pesar de tener ya calidad de maestro, ganaba un salario inferior al de un peón de albañil, de modo que siempre vivía en permanente déficit. Esto me obligaba a pedir anticipos a media semana o recurrir al crédito de las tenderas para un poco de pan y papayas y finalmente, después de pagar mis deudas, el mismo día de pago me quedaba casi sin dinero.

Olvidando los motivos de mi distanciamiento con mi padre, que se había casado de nuevo y estaba establecido en Corocoro, acepté una vez las reiteradas instancias que me hacía para que lo visitara.

Así en un carnaval, vistiendo un terno nuevo, fui a visitarlo después de unos cuatro años durante los cualts nunca nos vimos siquiera a la distancia. Mi padre me sorprendic con su cambio de conducta: todo era mimo, presentaciones a sus amistades y hasta se empeñó en que bailara, para lo cual se ufanaba para

alistarme el disfraz tra- dicional de *ch uta,* aunque yo no sabía bailar y me sentía cohibido. Por mi parte, prefería estar solo para recordar los lugares donde habíamos vivido con mi mamá: los rincones de la casa que en otro tiempo fuera mi querido hogar donde en los primeros años de mi in- fancia compartí las alearías y penas de mis padres, los lugares de mis juegos preferidos y todo lo que tema un recuerdo para mí.

Cine e historietas

Desde niño fui aficio lado al cine y 1 is historietas, tomo he indica- do antes. Los personajes de mi preferencia fueron Mandrake el mago, Pinky el patrullero, y Agente ¡Secreto X. En las películas de cowboys me gustaban las de Buck Jo íes, Tom Mix y otros; Carlos Gardel y King Kong. Rt cuerdo que poi ver la película de King Kong casi muero aplastado por la gente que pugnaba por los boletos de entrada; felizmente fui auxiliado oportunamente cuando ya no podía respirar y mis ojos blanqueaban por la asfixia, idemás de que tenía varias magulladuras que me doli iron por varios días. Así pues, cuando ya fui un obrerito, hubo un tiempo en que todos los domingos me iba al cine, para vivir todo un día en un mundo de fantasía que me hacía olvidar mis preocupaciones.

Esas diversiones eran una necesidad para mí, como los alimentos para vivir, a tal extremo que prefería aplacar el hambre sólo con panes a fin de poder comprar el boleto de entrada al cine. Entonces no comprendía que a tiempo de ofrecerme una distracción, el cine y las revistas de historietas me estaban induciendo una aculturación mediante la admiración inconsciente de los héroes de fantasía y de los valores de una sociedad colonialista, cuando el aventurero blanco, sea en su presentación de bandido o representante de la justicia, es siempre el invariable héroe, mientras el indio sólo tiene el papel del ridículo, del cobarde, del vencido y exterminado.

La gente era sumamente bulliciosa y revoltosa; creo que el hecho de molestar a los espectadores de la luneta arrojando volador- ritos de papel lo consideraban hasta un derecho. No había nada que les obligue a comportarse y guardar silencio; las silbatinas y zapa- teos en el piso de madera eran infernales y sólo cesaban cuando se

apagaban las luces y comenzaba la función. Pero ese era mi ambiente,

determinado por las limitaciones económicas y culturales, además de las discriminaciones sociales y raciales que de hecho se practicaban en el cine París y en el Princesa, reservado sólo para la sociedad *q'ara,* de modo que el taquillera antes de franquear la entrada se fijaba en el color de la piel y si tenía puesta la corbata. Así fue mi vida y desarrollo de mi adolescencia.

Mi situación se volvió inestable a causa de la falta de trabajo, porque al parecer, la rama de la construcción había entrado a un período de recesión; ya no había siquiera refacciones, tenía que esperar días y días para algún trabajito que apenas duraba unos días, de modo que mi maestro me despidió con la promesa de que seguiría buscando obras. En esos lapsos de cesantía mi situación se hacía sumamente crítica, en vano buscaba trabajo en lo que fuera; el resultado sólo era el cansancio, mi desaliento y el hambre.

TERCERA PARTE ME HAGO HOMBRE E INDIO

•*i'fX.*

lio -r v j ? > **p % >**

>)|

XII

LA MINA CHOJLLA

De tanto andar en la calle, casualmente me encontré un día con un amigo de mi infancia que era de mi misma comunidad, sin imaginarme que a partir de aquel encuentro mi vida tendría otra fase muy distinta a la que había vivido hasta entonces. Aquel amigo se presentó con todos los aires de un hombre hecho y derecho y yo, no obstante de ser ya un jovencito, quedé avergonzado y empequeñecido por todo lo que él me contaba. Incluso, según lo que relataba, ya hacía vida marital con una joven con la cual decía se iba a casar. Me contaba que estaba trabajando en una mina, que allí se ganaba bien y como una demostración me invitó cerveza. Por primera vez brindaba con un amigo, dándome también

aires de ser hombre; aunque en realidad nunca había tenido posibilidades de gastar dinero en cerveza. A manera de una disculpa por no corresponder a la invitación de mi amigo, le conté con franqueza mi crítica situa- ción, a lo que de inmediato me propuso llevarme a trabajar en la mina Chojlla (*Chhuxlla*), ofreciéndome sus orientaciones y apoyo, de modo que quedé entusiasmado con la perspectiva de un cambio y quedamos en ir a trabajar en la mina. Yo pensaba que mi abuela me negaría su consentimiento, de modo que opté por no hacerle saber nada y así empecé a preparar mi fuga a la mina.

Viaje a la Chojlla

Con las instrucciones de mi amigo fui a hablar con un reengan- chador o intermediario, cuyo local estaba ubicado en un tambo de la calle Sagárnaga, que a la vez servia de alojamiento para la gente reenganchada. Los "tambos" de los Yungas, como se denomina a los que reciben productos y frutas de los Yungas, en aquellos tiempos también servían como lugares de reenganche para las minas, como los de la calle Yungas y otros lugares de desocupados de ahora, porque allí estaban los reenganchados con toda su familia y sus escasos enseres de cocina, haciendo un cuadro pintoresco y a la vez dramático. El reenganchador no era un *q'ara,* todos ellos eran hombres comunes y corrientes del pueblo; aunque nunca decían la verdad sobre la realidad en las minas. Así pues, me recibió con amistosidad y me pintó la envidiable situación de los que habían tenido el tino de reengancharse para la mina Chojlla; cuando le pedí que me anotara y le consulté cuánto de anticipo podría darme, me ofreció una suma mínima, alegando que para sumas mayores debía depositar una prenda o presentar una garantía personal. Como no podía ofrecer una garantía, recibí un pequeño anticipo que me fue descontado en el primer pago. A partir de ese momento estaba reenganchado para convertirme en trabajador minero. En el tiempo que quedaba hasta el día del traslado vendí a un judío un terno sin estrenar que me quedaba muy holgado: además, con mucho sentimiento, rompí un marranito de barro cocido que era mi pequeña alcancía. Finalmente, el día de la partida muy temprano saqué mis pilchas por encima de la pared y salí sin despertar ninguna sospecha; luego, con mi bulto en la espalda, me encaminé apresuradamente con rumbo al tambo. Así quedaba consumada mi fuga.

A pesar de ser temprano todavía, el carro ya estaba allí esperan- do que abordaran los reenganchados; pero al parecer muchos estaban ocupados en tomar

su desayuno y naturalmente yo también los imité a tiempo de comprar algunos panes para el camino. Mi amigo apareció en compañía de una joven pobremente vestida que parecía estar enferma y se veía muy débil. Aquella joven era su conviviente de la que anteriormente me había hablado; nos saluda- mos ligeramente pero no me hizo buena impresión: parecía una joven muy atrasada y discutían a media voz por dificultades de dinero. Como a las nueve de la mañana se puso en marcha el carro para dar vueltas y vueltas por las calles y hacer un montón de paradas, mientras yo me ponía nervioso por el temor de que apare- ciera de improviso mi abuela.

140

Después de mediodía salimos de la ciudad y pude respirar más aliviado, a la vez que iba distraído por el cambio de paisaje. Una vez que entramos a la bajada el camino se hizo sumamente angosto y las curvas tan cerradas que obligaban al camionero a hacer maniobras; quizás por esa circunstancia o porque el camión estaba muy cargado el viaje era muy lento, cansador y lleno de suspenso. Cuando las sombras empezaban a proyectarse cruzamos Unduavi después de una corta parada. El camino seguía bajando por una quebrada encajonada y a medida que avanzábamos la vegetación se hacía más densa y alta hasta que se nos vino la oscuridad de la noche. Ya no sentía frío, el aire parecía tibio y agradable; pero la oscuridad de la noche era tan cerrada que me parecía oprimente. Sin embargo, despertó mi curiosidad el característico chirrido de los grillos que yo no conocía y aún más me maravilló la abundante fosforescencia de las luciérnagas, que en mi admiración me parecían una maravilla en miniatura de la naturaleza, que incitaba mi curiosidad por descu- brirlas. El camión empezó a ascender por una larga ladera de la serranía y los que conocían el camino me advirtieron que ya estábamos próximos a llegar. En efecto, muy pronto divisamos las luces del campamento mientras el camión trepaba como una luciérnaga gigante con sus faroles encendidos hasta que alcanzamos el retén de resguardo donde estaba un sereno que inmediatamente abrió la entrada.

Nos hicieron desembarcar en la puerta de la administración para conducirnos, según decían, al campamento provisional. El tal cam- pamento resultó mi primera desilusión porque simplemente era una carpa de calamina al descubierto y el piso de tierra estaba muy húmedo; no había luz para limpiar un sitio y acomodarse, pero pa- recía que mis ocasionales compañeros de viaje estaban acostumbra- dos a esa situación. Sin protesta alguna todos se dieron a la tarea de hacer una cama común para cada grupo familiar y yo también tendí mi cama a

continuación de mi amigo, que a manera de consuelo me decía que teníamos que conformarnos por haber llegado tarde y que al día siguiente buscaríamos un mejor sitio en los campamentos. Con esa explicación quedé conforme, imaginando que encontraría- mos un cuartito semejante al de los ranchos de Corocoro, donde había vivido en mi infancia, y muy pronto quedamos dormidos.

Al día siguiente, imitando a los demás, prendimos fuego con pedacitos de madera y aceite sucio para hacer nuestro desayuno. Como no teníamos café ni té, tomamos un matecito de coca y panes que quedaban del día anterior; luego nos ocupamos en saber las instrucciones de la administración cuya disposición fue que nos

buscáramos acomodo en los campamentos desocupados y que luego de hacer el avio de pulpería en la tarde, se haría el destino de traba- jo a las diferentes secciones y turnos. Tuve que entregarme a la iniciativa de mi amigo que ya tenía referencias de un campamento desocupado; así cargados de nuestras pilchas nos dirigimos al llamado "campamento" Mi desilusión fue grande porque sólo era una larga carpa con techo de calamina y dividida por cortinas de yute a manera de paredes, de modo que aquellas paredes de yute permitían observar y ser observados en nuestro diario vivir. Además, el espacio habitable era muy reducido donde apenas cabían dos huarachas que habían sido acomodadas y abandonadas por sus anteriores habitantes; mi amigo tomó posesión de una y yo de la otra, con lo que él se dio por satisfecho aunque para mí era algo azaroso vivir junto a una joven pareja como me tocó; pero tuve que aceptar esa realidad con la esperanza de que más después podría conseguir otro campamento.

Mi bautizo de minero

Aunque yo había nacido en un distrito minero no conocía prácti- camente lo que era el trabajo de interior mina, así que para mí fue una experiencia nueva. Por primera vez entré en un socavón en la mina Chojlla sin saber lo que era un trabajo de minas. Apoyado en mi amigo y siguiendo sus consejos me presenté como ayudante de perforista, sin saber en qué consistía ser perforista. Cuando me indicaron que todas la plazas para ayudantes de perforistas estaban cubiertas quedé algo desconcertado y volví a preguntar a mi amigo; él me dijo entonces que me hiciera anotar como barretero de segunda. Volví ante el capataz y le dije entonces que me tomara como barretero, y me anotó como barretero a tiempo de

entregarme mi tarjeta de trabajo; pero yo igualmente no sabía lo que era el trabajo de barretero. Así con la ayuda de mi amigo, equipado con un lamparín prestado, entré a la mina por un largo socavón oscuro: ahí fue mi bautizo de minero.

Mientras avanzábamos en una compacta columna de trabaja- dores advertí que había mucha humedad; en algunos sitios el agua caía como si se tratara de una lluvia; pero creo que a los demás no les hacía ya ninguna impresión porque quizás ya lo habrían recorri- do una infinidad de veces o estaban más ocupados en hacerse mutuamente pullas y comentarios jocosos. Llegamos a un sitio espacioso y bastante iluminado y mi amigo me indicó que aquel sitio era el polvorín; pero más que polvorín en realidad era el almacén de

herramientas y la oficina del jefe de punta. Como yo no sabía nada del interior de la mina, me limité a presentar tímidamente mi tarjeta, al igual como lo harían los demás. El jefe leyó en voz alta mi cargo y me miró con duda, haciéndome sentir empequeñecido y perdido; sin embargo, ordenó que me dieran herramientas indicán- dome un paraje de trabajo. Recogí las herramientas a tiempo que mi amigo se ofrecía para conducirme al paraje indicado, mientras los mineros recogían herramientas y se marchaban tan apresurados como habían llegado, desparramándose por los diferentes piques y galerías. Así llegamos a mi paraje de trabajo, donde mi amigo a tiempo de animarme me dio algunas instrucciones, prometiendo que regresaría a la hora del *pijchu.* Al separarme de mi amigo, me sentía perdido en aquella nueva realidad para mí, y con paso vacilante me incorporé a mi grupo.

Me miraron con curiosidad: yo era aparentemente un barretero igual que ellos pero muy joven. Ellos tenían mucha coca en sus morrales y llevaban cajetillas de cigarrillos. Yo no llevaba absoluta- mente una hoja de coca ni un cigarrillo; nunca había mascado coca. Creo que ellos habrán pensado que era un minerito en desgracia que no tenía dinero siquiera para comprarme un poco de coca. Entonces, me invitaron a un puñado de coca, de modo que mi sombrerito ya rebalsaba. Cada uno me dio un cigarrillo y yo, por no desentonar con ellos, sentado junto a ellos empecé a comer coca; no se podía decir que "pijchaba". Como yo no sabía, la masticaba y así me la estaba co- miendo. En cambio ellos masticaban la coca poco a poco; iban ha- ciendo el acopio de coca en la boca hasta que los pómulos se les abul- taban como globos, de modo que tenían

dificultades para fumar el cigarrillo y para ponerlo en los labios tenían que ayudarse con el dedo. Nada de eso pasaba conmigo. Por otra parte, dada mi situa- ción de intruso, prefería permanecer silencioso, so pretexto de *pijchar* y fumar el cigarro, aunque el fuerte y horrible olor del cigarro me haría lagrimear y toser y me parecía que me provocaría un vómito. El *pijchu* se convirtió en una tortura para mí, mientras mis compañeros disfrutaban con tanta deleitación que yo no podía comprender. Además ellos sostenían sus charlas usando el idioma aymara y yo tenía dificultades en su pronunciación, de modo que por la azarosa situación, deseaba que terminara cuanto antes aquel mo- mento de *pijchu*.

Cuando se dejó escuchar el grito de ¡arriba!, orden de trabajo que de voz en voz repercutía por toda la mina, mis compañeros guarda- ron la coca y se dispusieron para el trabajo. Yo también hacía la comedia de alistarme, aunque no llegué a quitarme ni siquiera el

paleto por el temor de que se vaciara la coca que había ocultado en los bolsillos. Vino el capataz y me dijo: "Usted va a hacer aquí un taladro al pingo y otro aquí al piso". Yo no sabía de lo que se trataba, no entendía. Era un vocabulario nuevo para mí; pero como si supie- ra me limité a asentir con la cabeza. Luego pasó donde los otros e igualmente les hizo las indicaciones; ahí escuché ciertas cosas nuevas; por ejemplo decía a mi compañero: "Va hacer aquí un tala- dro contra nariz". Me limité a imitar todo lo que ellos hacían; cuando empezaron a golpear o taladrar yo también lo hice. Pero había un detalle que no me había fijado: en cada golpe que ellos daban harían girar continuamente al barreno. Ese detalle yo no lo había adverti- do; estaba golpeando como se podría clavar una estaca y el barreno estaba al poco rato como un clavo: no se movía a ningún lado. Tuve que golpear con el martillo (o combillo, como se decía más comúnmente) de arriba para abajo para hacer aflojar y en todo ese jaloneo no había hecho ni una pulgada hasta la hora de descanso, el segundo *pijchu*, que se hacía en la cuarta jornada de trabajo. Apro- vechando aquel momento de descanso, mi amigo llegó corriendo para ver en qué situación estaba. Vio el barreno atascado y me dijo: "Esta es la forma de barrenar", y en vez de descansar él trabajó por mí, avanzando unas cuantas pulgadas en la roca. Sobre eso ya me orienté. Pero ahí los otros se dieron cuenta de que yo no era barrete- ro, que no era minero. De todas maneras, hice la media jornada.

Salimos afuera a almorzar y volvimos a entrar en la tarde, pero en toda la

jornada sólo pude hacer un taladro. Como yo no era dies- tro en golpear, continuamente fallaba los golpes sobre la mano que sujetaba el barreno; en la tarde mi mano estaba completamente hinchada y sangraba ya de tanto fallar los golpes. Sin embargo, a fin de salvaguardar mi amor propio, me aguantaba calladito, haciendo gestos de dolor que me llegaban hasta el corazón. Otro detalle: había un muchacho que atendía a los barreteros cada hora o cada momento que ellos pedían barreno. A mí me venía a decir: "¿Maestro, *rump'uT,* y yo no sabía lo que era *rump'u.* Con insisten- cia me preguntaba: "¿Barreno?", y yo no sabía si pedir o no, porque no sabía si el barreno estaba motoso o estaba bien; pero de acuerdo con mi plan de imitación, pasaba un barreno cualquiera o pedía nada más que por pedir.

En aquella osadía de minero novato hubo algo que excitó mi curiosidad desde el mismo momento que me lo entregaron como herramienta de trabajo: se trataba de una pieza de hierro con forma de cuchara con un mango largo acabado en punta que se denomina- ba "cucharilla". Yo no podía entender para qué servía aquello; me

daba cuenta muy bien que el barreno servía para hacer el taladro, el combillo para golpear; pero no podía comprender para qué servía la "cucharilla". Y había sido para sacar el "taco", es decir el polvo de roca que deja el barreno, para dejar suelto y trabajar más libre- mente con el barreno.

Un minero chambón frente a la dinamita

Pero mi admiración por las cosas de la mina se convertiría en terror en el momento del reparto de materiales explosivos. Previo a ese momento, vino el capataz y comprobó el trabajo, midió el taladro: tenía 18 pulgadas y quedó conforme. "Está bien", me dijo y buscó el otro taladro; pero no había el otro taladro, entonces en una forma de sarcasmo estigmatizante me dijo: "Chambón". Yo, avergon- zado, tuve que agacharme sin decir nada. Evidentemente yo era un chambón; no era minero y mucho menos un barretero. Luego comprobó también a los otros compañeros; les dio material a cada uno y a mí me dio también la dinamita, el fulminante y la guía.

Aquel momento fue para mí horroroso -cuando el capataz me ordenó que cargara mi taladro- porque sabía que la dinamita era un explosivo peligroso; que mucha

gente moría a causa de la explosión de dinamita y nunca había agarrado hasta ese momento un cartucho. Cuando me encontré de repente en posesión de la dinami- ta me parecía que iba a reventar en mis manos, de modo que sudaba de miedo. Sin embargo, recordando mi plan de imitación, pude serenarme al ver a mis compañeros que manejaban la dinamita con tanta confianza como si se tratara de algo completamente inofensi- vo. Opté por observar toda la manipulación de la dinamita que harían mis compañeros para luego hacer lo mismo que ellos; pero aquel intervalo de expectativa se convirtió para mí en un episodio de suspenso. Mis compañeros, con toda la santa cachaza de un canónigo empezaron a preparar el material. A cada cartucho de dinamita le quitaron una porción de la envoltura de papel madera y, haciendo cartuchos, los rellenaron con el fino taco de los taladros. Por lo visto aquella tarea no era tan azarosa como me había pare- cido; también hice mis cartuchitos de taco y hasta palpé la masa gelatinosa de la dinamita. Luego vi que introducían una punta de la guía en el cuello del fulminante y la aseguraban mediante un mordisco, eso fue terrorífico para mí y me quedé helado de miedo. En el breve tiempo de aquella operación me imaginaba ver volar destrozada la cabeza de aquel minero; pero no pasó nada, evidente- mente aquellos mineros sabían su oficio.

No por eso cambié de opinión: seguía mirando la dinamita sola- mente de reojo, con mayor razón cuando me tocó hacer lo mismo que lo observado, es decir, asegurar la guía mediante mordiscos en el cuello del fulminante. Ya no tenía ánimos para pensar; obraba casi como un autómata o como un condenado al patíbulo, con todos los nervios en tensión. Me llevé a la boca la guía y el fulminante y le di un tímido mordisco asegurando así, aunque muy precariamente. Pero aún no terminaba ahí mi angustiosa zozobra: faltaba hacer todavía lo más peligroso de aquella tarea, es decir, el armado del explosivo propiamente dicho y la consiguiente carga en el taladro. Mis compañeros realizaban aquellas tareas con una parsimonia desesperante. Al parecer no tenían apuro, pero tampoco dejaban de hacer su tarea; quizás en aquella moderación consistía el secreto de realizar tan peligrosa tarea que se repetía en cada jornada de traba- jo. Así pues, como precavidos y diestros mineros, procedían a sobar la dinamita entre la palma de sus manos a fin de ablandarla, para luego introducir el fulminante armado con una presión hacia ade- lante, mediante la misma guía, hasta que quedaba en el centro de la masa: así ya quedaba terminado el armado del explosivo. Otros lo hacían más violentamente, haciendo un orificio en la masa con una maderita delgada o con la punta de la cucharilla; había varias

formas de hacer la misma tarea. Pero una cosa es narrar con tan poca habilidad y otra haber vivido esa experiencia de suspenso, especialmente para un novato chambón como yo en aquel entonces.

Una vez preparado el material explosivo, procedieron a cargar los taladros usando la larga cucharilla, cartucho por cartucho, a tiempo que hacían un leve taconeo que helaba la sangre en mis venas porque me parecía una provocación a la muerte. Me daban ganas de reprenderles, de gritarles que la dinamita era peligrosa. Pero, ¿qué sabía yo de las cosas de la mina? Ni siquiera estaba enterado que el minero trabajaba a diario a riesgo de perder su vida. Después de esa breve reflexión me sentí coartado, porque yo no tenía nada que enseñar a aquellos mineros. Mi tensión subió de punto cuando em- pezaron a taconear con toda fuerza sobre los cartuchos de taco que rellenaron hasta la boca del taladro. En el momento de aquella operación no es exagerado decir que ya estaba viendo visiones de tragedia: en mi imaginación veía volar trozos de roca en medio de una explosión. Sudando de miedo, como no lo había hecho en toda la jornada de trabajo, procedí a cargar mi taladro con tanto terror que se paralizaba la respiración. En total estado de tensión, con mucho cuidado y lentamente fui depositando la carga de dinamita en el fon- do del taladro, sin taconear siquiera: simplemente rellenaba con los

cartuchos de taco mal hechos que se desharían antes de llegar al fondo. Así había terminado la operación de cargar el explosivo sin que pasara nada, con lo cual fui recobrando el aliento y me sentía un poco más aliviado, a tiempo que mis compañeros recogían sus herra- mientas y esperaban la voz de costumbre para encender las guías que colocaban en la boca de los taladros.

En aquella experiencia recuerdo dos detalles muy importantes: el primero se refiere a la forma tradicional de efectuar lo que se podría llamar la "descarga minera", que entre los mineros se identifica con la denominación de "chispeo", el hecho de encender las guías que harán explosionar las cargas de dinamita. Para el efecto, habían normas establecidas por la costumbre y seguramente por el sentido común: no se podía hacer el disparo de las cargas de dinamita en cualquier momento. Usualmente, sólo se efectuaba a la terminación de cada jornada de trabajo, de modo que teniendo en cuenta la cantidad de parajes de trabajo, el primer chispeo siempre empezaba por el último paraje del tope, a la voz de ¡chispaa! o de ¡tirooü! que repercutía de voz en voz por todos los parajes

de trabajo, a tiempo que los trabajadores se iban retirando por la galería principal apresuradamente, sin dejar de dar el grito de ¡tiroo, tiroo!, que se iba multiplicando por todos los parajes a medida que encendían la mecha de sus cargas de dinamita y salían corriendo para engrosar la desordenada columna. Previo a aquel momento, los mineros avivaban sus lamparines de carburo, dándole toda su capacidad de alumbrado, de modo que les permitiera hacer el chispeo con seguri- dad y rapidez y además, les alumbrara adecuadamente para evitar los contratiempos de los tortuosos piques y galerías y podían alejarse rápidamente del peligro. Pero nadie podía chispear antes de que sus compañeros al pasar les transmitieran la voz de ¡tiroo! La voz de tiro se proyectaba en escala desde los parajes del tope hacia afuera y de la misma manera se desataban las infernales explosiones que sacudían las negras paredes de roca del socavón como si fuera a derrumbarlas, de modo que los postreros gritos de ¡tiroo! se perdían en la explosión de las detonaciones ascendentes y refluyentes que desplazaban, desde el fondo del socavón, una secuencia de ondas de aire que parecían vibrar y estrujar, mientras la mecha de los lamparines de carburo, al flujo y reflujo de las ondas de aire, parpadeaba dando a las cosas y a las sombras de los mineros figuras dantescas que parecían danzar. En medio del desorden de aquel caos, aún se dejaban escuchar los últimos gritos de ¡tiroo!, con una deformación en la tonalidad de la voz que más parecía un alarido lúgubre, ahogado y expirante.

14 7

El otro detalle al que me refería fue mi reacción personal. Como ya tengo dicho, en aquella prueba de mi bautismo de minero me encontraba en un estado extremo de tensión nerviosa. Quizás por eso, habiendo advertido mi nerviosismo o porque ya sabían que era un novato, uno de mis compañeros me advirtió que a la voz de tiro primeramente ellos procederían a chispear por estar ellos en el tope y yo lo haría último por estar a la salida del paraje. Por mi estado de nerviosismo o mejor dicho de miedo, aquella advertencia tan lógica y normal, en aquel momento la tomé como una proposición siniestra, como si me hubiera dicho: "Nosotros vamos a chispear primero y tú te quedarás para ser destrozado por los disparos de dinamita". Segu- ramente estaba anulado mi razonamiento por la tensión nerviosa o quizás obraba por un instinto de conservación, de modo que la advertencia me hizo ver un color rojo y negro que cubría mis ojos y sin pensar en aquella indicación me limité a escuchar la voz de tiro que se iba acercando y el paso de los mineros que se iban retirando. Cuando en la entrada al paraje escuchamos la voz de tiro, sin vaci- lar apliqué la llama de mi lamparín a la guía,

que de inmediato prendió con el característico arder de la pólvora. Haciendo caso omiso a las protestas y recriminaciones de mis compañeros, salí del lugar como quien dice "pies para que te quiero, sino es para esta ocasión". Sin embargo, una vez lejos del peligro, sentí cargos de con- ciencia por lo que acababa de hacer, de modo que llegué al polvorín o almacén muy compungido y nerviosamente entregué las herramien- tas a tiempo que el capataz me devolvía mi tarjeta de trabajo. Mi amigo me estaba esperando allí y muy jovial me preguntó cómo me había ido. Deseaba contarle mi preocupación y pedirle su consejo; pero no podía hacerlo por temor a la vergüenza y porque no estaba seguro de haber causado una desgracia. Cuando llegamos al exterior de la bocamina le hice saber mi preocupación y le pedí su consejo, a lo cual me respondió que había visto llegar al polvorín a uno de los mineros de mi paraje, de modo que los otros dos también estarían sin novedad. Con aquella información quedé aliviado y, a más de mi zozobra, no pasó nada.

Con esa combinación de jocosidades, experiencias y zozobras terminó mi primera jornada de trabajador minero. Al día siguiente cuando me presenté para trabajar ya no me dieron las herramientas de barretero; sólo me entregaron una pala. Así de hecho estaba degradado de barretero a *chaskiri*, es decir a peón; pero como yo no sabía las categorizaciones y demás tratos de la mina, pensé que el trabajar con una pala sería parte de la tarea del barretero, aunque mi suposición no estaba completamente equivocada, porque según las condiciones de trabajo un barretero podía hacer de todo aunque

la empresa destinaba a los barreteros jornaleros, o "cuenta casa" como se decía, a la tarea exclusiva de perforar la roca. Había dos ca- tegorías de barreteros: los de primera clase ganaban 25 bolivianos por día y tenían que hacer dos taladros de 25 pulgadas cada uno; los de segunda clase ganaban 18 bolivianos y tenían que hacer dos tala- dros de 18 pulgadas cada uno. Aquella tarea no era ninguna dádiva para el trabajador; dada la dura consistencia de la roca se necesita- ba hacer un gran esfuerzo para hacer dos taladros de 25 pulgadas.

Lo racional hubiera sido una tarea de dos taladros de 18 pulga- das; pero la empresa pagaba a esa categoría un salario que sólo servía para sobrevivir. Como toda empresa capitalista tenía su sistema de explotación que aplicaba mediante métodos abiertos y brutales o encubiertos que tomaban un tinte paternalista que los trabajadores en su mayoría ingenuamente tomaban como una venta- ja por la

que había que agradecer a la empresa y trabajar con más voluntad. A ese sistema respondían los métodos de pagar salarios de hambre para crear las necesarias condiciones económicas y sicoló- gicas en el trabajador que faciliten su explotación y también esa clasificación de barreteros de primera y segunda clase que en la práctica inducía al trabajador a hacer su propia explotación, sin ningún compromiso ni responsabilidad de parte de la empresa.

Q'uxta

Ese segundo día de trabajo el capataz me despachó a un paraje solitario como *chaskiri,* ordenando que tenía que limpiar toda la carga que había rebalsado de una chimenea sobre una plataforma. La tarea no me disgustó y hasta me alegré porque el estado lamentable de mis manos seguramente no me hubiera permitido trabajar con combo y barreno; de modo que aquel día trabajé tranquilo, sin lastimarme ni pasar momentos de zozobra y natu- ralmente sin *pijchar* coca ni fumar cigarrillos. Así estuve trabajan- do un par de días.

Un amigo y vecino de campamento que me facilitó prestado su lamparín, después de unos tres días me pidió se lo devolviera, colocándome en la imposibilidad de concurrir al trabajo. Yo no sabía cómo resolver el problema; pero el mismo amigo, conjuntamente con mi cuatacho, me dijeron que era fácil hacer con tarritos de conserva una *q'uxta.* Dicho y hecho, mi amigo cogió dos tarritos de conserva vacíos; les hizo unos pequeños orificios y en el tarrito que haría de depósito de agua colocó un pedazo de madera en forma de varilla cónica que haría de llave de paso para controlar las gotas de agua,

que en contacto con el carburo produciría el gas necesario para el encendido del rústico lamparín. En efecto, una vez terminada la obra usando sólo un cuchillo de cocina, un clavo y una aguja; le colocó un poco de carburo y sellándolo con masa de jabón de ropa, encendió el rústico lamparín que empezó a arder. Yo estaba mara- villado de la portentosa *q'uxta,* como del ingenio industrioso de mi amigo. Desde entonces aquella *q'uxtita* fue mi compañera insepara- ble en las buenas y en las malas; pero a la vez fue la causante de una serie de situaciones que por poco me llevan a la tumba. Aprendí que todo trabajador que se preciaba de minero no podía prescindir de un lamparín de carburo, que en cierta manera caracterizaba al minero de entonces. El lamparín, que llevaba el minero colgado de su cinturón, constituía un acreditivo de prestigio para su dueño; era señal de

que había trabajado en una empresa minera grande o sencillamente de que era minero que merecía la confianza de cualquier jefe. El lamparín era una herramienta que aportaba el trabajador a la empresa, ya que en las obligaciones de la empresa no estaba proporcionar lamparines, ni siquiera carburo como equipo de trabajo y no reconocía un alquiler por el uso de aquellos lamparines en su beneficio. De modo que por el atraso de la principal industria del país, un lamparín resultaba para el trabajador minero una necesidad imperiosa y un objeto de lujo a su vez.

Recuerdo que a poco de tener mi *q'uxtita* una noche estaba trabajando de *chaskiri* en un paraje solitario y frío, cuando de pronto empezó a fallar la *q'uxta,* como tantas otras veces. Ya sabía que aquellas *q'uxtas* no eran seguras, por eso llevaba siempre un pedazo de jabón, fósforos y una porción de carburo como material de mantenimiento de la dichosa *q'uxta.* Encendí y reencendí, sacudí, froté y removí los parches de jabón sin que reaccionara la condenada *q'uxta*; hasta que de tanto porfiar me quedé sin fósforos, solitario y en completa oscuridad. En vano buscaba en los bolsillos un palito de fósforo; toda la cajita la había agotado por el uso, por la humedad del medio ambiente y el sudor de mi mismo cuerpo. Luego empecé a pedir ayuda con la consabida voz de ¡chispaa!, sin que nadie respon- diera a mi demanda no obstante de que escuchaba a intervalos el rodar de los carros por la galería principal; seguramente nadie me escuchaba. Mientras pasaba el tiempo empezaba a sentir frío por la inmovilidad, ya que así a oscuras era sumamente riesgoso des- plazarse siquiera unos pasos. En mi obligada quietud empezaba a percibir una tenue pero constante fosforescencia que me parecía me permitía ver en la asombrosa negrura de la oscuridad y captaba las ondas reverberantes del silencio que me parecía tener un ruido oprimente e inexplicable.

En mi admiración y asombro ante la majestuosa y terrorífica dimensión del tiempo y el espacio que experimenté en la quietud de las entrañas de la mina me quedé como suspendido y extraviado en el varío, perdiendo el sentido de la orientación: ya no sabía qué lado quedaba adelante ni qué lado quedaba atrás. Casi aterrorizado, nuevamente empecé a pedir auxilio; pero como la vez anterior nadie me respondía. En la vana espera de auxilio, a momentos me parecía que a la distancia se proyectaba una luz que avanzaba en mi direc- ción; lleno de esperanza esperaba que apareciera una persona detrás de la luz, pero nunca llegaba persona alguna y la tenue luz muy pronto se disipaba en la nada; hasta que quedé convencido de que sólo estaba viendo visiones: no había una luz real ni persona alguna. En la zozobra de aquella experiencia había perdido la cuenta del tiempo; en un principio, juzgando, por la ausencia de todo ruido característico de trabajo, pensé que seria la hora del *pijchu*-, pero al prolongarse aquella quietud, ya era cierto para mí que había termi- nado la jornada de trabajo y la mina estaba completamente vacía y hasta me imaginaba que habría pasado la noche y ya seria otro día. Mi capacidad de razonamiento había perdido la lógica del análisis, de modo que en mi confusión ya no sabía cuánto tiempo había pasado: los segundos y los minutos eran una eternidad y las horas una fracción de la nada. ¿Cómo saber la realidad de las cosas en un mundo de tinieblas? En la imposibilidad de escapar de esa situación ya pensaba que algún día encontrarían los restos de mis huesos y curiosamente esa idea me reanimaba, como si me dijera que con eso estaría salvado.

Cuando me encontraba con esa rara sensación de resignación, de pronto percibí un golpe lejano, como si partiera del mismo fondo de la roca, que repercutía como por un cable telegráfico; luego otro y otro, hasta que ya no me cabía duda de que se trataba de un barrete- ro que estaba taladrando. No podía precisar de dónde provenían los golpes; mi primera reacción fue pedir auxilio a voz en cuello y esperaba con desesperación una respuesta, pero no llegaba ninguna. Entonces, impulsado por la desesperación y la esperanza a la vez, empecé a mover los brazos a tientas y reconstruir mentalmente la disposición del paraje: sabía que estaba en la pequeña plataforma intermedia de una chimenea cuya longitud hacia arriba o hacia abajo no conocía. Sabía que estaba inmovilizado por dos peligros inmediatos: uno, caer en la boca de la chimenea y el otro caer en el rajo abierto del otro lado, cuyo fondo no alcanzaba la luz del lamparín; intentar encontrar el camino por encima de ese largo precipicio era imposible sin la ayuda de la luz de un lamparín, y así a tientas equivalía a una muerte segura.

Finalmente, localicé mi pala al pie del desmonte acumulado y moviéndome con mucho cuidado por encima del desmonte logré meter la cabeza en el hueco de la chimenea, hasta que con toda claridad escuché el ruido metálico del combo y el barreno al taladrar la roca. Sin pensarlo más ni considerar el riesgo, me metí en la chimenea y empecé a trepar; el diámetro de la chimenea era angosto y las paredes de roca estaban secas, lo cual permitía afirmarse con alguna facilidad, trancando el cuerpo entre roca y roca. Iba subiendo lentamente, con desesperación y jadeante, sintiendo la molestia del olor de carburo que emanaba de la *q'uxta*, prendido en mi pecho. Mientras angustiosamente buscaba con pies y manos algún hueco o sobresalientes de la roca que permitieran mi ascenso en tan negra oscuridad cesó el ruido que provenía de arriba. Esto me desesperó más ante la posibilidad de que el minero se hubiera marchado y entonces ya no tendría ninguna esperanza de salvación aun en el caso de alcanzar el nivel de arriba. De miedo tenía los cabellos y todo mi ser crispado ante el temor de resbalar y rodar sabe Dios hasta qué profundidad. Así, sudando de miedo por el esfuerzo físico, advertí que había un hueco lateral y arriba era el tope, lo cual era un indicio de que había llegado a la meta. No estaba seguro de nada; en vez de sentir alivio y alegría sólo sentí angustia al ver la luz de un lamparín y la silueta de un hombre que estaba en el tope de una galería de otro nivel. Quizás por el estado de shock sufrido, la luz del lamparín me atraía como un imán y así, como despertando de un sueño de pesadilla, me dirigí por la galería con dirección de esa luz.

A medida que me iba acercando al minero, vi que estaba muy atareado en la preparación del material de explosivos, de modo que no advertía mi presencia; hasta que de pronto, saliendo de la oscuri- dad a sus espaldas, le dije: "Maestro". El minero no me respondió pero en su rostro se dibujó una expresión de espanto indecible, a tiempo que soltaba sus materiales y se cubría el rostro como ante una visión horrorosa mientras entrecortadamente brotaba de su garganta seca un lastimero "ay, ay", como expresión de dolor y miedo. Parecía que iba a desmayarse por un ataque inminente, de modo que todo confundido y sorprendido, me apresuré a decirle que yo era un compañero minero que venía a buscar chispa para encender mi *q'uxta.* Ante mi humilde manifestación de pena, poco a poco empezó a reaccionar; me miró aún con restos de desconfianza y rabia y lo primero que me preguntó fue de dónde había salido. Por toda respuesta extendí el brazo y con el dedo le señalé la chimenea. Así fue recobrando su estado de ánimo y empezó a hacerme reco- mendaciones y recriminaciones enérgicas, quizás como un desquite por el tremendo susto que le había causado.

Me dijo que por mi

propio bien debería haber previsto que es peligroso andar así, que él mismo podía haber echado carga en ese buzón.

En aquella época la gente era más conservadora de nuestras tradiciones culturales; había diversas narraciones del *Tío* y apareci- dos en la mina. Al influjo de esa creencia colectiva mi compañero minero me confundió con el *Tío*, que surgiendo de la oscuridad se materializaba ante sus atónitos ojos en la figura de un minero que le pedía chispa. Esa era la explicación de la terrorífica impresión de aquel minero mientras yo reía para mis adentros por no ofenderlo en su amor propio, aparentando una fisonomía de gravedad que mos- traba la autoridad sobrenatural del *Tío* que él me había atribuido. Aquel episodio de suspenso terminó como una tragicomedia; después de arreglar mi *q'uxta* con el capataz que había llegado momentos antes, los tres festejamos con una risa a mandíbula batiente, dejan- do en segundo término la dramática experiencia vivida por mí en las entrañas de la mina a causa de la falta de un lamparín seguro y eficiente. Sin embargo, aquella conmoción duró bastante tiempo en mí, de tal modo que instintivamente sentía miedo a la oscuridad.

De *chaskiri* a controlador de carros

Después de la anterior experiencia me destinaron al grupo de carreros, de modo que por un tiempo estuve trabajando empujando y manejando un carro en pareja con otro muchacho. Aquella tarea me gustaba porque me parecía divertido cuando montado o colgado del carrito se deslizaba por los recovecos de los socavones, llevando el desmonte con contenido de mineral que luego sería procesado en el ingenio. El trabajo de carrero requería estar familiarizado con todos los parajes, especialmente los lugares con gradiente muy pronunciada donde aquellos carritos corrían como caballos desboca- dos si no se los controlaba adecuadamente. El carrero tenía que tener mucha habilidad para guiar, mantener el equilibrio en las curvas y frenar o refrenar solamente con el contrapeso de su propio cuerpo. Había algunos carreros muy diestros que, prendidos de la parte posterior del carro, salían desde el tope hasta la cancha exte- rior de la mina sin necesidad de pisar el piso. Otros en cambio, al no poder controlar, se hacían arrastrar con el carro o lo hacían des- carrillar. A mí me parecía emocionante cuando el carro corría bamboleante, en medio del estruendo

característico del traqueteo y roce de ruedas y rieles; era como viajar en un tren, con el aire cortante de la velocidad que hacía parpadear y reverberar la lengüita de mecha del lamparín.

Cuando ya me consideraba un carrero diestro, quizás por presu- mido, confiando en mi supuesta destreza pensé que podía pasar un lugar de bastante gradiente sin necesidad de bajarme del carro que avanzaba a bastante velocidad; pero de repente se clavó en el piso y violentamente se levantó dando un vuelco espectacular, en tanto que yo era despedido por los aires y aterrizaba rodando en un charco de agua. Estaba a oscuras y mi compañero, de acuerdo a las normas de trabajo, estaba adelantado y lejos. Lo grave del momento era que detrás de mí venían otros carros en seguidilla que inevitablemente llegarían a chocar con el carro volcado, accidentando quizá a mis compañeros y particularmente a mí que estaba a oscuras. Mientras daba voces de alerta a la distancia ya se veía llegar corriendo al carrero guía del próximo carro que no tardó en aparecer a gran velocidad que en aquel momento me parecía terrorífica ante la idea de que al chocar con mi carro irremediablemente quedaría aplasta- do. Nuestras voces de alerta fueron inútiles porque el carrero, pese a sus esfuerzos, no pudo detener el carro que finalmente chocó y se descarriló; en tanto que desesperadamente nos protegíamos detrás del carro volcado. Inmediatamente, a la carrera fueron a advertir a los otros carros, de modo que tuvieron tiempo para reducir la veloci- dad y llegaron sin sufrir ningún percance.

Una vez tranquilizados me preguntaron si había sufrido una lastimadura y al contestarles que no, por todo comentario o felicita- ción me dijeron que había tenido suerte al no romperme los brazos o piernas, como les había pasado a otros en aquel mismo lugar de negra fama. Fuera del susto no había ningún accidente personal que lamentar, de modo que entre todos los carreros empezamos a despejar la galería. Nos costó mucho esfuerzo la tarea de montar sobre las rieles el carro descarrilado que pesaba demasiado así como estaba cargado; además, las ruedas parecían clavadas en el piso de tierra, lo que dificultaba más la operación de despeje que finalmente pudimos lograr con la ayuda de maderos rollizos. En cuanto a mi carro, por la posición que había tomado parecía como un monumento ruedas arriba, perfectamente centrado sobre su pedestal de carga volcada a manera de sombrero, que casi llegaba hasta el techo de la galería. En cuanto a las averías materiales, por el momento el carro estaba descartado por tener una rueda rota, lo que me preocupaba ante el temor de una reprimenda del

jefe.

Una noche en que estaba trabajando en el turno nocturno el jefe de punta me nombró controlador de carros, es decir encargado o jefe de grupo. En esa condición mi obligación era hacer una inspección de los topes para disponer el trabajo de los carreros, hacer el control

e informe escrito de la carga transportada y todo lo que fuera del caso para facilitar el trabajo del turno siguiente. En esa nueva función, había dos cosas que no me agradaban: uno, recorrer de tope en tope a la entrada misma del turno porque el humo de dina- mita era tan denso que mi lamparín apenas me permitía ver a uno o dos metros a mi alrededor. El humo era tan picante que me haría llorar e irritar los ojos, mientras la respiración se hacía asfixiante por mucho que me cubriera con un pañuelo o la solapa de mi paleto. Además, tenía que recorrer solo pese a los cuentos de aparecidos y el *Tío* de la mina; pero por suerte yo nunca tuve miedo de andar solo en la mina. Dos, no me gustaba hacer el informe escrito, porque si bien sabía leer no tenía práctica en la escritura, de modo que los primeros formularios los hice transpirando por el temor de que los jefes me hicieran una llamada de atención.

Así trabajé en la mina, como jefe de carreros. En una ocasión tuve una impresión bastante triste por cuanto en la tanda anterior a mi turno escuché la noticia de que un minero se había accidentado en la mina; se decía que se había hecho pescar con una descarga de dinamita. Según los comentarios era un perforista bastante estima- do y famoso, al que personalmente yo no lo conocía. Cuando entré a trabajar en mi turno, necesariamente tenía que ir a ese tope y a otros como de costumbre. El paraje tenía mucha gotera de agua, a tal punto que por la canaleta de la cuneta corría el agua como de una vertiente y el lugar de la perforación algunas veces sabía verlo entoldado con hojas de calamina. Al llegar a ese paraje encontré los charcos de agua retenida enrojecidos, seguramente con la sangre del accidentado y avanzando hasta el tope pude ver que había sido dis- parada toda la descarga de la perforación y junto a la carga disparada había de trecho en trecho una mezcla de barro y carne molida que me causó una impresión desagradable de náuseas y horror. Al minero accidentado yo no lo vi, pero dijeron que había sa- lido completamente mutilado; no tenía pies ni brazos y sin embargo estaba con vida. Había mucha gente en el momento del rescate; pero los jefes no dejaban acercarse a los trabajadores conmocionados.

Dispusieron un carro para el traslado del accidentado a la ciudad de La Paz, pero por tanta hemorragia se dijo que apenas pudo alcanzar hasta Unduavi, donde murió aquel pobre minero.

Esa experiencia me causó mucha tristeza y un motivo de reflexión: cómo el minero podía morir de esa manera tan trágica a causa de la falta de responsabilidad de la empresa que no tenía equipos adecuados ni técnicas de explotación. A más de la tradicio- nal explotación con el combo y el barreno, la empresa sólo disponía

de dos máquinas perforadoras. La explotación minera de la Chojlla de aquella época aún era rudimentaria; la principal herramienta de trabajo era el combo y el barreno, por esa situación el barretero era el principal protagonista de esa realidad minera.

Prestado a un *pirkiñero*

Yo estaba ganando el salario de un barretero y quizás por eso el jefe me entregó prestado a un contratista, a un *pirkiñero.* Los *pirkiñeros* eran trabajadores independientes que trabajaban por su cuenta y vendían el mineral a la empresa al precio fijado por la misma empresa, con una manipulación de peso y cuentas, a lo cual parecía que el trabajador ya estaba acostumbrado, de modo que no había reclamo alguno y las trampas de la empresa pasaban como una cosa normal.

A aquellos *pirkiñeros* la empresa les daba a crédito el material que necesitaban y también a cuenta de ellos mismos les daban jornaleros de la empresa. Así me alquilaron a un *pirkiñero* que por suerte no era un desconsiderado, como eran otros. En aquella ocasión vi por primera vez un bolsón de mineral: era una veta más chica que mediana, pero todo era wolfram puro; parecía trozos de carbón donde no había nada más que meter barretillas, puntas y martillo para trozar y directo a la bolsa. La tarea de embolsar era muy sencilla, más era cargar hasta los almacenes de la empresa bajando por una senda angosta y tortuosa que a trechos bordeaba peligrosos barrancos. Trasladamos el mineral por días, hasta que sacamos todo el mineral puro y sólo quedaba el mineral con cachizo. A la historia de aquel bolsón de mineral a ras de tierra estaba ligada la personalidad, preocupaciones y situación de aquel *pirkiñero,* que por la suerte de haber descubierto un bolsón de mineral resultaba un hecho de excepción feliz. Era una

persona muy humilde, no solamente por su atraso en la asimilación de la cultura hispana, sino también por su carácter de sumisión que quizás era el método de su supervivencia en un medio hostil. No hablaba el caste- llano, aunque entendía medianamente; no sabía leer ni escribir y menos hacer cuentas. Por su carácter sumiso, era incapaz para intervenir en la liquidación de sus cuentas con la empresa y menos de formular una reclamación; pero eso no quiere decir que no tuvie- ra sentimientos y emociones.

En los momentos de *pijchu,* ante los comentarios de admiración por el bolsón de mineral, nos contaba complacido en medio de una mezcla de alegría y emociones contenidas que le entrecortaban la

palabra y le nublaban los ojos por momentos. Recordaba sus sufri- mientos y privaciones antes de encontrar aquel bolsón; los peligros y el trabajo perseverante de años y también su situación de endeuda- miento a la empresa que era imposible de arreglar, a tal punto que algunas veces había pensado fugar del campamento. Relataba la desconsideración y abuso de algunos jefes que en repetidas ocasio- nes le habían cortado el suministro de materiales a crédito y hasta le habían suspendido el avío de pulpería, hechos que había sufrido con resignación y humildad como única forma de conseguir la consi- deración de los jefes. Ante la perspectiva de enriquecimiento, no tenía una idea del monto; pero estaba seguro de que podría pagar su deuda a la empresa. En efecto, quienes estaban al interior de la administración hicieron correr la voz de que el maestro Tintaya (así se apellidaba) había sacado una liquidación extraordinaria sólo con la primera entrega de mineral, aunque aquel afortunado *pirkiñero,* que había sido favorecido por el *Tío,* seguía trabajando como de costumbre en medio de su sumisión. Pero no todos encontraban bolsones de mineral; aunque rascaran la tierra y horadaran la roca por toda su vida la gran mayoría sólo encontraba el mal de mina y la miseria.

En el año que llevaba trabajando en la mina fui aprendiendo a barrenar medianamente; lo suficiente para mantener mi categoría de barretero de segunda. El trabajo con el pirqueñero me dio la oportunidad de entrenarme en una roca de superficie relativamente más suave que el de interior mina; además, la longitud de los taladros servía para hacer desquinches calculados o controlados que facilitaban el descubrimiento de la veta. Por mi parte, prefería trabajar como barretero, porque ya tenía lastimada la espalda a consecuencia del traslado de las

bolsas de mineral. En el transcurso de los días esa tarea se hizo agotadora no sólo por el peso del minera], sino también por las sinuosidades del terreno que exigía un mayor esfuerzo para sostener el peso de la carga y mantener el equilibrio a fin de no rodar por la pendiente bajo el fatigoso sol de los valles yungueños. Al maestro Tintaya no le interesaba hacer topes, galerías y rajos; toda su experiencia y habilidad estaban dedicadas al rastreo de vetas de mineral; parecía que tenía olfato para rastrear el menor indicio de existencia de una veta; esa era su afición y su especialidad que no era fácil de advertir en su aparien- cia de humildad y sumisión.

Un día me mandó a un paraje solitario en el interior de la mina, donde había descubierto una delgada lámina de estaño que se perdía como un hilo en una *llusk'a* entre dos peñas. Cuando tra-

bajaba muy confiado con mi lamparín nuevo, otra vez me tocó vivir un momento de angustia y desesperación por salvar la vida, aunque sólo fuera un cúmulo de penalidades. A la finalización de la jornada, a tiempo de hacer el encendido de las mechas de pólvora, me hice soplar con la guía y me quedé en completa oscuridad. Inmedia- tamente busqué los fósforos y traté de encender el lamparín; pero el lamparín estaba muy requintado y la presión del gas de carburo soplaba o apagaba el fósforo, mientras la chispa de la guía corría con el característico silbido de la pólvora encendida, en tanto que sudaba de terror buscando mentalmente una salvación. Lo único atinado era alejarme del lugar antes de que fuera demasiado tarde.

Yo conocía muy bien el corto trecho hacia la salida y la escalera para llegar a la galería principal, donde estaría a salvo de los efectos de la explosión. Sin más demora me alejé a gatas, orientándome a tientas con las manos hasta alcanzar una pequeña plataforma donde estaba colocada la escalera. Sin embargo, subir a la plataforma no era tan fácil y más a oscuras porque había que hacerlo saltando sobre salientes de roca. En aquella operación me pareció que tardaba un siglo y la carga de dinamita iba a hacer explosión en cualquier momento. Con esa consideración mental, cuando iba a subir la escalera, repentinamente como si alguien me jalara, opté por tirarme en un pequeño hueco de la roca que había allí. Justo a tiempo, porque en seguida se dio la explosión y sentí el impacto de un trozo de roca en la escalera que rompió algunos de sus peldaños. De haber seguido por la escalera, seguramente no habría estado contando aquel suceso y

sabe Dios si al día siguiente hubieran encontrado mi cadáver, por cuanto el paraje era solitario y aban- donado. Después de haber pasado el susto, encendí con calma mi lamparín en tanto que no sabía si dar las gracias al *Tío* o a Dios; pero me sentía alegre de que no me hubiera pasado nada grave a más de una experiencia más en mi azarosa vida de minero.

Un falso testigo fuga de la mina

Pese a las limitaciones económicas y las rudezas en que habi- tualmente vivía sentía deseos de independencia como un muchacho que ya se sentía hombre. Quizás por ese deseo de independencia había quedado encandilado con las narraciones de mi amigo hasta el punto de fugarme de la casa de mi abuela. En la mina tenía esa independencia tan deseada y me embriagaba con ella; no tenía que rendir cuentas de mis actos a nadie, podía hacer de mi vida lo que me placiera; pero esa libertad era muy cara y frustrante como una

perspectiva de futuro. Sin embargo, era la oportunidad no sólo de disfrutar de la libertad, sino también de probar mi capacidad de luchar por la vida; en ese sentido me adapté a los constantes peligros de la mina, a los duros métodos de trabajo, a los magros salarios de subsistencia y a la triste como estrecha vida de campa- mento.

Pese al estado deprimente del campamento no todo era tristeza y llanto; había también momentos y motivos de diversión, aunque estaba prohibido consumir alcohol en el campamento. Por eso los mineros bajaban los domingos al pueblito de Yanacachi y allí podían beber hasta emborracharse. Yo también empecé a bajar con mi amigo. Como dije, éste ya tenía su conviviente y había una señora que le exigía que se casara; ella se ofreció para ser madrina de matrimonio. Mi amigo, con unos cuantos tragos demás, se compro- metió a casarse para el domingo siguiente. Inmediatamente la ma- drina nos'llevó, así borrachos, donde el notario. En la comitiva esta- ba también una joven, que era prima hermana de la conviviente de mi amigo. Ya ante el notario, a tiempo de hacer la inscripción, pidió testigos, cosa que nadie había previsto por la improvisación. En ese momento los ojos de todos se posaron sobre mí, lo que equivalía a que me estaban designando como testigo. Además, no había otra persona que pudiera llenar ese requisito. Yo, a la sazón, no era todavía mayor de edad. Cuando me tocó mostrarme como testigo, el notario me escudriñó de arriba abajo y me

preguntó si era mayor de edad, a lo que respondí afirmativamente. Luego me preguntó si estaba casado. Aquella pregunta me dejó desconcertado. Sin embargo, el alcohol que llevaba dentro me hizo actuar y pensar rápidamente. Si le decía que no, seguramente no serviría como testi- go y como no quería perjudicar a mi amigo dije rápido que sí. Pero me quedé atónito cuando me preguntó por mi mujer, y no perdí la serenidad. Miré a todos como pidiendo ayuda y advertí que a mi lado había estado la joven prima cuñada de mi amigo, de modo que sin vacilar dije: "Aquí está". Lo más sorprendente para mí fue que ella no me desmintió, en tanto que los demás intercambiaban miradas de entendimiento picaresco, evitando reír delante del notario mien- tras yo me sentía confuso por aquella mentira audaz. Me comporté con tanto aplomo ante el notario que no tuvo más remedio que aceptarme como testigo.

Al día siguiente de la borrachera empezamos a analizar la situa- ción con mi amigo: él estaba muy arrepentido de haberse compro- metido sin el consentimiento de sus padres y no encontraba una manera de darles una explicación ni tampoco cómo retractarse de su

compromiso. También nos preocupaban las posibles consecuencias de orden legal, porque la madrina seguramente no admitiría una burla y aunque no sabíamos el grado de la falta en que estábamos metidos ya nos considerábamos reos rematados, de modo que nuestra aflicción era grande ante la idea de ir a parar a la cárcel. Por un comentario escuchado en algún lugar sabía que los testigos falsos eran castigados con la cárcel. Aquella referencia relacionada con mi caso hizo subir mi susto y me arrepentí más que mi amigo por haberme emborrachado y por haber actuado como testigo falso. De modo que yo era el más interesado en fugar, aunque no era el principal personaje de aquel embrollo.

Mi amigo decía saber o tener referencias por boca de otros mineros de la existencia de sendas de fuga a través de la montaña enmarañada hasta alcanzar la cordillera nevada. Así pasamos unos dos o tres días haciendo planes de fuga: faltando al trabajo nos íbamos al cerro y en la tarde regresábamos al campamento como si estuviéramos llegando del trabajo. En fin, de una manera sorpre- siva mi amigo desapareció un día. Algunas personas decían que lo vieron en el retén de la tranca subir apresuradamente a un carro que ya estaría en marcha. Lo cierto es que causó un alboroto la novia abandonada y la señora designada como madrina de matri- monio amenazó de que lo haría detener en

Unduavi, que pasaría un telegrama, que no se iba a hacer la burla. En cuanto a los testigos no dijo nada quizás porque a la vez yo era su pensionado; pero yo estaba atemorizado, no veía otra alternativa que seguir a mi amigo en la fuga.

Aprovechando que la empresa concedía pequeños anticipos a los trabajadores por motivo de las fiestas de Navidad, solicité un anti- cipo, lo suficiente para pasar la Nochebuena. Así, cuando apenas fal- taban unas cuantas horas para el momento de la Nochebuena, salí del campamento como quien va al pueblito de Yanacachi, sin llevar bulto alguno. Todo mi equipaje se componía de una lata de sardinas, unos cuantos panes, una cajetilla de cigarros y fósforos, y lo más im- portante para mí en aquel momento: mi pequeño lamparín de carbu- ro. A tiempo de marcharme del campamento entregué mis pilchas a una señora, a quien consideraba como la única persona de confianza, para que me lo guardara hasta que pudiera recuperarlo; pero no le hice saber que me estaba marchando de la mina, sólo dije que iba a pasear por Yanacachi.

Avanzaba sin fijarme en los lugares que atravesaba ni en el transcurso del tiempo, completamente apesadumbrado por mi fraca- so y por mis pensamientos de autorreflexión que caían como el peso

del plomo sobre mi conciencia. Comprendía que no podría explicar o justificarme ante mi abuela, cuando apenas podría exhibir un pequeño lamparín de carburo como la gran ganancia de la mina. ¿Cómo decirles que estaba en la regla general de la vida minera, que la gran mayoría de los mineros vivíamos así nomás, y que nuestros bienes se reducían a unas cuantas pilchas y la ropa que llevábamos puesta? Recordaba que si bien no me había faltado la alimentación, lo que ganaba se me iba en el descuento para la pensión y la pul- pería. A manera de contabilizar el salario ganado, recordaba que en el primer pago había salido con sobre varío por el descuento del anticipo pedido al reenganchador; el segundo pago lo mismo por el descuento del valor de un lamparín, y aún quedaba un saldo por pagar. Sólo a partir del tercer pago, pude obtener un pequeño saldo a mi favor, de modo que tampoco se podía decir que había hecho una vida de disipación. Sin embargo, mi situación era difícil de explicar y comprender, todas las apariencias estaban en mi contra; con gran pesar comprendía que mi efímera libertad tenía un precio alto en aquella realidad del *Tío* y los socavones de la mina. Especial- mente para un minerito chambón que, empujado por la necesidad y la fácil imaginación de todo adolescente, fue parte

de esa dolorosa realidad de siglos en la cual, *qhuyeros* autóctonos de antaño y mineros modernos compartían una misma historia y una misma realidad de tragedia.

Yo no conocía la región, aunque sabía que por ese camino pasaría un camión y, así, muy tempranito llegó un camión con la seguridad de que ya no tendría problemas hasta La Paz. Por otra parte pensa- ba en mi amigo; hubiera querido saber qué había sido de su vida. Sólo podía hacer un recuento de nuestra amistad y nuestra vida de mineros; quizás por eso sentía una reacción contrapuesta de mis sentimientos: en aquel momento no hubiera vuelto a la mina ni a la fuerza; pero a la misma vez sentía una sensación de varío, como si dejara parte de mi ser en esa realidad minera. Sentía cariño por aquella mezcla de tristeza deprimente, de jocosidades y de los per- manentes riesgos en que trabaja el minero. A medida que ascendía a la cumbre se me figuraba la estampa de mi amigo, barretero por necesidad y víctima de su propio destino. Después de varios meses llegué a saber que después de meses de padecimiento había muerto en nuestra comunidad, en la casa de sus padres, a causa del mal de minas, botando a trozos sus pulmones en hemorragias de sangre. La noticia de la muerte de mi amigo me causó mucha tristeza, pero a la vez encendió mi indignación contra la empresa, que abusando del sistema mantenía a los trabajadores en una situación de condenados a trabajos forzados con tintes de esclavismo.

Otra vez la ciudad

Una vez que atravesamos la cordillera y nos íbamos acercando a la ciudad mis preocupaciones se centraron en el recibimiento que me darían en la casa de mi abuela. Sabía que mi abuela era muy estricta y seguramente no me iba a recibir así nomás sin exigirme una explicación. Pensaba que me echarían y me pegarían con toda razón; tenía temor a mi abuela pero no tenía a dónde ir. Finalmente decidí afrontar la situación, aun a costa de recibir un castigo. Llegué a La Paz a las 4 de la tarde más o menos, y por temor a mi abuela, estuve haciendo tiempo en la calle hasta las 6, entonces fui a tocar la puerta tímidamente. Justamente salió a abrir mi tía; al mirarme se dibujó en su rostro la sorpresa y la pena, luego sin decirme nada me abrazó y lloró mientras me hacía pasar al interior y decía senten- ciosamente que por la muerte de mi madre andaba así. Yo tenía terror a mi abuela porque ella usaba, como la gente antigua, unos nervios de toro de todo tamaño, algo así como una colección, que lastimaban más que un látigo

corriente; pero aquella vez no pasó nada. Mi abuela igual que mi tía, se emocionó y también lloró sin hacerme ninguna recriminación, quizás porque estaba con gente invitada. Más bien, por primera vez me invitó a sentarme junto a ellos y hasta permitió que me sirvieran un vaso de cerveza. Por mi parte, moralmente me sentía culpable por haber despilfarrado mi poca ropa que con tanto trabajo y privaciones había logrado. Comen- cé a buscar una solución para mis problemas inmediatos y los que tendría que afrontar más tarde a causa de la falta de trabajo.

XI

SERVICIO MILITAR

Pensé que siendo diciembre era la época de reclutamiento para el servicio militar y llegué al convencimiento de que era la única solución, aunque yo no tenía todavía la edad requerida. Pero me animé, obligado por la necesidad de subsistir y así como me hice minero por necesidad, sería soldado por no morirme de hambre. Fui a hacer rodeos por el cuartel y vi que había tal cantidad de muchachos que resultaba muy difícil acceder a las comisiones de reclutamiento y casualmente escuché la idea de ir a otras comisio- nes provinciales. Entonces pensé que como mi padre estaba en Coro- coro, con el poco dinero que me quedaba podía ir para presentarme allí, y me fui a Corocoro. Me presenté al cuartel y fiji rechazado en el primer intento; pero insistí. Los militares hacían una selección escogiendo a los jóvenes más robustos y mejor instruidos.

El jefe de la comisión era un oficial de artillería del Regimiento Bolívar, arma por la que tenía preferencia. Armándome de valor me asomé al teniente y le hablé abiertamente; le dije: "Mi teniente, a mí me gusta la artillería, por eso yo quiero rogarle a usted que me reci- ba para su regimiento". Me pareció que esa sinceridad le gustó al

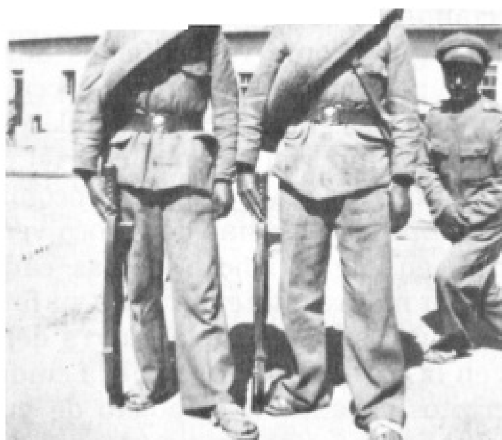
teniente y me dijo: "Para la artillería se necesitan soldados fuertes". Sin saber si era fuerte o era débil le aseguré que era fuerte. El teniente me respondió y dijo: "Yo te puedo recibir, pero no te aseguro". Me advirtió que cuando hicieran el reconocimiento médico mucha gente sería devuelta a sus casas. Acepté el riesgo

y le dije que me conformaría si me botaban del reconocimiento médico y así el teniente me mandó con un soldado para que me inscribiera. Felizmente el médico me sacó de constitución fuerte y hábil para el servicio militar, y así definitivamente fui destinado al Regimiento Colorados, cuarta compañía de ametralladoras pesadas.

Un buen soldado

Presté mi servicio militar como comandante de pieza. Recuerdo que me distinguí en mi categoría como uno de los mejores soldados de mi compañía y quizá de todo el regimiento, porque fui el primero en desempeñar cargos sucesivos de sargento de semana, sargento de guardia, incluso oficial de compañía, cargo que normalmente desempeñan sólo los tenientes y suboficiales. Me nombraron en esa categoría a pesar de que yo no había sido estudiante, como al comienzo tengo relatado. Entré al cuartel casi analfabeto; sabía leer pero no sabía escribir, siempre me haría pisar con los dictados. Mientras otros anotaban en sus cuadernos la instrucción teórica que nos impartían, yo no podía por la torpeza de mi mano y la falta de conocimiento de un método correcto de lectura y escritura. Sin embargo, puedo decir que tenía una memoria privilegiada, de modo que recibía toda la instrucción y podía repetirla de memoria con entendimiento del tema. Así pasé las revistas individuales de sec- ción, de compañía y de batallón.

Recuerdo que para la revista por batallón llegaron varios jefes de alta jerarquía entre los cuales se encontraba el Comandante en Jefe del Ejército. Al margen de mi participación en la revista gene- ral me habían preparado para una revista teórica, con un telémetro, sobre la precisión de tiro reglado. Seguramente fue satisfactoria porque el general dijo: "Está bien" y me preguntó si era estudiante. Con sinceridad le contesté que no era estudiante. Luego que se retiraron los jefes, mi comandante me dijo que debía haberle dicho que era estudiante, y quizás me hubiera recomendado para un ascenso. Para mí era bastante que un general se hubiera dignado dirigirme la palabra. Me licenciaron como "soldado clase" porque no hubo ascensos en ese año.


1

Luciano Tapia (derecha) durante su servicio militar en Viacha (1940)

En cuanto al orden de instrucción, me gustaba el de orden abierto, especialmente las maniobras nocturnas con uso de cartu- chos de fogueo. En cambio la instrucción de orden cerrado era odiosa para mí y me hacía dar alergia y en la instrucción teórica lo único útil para mí era la nomenclatura del armamento. Lo demás era puro cuento con claros propósitos de aculturación, de colonialismo, y maltratos racistas, que a título de instrucción y disciplina militar se practicaban. Nunca se mencionaba el derecho natural de los ayuna- ras, qhishwas y otras nacionalidades como sujetos de derecho origi- nario. Sólo se inculcaba la obediencia ciega, la sumisión irracional con etiqueta de disciplina militar. Esa forma de disciplina anulaba la conciencia de responsabilidad y el resultado de la instrucción era la formación de soldados ovejas sin razón de ser, castrados en su vitalidad guerrera que podían ser buenos asesinos de sus propios hermanos, pero no guerreros dignos de la inmortalidad frente al enemigo extranjero.

Así llego a comprender a través de mis experiencias vividas, que no hubo nunca ni podrá haber un ejército nacional con conciencia de patria y capacidad para defender la integridad y soberanía nacional, mientras esté vigente el dominio colonial. En síntesis, el llamado ejército nacional en la realidad de los hechos, es simple- mente el principal gendarme del colonialismo externo e interno de este país.

Discriminación en el ejército

Me causaba pena los problemas y sufrimientos de los reclutas campesinos, especialmente de aquellos que eran cerrados hablantes del aymara; los bilingües como yo podíamos adaptarnos con más facilidad y pasar desapercibidos. En aquella época era tal la compul- sión aculturativa y la estigmatización racial que los conscriptos aymaras preferían no recibir visitas en el cuartel por mucho que de- searan ver a sus familiares y recibir alguna encomienda que les ayu- dara a paliar el hambre. En los días de franco veía a aquellos com- pañeros de cuartel, en algún rincón de las calles, compartiendo algún alimento con su madre o miembros de su familia en la misma situación de los evacuados indios de la guerra del Chaco que había visto en mi niñez en las calles apartadas de la ciudad de La Paz. Asi- mismo, los conscriptos casados eran objeto de burlas groseras, de modo que se veían obligados a negar a su esposa diciendo que era su hermana.

Dentro de ese marco de opresión cultural había el caso penoso de un grupo de qhishwas cerrados, que no entendían el castellano ni el ajanara, y a causa del desconocimiento del idioma oficial sufrían mucho y estaban en una situación de cuarentena. No fueron incorporados a ninguna compañía y pese a ser conscriptos regulares, seguían vistiendo la indumentaria de su identidad cultural. Final- mente fueron uniformados con unas prendas tan viejas que prácticamente era una burla por el ridículo que hacían con esas ropas raídas que no siempre correspondían a sus tallas. Así prestaron su servicio militar, constituidos en grupo de limpieza del cuartel y ayudantes de ranchero, sin haber empuñado un arma ni haber participado en los ejercicios de instrucción militar. ¿Cómo comprender esa situación? Quizás se trataba de un recargado trabajo para los instructores o simplemente era una posición racista. Los conscriptos aymaras también eran objeto de golpizas a causa de su deficiente castellano, particularmente de parte de los clases profesionales de origen oriental o cochabambino que nos apaleaban y no tenían ningún miramiento para arrojarnos con la cuchilla bayoneta. Eran realmente unos verdugos, que hacían una discrimi- nación de los cerrados aymaras hablantes y nos hacían víctimas de sus prejuicios y presunciones regionalistas.

En una de esas ocasiones, cuando estábamos sometidos a una "chocolateada", como se dice en el cuartel a los castigos militares (mejor sería decir, abusos militares) vi que un cabito profesional estaba castigando a los rezagados a planchazos con la parte plana de una bayoneta. Había entre nosotros un muchacho aymara muy

humilde, corpulento y por tanto pesado en sus movimientos. Seguramente estaba más cansado que los demás y como ya no respondía al acoso, el cabo le arrojó la cuchilla bayoneta y le atravesó la pantorrilla; el muchacho cayó al suelo atravesado sus carnes por la bayoneta, sin protestar ni quejarse del dolor. Luego, el mismo cabo arrancó de un jalón la bayoneta en medio de nuestro estupor e indignación, mientras improvisaba con su pañuelo una venda para contener la sangre. Quizás por un cargo de conciencia, quiso ensayar una disculpa haciendo algunos elogios a su víctima, o quizás era simplemente cinismo al decir que aquel muchacho era un ejemplo de soldado macho porque no había lanzado una queja de dolor ni había llorado por la pérdida de su sangre. Aquel hecho sucedió en el mismo cuartel, de modo que el traslado de la víctima a la enfermería fue rápido y fácil; pero como siempre aquel atentado deliberado fue consignado como un accidente de instrucción, sin que nadie denunciara o pidiera una investigación.

Esa clase de hechos se daban en el cuartel a causa de los prejui- cios raciales y la prepotencia característica de los uniformados. Todos tenían derecho a tener su asistente (sirviente doméstico) desde los comandantes de regimiento, batallón, compañías y hasta los clases. Los repetes aymaras eran designados como asistentes; para algunos esto resultaba conveniente porque podían disponer de una relativa libertad para salir del cuartel y a veces cubrirse con la influencia y rango de su jefe a fin de esquivar los maltratos. En cambio, tratándose de los asistentes de los clases, era realmente una forma de explotación y abuso. Ellos, atenidos a su grado y bajo las normas que se imponían en el cuartel que indicaban cumplir cualquier cosa que ordenara el superior, le ordenaban al asistente que fuera a traerle un café a la cantina, por ejemplo, sin darle el dinero necesario para pagar, y el asistente repete tenía que ir a cumplir esa orden sacando el dinero de su bolsillo, y cuando no podía hacerlo tenía que sufrir plantones y arrestos por no cumplir la orden de su superior.

Castigos injustos

Varias veces he sufrido castigos injustos, pero el que más recuer- do es aquel cuando por orden del comandante del regimiento dieron una licencia masiva. Aquello fue en un Todos Santos y salió más de medio regimiento a sus casas. Unos iban por 24 horas, otros por 48 horas, según las distancias de sus distritos, y yo también aproveché para ir a ver a mi padre en Corocoro. Entonces no

existía transporte

carretero diario como en la actualidad, sino solamente el servicio semanal del ferrocarril, de modo que no pude alcanzar a tiempo para el plazo de la licencia. En consecuencia fui incorporado al grupo de los castigados, que eran más de doscientos soldados.

El castigo que nos impusieron consistía en dormir una hora y plantonear otra hora hasta el toque de diana, noche tras noche, y al día siguiente como de costumbre salir a la instrucción, cumplir con todos los deberes, además de hacer la limpieza y cargar adobes en calidad de castigados. Con esa clase de castigo en unos cuantos días sentimos un cansancio agobiante; ya no podíamos ni tenernos en pie, estábamos agotados. Encima nos hacían formar justamente en los momentos en que se distribuía el rancho mientras nos entregaban a la otra guardia entrante y después de las largas formalidades de estilo para nosotros el rancho ya estaba frío y todo escogido. Así pues, empezaron a desertar muchos soldados, incluso los antiguos, a los cuales les faltaba poco tiempo para licenciarse y algunos tenían grado de cabos y dragoneantes. El caso es que desertaron masiva- mente; salieron las patrullas a buscarlos y trajeron a unos cuantos; pero la mayor parte no fue detenido. En cuanto a los desertores capturados, los vistieron con ropas de mujer y haciendo formar todo el regimiento les hicieron pasar por el "callejón oscuro", una forma de castigo cruel en el que todos hacían burla a tiempo de golpearlos con puñetes y patadas obligadamente. Era realmente brutal el castigo, ninguno podía resistir todo el recorrido; cuanto más apenas alcanzaban hasta medio trayecto y se desplomaban echando sangre por la boca, así fueron a parar a la enfermería.

Yo pensaba que aquello más que un abuso era en realidad un crimen cometido por el comandante y los demás oficiales a título de disciplina militar. Después de ese castigo injusto y generalizado, por el agotamiento nos quedábamos dormidos sobre el suelo mientras haríamos los ejercicios en campo abierto. Yo mismo tuve la idea de desertar porque físicamente y moralmente era insoportable; pero ante la diaria deserción por grupos finalmente levantaron aquel castigo que también ha debido dejar maltrecha la hoja de servicios del comandante, porque además de la cantidad de desertores había un buen número de soldados postrados en la enfermería y otros se fueron con armamento y todo.

Observando a los militares

Siempre fui muy observador de las cosas y personas que componían cada una de las realidades circunstanciales de mi vida;

así pues, los diferentes jefes militares con los que me tocó trabajar y obedecer no pudieron estar libres de mi silenciosa observación. La medida de mis calificaciones estaban referidas a la conducta de cada uno de ellos, a la claridad y capacidad de instructores y al porte de marcialidad entre otras cosas. Según mis observaciones habían oficiales buenos, regulares, malos y hasta pésimos; pero lo que me extrañaba más era que aquellos militares de carrera, profesionales del arte de la guerra, estaban muy atrasados en cuanto a técnicas y tácticas frente a las realidades militares de entonces. A la caballería ya habían reemplazado los tanques y blindados motorizados, pero parecía que nuestros instructores estaban chochos con la esgrima a bayoneta calada.

En ocasión de una revista por batallón nos destinaron un oficial que al parecer no era de la especialidad de ametralladoras pesadas: haría disposiciones que no correspondía a nuestra especialidad ni a la lógica de la operación. Con sus equivocadas disposiciones ponía al descubierto toda la escuadra: en un campo dominado por el enemigo figurado quiso que saltáramos con toda la pieza montada, que equi- valía a una segura destrucción total. Entonces reaccioné impulsiva- mente, porque en mi calidad de jefe de pieza se había formado en mí una conciencia de responsabilidad por la seguridad de mi pieza y la vida de los soldados de la escuadra, de modo que me insubordiné y me negué a obedecerle. El teniente se extrañó al principio, luego se encolerizó y me preguntó qué quería hacer, cómo iba a conservar la potencia de fuego. Para ese momento ya estábamos enardecidos por la profusión de disparos de cartuchos de fogueo, y estaban desenca- denados los instintos de fieras por el calor del simulacro de combate. En aquel momento no tenía miedo de aquel oficial ni respeto a su jerarquía; para mí era un chambón y me extrañaba que aun así y todo fuera teniente efectivo, es decir, militar profesional. Me pregun- taba, ¿qué clase de formación podría dar a los soldados?, ¿cómo se podría hacer una guerra con esa clase de militares?

Creo que esas rápidas consideraciones provocaron la indignación que me llevó a una situación de abierta insubordinación. No creo que aquel oficial hubiera

aceptado mi actitud así por así; quizás veía que no obstante de haber pasado las pruebas teóricas, en la práctica estaba fracasando al igual que otros técnicos de las diferentes ramas del saber. Seguramente reconocía que yo tenía razón, si se puede imaginar la magnitud del desastre en una guerra de verdad, punto sobre el cual no discutimos pero que ambos comprendíamos. Quizás por eso brotaba de su inconsciencia un interrogante en busca de una experiencia práctica cuando me decía: "¿Qué quiere hacer?" Aquellas

palabras no eran una recriminación, pese al talante de su voz, sino más bien una invitación a obrar. En efecto, respondiendo mecánicamente a la pregunta, hablando y haciendo a una misma vez, desmonté la pieza y envolviéndome la banda de municiones en bandolera, salté a mi manera, haciendo uso de la instrucción reci- bida y aplicando mi iniciativa propia. Ingresamos a la zona roja con saltos cortos y veloces, combinando un fuego de cobertura entre fusileros y pieza hasta que, todo sudorosos, logramos salir de la zona de peligro, ebrios con el acre olor de la pólvora.

En cuanto a nuestro oficial, a partir de mi actitud de desobedien- cia, sólo fue un espectador más que nos seguía a retaguardia hasta que terminó la revista. Una vez calmado mi ánimo, empecé a comprender que había roto la disciplina y seguramente iba a ser castigado en cualquier momento, y ya estaba resignado a sufrir el castigo porque reconocía que había obrado impulsivamente, aunque no sin razón. Pero no hubo ningún castigo en el cuartel, no apareció más aquel oficial en nuestra compañía y al parecer no presentó siquiera un informe sobre el incidente, lo que equivalía a otorgarme la razón, aunque no podía saber si era por una nobleza de espíritu o por la vergüenza de haber sido superado por un conscripto. En fin, mis observaciones confirmaban el criterio que tenía de los militares, desde la Guerra del Chaco en mi niñez.

Yo no puedo decir que he sufrido, por cuanto fui más bien un soldado sobresaliente, no por mi preparación sino más bien por mi excelente memoria, por mi sentido de adaptación y quizás por un instinto para desenvolverme en la instrucción de orden abierto. Esas experiencias las he sobrellevado también en mi condición de ayma- ra, que sentía aquella discriminación racial del militar blancoide, del suboficial, del sargento profesional, que mostraban un abierto desprecio racial hacia el soldado aymara, aunque no me lo hicieron personalmente a mí. Pero de todas maneras me daba por aludido en cualquiera

situación que se daba en mi compañía, porque a pesar de que había sufrido una aculturación, inconscientemente conservaba la personalidad de mi identidad étnico-cultural; latía todavía en mí el orgullo de mi raza, que en ese momento no podía explicar; pero sí sentía rabia y deseos de salir en defensa de algún soldado aymara ultrajado. A la vez comprendía mi impotencia ante esa disciplina que imponía que nadie puede hablar sin que le ordenen y nada se puede hacer sin una orden de los oficiales o clases. Todo eso he sobrellevado a fin de ser un ciudadano, porque me habían inculcado que para ser algo en la vida civil era importante el servicio militar; que la libreta de servicio militar era el documento que acreditaba

como ciudadano para poder trabajar en las fábricas o en cualquier otra ocupación. Así tuve que soportar todas las situaciones de la vida de cuartel, a fin de obtener la libreta de servicio militar que me acredite como ciudadano boliviano.

Yo era como una cosa colgada en el vacío

El servicio militar también sirvió para definir mi nombre. Un poco antes de enrolarme, cuando yo era un joven de dieciocho años más o menos, pude averiguar que había sido bautizado a los tres días de mi nacimiento en Corocoro con el nombre de Luciano, conforme al calendario cristiano y al modus operandi del sacerdote evangelizador. De acuerdo al acta de bautizo, consta que soy de raza indígena e hijo natural de Simona Mamani -porque mis padres no habían cumplido con las formalidades del matrimonio cristiano- de modo que mi nombre completo seria Luciano Mamani.

Pero como mi vida siempre se desarrolló entre dos mundos cultu- ralmente diferentes y opuestos, en la realidad del *ayllu* donde pasé mi niñez, mi nombre de pila no era usado cotidianamente y hasta me parece que solamente era utilizado por parte de mi madre en momentos de reconvención. En su lugar me llamaban de manera cariñosa y con acento netamente aymaras: *Lusiku.* Ese es el nombre que me une con mi ancestro, y el que floreció en los labios de mi madre y mi padre mientras se abrían mis ojos y mi entendimiento, y con el que fui conocido en mi pequeña sociedad de chiquillos ayma- ras.

Mi padre apellidaba *Qhispi*, que deriva en *qhispiyaña* en aymara significa

"salvar". Cuando los *Qhispi* venían a la ciudad general- mente se volvían "Quispe" para acomodarse a la pronunciación del castellano. En la época en que yo ya había alcanzado el porte de *yuqallito* lleno de vida, recuerdo que mi padre y los miembros de su familia, en un gesto de aprobación y satisfacción y a manera de inculcarme un concepto de orgullo y de identidad étnica, me decían que yo era un *Qhispi qallu,* es decir "la cria de los Quispe", quizás con la esperanza de una digna sucesión y prolongación de la raíz familiar a través de las generaciones.

Después de mi trasplante a *Chukiawu Marka,* todavía prevaleció mi nombre de *Lusiku* hasta los comienzos de la Guerra del Chaco; pero cuando fui entregado a aquella chola que sería mi patrona y mi verdugo, mi nombre de *Lusiku* quedó archivado por años y ni qué decir de mi apellido, porque ella -como ya he indicado- me clavó y

me remachó con el denominativo de *yuqalla,* como una especie de exorcismo inquisitorial para hacer desaparecer todo lo que la socie- dad de entonces consideraba repugnante en mi pequeña personali- dad étnico-cultural.

Cuando tenía más o menos trece años, en el transcurso de un espacio efímero de bienestar, y con la voluntad de entrar a la escue- la, comencé a usar de manera definitiva el nombre de Luciano; pero mi apellido siguió flotando en una nebulosa, porque nunca me fue requerido y yo mismo no sabía si usar el apellido de mi padre o el de mi madre.

En el momento de hacer el servicio militar tuve que declarar un nombre y entonces hubo un momento de duda dentro de mí. Yo desconocía la situación conyugal final de mis padres; no sabía que al casarse mi padre me había reconocido. Sólo sabía que la iglesia cristiana y el sistema jurídico me habían asignado la calidad de un bastardo al clasificarme como "hijo natural"; y yo, por la manera en que mi padre me trataba a veces, pensaba que quizás no era su hijo. Hoy en día un hijo natural tiene el mismo derecho que el hijo legítimo: la sociedad ya no hace ningún reparo; pero en aquella época no había ninguna ley que pudiera ayudar al hijo natural y las actitudes de la gente eran muy diferentes. Y ésa era la duda que tenía dentro de mí porque hasta en la familia de mi madre me decían que yo no era más que un hijo natural, y en esos días yo era como una cosa colgada en el vacío.

En esa época no exigían certificado de ninguna clase al presen- tarse para hacer el servicio militar; simplemente pedían la infor- mación al recluta. Entonces, cuando me presenté para hacer el servicio, como una especie de acto de reconocimiento, me inscribí con el apellido de Tapia, que era el segundo apellido de aquel maestro que me ayudó en los días tristes de mi niñez en La Paz. Como segundo apellido adopté el de Quisbert con el que mi padre había a su vez cambiado nuestro apellido aymara de *Qhispi.* Así, una vez he- cha mi carta de ciudadanía de esa manera, a la finalización del ser- vicio militar, quedó conformada mi identidad adoptiva, muy adecuada para contrarrestar la saña del escarnio racista de enton- ces. A mis diecinueve años surge el nombre de Luciano Tapia Quis- bert del fondo de la iniquidad y la infamia del apartheid boliviano, en tanto que mi nombre legítimo de *Lusiku Qhispi Mamani* queda soterrado en el olvido y la vergüenza.

Pero ahora quiero reivindicar y proclamar mi nombre verdadero. Ahora puedo entender que, como consecuencia del escarnio racista,

yo tenía que ocultarme en los pliegues de la aculturación porque la sociedad opresora había conseguido hacerme ver y sentir con pánico que mi nombre y todo mi ser eran feos y vergonzosos, sumiéndome en un estado de confusión y de duda hasta hacerme perder los fundamentos de mi propia personalidad.

Cuando mi padre se enteró de lo que había hecho no dijo nada; nunca me dijo absolutamente nada sobre esa cuestión. Eso a veces a mí me preocupaba y me extrañaba. Quién sabe, quizás comprendía lo que hice porque él mismo se vio obligado a cambiar su nombre. Mi caso no es un caso aislado; por el contrario, la historia de mi vida es la historia de mi raza y de los pueblos originarios marginados de la sociedad opresora. Pero, ¿por qué teníamos que hacer eso? ¿Por qué teníamos que ocultarnos de esa manera? En mi caso; funda- mentalmente porque yo no conocía mi historia, la historia de mi pueblo. A mí me enseñaron a avergonzarme de mi personalidad, de mi condición de indio y de mi raza. Esa era la conducta de la sociedad entonces; con eso me acomplejaron hasta el punto de traumatizarme. Si entonces yo hubiera sabido de la civilización a la que mi pueblo pertenecía en el pasado, me habría sentido orgulloso y seguramente no habría procedido así: habría podido resistir esa presión.

173

XII

SEGUNDA VUELTA A QALLIRPA

Una vez cumplido mi servicio militar me entregaron una libreta con mucha ponderación y las seguridades de que a partir de enton- ces tenía derecho a pedir y obtener un puesto de trabajo a sola presentación de la libreta; eso era la ganancia de más de un año de servicios y pateaduras. Volviendo a la ciudad quise mostrarla con orgullo; pero fue un desencanto para mi que en la vida real, en la vida cotidiana de un hombre del pueblo, la libreta de servicio militar no significaba nada, pues nadie me la exigió y de nada me sirvió, porque a donde iba a buscar trabajo no me pedían la libreta ni me calificaban por la libreta militar. Cuando fui a rondar por las diferentes fábricas en busca de trabajo veía a los capataces que escogían a dedo a la gente joven y robusta, a la gente que aparente- mente era fuerte y sana, sin exigir la libreta de servicio militar ni cosa parecida.

Yo no tuve suerte en las fábricas, aunque en una ocasión trabajé en una fábrica; pero el salario era muy mezquino, no me alcanzaba siquiera para poder satisfacer las necesidades de la alimentación y estaba en la misma situación de antes de ir al cuartel. Tenía

175

que seguir viviendo a plan de pan y un poco de café; no podía disponer de ropa ni de vivienda y seguía viviendo alojado en un cuarto que compartíamos con mi abuela. No tenía siquiera un catre para poder descansar; cada noche tenía que tender mi colchón de paja en el suelo y en la mañana volvía a recoger. Tampoco podía ayudarme más mi abuela porque ella misma ya necesitaba ayuda por su ancianidad y yo tenía el deseo de ayudarle, pero no tenía los medios necesarios. Buscando un mejor salario tuve que buscar otros trabajos, aunque fueran más rudos, con la esperanza de poder ganar algo más. Las realidades del diario vivir eran muy duras: a causa de los bajos salarios y la escasez de fuentes de trabajo la gente trabajadora se amontonaba en los lugares de trabajo y pugnaban para ser recibidos. Era doloroso quedarse desechado por los patrones o capataces y resultaba tan irónico aquello de la libreta militar y sus supuestas bondades. La verdad real en el terreno era otra y entonces llegaba a advertir que había obliga-

ciones pero no derechos ciertos para la gente pobre. En la desnuda realidad todo aquello de los derechos era un simple cuento; el único derecho de los pobres era subsistir en su miseria y morir de hambre.

En esa situación de desocupación tuve que pensar en una emigración a Chile, donde se decía que había mejores condiciones de vida. Con esa idea decidí ir a visitar a mi padre a manera de despedirme, además de pedirle que me prestara dinero para el pasaje. Entonces mi padre estaba trabajando en la empresa minera de Corocoro y estaba establecido definitivamente allí. Su situación era más o menos buena porque también trabajaba en agricultura en Qallirpa. En realidad estaba bien instalado en el campo; tenía animales y chacras y le faltaba tiempo para trabajar, de modo que prefirió retirarse de la empresa y sin mayores preocupaciones se fue al campo. Necesariamente yo también tuve que ir a la comunidad junto con él.

En ese tiempo mi padre mostró una mayor estimación por mí, parecía que se sentía orgulloso de tener un hijo joven; además yo ya era un hombre que podía trabajar de igual a igual: podía sujetar a los animales, levantar las cargas y hacer los trabajos agrícolas. Sin embargo, en mí estaba latente la idea de irme a Chile aunque no tenía dinero ni una persona que me guiara. Así pues, hablé formalmente con mi padre, pero él no estaba de acuerdo, lo cual lo tomé como un pretexto para no prestarme el dinero.

Matrimonio

Quizás era sincero o quizás era un cariño egoísta, lo cierto es que a partir de aquel momento mi padre se hizo el propósito de casarme con una mujer de su agrado, con la cual no tenía siquiera el saludo. Mi padre, seguramente siguiendo nuestras normas ancestrales, se tomó la libertad de entrar en tratativas de matrimonio entre padres, aunque sujeto a una permanente consulta a fin de obtener mi consentimiento; pero yo no había pensado seriamente en un posible matrimonio, ni estaba en una situación de comprometerme ya que mi principal preocupación era afirmarme en alguna actividad que me permitiera satisfacer mis necesidades y ganar bastante dinero.

Es cierto que en esa edad de las ilusiones admiraba y quedaba prendado de las cualidades de algunas jóvenes que había en la comunidad y en el pueblo e

idealizaba a la mujer de mis amores. Por otra parte, alguien y de alguna manera me había inculcado el horror a la familia de las mujeres pudientes, además de que, quizás por mis sufrimientos en mi niñez, tenía reacciones sicológicas que me hacían ver a toda persona pudiente como a mis enemigos. Pero esas emociones íntimas guardaba en secreto sólo para mí, por lo cual mi padre no podía imaginar mis sentimientos por haber vivido tanto tiempo separado de su hijo ni yo podía abrirle mi corazón.

Sin embargo, con el propósito de retenerme, mi padre llevó adelante sus tratativas con una familia de mucha consideración y buena posición económica y en base a una comedida propaganda oral de la comunidad, muy pronto quedé convertido en el objeto de las especulaciones matrimoniales, magnificado por las presunciones vanidosas de mi madrastra. Entonces decidí parar en seco la gestión diplomática de mi padre: fui puntualizando una por una las razones de mi negativa, a lo que mi padre también respondió punto por punto, demostrándome que todos los problemas estaban allanados. Ante la falta de mayores razones, me aferré simplemente en el argumento de decir que no me agradaba aquella muchacha. Mi padre quiso saber mejores razones y se mostró preocupado porque estaba en juego su palabra, es decir su dignidad y su honra. Ante mi obstinado silencio insistió con algunas consideraciones de pondera- ción de la joven en cuestión y, aunque sabía que era cierto todo lo que estaba diciendo, no podía decirle la verdadera razón de mi negativa, es decir, mi trauma emocional que me hacía considerar como un crimen que aquella joven fuera hija de una persona pudiente. Mi horror ante la idea de estar sujeto a su dominio en razón de su fortuna fue la verdadera causa de mi negativa que indudablemente se relacionaba con mi falta de madurez, la falta de

experiencia de mi padre y su poca capacidad para profundizar en mis sentimientos; además de haber perdido mi realidad cultural, motivo por el cual consideraba a mi padre como al intruso en un asunto de mi exclusiva incumbencia.

Así hice fracasar las tratativas de mi padre, lo que le causó algunos sinsabores, a pesar de que todo estaba sólo a nivel de consultas. Sin embargo, mi padre como mi madrastra, no se dieron por vencidos; insistieron proponiéndome otras alternativas a esco- ger, haciéndome sentir en la situación de un acosado. Así lograron arrancarme tímidamente el nombre de una joven, a la que apenas había

sido presentado y con la que había bailado un momento en el festejo de un matrimonio. Yo no estaba convencido de mis sentimien- tos ni podía saber los sentimientos de aquella joven con relación a mi persona. Ella, aunque provenía de una familia pobre tenía la fama de ser orgullosa y por añadidura no era del agrado de mi padre. Por esos secretos designios del destino se formalizó el compro- miso de matrimonio en el marco de nuestras tradiciones culturales, es decir, en la gestión de nuestros padres solamente fuimos presen- tados una sola vez para dar nuestro sí.

Después de realizado mi matrimonio tuvimos que afrontar una dura situación de adaptación familiar, principalmente por la actitud de mi madrastra, que pretendía someternos a su entera voluntad. A fin de evitar el encono de las rencillas regresé a la ciudad junta- mente con mi esposa; pero mi salario apenas alcanzaba para la subsistencia de media semana. Ante esa situación mi mujer quiso ayudarme vendiendo en la calle algunas cositas de poca signi- ficación, hasta que finalmente se empleó como ayudante de una gringa especialista en repostería en un club restaurant; así pudimos subsistir por más de un año. Con el transcurso del tiempo, mi madrastra cambió de actitud y periódicamente llegaba para instar- nos a que regresáramos a Qallirpa ya que nos necesitaban por cuanto dentro de poco tiempo desempeñarían el máximo cargo de la comunidad. A ello se sumó el avanzado estado de gravidez de mi mujer, hasta que nació nuestra hijita, de modo que mi mujer ya no podía trabajar. Nuestra situación se volvió álgida hasta que decidi- mos regresar a la comunidad, más por el acoso de las necesidades que por el entusiasmo de los ofrecimientos de mi madrastra. Por un tiempo todo estuvo bien: prácticamente quedamos encargados de todos los trabajos agrícolas y de los ganados, sin reclamar ni recibir un derecho propio para nosotros, aunque planeábamos con mi esposa que un día tendríamos nuestros propios sembradíos y un rebaño de ganados.

Dolorosa recuperación de mi identidad cultural

No obstante de ser bien recibido en Qallirpa, yo me sentía todavía un extraño a causa de haber perdido mi realidad cultural y de no tener amistades desde mi niñez; lo más bochornoso para mí era la tremenda dificultad para sostener una conversación en mi lengua madre, que aparentemente había olvidado; era el resultado del trauma sufrido en mi niñez que trababa mi lengua, y por ese complejo no podía recuperar el pleno dominio de mi lengua ancestral. Vale la

pena anotar que esa situación es la misma que su- fre y afecta a grandes masas de la población india y en las regiones que han tenido que vivir un mayor grado de aculturación nuestra lengua ha perdido la pureza cristalina y armoniosa de su dicción, que aún se advierte en las regiones que aún no han alcanzado las compulsiones aculturativas. Ese fenómeno también se lo puede advertir en las grandes ciudades, basta escuchar la desastrosa expresión de los locutores aymaristas de la mayor parte de las casas radiales, ni qué decir de los locutores mestizos que alguna vez se ven obligados a pronunciar alguna palabra aymara.

En lo más inmediato de mi diario vivir nadie me hacía sentir el desprecio racial y social que siempre me había abrumado en medio de la sociedad criolla colonial. Por el contrario, las personas mayores cariñosamente me decían *wawa*, que no era simple cortesía sino más bien una expresión de sincera estimación y respeto. Mis contem- poráneos me decían *jilalo o* hermanito, y la gente menuda me salu- daba en términos familiares llamándome "tío", que me hacía sentir como miembro de una gran familia. Lo interesante para mí no era el saludo en sí, sino la forma tan fraterna y humana de su expresión, pronunciado con una peculiaridad cantarína, que más que el simple formalismo del saludo parecía un canto a la vida.

Pero a causa de haber sufrido una permanente compulsión acul- turativa, en mí estaban arraigadas las costumbres individualistas y las maneras de la simulación occidental, de modo que no podía superar mi conducta reservada y mucho menos corresponder admi- tiéndolos como a mis hermanos. Me parecía un absurdo que nos tratáramos en términos familiares cuando, según mi modo de ver, no teníamos ningún grado de parentesco; además que hablar en ajanara era una tortura para mí,_a tal punto que consideraba una ofensa cuando alguien insistía en hacerme hablar en aymara. Por la resumida relación de aquella situación se podrá comprender que en mi mundo interior se desataba una tremenda lucha que me dejaba conmocionado y desgarrado sicológicamente cuantas veces se daba

el choque de los yo opuestos. Entonces no tenía una clara idea de lo que me pasaba, ni podía comprender que sólo con el tiempo podría superar mi conflicto interno y recuperar mi personalidad concien- cial. Era una cosa incomprensible y vergonzosa para mí mis reac- ciones negativas a las expresiones y formas culturales de la comu- nidad cuanto más si íntimamente me gustaban y

empezaba a quererlas a veces porque hacían revivir en mí los lejanos días de mi infancia. El hecho de hacer el ridículo al hablar era la causa para mantenerme huraño y ajeno a la comunidad; porque las burlas y observaciones, aunque fueran moderadas y comprensivas, siempre resultaban una tortura insoportable para mí. En esa situación de inválido sin palabra la recuperación de mi conciencia de identidad cultural fue lenta, penosa y hasta dolorosa; fui conmocionado y desgarrado en mi alma hasta hacerme sentir pánico ante las expre- siones culturales de mis ancestros.

Mediante la comparación entre mi tez morena y la pálida, supuestamente blanca, del híbrido opresor me convencieron que yo era ordinario. Espejo en mano me humillaron con mi supuesta feal- dad. Así me hicieron sentir vergüenza de mi nombre, de mi expre- sión cultura] y de mi ser. Así me enseñaron a ver la religiosidad cósmica de mis mayores como una simple superstición vergonzante y los ritos de nuestra fe como idolatría pagana del demonio. Así me sentí pequeño, perdido y sin rostro ante mis opresores y ante mis mismos hermanos. Viví ignorando mi historia y mi origen a causa de la manipulación de mi mente y el cruel escarnio racial que me obligaban a esconderme en los pliegues aculturativos del opresor.

Sin la comprensión y ayuda de mi esposa no hubiera conseguido liberarme de mis complejos. Ella hablaba por mí: era mi consejera y guía en la práctica de las costumbres de nuestra cultura ancestral. Ella, bien o mal, me mantuvo sujeto en el marco de mi cultura a través de más de 20 años de vida conyugal, porque después de nuestro regreso a Qallirpa, nunca más quiso alejarse de la comuni- dad aun a costa de vivir en la miseria hasta su muerte.

Mi padre, *Mallku* en Qallirpa

Así pasó el tiempo hasta que llegamos a la fecha en que mi padre asumió el mando de la comunidad con todos los ritos, usos y costum- bres ancestrales del *ayllu.* Acompañar a mi padre en el cumplimien- to de nuestras tradiciones culturales fue para mí una nueva experiencia sobre otra forma de relaciones humanas, que a veces me

dejaba sorprendido y otras maravillado, desde el trato personal hasta las formalidades de los ritos, usos y costumbres que recién empezaba a aprender.

Aunque entonces me sentía ajeno y observaba con curiosidad el desarrollo de las juntas, esos recuerdos ahora me sirven para hacer una diferenciación comparativa entre la democracia *q'ara*, que sólo sirve para mantener los privilegios e intereses de una élite opresora, y la democracia del *ayllu* aymara que, en sus diferentes manifesta- ciones, era una expresión cotidiana en todos los actos de las perso- nas que actuaban en función de los intereses de la comunidad. En la conformación de los mandos o autoridades ancestrales se daban debates a veces acalorados donde el razonamiento de la mujer competía en igualdad de condiciones, sin dejar de identificarse en voz alta con la mención de sus dignidades y no por sus nombres y apellidos, que quedaban para el trato íntimo de la familia y de sus amistades.

El ejercicio de esa democracia tenía a mi modo de ver y com- prender dos matices: uno, que tenía un desarrollo armónico, cons- tructivo y hasta cortés, a tiempo de tratar sobre asuntos referidos a trabajos comunitarios. No faltaba lo anecdótico, las pullas lanzadas especialmente por las mujeres como motivación para la decisión participativa de los hombres, amenizada a veces con explosiones de risa. Había también asuntos graves que se trataban con la seriedad del caso, mientras circulaban de mano en mano los *taris* y *ch'uspas* de los participantes en medio de mutuas flexiones y expresiones tradicionales de cortesía. A veces se presentaban casos enojosos con la moral del *ayllu*; entonces aquella asamblea democrática adquiría las formas de un tribunal colegiado que tenía que decidir un fallo de sobreseimiento o condena. Esos casos eran muy raros porque de acuerdo con los principios morales del aymara, era una verdadera desgracia ser llevado hasta esas instancias y la represión era un oprobio quizás más insoportable que entrar a la cárcel.

El otro matiz de la democracia del *ayllu* se manifestaba espe- cialmente en las juntas para la designación del *mallku* de la comu- nidad, que junto a los *mallkus* de las demás comunidades confor- maría el consejo de *mallkus* de todo el *ayllu.* Las juntas que comenzaban en la comunidad finalmente terminaban en la *marka* del *ayllu,* por cuanto se trataba de asuntos vitales para la comuni- dad, además de la designación del *mallku* y la *t'alla,* seguido con la postulación de los *iras* o candidatos para la siguiente y subsi- guiente gestión.

En el desarrollo de esa democracia, que no se nombraba pero que se practicaba

cumplidamente, cada postulante junto a sus parciales sostenía con vehemencia las cualidades que le daban el mérito de hacer un alegato demandando el derecho de desempeñar el gobierno y ser autoridad de la comunidad, y aun de ascender hasta la junta de *mallkus* del *ayllu*, máxima aspiración de los jefes de familia, a la que no alcanzaban todos. No había lugar para las prolongaciones de mandato o las reelecciones, como se acostumbra en la sociedad occidentalizada y era desconocida la práctica del golpe de Estado, como es muy usual en la sociedad criolla. La inves- tidura de un *mallku* era tan legítima que nadie podía cuestionar y mucho menos se podía imaginar siquiera una defenestración de mandato sencillamente porque la comunidad no lo consentiría nunca.

Como aquella democracia de los *ayllus* aymaras se realizaba en el marco de nuestra propia cultura, naturalmente se daba la manifestación total de los valores que conforman y definen nuestra identidad. La fuerza de la lengua, cual espiral absorbía lo suyo y rechazaba lo extraño y se manifestaba en la voz timbrada de las mujeres con una graciosa y armónica prolongación admirativa, interrogativa o afirmativa según los casos; en cuanto a los hom- bres, la pronunciación era mesurada y con una terminación siempre afirmativa. No había varíos en la palabra ni incoheren- cias en la proclamación ponderada y ceremoniosa de sus digni- dades con una originalidad única, que ahora al recordar me parece sentir ese sabor a tierra india, difícil de describir en toda su vivencia.

Después de la Guerra del Chaco los excombatientes indios que en su experiencia de guerreros habían advertido la necesidad de aprender a hablar el castellano tanto como saber leer y escribir, fueron poniendo poco a poco a sus hijos en improvisadas escuelas pagantes que funcionaban en jurisdicciones distantes; mientras se consideraba la necesidad de contar con una escuela propia en la comunidad. Según el testimonio de los comunarios, funcionó por unos dos años una escuelita de Qallirpa dirigida por un miembro de la misma comunidad, aunque razones económicas y la relación de trabajo de la tierra del improvisado profesor determinaron su cierre. Esa inquietud se fue gestando largamente, hasta que mi padre, en su gestión de *mallku* de la comunidad, obtuvo la concesión de un ítem y el reconocimiento oficial de la escuelita después de largos años de gestión.

Pero la comunidad no se dio cuenta de la pérdida de nuestra per- sonalidad a cambio de un poco de la lengua del opresor, mareados por el espejismo de la

civilización *q'ara.* Inconscientemente nos prestamos a ser agentes portadores de una otra cultura, lo que a través del tiempo se traduciría en una masiva aculturación, como la que resulta de la aplicación de la Reforma Agraria, cuyos efectos destructivos en el *ayllu* resultaron en el sutil genocidio cultural y físico del pueblo aymara del *Qullasuyu.* En el colmo del absurdo hemos admitido nuestra muerte proclamando la tramposa Reforma Agraria como un hecho de liberación y dando loas a nuestros asesi- nos sin advertir que la nefasta ley era una poderosa arma inventada por la *q'aracracia* criolla para nuestra destrucción, y el refinado instrumento de un inaudito hecho de etnocidio cultural sin prece- dentes, que fue presentado al mundo como un histórico hecho de liberación del indio.

Nuestras tradiciones establecían el cumplimiento de ciertas formalidades ceremoniales en las funciones de gobierno del *mallku* de la comunidad, entre las cuales se puede mencionar aquella que se cumplía toda vez que se refería al *thiyachinu* del *mallku,* es decir, el bulto que cargaba el *mallku,* por cuanto ese bulto tiene un signifi- cado muy especial. Solamente un *mallku* y nada más que un *mallku* tiene la facultad de cargar el *thiyachinu* con un celo de respeto religioso único. El *thiyachinu,* es un arreglo preparado por sacer- dotes indios, (*yatiris, luxtiris* y *aruntiris*) donde reside la esencia de nuestros dioses tutelares, a fin de que la comunidad cuente con la protección y bendiciones para su bienestar y para que el camino del *mallku* esté libre de la interferencia de los espíritus malignos (*.ñanqhas*). Su significado está referido a nuestra espiritualidad y tradiciones culturales que no son impuestas a capricho ni manipu- ladas. El *thiyachinu* del *mallku* adquiere una significación sagrada que hace inviolable el mandato y la persona del *mallku* y junto a los demás atuendos constituyen las insignias de mando y autoridad que el hombre aymara, como culminación de todas sus aspiraciones, puede llevar una sola vez en toda su vida.

Es bueno aclarar que las dignidades a las que me refiero no tienen ningún parecido con los títulos aristocráticos del feudalismo europeo ya superado, por cuanto las dignidades aymaras no conllevan un significado de poder, sometimiento o explotación de los demás. Por el contrario, en el seno de los *ayllus* se llega a ser auto- ridad mediante las virtudes morales y el servicio a la comunidad; no existe un significado de señorío prepotente y sojuzgador. Tampoco pueden ser hereditarias, sólo tienen como corolario el prestigio que

se alcanza mediante el servicio a la comunidad con una entrega que llega a la religiosidad y la puntual observancia de las virtudes morales. Así pues, el prestigio es la meta y motivación de la conduc- ta humana en la sociedad del *ayllu* aymara.

La tan decantada democracia occidental quedaba ampliamente superada por la vivencia social del *ayllu*, cuanto más si sabemos que la democracia occidental nunca ha realizado la igualdad de los hombres, desde los tiempos de los griegos de la antigüedad que peroraban sobre la democracia en medio de un mundo de esclavos. La democracia del sistema occidental sólo ha sido el privilegio de los poderosos, el instrumento de dominación paradójicamente sostenido y defendido por los esclavos. Como prueba de mis conclusiones comparativas cito las "democráticas" políticas que permiten a los poderosos apoderarse de millones de dólares obtenidos en el extranjero enarbolando los harapos de la miseria y el hambre del pueblo. Así una camarilla de picaros en función de gobierno puede señalarse sueldos exorbitantes cuando las inmensas mayorías se mueren de hambre. Con esta breve conclusión quiero explicar la gran diferencia que existe entre la democracia falaz de un sistema occidental que nos sojuzga y la vivencia social de los *ayllus* aymaras, donde bajo el precepto de *khuskachasiña* la democracia es un hecho real en todas las manifestaciones de esa vivencia donde no caben las manipulaciones mezquinas e interesadas de los conceptos y precep- tos que caracteriza al sistema *q 'ara*.

Todo eso lo sentía y lo estaba viendo en el diario vivir de mi realidad aunque no podía expresarlo de una manera coherente. Tardaría todavía mucho tiempo en madurar mi razonamiento, hasta que finalmente un día pude expresar, con el alarido de un cuerpo social desgarrado, el derecho de mi pueblo a reivindicar su sobe- ranía política por encima de mezquinas reivindicaciones económicas y sociales: el derecho del indio a gobernar la *Pachamama* de nues- tros antepasados y de los hijos de nuestros hijos, reponiendo el siste- ma comunitarista de los *ayllus* que permitió a nuestros abuelos ancestrales construir en esta parte de la tierra las gloriosas civiliza- ciones del Tiwanaku y el Cuzco.

Mi primer hogar

La experiencia nos estaba demostrando la necesidad de construir nuestro hogar de modo que pudiéramos lograr nuestra independen- cia y autosuficiencia, como también de precavernos contra toda intromisión de mala fe que significaran nuestro sometimiento. En el

terreno de la práctica, no fue tan sencillo el cumplimiento de aque- llos propósitos, por el contrario resultó todo un desafío a nuestra fuerza de voluntad, capacidad y perseverancia contra un sinfín de necesidades, privaciones y sufrimientos, porque no teníamos nada para satisfacer nuestras necesidades de alimentación, abrigo y obje- tos de servicio deoméstico, ni qué decir en cuanto a herramientas de trabajo y demás aperos. Al principio no teníamos ni un cuero para el tendido de la cama, de modo que tuvimos que usar las polleras de mi mujer y mi poncho como cobijas; pero lo más grave fue procurarnos víveres como ser harina amarilla de maíz y un poco de azúcar cuando se podía; nuestros escasos recursos no daban para más, siempre estábamos con hambre, subsistiendo a media ración. En cuanto a herramientas, pudimos prestarnos lo más esencial; lo más difícil resultó conseguir una yunta de bueyes, pero felizmente mi tío nos cooperó muy bien en aquella ocasión; entonces él estaba de nuestra parte y criticaba a mi padre por su insensibilidad, en repetidas ocasiones nos ofreció que hablaría con mi padre, para instarle a legitimarnos con una *sayaña.* No pudimos saber si real- mente habló con mi padre, pero lo cierto es que nos ayudó a sembrar con sus herramientas, yunta y su trabajo personal. Así pudimos sembrar un tabloncito de papa dulce y dos de papa amarga, que mi padre nos señaló en los lugares más difíciles de trabajar por el grado de inclinación del terreno. Igualmente, el conseguir semillas fue una tarea penosa, por cuanto tuvimos que recurrir a la donación de buena voluntad de mi padre y demás familiares. Todo nos faltaba y todo tenía valor y era útil en aquella tarea de levantar nuestro hogar poquito a poco; con cuántas angustias y privaciones, especial- mente en aquella época del año cuando se agotan las reservas de los alimentos. La situación se fue haciendo más angustiosa por cuanto no teníamos dinero para ayudamos con productos del valle. A ello se agregó el hecho de que nuestra pequeñita ya quería comer y lloraba de hambre; el *phiri* de harina amarilla que nosotros comíamos como merienda no era del agrado de la niña quizás porque era de sabor amargo.

A tiempo de separarnos de la casa de mi padre, hablé con él para hacerle saber los motivos y a la vez pedirle que me legitimara en la *sayaña qalakaja,* conjuntamente con la casa y canchones que tenía, en consideración de que allí habíamos vivido con mi difunta madre y en todas las obras de mejoramiento estaba el trabajo de ella. Asi- mismo le hice notar que en mi niñez, sólito y abandonado en aquella casa, pasando muchas vicisitudes, había cuidado su

ganado sin merecer otra cosa que una paliza; por lo cual aquella *sayaña* tenía para mí un valor moral que me motivaba a reclamarla como un dere-

cho adquirido. Sin embargo, no pude obtener una respuesta muy satisfactoria; mi padre se limitó a decirme que algún día iba a ser mío, mientras tanto tendría que conformarme con la extensión de tierra labrantía que pudiera darme en la *aynuqa*.

En cuanto a la ocupación de la casa, sólo me autorizó a ocupar un cuarto. Podría calificar aquella pieza de "histórica", por cuanto en esa misma y única pieza nos cobijamos mi padre, mi madre y yo cuando cerraron las minas y tuvimos que volver a Qallirpa a fin de subsistir, pasando vicisitudes en la situación de *chhijnuqas* porque mis padres no tenían sembradíos, herramientas ni yunta de bueyes para trabajar la tierra. En mi caso se repetía la historia en el mismo escenario aunque con diferentes matices que en nada cambiaban el fondo del drama; junto a mi mujer y mi hijita por segunda vez viví la experiencia del *chhijnuqa* en mi propia realidad.

Aquel cuartito rural era más chico que regular, pero suficiente para dar cobijo a un matrimonio y una niña que recién empezaba a dar sus primeros pasitos. Ahí a un lado estaba la cama, tendido sobre el *patajat'i* de adobes, en el otro lado estaba el fogón y el esca- so menaje de cocina, todo de arcilla cocida (*ñiq'i phuku*); el pequeño espacio del centro servía para comer y charlar. Aquel cuartito en el que estuvo inscrita una gran parte de mi vida era nuestro refugio favorito por el calor del fogón y quizás por todo aquello que es el hogar: vicisitudes y esperanzas, ternura y amarguras, frustraciones y voluntad de lucha; así era mi hogar, humilde y pobre pero lleno de ilusiones.

Mi primer rebaño

En ese mismo tiempo, mi esposa me hablaba de la conveniencia de recoger nuestros animalitos y cuidarlos personalmente. Ella decía que con lana podríamos hacer la ropa de abrigo que tanta falta nos haría, y con la leche podríamos suplir la carencia de carne en nuestra alimentación; en fin, ella quería tener una autosuficiencia en nuestro hogar. En ese sentido y ante mi indecisión, por no tener un enfrentamiento con mi familia, con mi madrastra, un día consi- guió convencerme para recoger nuestros animales. A mí también me agradaba la

idea de formar nuestro rebaño, de modo que nos fuimos a la casa de mi padre llevando un poquito de coca como era del caso.

Mi padre no opuso ninguna observación y mi madrastra tampoco; pero era evidente que nos estaba atendiendo con mala voluntad. De haber sido por mí seguramente hubiera entrado a la casa para

comunicar a mi padre el motivo de mi presencia, luego hubiera pasado a los corrales para sacar los animales y me hubiera marcha- do. Pero no se podía obrar así, sin respetar los usos y costumbres de nuestra cultura y la autoridad de mi padre.

Muy de mañana ingresamos a los corrales y mi mujer tendió un *awayu* en el centro del corral con un *tari* con coca y unas botellitas de vino de *ayrampu* y alcohol puro y otra botella con alcohol aguado, todo dispuesto con frente hacia el saliente. Luego se arrodilló ante mi padre y mi madrastra que estaban sentados en el centro para pedirles perdón y permiso para formar nuestro rebaño, para que no se disgustaran y siempre nos miraran como a sus hijos. Hizo un breve discurso que les agradó, mientras yo la observaba admirado por su vehemencia, los términos puros del aymara y su forma peculiar de decirlo, de tal manera que por primera vez escuché a mi padre darle el trato de hija. Como siempre, yo me limité a imitar a mi mujer y balbucear algunas palabras, que les hizo sonreír a tiempo que mi madrastra decía: *"Aka gringux janiw kuns yatkiti"* [Este gringo no sabe nada]. Con todo, mi padre nos hizo arrodillar para darnos su bendición, a tiempo que hacía la *phawa* con las hojas de coca y demás componentes, invocando a nuestras *wak'as* e *illas* y a los *uywiris* del lugar, mientras intercambiábamos las *ch'uspas* y *taris* de coca con todos los miramientos y espiritualidad del caso. Luego mi madrastra trajo un poco de brasa e hicieron un sahumerio con incienso pidiendo permiso al *uywiri* de la casa para disponer del ganado. Agarramos a un par de llamas que simbólicamente repre- sentaban a la nueva manada y lo *ch'allamos* para que procrearan por cientos; lo mismo se hizo con un par de ovejas a las que se les adornó con unas *t'ikitas* de color, mientras pasaba de mano en mano el *mullu*, que es un talismán infaltable para toda ocasión.

Así procedimos a separar nuestros animales en medio de un balar insistente, quizás como una expresión de adiós aunque sólo cambiarían de aprisco.

Empezamos a apartarlos de la casa arreán- dolos por el sendero que conducía a nuestra casa mientras mi padre, por encima de la pared del corral, seguía *ch'aliándonos* con coca y vino, en tanto que nosotros nos alejabamos hasta desaparecer en la quebrada del terreno. En nuestra casita, después de hacer otro sahumerio con incienso bajo la orientación de mi esposa, contamos el número de animales que componían nuestro pequeño rebaño: teníamos cuatro llamitas, un burrito y las ovejas no pasaban de veinte; eso era todo nuestro ganado que por su pequeñez se perdía en la pampa. Pero nos sentíamos muy satisfechos porque en aquel pequeño rebaño, cifrábamos nuestras esperanzas de bienestar de

nuestro futuro; por eso sentíamos satisfacción y cariño por nuestro rebañito que ya era parte de nuestro hogar.

Es cierto que el valor monetario de veinte ovejas no tenía ningún punto de comparación con los millonarios bonos de inversión en la industria, el comercio y la banca financiera; pero así, en la sencillez de nuestra pobreza y la limitación de nuestras aspiraciones, éramos ricos en el contenido moral de nuestra vida, porque, sin ninguna ambición de lucro, nos dábamos por satisfechos con un poco de leche o un pedazo de queso para nuestra alimentación.

Yo mismo era un libro abierto

En una penosa reacción a través del tiempo pude revertir mi aculturación en la toma de conciencia de mi identidad cultural. En un acto de expiación creo haber cumplido, al proclamar histórica- mente los derechos naturales de mi raza y de mi pueblo ancestral del *Qullasuyu*, revestido de mi personalidad india, que recoge la *wiphala* de Julián Tupac Katari y funde el pensamiento de Zárate Willka con los postulados del movimiento indio contemporáneo que trasciende las fronteras del ficticio Estado boliviano. Al hacer conciencia de mi identidad comprendí que las expresiones culturales de mi ancestro, la personalidad de mi pueblo y su historia milenaria eran la clave para fundamentar y sostener una lucha de liberación. En ese sentido, podría decir que mi conciencia de identidad cultural se iba traduciendo en una conciencia revolucionaria, a medida que maduraba mi razonamiento de reivindicación político-cultural.

Fui comprendiendo que no tenía necesidad de leer ningún libro ni agarrar los dogmas del opresor como guías de orientación porque yo mismo era un libro

abierto con un contenido de experiencias y realidades vivas, de verdades irrefutables que superaban toda fantasía teórica, alienante y colonizadora. Con esos elementos que emanaban de mi ser tuve el suficiente valor moral para reivindicar los derechos históricos y la personalidad cultural de los pueblos indios. Así pude superar mi situación de postración y humillaciones que me inferían mediante el escarnio racial. Comprendí que lejos de sentirme mendigo y extranjero en mi propia tierra ancestral, más bien debía sentirme orgulloso de ser descendiente de las grandes y gloriosas civilizaciones de esta parte del mundo.

De ahí la razón para sostener que antes de ser una simple clase campesina, fundamentalmente somos una realidad histórica viva, un pueblo de carne y hueso y una Nación real, pese a la usurpación

de la representación de su Estado nacional; porque los aymaras tenemos una historia milenaria, una lengua, una cultura propia y un territorio geográfico de dominio ancestral. Estos son los funda- mentos de los derechos del pueblo aymara frente a la colonia criolla hispano-boliviana; frente a un Estado impostor que sólo es una ficción que flota en el varío, sostenido por el poder colonial de occidente, mientras es el agente servil de sus intereses. Consecuen- temente, debería ser nuestra voluntad hecha conciencia revolucio- naria, recuperar nuestra calidad de pueblo y Nación, yendo sobera- namente al encuentro de nuestra raíz histórica.

CUARTA PARTE MINERO Y SINDICALISTA



.OTICA *

XIII

COROCORO

Vivíamos en los últimos meses del año 1945, es decir, cuando se agotan los productos de la tierra y se hace difícil el aprovisionamien- to de alimentación, especialmente en los casos como el mío. El padre de mi esposa conocía aquella situación y en su afán de ayudarnos había tomado la iniciativa de buscar a un empleado de la oficina de personal de la empresa minera de Corocoro para pedirle que me recibiera como obrero en consideración a su amistad.

El camino al trabajo

Una mañana nos visitó para comunicarme que tenía que presen- tarme ante aquel señor lo más antes posible. En cuanto me di a conocer aquel señor llenó un formulario con mis generales y me hizo firmar. Inmediatamente pasé a la revisión médica y me entregó mi ficha de trabajo junto a mi taijeta de pulpería, y en menos de una hora ya era obrero regular de la empresa minera American Smelting de Corocoro. No me dio opciones de ocupación, sólo me preguntó en qué había trabajado antes. Quizás por lo inesperado del momento me olvidé completamente de que había trabajado en la mina Chojlla y sólo recordaba que por breve tiempo había trabajado como

ayudante de mecánico en una pequeña maestranza de La Paz. De ese modo fui destinado a la sección maestranza, a la herrería. A mí me hubiera gustado más estar en la mecánica de motores o el taller eléctrico, pero en aquel momento no

tenía alternativas a escoger; ni siquiera me fijé cuánto iba a ganar; hubiera trabajado por cualquier cosa porque nuestra situación llegaba a los extremos de la deses- peración. Volví a juntarme con mi esposa casi corriendo para con- tarle la buena nueva; pasamos un momento alegre haciendo comentarios y planes y dando seguridades a nuestra pequeñita que ya no pasaría hambre; en fin, recobramos la moral para seguir luchando por la vida.

Al día siguiente, tímidamente empecé a trabajar como ayudante de un maestro herrero y a los pocos días ya le estaba dando duro con el combo al hierro candente sobre el yunque al ritmo del maestro, que, cual un director de orquesta, me guiaba con su martillo en medio de la música peculiar del trabajo de una herrería. El trabajo era sucio a causa de las grasas y aceites, pero no era exigente ni riesgoso. Sólo me molestaba la conducta discriminatoria de la gente mestiza; por el hecho de que provenía del campo hasta me aplicaron el apodo de "Americano", con lo cual querían decir que no podía hablar o comprender el castellano. Ahí advertí el grosero y rabioso racismo del mestizo desclasado, tanto como su servilismo degra- dante con relación de los jefes y gentes de influencia. Paralela a esa situación, vi con disgusto que mis sobres de pago apenas tenían un pequeñísimo saldo a mi favor. A pesar de que no comíamos más de lo necesario ni sacábamos conservas caras, el salario se nos iba en la pulpería; con todo, al hacer el balance me resignaba porque ya no teníamos el problema del hambre; aunque yo, por falta de una habitación en el pueblo, tenía nomás que pasar algunas privaciones al mediodía, por no tener dónde prepararme un cafecito.

Todos los días tenía que hacer el camino de ida y retorno, con una distancia de más de cinco kilómetros en la mañana y otro tanto por la tarde, lo cual era bastante sacrificado, no sólo por el cansador trote de la mañana a fin de llegar a tiempo al trabajo sino por la inclemencia del tiempo en las épocas de invierno y de las lluvias de verano. Comenzando de mi casa, a unos 500 metros había un río que tenía que cruzar descalzo cuando en invierno sus aguas estaban congeladas y me daban la sensación de quemarme la planta de los pies. Entonces todavía no se usaban las botas de goma, y como no ganaba un salario regular, prefería sacrificar mis pies descalzos a fin de no estropear mis zapatos, los cuales usaba solamente sobre los terrenos secos y pedregosos. Las lluvias de verano tenían un efecto

aún más desagradable, por cuanto no solamente se mantenían frías, sino que su caudal crecía hasta convertirse en un río torrentoso y peligroso que al sólo pisar su fondo rápidamente arrastraba la arena de debajo de los pies, haciendo difícil el mantenimiento del equili- brio. Aquel río no sólo me obligaba a sacarme los zapatos, sino también el pantalón, ya que sus aguas me cubrían hasta la cintura en sus momentos de mayor caudal. Una vez salvado el cruce del río me parecían tonificantes aquellos baños forzosos, por cuanto me sentía fresco y liviano para hacer el trote del camino.

Luego, a partir de un lugar denominado *Qala jaquntaña*, cambia- ba la naturaleza del terreno comenzando con una pendiente pronun- ciada; ese terreno arcilloso en tiempo de lluvia se volvía más resba- loso que el jabón y en un determinado lugar adquiría las formas de un ventisquero donde todo cuerpo pesado o liviano era arrastrado por la fuerza de gravedad. Era tal la gomosidad resbalosa del barro, que para cruzarlo, tanto de bajada como de subida, tenía que clavar los dedos a manera de garras o rastrillo a fin de afirmarme en el caso de resbalar los pies y así, de cuatro pies, cruzaba aquel endia- blado lugar; ni así podía evitar algunos revolcones de vez en cuando. Claro que no era fatalmente peligroso; el único riesgo era de quedar completamente enlodado. A medida que se caminaba en ese terreno gredoso se iba adhiriendo a la planta de los pies un barro gomoso con un espesor de dos o tres pulgadas que pesaba tanto como ir con el lastre de baldes de barro en los pies, especialmente cuando el terreno estaba recién llovido.

En esas condiciones hacía el recorrido del camino para llegar puntualmente al trabajo, tanto como el de retorno a la casa por la tarde. Algunas veces me agarraba la lluvia en el camino, cuando todavía no se conocía el uso del nylon ni había ropas para agua en la empresa. Por otra parte, el hambre que sentía en las tardes también me obligaba a apresurar el paso hasta llegar a mi humilde choza, donde recién podía descansar y satisfacer mi hambre. Con todo, creo que valía la pena en aquel momento todo esfuerzo y penalidad a fin de que no pasaran en mi caSa la angustia del hambre, ya que en- tonces dependíamos completamente de los artículos alimenticios de la pulpería de la empresa.

En aquel tiempo la empresa no surtía a los trabajadores de carne, verduras y otros productos; el trabajador tenía que surtirse independientemente del mercado del pueblo. Los trabajadores que no tenían la ayuda de sus propios productos de la tierra, se podría decir que trabajaban sólo para cubrir el avío de la pulpería. A pesar

de que los precios de la pulpería eran mucho menos que los del mercado del pueblo, los salarios eran bajos, además de que el avío estaba limitado por un sistema de racionamiento.

Siempre recibía mi sobre de pago con un saldo tan ínfimo que no nos alcanzaba para comprar un poco de carne. En ese tiempo la carne venía por piezas y la carne de llama era la más consumida porque era la más barata. Se podía comprar una pierna de llama con unos 30 ó 35 bolivianos, que significaba el 50% de mi salario sema- nal, y como más del 50% ya me había descontado por la pulpería, re- sultaba que mi sueldo no me alcanzaba nada más que para una ali- mentación de subsistencia.

Interior mina

Corocoro no era estrictamente un campamento minero, más tenía la categoría de una ciudad provincial; era la capital de la provincia Pacajes. Seguramente absorbido por mis preocupaciones no recordé, a tiempo de pedir mi transferencia a la mina, los recuer- dos de la realidad vivida en mi niñez; de modo que cuando ingresé al interior de la mina tuve la sensación de encontrarme por primera vez con una realidad desconocida, sombría y siniestra que me infundía miedo a tiempo que me tragaba la negra garganta de su pozo. Cuando descendí de la jaula, conjuntamente con una tongada de trabajadores, me parecía estar soñando con la visión de un mundo subterráneo y el miedo se transformó en curiosidad querien- do saber qué había detrás de la profunda oscuridad que se advertía más allá del haz de luz de las linternas. Buscaba y buscaba sin conseguir ver algo concreto. De pronto advertí la danza de las sombras de los mineros, proyectada sobre el fondo oscuro por sus propias linternas. Con asombro vi que sus rostros se habían desfi- gurado con la sombra de sus propios cascos que les caía sobre los ojos; todo lo que hacían, hablaban o reían me parecía una metamor- fosis diabólica. Al fin me tocó ponerme en la apretada columna junto al minero al que me encargaron en la oficina y que desde entonces sería un compañero de trabajo y el jefe de mi cuadrilla.

A medida que avanzábamos por la galería principal, los mineros iban desapareciendo en los recovecos de las negras galerías como si tuvieran el poder de traspasar la roca para perderse en sus profun- didades. Así llegamos al pie de

un pique construido con gribas y subimos por una escalera hasta salir al "puente", como se denomina- ba la veta de mineral en explotación, lo que en otras minas se decía "rajo". Allí encontré a los miembros de la cuadrilla que a partir de

ese momento serían mis compañeros de sufrimientos e inquietudes, de esperanzas y tragedias. Como es habitual en la mina, mis compañeros estaban haciendo el *pijchu* de costumbre. A mi llegada interrumpieron su charla y mostraron alguna curiosidad por mi persona y mis antecedentes de experiencia minera, seguramente para formarse un criterio de calificación de mi persona. Creo que el resultado no fue muy favorable para mi prestigio ya que pude advertir cierta reserva cuando con toda sinceridad les hice saber que nunca había manejado una perforadora, aunque tenía mis méritos como barretero de la mina Chojlla. Además, tampoco llevaba una sola hoja de coca ni un cigarrillo, lo que seguramente ha debido perderme definitivamente en el concepto de mis compañeros, ya que en la mina es una ciencia cierta de que aquel que no lleva coca es un flojo rematado. No me lo dijeron en aquel momento; sino más bien, por solidaridad o por la costumbre, me ofrecieron unos modestos puñados; Corocoro no era la Chojlla donde abundaban las frescas hojas de coca de los Yungas.

Como ya he dicho, yo no era muy afecto al uso de la coca y el cigarro; si después he tenido que llevar coca era para no desentonar. En una comparación entre la comunidad y la mina había una gran diferencia en el uso de la coca: en la comunidad, la coca era parte componente de nuestra espiritualidad, la hoja simbólica de respeto y estimación en las relaciones humanas. En la mina era usada por la necesidad de adormecerse para poder resistir los rigores de la dura jornada de trabajo; de ahí que el *pijchu* minero se caracteriza- ba por la excesiva cantidad, a tal extremo que cuando ya no cabía más en la boca tenían que ayudarse con el dedo para hacer un espacio y poder introducir el cigarro. Las hojas de coca en la mina perdían su misticismo y se trocaban en símbolo de esclavismo. El minero, a medida que se adormecía con la coca, iba enmudeciendo hasta quedar en silencio. En esa situación de adormecimiento, estaba en condiciones de trabajar sin sentir hambre ni cansancio, sin sentir miedo al constante peligro de los derrumbes, ni pensar en las causas de su explotación y miseria.

Corocoro y la Chojlla comparadas

Lo más significativo para mí era la marcada diferencia que encontraba entre la realidad de Corocoro y la Chojlla aunque mante- niendo el mismo problema de fondo como era la explotación y los abusos. El personaje protagónico de la Chojlla era el típico barretero de lamparín de carburo; en Corocoro había desaparecido hasta de nombre. En la Chojlla los señalados perforistas eran mineros califi-

cados, cuya labor era únicamente perforar la roca para abrir sus entrañas con dinamita. En Corocoro, todo minero que trabajara en los "puentes" o "rajos" tenía la categoría de perforista, aunque no supiera trazar un taladro y realizaba todas las labores desde peón o carretillero. La producción de la Chojlla dependía enteramente del trabajo rudimentario de sus barreteros y *pirkiñeros;* no había más mecanización que los carritos manuales. La producción de Corocoro dependía de los perforistas de puente que, a no ser por el uso de la chicharra, también trabajaban de manera rudimentaria. Pero las labores de traslado y procesamiento estaban muy bien mecanizadas, de modo que habían desaparecido del escenario minero de Corocoro las típicas *q'areadoras* de antaño, sin que esto quiera decir que ya no había mujeres trabajadoras.

En la Chojlla, los mineros salían de las bocaminas para almorzar. En Corocoro, una vez introducidos al interior de la mina, se queda- ban ahí hasta completar las 8 horas de la jornada, sin que le importe a la empresa la alimentación de los trabajadores. La mina Chojlla se caracterizaba externamente por su campamento típicamente mine- ro, con todos sus problemas de hacinamiento e inseguridad. No había una sola casa particular y todos vivían en el campamento compartiendo la cruel desnudez de esa realidad. En cambio los ranchos de Corocoro eran más confortables e independientes; esta- ban construidos con paredes de adobe, techo de paja y puertas de calamina. Pero no era fácil para los trabajadores conseguir una vivienda en la empresa y quizás por eso o porque preferían una mayor independencia, mucha gente vivía en casas particulares.

En la Chojlla no había el problema de las discriminaciones raciales; debido a que no estaba mecanizado, los pocos mestizos de la administración prácticamente desaparecían en la gran multitud de mineros indígenas. En cambio Corocoro tenía una considerable población mestiza con arraigados prejuicios raciales,

quienes confor- maban la ampulosa planta de empleados y obreros de superficie que, con el propósito de mantener una situación de privilegio, ejercitaban una actitud de discriminación racial en contra del minero de interior mina, que era el indígena ajanara.

Perforista de puente

En aquel ambiente minero empecé a trabajar como pude en cali- dad de perforista de puente, es decir como trabajador a destajo; aunque yo no sabía nada de aquella modalidad ni estaba entrenado para el duro trabajo que empezaba y mucho menos sabía cuidarme

de los constantes peligros. Quizás por eso mis compañeros me tenían en menos, especialmente aquellos que sobresalían en la cuadrilla por sus habilidades en la perforación. Ellos presumían de su expe- riencia y hasta se burlaban de los novatos como yo. Pero tampoco eran tan difícil aprender y dominar los trabajos de la mina; lo que sí me parecía grave era el peligro de los derrumbes (*tuxu* y *aysa*) que causaban innumerables accidentes y hasta muertes horrorosas bajo toneladas de bloques de mineral. El material suelto entre la veta y la roca que iba soltándose como si fuera arena (*saxi*) y la consisten- cia blanda de la misma roca, harían de los derrumbes un peligro mayor que los disparos de la perforación. Tal era así que en aquellos tiempos sólo se usaba pólvora como explosivo para las *k'allas* de puente (avance en los rajos a techo cerrado); la dinamita sólo era usada en los topes y chimeneas.

Deseo enfatizar aquella situación comparándola con la de un guerrero en pleno campo de batalla, que suda, se arrastra y se desgarra por conservar la vida mientras lucha sin poder retroceder. El trabajador minero también es un guerrero que, en el dramatis- mo desnudo y cruel de su realidad, se bate a diario en el campo de batalla de un mundo subterráneo a cambio del amargo pan de su subsistencia. En homenaje al sacrificio anónimo del minero, se deberían rendir, a aquellos que mueren destrozados por la dinamita o los derrumbes, las mismas honras que se tributan, a veces inme- recidas, a doctores, generales y coroneles que generalmente mueren en el apacible solar de sus casas. El minero no es solamente el simple asalariado de los socavones; sino más bien, debido a los rigores de su realidad, el contenido del alma nacional, la conciencia de una lucha histórica a través del tiempo y el espacio.

Empecé a trabajar como pude; amarrando la linterna sobre el sombrero con una pita, los pies descalzos, el botapié del pantalón sujeto al tobillo y las mangas de la camisa bien arremangadas. Así empecé a carretear la carretilla bien cargada de mineral, cayendo aquí y allá por mi inexperiencia ante la mofa de mis compañeros, que además me estaban sometiendo a una prueba; pero era joven y lleno de vigor, dispuesto a mantener en alto mi amor propio en cualquier circunstancia. En poco tiempo ya estaba adaptado a las formas de trabajo, compitiendo de igual a igual en todas las tareas con excepción de la perforación, de la que creo que vale la pena hacer una descripción específica.

En Corocoro ya no había barreteros al estilo tradicional; la em- presa había desechado los combillos y los barrenos de lanza afilada y los había reemplazado con chicharras (perforadoras) y barrenos de

punta estrellada que permitían hacer taladros más largos, con mayor rapidez y a cargo de una sola pareja de perforistas. Aquellas chicharras, más que perforadoras, parecían una compactadora por la tremenda agitación que producía su desplazamiento a retropulsión, que exigía del perforista un constante esfuerzo a fin de mantener el equilibrio y control de la saltadora máquina. En la práctica, más que una herramienta de trabajo parecía un instrumento de tortura por el violento movimiento vibratorio de su funcionamiento-; necesaria- mente había que sostener con el cuerpo, especialmente con el pecho, soportando así el golpeteo vibratorio que repercutía en los pulmo- nes o los intestinos, según la posición de la endiablada chicharra. Con el tiempo llegaba a afectar a los pulmones, tanto por el golpeteo que los sacudía dolorosamente, como por el contacto directo con el polvo de la perforación en seco, cuánto más cuando no había ningún equipo de protección. La tecnología de entonces era todavía bastante rudimentaria; las chicharras perforadoras no tenían trípodes de soporte ni conexión para agua, de modo que el manejo de aquellas chicharras resultaba matador para el minero.

Mi primer sueldo

En la situación de apremio en que estaba entonces, fue para mí muy satisfactorio recibir el sobre del socorro semanal con un incre- mento de unos veinte bolivianos sobre el salario de contratación. Pero fue mayor mi alegría cuando

recibí mi primer sobre de liquida- ción mensual con un equivalente de más del doble de la paga semanal que me hizo olvidar las fatigas y zozobras del trabajo, imaginando comprar una y otra cosa como si hubiera tenido en mis manos una fortuna.

Entonces era un hombre con la moral bastante sana; no tenía el vicio de la coca ni el alcohol tampoco. Tenía un proceder muy tímido que no me animaba para pedir un crédito a las caseras que traían sus vendimias a la cancha de la mina, como lo hacían otros mineros, para cancelar con la paga de los días sábados. Así pues, no debiendo nada a nadie, no tenía necesidad de abrir mi sobre de paga y sólo se me ocurría la idea de compartir mi alegría con mi esposa. En efecto, emprendí el camino a mi casa, en un atardecer agradable lleno de sol y el campo con el característico verdor del verano; a la distancia divisé mi casita que parecía una cajita de fósforos puesta en la rinco- nada de una planicie, en cuyas cercanías aparecía nuestro pequeño rebaño de animales. Así fui acercándome a la casa; a medida que iba acortando la distancia vi levantarse del techo el característico humo

de la cocina; entonces supe que mi esposa ya me había visto venir por el camino y seguramente estaba preparando un té como de costumbre. Como saludo le presenté mi sobre de pago esperando ver su alegría; pero la moderada alegría de mi esposa me defraudó: ella tenía una expresión inusual a tiempo de examinar el sobre por todos lados. Aquella actitud me desconcertó, hasta que emocionada me abrazó y me dio las gracias por entregarle cerrado mi primer sobre de pago; así se disipó el misterio de su actitud. Yo daba importancia al valor del dinero; en cambio ella apreciaba más mi conducta; algo bonito de mi vida que no puedo olvidar hasta ahora.

Nuestra situación económica cubría nuestras primordiales nece- sidades de alimentación, pero no quedaba gran cosa para la ropa y menos para hacer ahorro; el dinero era algo así como una ilusión que se desvanecía ante nuestros ojos porque todo lo teníamos que com- prar; no obteníamos todavía nada de la madre tierra, que a simple vista se mostraba muy benigna, pero no era el tiempo cumplido para recoger el fruto de los sembradíos. Con todo, nos considerábamos afortunados con lo que obtenía de mi trabajo en la mina y el avío de la pulpería que nos daban a un precio por debajo del mercado corriente, especialmente las piezas de panes muy bien elaborados y de tamaño grande que recibíamos día por medio bajo aquella modali- dad de la pulpería barata.

El avío estaba controlado por un sistema de racionamiento de tres categorías: para trabajadores solteros, casados y los que tenían numerosa familia. En ese tiempo el almacén de la pulpería estaba bastante bien abastecido; se podría decir que en alguna medida la empresa mantenía la tradición de las empresas antiguas en cuanto a la pulpería; que siempre fue reclamada y apreciada por los mi- neros. Pero no vaya a pensarse que todo era una maravilla: los salarios eran muy bajos, lo cual limitaba a los trabajadores al con- sumo de la pulpería, especialmente aquellos netos mineros que no tenían ningún apoyo económico del campo y dependían únicamente de un salario para subsistir al día. Por eso, la mayoría de los mi- neros que preferían trabajar a destajo como en mi caso, en función de una mejor ganancia, optaban por hacer su propia explotación "hasta reventar", como era corriente decir. Era otra la situación de los mineros que venían del campo. Aunque por diferentes razones eran muy pobres, en alguna medida venían trayendo sus productos de la tierra, con lo cual sin darnos cuenta, estábamos subvencionan- do los salarios de explotación; así se beneficiaba la empresa con una mano de obra barata, como siempre ha sido en el sistema que aún nos rige.

Sin sindicato frente a los abusos

Otro aspecto negativo para el trabajador es que entonces no tenía ninguna organización, no tenía todavía un sindicato que defendiera a los trabajadores, ninguna autoridad que mínimamente lo protegie- ra. Todo era de la empresa: los campamentos mineros o ranchos, se podría decir todo el pueblo y hasta sus mismas autoridades. El trabajador estaba completamente indefenso y si algunas veces se daban protestas individuales, inmediatamente era acallado median- te el despido del trabajador, inclusive su arresto porque la policía minera también era de la empresa, y aunque aparentemente dependía del gobierno, en los hechos recibía y cumplía instrucciones de la empresa; prácticamente eran mercenarios y en calidad de empleados recibían pulpería desde el jefe hasta el último carabinero. En esa situación siempre salía perdiendo el trabajador, aunque su causa fuera la más justa; la policía no sólo legalizaba el abuso, sino en sí misma era el instrumento de la explotación, de la opresión y de la negación de justicia.

A la empresa sólo le interesaba la producción y no la provisión de buenas herramientas de trabajo, equipos de seguridad, vivienda y atención médica. Todo lo que entonces podía dar como atención médica se reducía a un consultorio que no iba más allá de una posta sanitaria; no obstante los altos índices de accidentes, no había un hospital de la empresa.

La empresa tenía tres empleados como jefes de campamento que eran el blanco de las quejas y el odio de los trabajadores por cuanto asumían una conducta de desconsiderados matones, quizás por instrucciones de la empresa. Por faltas al trabajo o cualquier otro pretexto echaban del rancho a los trabajadores, en medio de las más inauditas muestras de prepotencia, a veces secundados por la policía minera. Pero lo más grave era el desalojo casi inmediato e inhumano de los familiares de los trabajadores que morían en un accidente de la mina. Como todavía no existía código del trabajo que estableciera una indemnización por accidentes de trabajo, la empre- sa sólo se obligaba a proporcionar un ataúd y un poco de coca y alcohol para el entierro. Era realmente inhumana y vil esa actitud de la empresa. En una ocasión en que iba al trabajo pude ver breve- mente el cuadro doloroso de esa realidad cuando eran amontonados en la vía pública los enseres de una pobre familia en medio del llanto de asustadas criaturas que se arremolinaban en torno de la madre y de sus objetos. Aquel abuso me dolió tanto como si me lo hubieran hecho a mí mismo; ardía en la indignación y la impotencia aunque no conocía a las víctimas de ese abuso. Quizás fue una de

mis primeras reacciones emocionales en contra de la empresa y sus mayordomos sayones.

Domingos en Qallirpa

Mientras tanto, la situación de mi casa iba mejorando. En la época de la parición las ovejas que teníamos nos daban leche, espe- cialmente para nuestra niña, que iba desarrollando sin ninguna complicación. Su inocente alegría, su actividad inquieta y su inci- piente vocabulario nos parecían un encanto; hasta sus berrinches y majaderías nos parecía divertido. A veces recordábamos el tiempo en que, admirados, sabíamos contemplarla como a una muñequita dormida, espiando cualquier movimiento de su cuerpito, deseando que nos mirara. Ese deseo estaba cumplido con el transcurso del tiempo, porque nuestra niña no solamente podía miramos, sino que nos conocía perfectamente y correspondía a nuestro amor haciéndo- nos felices. Un poco más tarde mi esposa había logrado de la *k'ipa* los primeros frutos de la tierra, es decir, la *Pachamama* ya empeza- ba a alimentamos.

Pero no todo era fácil y armónico en nuestra vida cotidiana: yo me sentía fatigado y deseaba descansar; en los días domingos echarme al sol que me parecía muy apetecible, a causa de mi trabajo en la mina que prácticamente ya no me permitía gozar de los rayos solares. De modo que cuando mi esposa me encargaba el cuidado de nuestro rebaño mientras ella iba a hacer el mercado hasta Corocoro, me sentía frustrado y explotado. A su vez, ella se quejaba de estar amarrada al cuidado del rebaño y por añadidura soportando la actitud sañuda de mi madrastra en contra de mi esposa, por alguna razón que nosotros sólo podíamos atribuir a la maldad. Así pasába- mos los días, a veces amargados y otras veces resignados, pero siem- pre muy atareados: había que reparar los corrales que a causa de las lluvias se derrumbaban, sacar canales y reparar goteras, con lo que se iba el día sin acordarme ya de mi ansiado descanso; a ello se agregaba la necesidad de hacer aporques en la sementera, para lo que ya no me alcanzaba el tiempo. Así pues, cuando tenía pensado que a manera de descansar podríamos hacer un buen almuerzo de domingo, resultaba que yo mismo tenía que cocinar como pudiera, si es que no quería pasar hambre hasta la tarde, es decir hasta el regreso de mi mujer que preparaba almuerzo y cena en uno. Por otra parte, sentía un agotamiento no sólo por el duro trabajo en la mina,

la larga y esforzada caminata de ida y regreso, sino por la deficiente alimentación, aunque entonces no me daba cuenta cabal de esa situación.

203

Lunch

El sistema de trabajo imponía estar ocho horas en el interior de la mina sin más alimentación que un poco de agua de té y un pan, que denominábamos *lunch* . Pero no todos traían *lunch* y no era cos- tumbre compartir con los compañeros; algunos tenían la costumbre de adelantar su *lunch* a la entrada misma, entre los cuales me con- taba yo. Pero en mi caso había factores que agravaban esa situación; la distancia al trabajo me obligaba salir de la casa muy temprano y a veces, el hecho de dormirme que me obligaba a salir corriendo sin probar ni bocado del desayuno, llevando solamente la botella de *lunch* y a veces ni siquiera eso. Además, no se podía llevar comidas cocinadas porque se impregnaba el tufo desagradable de la mina; y estaba prohibido entre los mineros llevar tostados debido a la creen- cia de que el tostado provocaba los derrumbes o *aysas.* Para los que vivían en el pueblo la única solución era hacer un almuerzo en el de- sayuno para hacer una jornada sin alimentación; pero como yo venía de lejos, era difícil correr más de cinco kilómetros con el estómago pesado, además no tenía apetito en horas muy tempranas. Creo que más de un 50% de los mineros, como yo, ingresaban a la mina sin llevar nada para comer. Tal era la miseria de los salarios que, gene- ralmente a media semana, el minero estaba buscando un crédito para el pan de su *lunch* y he ahí la explicación y justificación para el uso exagerado de la coca en la mina. Pero qué le importaba a la em- presa el lento genocidio de su sistema de trabajo. Aun cuando los mi- neros se organizaron en un sindicato, años después, la empresa ale- gaba lo difícil y costoso de la operación de sacar a la gente en media jornada desde trescientos y cuatrocientos metros de profundidad y el minero estaba condenado a permanecer las ocho horas de la jornada en el lugar de su trabajo a plan de coca cuando no tenía su *lunch.*

204

LA CH ALLA MINERA

No todo era llanto y tragedia, también había tradiciones y fiestas que daban otros matices a esa realidad minera como era las famosas *ch alias* que recuerdo desde

mi niñez. En los lejanos tiempos de mi niñez veía grandes multitudes de mineros y *q'areadoras* que llenaban las canchas mineras en un ambiente de fiesta para recibir de las empresas el contenido de la *ch'alla* que consistía en confites, serpentinas y mixtura, amarrados en la pañoleta minera tradicional de aquellos tiempos, junto a una botella de bebida alcohólica a manera de aguinaldo. Lo inolvidable para mí es que aquellas fiestas tenían un sabor a tierra, nuestra tierra. Para la época en que me tocó ser minero de Corocoro ya no había confites ni pañoletas. En sustitución del antiguo amarro de la *ch'alla* la empresa entregaba un sobre de aguinaldo que los trabajadores recibían con alegría, sin comprender muy cabalmente aquel beneficio, al menos así me pasaba a mí, quizás porque mi sobre era más simbólico que efectivo por mi condición de ser nuevo en la empresa. También podía ser por el hecho de que sabía que los niños ricos podían recibir sus regalos de Navidad; pero el aguinaldo para los trabajadores era una palabra y un hecho nuevo para mí con el que nunca había sido beneficiado hasta entonces.

205

Nadie me había advertido de las costumbres de la *ch'alla*, ni mi esposa, quizás por descuido o porque no sabía las costumbres en el interior de la mina. Lo cierto es que fui al trabajo como de costumbre, con mi botella de *lunch* metida en el morral minero, sin llevar nada de mixturas, alcohol, ni coca siquiera; ignorando por completo lo que iba a pasar muy pronto en el interior de la mina. Pude advertir en la cancha la animación de los mineros que com- praban mixtura y serpentinas de una fila de vendedoras que habían aparecido ese día, lo cual naturalmente despertó mi curiosidad. Cosa curiosa, no recordaba en aquel momento nada de las escenas obser- vadas en mi niñez, de modo que ingresé a la mina sólo con una noción superficial de la *ch'alla*. Llegué al puente con mi habitual timidez cuando mis compañeros de ambas puntas de trabajo ya estaban reunidos allí haciendo normalmente el *pijchu*. Yo me sentía incómodo en medio de todos los que componían la cuadrilla que aquel día estaban más locuaces y groseros que de costumbre.

Quienes han trabajado en las minas saben que el minero es un diablo en el interior de la mina cuando en medio de su ambiente trueca su personalidad humilde, solidaria y hasta respetuosa por otra de picardía, intencionalidad y lascivia. En ese ambiente del interior de la mina, en el que parecen combinarse y confundirse las figuras brumosas del averno con las reales de los hombres, los mineros hacían una loca competencia en la recitación de sus glosa- rios, sin

ningún miramiento de escrúpulos morales, tal como son las cosas en su desnuda realidad, extractadas de las experiencias de sus propias vidas.

El *Tío* de la mina

A fin de no desentonar con mis compañeros saqué mi *ch'uspita* de coca, que muy pocas veces hacía uso a tal punto que la coca estaba seca y desmenuzada, en tanto que el *pijchu* y la charla de conjunto se hacía más prolongado que de ordinario, pero sin referirse para nada a la *ch'alla.* El ambiente estaba copado por las carcajadas que motivaban las narraciones de picarescas intrigas, aventuras y jocosi- dades íntimas que eran publicadas y festejadas por unos demonios. Hasta que al fin el jefe de cuadrilla dio las instrucciones para la *ch'alla*: no se haría ningún trabajo más que el recojo y adorno de las herramientas; unos prepararían rústicos asientos en el lugar de la *ch'alla,* otros rápidamente tallarían en un trozo del mejor mineral la figura del *Tío.*

Una vez cumplidas las instrucciones toda la cuadrilla, que ese día reunía a sus dos puntas de trabajo, nos ubicamos alrededor del *Tío* y las herramientas con un recogimiento religioso, casi místico, imposi- ble de comprender y creer, cuando hacía poco de nuestras bocas brotaba la procacidad como lenguas de fuego. Quizás aquellas carca- jadas que rebotaban en la roca eran la invocación al dios de la mina; quizás la danza de las figuras fantasmagóricas que proyectaban sus sombras era la introducción del rito al culto del omnipotente *Tío.*

El jefe de la cuadrilla, visiblemente emocionado, improvisó un breve discurso en el cual se manifestaba la pesadumbre junto a una pálida sonrisa de esperanza, a tiempo que se felicitaba por estar una vez más junto a sus compañeros de trabajo, hermanados por los sufrimientos y el destino común que los unía. Por la protección del *Tío* que los había preservado de los peligros y con su querer, estaban allí todos juntos para agradecerle y *ch'aliar* con toda fe a la omnipo- tencia del señor de la mina y único dueño de las vetas de minerales, el *Tío,* dios de generaciones de mineros.

Terminada la alocución procedimos a abrazarnos con contrición en nuestros corazones, a tiempo que unos y otros nos deseábamos parabienes con la promesa de estar juntos el año siguiente. La contrición de un comienzo muy pronto se transformaría en el desborde de las emociones contenidas. Aquella hermanación

solida- ria, a medida que el minero haría la glosa de sus sufrimientos, se transformaba en una dolorosa expresión de lamentaciones hasta desbordar en blasfemias y lágrimas, a la vez, que en una actitud de rebeldía, proclamaba su condición de hombre, sin comprender la magnitud cierta de las causas de su miseria y opresión. Pero si el minero no podía comprender con toda cabalidad que el sistema lo tenía encadenado y hasta castrado en su vitalidad socio-cultural y psíquica de su ancestro, si no podía comprender las estructuras de su explotación y opresión ni identificar certeramente a sus verda- deros enemigos de adentro y fuera, si su razonamiento era super- ficial, si su entendimiento estaba vacío y oscuro como los socavones en los que se consumía, estos males eran el resultado de una inhu- mana explotación embrutecedora, una infame agobiación mediante la miseria y la ignorancia como forma de dominación sistemática, destinada a anular toda capacidad de organización reivindicatoría libertaria.

Después de los abrazos todos sacaron de sus bolsas mineras las serpentinas y mixturas, las banderillas y estrellas de papeles de color, la coca, los cigarrillos y las botellas de bebidas de todas clases,

lo cual ciertamente me colocó en una situación muy incómoda porque no sabía cómo disculparme ante las socarronas observa- ciones y hasta las francas recriminaciones de mis compañeros, que tuvieron que conformarse con mi poca devoción al *Tío* en considera- ción de ser nuevo en la mina. Se adornó las herramientas lo mejor que se pudo, rematando con el tendido de la mesa del *Tío* con bastante coca, cigarrillos y botellitas de alcohol y vino y el adornado del *Tío* que prácticamente estaba vestido con serpentinas, mixturas y papeles de color.

La fe del minero que le rinde culto durante toda su vida hace que el nombre del *Tío* adquiera una solemnidad pesada que estruja el corazón y aturde el entendimiento. Parece increíble que la fe con- vierta un trozo de mineral en la representación de un dios de terror y a la vez de esperanza que nada tiene de común con las deidades cristianas. No hubo ninguna oración cristiana, como se acostumbra decir y hacer en las iglesias; pero todos nosotros hacíamos invoca- ciones al *Tío*, improvisando promesas de servidumbre y fe a cambio de su protección y el regalo de una de sus vetas de mineral.

Personalmente nunca he visto al Tío; pero había muchas narra- ciones que

aseguraban su existencia, por su materialización (según se decía) ante la invocación de audaces mineros que generalmente pagaron con su vida el atrevimiento de querer pactar con el *Tío.* También se decía de algunas excepciones, cuando el *Tío* espontánea- mente se compadecía de algún sufrido minero y lo convertía de la noche a la mañana en hombre riquísimo mostrándole una veta de mineral. La tradición decía que el *Tío,* se presentaba con la figura de un minero benévolo que, sin condiciones ayudaba a encontrar una veta; pero también podía presentarse en la figura de un perro, de un gallo y mayormente en la figura de un gringo que, para quienes no tuvieran el suficiente valor para soportar su terrorífica presencia, de seguro significaba la muerte. Se decía también que para sobrevivir en un encuentro con el *Tío,* era necesario conservar el valor y hablar claramente el motivo de la invocación; de proponer sin miedo los términos del pacto, como si se tratara de una negocia- ción común y corriente. Esa era la tradición y la esencia de un dios que imperaba en las profundidades de la mina, al cual se encomen- daba el minero y cotidianamente le pedía su protección, incluyen- do yo mismo, por supuesto. Nunca he conocido directamente a ningún minero que hubiera vivido la experiencia de ver y hablar con el **TÍO**; parecía que el *Tío* rarísimas veces concedía el privilegio de verle y preferentemente moraba en una dimensión esotérica, cuya clave era otro misterio conocido únicamente por los *luxtiris.*

Después de un derrumbe se imponía la necesidad de normalizar el trabajo; entonces recurríamos a nuestra fe en el *Tío:* hacíamos invocaciones y conjuros, sacábamos de la boca el *pijchu* de coca y lo lanzábamos al lugar en el que se localizaba el peligro, en el conven- cimiento, de que así se aplacaría el enojo del *Tío.* Tenso y mustio el minero, animado por su fe en el dios de la mina, seguía trabajando mientras de rato en rato caían pedazos de material suelto como para recordarle que sobre su cabeza estaban colgando los *tuxus,* que en cualquier momento podrían desplomarse sin dar tiempo siquiera para lanzar un grito de dolor.

Al margen de lo que puede ser la devoción pura en el *Tío,* o la creencia en una idolatría, lo cierto es que ante las tremendas injusti- cias de un sistema colonial esclavista, y la crueldad lacerante de su realidad, el minero, haciendo una amalgama con sus sufrimientos y sentimientos y los falsos valores morales traídos por el invasor euro- peo, ha elaborado la teología de una otra expresión religiosa en la cual se combinan dos filosofías opuestas, dos ideologías distintas.

Esto podría explicar el carácter del señor de la mina, cuando unas veces aparece como un Dios de espontánea misericordia con los mineros sufridos en extremo y otras se muestra terrible con los ambiciosos y vengativo hasta la muerte con los que lo invocan para saquear sus dominios.

Aun en el caso de ser el *Tío* la mística de una idolatría de las pro- fundidades de la mina, con toda seguridad es la consecuencia de los padecimientos morales y materiales del minero bajo un sistema de criminal sojuzgamiento como ha sido la *mit a* colonial, que la República ha mantenido y mantendrá mientras no se dé un proceso libertario que barra con las estructuras colonialistas y racistas del Estado boliviano.

Una protesta al vacío

Una vez terminado el arreglo del *Tío,* mis compañeros proce- dieron a envolverse con serpentinas los unos a los otros y creo que a partir de ese momento empezó la *ch'alla* propiamente dicha porque empezó a circular las botellas de bebidas variadas que bebimos así como venían, sin necesidad de copas ni más cumplidos que el de no excusarse. Yo participaba por primera vez en una *ch'alla* minera de esa magnitud, ignorando las peligrosas conse- cuencias que podían resultar de una feroz borrachera en el interior de la mina; limitándome a condescender con mi tímida presencia y sintiendo una resistencia al tufo del alcohol, quizás porque de

natural no me agradaban las bebidas fuertes. Pero quiérase o no estaba obligado a emborracharme, de lo contrario hubiera sido una ofensa a mis compañeros, cuando precisamente estaban tan animados y hablaban a todo granel en una forma de desahogo de sus emociones contenidas. En aquel momento todo era compañerismo fraternal, hermandad única, expresión singular de los sentimientos de la gente sufrida de las minas que se desborda con el efecto del alcohol que enardece su sangre, mientras habla de sus sufrimientos, de su rebeldía soterrada.

En el momento más sonado de la *ch'alla* llegó el jefe de punta, cuya labor de ese día no podría decir si era la más fácil y agradable o la más pesada y peligrosa. Lo cierto es que el odiado jefe se presen- taba ese día como el más fraterno compañero que firmaba las tarjetas de trabajo sin exigir nada ni echar los

sermones de costum- bre, pidiendo solamente que se cuidaran de los peligros y hasta insistiendo en recogerlos a las ventanillas del pozo, a la vez que *ch'aliaba* al *Tío* haciendo promesas de amistad, de respeto y consideración, aunque sólo fuera para salir del paso. Por su parte los trabajadores, olvidando sus rencores, lo recibían solícitos y hasta un tanto con adulación, cubriéndolo de serpentinas como si fuera el mis- mo *Tío* de la mina. Pero lo notable de esos jefes mestizos -en las *ch'alias* no aparecían los jefes gringos y blancoides- era su resisten- cia a tanta bebida que los mineros les obligaban a beber, que era suficiente para dormir o hacer andar de cuatro patas a cualquiera; así pues, no era raro que algún jefe terminara la *ch'alla* completa- mente borracho y llorando como la mayoría de los mineros.

Aquella experiencia fue brutal para mí, quizás porque no estaba acostumbrado a beber de la botella bajo la mirada controladora de los que me invitaban; pero esa era la costumbre, la ley de la *ch'alla* minera. También recuerdo que cuanto más borrachos estaban mis compañeros, por instinto o por un reflejo de la razón, se hacían más solidarios; ninguno abandonaba al compañero, no había aquello de decir qué me importa de ellos. Guiados por el jefe de la cuadrilla, todos unidos marchaban como un rebaño apretado, cayendo aquí y allá en los charcos barrosos de las galerías. Era un cuadro emocio- nante y a la vez tragicómico: en la enajenación de sus sentidos y el desborde de sus sentimientos unos lloraban como niños impo- tentes; lamentándose incoherentemente de sus sufrimientos y otros vociferaban el nombre de sus cuadrillas, como hinchas fanáticos de un partido de fútbol. Así recorrimos el trayecto hacia las ventanillas del nivel, mientras otros grupos que emergían de otros piques y galerías secundarias también convergían en la misma dirección, en

una situación similar a la nuestra. Había algunos mineros tan borrachos que llegaban sobre una zorra o carro metalero empujado por sus compañeros de cuadrilla.

En aquella revuelta reunión de mineros ebrios, la tarea de em- barque en las jaulas se hacía lento, porque era necesario hacer una selección para embarcar a unos en la jaula, y a los más borrachos en el tarro a fin de evitar un accidente; resultaba curioso ver cómo algu- nos mineros eran embarcados como fardos. Mientras mi fila se aproximaba lentamente a la ventanilla sentía que mi garganta estaba cocida por el alcohol; pero aún me mantenía dueño de mis sentidos. En un

momento de calma pude hacer el examen de mi propia figura y me pareció un tanto ridicula por la tanta serpentina que me enfundaba, haciendo un contraste con la pobreza de mi ropa de trabajo. Mis compañeros me echaban sus brazos al cuello para comunicarme su simpatía, para ofrecerme su cooperación en el trabajo, a la vez de hacerme una exhortación a la perseverancia y mayor esfuerzo a fin de que la cuadrilla tuviera siempre una buena liquidación, manteniendo en alto la honra de la cuadrilla, todo dicho en una mezcla de castellano y aymara.

Al fin llegó el turno de embarcarnos en la jaula, que nos llevó a la superficie sin ninguna novedad . Lo primero que advertí fue que la luz del día estaba extrañamente velada; luego vi los numerosos grupos de esposas y familiares de los mineros, que acudían para recogerlos desde la misma boca del pozo, a tiempo que el güinche trabajaba alternativamente con sus dos jaulas a toda capacidad. Resultaba chistoso para mí, como lastimero para las mujeres, ver cómo tolveaban a algún borracho. Los wincheros hacían esfuerzos por alejar tanto a los mineros que salían, como a los familiares que llegaban hasta el mismo pozo.

No obstante de ser solamente el mediodía todos estábamos com- pletamente borrachos, eufóricos y con los puños crispados, procla- mando con rabia u orgullo nuestra condición de mineros, en son de desafio o de búsqueda del responsable de nuestra situación, que de hecho resultaba una protesta al vacío. Así veía a mis compañeros avanzar eufóricos y en desorden, engalanados con serpentinas que les colgaban hasta la cintura, flotando armoniosamente como capas de seda que se abrieran y cerraran alternativamente con la suave corriente de los vientos. Me parecía que ese matiz multicolor de las serpentinas les prestaba una especie de aureola alrededor de sus cuerpos que me hacía recordar a aquella juventud eufórica que vi marchar a la Guerra del Chaco. En efecto, la expresión de sus

rostros tenía una singularidad muy especial: sus ojos aparecían a veces velados por las lágrimas que habían vertido y otras veces se veía el brillo chispeante de la indignación y la rebeldía. El mejor ex- ponente de ese cuadro era el jefe de la cuadrilla, hombre joven y de buena estatura, huesudo y musculoso, con la camisa descubierta hasta el pecho y el rostro sombreado por el ala del *guardatojo* que llevaba puesto aún con la linterna encendida. En su mirada algo ve- lada se advertía la pesadumbre de un cruel destino y en sus labios abultados

e inquietos, la protesta que brotaba desde el fondo de su ser. Así lo veía en aquel momento cual un guerrero o un espectro que insurgiendo de la tierra avanzara proclamando su liberación. Naturalmente yo no podía ser una excepción: confundido entre mis compañeros también gritaba mi condición de minero, desafiaba a que cualquiera se pusiera a trabajar a mi lado y en protesta por la explotación insultaba a los mayordomos tratándolos de *llunk'us.*

Así terminó para mí aquella *ch'alla.* No me quedaba ánimo para participar más tarde de la *ch'alla* general, que tendría lugar en la cancha de la mina, amenizada por una banda de música y con la masiva concurrencia de mineros con *guardatojos* que se incorpo- rarían saliendo de la mina, además de familiares, curiosos y mineros que no habían entrado a la mina, o habían salido temprano para bailar hasta el cansancio y consumir cerveza hasta donde les permi- tiera sus bolsillos. Por mi parte, aunque me había comprometido con mis compañeros para regresar a la *ch'alla,* una vez vuelto a la razón, primero estaban en mis sentimientos mi pequeña hijita, mi compañera y mi humilde casita que constituían mi querido hogar.

Hasta ese momento mi razonamiento estaba todavía bastante lúcido, pero en el acto de abandonar la cancha de la mina, mis recuerdos se hacen confusos hasta quedar completamente en blanco. Al fin el alcohol me había vencido. Felizmente, al recobrar torpemente mis sentidos, supe por boca de la dueña de una de las últimas tiendas a la salida del pueblo, que me había aproximado a la tienda para comprar unos panes en un estado de ebriedad que apenas podía mantenerme en pie y que al fin me habría quedado dormido sobre una patilla. Según aquella señora, conociendo la costumbre de la *ch'alla,* compadecida de mi situación y sabiendo que vivía en el campo, me había prestado un tendido y un pilcha para que durmiera hasta hacerme quitar la borrachera.

Desperté sobresaltado cuando el sol ya iba llegando a su fin. Muy avergonzado pregunté cómo había llegado a la tienda, además quería saber la hora, así pude saber que era las cinco de la tarde.

Luego, a manera de una disculpa sólo pude decir, que en la *ch'alla* me habían hecho emborrachar mis compañeros y dando las gracias emprendí el camino a mi casa, casi con desesperación y rabia, no sólo por haberme dormido, sino más por la idea de que quizás muy tristes mi hijita y mi mujer estaban esperando mi

llegada, mientras yo andaba emborrachándome en una fiesta. Era algo así como un cargo de conciencia que poco a poco se iba calmando a medida que avanzaba el camino. Así pues, podría decir que en la *ch'alla* no fue tanto el efecto físico del alcohol, sino el efecto moral con relación a mi propia realidad y la de mis compañeros de trabajo, mi conciencia de responsabilidad y mis sentimientos hacia mis seres queridos. Así fue la experiencia de mi primera *ch'alla* minera, cuyo recuerdo me es querido y sentimental porque allí aprendí a conocer el alma del minero en sus lágrimas, en sus blasfemias e imploraciones, en su cuerpo aplastado por los bloques de mineral y hasta en su borrache- ra, en cuyo momento escapaba de su realidad para gritar su con- dición de hombre.

Traslado a Corocoro

Bajo la benéfica estación de verano la madre naturaleza se veía engalanada con el alegre verdor de sus planicies y serranías. A simple vista las sementeras de papa eran muy prometedoras y naturalmente nuestro pequeño rebaño se veía vigoroso, matizado por las nuevas crías que por las tardes tenían la costumbre de rabonear divertidamente. Se podría decir que habíamos superado la anterior situación de hambre; a los artículos de la pulpería se sumaban la leche de nuestras ovejas y los primeros frutos de la tierra, que poco a poco fue aumentando, hasta que en la época de la cosecha obtuvimos una producción que me obligó a tomar el cuarto que mi padre se reservaba para sí. La cosecha de ese año fue tan buena como quizás nunca más vería otra igual. Pese a que sólo tenía un tablón de papa dulce y dos de papa amarga, el recoger fue toda una proeza para mi mujer, porque estando ocupado en el trabajo yo no pude ayudarle ni un día. No se cómo pudo resolver el problema del cuidado del rebaño, hacer la cosecha y el traslado, tareas agota- doras hasta para un hombre. Al finalizar las faenas agrícolas teníamos varias cargas de *chuño*, reservas de papa monda y *papa qhati* y semillas como para hacer un chacrismo en grande, de modo que nuestra despensa estaba asegurada y las provisiones de la pulpería nos sobraban. Así pues, decidimos criar gallinas y cerdos con los desperdicios de la cosecha.

Recuerdo un hecho que lo califico de sentimental, una expresión de la realidad social de la comunidad lleno de contenido cultural, protagonizado entonces por mi pequeña familia, que eran mi esposa y mi pequeña hijita, orientada por mi esposa, ya que yo recién me estaba reeducando en las expresiones culturales de mi ancestro. Se trataba de hacer la *t'ikhancha* del rebaño en ocasión de la fiesta

de carnavales. Lo sentimental para mí era la pequeñez de mi familia, pero llena de calor humano, en cuyos sentimientos se asentaba la felicidad de mi humilde hogar pese a las mezquindades y dificul- tades de la vida; éramos felices con lo poquito que teníamos en la sencillez de nuestra vida conyugal. Así en la intimidad de nuestra casa, con todo cariño festejamos esa felicidad, adornando con las *t'ikitas* a las nuevas crias y a todo el rebaño. Con todo respeto dimos las gracias a la madre naturaleza, que ese día propiciaba sobre sus faldas nuestra hermanación con las demás criaturas vivientes. Nuestras pocas ovejas y llamas dejaban de ser simples animales del rebaño y adquirían personalidad y nombres, según el carácter o particularidades propios. Todo eso con una santa devoción comparti- da entre marido y mujer en el momento de ofrendar de rodillas con un sahumerio a la *Pachamama,* al *Kunturmamani* y otros *uywiris.* Creo que así fuimos adquiriendo una conciencia de responsabilidad y madurez, que además de hacerse una tradición en esa fecha, nos mantuvo unidos por encima de cualquier circunstancia hasta la muerte de mi esposa. Desde entonces, nunca más he querido asistir a una *t'ikancha* de carnaval porque removería mis recuerdos y mis sentimientos y lloraría por mis seres queridos, porque tanto mi esposa como aquella niña, mi primera hijita, ambas están muertas.

Sin embargo, con el curso del tiempo fue afectada nuestra vida y nuestra actividad de campo por la mezquina conducta de mi madras- tra, que se empeñó en llevar las relaciones familiares a una situación sumamente conflictiva con nosotros, con mi abuela y mi tío. Era evidente que mi madrastra tenía la habilidad de manipular la autoridad de mi padre, haciéndose la víctima de las situaciones que ella misma provocaba, y así eligió a mi mujer como su blanco preferido. Aprovechando mi ausencia en los días se dio a la tarea de mortificar a mi mujer en los pastizales para provocar entredichos y riñas, que al parecer era su juego para desacreditar a mi esposa ante mi padre. En definitiva era una forma de echarnos del lugar y lo logró después de dos años de residencia en Qallirpa. Yo no podía discutir y reñir con mi padre, porque por el enredo de las situa- ciones, el enfrentamiento ya resultaba con él. Además, mientras no fuera el dueño legal de la *sayaña* que estaba ocupando, me sentía en la situación de un llamado, sin derechos legítimos que alegar,

dependiendo de la voluntad de mi padre e implícitamente de mi madrastra cuando ella prácticamente nos estaba echando.

De modo que opté por la solución más fácil y llana, que era de abandonar lo que hasta entonces había sido el refugio de nuestro hogar, trasladándonos a Corocoro. Aquella decisión no fue fácil de cumplir por las consideraciones sentimentales que Qallirpa encarna- ba de la vida de mis padres y la mía propia. Recién pudimos advertir que en aquella humilde casita de campo estaban asentadas nuestras almas, que fuera de ella ya no tendríamos hogar, y en efecto nunca he podido decir "mi hogar" a los diferentes lugares donde hemos vivido después. Mi mujer lloraba por las maldades de mi madras- tra, pero más lloró cuando llegó el momento de desprenderse de los animales que con tanto esmero había cuidado, cuando ya nos estaban ayudando a nuestra autosuficiencia proporcionándonos leche, lana y de vez en cuando carne. Todo esto era querido y era doloroso abandonarlo; pero, ¿qué podíamos hacer? No podía pelear con mi padre ni quedar indiferente ante los sufrimientos de mi esposa. Algo ofuscado por el coraje me llevé a mi esposa y mi hijita, sin pensar que una vez se acabaran nuestras provisiones de papas y chuño todo seria comprado, teniendo que vivir de mi salario al día.

AUTOEXPLOTAC ION

Trabajar ocho horas diarias bajo una constante tensión nerviosa por miedo a los derrumbes era una tortura que destrozaba los nervios. Algo así como si estuviéramos en una batalla sin poder saber si al cabo de la jornada íbamos a salir salvos, accidentados o muertos. Era como para salir gritando y no volver más a la mina; pero teníamos una familia que necesitaba de nuestro sacrificio para poder subsistir. Además, no obstante de estar casi paralizados de terror, teníamos que aparentar ante los jefes y ante nuestros mis- mos compañeros indiferencia ante el peligro, por una estúpida cos- tumbre de criticarnos los unos a los otros como cobardes o inútiles.

A veces no había valor para desafiar a la muerte y la angustia me oprimía el pecho y se me hacía un nudo en la garganta, pero no se podía dejar de sacar el mineral: esa era la ley de la mina y el destino del minero; aunque ese mineral saliera regado con su sangre. De ese modo, nosotros mismos estábamos obligados a hacer nuestra propia explotación y cada uno se constituía en mayordomo del compañero. De ahí que, en vez de ser un trabajo armónico y complementado entre dos o más compañeros, generalmente resultaba una competen- cia entre los que más podían, como si el trabajo fuera un desafío

diario; y aquella situación se daba justamente en los momentos de peligro como resultado del sistema implantado por la empresa.

217

Si bien la empresa nos pagaba semanalmente una cantidad que era el salario fijado para sus jornaleros, en la realidad de las cosas no nos pagaba un solo jornal porque los mineros de puente obteníamos nuestra ganancia en función de la cantidad de mineral entregado a la empresa. Debido a esa modalidad, en los hechos el minero obraba como mayordomo de su autoexplotación, como gratui- to experto que tomaba la responsabilidad de la producción. Los mineros se motivaban entre sí a una mutua exigencia en el rendimiento, hasta el extremo de que el método de trabajo se hacía cruel y criminal, no sólo por la desconsiderada explotación de aquella modalidad, sino en la crispante tensión nerviosa que agotaba nuestras energías al trabajar bajo el constante y real peligro de muerte bajo los derrumbes. No podíamos dejar de abastecer los buzones si queríamos tener un saldo favorable en la liquidación, ya que nuestras pagas dependían de la cantidad de toneladas de mi- neral entregado.

Así pues, como quien hurta el mineral, aunque más cierto sería decir como quien hurta su cuerpo y su vida al peligro, entrábamos a coger el mineral con la vista puesto hacia arriba, la garganta seca y demudado las facciones del rostro por el suspenso traumatizante del terror. Listos para escapar al menor indicio de derrumbe, si acaso daba tiempo, cargábamos la carretilla con la rapidez de la desespe- ración y de inmediato salíamos huyendo con el mineral.

En esa situación, quedaban agotadas mis energías por la tre- menda tensión nerviosa y destrozados mis nervios, a tal punto que poco a poco iba afectándome en mi equilibrio emocional. Lo peor era que no podía desahogar esas emociones contenidas por no parecer cobarde ante mis compañeros; aunque en esa necesidad de desahogo le contaba a mi esposa aquella situación de dramatismo en la mina y el estado de tensión nerviosa que estaba sufriendo. Pero ella, quizás porque no conocía de manera directa aquella realidad de interior mina, parecía no comprenderme o no darle importancia en la dimen- sión que tenía esa situación de constante peligro que en cualquier momento podía acabar con mi vida. A veces pensaba con resenti- miento que si no fuera por ella y mi niña, no tendría la necesidad de someterme a tanta explotación y trabajar bajo un constante peligro de muerte.

Así, ante la ausencia de un apoyo moral, poco a poco fui acercándome al alcohol que momentáneamente me hacía olvidar mis penas o se convertía en el canal de desahogo que tanto necesitaba para relajar la tensión contenida dentro de mí, que parecía querer estallar con la furia de un volcán. La ira que se apoderaba de mí era

tan brutal e incontenible que mis propósitos de moderación y auto- control eran barridos como por un poderoso vendaval. En mí ya no había el amante esposo y afectuoso padre; la ciega irascibilidad había desplazado la armonía y las consideraciones más elementales. A pesar de mis propósitos de enmendación mi conducta era despótica unas veces y melancólica otras veces; en mi domicilio no encontraba nada que me retuviera y me irritaba la actitud de mi mujer. Aunque conservaba la costumbre de entregarle mi sobre de pago, empecé a sustraer la cantidad de dinero que necesitaba para pagar el consumo a crédito de bebidas alcohólicas; otras veces mi mujer, quizás por miedo o por reconquistar mi confianza, me daba algún dinero o ella misma pagaba el consumo a tiempo de conven- cerme para recogernos a nuestro domicilio.

Una vez disipado el alcohol, todo aquello se traducía en un cargo de conciencia que aumentaba mi sufrimiento moral. A veces pensa- ba comentar con mi mujer la causa de mi conducta; pero su actitud me había causado un efecto tan negativo, que al recordarlo desistía del propósito y la miraba como a mi enemiga. No me daba cuenta en- tonces, que a causa de mi impotencia ante la empresa, inconsciente- mente estaba trasladando mi protesta para descargarla sobre mi inocente familia. Aunque esos arrebatos eran momentáneos, me dolía el sufrimiento de mi esposa; sabía que la quería pero era impotente para controlar mis explosiones de ira. Así, en el choque de actitudes opuestas, mi vida íntima se transformó en mi calvario cuya causa era la situación de explotación bajo un constante peligro de muerte, al extremo de que me había destrozado los nervios y afectado mi equilibrio emocional.

Con esa experiencia vivida en la mina, puedo decir que si bien no había el látigo oprobioso del capataz esclavista, el refinado sistema imperante no sólo era inhumano y criminal, sino también infame y satánico porque pervertía los valores morales del hombre, de modo que el minero, si no salía de la mina aplastado por las rocas, a una temprana edad se reducía a un inhábil para el trabajo; que a causa de la silicosis, más temprano o más tarde, se vería en la

situación de una piltrafa humana. Empecé entonces a comprender las lágrimas de mis compañeros que, para un extraño a esa realidad, podrían parecer la brutalidad del alcoholismo.

A pesar del durísimo trabajo a destajo, en el transcurso de unos tres años, apenas pude obtener el doble o algo más de la paga corriente de los jornaleros en cada liquidación mensual que hacían a todos los que trabajábamos en las cuadrillas colectivas de los puentes y perforistas de tope. La mayoría de nosotros no teníamos

una idea de las formas de la liquidación, ni sabíamos la cantidad de mineral que a diario se despachaba. Ningún trabajador que no fuera el encargado o jefe de la cuadrilla podía pedir información o hacer una reclamación.

A mí me parecía como si tuvieran establecido un promedio de liquidación que nos permitiera vivir solamente para soportar el tremendo desgaste de energías, porque en algunos meses en que aumentaba nuestra producción y esperábamos una mayor ganancia, curiosamente no variaba la liquidación. Por el contrario, cuando bajaba la producción, inmediatamente se reducía nuestra paga casi al nivel de los jornaleros. Esto, además de ser un engaño, era la forma de forzarnos a una mayor producción y era la clave del método que a través de los salarios de hambre nos manipulaba para mantenernos en aquella situación aun a costa de un constante peligro de muerte. En el marco de una administración cerrada y prepotente, aquel método funcionaba a maravilla para la empresa, ya que no existía otra que le hiciera competencia ni autoridad que hiciera una inspección para corregir las injusticias y deficiencias de seguridad en la producción. En el caso de los trabajadores a destajo o contratistas la empresa no gastaba siquiera en el sueldo de un capataz; el porcentaje que reconocía a uno de nuestros compañeros en su calidad de encargado o jefe de cuadrilla que asumía la responsabilidad de la producción, el manejo de la gente y aportaba con sus experiencias en mayor o menor grado, salía de la liquidación de los mismos trabajadores. En cuanto a equipos de seguridad, solamente conocíamos los *guardatojos*, cuyo valor se descontaba de nuestro salario.

Así pues, subsistían aún algunas características de la situación de los mineros de antaño. La mayoría entraba a trabajar calzando las tradicionales abarquitas de llantas y los que íbamos con zapato, lo hacíamos más por el "qué dirá la gente",

porque a fin de evitar su desgaste trabajábamos descalzos soportando las lastimaduras de tan dura tarea. De no haber sido por el mantenimiento de las insta- laciones y maquinarias y la planta de jornaleros de superficie, los costos de producción para la empresa hubieran sido regalados, ya que justamente en los mineros, sobre los cuales recaía todo el peso de la producción, la empresa no invertía siquiera el costo de un jornal: nos descontaban por los pedidos del material de explosivos, por la renovación de las herramientas, especialmente de palas; de ahí que en casos de derrumbe el salvar las herramientas adquiría mayor importancia que salvar la vida de un minero.

220

A pesar de haber trabajado siempre en calidad de perforista en contrato colectivo nunca pude obtener una ganancia más que para vivir; era un sueño mis deseos de bailar con mi esposa en un carnaval porque la ropa que se necesitaba para ella y para mí. era prácticamente inalcanzable. Con los ahorros de esa primera etapa en la mina apenas pude comprar para mi esposa una pollera medianamente aceptable, y para mí un temo extravagantemente plomo claro que usaba sólo en las grandes festividades, además de un pantalón para ir al trabajo y otro para salir a la calle. Eso era todo mi vestuario, completado por el indispensable sombrero.

221

ACCIDENTES



Durante el tiempo que estuve trabajando en la pesada y peligrosa tarea de la extracción de mineral, se produjeron varios accidentes entre graves y leves. El que más impresión me hizo, por la magni- tud de la tragedia, fue cuando un compañero nuestro quedó atrapa- do por un bloque de mineral desprendido

repentinamente, mientras amenazaba otro derrumbe con el tronar de la veta que se astillaba en bloques. El miedo de ser cogidos por el derrumbe nos paralizó en un primer momento; luego vino la angustia por las voces de dolor y auxilio de nuestro compañero quien, ante nuestra impotente mirada, inexorablemente iba a tener el infortunio de ser aplastado y enterrado por el derrumbe que, amenazante, soltaba astillas de material menudo sobre el accidentado que se debatía inútilmente en medio de una expresión de desesperación enloquecida.

No sé con qué palabras describir el cuadro de aquel momento; lo único que se me ocurre decir es que era terrorífico a partir de las palabras acusatorias que nos dirigió, cuando con una mueca de dolor dijo: "¿Me van a dejar nomás que me muera?". Todo angustiados nos miramos los unos a los otros, a la vez que observábamos el desarrollo de los preludios del derrumbe, implorando en lo íntimo que se calmara y detuviera por un momento. Quizás porque no se

había cumplido el destino de aquel muchacho o porque habían sido escuchado nuestros ruegos, pareció aminorar la intensidad de los desprendimientos, que la experiencia nos enseñaba a interpretar como un colgamiento del derrumbe. Podía ser por segundos, minu- tos, horas o días; no era garantía de seguridad y el derrumbe final siempre se producía repentinamente con la fuerza de una explosión.

En aquel terrorífico momento, cuando no se podía saber si queda- ría colgada aquella masa o continuaría su asentamiento hasta el desplome total, uno de nuestros compañeros tomó la heroica y a la vez suicida decisión de entrar al rescate del compañero accidentado; con unas cuantas zancadas se lanzó al centro del peligro; yo confieso que tenía los cabellos de punta y estaba bañado de un sudor ante el continuo goteo de los *saxis* de las *llusk'as* y astillas menudas que caían hasta sobre mi *guardatojo.* Así nos lanzamos contra el bloque que aprisionaba a nuestro compañero; metimos los brazos como pudimos sintiendo que se desgarraban las carnes de los brazos y hombros y logramos apartar y echar a un lado aquel bloque, que por suerte no era de mucha consideración; luego agarramos al accidenta- do, sacándolo, casi arrastrándolo como a un fardo por la desespera- ción de salvarnos.

Entonces vivimos otro shock aún más fuerte que los anteriores al vernos acorralados por un promontorio de mineral que nos cerraba el paso. A causa del

peso de nuestro compañero, resbalábamos y rodábamos al tratar de remontar aquel promontorio que en el último instante parecía condenarnos a la muerte. Jadeantes por la deses- peración no lanzábamos ningún quejido de dolor pese a estar sintiendo rasmilladuras, magulladuras y contusiones que nosotros mismos nos causábamos al no poder hacer pie firme. Aquellos breves instantes parecieron convertirse en una eternidad insoportable en cuya microdimensión nos hubiéramos estado moviendo con la lenti- tud y las dificultades de los microorganismos. Es admirable cómo la mente en momentos tan críticos puede darnos determinadas reali- dades que no existen.

Empujando de abajo el cuerpo de nuestro compañero, arrastrán- dolo y jalando de arriba al fin logramos traspasar la zona de peligro. Una vez en lugar seguro, lo primero que advertí fue que estaba respirando con tanta fuerza como si hubiera estado ahogado; mi corazón latía de una manera violenta y dolorosa como pocas veces lo he sentido en mi vida. Aquel momento, que hubiera sido de alegría no fue así; las conmociones experimentadas habían sido tan violen- tas que prácticamente estábamos extenuados, y en vez de alegría en todos nosotros había un sabor de amargura que pugnaba en desbor- darse en lágrimas: de desahogo. Pero el momento no era para la

alegría ni para las lágrimas; había que atender al compañero acci- dentado; el jefe de cuadrilla fue a dar aviso del accidente y pedir una camilla, mientras los demás tratábamos de calmar a nuestro com- pañero a tiempo de condolernos por sus lastimaduras y las nuestras.

Lo más grave era una herida en un pie que mostraba el hueso al descubierto; justamente el pie que había quedado aprisionado por el bloque que apartamos y que después llegamos a saber que estaba fracturado. La camilla no se hizo esperar mucho; nuestro jefe de cuadrilla llegó acompañado de otros compañeros que además de camilla traían dos rollos de pita de cáñamo. Una vez en la galería principa] lo trasladamos a paso vivo haciendo turnos de relevo, encontrándonos con el jefe de punta que subía a ver lo sucedido y al ser informado se unió a nuestro grupo indicándonos que ya estaba esperando la jaula. A partir de ese momento, el jefe de punta se hizo cargo del traslado final. Nosotros regresamos a reanudar el trabajo como si nada hubiera sucedido, aunque nuestros ánimos estaban tan deprimidos que parecían como estar en la inconsciencia. La primera preocupación que consideramos a tiempo de hacer el *pijchu* fue la necesidad de

hacer sacar esa misma noche el ánimo del accidentado como forma de ayudar a su restablecimiento y evitar que el ánima en pena fuera agarrada por algún espíritu maligno, que luego podría ser una pesadilla para nosotros mismos. Yo me limitaba a escuchar, porque entonces no comprendía muy bien sobre el desdoblamiento y la esencia del alma; pero por instinto estaba de acuerdo para que fuera purificado el lugar, además de que aquello del *ajayu irpxataña* era una práctica tradicional muy corriente en el marco de la cultura ancestral aymara. De acuerdo a lo acordado se realizó la purifica- ción del lugar y el rescate del ánima del compañero accidentado con ceremonias muy especiales como requería el caso.

Amargura y despertar sindical

Otra mañana, cuando recién empezábamos a trabajar, recibimos una llamada de auxilio general porque toda una cuadrilla había sido cogida por el derrumbe, o sea la *aysa* de los *tuxus.* Aquella vez la tragedia era mayor por el número de muertos y heridos. Llegué al lugar confundido entre otros mineros que también habían acudido para ayudar en el rescate. Al salir del pique me encontré con un silencio desconcertante. No obstante la presencia de una veintena de mineros sólo podían observar un gigantesco bloque de mineral que cubría el piso del rajo casi de *llusk'a* a *llusk'a* por un largo de unos 15 metros y el espesor de 1,20 más o menos. Era una sola plancha que cubría a toda la cuadrilla, de modo que, con excepción de dos de ellos que encontramos apretados entre la pared de roca y el bloque,

de los demás no había ningún rastro ni se escuchaba quejido alguno. Inclusive los dos mineros aprisionados, quizás por el shock o porque estaban desmayados, permanecían silenciosos hasta que se logró sacarlos. Recién entre quejidos de dolor dieron entonces detalles del accidente y señalaron con exactitud el lugar en que se encontraban sus compañeros.

Por las desigualdades del piso se pudo encontrar una ranura por donde, gracias a la luz de las linternas, se podían ver los cuerpos sin movimiento de los muertos; uno estaba agonizando todavía y sus pies se movían a intervalos con las claras señales de la agonía. Otro minero que rascaba la tierra para salvarse por su propia cuenta, milagrosamente lo logró ayudado por los rescatadores en la parte final del trayecto. Aquello era verdaderamente asombroso, no sólo por la forma

valiente de su lucha por salvar la vida, sino también cómo pudo sobrevivir al accidente que mató a sus compañeros cuan- do él también había sido aplastado al igual de los otros; era maravi- lloso en medio de ese cuadro de tragedia.

Las gruesas cañerías de hierro que usamos a manera de palancas se doblaban como melcochas. En medio de la impotencia, se veía al- gunos rostros por los que rodaban las lágrimas al ver que todos nues- tros esfuerzos resultaban inútiles. Empezó a cundir el desconcierto; no había un ingeniero que dirigiera el rescate ni un jefe que mantu- viera el orden entre los rescatadores; tampoco hubo la serenidad ni la experiencia para aplicar el método de rescate. Quizás por la gran cantidad de mineros pensamos sólo en la aplicación de la fuerza bruta, sin comprender que aquella gigantesca mole era superior a nuestras fuerzas, no sólo por su tremendo peso sino mayormente por la incomodidad del lugar que anulaba la eficacia de los auxiliadores. Sin embargo, si hubiera habido una dirección y un método inteli- gente, se habría abierto una zanja en la tierra rellenada del piso como lo hizo el compañero, que rascando la tierra, pudo salir de debajo del bloque; abriendo una zanja se hubiera podido llegar al cuerpo de los accidentados. Pero en el desconcierto de aquel momen- to, alguien opinó que no había otra alternativa que romper aquel bloque a plan de puntas y combos, golpeando sobre los cuerpos de las víctimas.

Aquella determinación acabó por descomponerme hasta los vómi- tos; me causaba repugnancia aquellos movimientos de agonía que podía ver a través de la ranura entre el piso y el bloque y además, creo que el ambiente estaba impregnado con la sangre de los muer- tos. Aquella impresión y el malestar que me enfermaba, me obliga- ron a retirarme a un rincón apartado para no ver ni participar en el

trozado de esa mole, que prácticamente era la colosal lápida mor- tuoria de los compañeros que pretendíamos salvar. Sacrilegamente en alguna medida, íbamos a completar la obra de la muerte al romper la roca sobre sus cuerpos, acabando de matar así al com- pañero que estaba agonizando debajo del bloque de mineral. Quise oponerme, pero en el desconcierto de aquel momento los mineros parecían hormigas alborotadas sobre su nido; predominaba la idea de rescatar aunque el método fuera equivocado y cruel. No quise volver a mirar aquel espectáculo o quizás no tuve el valor de mirar la fea cara de la muerte.

En medio del ruido del hierro sobre la roca y las voces de los mineros se llevó a cabo la tarea del rescate. No quise ver aquel desfile de muertos de cuerpo destrozado, en cuyos rostros se podían advertir las huellas del sorpresivo pánico, del dolor y la desespera- ción. Era para mí tan impresionante que me sacudió violentamente en mis sentimientos, hasta hacer llegar mi amargura hasta el alma. Sin darme cuenta cabal de mis reacciones, en un momento me di cuenta que estaba jadeante y con la boca seca. Después de la amar- gura, mi reacción inmediata fue la explosión de una rabia ciega que quería destrozar mi pecho; porque a pesar de haber visto el bloque causante de aquella tragedia, quería identificar al culpable, que me parecía esconderse en la nebulosa de esa cruel realidad. En la conmoción violenta de las emociones vividas ese día y quizás porque era la primera vez que me tocó presenciar una tragedia de tal mag- nitud, aquel deseo de una explicación en realidad era la búsqueda de una verdad de fondo, del origen de aquella cruel realidad. O quizás inconscientemente ya me había dado una respuesta a mí mismo, lo que podría explicar la explosión de rabia que sentía.

Después del rescate de los mineros muertos, el lugar se fue vaciando rápidamente, y aturdido en una especie de inconciencia, también salí de aquel lugar con los últimos que se retiraban. Cami- naba indeciso; instintivamente no deseaba regresar a mi paraje de trabajo, que a pesar de estar en otro nivel, resultaba nomás un otro casillero de la misma realidad. Pero, ¿qué hacer? Entonces involun- tariamente experimenté un estremecimiento: tenía miedo y la mina me pareció lúgubre y horrorosa hasta el espanto al pensar que yo también podría tener el mismo fin de aquellos pobres mineros que tan trágicamente murieron, dejando seguramente en el desamparo a pequeñas criaturas que no podrían todavía comprender la desgracia que se abatía sobre ellos. Esa idea me hizo correr un sudor frío y pude comprender que mi miedo no era tanto por mi vida, sino más por la suerte de mis pequeñas criaturas en caso de morir súbitamen- te en la mina. Así la amargura y la rabia se convirtieron en aflicción.

La población civil ya estaba habituada a los casos de accidentes y ya no se conmovía más allá de la curiosidad humana y la resigna- ción cristiana. Se podría decir que la muerte de un minero la veían como un caso normal y corriente de esa realidad minera. Sin embar- go, en aquella oportunidad la conmoción emocional fue muy grande, sin duda por el número de mineros muertos y lastimados como no se había dado en mucho tiempo. Nuestro

sindicato, que en esa época estaba en una etapa de debutación, declaró duelo con suspensión de actividades el día del entierro, aunque la gerencia de la empresa quiso hacer una observación y cambió el término por "tolerancia". De todos modos, en aquella oportunidad la empresa se sometió al pedi- do de los trabajadores sin mayores observaciones; firmó las tarjetas de asistencia al trabajo cuando el turno diurno apenas había tra- bajado hasta media jornada y en el turno de noche nadie entró a tra- bajar. Y no sólo eso: por primera vez se veló los cadáveres con el ar- reglo de un catafalco, cuyo alquiler pagó la empresa además de mostrarse muy bondadosos en la provisión de coca, cigarros y alco- hol.

La noche del velorio el local de sindicato recién estrenado estaba completamente lleno de gente trabajadora, vecinos y familiares de las víctimas, entre los cuales estaba también yo. Lo que más impre- sión me hizo fue la presencia de los familiares con las expresiones de todo su dolor; unas veces con lamentaciones a viva voz y otras con un llanto silencioso pero desgarrador. La estampa viva del dolor humano, de la tragedia minera estaba expresada por una mujer rodeada de tres criaturas estupefactas que lloraban con tanto dolor y aflicción que era imposible permanecer impasible. Me conmovió tanto aquel cuadro de tristeza y dolor que lloré sin poder evitar las convulsiones que sacudían mis hombros.

Al calor de los ponchecitos que se servían, varios obreros mesti- zos con dotes de poetas y oradores se manifestaron con las acostum- bradas oraciones y ponderaciones de las virtudes de los compañeros fallecidos, usando frases poco entendibles para nosotros los mineros indios. En aquella competencia del buen decir, llamaron "néctar" al humilde ponchecito de canela y alcohol, "dilectante" al orador y así frases rebuscadas que no sabía su significado.

Pero a medida que se iban animando las intervenciones, pronto se transformaron las oraciones en discursos políticos rabiosamente revolucionarios manifestados por las personas que asumían la lucha de los trabajadores, que abundaron en calificaciones al imperialis- mo, a los barones del estaño, al gobierno y naturalmente a la empre- sa. Por primera vez escuchaba los encendidos discursos que reivin- dicaban los intereses nacionales, los derechos y dignidad de los

sufridos mineros, cuya prueba de sacrificio estaba ahí a la vista, en los cuerpos destrozados de los que fueran nuestros compañeros, en sus familiares sumidos en la desesperación y en la orfandad de criaturas inocentes que sin ninguna

consideración serian echadas del campamento. En la realidad de explotación de entonces había tantos motivos que no se llegaban a agotar los discursos, que pese a sus defectos y limitaciones tenían el valor de ser la voz espontánea del trabajador minero lanzada de manera frontal y rabiosa contra nuestros opresores. Puede ser que el razonamiento de fondo todavía hubiera sido larvario; pero era el comienzo de una lucha que no iba a quedar ahí.

Aquel velorio fue para mí el comienzo de una escuela de lucha sindical. Es necesario señalar que en el desarrollo de aquella lucha, por lo menos en sus inicios, no hubo ningún político que nos hablara de reivindicaciones económico-sociales. Los candidatos gamonales que se presentaban hablaban de los cantones a nivel de regiones, pero nada decían de la realidad minera. Conforme a las costumbres tradicionales, sólo ofrecían las cantinas de puerta abierta a sus partidarios, colmando la expectativa de la ciudadanía calificada con el ofrecimiento de una parrillada en el caso de que le dieran el triunfo. Por eso es justo testimoniar que la lucha de los mineros de Corocoro fue orientada por señaladísimas personas oriundas de Pacajes, que después de haber trabajado en las grandes minas de los barones del estaño habían regresado a causa de los despidos, perse- cuciones y confinamientos de que eran objeto en aquella época. Aquellos sencillos mineros de base, a través de charlas y discursos fueron formando una conciencia de lucha.

No obstante aquella solidaridad motivada por aquel accidente con tres heridos y cuatro muertos, había nomás dos mundos dife- rentes. Claramente se advertía la diferencia de dos realidades sepa- radas no sólo por las diferencias culturales sino también por los prejuicios racistas y sociales. Tal era así que, no obstante el home- naje póstumo de todos los trabajadores, los familiares se sentían incomodados y hasta molestos por no poder ejercitar las ceremonias de nuestras costumbres culturales, porque con excepción de uno, los demás eran mineros indios, comunarios de los *ayllus* aledaños, cuyos familiares reclamaban sus cuerpos para trasladarlos a sus comuni- dades. Fue necesario hacer mucha persuasión a fin de que consin- tieran en hacer el velorio en el local del sindicato. Fuera de ese inconveniente de primer momento, todo era solidaridad en el enten- dido de que se honraba al minero, pero ignorando la personalidad cultural de las víctimas. Con todo, el entierro fue solemne con la asistencia de todos los trabajadores; por primera vez el estandarte del sindicato encabezó el cortejo fúnebre; varios oradores dieron el

adiós en representación de las diferentes secciones y naturalmente el sindicato hizo el papel de doliente, con lo cual se acrecentó su prestigio entre los trabajadores, además de ser una muestra de su poderío frente a la empresa.

La muerte de un compañero

Otro caso que me conmovió terriblemente fue cuando mi com- pañero murió a mi lado, apenas a una distancia de cincuenta centímetros, sin que hubiera podido darme cuenta de nada. El sitio era sumamente peligroso, a causa de los *tuxus* el material se venía de por sí mediante los continuos derrumbes, de modo que no nece- sitábamos perforar en la veta nada más que para cachorrear algunos bloques gruesos, desprendidos como planchas unos sobre otros. El sitio al que me destinaron aquella mañana sólo era el comienzo de la zona peligrosa, es decir que todavía se podía consi- derar seguro. Por eso me sentí satisfecho de trabajar en el lugar mencionado, mientras otros compañeros entraban a la zona potencialmente peligrosa después de advertirnos los unos a los otros de estar atentos al menor indicio de peligro.

Con mi compañero haríamos una yunta como se acostumbra en la mina. Había un detalle al que quizás le debo la salvación de mi vida: yo trabajaba con ambas manos y a veces el brazo izquierdo me era más efectivo que el derecho; en cambio mi compañero siempre trabajaba por el costado derecho, de modo que a tiempo de colocar la carretilla se colocó al lado derecho. Comenzamos con denuedo porque únicamente nosotros dos tendríamos que mantener la alimentación del buzón de mineral. Así fuimos trabajando entusiasta- mente en nuestra competencia inconsciente de autoexplotación mientras nos sentíamos seguros del peligro. Pero a medida que ingresábamos a la zona peligrosa, mi entusiasmo se fue enfriando hasta convertirse en tensión traumatizante agravada por el polvo y el ruido de la chicharra que dificultaban la visibilidad y no permitían percibir los indicios de peligro. De ser por mí hubiera hecho suspender la perforación, pero yo no tenía mando; además se imponía la necesidad de cachorrear los tremendos bloques que estaban desplomados a fin de agilizar la extracción del mineral.

En esa expectativa de tensión nerviosa, continuamente surcaban las alturas los haces de nuestras linternas en señal de alerta. Natu- ralmente tenía miedo por mí; pero en aquel momento no se me ocurrió imaginar siquiera que el peligro inmediato estaba colgado sobre nuestras cabezas. Todo nuestro nerviosismo y

miedo estaban concentrados en el lugar en el que estaban trabajando con la

chicharra; de rato a rato, con la ayuda del haz de mi linterna, podía ver el rostro angustiado y tenso de los compañeros que estaban más adelante, porque sabían que en caso de un derrumbe no tenían posi- bilidades de salvación.

Trabajando en esa situación de suspenso, en el momento menos pensado de improviso sentí que me golpeaba una fuerte corriente de aire y retemblaban el piso y las rocas laterales como si hubieran sido sacudidos violentamente. En los pocos instantes de esa situación viví toda una experiencia de miedo, confusión, y suspenso. No podía darme cuenta cabal de nada. Mi primera reacción instintiva fue mirar hacia adelante con la idea de que la catástrofe era ahí; pero para mi desconcierto parecía que todo estaba igual, con la única dife- rencia de que a través de un manto de tenue bruma las linternas parpadeaban débilmente, igual como cuando son golpeadas por la fuerte expansión de las descargas de dinamita. Miré a mi alrededor y para mi total confusión no pude encontrar a mi compañero, ¿quizás había escapado? En aquel trance no se me ocurrió mirar al piso donde estaba mi compañero. Todo lo que sabía es que había ocurrido una catástrofe; pero, ¿dónde? Tal seria el grado de mi ofus- camiento que no podía advertir que a unos escasos centímetros, mi compañero ya estaba aplastado debajo de un bloque que lo cubría por completo. Todo aquello pasó en breves instantes, hasta que acudieron mis compañeros y me preguntaron qué estaba hecho. Al ver que no tenía ninguna lesión la emprendieron con el bloque desplomado.

Recién comprendí lo que había pasado y así mi ofuscamiento aumentó hasta hacerme doler la cabeza; porque era increíble que estando tan cerca no hubiera podido darme cuenta que por un milagro había salvado la vida. Era ciertamente increíble. Del suspenso y el alelamiento pasé a la conciencia de la dolorosa reali- dad al advertir un bloque desplomado que se levantaba como una pared junto a la carretilla. Es decir que aquel bloque, al caer verti- calmente, había afectado hasta el lugar en el que se encontraba mi compañero, y yo debía mi salvación gracias a la inclinación de la *llusk'a* (inclinación de la trayectoria de la veta). Esa era la explicación de mi salvación. Aun así seguía buscando con la vista a mi compañero, porque mi entendimiento se negaba a admitir la dolo- rosa realidad de la repentina y trágica desaparición de mi compañero. Pero ¿cuál sería la explicación para tanto ofuscamiento? Para mi entender era el resultado de una

crisis nerviosa que no era sólo de aquel momento, sino una tensión acumulada en cada jorna- da de trabajo; luego una previa predisposición mental para sólo concentrar la atención en la zona central de peligro y finalmente la

parálisis de mis sentidos a causa del ruido de la chicharra que ensordecía, anulando la percepción del oído.

Al ver que mis compañeros la emprendían con el bloque mientras desesperadamente pronunciaban el nombre de mi compañero, como saliendo de un sueño, pude comprender claramente que mi com- pañero había sido aplastado. Al desplomarse el bloque, seguramente por el impacto se había partido en varios trozos de consideración, uno de los cuales teníamos que remover para rescatar el cuerpo de nuestro compañero que no daba señales de vida. Después de esfuer- zos inauditos logramos mover un poco haciendo un hueco de apenas veinte o treinta centímetros que nos permitió ver el rostro de nuestro compañero en una situación tan lamentable que no sabría decir si sentía dolor o espanto: todavía estaba con vida y abría continuamente la boca con desesperación, como si quisiera gritar pidiendo auxilio. Pero no tenía voz; de su garganta no salía ningún sonido y así se parecía al pichón de las aves cuando estiran el cuello y abren el pico para recibir su alimento. Pudimos observar esa triste figura de mi compañero sólo por unos instantes, porque el peso del bloque nos doblegó y se volvió a cerrar sobre nuestro desdichado compañero.

Nuevamente la emprendimos con el bloque, multiplicando nues- tros esfuerzos por la desesperación del dolor, hasta levantarlo a una altura que dejaba libre al herido; ahí cruzamos dos maderos que lo sujetaban en forma de techo. Mientras tanto, aquel pobre minero seguía en la misma grotesca figura de la agonía. Lo trasladamos a un lugar seguro y se mandó a pedir una camilla para su traslado. Lo examinamos con más detenimiento y pudimos comprobar que con excepción del movimiento del cuello y la boca sin voz, el resto de los miembros del cuerpo no tenían movimiento; el brazo era hueso enguantado con la piel y los músculos desgarrados a ratos se hacían una bola debajo de la barbilla; pero aquel desesperado abrir de la boca continuó hasta el último momento. No sé si nos reconocía todavía; pero si nos reconocía, en aquella muda expresión de su boca, cuánta desesperación y dolor nos estaría diciendo. Al fin empezó a empañarse el brillo de sus ojos, hasta que quedó inmóvil su boca. Había terminado su sufrimiento, dejándome desgarrado el corazón y conmovido hasta las últimas

fibras de mis sentimientos.

A pesar de tener los dientes apretados por la tensión, no pude evitar que se me escapara un rugido de dolor. No tengo palabras para describir el torbellino de sensaciones de desesperación, dolor y rabia que me agitaba hasta el alma. Podía haber sido yo el muerto o por lo menos haber sufrido un quebranto físico estando tan cerca como estábamos casi codo a codo sólo con una carretilla de por

medio. ¿Acaso el cruel designio del destino sólo había señalado a mi compañero? ¿O quizás yo me había aprovechado de mi supuesta cualidad de zurdo para escapar del peligro? Pero, ¿cómo iba a saber cuándo, dónde y cómo se iba a dar la catástrofe? El tenía la posibili- dad de salvarse dando sólo un brinco hacia adelante. Si no lo hizo quizás fue porque, al igual que yo, esperaba una catástrofe en la parte de adelante y tenía miedo, lo que podía haber paralizado sus sentidos. Después de haberse calmado mi ánimo me parecía un crimen alegrarme por el hecho de estar con vida. Finalmente llegué a la conclusión de que era el destino, ya que entre sueños su alma se me despidió con días de antelación, sin que pudiera identificar entonces el fantasma que me atormentaba.

En un esfuerzo por conocer la historia de mi pueblo, las causas de su esclavitud y la validez de su lucha de siglos, he recorrido un ciclo de muchos años tratando de esclarecer mi entendimiento gracias a la motivación permanente que me ha causado el recuerdo de la trágica muerte de mi compañero en la mina. Entonces yo buscaba una explicación sólo en mi condición de trabajador minero; no sabía nada de política, economía ni historia social. Si alguna vez escucha- ba comentarios sobre los políticos y personal de gobierno me parecía como si se tratara de seres extraterrestres, quizás porque no se los conocía ni se sabía lo que hacían. No podía entonces advertir el problema de fondo de aquella realidad, seguramente como resultado de una traumatización profunda que me causó la cruel opresión de que fui objeto.

XVII

ACTIVIDAD SINDICAL



Así heroicamente, o estúpidamente, seguíamos haciendo nuestra propia explotación, unas veces sudando de miedo, jadeantes y con la garganta seca, otras veces helados y paralizados por el terror. Esa era la brutalidad del minero, su salvajismo, como dicen los *q'aras* citadinos y sus mujeres, que no saben lo que es ganarse el pan de cada día aun a costa de su sangre y de la vida, que no comprenden que el trabajo de interior mina no se puede comparar con ninguna otra actividad por su alto riesgo de peligro, la dureza del trabajo y la miseria de su realidad. He ahí por qué el minero llora y maldice, gri- ta y arroja cartuchos de dinamita en sus marchas de protesta, porque considera que tiene derecho a pedir justicia, en medio de tan- ta riqueza en minerales, que contrasta irónicamente con su explota- ción, hambre y miseria, porque las divisas que medran el Estado y la sociedad parasitaria, son su sudor y su sangre. ¿Qué quieren los mineros? Sencillamente un poco de justicia, que su sacrificio se traduzca en la grandeza de su patria, libre de toda opresión colonia- lista, como también de la corrupción política y saqueadora de las élites de poder. Eso es lo que quiere el minero, *mit'ayu*, *qhuyero* o relocalizado, porque su alma y sus sentimientos emanan de la

desgracia de 500 años de sojuzgamiento de estas tierras que tienen derecho a un mejor destino, como fue en su pasado ancestral esplen- doroso.

Maestro perforista de tope

En el transcurso del tiempo, adquirí bastante conocimiento y eficacia en todas las tareas de la mina, con excepción de la perfora- ción, porque no lograba dominar la endiablada chicharra como tampoco lograba acertar en el trazado de la *k'alla* (desquinche), lo cual era motivo para que me tuvieran en menos quienes

presumían de perforistas de primer orden. Aquello me mortificaba porque me hería en mi amor propio; pero para manejar el combo de 12 libras y la punta yo era "manija", como decían mis compañeros. Me tocó trabajar codo a codo con hombres fornidos que a pesar de su fuerza no conseguían trozar los bloques de mineral con la prontitud como yo lo haría. El caso era que ellos sólo usaban la fuerza, mientras yo usaba la fuerza y un poco de sentido común: había advertido que los bloques de mineral tenían hilos rectos que permitían rajarlos con facilidad con la ayuda de una punta y el combo, para luego trozarlos al tamaño de adoquines. Curiosamente aquello me enardecía hacién- dome sentir en la acción de un guerrero destructor y no de un simple trabajador. Veía con placer cómo los bloques saltaban astillados como un cristal y rodaban en trozos a cada golpe voleado que asesta- ba a diestra y siniestra.

A pesar de ser un excelente trabajador en el trozado de mineral yo no tenía práctica en la perforación y en el trazado de los taladros, más que todo por el comportamiento egoísta de algunos de mis compañeros que al parecer no querían compartir su experiencia ni tener competidores, y harían mofa de los compañeros con menor experiencia. Por eso a mí me miraban con algo de menosprecio hasta herirme en mi amor propio, por lo cual tuve algunos entredichos con ellos que consideraban que la perforación era lo principal; y yo, con mis compañeros de turno, sostenía que el mérito estaba en levantar el mineral bajo un constante peligro de muerte. Hasta que un día me hicieron enojar de veras; inmediatamente le comuniqué al jefe de cuadrilla mi decisión de separarme del grupo, y dicho y hecho, sin más consideraciones me bajé a la galería a trabajar como jornalero cuenta casa, sin pensar lo que sería más adelante.

Apenas habría transcurrido una hora en mi tarea de hacer una pincha en el marco de la galería cuando se me aproximó un minero al que no conocía y me propuso trabajar en su tope, asegurándome

que era un buen perforista y que las liquidaciones siempre serían ventajosas. Yo quería demostrar a mis ex-compañeros que podía trabajar en cualquier parte y ganar igual o más que ellos; era entonces un hombre joven lleno de vigor. Así comencé a trabajar con mi nuevo maestro que, aunque era un buen amigo, continuamente faltaba al trabajo porque le gustaba tomar. Los taladros de de- squinche y piso pude hacerlo sin mayores inconvenientes; pero los taladros de

cabecera resultaban difíciles y cansadores sobre todo a causa de la chicharra que sacudía toda mi humanidad.

Yo seguía trabajando solo en el tope aunque mi maestro faltara. Eso no podía pasar desapercibido por los jefes de la mina, quienes, a veces, sin que lo solicitara me mandaban un ayudante. Un día el jefe principal me sorprendió con la proposición de quedar como maestro titular del tope. Como yo no quería perjudicar a mi maestro le solici- té que me cambiara a otro paraje y así fue. De esa manera llegué a ser maestro perforista.

Posteriormente, mientras estaba trabajando en mi nueva condi- ción, fui seleccionado para una nueva modalidad de trabajo con la *layna*, que era una nueva clase de perforadora que no tenía la vibra- ción insoportable de la chicharra y funcionaba con ayuda de agua, de modo que teníamos que trabajar con botas de goma y ropa de agua.

Poco a poco resulté uno de los mejores perforistas. Yo tenía varios motivos para estar contento: primero por mis buenas liquidaciones, segundo por el alivio del esfuerzo que me proporcionaba la *layna;* trabajaba alegre y algunas veces hasta cantando o silbando junto al ronco bramar de la máquina y tercero porque ya no sufría la tremen- da tensión nerviosa que suponía trabajar bajo el constante peligro de los derrumbes en el rajo o puente. Los peligros para los perforis- tas de tope eran diferentes, como el continuo manipuleo de explosi- vos y el lento pero inexorable efecto de la silicosis; pero yo era joven y no sentía nada y si veía la silicosis en otros mineros eso era para mí el mal de mina, que al decir de las gentes se podía paliar con emplastos de lagarto y bebiendo la sangre del mismo animal; lo cierto es que entonces yo no tenía una ilustración sobre la ciencia de la salud, y mientras no viera correr mi sangre lo demás tenía poca importancia.

Aquel trabajo, que en su comienzo había sido relativamente fácil, a medida que avanzamos se hizo tremendamente agobiador. Al entrar al paraje se sentía tanta calor como en las tierras tropicales, agravado por los gases venenosos de la dinamita impregnados en el ambiente, que por falta de chimeneas de ventilación y el quemar diario de más de dos cajones de dinamita, se convirtió en un horno

que imponía un gran esfuerzo para el trabajador, que a poco rato caía con vómitos y tremendo dolor de cabeza. El humo de la dinami- ta es visible y se lo

siente por su efecto asfixiable y el ardor de los ojos; pero el gas es casi imperceptible para una persona que no tenga experiencia, si no sabe advertir que los vómitos y el dolor de cabeza son síntomas de un estado de envenenamiento. Entonces se insensibiliza los sentidos y paraliza los miembros del cuerpo y se necesitará el auxilio de otros compañeros para salvarle, si tiene la suerte de ser advertido porque por sí solo será incapaz de reaccio- nar y no tendrá noción de su situación.

Lo más odioso, aparte del calor y la humedad pegajosa, era el barro que se desprendía de la cabecera de la galería por el efecto de la vaporización del agua cuando la máquina trabajaba casi sumergi- da en el agua estancado y levantaba mucho vapor convertido en espesa o densa niebla a través de la cual las personas se veían como sombras. En esa situación, el barro que caía de la cabecera cual una lluvia y el que se adhería del piso convertían mi ropa de agua en una carga pesada que al caminar me parecía como un lastre de plomo. Naturalmente, todo ello imponía un tremendo desgaste de energías, hasta que todo cansado, junto con mi ayudante, hacía un descanso, botando la ropa de agua y vaciando el agua de mi botas de goma que se anegaban mientras trabajaba.

Entonces la coca tenía una sensación a deleite, junto al cigarro y la lejía. En los trabajos de la mina resulta indispensable las hojas de coca y su complemento el cigarro, no sólo porque neutraliza la sed, el hambre y el cansancio, sino también porque protege la salud en alguna medida. El *pijchu* de coca retenido en la boca cumple la función de un filtro que retiene el polvo sulfuroso y los gases que conllevan la silicosis, en tanto que el cigarro tiene una sensación refrescante en la mina y sirve en algún grado para atenuar los gases venenosos de la dinamita.

A pesar de las dificultades, en todo el tiempo que he trabajado en ese puesto como maestro perforista de tope, ni una sola vez salí perdiendo la liquidación de avance doble y ganaba dinero como sólo señalados perforistas; pero no supe aprovechar. Como si esa emífera situación fuera a durar por siempre, malgasté mi dinero ganado con tanto sacrificio, con la estúpida justificación de que el minero puede morir en cualquier momento sin llevar nada al otro mundo, creencia hecho ciencia por el ambiente trágico que rodea siempre al minero. Así me habían enseñado que pedir dos botellas de cerveza era una vergüenza para un minero que valía. Con ese lema resultó para mí poco decoroso hasta pedir una docena de botellas. Para un contratis-

ta de renombre como yo, cabía pedir un fardo y así pedía, cuando el fardo de cerveza tenía un valor equivalente al salario semanal de un trabajador cuenta casa.

Caí en la vanidad del minero con dinero, que invita a los amigos y desconocidos nada más que por la estúpida jactancia de presumir de buen trabajador que sabe ganar dinero hasta terminar llorando por sus sufrimientos y frustraciones, sin reflexionar en la engañosa bonanza circunstancial que pronto se esfuma en la nada. Así yo también lloré como cualquier otro minero en medio de la jactancia de la borrachera y el ridículo de la realidad, sin poder decir si llora- ba por mis sentimientos de sufrimiento y explotación o por la pérdi- da de la ternura y armonía de mi vida matrimonial. De todas mane- ras, mi desdicha conyugal era la consecuencia del trabajo bruto y explotador de la mina, que me había traumatizado y enfermado, como si hubiera sido el trauma resultante de un campo de batalla.

Secretario general del sindicato

La solidaridad con mis compañeros mineros se fue convirtiendo en mi causa defendida con ardor porque los fundamentos salían de mi propia realidad. En ese entonces, 1949-1950, la actividad política estaba muy caldeada y tenía matices diferentes a las tradicionales campañas electorales por la animación revolucionaria de los trabaja- dores y algunos enunciados reivindicativos entre los cuales el más importante era la nacionalización de las minas, que poco a poco fue prendiendo en la conciencia del minero hasta convertirse en la meta de su lucha. Cabe reconocer el mérito inicial de la Federación de Mineros de Bolivia, de los miembros ejecutivos de entonces, conocedores de la realidad minera, quienes con gran personalidad de convocatoria fueron capaces de movilizar a los más indiferentes con un discurso fogoso y revolucionario pero sencillo, como sencillos éramos los mineros.

En un principio, cuando todavía no estaba organizado el sindica- to, los abusos eran permanentes por parte de los jefes de las dife- rentes secciones, entre los cuales el más repudiado era el laborero de mina de apellido Maldonado, que era denunciado no sólo como un déspota abusivo, sino ante todo como un delincuente sexual, que había hecho costumbre violar a las mujeres trabajadoras de su sección, por lo cual lo echaron del pueblo montado en un burro des- pués de organizado el sindicato. Había otros jefes de nivel medio que hacían una labor

de sayones en contra de los trabajadores y que curiosamente, quizás por sus frustraciones, encabezaron la organiz- ación del sindicato, resultando dirigentes y hasta uno de ellos fue

proclamado candidato a diputado por la provincia, y con el apoyo de los mineros ganó las elecciones. Poco después desapareció como una sombra, sin haber hecho nada por los mineros, ni se escuchó nada de su labor parlamentaria. En cuanto al dirigente que había sido elegi- do como el primer Secretario General del sindicato, poco a poco fue perdiendo el apoyo de los trabajadores por sus antecedentes y el hecho de estar identificado con el partido del gobierno, el PURS. Por una consigna política estaba en la corriente del sindicalismo amari- llo, habiendo apartado al sindicato de la relación y coordinación con la Federación; con esos cargos lo emplazaron los mineros hasta conseguir su dimisión.

Luego se eligió otra directiva en la que tomé parte desempeñan- do una secretaria de poca importancia. Lastimosamente esa gestión pasó sin pena ni gloria porque el Secretario General no tenía capaci- dad para ese cargo. Para la tercera gestión fui elegido en calidad de Secretario General en un momento difícil por cuanto el sindicalismo minero estaba siendo reprimido ferozmente por el gobierno. Los diri- gentes sindicales eran perseguidos constantemente por la policía como supuestos "subversivos" o "facciosos", términos que estaban de moda en el ambiente político del país que era realmente caldeado.

Mi nombramiento me valió la inmediata represalia de la empresa con el argumento de que, en mi condición de Secretario General, tendría que abandonar continuamente el trabajo para atender los asuntos del sindicato y como la empresa no quería que se perjudica- ra el avance de ese tope, se había decidido suspenderme de mi puesto y transferirme al puesto de cañerista; dicho y hecho, sin más se me degradó de perforista contratista a peón cuenta casa. Por mi parte, inmediatamente entendí que se trataba de una especie de chantaje para humillarme, para ver si suplicaba y así tenerme con- trolado; también comprendí que como representante de los trabaja- dores no debía humillarme. Sabía que la empresa hacía esa clase de represalias con los dirigentes sindicales, por eso escuché sin demos- trar ninguna alteración, aunque interiormente ardía de coraje; a la vez que me preocupaba porque un salario fijo y bajo no me alcanza- ría para cubrir las necesidades de mi casa, y en efecto, tuvimos que acomodarnos

a las limitaciones de la nueva situación.

Entonces yo no sabía redactar un pliego petitorio, una resolución o una simple nota; empecé a leer un ejemplar de la Ley del Trabajo que encontré en el sindicato; también empecé a teclear en la máqui- na de escribir; pero no sabía que eso no era suficiente, que más adelante lo que más necesitaría sería experiencia y conocimientos para lidiar con un gerente tramposo y con los chicaneros abogados de la empresa que con la fingida sonrisa en los labios tendían sus

lazos sutiles de sañudos tecnócratas y mañosos manipuladores de la ley y la verdad. Tropezando aquí y allá aprendí a conocer a los explotadores; pero también hubo otros factores que me ayudaron, como fue la experiencia de algunos compañeros que habían vuelto a Corocoro después de trabajar en las grandes minas; se podría decir que ellos fueron los mentores de la formación de la conciencia mine- ra.

Los trabajadores teníamos varios puntos pendientes con la empresa; pero el más importante se refería a un aumento salarial que la empresa iba soslayando sistemáticamente. Me sentía incomodado por mi falta de experiencia y conocimientos cuando los trabajadores y mis compañeros del directorio, con un afán de imi- tación de los grandes movimientos sindicales de las grandes minas, exigían la radicalización de la lucha con planteamientos que iban más allá de las simples reclamaciones y reivindicaciones econó- mico-sociales. Concretamente harían énfasis en la lucha por la nacionalización de las minas, aunque Corocoro no pertenecía a los barones del estaño; pero aquel enunciado, manejado con habilidad por el MNR, generalizó la movilización del pueblo alrededor de la nacionalización. En esas circunstancias de agitación se daban continuos motivos de huelga por solidaridad o por conflictos propios del distrito y mi gestión fue la más conflictiva, no porque yo lo hubie- ra querido sino por la situación de tensión que tenía el efecto de la fuerza de un imán que nos arrastraba hacia la revolución.

En ese ambiente se fue formando mi espíritu de lucha en el marco de la lucha de clases. Entonces, no obstante de estar en relación con el *ayllu* y tener ricas experiencias culturales de mi niñez, no tenía todavía una idea sobre mi otra realidad soterrada o quizás estaba latente en mí los efectos psicológicos de la

opresión racista que inconscientemente me mantenía encubierto en la vergüenza y miedo por el trauma sufrido en mi niñez. El sindicato fue para mí la escuela de mi formación revolucionaria, por lo menos en el marco social aceptado y reconocido por el Estado boliviano; en su seno ensayé el vuelo de mis ideas con sentimientos de justicia y libertad, como también aprendí a templar mi espíritu en las adversidades. Mi gestión no era del agrado de la empresa ni del gobierno, porque me consideraban el responsable del desbordamien- to de los trabajadores, que ellos habían provocado con su política antipopular y antinacional, con los salarios de hambre y la labor de zapa para destruir el sindicato con mercenarios del partido de gobierno que nos infiltraron a través de la empresa, con la aparien- cia de trabajadores.

Mis compañeros de lucha

Conocí a tres políticos del MNR que me buscaron desde que asumí la representación del sindicato. El primero, Angel López España, era candidato a diputado, no tenía mucha personalidad como para entusiasmar; pero era perseverante y andaba muy sufri- do por la persecución de que era objeto. Llegó a ser bastante conoci- do y recibido por muchas personas, quizás más por solidaridad y también por bronca contra el gobierno de Mamerto Urriolagoitia.

En el curso de nuestras relaciones, hablabamos de problemas económico-sociales, de la situación de atraso y saqueo del país, y ante todo de la nacionalización de las minas, que era suficiente para movilizar a cualquier minero. El señor candidato no decía nada sobre una reforma agraria, quizás porque entonces no estaba en los planes del MNR; pero personalmente se mostraba servicial y era muy entendido en asuntos de procedimiento legal. El me propor- cionó una proforma de pliego petitorio a tiempo de pedir mi colabo- ración para su campaña electoral; así pude presentar un pliego petitorio guiándome en el modelo y fundamentación de la proforma. Desde entonces visitaba mi domicilio como si yo hubiera sido impor- tante militante de su partido, lo cual fue visto y catalogado por las autoridades y los del PURS como un complot subversivo, y así fui señalado y finalmente perseguido como un furioso movimientista.

Mi ideal de entonces únicamente se centraba en la nacionaliza- ción de las minas, sin importar la militancia política de las personas ni el color de los

partidos; ingenuamente creía y luchaba por un estado de justicia y libertad y ese ha sido el crimen de toda mi vida. Por esa inquietud fui finalmente despedido violentamente del traba- jo y sacrifiqué a mi familia, exponiéndola a penalidades y peligros inacabables. En mi condición de trabajador minero pensaba que la nacionalización de las minas era la única forma de expiación de mis compañeros de tanta explotación, miseria y postración, y por saqueo de un país que siendo tan rico en recursos naturales era el más atrasado de la región. No podía imaginar que el criollaje mestizo de Bolivia fuera tan ruin e incapaz como para frustrar el futuro de todo un pueblo después de revolcarse en la orgía del reparto de las peras. Por eso, en mi condición de ex-minero que ha luchado por la naciona- lización hasta el sacrificio, ideal que aún late en mi pecho, no me cabe otra cosa que lanzar una sentida maldición que brota desde mi alma en contra del MNR y de todos los gobiernos que han manejado este país desde 1952 hasta el presente.

El segundo personaje, Julio Ponce de León, era un militar dado de baja por su filiación partidaria, que después de la revolución fue

reincorporado al ejército con el grado de coronel, desempeñando el cargo de subjefe del comité político nacional del MNR, además de ocupar otros cargos en la administración pública. Tenía la aparien- cia de un oriental y hasta de un gringo, aunque era oriundo de La Paz, de la región de Potopoto (Miraflores), como él decía. Era un estrecho colaborador del candidato que llegaba al pueblo de manera esporádica y se marchaba rápidamente después de cumplir sus obje- tivos. En cuanto a la relación con mi persona, en un principio se resumía a un simple conocimiento sin compromiso de ninguna clase.

El tercer agitador movimientista, Severo Oblitas, se presentó por sí solo; no sé si era por táctica, pero no hablaba nada sobre el candi- dato, parecía como si no lo conociera. Hacía discursos encendidos en contra de los patrones de las empresas, del gobierno rosquero, del imperialismo yanki y de todo saqueador y explotador de los trabaja- dores. Así fue ganando la simpatía de los mineros, por su situación de perseguido y resuelto luchador. Era un chuquisaqueño alto y joven, bien parecido, cholo de la clase media empobrecida, temerario hasta nomás, que a las autoridades ponía en constante jaque. Lo agarraban pero lo despachaban con los trabajadores, porque lo defendían como si se tratara de un compañero trabajador y se hizo tan popular entre los trabajadores que hasta tuvo el

privilegio de ser admitido en el sindicato como si fuera un miembro regular, aunque no intervenía en las asambleas. En fin, era el típico agitador, que después de la revolución de 1952, cuando el MNR me tuvo preso en el Ministerio de Asuntos Campesinos intercedió por mí y consiguió hacerme poner en libertad.

Esos fueron los políticos agitadores del MNR que conocí luchando en la resistencia contra el gobierno matón de Urriolagoitia. No cono- cí en los momentos de prueba a otros que presentaran el pecho, como después del triunfo de la revolución de 1952 brotaron como hongos supuestos mártires y revolucionarios, nada más que para medrar con la revolución y corromper su curso hasta el desastre final.

Como es natural, en el curso de la vida se puede hacer amistad con personas desconocidas por simple simpatía hasta hermanarse por solidaridad o por inquietudes similares. Esa fue justamente la motivación de mi amistad con otros dos mineros; la mutua solidari- dad y la identificación de sentimientos entre tres hombres íntima- mente ligados en la realidad minera que vivíamos, apoyándonos mutuamente y compartiendo nuestros sentimientos e inquietudes. A veces, al calor de unas copas, llorábamos por nuestro destino de mineros pobres que tenían que exponer la vida para ganar un sala- rio de hambre, razonábamos sobre la nacionalización como la única

alternativa de justicia, y nos lamentábamos del trato de nuestros familiares. Así, roto el dique de nuestros sentimientos, se desborda- ba nuestro dolor para llorar o acusar a los santos y al demonio de nuestra desgracia.

Pero a pesar de nuestra identificación había entre los tres una diversidad de carácter. Creo que yo era el más exaltado; en cambio mi compañero Diego era el más pequeño en estatura, pero el más grande en bondad de su corazón. Mi compañero Francisco era orgu- lloso como él solo, pero sincero y leal. Eso era la amistad de mi medio: sindicalistas hasta la cacha, revolucionarios que soñábamos con la grandeza de una patria saqueada y humillada, con la libera- ción de todo un pueblo del poder de los barones del estaño y del imperialismo norteamericano; una patria capaz de hacerse respetar y un pueblo con futuro de grandeza.

Debo referirme todavía a un compañero que no era trabajador de la empresa,

pero estaba muy identificado con las reivindicaciones de los trabajadores; tenía una cultura de clase media y conocía en algu- na medida los procedimientos judiciales, especialmente los del trabajo. Con esas cualidades se había captado la simpatía general de los trabajadores. Por su voluntad de cooperación, prácticamente era un secretario auxiliar y con el tiempo se convirtió en secretario permanente del sindicato, sin reclamar salario alguno, conformán- dose con el regalo que de vez en cuando le acordaban los dirigentes, consistente en un overol u otra prenda de vestir. Junto a sus buenas cualidades, también tenía su parte negativa, que era el consumo de alcohol hasta enfermar, tiempo en el cual perdía sus ropas y queda- ba anulado. Creo que a causa de su afición por la bebida era conside- rado por su familia como la oveja negra de la casa, aunque no era agresivo pero ofrecía una figura muy lamentable en tanto lo domina- ba el alcohol. Esta referencia lo hago con la intención de manifestar mi reconocimiento a aquel compañero que me acompañó y me ayudó como secretario consejero, especialmente en los comienzos de mi ges- tión, cuando yo no sabía redactar un oficio y era la primera vez que agarraba una máquina de escribir. Los mineros de Corocoro de mi época al leer estas líneas inmediatamente se darán cuenta a quién me refiero, porque no creo que en aquella época hubiera habido minero que no conociera al compañero Primo.

Un atentado fallido

Con esas ilusiones y motivaciones, a veces audazmente acome- tíamos acciones clandestinas en contra de las autoridades de gobier- no. En el tiempo de la guerra civil de 1949 enviaron a Corocoro una

considerable fracción militar; la noticia del arribo de esa fuerza militar ya era comentado en el pueblo, pero no se sabía el momento de su llegada. Justamente la noche que llegó la fracción militar me encontraba en compañía de mi amigo Diego, del agitador movimien- tista y de otro compañero minero hablando sobre el tema. El movi- mientista nos hizo saber que ya estaban en camino los militares, pu- diendo llegar en una o dos horas más. A los mineros no nos agradaba la presencia de los militares en el pueblo; teníamos tantas experiencias negativas de los militares, que hasta por instinto sentíamos temor y desconfianza, con mayor razón cuando los distri- tos mineros estaban siendo objeto de represión con motivo de la guerra civil. Pero en ese momento, ¿qué hacer? Yo no podía abierta- mente convocar a los trabajadores y aunque hubiera

tenido esa fa- cultad no hubiera podido hacerlo por el factor tiempo. Lo único que se podía hacer era una acción individual o de un pequeño grupo.

Sin pensar más, resueltamente salimos los cuatro fuera del pue- blo para detener y si fuera posible desarmar a los soldados. En aquel momento todavía creíamos que sólo sería una escuadra y nuestro plan parecía tan sencillo que ya lo dábamos por hecho. En un lugar estratégico del camino acordamos colocar cargas de dinamita en dos puntos separados entre sí, de modo que pudiéramos entrampar al transporte militar sin que pueda avanzar ni retroceder; en tanto que nosotros, aprovechando la cerrada oscuridad de la noche y nuestro dominio del terreno, desde diferentes puntos arrojaríamos cargas de dinamita para atemorizarlos y no tuvieran otra alternativa que es- capar cuesta abajo abandonando su armamento, y nosotros bajando del cerro nos apoderaríamos de armas y municiones.

Una vez en el lugar de la operación procedimos a preparar las cargas de dinamita conforme al plan. Hasta ese momento todo esta- ba bien; nos juntamos para intercambiar opiniones y así esperar algún indicio de la aproximación de la expedición militar. No tuvi- mos que esperar mucho, pues a una distancia de unos cuatro kilómetros en la dirección del camino, surgió en la oscuridad de la noche la luz inconfundible de los faroles de un motorizado, luego otro y otro, así toda una columna. Esto nos desconcertó, hasta hacer perder la serenidad de Diego, que todo asustado, sin consultarnos previamente encendió la carga de dinamita y puso pies en polvorosa hacia Chile, a tiempo que nos instaba a escapar. Los tres restantes permanecimos en el lugar hasta que explosionó la dinamita cuando la columna estaba todavía a una distancia de un kilómetro más o menos y vimos que la columna inmediatamente detenía su marcha. El plan falló por el nerviosismo de uno de nosotros, de modo que ya no había la posibilidad de que la columna entrara en el lugar de la trampa.

24 5

Por nuestra parte, al ver fallido nuestro plan decidimos encender varias cargas de dinamita y ponernos a salvo por el camino que más conviniera a cada uno. Vi que el movimientista tomaba el camino de arriba y rápidamente se perdía en la oscuridad; yo y el otro minero tomamos el camino de abajo, avanzando casi al trote deseando no ser vistos por nadie, en tanto que las cargas de dinamita tronaban a la distancia, obligándolos a desplegarse en columna de tiradores; así entraron al pueblo, lentamente y tomando precauciones en cada es- quina.

Desgraciadamente el ingreso de los militares al pueblo coinci- dió con la hora de salida de los trabajadores del turno de la noche, que no sabían nada de lo sucedido, pero los militares lo tomaron como una movilización para atacarlos y tomaron preso a cuanto trabajador encontraron en su camino.

En cuanto a mí y mi compañero, llegamos a las cercanías de mi domicilio sin ningún problema. Por precaución, haciendo un rodeo, entramos por la puerta de atrás sin hacer ruido ni encender la luz. Nos quedamos por un largo rato pegados a la puerta tratando de captar lo que pasaba en la calle; pero a más del ingreso temeroso de los militares no pasó nada esa noche. Al día siguiente muy temprano se fue mi acompañante, en tanto que yo ardía en el deseo de saber noticias; pero a fin de no despertar sospechas decidí permanecer en la casa hasta la hora de costumbre, es decir hasta poco antes de las 8 a.m.; luego me dirigí directamente al sindicato y vi que ya había algunas personas en la oficina que me pusieron al corriente de la situación.

Todos ellos reclamaban por la libertad de sus esposos y familia- res apresados por los militares. En aquel momento me hicieron sen- tir un cargo de conciencia y el temor de ser también apresado porque pedían que, en mi calidad de Secretario General del sindicato, fuera al cuartel militar a pedir la libertad de los trabajadores presos. Ha- ciendo de tripas corazón, conjuntamente con un grupo de familiares, me fui al cuartel; me di a conocer y pedí hablar con el comandante, un militar con el grado de coronel me recibió de mal humor. En cuanto le expuse mi petición se desató en una serie de amenazas, por lo visto estaba furioso por el ataque de la víspera. Comprendí que no era el momento de enredarse en una discusión con el militar, lo prudente era aparentar inocencia y hasta humildad; pero insistí en mi petición, a lo cual se negó el coronel aduciendo que había encontrado varios mineros con dinamita. Haciendo esfuerzos por hacerme escuchar le expliqué que eso era una cosa corriente, y para comprobar solicité pedir a los personeros de la empresa una información sobre el sistema de trabajo; pero ni así cambió de pare- cer, por el contrario se mostraba impaciente, hasta que en medio de sospechas terminó amenazándome directamente de ponerme en la

frontera con Chile con todos los agitadores; no me permitió ha- blar con los trabajadores presos, ni siquiera verlos, sin obtener siquiera una esperanza de reconsideración. Salí del cuartel ultra- jado, amenazado y derrotado por aquel

militar prepotente, aunque íntimamente reconocía mi parte de culpa.

Ahora cuando recuerdo aquella aventura revolucionaria, pienso que quizás el destino lo quiso así para que nuestras conciencias no quedaran manchadas con la sangre del prójimo. Aunque nuestra intención no era matar a nadie, sino desorganizar y ponerlos en fuga, en la realidad las cargas sueltas que hubiéramos arrojado en diferentes lugares de la serranía, habrían arrastrado las rocas sueltas de la empinada pendiente, llegando al camino como frag- mentos de una granada. Cuando los hombres están motivados por una bronca encendida son capaces de llegar a cualquier extremo; pero la culpa es de quienes provocan esa situación de bronca, con sus abusos, injusticias y opresión de los pobres, mientras en el otro lado está el lujo y la soberbia, la riqueza y la corrupción, como era en ese tiempo del gobierno de los barones del estaño, y como ha sido siempre a lo largo de toda la vida republicana.

Grosera arremetida de la empresa

Durante aquel tiempo de bronca política y agitación sindical (1949-1952), mi vida no sólo fue activa sino también muy conflictiva. En mi condición de dirigente minero soporté una sistemática represalia por parte de la empresa, mediante la acción de elementos que actuaban bajo las instructivas de la gerencia y la protección encubierta de las autoridades de gobierno, con la propuesta de formar un sindicato independiente de la Federación Nacional que supuestamente seria prontamente atendido por la empresa, con- cediendo las demandas de los trabajadores, haciendo una propa- ganda de desprestigio en contra de los dirigentes, y así facilitar su despido.

Así se introdujo en las bases sospechas en contra de los dirigen- tes, a raíz de la firma de un convenio, supuestamente lesivo a los intereses de los trabajadores, especie falaz difundida por la empre- sa, junto a la versión de sus agentes de que la empresa habría esta- do dispuesta a otorgar un mayor beneficio a los trabajadores, pero supuestamente los dirigentes no habrían querido aceptar. Con un absurdo tan ridículo nos hicieron aparecer ante los trabajadores como vendidos a la empresa y traidores a las bases, como si hubiéra- mos hecho un convenio en secreto a espaldas de los trabajadores.

A veces la conducta humana es extraña y decepcionante; muchos de aquellos

trabajadores que en otras oportunidades me habían brindado su apoyo y solidaridad, con total falta de memoria y sin advertir la infamia de la trama, fácilmente cayeron en el engaño, olvidando por completo que ellos mismos habían sido protagonistas de todas las instancias del convenio arrancado a la empresa mediante la presión de una huelga, y que el gerente de la empresa firmara a regañadientes porque justamente los términos del conve- nio eran muy buenos para los intereses de los trabajadores, tanto así que el gerente lo consideraba como una imposición. Desde el mismo momento de la firma del convenio, la empresa buscó sistemática- mente su anulación, que al fin logró mediante métodos mezquinos e infames, y a cuyo fin era necesario sacarme de la dirección sindical y de la mina, trama que no fue advertida oportunamente por mis ofuscados compañeros, facilitando así el cumplimiento de los desig- nios de la empresa.

Debido al fuero sindical la empresa no podía retirarme mientras fuera dirigente sindical. Sin embargo, en la segunda mitad de mi gestión mi situación se hizo difícil porque prácticamente estaba acorralado por el gobierno y la empresa; me acosaban la policía, los espías del PURS y los agentes infiltrados del Ministerio del Interior, que me obligaron a parapetarme en el sindicato en calidad de Secretario Permanente, además de mi cargo de Secretario General. Ya no trabajaba en la mina; mi horario de trabajo lo cumplía en la oficina del sindicato haciendo correspondencia, oficios y reclama- ciones y esa misma situación de opresión me inclinaba a radicalizar mi lucha sin ser militante de ningún partido político, aunque sim- patizaba con todos aquellos que tenían una posición revolucionaria.

Mucho antes de aquella grosera arremetida de la empresa, ya estaba yo en una situación difícil, por cuanto el intendente de la policía, por instrucciones del gobierno central y la presión de la empresa y de los pursistas locales, me hizo objeto de una vigilancia policial cerrada. Aprovechando la topografía, desde el cerro, un carabinero, a veces dos, observaban continuamente mi domicilio para saber con quiénes hablaba o qué hacía. Varias veces fui citado a la policía, advertido, amenazado e imputado de cosas ciertas o imaginarias, aunque sin probar nada concreto en mi contra fuera de aquellos hechos que estaban dentro de los derechos ciudadanos y mi actitud sindical, que de todas maneras chocaba con la política del gobierno y los intereses de la empresa. Así, en mi condición de diri- gente era el blanco principal de las políticas represivas del gobierno y de la empresa; pero había tanta motivación de carácter político y sindical entre los trabajadores que de otra manera tampoco se hubiera justificado mi actuación de

dirigente sindical.

A pesar de la situación de represión que vivía, nada más que por pura bronca contra el gobierno de Urriolagoitia, desde mi situación de dirigente apoyé al candidato a diputado por el MNR, porque los trabajadores necesitábamos parlamentarios opositores al gobierno. Así los mineros de Corocoro, utilizando la influencia de nuestra or- ganización sindical, dimos el triunfo a Angel López España por dos veces consecutivas, aunque el gobierno anuló la primera vez como siempre acostumbran hacer cuando no conviene a sus intereses.

Aquel resultado agravó mi situación, porque, furiosos, los pursis- tas me señalaban como a uno de los principales revoltosos y trabaja- ban arteramente en las esferas oficiales tratando de hacerme confinar; pero gracias al fuero sindical que me amparaba en mi condición de dirigente en ejercicio no pudieron lograr sus propósitos. En una charla casual con el flamante diputado López le conté la situación de acoso que estaba soportando, cuyas consecuencias creo que él comprendió mejor que yo; por eso me dio su dirección en La Paz con el encargo de hacerle saber inmediatamente si algo me sucediera. A medida que pasaba el tiempo, comprendí que mis días estaban contados y mi única alternativa seria aferrarme al fuero sindical, siempre y cuando fuera reelegido en la dirección; pero esa posibilidad había sido estropeada por la labor de los agentes quinta columnistas de la empresa y del gobierno y tampoco iba a descender al ruego a mis desorientados compañeros para que me reeligieran como su dirigente. Aunque tuviera que morir, aquello no encajaba en la sensibilidad de mi orgullo; de ahí que tomé la decisión de no hacer siquiera una insinuación indirecta en ese sentido y esperar con serenidad lo que pudiera venir.

El pequeño grupo disociador que había caído en la infame trama de la empresa me causó resentimiento no tanto por sus intenciones de hacer un golpe en contra de mi dirección, sino por su ingratitud, que me lastimaba tremendamente en mi conducta de lealtad y honestidad; porque justamente por ser tan leal a la causa de los tra- bajadores había sacrificado mi bienestar y el de mis inocentes cria- turas hasta el extremo de pasar situaciones de hambre a causa de la represalia de la empresa que recortó mi salario a lo mínimo. Ya no eran posibles aquellos momentos de tonta vanidad en los cuales gas- taba el dinero en fardos de cerveza con el justificativo de ser perfo- rista de primera línea; esa situación de relativo bienestar lo había trocado heroica y dignamente, o tontamente, por otra de

penalidades al asumir la defensa de las reivindicaciones de los mineros de Coro- coro en un momento tan difícil para los trabajadores de todo el país.

Pensaba si esa gente estaría consciente de las vicisitudes que tuve que pasar, justamente en la tramitación de ese convenio, al

enfrentarme con un gerente tramposo y un abogado tecnócrata, que con su tecnicismo hadan escarnio de mi falta de cultura y experien- cia, y que aún así, animado únicamente por una voluntad de servicio a la causa de los trabajadores, había obtenido uno de los convenios mejor logrados. Por esas cosas de la vida parece que la ingratitud es el premio de casi todos quienes fueron y son dirigentes.

Hubiera podido suplicar a la empresa que mejore mi situación; pero no me concedería nada sin someterme a sus condiciones. Pre feri sobrellevar la estrechez de mi situación con la ayuda eventual de un tablón de papas a cambio del trabajo de una yunta de bueyes de mi propiedad que pude adquirir cuando tenía buenas ganancias como perforista. Con ese producto de la tierra, que era el principal componente de nuestra alimentación, pudimos aliviar nuestra situación; pero esa pequeña producción así obtenida, que aliviaba la economía de mi familia, en la práctica se traducía en una subven- ción a mi propia miseria, favoreciendo en última instancia al mantenimiento de salarios de hambre de la empresa, que nada invertía en tantos otros casos similares.

La Federación Nacional de Mineros prácticamente estaba anula- da y se hallaba en una situación de clandestinidad, con algunos de sus miembros deportados fuera del país, entre los cuales se contaba Juan Lechín, con cuyo alejamiento las organizaciones mineras nos encontrábamos casi descabezados y sin coordinación, luchando cada organización a la medida de sus posibilidades. En esas circunstan- cias, llegó el día señalado para la realización de una asamblea gene- ral cuyo tema principal era la elección de los nuevos dirigentes sindi- cales de Corocoro.

Aquella vez no hubo el característico ardor entre las diferentes secciones por tomar la Secretaria General; parecía como si por anticipado se hubieran puesto de acuerdo para dar preferencia a la sección minas; pero los mineros no pudieron presentar un candidato de interior mina, lo cual me extrañó. Fue mayor mi

sorpresa al ver que las personas propuestas se excusaban. Ni los que me habían cuestionado por la firma del bendito convenio tomaban partido por un candidato de su camarilla, por el contrario se mantenían en las últimas filas tratando de pasar desapercibidos.

Con poco entusiasmo se improvisó una nominación que no prometía mucho, pero seguramente iba a ser del agrado de la empre- sa, que quería dirigentes sumisos y a título de buenas relaciones aceptaran las violaciones a las normas legales del trabajo, el incum- plimiento de convenios y los abusos. La renuencia a ser nombrados dirigentes fue por el temor a la represión desatada por el gobierno; de continuo llegaban las noticias de apresamientos de dirigentes en

otros distritos. En aquellos días era difícil la coyuntura para los diri- gentes sindicales, por cuanto las empresas y el gobierno habían adoptado una posición dura contra los trabajadores, en especial contra los mineros.

La gran mayoría de los trabajadores estaban motivados por una predisposición revolucionaria; pero eran muy pocos los que se animaban a presentar frontalmente el pecho. Si se luchaba contra la empresa se exponían a la represión del gobierno y si se neutrali- zaban también se exponían a la silbatina de los trabajadores y el calificativo de pursistas. Una vez concluido el acto de posesión de la nueva directiva, se procedió de inmediato a la entrega de las instala- ciones del sindicato, la documentación, muebles y artefactos. Así se cerraba la tercera gestión sindical que me tocó presidir, con la particularidad de haber sido el único Secretario General salido de los socavones de la mina, ya que los dos anteriores a mi gestión como el que me remplazaba, eran trabajadores de superficie y no propiamente mineros de interior mina.

Nunca obré por consigna política o adoctrinamiento ideológico; mi entusiasmo por la nacionalización de las minas partía espontá- neamente de la conciencia de mi propia realidad de trabajador mine- ro; era la experiencia y expresión de un dirigente sindical que se condolía de la explotación y miseria de sus compañeros, y quería enmendar en alguna medida las injusticias que prevalecían. Así de simple y sencillo eran mi pensamiento y expresiones más radicales. Si hubo una influencia extraña en mi accionar, fue el enunciado de la nacionalización de las minas que prendió en mí con convencimien- to de causa, al margen de todo compromiso sectario o de adoctrina- miento ideológico, ya que en ese tiempo la palabra "ideología" era para mí aún extraña e incomprensible.

Arresto y **expulsión de la mina de Corocoro**

Al día siguiente de la renovación de la dirección sindical, muy de mañanita, a eso de las siete, se presentó en mi domicilio un carabi- nero que se limitó a decirme que fuera a la policía para una aclara- ción de un asunto pendiente. En ese momento no se me ocurrió sospechar que las autoridades y la empresa tenían tanto apuro en ajustarme las cuentas como sucedió esa mañana. Necesariamente debía ir al sindicato para completar mi información, de modo que al pasar podía ver qué deseaba el señor intendente. Inmediatamente me hizo saber que estaba detenido por orden de las autoridades superiores de La Paz, y sin más demora ordenó hacerme pasar al calabozo sin darme más explicaciones. En aquel momento quedé desconcertado por el trato despótico del intendente, como

también

251

por aquello de la orden de "autoridades superiores de La Paz", porque no se me tomó ninguna declaración ni se me formuló cargo concreto alguno. Así, sin conocer mi delito, fui encerrado en el cala- bozo sin ninguna garantía ni derecho de defensa.

Pasado el primer momento de sorpresa, empecé a acosar a súplicas a los carabineros, especialmente al que estaba de centinela junto a la puerta del calabozo para que me permitieran hacer saber a mi mujer. Entre aquellos carabineros había uno que había trabaja- do en la mina como mi ayudante, quien me hizo saber que estaba estrictamente incomunicado y me iban a trasladar a La Paz, pero no quiso comprometerse a nada por temor al intendente. Sin embargo, por iniciativa propia había ido a mi domicilio para hacer saber mi si- tuación, de modo que mi mujer, según me contaba después, se habría puesto en actividad tratando de obtener mi libertad; pero el intendente no le permitió siquiera verme, manteniéndose inconmovi- ble en su actitud despótica. Mi mujer tuvo que recurrir al sindicato, pidiendo la mediación de los dirigentes a fin de lograr mi liberación.

Pero los flamantes dirigentes, con absoluta falta de solidaridad y responsabilidad, no quisieron debutar con un conflicto y se hicieron los desentendidos, especialmente el Secretario General; a pesar del pedido de solidaridad de algunos trabajadores que se encontraban en el local sindical en aquel momento de la información de mi mujer. El comportamiento de los dirigentes fue sumamente irresponsable, quizás por falta de experiencia, o más bien por la docilidad del ele- mento humano formado bajo la disciplina inquisitoria] de los jefes de la empresa, como sucedía en las secciones de superficie. En fin, lo cierto es que no hicieron nada en mi favor en ese momento ni des- pués; eran justamente la clase de dirigentes que quería la empresa.

Mientras todo aquello sucedía afuera, dentro del calabozo se iba ejecutando el infame plan que tenían preparado de antemano. En la oscuridad del calabozo me presentaron unos papeles escritos a máquina que resultaron ser mi finiquito; no se me dio ninguna explicación ni se me permitió enterarme del contenido en extenso. Tanto el intendente como el empleado de la empresa, con un tono de soberbia amenazante, me conminaron a firmar; por el empeño del empleado se

podía comprender que había recibido una instrucción precisa para hacerme firmar mi finiquito. Entonces comprendí que mi suerte estaba echada, que no ganaría nada con súplicas y en un arranque de orgullo firmé aquellos papeles, sin reparar si era justa o tramposa la liquidación. Así al aceptar recibir una pequeña cantidad de dinero, en la oscuridad del calabozo en el transcurso de unas horas de detención, me convertí en un cesante, en un despedido y por añadidura en un preso político.

252

Pero la operación todavía no estaba concluida: faltaba realizar mi traslado a La Paz. Transcurrió todavía como una hora, hasta que escuché el ruido de un motorizado en la calle; en seguida abrieron la puerta del calabozo y los carabineros me sacaron a toda prisa. Cuando llegué a la calle vi al intendente de policía armado con un revólver al cinto; junto a la puerta estaba una movilidad de la empresa y la calle estaba vacía. Mi mujer, cargada de nuestra criatura, trataba de acercarse y era impedida. Todo eso sucedió en un instante, y luego apresuradamente fui embarcado en la movili- dad de la empresa que ya tenía el motor encendido; no se me permi- tió siquiera una palabra de despedida para mi mujer, que a duras penas logró hacerme pasar una manta; así arrancó la movilidad como diablo que lleva el alma al purgatorio. Siempre corriendo a gran velocidad dejamos atrás el poblado y salimos al campo abierto; el intendente iba junto al conductor y en la plataforma iba yo rodea- do por los carabineros armados con fusiles. Aquellos hombres componían toda la fuerza policial de Corocoro y se habían moviliza- do para apresar y confinar a un "minero peligroso". Por primera vez me veía preso, custodiado por carabineros armados con la consigna de disparar.

Al parecer, la empresa me consideraba un elemento sumamente peligroso para sus intereses, un dirigente sindical que con continuas demandas trababa los abusos de los jefes de las diferentes secciones; además de que constituía, según el gerente, un peligro para la seguridad de los jefes e instalaciones. Esa habría sido la causa para que la empresa se hubiera propuesto sacarme no sólo del sindicato sino también de la empresa. En cuanto al interés del gobierno, obviamente ya me habían identificado como a uno de los principales "revoltosos" del distrito minero de Corocoro.

Mientras el carro avanzaba yo pensaba y evaluaba mi situación; me parecía triste, pero tampoco estaba en los extremos de la deses- peración y el

abatimiento. Recordaba que en la puerta de la policía vi a mi mujer serena y no llorosa como me había imaginado; aquello me confortaba y me hacía bien. Cruzamos el territorio de Qallirpa y a la distancia vi la casita de mi *sayaña*, que luego se perdió de vista: con ello me pareció como si se cerrara una página más del libro de mi vida. Luego ingresamos a otra ladera que conducía a la estación General Ballivián y me pareció como ingresar a otra realidad. Llega- mos a la estación concuasando casi con el tren que venía de Arica. El intendente fue a hablar con el jefe de estación, y luego me embarca- ron en el furgón de equipajes y no en un coche de pasajeros; también subió el carabinero que me conduciría hasta La Paz; los demás se quedaron para regresar a Corocoro.

Después de mi liberación llegué a saber que después de mi apresamiento un grupo de trabajadores mineros que habían visto la indiferencia de los dirigentes sindicales, habían decidido organizarse por iniciativa propia y dinamitar un pequeño puente en las afueras del pueblo para impedir mi traslado a la ciudad de La Paz; pero por lo riesgoso de la operación tardaron en su ejecución. Cuando llega- ron al puente señalado se enteraron que ya me llevaban varios kilómetros adelante y ante lo inútil de dinamitar el puente regresa- ron frustrados. Yo por mi parte, al saber ese hecho, he agradecido y siempre agradeceré ese gesto de solidaridad.

A medida que nos acercábamos a La Paz empezaba a preocu- parme porque sabía que los presos políticos eran objeto de tortu- ras y confinamientos; pero también me alentaba la esperanza de contar con la ayuda del diputado López España. Felizmente muy de antemano hice saber a mi mujer el ofrecimiento de ese diputado en caso de que algo malo me sucediera; ella tenía la dirección de su domicilio y pensaba que lo encontraría. En efecto, mi mujer había llegado por mi detrás en la primera movilidad que pudo encontrar y se había ido directamente en busca del diputado, e informándole de todo lo sucedido, recibió la promesa de que inmediatamente se ocu- paría del asunto y así lo hizo. En tanto, yo fui conducido al edificio de la Prefectura donde se encontraba, además de una guarnición de carabineros, las reparticiones de la policía política del gobierno. Allí me tuvieron en calidad de preso político incomunicado en una repar- tición que en realidad era el dormitorio de la guardia de agentes, convertido en celda de presos incomunicados, despacho del jefe de guardia y hasta en cocina. Cuando llegué allí ya había dos detenidos de la clase media, que mantenían una relación de camaradería con los agentes y no estrictamente de presos incomunicados. No

éramos los únicos presos: en un recinto del piso de abajo estaban los que no tenían la situación de incomunicados, desde la vidriera de arriba se los podía ver y calculaba que serian entre setenta u ochenta perso- nas; así me fui tranquilizando hasta que a la media noche me indica- ron un sitio para dormir cuando los agentes se vaciaron.

Al día siguiente no hubo incidencias. Uno de mis compañeros de celda se empeñó en intimar una conversación conmigo, y terminó con una lección de política, en tanto que los agentes andaban en otra repartición de afuera. Aunque nada dijo del *Qullasuyu,* fue la primera lección de ideologías políticas que recibí en el marco del pensamiento occidental. Se mostró muy fraterno conmigo, con gran diferencia del otro que mantenía su posición de clase superior; finalmente me reveló que era comunista sin insinuar una filiación partidaria. Sin embargo, aquella lección no fue suficiente para mí; pues todo lo escuchado era tan extraño como hablar de la luna, y su

identificación comunista me produjo una impresión como ver a un extraterrestre. Mi mente giraba como envuelto en una bruma confu- sa, porque en mi entendimiento sólo entraba la nacionalización de las minas a como dé lugar.

En la tarde, más o menos a las tres, fui conducido a la prevención de la guardia, donde encontré al diputado López España. Me dijo que había sido difícil conseguir el permiso para verme y me preguntó si había recibido algún mal trato, que los denunciantes eran la gente del PURS de Corocoro, que estaba gestionando mi libertad y que tuviera paciencia; quedé alegre y lleno de esperanzas.

El tercer día pasó sin novedad para mí. A eso de las seis más o menos me condujeron otra vez a la prevención. Como el día anterior vi al diputado, que inmediatamente entregó una hoja de papel al capitán de guardia, que lo leyó y cotejó cuidadosamente; luego dirigiéndose al diputado, dijo, "Está bien" y mirándome a mí dijo, "Estás en libertad". En aquel momento no supe qué decir; la emoción me sofocaba, lo único que atinaba a hacer instintivamente era apegarme al diputado y así salí por su detrás. En la puerta encontré a mi mujer que estaba esperando y nos fuimos siguiendo al diputado hasta la esquina, allí hizo un alto y me dijo: "Tus enemigos querían hacerte confinar; ahora lo que deberías hacer es irte de inmediato a Corocoro y pasearte por las calles para que

vean su fracaso". Al día siguiente había tren; le aseguré que ese mismo día estaría en Corocoro. Después de darle las gracias nos despedimos allí mismo. Así terminó tan venturosamente mi primera experiencia de preso político, sin haber sido objeto de tortura alguna ni maltrato, con excepción de algunas palabras amenazantes a mi ingreso. Ojalá hubiera sido lo mismo en los posteriores casos; pero estaba visto que la suerte sólo se da raras veces en la vida.

Tal como lo prometí al diputado, al siguiente día a eso de las cuatro de la tarde llegué a la estación de Corocoro; acordamos con mi mujer que ella se iría directamente a nuestro domicilio para recoger a nuestras niñas que habían quedado abandonadas. Yo, después de ser saludado por un pequeño grupo de mineros, me fui por las calles hasta llegar al punto más concurrido, que era justa- mente la esquina de la gerencia. Estuve un buen rato hablando o saludándome con las amistades que aparecían, hasta que por fin apareció Linares, el tinterillo mestizo que era el jefe del PURS de la localidad, el soplón, el espía, el principal agente del gobierno. Me vio y bajó su cabeza en aquel momento me pareció que su cara tenía la repugnante fealdad del sapo.

XVIII

LA REVOLUCION NACIONAL

En Corocoro no hay otra ocupación que la mina y al ser despedido por la única empresa que es dueña de todos los yacimientos no podía tener ocupación que me permita ganar un salario. A inicia- tiva de mi mujer, nos dedicamos a faenar ovejas y llamas para el mercado local; pero después de un corto tiempo tuvimos que dejar aquella ocupación porque en el mejor de los casos como ganancia sólo quedaban las menudencias y el cuero; a ello se agregaba las continuas citaciones de la policía y detenciones injustificadas, por lo cual decidimos regresar a Qallirpa. Restituimos nuestro pequeño rebaño de ovejas y llamas, una yunta de bueyes que era fundamen- tal para trabajar en el campo, y también teníamos un burrito muy útil en las faenas de la siembra y la cosecha; todo estaba bien hasta que se fue agotando nuestro pequeño ahorro monetario. Nos habíamos acostumbrado a comer pan y entonces nos parecía un manjar, especialmente para nuestras criaturas. No se podía contar con los productos de la tierra que todavía tardaría varios meses en dar su fruto, por lo cual estaba obligado a buscar un

trabajo.

257

El 9 de **abril** de 1952

Desgraciadamente a causa de un pleito, mi propio tío se con- virtió en informante y espía del tinterillo Linares que, como he dicho, era miembro principal de la célula del PURS y gozaba de valimiento en el gobierno de Urriolagoitia. Como era de esperar, mi implacable enemigo muy pronto reinició su asedio mediante deman- das policiales y judiciales que encubrían una persecución política. Las amañadas demandas policiales, con la parcialización cómplice del intendente de policía, no eran otra cosa que una extorsión, con multas subidas y detenciones arbitrarias y con la constante amena- za de mandarme a La Paz a disposición del Ministerio del Interior, lo que suponía un confinamiento en la Isla Coati, que entonces era una terrorífica prisión política del gobierno de Urriolagoitia.

Ya no era posible para mí soportar continuas extorsiones ni sostener pleitos con el tinterillo bajo la representación de mi tío; mucho menos en el ambiente tradicionalmente corrupto donde el tinterillo es el diestro intermediario en la manipulación de la ley. Agobiado por esa interminable situación de abusos, amenazas y persecuciones, me vi obligado a abandonar mi casa a fin de esquivar la saña de mis gratuitos enemigos para buscar un trabajo que me permitiera atender las necesidades más premiosas de mi familia que cada vez se iba sumiendo más y más en el hambre y la miseria, porque con tantos inconvenientes no me dejaban trabajar en la limitada agricultura como es la del altiplano. Por nuestra necesidad, mi mujer tuvo que empuñar el arado y manejar la yunta para roturar la tierra, de acuerdo a sus posibilidades físicas; así ella se hizo cargo del sostenimiento de mi familia hasta su muerte.

En los días próximos al 9 de abril del 1952 me encontraba en Corocoro arrestado en la policía, igual que otras veces, por la malig- na intervención intrigante del tinterillo Linares y la deshonesta combinación del intendente de policía, so pretexto de una demanda inventada para extorsionarme una suma de dinero a título de multa, a lo que me negué terminantemente. Ese fue el motivo para vilipen- diarme y tenerme arrestado casi incomunicado, por varios días. En el curso de esos días, el intendente me amenazaba en pasarme a la justicia ordinaria; otras veces decía que los campesinos teníamos dinero porque teníamos

ganados y el aducir la falta de dinero era sólo un pretexto para burlar a la autoridad. Con esa mentalidad, el intendente tenía la intención de tenerme arrestado indefinidamente mientras me haría objeto de calificativos hirientes.

Una mañana vino el intendente a abrir la puerta personalmente invitándome con mucha cordialidad a salir. Ante mi indecisión,

entrando al calabozo, repitió la invitación y dijo que estaba en libertad, que podía irme a mi casa, sin decir la razón de mi libertad. Aquella determinación, en vez de alegrarme, terminó por confun- dirme aún más. Cuando el intendente, poniéndome cariñosamente las manos en el hombro ya me estaba sacando, tímidamente di los primeros pasos pensando que mi padre me estaría esperando en la comisaría. Pero en la comisaría no había más que dos carabineros en la puerta. Seguía sin entender nada. El intendente, sin sentarse al escritorio, volvió a repetir: "Estás libre, puedes irte".

Por el inesperado desenlace no podía salir del estado de estupor, estaba aturdido por esa serie de sorpresas; no me hicieron firmar ninguna acta ni pagué la multa tan exigida en la víspera, más bien el intendente era todo amabilidad. Salí tímidamente a la calle como quien se estuviera fugando y miré a ambos lados: había un apresu- rado movimiento de gente y en la esquina de la gerencia como en la puerta del sindicato se veía grupos de gente y otros que iban y venían. En principio creí que la gente se estaría r uniendo para una asamblea del sindicato. Ya a media cuadra de la policía me picó la curiosidad y pregunté a un joven el motivo de aquel movimiento de gente, a lo que me respondió sin detener su paso: "Dicen que la revolución ha triunfado, compañero", así nomás, sin más explica- ciones. Hubiera cambiado de rumbo de no ser por el bulto de mis camas que tenía que ir a dejar a la casa de mi comadre que vivía a dos cuadras más. Ella me dio más detalles de lo ocurrido en La Paz con su forma peculiar: *"Kumpari, riwulusiunaw atipxi sarakisa, walipiniw jiwaratanakax ukhamaraki iridunakas sapxiw, ampi"*, [Compadre, la revolución ha triunfado, dice que hay muchos muertos y también heridos]. Ya no cabía duda, se trataba de la Revolución Nacional; pero eso no era suficiente para mí, quería una confirmación de gentes bien informadas. Después de hablar breve- mente sobre mi caso personal salí a recoger más informaciones. La gente vivía un ambiente de fiesta y a la vez de pesadumbre por los muertos. Varios mineros proponían entre los grupos reunidos la idea de marchar a La Paz, otros pedían una

manifestación de apoyo a la Revolución y no faltaban algunos que querían hacer un escarmiento con los pursistas.

En medio de esa espiral de pasiones desencadenadas y después de haber sido tan duramente golpeado por el poder minero-feudal, me sentía un extraño junto a los que en otro tiempo fueran mis compañeros de trabajo, de sufrimiento y lucha. De una manera extraña no me sentía alegre ni eufórico; por el contrario me sentía muy amargado y conmovido al recordar los sufrimientos y sacrificios junto con mi mujer y mis hijos en aras de esa Revolución que ya estaba en poder de los trabajadores. Pensaba que ya había cumplido

mi parte al afrontar una lucha desigual en los peores momentos de la represión oligárquica; mi lucha ya no tenía razón de ser ni mi presencia era necesaria a la Revolución cuando todo un pueblo estaba movilizado alrededor de ella. Para mí era suficiente un poco de justicia y libertad para poder levantarme de la postración y la ruina en el que estaba sumido.

Con esas breves reflexiones me fui apartando de la gente por una calle poco transitada, tratando de no ser reconocido y retardado en mi camino, porque en aquel momento consideraba de mi primera obligación devolver la tranquilidad a mi casa. En el camino a mi casa, al repasar mentalmente todo lo ocurrido, pensaba primera- mente que mi enemigo, el tinterillo Linares, ya no podría haceme más daños; que esa mañana se había terminado su última canallada y que en adelante él sabría lo que es *ch'amuña*.

Después de una detallada información y consiguientes comen- tarios con mi mujer, olvidándonos momentáneamente de nuestra situación de ruina y pobreza, nos alegramos por mi libertad y por lo ocurrido con la Revolución. Creíamos que se había terminado nues- tros pesares y que en adelante, con un poco de esfuerzo, podríamos levantarnos de nuevo. Ciertamente ya no tenía necesidad de andar ocultándome; pero aquello de levantarse de nuevo no pudo ser una tarea inmediata ni fue fácil como habíamos supuesto. En medio de la euforia política de la Revolución había tantos problemas que el gobierno no podía o no le importaba resolver. Era más importante las concentraciones, manifestaciones y desfiles de apoyo al gobierno, mientras se agudizaba la desocupación y la carestía de la vida.

La COMIBOL y el "reparto de las peras"

Después del triunfo de la Revolución inicié una demanda a la empresa Smelting con miras a mi reincorporación en virtud de un decreto que disponía la incorporación de los trabajadores despedidos por causas político-sindicales. A pesar de que estaba fresco el triunfo de la revolución, la empresa se mantenía en una prepotencia cerra- da, haciéndome padecer mucho tiempo por su sistemática forma de evadir las notificaciones de ley mientras yo me consumía de hambre e impotencia.

Faltando sólo unos pocos días para que la empresa entregue la mina a la COMIBOL fui reincorporado, señalándome como mi puesto de trabajo en La Paz una silla a la puerta del gerente auxi- liar, con el encargo de que debía permanecer ahí las ocho horas de trabajo. Mi situación era de un prisionero con escolta a la vista del gerente, y así me lo dijo él mismo; que estaba constituido en mi

guardaespaldas hasta que entregaran la mina al gobierno. No querían que fuera a agitar en Corocoro; aunque yo no tenía la menor intención de agitar a nadie, sólo me importaba que se me hiciera justicia reconociendo mi antigüedad tal como disponía la ley. La empresa, tramposa hasta el fin, no reconoció mi antigüedad y me liquidó sólo con una duodécima de tiempo. Así fui burlado y peiju- dicado sin que pudiera hacer nada, porque la empresa cerró su puerta y desapareció.

Así, después de unos tres años, volví a la mina cargado de recuer- dos ingratos y todavía muy amargado. A pesar de mi lucha por la nacionalización de las minas no recibí ningún halago y volví con mi mismo cargo de perforista a empuñar otra vez la perforadora y el barreno en el tope, sin merecer ninguna consideración, porque no corrí a hacer cola en la fila de los oportunistas que llenaban las oficinas del MNR, ni me rebajé ante ningún jerarca pidiendo una recomendación o un cargo.

Como se podrá comprender, mi situación fue muy álgida: la Revolución no trajo nada bueno para mí, con excepción de la relativa libertad. Todo se fue agudizando, especialmente la situación económica, la desocupación se dejó sentir en las minas, las fábricas y en todas las actividades. Como ya estaba abatido el poder de los barones del estaño con la nacionalización de las minas, y

la Ameri- can Smelting de Corocoro también había decidido retirarse entre- gando la mina a la COMIBOL, mis inquietudes de lucha revolucio- naria ya no tenían razón de ser, sentía que estaba en paz con mi conciencia de minero. No recibí ningún nombramiento ni cargo bajo la sombra del MNR, contrariando la expectativa de mis amistades y trabajadores, que con extrañeza se preguntaban por qué no parti- cipaba en los cargos cuando tenía todo derecho por mis méritos de lucha.

Era corriente ver cómo una infinidad de buscapegas oportunistas tenían que arrastrarse servilmente en los salones de los jerarcas para conseguir algún cargo provincial; o cómo corría presuroso el señor subprefecto al más simple requerimiento del secretario gene- ral del sindicato minero para adaptarse a la condición de un doméstico que lleva el abrigo del sacrificado "compañero" secretario general para que no se resfríe; o pagar el consumo de bebidas de las francachelas de los compañeros dirigentes sí quería mantenerse en el cargo con el apoyo del sindicato. Entonces el verdadero poder radicaba en el sindicalismo de la COB, ejercitado y usufructuado por una élite, mañosamente conformada que ejercitaba el poder en nom- bre de las bases, sin que éstas participen, a tal punto que el hecho de sacar las tarjetas de trabajo y hacerlo firmar consideraban una

molestia insoportable que no siempre se realizaba en el local sindical o lugares de trabajo, sino en las conocidas tiendas donde se podía curar el *ch'aki* o jugar al sapo.

El personal administrativo y técnico de la empresa, eran jóvenes profesionales sin mayores experiencias prácticas, además trabados por la prepotencia sindical y la irresponsabilidad de la burocracia ejecutiva de la COMIBOL. En ese marco, desde los comienzos ya se advertía que no había perspectivas para un buen manejo de las diferentes empresas distritales. Muy pronto escasearon los mate- riales de trabajo; algunas partidas de herramientas que llegaba eran completamente inadecuadas; por ejemplo palas de boca ancha, muy buenas seguramente para palear carbón o escoria sobre piso cemen- tado pero inútiles para el trabajo de la mina; por falta de combos improvisaron mazos cortados de una barra redonda y gruesa, que por tener la cabeza muy ancha tenía un doloroso efecto de rebote sobre los pulmones.

Mientras que con fondos de la COMIBOL se pagaba y mantenía las legiones corruptas del sectarismo partidario del MNR; a manos llenas se utilizaba los fondos de la COMIBOL para el desarrollo de Santa Cruz, sin que los departamentos productores se beneficiaran con las regalías del caso y menos con proyectos de desarrollo siquie- ra básicos. La gallina de los huevos de oro, como era la COMIBOL en el principio, no tenía fondos para atender las prospecciones propias de sus empresas ni siquiera para mantener el aprovisiona- miento normal de materiales y herramientas de explotación minera. Los trabajadores seguían rascando con sus uñas para sacar un poco de mineral, en tanto que una élite parasitaria del MNR, a manos llenas, hacía el reparto de los fondos de la COMIBOL. Es cierto que los trabajadores de base tenían parte de culpa de esa realidad por no saber sacudirse de ese marasmo y rectificar el curso de su revolu- ción con las armas que estaba en sus manos; pero por una ironía del destino o por una consecuencia lógica de esclavitud no lo hicieron y eso es lo que ahora estamos lamentando con la privatización de las minas y la relocalización homicida del neoliberalismo vigente.

Sin duda la mayor parte de culpa corresponde a los dirigentes sindicales de entonces, encabezados por Juan Lechín Oquendo porque no supieron asumir su responsabilidad ante la historia: lejos de orientar y conducir a las bases por el camino de la revolución objetiva, se limitaron a los desfiles de apoyo y se perdieron, encegue- cidos por la demagogia de la contrarrevolución que no supieron advertir. En el caso particular del señor Lechín, sin negarle sus méritos y sin ánimo de atacar por el simple hecho de criticar, con el derecho de un ex-minero de la generación que ha luchado por la

nacionalización de las minas, me corresponde señalar ante la histo- ria su equivocada actuación en el transcurso del proceso de la Revolución Nacional porque esa actuación fue más en función del "compañero movimientista" y no del dirigente minero leal y respon- sable ante sus bases. Por una conciencia comprometida o por pura ingenuidad, creo que desde el interior del gobierno se garantizaba el proceso revolucionario y para eso estaba él en el gobierno. La única garantía para el proceso de la revolución era la acción protagónica del directo interesado: el trabajador minero con su conciencia militante y la acción de las armas en sus manos para modular y garantizar su propia revolución. No la contrarrevolución, como ha sucedido con la actuación política partidista de Lechín, que a manera de freno, en su mismo comienzo desmoviliza moral y

materialmente al minero para convertirlo en oveja del redil del MNR. No comprendió que lo correcto y estratégico hubiera sido para él mantenerse en la condición de líder de los trabajadores y no en la situación del ministro cómplice, o vicepresidente corresponsable del fracaso de la Revolución Nacional.

Por criticar la falacia de los oportunistas, el saqueo de las enti- dades estatales para enriquecimiento ilícito de los jerarcas del MNR, la demagogia y la corrupción, me señalaron como contrarrevolucio- nario y por añadidura latifundista; con esos cargos me condujeron preso al flamante Ministerio de Asuntos Campesinos. Seguramente me hubiera ido muy mal de no mediar Severo Oblitas, aquel movimientista chuquisaqueño que conocí en Corocoro antes de la Revolución, que era diputado y miembro ejecutivo de la flamante Confederación Nacional de Campesinos de Bolivia. El caso fue que mi amigo Severo Oblitas, abogó por mí y también se hizo presente el Sr. López España, de modo que las cosas no pasaron a mayores.

Al recordar que había sido señalado y perseguido como un furioso movimientista en el peor momento de la represión, y haber su- frido y sacrificado el bienestar de mi familia nada más que para ser ultrajado por el MNR; sentí un gran resentimiento, y también una frustración, por cuanto el MNR no era lo que idealizábamos. En varias oportunidades anteriores ya había advertido en sus altas esferas una corrupción organizada; pues aquellos personajes que decían haber vivido en el exilio trabajando de changadores, de la noche a la mañana, descaradamente se enriquecieron bajo el "repar- to de las peras" que, según se decía, era parte de la estrategia del MNR diseñada por el "jefe" para formar una burguesía propia del partido; de modo que tuviera un financiamiento propio, especial- mente para casos de golpe de Estado o cambios de gobierno. Toda esa realidad de oportunismo servil y corrupto, de falsedad y engaño,

y el ultraje que se me infirió al ser conducido preso al Ministerio de Asuntos Campesinos, fueron las causas para que definitivamente me apartara de la amistad de mis amigos movimientistas porque pensaba que ellos no podían ser la excepción, y si me equivoco que me perdonen por turbar la paz del sueño eterno.

Hago este breve comentario con la intención de que pudiera servir como una experiencia, para las generaciones del mañana que tendrán que emprender una

nueva lucha contra las fuerzas reaccionarias de la derecha saqueadora que ya ha iniciado su reina- do. Cuántas cosas más se podría decir si no fuera por el respeto que se merece la organización del que fui parte en su momento más glorioso como fue la lucha contra la rosca minero-feudal, que culmi- na con el abatimiento del poder omnipotente de los barones del estaño: ¡Honor para la Federación de Mineros que gestó la Revolu- ción Nacional!

QUINTA PARTE COLONIZADOR Y QUINERO



xrx

EL ALTO BENI

Convertido en colonizador

Nuestra situación en el *ayllu* no mejoraba debido principalmente a la escasa producción de nuestros sembradíos que no alcanzaba siquiera para nuestro consumo de papas, que era el único producto de nuestras tierras, unas veces por falta de tierra cultivable, pero casi permanentemente por la inclemencia del clima, o porque estábamos en un ciclo negativo de la madre naturaleza. Había veces que no sacábamos ni siquiera la semilla. Por nuestra pobreza vivíamos constantemente en una situación de hambre, en tal grado que nuestras criaturas a veces tenían que conformarse con raíces silvestres por todo alimento, como eran las *sikis, waraqus* y la *ch'iwa,* hierbas dulces que brotan en los meses de lluvia. Realmente era muy sacrificada la vida de mi mujer, que no podía llenar la olla para sostener nuestra numerosa familia; de continuo nos veíamos en la necesidad

de sacrificar uno tras otro nuestras ovejas para poder comprar un poco de harina de maíz: esa era nuestra triste realidad como resultado de mi tonta y porfiada lucha minera. A veces me sentía empequeñecido y avergonzado ante mi mujer, por su estoica resignación y valiente lucha por nuestra sobrevivencia, pues prácticamente ella sostenía las necesidades de alimentación de

nuestros hijos, ya que por las situaciones de persecución continua- mente me veía obligado a abandonar mi casa, dejando cargado sobre sus espaldas toda la responsabilidad y quehaceres de la casa, inclui- do el de manejar la yunta y roturar la tierra.

La colonización dirigida

Por entonces se publica por parte del gobierno un programa de "colonización dirigida" a cargo de la Corporación de Desarrollo, que ofrecía dotar con lotes agrícolas en el Alto Beni a "todas las personas que quisieran labrar su porvenir con la asistencia del gobierno", como decía la primera parte de la propaganda. Mediante folletos detallaban los beneficios y las condiciones para pertenecer al programa; también había personal que proporcionaba toda informa- ción y se encargaba del examen médico y el contrato. A la letra el programa era interesante; pero no haría mención de las dificultades, privaciones y enfermedades de la zona. Entonces había mucha desocupación en las minas, fábricas y otras actividades y mucha gente de ese ejército de desocupados se alistaron. En realidad el programa tenía ese fin, el gobierno tenía la necesidad de superar el problema de la desocupación. Con tal objeto instalaron una reparti- ción cerca al parque zoológico que se convirtió en una oficina muy concurrida. Yo también fui impactado por los ofrecimientos del programa no solamente porque era un desocupado; sino porque haría nacer en mí mi entusiasmo por la producción de arroz y frutas cítricas. Pedí mi inscripción y a partir de ese momento quedé conver- tido en colonizador del Alto Beni. Me señalaron una fecha para mi traslado, lapso que aproveché para ir a Qallirpa a informar a mi es- posa, prometiéndole que pronto volvería y no se preocupara por mí.

En la fecha señalada, conjuntamente con un numeroso grupo, partí con destino al Alto Beni. En la primera jornada sólo llegamos hasta Caranavi; al día siguiente continuamos el viaje hasta la locali- dad de Carrasco donde fuimos recibidos en el campamento de la Corporación, y después del almuerzo otra vez a viajar.

Antes de alcanzar la cumbre del Alto Beni el camino se hizo irregular por los baches fangosos y el desmoronamiento del talud en diferentes partes. Parando, limpiando los obstáculos y empujando el carro en los fangos íbamos lentamente; hasta que al cruzar un abra de la cumbre se presentó un panorama diferente: de las laderas de la cumbre se iba desprendiendo un valle ancho y extenso, cubierto por una verde vegetación tupida; a lo lejos se veía un rio notable, aunque no se podía medir su magnitud a causa de la distancia. El clima era más suave que el de Caranavi; aquello era el Alto Beni. El carro seguía bajando lentamente; el camino era resbaloso por la humedad, la

naturaleza del material y la falta de ripio. Con todo llegamos a un campamento denominado "52" donde seríamos alojados.

Dos días estuve aburriéndome en aquel campamento antes de que dieran la orden de proseguir la marcha, porque hasta nuestro destino iríamos a pie cargando cada uno un quintal de víveres porque la única movilidad disponible no podía abastecer con el aprovisionamiento. Nos guste o no nos guste partimos cargados de una bolsa. La gente sufrida como los campesinos, soportaban la carga muy bien; en cambio la gente que no estaba acostumbrada a las penalidades empezaron a maldecir la hora de haber ido al Alto Beni. El recorrido del trayecto normalmente se lo hace en dos horas hasta Los Tigres, pero a causa del barro fangoso y la carga que cada uno portaba, se necesitó doble tiempo. La bajada era más o menos de un kilómetro hasta el encuentro con un rio cristalino y de regular caudal. Muchos botaron su carga y se metieron en las aguas del río; otros preferimos pasar el río y deshacernos de la carga entregando en la administración.

Así llegamos a nuestro destino central y estuvimos allí varios días antes de ser repartidos a los diferentes caseríos. En los días que estuvimos allí conocimos a los jefes que eran buenas personas; pero en su condición de jefes tenían que cumplir órdenes, o aplicar sus propias iniciativas para acreditar eficiencia ante sus superiores; aunque esta suposición es sólo una forma de buscar una explicación al sistema que impusieron por encima de los derechos y garantías ciudadanas. En efecto, a manera de una instrucción teórica, nos advirtieron terminantemente que quedaba prohibido organizar sindicatos so pena de inmediata expulsión; nadie podía salir fuera del perímetro del núcleo, ni siquiera visitar otros caseríos sin previo conocimiento y consentimiento del jefe y

teníamos que observar una estricta disciplina y cumplir las órdenes. Como una cosa complemen- taria nos hablaron de grandezas con los cultivos de arroz y café; nos dijeron que muy pronto nos íbamos a "poner las botas", pero no nos enseñaron nada con profundidad en cuanto se refiere a los cultivos de arroz y café; sólo cogiendo un bulbo de plátano y una caña de yuca nos hablaron de la manera de plantarlo, lo cual no era ninguna novedad. Así nomás fueron las cosas a la llegadita misma. Creo que la mayoría de los colonizadores nunca han encontrado una explica- ción a esa forma de ser del sistema impuesto; yo mismo en un comienzo no podía comprender.

Pensando y pensando me incliné por creer que la prohibición de formar sindicatos provenía del gobierno, si se tiene en cuenta que, no obstante de estar gobernando con el apoyo de los sindicatos agrupados en la COB, el gobierno movimientista encubiertamente

buscaba la destrucción del poder sindical de los trabajadores. Así lo demuestran los hechos sistemáticos de los movimientistas, el ofrecimiento de indemnizaciones para formar un retiro masivo para destruir las organizaciones sindicales, y la persecución de los que no aceptaban los designios del movimientismo. La prohibición fue aplicada en todos los núcleos a tal punto que hasta el gobierno de Torres no pudimos organizar ni un solo sindicato. El hecho de que la prohibición se hubiera impuesto en todos los núcleos hace suponer la responsabilidad del gobierno movimientista antes que a una iniciativa personal del jefe.

En cuanto se refiere a la estricta disciplina, la instrucción tam- bién provenía del gobierno. En los días que estuvimos en el centro comunal nos utilizaron para cargar las bolsas de víveres, herra- mientas y otros enseres del depósito al centro comunal, donde funcionaba la administración de la Corporación Boliviana de Fomento. Finalmente nos organizaron en grupos: cada grupo con- formaría un caserío y estaba compuesto por diez a quince coloniza- dores; nos entregaron víveres por grupos porque teníamos que hacer olla común, vivir y trabajar juntos hasta terminar los trabajos de chaqueo y siembra. También recibimos una camisa y un pantalón kaki olivo, un mosquitero, una colchoneta delgada, una frazada y herramientas de trabajo, conforme a lo establecido en el contrato del programa.

Ese día fue de mucho entusiasmo para los colonizadores y de muchos trabajos

para los de la administración: mientras unos re- cibían su dotación otros eran conducidos por el jefe o sus ayudantes hasta el caserío al que fueron destinados; ese ir y venir de los jefes conduciendo los diferentes grupos duró casi todo el día, en medio de las lamentaciones de los jefes que se quejaban del cansancio.

A mí me destinaron al caserío 1. Mi grupo estaba conformado por diez colonizadores, todos ellos desconocidos para mí; la mayoría era del Altiplano de La Paz, uno de Chulumani y otro de Potosí; yo y el potosino éramos ex-mineros, otro de clase media decía ser profesor; también había un ex-miliciano del MNR que dea a haber tenido una acción decisiva en la masacre de los falangistas en el asalto al cuartel Sucre. Nuestro caserío se componía de diez casas de madera de palmas construidas a orillas del río; era un poco tapa- do y a más de dos kilómetros de distancia del centro comunal; pero estaba bien nomás por la abundante agua cristalina del río. Nuestra primera ocupación fue preparar las herramientas, afilando el machete y poniendo mango al hacha a fin de estar listos para el comienzo de los trabajos de chaqueo, que ya estaba bastante atrasa- do. Sin embargo, el jefe nos hizo trabajar antes en limpieza y

ensanche de las sendas, en el traslado de cargas y otros menesteres de la administración.

El chaqueo

Con todo llegó el ansiado día del comienzo del chaqueo. El jefe vino a señalar el lugar de trabajo en cada lote. Teníamos que hacer una hectárea para cada uno de nosotros, fuera de la hectárea trabajada que tenía que entregarnos la Corporación, de modo que tendríamos en ese año dos hectáreas de arroz para cosechar; aunque en la práctica resultó mucho menos. Los primeros días trabajamos con mucho entusiasmo; pero poco a poco empezamos a sentir un ardor y dolor de las manos por el manejo del machete, inclusive nos reventaron ampollas. Esto iba incidiendo en el rendimiento de nues- tro trabajo, o sea que poco a poco íbamos disminuyendo la extensión de terreno trabajado; al final los últimos lotes trabajados resultaron más chicos que los primeros. Recuerdo que tenía la mano derecha tan lastimada que el dolor y ardor no me dejaban dormir; tenía que sacar la mano fuera de la cama para tener un poco de alivio y en el trabajo trataba de ayudarme con la mano izquierda; pero así mi trabajo resultaba ineficiente y lento. Aquello fue un martirio para mí, todo ello siempre en

combinación con los trabajos comunales en la administración.

Una vez terminado el *ch'upeo* tuvimos unos días de trabajos livia- nos en el caserío, que nos permitió reponernos de las picaduras de mosquitos, garrapatas, avispas, y de las temibles *istis* o *bunas*, también conocidas con el nombre de *viudas negras,* que son hor- migas grandes de color negro, cuyo veneno me producía una fiebre por dos días; todo eso había que aprender para vivir en el monte. Otro problema mayúsculo era la escasa provisión de víveres: lo poco que nos daban muy pronto se acababa, y siempre estábamos en una situación de hambre porque el Alto Beni entonces era una zona virgen donde no había siquiera una sola planta de plátanos. Por la necesidad de comer, unos antes y otros después, empezamos a probar algunas frutas silvestres y a coger *qaranchus* en el río.

Pese a esa situación de escasez empezamos con la tumbada del monte, trabajo muy duro y peligroso. Habían maderas suaves y duras; otras muy duras que hacían rebotar el hacha, lastimando mis manos y hasta los pulmones. Por la perseverancia, el esfuerzo y los riesgos, me hacía recordar el brutal y sacrificado trabajo de las minas. Había que volear el hacha con toda la fuerza de que uno era capaz, y por ese esfuerzo se necesitaba clavar los pies en el piso para no ser arrastrado por la fuerza del voleo. Pero lo más grave para mí

eran los troncos macizos: de sólo mirarlos ya estaba desmoralizado; sentía un estremecimiento cada vez que me topaba con uno de esos gigantes, y dentro de mí imploraba para que no hubiera troncos en mi lote; con todo los había, para hacerme transpirar primero, y después para hacerme secar con un adolorido cansancio.

Yo nunca metí hacha en contra de uno de esos gigantes centena- rios ante cuya imponente figura el hombre es muy pequeño; pero vi a mis compañeros cómo improvisaban un andamio para calar por encima de la base, en el lugar del cuello, a más de dos metros de altura, haciendo saltar astilla tras astilla de madera con cada golpe de hacha; hasta abrir una caladura profunda hasta donde alcanzaba el mango del hacha, operación de todo un día y hasta de dos días; y al fin el tronco se iba al suelo con el retumbar de un trueno. Había que admirar al tronco, pero también a los hacheros que lo tumba- ban, porque se necesitaba vigor, experiencia y resistencia.

Los trabajos en las zonas del subtrópico son siempre duros y si a ello se agrega las enfermedades endémicas, la inadecuada nutrición y la falta de programas de salud, seguramente siempre se tendrá un déficit poblacional, porque todo ello determina la muerte a una edad prematura, especialmente del sexo masculino. En los momentos que más necesitábamos de una adecuada alimentación empezaron a escasear los víveres hasta que finalmente sólo teníamos un poco de maíz cubano que en un principio mis compañeros no quisieron comer porque era un maíz sin sabor y muy duro; pero luego nos adaptamos por la necesidad y haciéndolo cocer todo un día resultaba bastante aceptable. Así, comiendo sólo mote de maíz cubano traba- jabamos en la tumbada del chaqueo, que teóricamente debía de ser diez hectáreas, pero en la práctica resultó un 30% menos debido ante todo al agotamiento físico y la premura del tiempo por cuanto teníamos una fecha señalada para terminar y salir de vacaciones a nuestras casas.

Todos los colonizadores ansiábamos salir a nuestras casas para vernos con nuestros seres queridos. Varios se nos adelantaron deser- tando de sus grupos porque no estaban acostumbrados a un trabajo tan duro y sacrificado, o no pudieron soportar los rigores del clima y los flagelos de los bichos del monte. La generalidad de los coloniza- dores teníamos infectado partes del cuerpo, especialmente los pies y las manos, a causa de las picaduras de los mosquitos; las picazones escocían de tal manera que era un contento el rascar hasta hacer sangrar la piel, que luego se inflamaba haciéndose *qarachas* y llagas casi inaguantables. Esa fue nuestra realidad inicial; lo que más sentí fue el efecto del hacha que me dejó las manos sumamente lasti- madas, hasta hacerme dar fiebre.

Después de un mes de vacaciones regresamos al Alto Beni para continuar nuestros trabajos de colonización. Con señaladas excep- ciones la mayoría no se animó a llevar a sus familiares, a fin de evitar las experiencias negativas, dejando el traslado para la época de la cosecha de arroz. La primera preocupación era la quema de los *chacos*, antes de que comenzara la época de las lluvias. Otra cosa importante para nosotros era conocer definitivamente nuestros lotes individuales; con ese propósito realizamos varias charlas con el jefe, a fin de encontrar la fórmula aceptable para todos. A veces se discutió con vehemencia y hasta se dijo: "¿Cómo quieren que traiga- mos a nuestros familiares, cuando ni siquiera conocemos nuestros lotes?" Lógica contundente que arrancó del jefe la promesa de resol- ver el problema a la brevedad posible.

En efecto, una mañana se presentó el jefe para decirnos que la fórmula seria un sorteo, a fin de que el reparto de los lotes fuera imparcial.

Se procedió a preparar diez papelitos con el número de cada lote, luego se los dobló y cada uno tomó un papelito de su preferencia, mientras el jefe iba anotando el número del lote y el nombre del colonizador. Así cada uno de los colonizadores quedaron dotados definitivamente con su parcela individual. No obstante de que estábamos organizados por grupos para un trabajo comunitario, no se destinó ningún área para trabajos de comunidad ni tampoco había una reserva para la generación de los hijos. Hasta se olvida- ron de las disposiciones legales que preveía dotación de áreas esco- lares y otras de servicio social. El centro comunal apenas disponía de dos hectáreas de terreno en el que estaba la administración y una pequeña cancha de fútbol.

La quema de los *chacos* resultó para unos muy satisfactorio, y para otros penoso porque no quemó bien, quizás porque no cha- quearon bien o quemaron en un momento poco conveniente. Así aprendimos a trabajar en las faenas posteriores, tratando de reali- zar lo mejor posible, bien asentado como es del caso para un buen quemado. A pesar de todas las dificultades ya teníamos preparado los *chacos* para la siembra de arroz, pero tropezamos con el inconve- niente de la falta de semillas; para colmo teníamos prohibido intro- ducir semillas y plantas que no nos fuera proporcionado por el programa. Con bastante retraso se nos dio la semilla necesaria, y al filo de las últimas siembras depositamos las semillas en la tierra sin ninguna ceremonia religioso-cultural ni palabras de circunstancia; aunque estaba latente en mí las tradiciones de mi ancestro. Estando en el Altiplano yo no había previsto los elementos que se necesitaría y en el Alto Beni no había ni una hoja de coca. Por otra parte, en el Altiplano yo sabía de memoria el nombre de los *achachilas* y *uywiris* del lugar, de nuestros dioses tutelares; pero me di cuenta

que no sabía el nombre de los dioses del Alto Beni. ¿Cómo invocarlos entonces? La *Pachamama*, ¿era la misma que en el Altiplano vene- rábamos con tanta fe mística? Interrogantes y dudas que necesita- ban tiempo para una reflexión y como no disponía de más tiempo que para el trabajo, opté por dirigir internamente una invocación a mis dioses tutelares; aunque sintiéndome reprimido en mi espiri- tualidad con una sensación de vacío que momentáneamente me entristeció.

Para hacer la siembra no se hizo un arado de la tierra como en el Altiplano: el preparado de la tierra simplemente consistía en hacer un buen quemado del *chaco* de manera que quede limpio de toda maleza menuda, como si hubiera sido barrido. Cuando no quemaba bien, el limpiar a mano a plan de hacha y machete era más penoso que hacer un *chaqueo* de nuevo. En cuanto a la forma de la siembra, nos enseñaron a hacer con una estaca de madera afilada hoyitos en hilera; nos organizamos en *ayni* por parejas: uno iba haciendo los hoyos y el otro seguía por detrás poniendo la semilla, todo a mano; entonces no había las sembradoras mecánicas que más tarde se generalizó su uso. La tierra era húmeda y suave para trabajar y no se necesitaba un esfuerzo extraordinario como ocurre al presente. El personal técnico del programa no nos habló de otros métodos de producción y el sistema que nos enseñaron era para nosotros como la última palabra en tecnología y ciencia de producción arrocera.

Nosotros los colonizadores aprendimos las formas de trabajo que nos enseñaron los técnicos del gobierno: por instrucciones de ellos hemos tumbado el monte con hachas y machetes y lo hemos quema- do. Hago esta aclaración porque en los últimos tiempos escucho los comentarios de la sociedad citadina mediante sus medios de comu- nicación, calificando a los colonizadores de irresponsables y hasta de criminales, dicen, por el humo que envenena su medio ambiente y por la destrucción de la fauna y la flora. Relativamente podrían tener razón; pero a partir del buen ejemplo, ¿qué podría ser si las poblaciones asentadas en las márgenes del río La Paz, a su vez denunciaran la irresponsabilidad de la sociedad citadina por con- taminar las aguas de los ríos La Paz y Beni con las aguas negras y sucias como la conciencia de la misma sociedad citadina? Por otra parte, ¿dónde está el aporte práctico de la sociedad, de la universi- dad y del gobierno en la conservación de los recursos naturales? Si saben otras formas de trabajo, ¿por qué no lo demuestran? Nosotros los colonizadores también estamos cansados de arañar la tierra con nuestras manos; pero la topografía del terreno no permite la meca- nización, por lo menos en mi lugar de trabajo y residencia. Además, una sociedad y un gobierno acostumbrados a vivir con el despojo del campesino, ¿no podrían garantizar la inversión en la agricultura de

los *ayllus* y otras organizaciones populares como son las de los colo- nizadores? Nosotros, por experiencia propia, sabemos que todo lo que dicen los gobiernos de turno sobre desarrollo y programas políticos es simplemente pura lata para

consumo de una sociedad citadina irresponsable, necia y presumida hasta nomás.

Condenados a trabajos forzados

Las tareas más odiosas eran aquellas de cargar continuamente las bolsas de víveres por más de diez kilómetros a través de un cami- no fangoso y resbaloso, donde el que más y el que menos perdían sus zapatos y abarcas arrancados por el barro pesado y fangoso que nos cubría hasta las pantorrillas: caminar arrastrando el lastre del barro y con un quintal de peso sobre los hombros era en verdad una promesa de abnegación y sacrificio en aras de un futuro mejor, porque cada vez quedábamos prácticamente desconyunturados por el tremendo esfuerzo efectuado a través de toda una jornada. Así se hizo la colonización de la primera área del Alto Beni.

Otra tarea que nos humillaba era la de servidumbre, como era la limpieza de las instalaciones de la administración para comodidad de nuestros encomenderos que a título de disciplina nos manejaban con el rigor de formas de colonato gamonal. También se tenía que trabajar en las instalaciones del vivero central, que estaba ubicado a más de diez kilómetros de nuestro núcleo, más conocido con la denominación de "Campamento Km. 73". Se nos decía que el que no fuera a trabajar no tendría derecho a recibir plantas del vivero, de modo que por recibir unas cuantas plantas estábamos obligados a trabajar en el vivero, para lo cual salíamos de nuestras casas a las seis de la mañana y regresábamos entre las siete y ocho de la noche, todo cansados, cayendo y tropezando a cada momento en las sendas cubiertas por la oscuridad del monte; de ahí la importancia del mantenimiento de las sendas, que también implicaba otra tarea más para los colonizadores. No había un poco de descanso; por eso denomino al primer periodo de colonización como de condenados a trabajos forzados.

En verdad esa era nuestra realidad: negados en nuestro derecho de expresión, reprimidos en todo intento de organización, despojados de nuestros derechos a título de una disciplina dictatorial y arbi- traria, prohibidos de toda iniciativa y acción propia, obligados a trabajar gratuitamente en nuestra condición de colonos del Estado, y por añadidura con una deuda a pagar de seis y siete mil bolivia- nos. Mientras tanto el programa de colonización dirigido no cumplía la parte de sus compromisos con los colonizadores; no había semillas

y plántulas en la oportunidad y cantidades del caso: en el primer año el vivero sólo produjo cien plantitas de café para cada coloniza- dor. Los bulbos de plátanos llegaron cuando los *chacos* ya estaban sembrados con arroz y maíz y por no destrozar lo sembrado se hizo una mala plantación en hoyitos pequeños y superficiales que a la larga determinó la poca resistencia de las plantas.

En los primeros meses de colonización, ante tanto trabajo recar- gado y el rigor de la administración, que era despótica, varios colo- nizadores con cierto grado de cultura hicieron reclamos y protestas, primero de manera individual y después a nombre de sus res- pectivos grupos. Esto fue lo que motivó la aplicación de la disciplina tipo cuartelario que no permitía protestas ni organización sindical.

Recuerdo el caso de un colonizador rebelde, que decía ser profesor de profesión, al que quisieron expulsar. Tenía buenos razonamientos y sólida argumentación, de modo que le complicó la vida al jefe al ne- gar su competencia para expulsarlo; lo cual resultaba inadmisible para el jefe, que se empeñaba en mantener la disciplina de cuartel por encima de todo principio de derecho y de razón. Como una fórmula de arreglo, el jefe propuso una otra forma de expulsión mediante el cambio a otro núcleo, que no aceptó el incriminado, por el contrario se mantuvo firme en la conservación de su lote. Enton- ces el jefe recurrió a una maniobra deshonesta y desleal cortándole el avío de víveres, sin considerar que el colonizador estaba con su mujer. Luego trató de implicarnos al grupo pidiéndonos un pronun- ciamiento en acta firmada apoyando la expulsión, a cuyo fin previa- mente manipuló al encargado del grupo, una persona de poca sol- vencia moral caracterizado por los chismes y la adulación servil. Así nos reunimos una noche a instancias del jefe de caserío, para consi- derar el acta ya preparada que supuestamente debíamos firmar.

Cuando me tocó hablar, abiertamente manifesté mi desacuerdo con el tenor del acta y la conducta del jefe de núcleo, que quería utilizarnos para un hecho de abuso; les recordé que todos nosotros mismos continuamente nos lamentábamos de la desconsideración del jefe y concluí diciendo que por un principio de verdad y justicia teníamos que ser solidarios con uno de nuestros compañeros aunque tuvieran que expulsarnos a todo el grupo. Naturalmente se frustró la maniobra del jefe, que quería hacernos aparecer como los que pedían la crucifixión de nuestro compañero, y él lavarse las manos como un Poncio Pilatos. El colonizador afectado decidió salir a La Paz para quejarse al Director del Instituto de Colonización y otras autoridades; pero al parecer las autoridades no se hicieron eco de sus reclamos y todo lo que pudo conseguir fue dos cargos de

profesor para él y su mujer en la localidad de Palos Blancos.

Así terminó ese problema, dejando susceptibilidad entre el jefe y mi persona que desde entonces se dio a la tarea de espiarme. Por esos motivos y por los sufrimientos propios de esa empresa de colonización, muchos colonizadores abandonaron sus lotes después de sacar sus cosechas de arroz, y como siempre sucede en toda situación de opresión, sin advertir que los oprimidos se trenzan y pelean con el último gendarme de la opresión, mientras los malos de la película están bien atrás de la espalda del verdugo. Eso nos sucedía a los colonizadores en nuestra pelea con el jefe del núcleo.

Paradójicamente, a pesar de que le deseábamos todos los males del mundo en nuestros momentos de rabia, él era la estrella de nuestro equipo de fútbol, que aplaudíamos entusiastamente y al que prodigábamos todas las consideraciones posibles olvidando los rencores de casa. Es que no teníamos más esparcimiento que el fútbol, y por eso se hizo en nosotros una costumbre infaltable asistir a los partidos de los días domingos con la puntualidad y abnegación de un religioso cuando asiste a las ceremonias de su templo. Nos sentíamos orgullosos de nuestro equipo representativo porque era uno de los más poderosos de la región. Después de las expulsiones y ante una situación de opresión que vivíamos, pensaba que todas las fallas del programa no podían ser atribuibles únicamente al jefe de núcleo; que necesariamente tenían su origen en el gobierno central, y eso me permitía comprender las muchas fallas del pro- grama.

El contrato de la construcción de las chozas había sido adjudicado a un señor al que nunca vimos; y a su vez los oficiales y segu- ramente el comando del destacamento militar oficiaban de subcon- tratistas, pero los que trabajaban eran los soldados conscriptos. Nos entregaron chozas mal construidas, pero los colonizadores teníamos que pagar sin decir nada; no hubo ningún control. En el camino de penetración, si bien era de corte reciente en muchas partes, la plataforma estaba formado con rellenos que quitaba estabilidad al camino: aquellos rellenos se convertían en fangos impasables para los motorizados que se hundían en el barro hasta la corona. Era extraño que la empresa hiciera un camino poco digno de llamarse carretera, porque tampoco había control por parte de las autori- dades del caso. El costo total del camino estaba dividido a prorratas y cargado a la cuenta individual de los colonizadores; de modo que el Estado boliviano, lejos de hacer una inversión para el desarrollo, en realidad

estaba haciendo un bonito negocio a costa de los coloniza- dores. En cuanto a los caminos vecinales, en el mejor de los casos sólo quedó trazado en el papel.

La colonización dirigida: una farsa del gobierno

La tan mentada planificación moderna de una colonización di- rigida consistía en los trabajos de levantamiento topográfico del terreno para el asentamiento de los diferentes núcleos de coloniza- ción, cuyo costo también estaba cargado a las cuentas de coloniza- ción. Aparte se hizo un replanteo y mejoramiento pagados directa- mente por los colonizadores que necesitaban los planos individuales de sus lotes para hacer los trámites de dotación y consolidación. No había ninguna estructura para centros de acopio y transformación de los productos; la asistencia técnica estaba dedicada a la adminis- tración de los asentamientos y a la recuperación de las cuentas de colonización y no al conocimiento de la agricultura tropical; las plantaciones de café se hicieron de la manera tradicional, esto es en hileras con sombra de *sikilis,* pero ni para una muestra se hizo una sola plantación con el sistema de curvas de nivel. Tampoco recibi- mos una cultura adecuada en cuanto a sanidad vegetal, conserva- ción de suelos, recolección y manipuleo de los granos de café y cacao, menos de procesos de transformación y diversificación que permi- tieran buenos resultados económicos para los colonizadores. En realidad estuvo ausente una adecuada asistencia técnica como era de esperar en la planificación de una colonización dirigida. En cuanto a la asistencia financiera, aparte de las cuentas de precolo- nización, no se mencionaban otras formas de financiamiento comple- mentario. Para los pesares de los colonizadores y la desgracia de este país, la tan mentada colonización dirigida resultó una otra farsa improvisada del gobierno de entonces para quitarse de encima el problema de la desocupación y no propiamente para desarrollar la industria agropecuaria del país.

Si mi testimonio no es suficiente que lo diga la realidad del Chapare cocalero y la miseria y el abandono de todas las zonas de colonización. A partir del 1962 todos los gobiernos han manejado los programas de colonización como instrumento circunstancial, sólo y únicamente para quitarse de encima los problemas de la desocupa- ción y conmociones sociales que amenazan la estabilidad de gobier- no; recuérdese que el presidente Jaime Paz Zamora también con gran aparatosidad despidió de la plaza Murillo a los relocalizados mineros hacia las zonas de colonización.

El colonizador de antaño y del presente casi siempre se motiva con un entusiasmo falso porque se hace eco de la estúpida costumbre de la burocracia parasitaria de decir que en esas tierras el hombre sólo tiene que abrir la boca para recibir los frutos que bajan de los árboles. Bonita frase como poesía a la madre naturaleza, pero completamente ignorante de la realidad del hombre trabajador,

que para llevarse un fruto a la boca primeramente tiene que pagar un alto tributo sometiéndose al cruel castigo de la infinidad de insectos que succionan la sangre basta convertirlo en una piltrafa humana y trabajar transpirando hasta la deshidración antes de que los frutos bajen de los árboles viviendo olvidado de Dios hasta morir prematuramente sin conocer un poco de justicia. Con ello no quiero decir que todo sea negativo y un imposible; lo que falta para con- quistar la naturaleza con menos costo social es un programa de gobierno con políticas de salud, de fomento al desarrollo y estructu- ras de comunicación y conservación del medio ambiente.

Por experiencia en carne propia, estoy convencido de que todas las fallas de los programas de colonización se puede corregir con el establecimiento de estructuras básicas para el desarrollo agrícola, para lo cual previamente se debe reformular las tradicionales políticas de gobierno; ahí se tropieza con el mayor problema porque las fuerzas que usufructúan del gobierno asumen una posición reaccionaria en función de sus intereses y no pueden comprender la realidad de la misma manera que las grandes masas populares, es decir de los sojuzgados, porque esa es la verdad histórica de los aymaras y qhishwas del *Qullasuyu,* en sus variantes de obreros, mineros, campesinos y otros conglomerados humanos. Mientras no se dé una conciencia de honestidad y responsabilidad en los grupos de gobierno, no servirá de nada ningún programa de colonización y sólo quedarán amargas experiencias y frustraciones, como es el caso del Chapare, el Alto Beni y otras zonas.

La cosecha del arroz

En medio de las penurias que vivíamos llegó la época de la cose- cha de arroz, en tanto que las torrenciales lluvias iban menguando y el medio ambiente se hacía más fresco y agradable; era todo un acontecimiento para nosotros los colonizadores que por primera vez veíamos maduros sembradíos de arroz con las

gavillas doradas que colgaban como flecos.

Yo estaba acostumbrado a cosechar la cebada segando con una hoz y pensaba que el arroz también sería de esa manera; pero los técnicos del programa nos enseñaron a recolectar gavilla por gavilla cortando con un cuchillo. El trabajo era sencillo y liviano, por lo menos en las horas frescas de la mañana y la tarde, pero el avance era lento y fatigoso a horas del mediodía a causa de la evaporación de la humedad y el fuerte sol; así poco a poco íbamos llenando una bolsada en la mañana y otra en la tarde. Lo desventajoso era que la cosecha de arroz requería urgentemente del auxilio de cosechadores

eventuales y entonces muy pocos colonizadores habían llevado a sus familiares.

Recuerdo que para mí fue muy sacrificado porque no tenía quién me ayudara. Mi situación era como de un alma en pena perdido en medio de un arrozal que cortaba gavilla tras gavilla sin descanso, pero al final de la jornada parecía como si nada se hubiera hecho. A fin de avanzar lo más posible trabajaba en las mañanas cuando apenas iba a clarear el día, con el consiguiente roce con la paja impregnada de abundante rocío, que muy pronto me destrozaba la piel del dorso de la mano hasta convertirla en una costra gruesa inflamada que no me dejaba dormir y a mediodía el sudor me hacía arder como si fuera un ácido insoportable. Pero ni modo de curarse: no tenía nada que se pudiera llamar medicamento. Además, por el apremio de la cosecha no se podía dejar de trabajar.

Por las tardes me retiraba cuando las sombras de la noche ya no dejaban ver las gavillas. Era tanto mi embrutecimiento con el trabajo, que no tenía tiempo ni siquiera para suspenderme el pantalón que se me chorreaba abajo por el continuo movimiento en terrenos accidentados. Sentía que poco a poco el pantalón se iba abajo, hasta que por fin el amontonamiento del pantalón sobre los talones me maneaba y no me dejaba mover. Por todo equipo de trabajo es costumbre entre los *quilas* de esta región usar fajas anchas ajustadas al vientre y toda la cintura, improvisado con telas de saquillos de harina que se llaman *q'ipiñas*. Es prenda que sirve no sólo para fajarse y sostener el pantalón, sino es una herramienta de trabajo que sirve para cargar y recoger los productos. Como tenía la *q'ipiña* repleta de arroz que colgaba de mi cuello me dificultaba el suspenderse el pantalón; además era el cansancio por las tardes, la extrema fatiga a causa de la

preocupación por terminar la cosecha.

Había momentos de lluvia que obligaba a suspender el trabajo mientras las gavillas iban secando en sus mismos tallos amenazan- do irse al suelo por falta de ayuda por la escasez de gente trabajado- ra. Aunque poco a poco veía crecer mi troje de arroz como una compensación a mi denodado trabajo, la capacidad del troje ya no daba más y tenía dificultades para seguir acumulando en el espacio que tenía preparado. Al fin, cuando pude terminar la cosecha, dormí tranquilo y me levanté sosegado. Ese día me sentí admirado y alegre de verme dueño de una considerable cantidad de arroz, recordé que siempre podía comer arroz lo que quisiera y en verdad comí arroz en el desayuno, en el almuerzo y la cena.

Desde entonces el arroz sería mi principal alimento de todos los días sin que me empalagara jamás. Más tarde aprendí a gustar el

arroz en el desayuno acompañado con una ensaladita d pepinos, choclos tiernos y café, que es el tradicional desayuno campesino. Para mí no sólo es un delicioso alimento, sino un reconstituyente, una medicina de sabor agradable, de modo que el jugo de pepinos o el agua de los choclos cocidos sustituían al café.

El problema principal: la falta de caminos

Fue decepcionante para los colonizadores que teniendo tanto arroz no pudimos vender ni llevar siquiera para la alimentación de nuestros familiares. A causa del estado desastroso del camino principal y falta de caminos vecinales no se podía caminar y mucho menos con carga encima, ni qué decir de las movilidades que se quedaban atascadas en el fango hasta que un tractor los arrastrara. Resultaba toda una odisea salir del Alto Beni con un poco de arroz; en mi caso, a duras penas y todo revolcado en el barro sólo pude sa- car dos bolsas de arroz para mi familia. Era lamentable ver que bolsas de arroz puestos sobre el camino con tanto trabajo, se echa- ban a perder por la imposibilidad del servicio de transporte. Algunos transportistas sacrificaron sus movilidades en la perspectiva de adueñarse de la ruta, trabajaron con camionetas de doble tracción equipadas con güinches; pero ni aun así era posible evitar los per- cances de un camino de fango profundo; la naturaleza del material, la excesiva humedad de la zona y el descuido técnico en el manteni- miento lo determinan como un camino difícil

hasta el presente.

La poca estabilidad del camino principal y la falta de los caminos vecinales actualmente determinan la postración económico-social de la zona porque inciden negativamente en los costos de producción, desalientan por el excesivo esfuerzo humano y no permiten la explotación de otros productos de menor costo como son los plátanos, papayas, yuca y otros; de modo, que resulta más económico comprar plátanos en un tambo de la ciudad de La Paz que traer desde el Alto Beni. Con lo anotado ya se podrá tener una idea de la impor- tancia fundamental de los caminos en las zonas de colonización, que finalmente motiva una larga lucha de los colonizadores con los gobiernos de turno.

En vista de que era imposible sacar nuestra producción de arroz con tanto esfuerzo y sacrificio, ofrecimos al jefe del núcleo entregar nuestro arroz al programa como parte de nuestras cuentas de precolonización, que entonces ascendían a un promedio de seis mil bolivianos por cada colonizador, suma elevadísima para nosotros, imposible de pagar ni siquiera en un 50%. Pero el programa no quiso comprarnos nuestra producción de arroz; teniendo movilidades,

mulos y arrieros conscriptos no querían asumir la responsabilidad de sacar la producción de arroz del Alto Beni dejando el problema para los colonizadores, no obstante de que la falta de caminos veci- nales y el estado del camino principal era fallas del programa, porque no había control y en el interior del programa había negocia- dos, desvío de fondos y malversaciones que nadie se ocupaba de investigar y denunciar.

El Instituto de Colonización no se ocupó de corregir las fallas de sus programas experimentales, de modo que sirvieran para imple- mentar una mejor política de colonización dirigida o planificada. Por el contrario, desperdició los datos buenos y malos de la expe- riencia de una colonización dirigida y se apartó de un seguimiento técnico-científico, conformándose con administrar el sistema de colonización espontánea sin una inversión económico-financiera del Estado, ni apoyo técnico de información y orientación. Bajo las cam- biantes políticas de los gobiernos de turno, cada vez más despresti- giado y saqueado por una pequeña burocracia incapaz corrupta, el Instituto de Colonización ha anulado su función específica para reducirla a la dimensión de una simple agencia de

compra-venta de tierras fiscales, en competencia con Reforma Agraria, en el negro negocio de las concesiones ilícitas.

Al ser notificados oficialmente con los adeudos de pre-coloniza- ción, los colonizadores ya no podíamos permanecer en la simple crítica de lo injusto; necesariamente teníamos que asumir una acción de representación en defensa de nuestros intereses. Quería- mos una explicación de los adeudos caso por caso, para luego hacer una negociación sobre los plazos y formas de pago en las posibili- dades de nuestra realidad; no aceptábamos la hipoteca de nuestros lotes mientras no se pagara la deuda de pre-colonización. Igual- mente considerábamos injusto y arbitrario que cargaran a nuestras cuentas el costo de la construcción de una pista, del camino troncal y el mantenimiento del personal administrativo del núcleo. Voces indignadas decían que los colonizadores habíamos sobrevivido comiendo maíz cubano mientras los jefes consumían conservas cuyo costo tendrían que pagar los colonizadores. Así, a pesar de la prohi- bición de organizar sindicatos y estar bajo una disciplina cuarte- laria, poco a poco fue surgiendo un ascendente espíritu de lucha entre los colonizadores, que no podían conformarse ante una deuda abrumadora para las posibilidades de su realidad económica ni querían soportar más una situación de explotación y opresión en la condición de colonos del Estado. Sin embargo, la organización y consiguiente lucha no pudo ser fácil, a causa de las expulsiones y la acción represiva de la guarnición militar que oficiaba de gendarme de los jefes del programa.

El núcleo Los Tigres

La lucha siempre fue liderizada por el núcleo Los Tigres, como más comúnmente se denominaba al Núcleo Dos, al que yo perte- necía. Los colonizadores de Los Tigres tenían un gran sentido de su unidad y por la misma situación de opresión, injusticias y frustraciones fue gestando un espíritu combativo a toda prueba. Ante la imposibilidad de organizamos en un sindicato, primera- mente organizamos una cooperativa. Aunque sólo participaron nom- inalmente un reducido grupo, más fue un hecho simbólico que práctico en un principio; pero después, cuando obtuvimos su person- ería jurídica, fue de bastante utilidad; nos sirvió para proyectar nuestra lucha como un valioso complemento a la lucha sindical.

Creo que cabe hacer una pequeña acotación explicativa en ese punto. Por mi experiencia sindical comprendía que el modelo del sindicalismo obrerista en la realidad del campo quedaba cojo; no tenía efectividad en el terreno legal ni en las acciones de hecho. Aunque a partir de la promulgación de la ley de Reforma Agraria, es decir de la organización de los sindicatos campesinos desde el Ministerio de Asuntos Campesinos, se sostenía que ya no había patrón sobre el campesinado; ¿hasta qué punto era cierto aquello en la realidad de la práctica? En el caso de los colonizadores del Alto Beni, a diez años de Reforma Agraria, por designio oculto del gobierno o por una arbitraria y equivocada administración de los responsables del programa, el Estado estaba desempeñando el papel de patrón casi con las mismas características del gamonalismo republicano. Esto es: explotación mediante trabajos forzados y el endose del cos- to de la construcción del camino y una pista a la cuenta de los colo- nizadores; despojo mediante los casos de expulsión; opresión y repre- sión militar, allanamiento y apresamientos en el cuartel militar, con amenazas de remisión al Ministerio del Interior por supuestas actividades políticas; negación de derechos ciudadanos mediante una sistemática negación del derecho de organización, cuyas conse- cuencias tenían una variedad de derivaciones negativas para los colonizadores.

Todas esas situaciones analizaba y aunque comprendía la necesi- dad de organizamos y luchar, ¿por qué necesariamente teníamos que organizamos sindicalmente? El gobierno no reconocía otra representación que no fuera cooperativa; de ahí la necesidad de tener una representación a pesar de estar consciente de que el mode- lo sindical del asalariado no se adecuaba para la lucha en el campo ni estaba libre del servilismo político; de alguna manera teníamos que hacemos escuchar. Desde los comienzos empecé a sobresalir entre los demás dirigentes, no sólo en el ámbito del núcleo, sino de

toda la zona. Yo redacté los estatutos de la Cooperativa de Los Tigres y obtuve la personería jurídica con el cargo de Presidente del Consejo de Administración. También tuve participación en la redacción de casi todos los documentos de los colonizadores, a la vez que iba cayendo en el desagrado de los jefes del programa y de los militares. Esto me obligaba a someterme a todos los trabajos a fin de que no tuvieran un pretexto de expulsión; no podían desmerecer mi calidad de hombre trabajador aunque no les gustara mi liderato entre los colonizadores.

Entre los buenos y honestos dirigentes, recuerdo a Don Pedro Atora, un ex minero de Oruro; a Pompilio Quiñones, que algunas personas románticas lo imaginaban de descendencia italiana en razón de su nombre, cuando en verdad era oriundo de la localidad de Llica, allá en la frontera con Chile; también cabe mencionar a Telés- foro Quispe, que puso mucho empeño en que el núcleo contara con una buena escuela. También hubo algunos elementos maleados, que de la corrupción hicieron un medio fácil de vida, se convirtieron en mercenarios del pacto militar-campesino bajo las dictaduras mili- tares y traficaron con la Embajada norteamericana a título de lucha contra el comunismo rojo.

Un tigre taimado

En los primeros tiempos en los que llegaban los familiares de los colonizadores, apareció en escena un tigre taimado que hacía sus andanzas por todo el núcleo. Por sus fechorías en los gallineros y entre cerdos y perros se convirtió en la fiera más temida. Había razón para ello, pues se decía que de día se aparecía en los ríos, causando terror a las mujeres y niños indefensos, y en poco tiempo amenazaba terminar con los pocos gallineros que recién se estaban instalando. Entonces los colonizadores no teníamos experiencia en la caza de fieras del monte, de manera que el administrador del núcleo tuvo que contratar a un cazador camba expresamente para que matara a la fiera, lo cual no fue fácil porque a pesar de la maestría del cazador, el tigre burlaba todas las trampas que se tendían, de modo que su fama se fue extendiendo por toda la zona. Hasta que una noche sucedió lo insólito que nos llenó de terror a todos: el tigre sacó a una niña de su choza y la devoró en el monte, sin que el padre de la víctima pudiera hacer algo para defenderla.

Según la versión de la familia afectada, esa noche se encontraban en la choza el padre y la tía de la pequeña siniestrada, además de una hermana suya, quienes al parecer dormían en dos camas sepa- radas; el padre cerca de la entrada y la tía con las dos menores en

el fondo. La choza no tenía puerta, igual que las demás de todo el núcleo y tampoco habían tomado la previsión de poner una tranca. Posiblemente entre la una y dos de la madrugada, cuando todos dormían profundamente, el tigre se habría introducido al interior de la choza tomando su presa. A partir de ese

momento se dan situa- ciones de confusión y de pánico. Según la versión de la tía, en el embotamiento de sus sentidos por el sueño, ella habría sentido al tigre junto a la cama y lo habría confundido con el perro, apartán- dolo con la mano en la creencia de que se saldría y se volvió a dor- mir. Por segunda vez fue despertada violentamente cuando sintió que por encima de ella era arrastrada su sobrina. En su confusión instintivamente cogió el cuerpo de la niña, dando voces de alarma y auxilio, sin poder distinguir nada a causa de la oscuridad de esa hora; a lo cual habría acudido el hombre también todo confundido sin saber exactamente lo que estaba pasando; en su afán de auxiliar a su cuñada, que seguía gritando, fue a agarrarla haciendo que soltara a la jovencita.

En tanto que el hombre se diera cuenta cabal de lo que pasaba por las exclamaciones de su cuñada, el tigre ya estaba fuera de la choza con su presa, y en tanto que se atufaban en encender la lámpara escucharon por última vez la voz de la desdichada jovenci- ta, que en pedido de auxilio una y otra vez gritaba desesperada, "¡Papá!", hasta que ya no se escuchó más su voz. Atravesando una franja de *ch'umi* el tigre ya estaba en el monte con su presa; es decir en su dominio, donde es difícil y peligroso seguirlo en la oscuridad de la noche. Mi parecer sobre ese desdichado caso es que el coloniza- dor no tomó las previsiones del caso, sabiendo que un tigre andaba rondando por su caserío hasta de día. Además, en el momento más oportuno para salvar a su hija, no tuvo el suficiente dominio de sí mismo para actuar adecuadamente, sino se dejó dominar por el pánico de modo que no acudió a las voces de su hija, quien posible- mente por alguna dificultad del tigre, pudo dar voces llamando a su padre, o quizás en el comienzo del *ch'umi* estaría resistiendo antes de ser arrastrada al interior de la maleza. Debido a su confusión y pánico aquel colonizador perdió valiosos instantes que favorecieron al tigre. Puede ser que el caso hubiera ocurrido de manera muy rápida que no les permitió coordinar sus ideas. También llama a la atención de que la muchacha no hubiera lanzado un grito mientras era arrastrada desde la cama hasta afuera de la choza; lo que permite hacer suponer que el tigre la hubiera tomado del cuello haciéndola desmayar en el acto.

Esto no es una fábula, es un hecho real que permite comprender las situaciones que hemos tenido que afrontar los primeros coloni- zadores del Alto Beni, y el costo que hemos tenido que pagar no sólo

por el ataque de las fieras salvajes, sino también por la furia de los ríos en las

épocas de lluvia, las enfermedades de la malaria, la fiebre amarilla, la tuberculosis y la parasitosis. ¿Cuántos han muerto como precio de aquel paraíso que pintaban los burócratas de palacio? En fin, continuemos con el caso del tigre: una vez terminada la fechoría en la choza, las víctimas empezaron a pedir auxilio a gritos a sus vecinos del caserío. Reunidos fueron informados de lo sucedido y luego se consideró la persecución; pero no todos están de acuerdo; se haría ver que no tenían armas además de sus machetes, que la noche estaba muy oscura y otras razones negativas. Al parecer les dominaba el miedo, de modo que esperaron hasta que clareara y entonces se dieron a la tarea de rastrear al tigre. No tardaron mucho porque a poca distancia de la choza encontraron no al tigre sino a la víctima destrozada, una jovencita de unos doce años, una niña todavía. Según lo que referían los que participaron en ese rescate, el cerebro en la parte de la nuca habría estado destapado y la masa encefálica vaciada, sin duda comido por el tigre; el resto del cuerpo no había sido tocado todavía. He ahí el triste y macabro desenlace por el ataque de un felino carnicero.

Pero las andanzas del taimado tigre no terminaron ahí. Es fácil de imaginar el impacto psicológico que nos causó a todos, especial- mente a los colonizadores con familia menuda como era mi caso, pues yo estaba preocupado por la seguridad de mis dos niños que me estaban acompañando, además de dos cerditos que criaba, mis pollos y hasta de mis perros. Todos adoptaron una forma de defensa contra el tigre; los más hicieron fogatas en el frente de sus chozas, otros harían disparos con cartuchos de dinamita. Tanto en mi caserío como en los demás del núcleo se organizaron en turnos de centine- las; el servicio de vigilancia consistía en dos horas de parada hasta que amaneciera; algunos ya vivían en sus lotes apartados del grupo y estaban más expuestos al peligro.

Por mi parte, por la seguridad de mis hijos decidí construir una casa. Yo nunca antes había construido una casa tipo oriental, pero fijándome en la armazón de mi choza, a manera de imitación hice un acopio de postes, tirantes y todo lo necesario, aprovechando la dis- ponibilidad de material existente en el lugar. Con sorpresa y alegría vi que la cosa no era muy difícil: hice el trazado así al ojo nomás sin usar hilo ni escuadra, planté los postes con mucho esfuerzo porque eran pesados y otro tanto resultaron los tirantes principales; todo eso pude hacerlo solo, con el machete y el hacha, sin ayuda de ningu- na persona. Una vez terminado la primera parte tenía que hacer el armado del techo, lo cual me parecía imposible hacerlo solo porque lastimosamente no pude conseguir ayuda. Entonces, probando de una y otra manera, resolví el problema mediante larguísimos postes

de apoyo para parar los tijerales; una vez asegurados los tirantes transversales quité los postes y comprobé la resistencia del armado: todo estaba bien. El resto resultó más fácil y liviano hasta el techado con hojas de palma, aunque un poco lento por la dificultad de subir el material necesario. Así terminé mi casa en su armazón principal.

A fin de prevenir un ataque del tigre, especialmente en horas de la noche, hice un compartimiento seguro entablando sobre los tirantes, a manera de una buhardilla, con acceso por unas gradas labradas en una madera gruesa y con puerta de trampa, de manera que ningún tigre hubiera podido atacar por sorpresa. Luego tenía que hacer un chiquero cerrado para los cerditos, y así fui asegurando mi casa lo mejor como fue posible. Yo no tuve un encuentro directo con el tigre; pero vi la huella de sus pisadas en mi lote, lo cual me preocupó más por la seguridad de mis hijos; les ordené no alejarse de la casa y mejor si se subían a la buhardilla hasta que yo regresa- ba. Por mi parte, algunos días trabajaba por los alrededores de mi casa a fin de estar cerca de mis hijos y cuidarlos de un ataque. Por mí no sentía ningún temor; me sentía capaz de defenderme y hasta sentía curiosidad por verme frente al tigre. Pero no bajaba la guardia sabiendo que el tigre es traidor: no soltaba el machete ni un momento, además tenía preparado una especie de lanza hecha de madera dura y antes de comenzar a trabajar me fijaba en los factores de pro y contra del lugar para un caso de emergencia. Felizmente para mí a más de los temores no sufrí ningún daño.

Finalmente, ya sea porque se acabó la suerte del tigre o porque cometió un descuido, le tocó el turno de recibir la medicina. Le habían preparado una trampa sobre un perro que el tigre había matado; según el cazador camba los tigres no comen inmediata- mente después de matar a su presa, sino que después de abandonar a su presa muerto regresan para recién comenzar su banquete. Con esa experiencia le habían preparado la armadilla que aquella vez le dio en la cabeza dejándolo muerto en el sitio. Así terminó las malan- danzas del tigre asesino y todos nos sentimos complacidos de vernos libres de sus acechanzas. Los colonizadores, por odio convertido en entusiasmo o por superstición, comieron la carne del tigre, en el entendido de que así se adquiere coraje y no se tiene miedo a nada; pero yo no participé de ese festín repugnante por estar ausente.

Primer enfrentamiento con los militares

En ese tiempo se produjo la toma de una reserva de tierra sobre el camino por parte de algunos colonizadores espontáneos. Esto provocó la movilización de todo el núcleo que la retomó sin ningún

enfrentamiento y luego se acordó repartir esa reserva como lotes complementarios; pero el Instituto de Colonización, de reciente creación, no quiso aceptar tal medida. Corría el rumor de que los militares estarían buscando a los dirigentes para apresarlos, lo cual nos obligó a realizar una reunión general para considerar la situación y tomar algunos acuerdos. Había buenas razones y funda- mentos para justificar nuestra acción: en realidad no habíamos he- cho más que defender una reserva que era del núcleo desde un prin- cipio. Por otra parte, nuestros lotes fueron parcelados sin tener en cuenta los terrenos no cultivables, lo cual justificaba la agregación de un terreno complementario; finalmente, nosotros teníamos que pagar al Estado hasta por la construcción de un camino troncal, sin tener siquiera un metro de camino vecinal; por tanto, ¿quiénes eran los culpables?, ¿nosotros, que habíamos tomado un poco de tierras de reserva por nuestra necesidad, o los representantes del Estado que no cumplieron compromisos contraídos?

Por experiencias de otros momentos, en aquella situación tenía mucha importancia la unidad de todos nosotros; por eso les dije que el triunfo o la derrota dependía del grado de nuestra unidad, sin imaginar que más tarde mis palabras obrarían en la conciencia de hombres y mujeres indefensas frente a un contingente militar dispuesto a masacrarnos. En efecto, cuando menos lo esperábamos, una mañana se presentó dos caimanes repletos de soldados armados conducidos por su comandante, quien muy prepotente, como es el comportamiento característico de los militares, nos increpó de estar intranquilizando la zona y amenazó sacar a los agitadores políticos y a los comunistas que tanto daño causaban al país. Finalmente pidió identificar a los dirigentes y mencionó algunos nombres entre los cuales estaba yo. Los colonizadores pidieron la palabra; pero el mili- tar no quiso escucharlos: era evidente que lo único que quería era apresar a los dirigentes. La situación se iba haciendo tensa, con los soldados esperando sólo una orden para arremeter con sus armas. Yo analizaba la situación y comprendía que la única manera de alejar el peligro para los colonizadores era entregándome a los mili- tares. Pero como

si hubieran adivinado mi pensamiento, mis com- pañeros a manera de agruparse, me rodearon por completo; de modo que quedé protegido por un círculo humano cerrado, maniobra que fue bien comprendido por el coronel y preguntó mi nombre.

Al declarar mi nombre pedí que escuchara nuestras razones para comprender la situación que estábamos viviendo todos los coloniza- dores; nuevamente se negó y a manera de tranquilizar a la gente, les dijo: "No se preocupen, sólo quiero hacerle algunas preguntas y para eso lo he de llevar al cuartel"; pero la gente no creía en sus pa- labras ni cedía en su actitud. La situación se hacía cada vez más

dramática, pues para tomarme preso necesariamente tendrían que atrepellar a la gente que me mantenía en el centro de un círculo humano, mientras yo padecía en el dilema de entregarme o respetar aquel gesto heroico de mis compañeros. El coronel, por su parte, seguramente medía las posibles consecuencias de una orden suya. Entonces, cambiando de actitud, se mostró más paciente y paterna- lista, queriendo convencer de que me entregaran de a buenas e instándoles a que no se sometieran a los dirigentes porque no los necesitaban, y si había alguna injusticia que fueran a avisarle a él para ampararlos. Esa actitud y ofrecimiento de hecho abrió un diálogo que hasta ese momento se había negado. Los colonizadores lo aprovecharon muy bien y aunque de manera algo desordenada lo abrumaron con todas las situaciones de su realidad; lo invitaron para que personalmente viera cómo vivían, cómo se había echado a perder su cosecha de arroz por falta de caminos, que lejos de encon- trar un porvenir sólo resultaron ser deudores del Estado, que ya no podían resistir más una situación de confinados a trabajos forzados y otras reclamaciones.

Sin embargo, el militar no desistió de su propósito de apresar. Otra vez se hizo delicada la situación porque el militar trataba de romper el círculo humano y se produjo un forcejeo que en alguna medida desorganizó a los colonizadores. En ese momento y de mane- ra imprevista acudieron las mujeres para cerrar filas; con un movi- miento resuelto y rápido de las colonizadoras quedé rodeada por ellas que blandían sus inútiles machetes a tiempo que decían a voz en cuello: "Aquí ya no hay dirigentes, si hemos cometido algún delito entonces tiene que llevarnos presos a todos". Aquella actitud y énfasis de las mujeres impactó en el ánimo del coronel, que junto a sus ayudantes se retiró hasta la formación de su tropa. El cuadro era muy patético, en él se expresaba la protesta, la rabia y la

amar- gura de las mujeres colonizadoras. Aun así los militares no daban muestras de desocupar el lugar. Entonces una mujer procedente de las minas de Oruro, se adelantó unos pasos y se dirigió al coronel con las siguientes palabras: "Señor coronel, los dirigentes no tienen la culpa, somos nosotras las causantes de nuestras necesidades; pero si nuestra falta es tan grande para que se nos ataque con soldados armados, entonces estamos dispuestos a irnos todos. Vamos a desocupar el núcleo, pero le pedimos a usted que junto a nuestros maridos e hijos nos vaya a dejar en nuestros pueblos, tal como nos han traído". Esto tuvo aprobación general de los colonizadores que una y otra vez repetían la palabra: "Nos vamos a ir. Que vayan a dejarnos a nuestros pueblos". Al fin, el coronel nos dio las espaldas y ordenó a su tropa que se embarcaran en los caimanes. Pero la cosa no terminó con eso: el amigo Pompilio Quiñones estaba encargado

del cuidado de un caballo blanco que recibimos del programa junto a una muía para servicio de todo el grupo. Los militares se aficionaron del caballo y se quedaron con él definitivamente.

Así es la historia del primer enfrentamiento de los colonizadores con los militares bajo el gobierno del MNR que había improvisado un programa de colonización dirigida para paliar en algo la deso- cupación generalizada que se vivía. En la relación de esta historia cabe anotar el hecho de que las autoridades civiles y militares, incapaces de comprender los problemas económicos y sociales del pueblo, siempre ven motivaciones políticas en toda manifestación. Quizás les parecerá insólito que el esclavo reclame justicia o porque es costumbre corriente de los gobiernos de turno aducir móviles políticos como forma fácil de silenciar y atrepellar todo principio de derecho.



XX

LOS GOBIERNOS MILITARES

Por las dificultades anotadas para una organización sindical, primero nos organizamos en una junta y más después en un consejo de colonizadores, aunque nuestra organización no tenía un reco- nocimiento oficial, pero así luchamos a través de cuatro gobiernos: Paz Estenssoro, Barrientos, Siles Salinas y Ovando. Desde los comienzos nuestra forma de organización trascendió a otros núcleos, hasta que logramos formar una organización representativa de toda la zona, bajo la denominación de Central Unica de Colonizadores del Area Uno. El primer enfrentamiento con los militares bajo el gobier- no de Paz Estenssoro se podría calificar de suave, porque bajo el go- bierno de Barrientos las persecuciones y allanamientos fueron sal- vajes.

La fiebre de la quina

También me ha tocado participar de la fiebre de la quina; digo fiebre de la quina porque motivó a grandes contingentes de gente a la explotación de la quina en todas las altas serranías, pese a los riesgos y peligros de muerte que suponía internarse en el monte hos- til, lleno de dificultades y privaciones extremas. La tan codiciada

cascarilla do quina existía generalmente en lugares casi inaccesibles de las altas serranías, en lugares de farellones o crestas de precipi- cios, donde el material suelto del piso se iba de debajo de los pies por fuerza de la gravedad. En algunos parajes no había el piso del suelo propiamente dicho; se caminaba por encima de una alfombra de taja espesa formada a un metro y más encima del suelo; la humedad era constante con las lluvias torrenciales y la niebla húmeda que cubría gran parte del día. Hacer fuego para cocinar era toda una proeza. En esas condiciones había que buscar un árbol de quina, y si la suerte era propicia un manchón; entonces el quinero, olvidando el cansan- cio de días de caminata, se sentía dueño del mundo; no le importaba las penalidades venideras ni le detenía los peligros del transporte de la quina a través de terrenos difíciles de andar, ríos torrentosos y distancias agotadoras. Después de pelar y secar los *canelones* de quina, emprendía el camino de bajada con un quintal de quina en la espalda, cual

un Tarzán bajando de árbol en árbol o deslizándose por moras sobresalientes justo para la planta de los pies y cruzando barrancos por encima de troncos rollizos siempre con la carga en la espalda. Su carga iba ajustado a la espalda en forma de una mochi- la, de modo que le permitía el libre accionar de los brazos y a la vez poder deshacerse fácilmente de la carga en casos de extremo peligro como el cruce de un río peligrosamente torrentoso; pero el quinero nunca abandonaba su carga de quina, para él era su tesoro; penosa- mente bajaba a los terrenos más llanos y de allí llevaba su carga a paso vivo sino al trote. Así llegaba al punto de entrega, todo agotado, con los hombros magullados por el peso de la carga y la espalda ampollada y con heridas sangrantes.

En esa realidad, uno de los problemas mayores era las dificul- tades de abastecimiento de víveres. Al internarse en el monte sólo se podía llevar una cantidad limitada por lo difícil de la ascensión rompiendo el monte; de manera que se tenía que observar un estric- to racionamiento y esa era la razón para trabajar lo más de prisa posible. A veces todas las provisiones no eran suficientes, entonces lo único que se podía hacer era buscar palmitos, *chima* y raíces para sobrevivir. En esa situación la vida era muy análoga a la del minero por sus penalidades y riesgo, jactancias y efímera bonanza. ¿Cuántos habrán muerto arrastrados por los ríos? Y cuántos sólo en- contraron enfermedades y quebrantos, ignorados al igual de la realidad del minero.

Motivado por mis necesidades económicas, yo también he par- ticipado en la extracción de la quina en unas cuatro o cinco oca- siones. Siempre llegaba a los parajes de quina cuando otras gentes ya estaban explotando, de modo que por mi impericia tenía que

conformarme con la cascarilla de algunas ramas desechadas, logran- do reunir en cada ocasión un medio quintal de quina. En mi primer aprendizaje yo no conocía el árbol de quina, mis compañeros tampo- co; con excepción de nuestro guía, los cuatro éramos colonizadores de un mismo grupo. En verdad recién iba aprendiendo a distinguir las hojas del árbol de quina en las ramas desechadas.

El segundo viaje lo hice con un solo acompañante y llegamos a un paraje que ya había sido explotado en grande; encontramos en va- rios lugares la quina que estaba secando, no había ni ramas para pelar y el monte estaba muy trajinado. Encontramos un grupo de nuestro mismo núcleo y otro de gente extraña. En los

días de nues- tra exploración encontramos otro grupo numeroso a los que disputa- mos algunas ramas haciendo valer nuestros derechos de coloniza- dores del lugar, aunque nuestros chacos estaban a unos veinticinco kilómetros de distancia la serranía era parte de la formación topográfica de nuestra región. Comprendíamos que nuestros dere- chos eran relativos pero necesitábamos recoger un poco de quina para no volver con las manos vacías.

En aquel grupo encontramos trabajando una mujer, lo cual me llamó la atención y admiración por su valentía de entrar a parajes tan difíciles para los mismos hombres. Más después vería lo mismo en otras regiones aún peores y más distantes; todos eran del altipla- no paceño. El jefe del grupo era un aymara de bastante edad, con *pijchu* de coca y una botellita de alcohol en el pecho que él decía que era para protegerse del frío húmedo que calaba hasta los huesos.

El tercer viaje fue un rotundo fracaso: no encontramos nada que pueda llamarse quina; todo estaba explotado desde las raíces. Allí encontramos trabajando como cargador a un indígena de tribu. Usa- ba una forma peculiar de cargar: el bulto no estaba sujetado a los hombros como se acostumbra corrientemente entre los quineros, la carga estaba en una bolsa parecido al que usan los campesinos yungueños de Chulumani y Coroico y aunque la carga estaba sobre la espalda, el peso estaba sujetado a la frente a manera de una *wincha*-, de esa manera todo el equilibrio estaba centrado en los músculos del cuello. Lo que para nosotros era imposible, para él era corriente llevar así su carga y cruzar los mal pasos por encima de un delgado fronco rollizo. Por su ingenuidad y desconocimiento de las cosas se podía advertir que era objeto de explotación, aunque no se quejaba ni parecía advertirlo; él sólo se ocupaba del traslado de la carga, sin más participación en las ganancias que su salario, haciendo la parte más pesada en la explotación de la quina. Aquel hermano, hijo del monte, no era una excepción, pues la mayoría de las gentes de tribu aún no conocían los diferentes valores de la

moneda y buscaban una forma de ganarse unos pesos haciendo pasar el río en sus balsas a los viajeros. En el momento de pagar, algún grupo de viajeros les pagaba con un montoncito de billetes de corte menor y por la cantidad recibida el balsero quedaba agradecido y contento; en cambio, otro grupo de viajeros le pagaba con un solo billete de valor superior a todos los billetes antes recibidos pero a la vista de un solo billete se sentía engañado y descontento.

La época de Barrientos

Todo el tiempo del gobierno del Gral. Barrientos fue para mí no sólo dramáticamente desgraciado, sino también de bastante y variada actividad. El rigor político-militar que ha caracterizado a la gestión de Barrientos me predispuso a participar en todas las corrientes de resistencia y oposición a la dictadura. Participé en algunas reuniones de un bloque campesino desidente encabezado por los compañeros Ticona y Huañapaco, motivado por la pretensión del dictador de imponer el llamado "impuesto único agrario". De inmediato simpaticé con ese movimiento de rebeldía. Entonces la persona de José Ticona me parecía simpática e interesante, no sólo por ser oriundo de mi misma provincia sino más por su liderato; se me ocurrió que podríamos hacer una organización fuerte y revolu- cionaria, con objetivos claros e independientes de toda tutela político partidista. En esos días de agitación logré hablar por una sola vez con José y me pareció que teníamos ideas coincidentes. Sin embargo, era claro que estaba bajo la vigilancia de los social cristianos, que entonces tenían su cuartel general en la universidad, aquello también me dio la oportunidad de conocer y hablar con Bonadona y otros jóvenes, que más tarde serían los actores de la guerrilla de Teoponte, aunque nunca supe de sus proyectos de lucha armada. Más tarde fui sorprendido con la noticia de que José Ticona había sido expulsado de los recintos de la Universidad, se decía por haberse vendido al Gral. Barrientos. Huañapaco quedaba como único líder, pero aquel bloque no tardó mucho en ser capturado por los leninistas para convertirse en la Federación Independiente, que de independiente sólo era el nombre.

Simultáneamente yo haría todo lo que podía en la lucha de los colonizadores. Aunque prácticamente estaba en la clandestinidad, ya no podía tener una representación aceptada por el gobierno, pero por la voluntad de los colonizadores de hecho era el líder natu- ral del momento. Lo más significativo que logramos fue la rebaja de las cuentas de pre-colonización en un 50% y el compromiso del gobierno de dotar al Instituto de Colonización de un equipo de ma- quinarias para la construcción de los caminos vecinales, todo ello

con la intervención personal del Gral. Barrientos como constaba con su firma en el documento de compromiso. Después de la firma del documento mencionado se dio un tiempo de calma, sin qi ? por ello cesaran las persecuciones y

apresamientos, de modo qu^ me veía obligado de cambiar continuamente de residencia. Unas veces esta- ba en la ciudad de La Paz, otras veces en las montañas de quina y por tiempos cortos haciendo agricultura en mi lote; vale decir que continuamente tenía que ingeniarlas para escapar de la persecución.

Así logré no ser capturado ni una vez, aunque los agentes de toda categoría del gobierno se morían de rabia al ser burlados. Yo sabía quiénes eran los espías informantes, pero aquellos no me inquieta- ban mucho, de los que tenía que cuidarme eran los militares, porque el poder del armamento que portaban no permitía ninguna chance de escapatoria. Además, cumpliendo las ordenes del oficial sádico, los soldaditos indios son los encargados de vejar y torturar en cada caso, lo cual recuerda a la Colonia cuando éramos utilizados por los chapetones para matarnos indios contra indios; los *q'aras* bolivianos mantienen ese método como se puede comprobar en las manifesta- ciones sociales y políticas, cuando el gobierno reprime con carabine- ros y conscriptos indios a los trabajadores indios; esa es la realidad de Bolivia.

En lo personal, me pusieron la etiqueta de movimientista, que estaba de moda para justificar las persecuciones y allanaron mi choza y causaron pánico en mis dos pequeños que vivían conmigo. Al no encontrarme se llevaron un cuchillo de monte, una escopeta y dos cartuchos, como si se tratara de un arsenal subversivo, dejándo- me a merced del ataque de los animales salvajes del monte, que muy pronto terminaron con mi gallinero que había logrado con tanto trabajo.

A pesar de las persecuciones los colonizadores nos mantuvimos firmes en nuestras reclamaciones y demandas, hasta que logramos solucionar en parte nuestras demandas, como fue la reducción de las cuentas de pre-colonización en algo más del 50% y el compromiso del gobierno de dotar al Instituto de Colonización de un equipo de má- quinas para construir los caminos vecinales; aunque por esas cosas sucias de la politiquería y la corrupción de los funcionarios, el equi- po de máquinas se convirtió en un botín de la corrupta burocracia. El costo de esos logros relativos fue el masivo apresamiento de diri- gentes y colonizadores que no se sometían a la dictadura. Casi todos los dirigentes fueron conducidos presos a los cuarteles de la zona y de Caranavi y otros tuvieron que huir abandonando sus lotes por la seguridad de sus familias y de sí mismos. Era evidente que Barrien- tos quería dominar sembrando el terror, habrá sido una excepción el

hecho de que no pudieron apresarme, a pesar del empeño que desplegaban en el primer momento de la furia del dictador.

En mi condición de dirigente sindical, leal a la confianza de los compañeros de base, la represión irremediablemente tuvo que afectarme de manera tan brutal hasta hacerme sentir un odio irre- conciliable por el uniforme militar, llegando en momentos de resen- timiento y odio, a maldecir a Dios y el demonio por mi pecado de ser dirigente y mi intransigencia con la injusticia. Es cierto que fui car- goso en mis planteamientos, porque estaba convencido de que no solamente se trataba de un derecho el deseo de encontrar una solu- ción para las más sentidas necesidades de los colonizadores, sino también había en mí un sentimiento de patria, como ser caminos a la altura de otros países.

No me conformaba con el simple hecho de ser productores de plátanos, cítricos y otros productos. Continuamente me preguntaba hasta ahora: ¿Por qué no podíamos hacer Nescafé, mermeladas, jugos o esencias de nuestros propios productos? He ahí la razón de mis majaderías, mi constante búsqueda de asistencia técnica y financiera, que llegaba a hacer explosión indignada en mí cuando veía que las promesas de fomento y desarrollo hechos por ellos mismos, en realidad eran simples propagandas de mentira y engaño, tal como sucede también en la actualidad. En la práctica la democra- cia es sólo para los poderosos, para las oligarquías corruptas, anti- populares y antinacionales, en tanto que a los pobres, bajo todos los gobiernos y en todo tiempo, siempre se nos ha mantenido en una situación de discriminación, marginalidad y explotación; de miseria, hambre y de engaño, de opresión y represión genocida. Nuestros derechos ciudadanos sólo cuentan para el voto electoral que encum- bre a nuestros mismos verdugos.

Se podrá tener una idea, de lo difícil y riesgoso de la existencia de un pobre dirigente, que se empeñaba en no ceder en las demandas de justicia social, pese a las amenazas y peligros que se impuso en el campo, a través del nefasto pacto militar-campesino, instrumentado por Barrientos, tanto para manipular el supuesto pacto de campesi- nos y militares, como también para justificar la represión de los campesinos a nombre de los mismos campesinos. Los mercenarios que se prestaron a esa farsa, además de ser agentes o espías del gobierno, se dieron a la tarea de suplantar a las organizaciones sindicales, a título de coordinadores nombrados a dedo por los dicta- dores. Así el campo fue convertido en reducciones o campos de con- centración y acallado la auténtica

voz del campesino. Como si todo eso no fuera suficiente, las unidades militares eran movilizados en feroz persecución de los supuestos comunistas a los que había de

296

hacerse un escarmiento. Por encima de todo principio civilizado y de normas legales, para colmo del descaro y el absurdo, a todas esas iniquidades llamaban un sacrificado hecho de patriotismo, de efi- ciencia gubernamental de las Fuerzas Armadas, cuando en realidad el ejército estableció zonas militares en todos los caminos, el campo y los pueblos, donde no había ninguna garantía contra los abusos a la integridad física de las personas, los despojos y extorsiones.

La muerte de mi esposa

En el transcurso del gobierno de Barrientos sucedieron varios hechos negativos que se combinaron de manera nefasta sobre mi vida. El más triste y desgraciado para mí fue la muerte de mi esposa. Fue el golpe más duro de la fatalidad que sufría en toda mi vida después de la lejana muerte de mi madre; fue tan duro el golpe que me sentí lleno de desesperación hasta los extremos de la locura; me revolvía en mi dolor sin el consuelo de haberla asistido en sus últimos momentos y que hubiera muerto prácticamente abandonada por mi impotencia económica gracias a la brutalidad de Barrientos, que mediante la fiera persecución y el hecho de haberme arrebatado una escopeta destruyó la única base de un respaldo económico como significaba para mí en aquel momento los pollos, que fueron exter- minados por el implacable ataque de las fieras del monte a falta de un arma de fuego para defenderlas.

La única vez que mi mujer y yo hablamos en mi casa de Qallirpa, ella me contó minuciosamente de su dolencia, hasta dijo que había recurrido a un *yatiri,* el cual le había pronosticado su muerte; yo no quise dar valor a ese pronóstico, y consciente o inconscientemente, dije que sólo era una superstición. En los días que estuve en mi casa, parecía estar bien; algo se quejó de ligeros ardores en la cara, lo cual me hizo suponer que se trataría de un envenamiento de la sangre, para lo cual le hice tomar un mate de ortigas; pero al siguiente día ya no quiso tomar porque decía que le hacía arder peor, mientras yo me sentía impotente por falta de dinero. Por mi difícil situación de perseguido comprendía que no podía llevarla a Alto Beni en un momento de tanta convulsión y cuando, por ese

motivo, había traído a mi hijo para dejarlo con su madre a fin de que estuvieran fuera de peligro. Por mi parte yo sabría cuidarme y si me apresaban yo solo sería la víctima. Yo no podía llevar a mi mujer mientras no estuvie- ra curada aunque ella estaba dispuesta a ir al Alto Beni. En el Alti- plano era una época mala para la agricultura y peor en el caso de mi mujer; como resultado de la inadecuada tierra su capacidad física no le permitía hacer un constante laboreo con la yunta y el resultado final era la pobreza y el hambre para nuestra numerosa familia.

Hay algo muy especial en mi recuerdo que puede parecer un absurdo. En el curso de mi vida aprendí experiencias de fenó- menos, diré extraordinarios por no decir sobrenaturales, de hechos incomprensibles e inexplicables que anuncian una desgracia irrepa- rable: la muerte de un pariente o de un amigo, sin que uno pueda darse cuenta de quién se trata ni cuándo ha de suceder. La generali- dad de las veces pasan casi desapercibidos o desplazados de nuestra observación por las preocupaciones cotidianas del diario vi- vir. Yo no podría afirmar si se trata de un caso místico quizás sea simplemente una experiencia de psicosis trunca, no puedo definir. Pero sí puedo afirmar que esos pre-anuncios, que en principio no se pueden profundizar, siempre terminan a largo o corto plazo con la muerte de un ser querido.

Así pues en el caso de mi mujer me sucedieron varios hechos anormales. Antes de estar enterado del estado de su salud y sin poder imaginar su muerte, de manera inexplicable e incontrolable se apoderaban de mí momentos de ira que me hacían detestar mi propia sombra y a veces alternaban con una tristeza y desesperación infinitas que yo atribuía a mi situación de pobreza y de persecución. Otro hecho de sobrecogimiento era la aparición de búhos y víboras hasta dentro de mi choza; se hizo tan frecuente que casi a diario mataba víboras de todo color y tamaño; los búhos hacían su apari- ción en la senda y en las noches me daban su serenata sobre el techo de la choza. Después de la muerte de mi mujer desaparecieron como si hubieran sido exterminados. Cuando fui a Qallirpa llevaba un poco de arroz y algunas cosas de comer; al desembarcar en el camino ya muy cerca de mi casa no podía cargar todo porque era pesado; entonces resolví esperar en la esperanza de que mi mujer me pudie- ra ver desde las alturas de nuestras tierras de pastoreo y venir para ayudarme. En efecto ella me había visto y llegó para ayudarme.

Al verla sentí algo así como un shock, pues su rostro tenía un color plomizo,

como si estuviera cubierto por un polvo de ceniza. Con esa impresión quedé como petrificado sintiendo en mi garganta un grito contenido de dolor y desesperación. Sólo se me ocurrió culpar a la extrema pobreza de mi mujer hasta hacerla inconocible; no se me ocurrió ver aquel hecho como un anuncio de mal augurio. En esos ca- sos pareciera como si se bloquearan los sentidos y el entendimiento para no profundizar en la observación de esos fenómenos. Recuerdo que en aquel encuentro con mi mujer, ella también, con la alegría desesperada de quien es salvada en el momento de estar ahogándose, me abrazó largamente mientras yo la estrechaba como para prote- gerla de algún peligro. Pero esa impresión pasó muy pronto y su ros- tro se veía otra vez normal; fue algo así como salir de una pesadilla.

En los siguientes días me puso al tanto del estado de su salud, como también de nuestra situación económica: no había reserva de productos propios, el rebaño de ganados se había reducido casi hasta la extinción y apenas quedaba unas veinte ovejas, tres llamas y un torillo. Era lógico que hubiera sacrificado su pequeño rebaño para mantener nuestra familia; al fin de cuentas era el resultado de mi fracaso en el Alto Beni, teniendo buena producción, por falta de ca- minos no podía convertir en dinero, ni atender a las necesidades de mi familia en el Altiplano porque la distancia y el costo de un viaje hacían difícil una comunicación periódica. Así pues, mi estableci- miento en el Alto Beni parecía no tener sentido: mientras yo tenía productos en abundancia y sufría por no tener ayuda, mi familia en el Altiplano estaba viviendo una situación de miseria y hambre, prácticamente abandonados porque no podían salir para atender oportunamente los trabajos de arado y siembra, cuando justamente yo también necesitaba ayuda. Hubiera sido fácil resolver el proble- ma mediante el traslado de toda mi familia; pero entonces yo daba mucha importancia a la educación escolar de mis hijos y en el Alto Beni no había todavía una escuela. Además la situación de persecu- ciones políticas no me animaba a exponerlos a riesgos por mi causa, como también el ataque de las fieras salvajes del monte; había una serie de consideraciones que impedían un traslado inmediato.

La única alternativa que me quedaba era volver a trabajar en la extracción de la quina, que entonces todavía estaba en su auge, pensando, como si fuera pan comido, que podría ganar dinero rápidamente para hacer curar a mi mujer; que su dolencia podría darme tiempo hasta que regresara con suficiente dinero. Con ese pensamiento hablé con mi mujer haciéndole ver que no había otra alternativa

y que regresaría en cuanto pudiera juntar un poco de dinero y la trasladaría a La Paz para que un médico nos dijera su diagnóstico y la curara. Mientras tanto, ella se encargaría de buscar alguna persona que quisiera cuidar nuestra casa y los pocos ani- males que nos quedaba: ése fue nuestro acuerdo que no se cumpliría por los designios del destino o la fatalidad. En esa oportunidad no pude quedarme mucho tiempo en el monte: recogí escasamente de algunas ramas sobradas que encontré; era difícil encontrar un árbol de quina, todo el monte estaba muy buscado y había mucha gente. Después de entregar la poca quina que logré recoger, regresé con muy poco dinero.

Aunque el dinero no me alcanzaría para pagar una curación, pensaba que en último caso tendría que sacrificar el torillo que me quedaba aun en contra de la voluntad de mi mujer; pero no imagina- ba que todos esos afanes y preocupaciones ya no tenían razón de ser;

que para cualquier sacrificio ya era tarde, pues mi esposa ya había muerto. Así me hicieron saber a poco de haber llegado a mi lote, cuando justamente me alistaba para viajar. La noticia me causó el efecto de un rayo: primeramente quedé seco sin entender lo que me estaban diciendo; después se apoderó de mí una gran desesperación, parecía como si mi mundo se estuviera hundiendo y yo quedaba colgado en el vacío; sentí que mi primer lamento me lastimaba la garganta, la cabeza me quería reventar y el vértigo se apoderó de mí. No recuerdo si en aquel momento lloré o no. La segunda reacción fue la rabia; invocaba a los dioses y al demonio a la vez; quería que se presentara el responsable de la muerte de mi mujer para vengar- la con mis manos aunque fueran dioses; no tenía temor ni miedo a nada. En los primeros días me dominaron la desesperación y la rabia de manera infinita.

Solo, perdido en medio del monte de mi lote, llamaba a gritos a mi mujer y una y otra vez repetía su nombre como si fuera la ora- ción más mística que me uniera con ella; mi dolor era tan grande que estaba en los extremos de la locura. Por otra parte, tenía que cumplir con las formalidades religiosas de costumbre; tratándose de mi finada esposa me parecía muy sagrado. Algunas personas de mi amistad me acompañaron para hacer su velorio, lo demás se tendría que hacer en mi casa del Altiplano, en mi *sayaña*, donde había muerto. Pero no era eso todo: tenía también la preocupación por la situación de mis hijos, aunque sabía que los mayores estaban cui- dando la casa y a sus menores, como me hizo saber mi hijo

político que me llevó la funesta noticia a tiempo que estaba de paso hacia las montañas de quina.

Con la muerte de mi esposa, necesariamente debía salir para hacerme cargo de mis pequeños hijos menores. No podía saber cuánto tiempo tardaría en regresar, lo cual me determinó a matar a mi perro, porque me parecía más cruel abandonarlo en la casa vacía, donde seguramente moriría lentamente de hambre. No quería que sufriera como una vez anterior cuando a la vuelta de un viaje en busca de quina lo encontré moribundo, y espantado, oculto en la hendidura de una roca. Me presté una escopeta y con lágrimas en los ojos lo maté a aquel animalito que era mi compañero inseparable y que fue llevado justamente por mi esposa. Tuvo un impacto muy doloroso para mí el sacrificio de mi perro, cuanto más cuando estaba todo conmovido por la muerte de mi esposa.

No tengo las palabras precisas para traducir el drama de mi grande desgracia en un momento en que la persecución política ya me tenía abrumado, cuando estaba económicamente deshecho impedido de transitar y prácticamente en la clandestinidad. Para

salir a La Paz tuve que hacer un rodeo por el desecho, a fin de evitar el retén militar de Caranavi, porque entonces había control de todas las zonas de Teoponte, Caranavi y Alto Beni. Muchos dirigentes fueron apresados en ese punto que era la entrada a una vasta zona militar.

Al llegar a Qallirpa todo me parecía una desolación: estaba ante la verdad de mi dramática situación. Al ver a mi hija menor pasteando sólita las ovejas se apoderó de mí una gran desesperación y rabia indescriptible; la vista de los animales que siempre era un motivo de satisfacción, en aquel momento me resultaba odiosa porque recordaba que por aquellos animales mi mujer tenía mucho apego a la vida de campo y prefirió vivir y morir en la miseria. En ese momento la inocente tristeza de mi niña me conmovía en todo mi ser: le indiqué que replegara los animales hacia la casa por no decirle que los abandonara en el campo de pastoreo.

Llegué a la casa sumamente alterado y me fui directamente al cuarto en el que había muerto; la rabia y la desesperación me ofus- caban de tal manera que era capaz de destruir la casa. No había llanto en mí pero interiormente sentía torrentes de sangre que se revolvían hasta anudarse en la garganta. No había nadie a quién hacerle cargo de aquella desgracia, sólo estaba mi tía y su esposo que habían venido para acompañar y cuidar la casa; ellos en alguna medida me apaciguaron en mi desesperación, aunque no había razonamiento ni palabra capaz de hacerme entender y aceptar mi desgracia. Me hicieron una relación pormenorizada de todo lo suce- dido, lo cual a cada relato provocaba mis reacciones y me hacían sufrir como una tortura más allá del dolor físico. Fui al cementerio y sólo encontré un promontorio de tierra que no tenía relación con la personalidad, recuerdos y sentimientos de mi finada esposa. Sentía el deseo de remover la tierra para verla y convencerme de su muerte, pero aquello no me lo permitirían ni tampoco tenía una herramienta.

El Cuerpo de Paz

Una vez instalados los colonizadores con sus familiares, el programa de colonización dirigida, dependiente de la Corporación Boliviana de Fomento, consideró terminado la ejecución de su programa en el Alto Beni y determinó trasladar su personal técnico a la zona de colonización del Chapare, dejando un jefe de zona y sus auxiliares. A tiempo de marcharse al Chapare nuestro jefe de núcleo, se hicieron presente los voluntarios del Cuerpo de Paz nor- teamericanos para hacerse cargo de la administración de los núcleos

del programa. Previamente han debido ser instruidos en los asuntos del programa y los métodos de disciplina, mientras los colonizadores no teníamos ninguna información sobre el carácter del Cuerpo de Paz. No hubo ninguna presentación formal; de hecho se instalaron como administradores y fieles ejecutores de las normas de disciplina tan cuestionados, vale decir como patrones y verdugos a la vez dando a nuestra situación una semejanza, por una parte a los extre- mos del gamonalismo criollo-mestizo de la República de Bolivia, y por otra al feudalismo esclavista de la historia norteamericana.

Acostumbrados a la dominación y al abuso, unas veces por nues- tra impotencia y otras por nuestras necesidades, teníamos que soportar esa situación de sometimiento en la condición de colonos del Estado boliviano, y por añadidura bajo la férula de mayordomos gringos, quienes lejos de prestar un apoyo técnico, como se pretendía hacer creer, se convirtieron en un organismo de espionaje y repre- sión política en coordinación con la dictadura militar fascista que entonces pretendía justificar sus abusos con su supuesta acción anti- comunista. Toda reunión de las personas, toda reclamación u orga- nización sindica], era calificado de comunista por los gringos del Cuerpo de Paz e informado a los organismos represivos del gobierno boliviano, esto es si no se les ocurría actuar de por sí y ante sí con la violencia característica de los aventureros del oeste norteamericano, como se ve en las películas.

Con el transcurso del tiempo tuve personalmente una triste experiencia de la conducta vil de los gringos del Cuerpo de Paz norteamericano, a raíz del traslado de algunas existencias del alma- cén por parte del personal del programa de colonización, a lo cual se opusieron los colonizadores en razón de que todo lo usado y el saldo de almacén estaba cargado a la cuenta de los colonizadores, de modo que su propiedad correspondía a ellos. El escaso y mísero saldo consistente en un frigider descompuesto, unas cuantas frazadas y algunas herramientas que no tenían gran valor, por nuestra pobreza era tenido como un tesoro para nuestro futuro. Por ejemplo, el frigider era considerado como algo imprescindible para la conserva- ción de las vacunas pese a su estado de desperfecto y las dos escope- tas parecían irrenunciables con la experiencia del tigre ya cazado. Esa fue la causa de la pelea con los jefes del programa, en el cual nada tenían que ver los voluntarios gringos. Sin embargo, los grin- gos lo tomaron como un hecho comunista y decidieron actuar por su cuenta con la

participación de otros gringos destinados a otros núcleos. Este hecho nos movilizó inmediatamente a todos los coloni- zadores, dispuestos a no permitir que unos gringos advenedizos se llevaran los pocos trastes que habíamos logrado hacer dejar para uso comunitario.

302

A toda prisa fue creciendo el grupo de los colonizadores que poco a poco fue cercando a los gringos, a la vez que los acosaban con preguntas relativas a su actitud. Los gringos debieron comprender su desventaja numérica frente a los colonizadores; además era evidente que había fracasado su plan debido al atascamiento de la movilidad que habían traído. Optaron por retirarse pensando quizás que podrían perder la movilidad y salir malparados de un enfrenta- miento con los colonizadores; aunque al parecer ellos disponían de armas cortas, según la versión de un colonizador que dijo haber visto a un gringo empuñando una pistola en la mano, lo cual nos indignó mucho. En vista de lo sucedido se acordó permanecer en el centro comunal, a objeto de prevenir otro intento de los gringos del Cuerpo de Paz, denominación al que poco honor hacían.

Pero las cosas no terminaron ahí. Pasaron dos días sin ninguna novedad; pero al tercer día, y cuando menos podíamos imaginar, apareció una unidad militar en orden de combate. Los colonizadores no perdimos la serenidad, y en mi condición de dirigente rápidamen- te impartí las instrucciones del caso dejando un pequeño grupo para ver qué iba a pasar y a la mayoría mandé para que se refugiaran en el monte, cuidando de no ser apresados, especialmente los diri- gentes. En cuanto a mí se referia, dejé nombrado a dos compañeros para que en secreto me mantuvieran informado en un lugar cercano al centro comunal.

Mientras tanto los militares tomaron el centro sin ninguna resis- tencia. Estaban comandados por un subteniente que aparentemente deseaba evitar la violencia, pero con mucho empeño pedía hablar con los dirigentes, especialmente conmigo, haciéndome transmitir que nada iba a pasar que sólo quería hablar para levantar un in- forme y se comprometía a garantizar mi seguridad. Al parecer con- venció a mis compañeros con su fingida cordialidad y repetidas veces ellos mismos me instaron para salir del monte y hablar con el mili- tar como una forma de terminar con el problema. Así yo mismo caí en la ingenuidad de mis compañeros al pensar que con una explica- ción terminaría el asunto ahí mismo. Salí a la senda y me dirigí al centro comunal. En las cercanías del centro encontré soldados aga- zapados en los bordes de la senda. Al verme aparecer seguido de

los mensajeros salieron y me rodearon apuntándome con sus armas, aunque pude advertir que los soldados actuaban contra su voluntad en cumplimiento de una orden. Un soldado, quizás el encargado del grupo, me dirigió la palabra en tono considerado y me invitó a se- guirle para hablar con su teniente, que dijo me estaba esperando.

En efecto, en el centro comunal estaba un subteniente que por su juventud se podía suponer que era un oficial recién graduado; me

303

recibió con cortesía y ordenó a sus soldados que se retiraran; luego comenzó a hacerme varias preguntas con relación a lo sucedido con los gringos del Cuerpo de Paz. Pareció quedar conforme con mis respuestas y hasta comprensivo; pero insistió en que debía acompañarlo al campamento del kilómetro 73, es decir a las oficinas del jefe de zona del Instituto de Colonización, donde estaría esperan- do el coronel, según decía. Entonces pude comprender que no se trataba de una simple información y aunque el trato fuera cortés de hecho significaba mi apresamiento. Me negué a salir del núcleo y a su vez mis compañeros empezaron a protestar por haber sido enga- ñados. La situación se hizo difícil porque el teniente se mantenía inflexible en su propósito aunque manteniendo su trato cordial y ante las airadas protestas de los colonizadores que se iban agrupan- do, una y otra vez por su honor militar se comprometió de que no sería apresado. Haría notar que no estaba preso y sólo se trataba de cumplir una orden de su superior, como si eso fuera una sentida disculpa por su doblez.

Finalmente los colonizadores le hicieron saber que no me dejarían solo y se trasladarían en grupo hasta donde fuera llevado, lo cual aceptó el militar con agrado ya que la proposición le facilitaba su labor. Así fui llevado a la oficina del Instituto de Colonización y entregado al comandante de la guarnición militar de la zona. El teniente de marras, al entregarme a su superior, se olvidó de su honor militar y de su fingida caballerosidad, y ante mi asombro informó al coronel como si me hubiera capturado dirigiendo una reunión comunista. En aquel momento pude comprender con repug- nancia la hipocresía de las personas "cultas", su moral fementida y la sucia manipulación del principio de honor. Aunque todo eso no era una cosa nueva para mí; era la primera vez que veía la conducta de un militar que tanto nos había hablado de honor.

Fui conducido a la oficina del jefe de zona para un interrogatorio en detalle ante

el coronel comandante de la guarnición y de un capitán, quien en el curso del interrogatorio intervino como un fiscal de acusación, más propiamente como un comisario político que haría continuas observaciones y oposición a las determinaciones del coronel. Tuve que hacer una repetición ampliada de mis declara- ciones anteriores, acosado con preguntas capciosas por parte del capitán. A mi vez comprendía que el interrogatorio me daba la oportunidad de desmentir el informe del teniente y defender la causa de los colonizadores, por ello traté de responder y explicarme lo más claro posible.

Al capitán parecía que no le interesaba las penurias de los coloni- zadores; no podía o no quena comprender los problemas económicos

y sociales que motivaba el malestar de los colonizadores. En cuanto al derecho de propiedad de las pocas herramientas y trastes del almacén, consideraba un absurdo y pedía pruebas documentadas; parecía como si en mis alegatos sólo viera motivaciones y conexiones políticas. Fue muy duro para mí resistir las torturantes arremetidas de aquel capitán tan tenazmente anticomunista; pero no era sólo su obsesión antirroja lo que me haría sufrir, sino más su conducta de frío y cruel inquisidor a semejanza de la Colonia y a la vez con la soberbia característica del militar felón de la República. Con tanto bombardeo de preguntas sobre una misma cosa parecía que agotaba mi resistencia. En mi interior maldecía al teniente por haber infor- mado como si se me hubiera capturado dirigiendo una reunión comunista, argumento continuamente utilizado por el capitán que pedía mi remisión al Ministerio del Interior.

Cuando ya me sentía abandonado y vencido aparecieron mis compañeros y a través de la ventana pude verlos alborotar afuera, hasta que los soldados los hicieron retirar más atrás. Aquello me levantó el ánimo para seguir resistiendo en una lucha desigual para mí: el capitán para mandarme preso y yo defendiendo mi libertad. Finalmente, después de un larguísimo y agotador interrogatorio, el coronel determinó mi libertad con una observación amenazadora del capitán, lo cual me llamó la atención por ser un hecho insólito en la disciplina militar, además de que me afirmaba en la sospecha de ser el capitán un agente político del gobierno militar de entonces. De todos modos recobré mi libertad reconociendo interiormente la imparcialidad y justa determinación del coronel, pese al empeño en mi contra de su inferior; pero también ha debido influir en el ánimo de mis captores la presencia de mis compañeros y su voz de protesta

pidiendo mi libertad. Al salir de la oficina fui al encuentro de ellos y abracé a cada uno como agradecimiento por su lealtad y valentía. Todos volvieron a la calma y así, rodeado por mis compañeros, toma- mos el camino de regreso hablando con la intimidad y cariño de hermano a hermano, como se da en los momentos de desgracia entre la gente humilde del pueblo.

A manera de conclusión cabe anotar dos hechos resultantes del allanamiento militar de nuestro núcleo y mi apresamiento. El primero fue una reflexión posterior al incidente sobre el alcance y efecto del informe del teniente. Aquello de "dirigiendo una reunión comunista" sin duda era un golpe de muerte para mí dadas las cir- cunstancias políticas de ese momento: los sucesos de Ñancahuazú recién estaban cuajando en el conocimiento y simpatía de la mayor parte de los colonizadores y además circulaba insistentes rumores en sentido de que estarían entrenando gente armada en la zona de

Teoponte, región próxima al Alto Beni, que sería centro de otro foco guerrillero. En cuanto al teniente, lo único que se me ocurría pensar es que lo hizo para lograr notas para su hoja de servicios. El otro punto fue la inmediata expulsión de los gringos del Cuerpo de Paz porque el resentimiento fúe grande y general. Los gringos por su parte tampoco se atrevieron a volver; así de hecho se produjo en el Núcleo de los Tigres la primera expulsión del Cuerpo de Paz.

La verdad sobre la religión cristiana

También sufrimos la arremetida de una infinidad de sectas protestantes que con su fanatismo lograron cambiar la conducta de mucha gente y causaron más daños que beneficios. Debido a sus dogmas fracasó un proyecto de crianza de cerdos, porque creían que era un crimen imperdonable comer carne de cerdo, lo cual con el tiempo se tradujo en un atentado contra la salud porque al prohibir el consumo de esa carne estaban privando a la gente de un medio de proteínas, tan necesario en una zona como el Alto Beni. Además introdujeron la división en grupos sectarios con el argumento de que cada uno de ellos se consideraban los únicos hijos de Dios; los demás eran demonios para ellos. Predicando la verdad, la humildad y el amor, sembraron el odio fanático y la hipocresía. Con la imposición de sus días de culto (sabadistas y dominguistas) destrozaron la realización de los trabajos comunitarios, hasta llegar a un individua- lismo secante y sectario. Así, aquellos colonizadores tan unidos y luchadores, se

convirtieron en ovejas castradas que se conformaban con gemir sobre la Biblia; algunos renunciaban a los bienes mate- riales y sólo esperaban el fin del mundo que les anunciaba la Biblia; otros se negaban a asistir a las reuniones sindicales con el argumen- to de que la justicia de los hombres nunca les había escuchado y sólo había que quejarse a Dios.

Recuerdo el caso de un compañero que había caído en un estado de mansedumbre y resignación que me conmovió mucho. El había decidido no protestar ni quejarse de nada y vivir en su pobreza, vistiendo una bata hecha de saquillos. Ante mi extrañeza y recon- vención me respondió poniendo como ejemplo mi mismo caso y dijo: "Tú has luchado tanto, expones tu vida y te persiguen conti- nuamente; ¿te han hecho justicia?". Quedé mudo ante una verdad tan profunda; comprendí que aquel compañero había tomado una determinación no sólo por el dogmatismo fanático del protestantis- mo, sino que la causa principal estaba en la injusticia de los podero- sos, de los que fungen de gobernantes y no saben de las realidades del pueblo.

Yo también fui objeto de esa presión protestante, lo cual me obligó a hacer un examen de mi conciencia espiritual y leer la Biblia con detenimiento, para captar su contenido como historia, ideología y teología. Después de una fatigosa lectura saqué algunas conclu- siones primarias ya que era mi primer ensayo teológico. Se dice que Dios creó todo lo que existe y al hombre a su imagen y semejanza. Entonces me asaltan mis dudas: siendo Dios blanco y rubio como nos presenta la iglesia cristiana, ¿cómo se explica la existencia de los negros, los indios y otras razas que no son semejantes a El, por lo menos en el color de la piel, que es su pecado y crimen ante la sociedad de los hombres blancos? Es más: encuentro tremendas contradicciones en la conducta de Dios que mi entendimiento se niega a aceptar; no es posible imaginar que Dios tuviera las fallas e imperfecciones de los mortales. Por eso me pareció que el árbol prohibido del Edén era una cruel trampa para perder a la humani- dad, si tal es la verdad de Dios como dice la Biblia. Tampoco puedo comprender hasta ahora cómo un Dios de infinito amor y bondad, de repente se manifestaba como un Dios guerrero que planifica y manda el exterminio de los que llama sus enemigos, y como un Dios interesado y sectario que pacta con los judíos y les habla en secreto para que pasen a cuchillo a los filisteos y que más tarde entrega a su hijo al mundo por amor a la humanidad. Entonces cabe preguntarse, ¿los filisteos bíblicos y de otras épocas no eran acaso parte de la humanidad?

Yo no creo que la Biblia hubiera sido escrita por Dios como se sostiene, porque, para mi modesto entendimiento, Dios no tiene necesidad de descender al nivel de los hombres comunes para pactar sectariamente como lo hacen ellos. La Biblia es indudablemente una obra escrita por la iglesia cristiana con adaptación a la cultura e historia del judaismo. Lo que se nos presenta como la sagrada escri- tura es en realidad una obra interesadamente manipulada con la cual a través de los años se ha engañado a la humanidad conducién- dola por un camino equivocado de perdición.

Aquellos que llegaron trayendo la civilización cristiana, traicio- nando la buena fe de nuestros antepasados, nos llamaron salvajes, gentiles e indios y en el colmo del absurdo nos calificaron de idólatras, cuando ellos mismos nos impusieron la idolatría a figuras de yeso con que están llenas sus templos. Si esa es la verdad del cris- tianismo en estas tierras, ¿con qué autoridad moral pueden llamar superstición a nuestra mística espiritualidad cuando veneramos, en conjunción con la Madre Naturaleza y sus leyes, a nuestra *Pacha- mama* y nuestros *uywiris* y *achachilas*, cuya esencia y ser está y es el macrocosmos. Sin embargo, los autóctonos originarios, como parte

de nuestro sojuzgamiento, estamos impedidos de practicar nuestra religión y rendir culto público a nuestras divinidades.

La Biblia se convirtió para nosotros en instrumento de esclavitud y de sojuzgamiento. A título de civilización cristiana hicieron costumbre cristiana bendecir a todo déspota asesino que oprimiera a los pueblos en supuesto servicio a Dios y a la humanidad. Toda injusticia y corrupción de los poderosos lo justificaron como voluntad de la divina providencia de Dios. A través de la historia, los repre- sentantes de la iglesia cristiana han sido incapaces de orientar a la humanidad por el camino de la perfección y la salvación como hicie- ron las civilizaciones *quila* e inca en estas tierras, que lograron conformar sociedades libres de la mentira, el robo y el asesinato de los semejantes, gracias a que los sacerdotes de la religión cósmica solar pudieron plasmar consciencialmente en el hombre los valores de un sistema comunitarista y de reciprocidad, sin esclavitud ni explotación del hombre por el hombre, sin hambre, miseria, lujo y sin prostitución ni abandono de niños.

Esta reacción es el resultado de una reflexión a partir del momento en que soy acosado por parte del protestantismo en el Alto Beni; aunque ya tenía mis dudas sobre el cristianismo por las expe- riencias vividas, especialmente en mi niñez, cuando la iglesia estaba todavía muy impregnada de resabios coloniales. Pero mi reacción no es de desquite; lo que importa es tener suficiente moral y valor civil para decir una verdad irrefutable sobre la historia de la religión cristiana para que enmiende su camino para bien de sus creyentes y de la humanidad. En tanto que este enunciado es todavía un sueño, es necesario hacer conciencia y comprender que no es suficiente para la lucha de los pueblos indígenas la organización política propia de los pueblos indios, sino también la restauración de nuestra religión cósmica solar y la veneración a nuestros *uywiris achachilas* porque en ellos reside el secreto y el poder del *Pachakuti.*

La época de J.J. Torres

Aunque los problemas económico-sociales estaban latentes, al pa- recer no tenían solución cierta. Esa situación poco a poco fue altera- do por el cambio de personajes en el gobierno con la ascensión de J.J. Torres, pero sin que cambiaran las estructuras ni la naturaleza militar de su conformación a pesar de un aparente populismo indefi- nido. El problema de los caminos era prácticamente un asunto de vida o muerte para los colonizadores, y sigue hasta el presente como uno de los problemas más conflictivos en la región del Alto Beni.

Bajo el gobierno de J.J., como se decía entonces, se dio un inusitado activismo político de las diferentes organizaciones, cuando estaba fresco todavía los sucesos de Teoponte y recién se llegaba a conocer y comprender los sucesos de Ñancahuazú, a la vez que se decía que funcionaba un parlamento comunista del pueblo en la La Paz, a la manera de lo que sería en Rusia. Naturalmente todas esas cosas hacían impacto en la gente, que empezaba a reaccionar después de tanta opresión y represión de las dictaduras militares de Barrientos y Ovando. Finalmente llegó J.J. Torres que también era una dictadura militar, con tintes populistas y paternalistas, que contemporizaba con los grupos políticos de la izquierda boliviana.

En aquel tiempo yo estaba retirado de las actividades sindicales; primero, por mi desvinculación con la realidad del Alto Beni después de la muerte de mi esposa; segundo, por haber estado ocupado con la cooperativa, y finalmente porque la

gente me había decepcionado a causa del fanatismo protestante.

En el transcurso de ese tiempo no fui objeto de persecución política, aunque no faltaba los chismes del Pacto, porque los mili- tares tenían todavía el control de la situación en el quehacer político. Escuchaba de vez en cuando algún rumor de movimientos guerrilleros por la región de Teoponte o Santa Cruz. En una ocasión casualmente conocí a un hombre, que me confió el hecho de haber sido uno de los guías de las guerrillas de Teoponte. A través de él pude saber algunos pasajes de esa historia. El decía que los guerri- lleros eran unos señoritos que no sabían lo que era vivir en el monte, no estaban acostumbrados a los mosquitos y otros insectos veneno- sos, de modo que habrían sufrido infecciones de mosquitos y boros al extremo de entregarse a los militares, desesperados por las infec- ciones, de modo que no habrían sido vencidos por los militares sino por la naturaleza hostil de las montañas boscosas: esa fue la versión de aquel conocido ocasional.

Organización de la Federación de Colonizadores del Alto Beni

Mientras todo ello se daba en el contexto de la realidad nacional, yo seguía trabajando en mi chaco y ocasionalmente en un aserra- dero, al margen de toda participación sindical; hasta que cuando menos lo imaginaba se presentaron en mi domicilio, a título de delegados, unos tres colonizadores para manifestarme la extrañeza de la gente por mi ausencia de las reuniones sindicales; luego me hicieron, no propiamente una invitación, sino más una citación

imperativa para que asistiera a una reunión, Jo cual no fue de mi agrado por el tono en que me hablaron.

Naturalmente yo no fui a la indicada reunión, pero para mi asombro nuevamente vinieron los delegados con una insólita actitud de imposición, hasta que me obligaron a echarles en cara la poca consecuencia de ellos. Les dije con ruda franqueza que por defender con vehemencia a la gente me había visto tan perjudicado y sufrido por la represión de los militares, mientras ellos, ignorando mi situa- ción, se habían hecho amigos de los mercenarios del seudopacto, contribuyendo de hecho a la vigencia de un instrumento de mentira y opresión; que cuando más se necesitaba de la unidad, se habían convertido en ovejas castradas para gemir con la Biblia en la mano. Finalmente, les hice saber que era

mi voluntad asistir a una reunión o dejar de asistir, que nadie me podía obligar con una imposición; luego les invité a abandonar mi casa, porque realmente estaba indignado; aunque después, reflexionando, pensaba que aquella gente que había sido mis compañeros de lucha por un despecho podrían convertirse en mis enemigos, aunque no fue así.

En la madrugada del día siguiente, a eso de las cinco o más o menos, se presentaron otros compañeros con el mismo motivo, aunque con una actitud muy diferente al de los otros: me hablaron como amigos y me informaron en detalle de la situación que los motivaba. Lo grave del caso había sido la situación de división en que habrían caído en un momento en que se daba comienzo a un gran Congreso de Colonizadores del Alto Beni en el que pugnarían dos bloques por tomar la dirección de la Federación. Frente a la alianza de las áreas Dos y Tres, el área Uno, que había sido el más representativo de la región, en aquel momento se hallaba comple- tamente fraccionado y no tenía un dirigente capaz de lograr la unificación y devolver a las organizaciones del área su unidad y fuerza combativa. Esa había sido la razón para que unos vinieran a regañarme y otros a suplicarme para que me integrara al sindicalis- mo de los colonizadores, de modo que me entregaron una credencial de delegado al Congreso.

A pesar de haber recibido aquella credencial, yo no tenía una idea del papel que me tocaría desempeñar; mi intención era simple- mente de cooperar a la unidad en la medida de mis posibilidades. El lugar señalado para la realización del Congreso era la localidad de Puerto Linares. Era la primera vez que iban a participar delegados de todas las organizaciones del Alto Beni, por tanto había mucha gente nueva. El acto inaugural ya se había llevado a cabo, de modo que yo iba a participar en la primera plenaria, junto a los delegados de mi área que me cedieron un sitio.

En la primera parte del debate pude darme cuenta del tremendo fraccionamiento de los delegados de mi área; era asombroso para mí ver las contradicciones y enfrentamientos entre los delegados de una misma área, lo cual era aprovechado por el otro bloque para imponer sus ponencias que se referían a los intereses de sus zonas, sin acordarse de los problemas del área Uno. Además, el presidium estaba totalmente controlado por los delegados del bloque oponente. También me llamó la atención el hecho de que la delegación de ellos estaba conformado por gentes que no parecían ser colonizadores porque habían personas blanco-

mestizos de la clase media, fraca- sados estudiantes universitarios decían, que naturalmente eran buenos oradores y buenos manipuladores también.

Así empecé a participar de los debates con pleno conocimiento de los problemas y necesidades de la región, completamente apartado de las posiciones político-partidistas; pero atacando a las dictaduras militares represivas, a la injusticia y el engaño, instando a la unidad de todos para defender los intereses de la región y hacer respetar nuestros derechos como productores y ciudadanos. En fin, yo habla- ba de una causa común sin cerrarme en una posición sectaria.

Hice varias intervenciones porque mis mismos compañeros me cedían la palabra. Mis planteamientos y razonamientos fueron la fórmula para lograr o recuperar la tradicional unidad y combati- vidad de la gente de mi área, como también de captar la simpatía y respeto de los demás compañeros. A través de las exposiciones de los diferentes delegados se iba haciendo una valoración de los más sobresalientes, que ya daba una idea sobre la conformación de la directiva; aquello era el preámbulo de una confrontación en el momento de elegir a los dirigentes. El bloque encabezado por el área Dos tenía ya designado sus candidatos, en cambio los del área Uno recién estaban en una consulta de consenso que no tardó en defi- nirse en base de mi persona, lo cual no fue de mi agrado, aunque pensaba que no podía desairarlos delante del bloque oponente; hu- biera sido frustrarlos y tampoco había tiempo para hacer otra con- formación. En aquel momento me sentía mal, como crucificado; pero consecuente con mi modo de ser, no me había brindado pero tampoco iba a excusarme; así pues había que seguir adelante sin vacilar.

Es muy natural que en los eventos sindicales cada grupo pugne por la elección de sus preferidos, porque se piensa que son dignos de representarlos y capaces de defender la causa que tienen en común; sin embargo, también es cierto la infiltración político-parti- dista que bajo la cobertura de la lucha sindical infiltra agentes como asesores o dirigentes para manipular la organización con fines político-demagógicos. Así pues, el área Uno reforzado por los

colonizadores espontáneos, pugnaba por tomar la Secretaría Ejecuti- va como la cartera más estratégica para viabilizar más exitosamente sus gestiones. Las exposiciones cada vez se hacían más caldeadas sin poder llegar a un acuerdo de procedimiento; parecía algo así como el pulseo de dos luchadores. Nunca había

visto cosa igual.

Aquella pugna duró doce horas, de seis de la tarde a seis de la madrugada. Nuestros ocasionales contendientes se negaban a acep- tar una elección por aclamación porque pensaban que de esa manera podrían perder y decidieron el método de prolongar el debate a fin de que nuestros delegados abandonaran por aburrimiento, y a falta de delegados ellos podían maniobrar a través del presidium que estaba bajo su control y así lo hicieron. Cuando se procedió a la elección por voto secreto, con un evidente fraude, lograron aparen- temente mantener una paridad de votos que resultó en un empate; pero curiosamente hicieron aparecer una papeleta que era a favor de ellos. Con aquel voto misterioso proclamaron la victoria de mi oponente, de modo que don Juan Gutiérrez, colonizador de Palos Blancos, asumió la secretaría ejecutiva de la Federación de Coloni- zadores del Alto Beni.

En cuanto se refería a mi persona, de acuerdo a lo que se había convenido, me correspondía ir a conformar la Federación Nacional de Colonizadores de Bolivia en mi calidad de dirigente designado por los colonizadores del Alto Beni; de ese modo fui uno de los dirigentes fundadores de la Federación Nacional de Colonizadores de Bolivia, como titular de la Secretaría de Hacienda, cargo quizás más simbólico que efectivo y desagradable para mí, porque no estaba en armonía con mi modo de ser: siempre fue odioso para mí el pedir limosna y con mayor razón de los funcionarios de gobierno.

El evento sindical de los colonizadores fue muy significativo, quizás histórico, porque nacía la representación de una nueva fuerza laboral: los colonizadores de todas las regiones tropicales del país. Entonces se vivía un momento de bastante agitación política, bajo el gobierno de J.J. Torres. Por ese ambiente de agitación los univer- sitarios estuvieron junto con los colonizadores durante el tiempo de ese evento y también más después; el interés de ellos era la firma de una alianza obrero-campesino-universitario como contraparte del pacto militar campesino, entonces momentáneamente arrinconado. Había también delegados obreros fraternales y seguramente políticos infiltrados como acostumbran, con mayor razón cuando es- taba naciendo una organización con buenas proyecciones revolucio- narias y movilización de masas, que otras organizaciones rurales más antiguas no tenían en ese momento. El evento también fue

honrado por el gobierno con la presencia del Ministro de Agricultura y Asuntos Campesinos, que de todas maneras tuvo que ser inco- modado por algunos reclamos, entre los cuales el más conflictivo era siempre la falta de caminos.

Así los colonizadores empezaron a marcar una etapa de lucha con el mismo vigor de los mineros, motivados por el abandono de los poderes públicos y la burocracia irresponsable, cuánto más en un momento en que la naturaleza obraba contrariamente a lo normal, porque en el Alto Beni estaban inutilizados los caminos a raíz de las prolongadas y fuertes lluvias, que prácticamente dejó en situación de aislamiento a las comunidades de esa zona.

Aquella situación obró como un detonante en una situación ex- plosiva que estaba latente desde mucho más antes; aunque el ver- dadero culpable era la naturaleza, se lo acusó al gobierno de inca- pacidad e irresponsabilidad. Era cierto que el Servicio de Caminos no había obrado con previsión y oportunamente, esperando que pasara las lluvias para hacer una reparación, como era su método; pero la gente estaba violentada por esa situación, con mayor razón los que vivían más adentro. Ciertamente era dramático ese aisla- miento, pues no tenían un pedazo de sal y mucho menos los demás artículos de primera necesidad. Los colonizadores nos movilizamos por voluntad propia, para abrir paso con palas y picotas, pero aquel material era una masa gomosa y pesada que hacía inútil nuestro esfuerzo; necesariamente se requería un equipo de maquinarias, y el Servicio de Caminos, como si no existiera.

Solidaridad de los estudiantes

Así pues, por un leal cumplimiento a un pacto de alianza obrero- campesino-universitario, las muchachas y muchachos de la universi- dad se allegaron en un movimiento de masas hasta la zona del Alto Beni con el propósito de abrir el paso con palas y picotas junto a los colonizadores. La intención era buena y valiente; pero la magnitud de los derrumbes era excesivo a nuestra capacidad física, no era tarea de uno o dos días, había que mover cientos de metros cúbicos de lodo pesado y pegajoso que dificultaba el manejo eficiente de las herramientas, cuánto más cuando la juventud universitaria no esta- ba habituado a ese tipo de trabajo. Aun con la utilización de maqui- narias el trabajo duraría semanas y meses en una combinación de limpieza y colocación de ripio, hasta dejarlo apto para el tránsito.

Al no poder realizarse los trabajos como hubiera sido de desear, la presencia de

los universitarios se redujo a un movimiento de masas que, con sus palas en la mano, tardaron toda una jornada en

313

recorrer una distancia que hubiera podido hacerse en una media hora con camino normal. Así llegaron al campamento de la jefatura zonal del Instituto de Colonización, donde algunas universitarias bailaron con los colonizadores para dar fuerza a la idea de una sociedad solidaria y comunitaria que parecía predominar en la con- ducta de esa juventud; algunos universitarios aparecieron con sus guitarras para cantar algunas canciones de Benjo Cruz, que enton- ces era la figura poética del pensamiento revolucionario de las juventudes de aquella época porque habían sido impactados por los sucesos pasados de Nancahuazú y Teoponte.

A estas alturas yo me pregunto: ¿Habrán permanecido leales y consecuentes con sus inquetudes de entonces? Curiosamente no apareció en esos hechos el Secretario Ejecutivo ni ninguno de los dirigentes de la Federación Local* de modo que como dirigente de la Federación Nacional tenía yo que encargarme de organizar el aporte de productos por parte de los colonizadores para atender la alimen- tación de los visitantes. No había ollas grandes como se necesitaba y personal capacitado para preparar un almuerzo aceptable para nuestros invitados citadinos y faltaba muchos ingredientes para la cocina. Al final, pese a nuestra buena voluntad sólo pudimos ofre- cerles plátanos cocidos y un plato parecido a sopa cocinado en un turril al estilo de cuartel. Me dio pena y vergüenza al ver que una parte de los universitarios probaban la comida más por gentileza que por agrado y satisfacción y algunos prefirieron ayunar. Sin embargo, dada nuestra situación de aislamiento y nuestra pobreza permanente, esa comida era lo mejor que podíamos ofrecerles en esa realidad de miseria y pobreza del colonizador de los primeros tiem- pos de asentamiento.

Así regresaron los universitarios, todo revolcados en el barro del camino y seguramente muchos han debido perder el taco de sus zapatos, por lo menos. Con todo, aquel movimiento de masas no fue completamente inútil: si bien no se pudo abrir el camino, nos ayuda- ron a denunciar ante la opinión pública y gestionar ante las autori- dades de gobierno la atención para la solución de los varios proble- mas que reclamaba la Federación de Colonizadores para la zona del Alto Beni.

Durante el gobierno de J.J. Torres hubo libertad. El movi- miento era por parte de los universitarios; toda la gente univer- sitaria pareciera que se largó al Alto Beni, incluso tomaron lotes para no ser cuestionados y se convirtieron en colonizadores. Su ver- dadero objetivo era hacer una agitación política; había la sobra de Teoponte pero también había comunistas, tanto de la fracción china, como también los moscovitas. Lo que perseguían era la alianza

universitario-campesina, es decir, el cumplimiento del pacto que habíamos suscrito cuando se fundó la Confederación de Colonizado- res, en eso se mantenían o se obligaban para hacer la alianza. Había muchos movimientos políticos que se cruzaban y se entrelazaban.

Había presión para reclutarme. Yo realmente no estaba com- prometido con ningún partido político porque a mí no me motivaba la cuestión política, para mí la cuestión era solamente el camino. Como yo no me dejaba dominar por ellos, empezaron a presionar para que yo llegara a conformar sus grupos. Deshicieron el cuerpo directivo de la Federación de Colonizadores y a cada miembro se lo llevaban a sus grupos y lo mismo querían hacer conmigo, y como yo era uno de los dirigentes más importantes de esa zona, al no poder hacer eso querían neutralizarme.

Una acción de masas en el Alto Beni

La cuestión de los caminos se volvió cada vez más conflictivo. Barrientos llegó a autorizar un convenio a través del Instituto de Colonización. Ese convenio estaba refrendado por la firma de Ba- rrientos mismo, y por él se comprometía a que los colonizadores re- cibirían maquinaria para la construcción de caminos vecinales: trac- tores, topadoras, volquetas para ripiado, palas cargadoras y motoniveladoras. A causa de esa maquinaria se realizó en el Alto Beni una importante acción de masas en la que tuve que ver.

Cuando se estaba dando cumplimiento al acuerdo firmado y la maquinaria ya estaba ingresando al Alto Beni, ya en el gobierno de J.J. Torres, el Director del Instituto de Colonización se prestó a las manipulaciones de su partido, el Partido Comunista Marxista Leni- nista, e hicieron que parte de esa maquinaria se quedara en Carana- vi mediante una simulación de asalto por parte de los colonizadores de esa región. Ellos incitaron y se aprovecharon de la situación y

los de Caranavi se apoderaron de la maquinaria. Sólo un tractor y una motoni veladora, que dejaron pasar al Alto Beni, el Instituto de Colo- nización lo alquiló al Servicio Nacional de Caminos.

Al saber esto fue grande nuestra indignación y sobre eso fue mi acción: la toma de las maquinarias del Instituto de Colonización que estaban en poder del Servicio Nacional de Caminos. Fue un movi- miento que no estaba pensado ni planificado, pero en la práctica se generalizó. Fue un movimiento de masas nunca visto porque los colonizadores estaban armados; sacaron escopetas y algunos fusiles y estaban en son de guerra y toda la gente se movilizó.

315

Por ese tiempo hubo un movimiento guerrillero en la región de Santa Cruz bajo la denominación de UCAPO, dirigido por el Partido Comunista Marxista Leninista (de orientación pekinesa); cuando hice esta acción en el Alto Beni alguna gente confundió nuestro movimiento con ese movimiento del oriente del país, al extremo que entonces a mí me llamaban "Comandante". Pero la verdad es que no había ninguna conexión con ese movimiento y yo ignoraba los hechos de la UCAPO. Entonces no había una información tan fluida como existe en la actualidad y muy rara vez se podía saber en el Alto Beni una noticia de esa índole. En realidad en ese momento a mí no me animaba ningún interés político, sino mi interés era estric- tamente social: lo que queríamos era que se cumpla el convenio con Barrientos y que la maquinaria destinada al Alto Beni fuera entre- gada por los colonizadores de Caranavi.

Nuestro movimiento cobró matices algo dramáticos porque noso- tros teníamos rabia contra los de Caranavi que se habían apro- vechado de una situación que nosotros habíamos peleado tanto durante el gobierno de Barrientos, cuando muchos de nuestros diri- gentes fueron apresados y pateados en los cuarteles. Entonces eso fue nuestra indignación; ¿por qué nos iban a quitar la maquinaria? Y la cuestión era que la pelea era ya contra el Instituto de Coloniza- ción pidiendo que cumpla, que ponga las maquinarias en el Alto Beni y así acabamos tomando rehenes a todos los empleados del Instituto de Colonización, especialmente al jefe de área, con la inten- ción de que si venía la fuerza militar los íbamos a internar a todos en el monte.

Estábamos divididos en dos fracciones. Algunos que era la gente manipulada por el mismo Instituto de Colonización, disimulada- mente les hacían creer que lo

más efectivo era una huelga de hambre. Pero, ¿quién veía la huelga de hambre? Solamente ellos sabían de la huelga de hambre, pero el público, la gente de las ciudades, no sabía absolutamente nada porque no había periodistas, no había ninguna comunicación; por eso era una huelga de hambre solamente para que vean los monos. Y eso justamente les convenía a ellos, que la gente se fuera aburriendo, desgastando. Y la otra gente era de una medida más práctica, más revolucionaria, más violenta, es decir si no aceptan, a éstos los metemos al monte. Si sale, bien si no sale, nosotros no somos responsables; ellos son. Ese era el desa- cuerdo entre nosotros, manipulados por el Instituto.

En un momento dado llegó una delegación de Caranavi en un son de tutores, es decir, a nosotros nos querían hacer consentir de que ellos eran los hermanos mayores y que también ellos habían sufrido tanto y por eso tenían derecho a la mitad de la maquinaria y así

ofrecían un arreglo para quedarse con la mitad del equipo y darnos la mitad, prometiéndonos que ellos vigilarían y reclamarían. Pero nosotros no quisimos escucharles; nosotros reclamábamos que todo el equipo pase al Alto Beni, porque los de Caranavi no nos habían ayudado en la consecución de ese convenio y porque ellos no tenían nada que ver con la colonización del Alto Beni; si ellos tenían necesidad debían reclamar por su parte de otra manera y no quitarnos a nosotros. Ahí fue la pelea y hubo disparos. Entonces los prisioneros del Instituto de Colonización se asustaron viendo que la cosa era seria y quizás se asustaron más porque les remordía en su conciencia porque todo el problema era el resultado de la manipula- ción política que ellos habían hecho, aunque en ese momento nosotros ni siquiera eso sabíamos, realmente creíamos que era una avivada de los de Caranavi.

Pero lo que sucedió en realidad fue que los del Instituto de Colonización se habían puesto de acuerdo con algunos dirigentes sindicales de Caranavi comprometidos con ellos para simular un asalto. Los del Instituto llevaron las máquinas y la gente ya prepa- rada en Caranavi hizo el simulacro de un movimiento y se apoderó del equipo de máquinas y apenas dejaron pasar un tractor y la motoni veladora. Al final los del Instituto se asustaron y casi se hacen dar ataque y realmente resultó algo dramático.

Entonces los de Caranavi, al ver nuestra posición, tuvieron que aceptar nuestras

demandas y nosotros, conscientes de los problemas de ellos y por ser colonizadores también, les aceptamos que se quedaran con un tractor pero que el resto debía pasar al Alto Beni. Al final ellos se quedaron con un tractor y una volqueta, pero el resto devolvieron.

El Instituto de Colonización tenía la intención de alquilar la ma- quinaria al Servicio Nacional de Caminos, aduciendo que no tenían todavía personal para el manejo o si no que tendría que estar parado un tiempo la máquina. La topadora que habíamos tomado fue in- mediatamente utilizada; no teníamos equipo, pero como estábamos movilizados aprovechamos para organizamos para la construcción de caminos. Decidimos que todos los colonizadores debíamos hacer una acuotación para comprar combustible y lubricantes y encontra- mos dos colonizadores en mi núcleo que alguna vez habían trabajado como ayudantes de tractorista, y aunque eran aprendices, los pusi- mos a ellos como tractoristas. Al comienzo empezaron a chambo- near; pero después llegaron a trabajar, a dominar la maquinaria. Ese tractor trabajó día y noche, y era tanto que entre los colonizadores empezaron ya las pugnas por quiénes usaban el trac- tor, aunque estaba organizado por orden de turno. Eso fue también

un problema para mí porque la máquina no se abastecía. Felizmente la máquina tenía faroles para trabajar en la noche, y de tan buena voluntad los tractoristas, sin cobrar salario ni fijarse por su trabajo límite de horario, trabajaban desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche. Así trabajamos y finalmente recogimos la motoni- veladora. La motoniveladora no trabajó mucho porque lo primero era lo que había que hacer con las topadoras, la volqueta tampoco porque no había para ripiar.

A todo esto el Instituto de Colonización estaba reclamando la devolución de la maquinaria. El problema era de carácter legal. Nosotros no éramos los dueños, sino que lo habíamos tomado en base a un convenio; pero el legítimo dueño era el Instituto de Colo- nización, aunque el mismo convenio establecía que el Instituto esas maquinarias adquiría con fondos del Estado para construcción de caminos vecinales. Lo que no adquirió el Instituto de Colonización fue el presupuesto para el mantenimiento de un personal para el equipo y además los lubricantes y combustibles; ahí fue el problema para el Instituto. A nosotros nos exigían en base a ese aspecto legal que devolvamos porque era del Estado esas maquinarias y no podían de ninguna manera consentir que nosotros nos

quedemos en propie- dad y nosotros tampoco teníamos la capacidad económica para pro- poner la compra de ese equipo. Tampoco nosotros estábamos prepa- rados para mantener ese equipo de una manera permanente; significaba mucho dinero. De esa manera nosotros tuvimos que de- volver las máquinas.

Finalmente logramos un convenio con el Instituto, que por su- puesto al final no cumplieron y así se quedó-hasta ahora sin cons- truir los caminos vecinales. Ellos ya no hicieron los caminos como parte de la obligación que ya estaba firmada, sino que acabaron alquilando el equipo a empresas privadas que se metían por Mayaya a hacer el trabajo de explotación de oro. Ahí lo han terminado las máquinas. Los caminos que hicieron ya hicieron cobrando dinero, ahí la gente se desmoralizó y dijo: "¿Cómo es que esta máquina tenía que hacer los caminos vecinales de una forma gratuita y ahora nos cobran?", porque ellos aplicaron el cobro por metro cúbico de tierra.

El golpe de Banzer

Cuando Banzer hizo su golpe de Estado se hizo la llamada Mar- cha a La Paz, organizada por los universitarios para ir a defender a J.J. Torres. Hirieron un movimiento absurdo y en la práctica por eso fracasó. Hicieron una movilización general de todos los coloniza- dores utilizando el equipo radiotransmisor que tenía el Instituto; lo

montaron en una camioneta y lo trajeron, pero no tenían ni com- bustible. Tampoco llegaron a convencer con sus teorías a la gente. La gente por un sentido común se daba de cuenta que sin armas era difícil pasar Caranavi; ahí estaba una guarnición militar importante que estaba a favor del golpe, y era un lugar estratégico para entram- parnos porque no habría dónde escapar. Y la gente pensaba: "Es difícil si no tenemos armas, ¿cómo?, ¿con qué?".

Ellos insistían que nos las compondríamos, que la mayoría se impondría y vencería, etc. Mucha gente se quedó y otra desertó. Llegamos hasta Bella Vista, es decir el último punto del Alto Beni, hacia la salida a Caranavi. Ahí se acabó el combustible, no había más gasolina. Los del área Uno, de donde yo era dirigente, un cin- cuenta por ciento desertó.

Inmediatamente después del golpe asaltaron nuestra oficina en La Paz; ahí

apareció el Pacto Militar Campesino, y colonizadores del Alto Beni comprometidos con el golpe de Banzer se apoderaron y se proclamaron como los dirigentes de la Federación, es decir, nos suplantaron. Nosotros fuimos inmediatamente perseguidos y todos tuvimos que huir para escapar del apresamiento, muchos nos fuimos a nuestras zonas y algunos llegaron hasta el extranjero.

Persecución militar

Yo estaba muy comprometido porque ejercía dos cargos: uno en la zona del Alto Beni, es decir a nivel local y otro a nivel nacional en la Federación de Colonizadores que acabábamos de fundar. Además, yo tenía un liderato natural en la zona y eso era una cosa que no aceptaban los que estaban colaborando con el Pacto Militar Campesino; yo era un riesgo para ellos y por mi influencia en la gente yo resultaba un dirigente sumamente peligroso para ellos, entonces se desata contra mí la persecución militar. Mi acción en el Alto Beni la vieron como un movimiento político, como ya he explicado. Banzer lo vio como una cosa guerrillera y a mí me persiguieron como a un peligroso comunista. Tuve que volver al Alto Beni y ahí comienza mi odisea.

Por esta razón y porque se vio ya asesinatos y una infinidad de prisiones políticas por todo el país, tuve que refugiarme en el fondo de la selva, del monte. Así pude mantener por lo menos por un tiempo mi libertad. La idea que se me metió era de no escapar, de no darles el gusto en escapar, porque parecía que el gobierno de facto lo que se proponía era hacer huir a todos los opositores, entonces yo contrarresté con esa posición. Evidentemente muchos

dirigentes han tenido que escapar dejando sus lotes abandonados y por la seguridad de sus familiares tuvieron que salir, no solamente dirigentes, sino también colonizadores de base que estaban identifi- cados con J.J. Torres.

Mi vida dentro del monte

Solamente salía para tomar un poco de alimento. En esos momentos no descuidaba mi lote; yo sabía dónde encontrar a mi gente e instruía qué tanto y para qué producto me lo iban a trabajar. Todo eso me costaba dinero a mí, pero claro que todo eso estaba pa- gado con la misma producción. Yo todavía tenía

algunos ahorritos, con eso podía hacer frente. Yo salía solamente a controlar. También llegaba a la casa algunas noches; pero por precaución no quería dormir porque sabía que los militares me estaban buscando hasta disfrazados de civiles y en cualquier momento ellos llegaban en sus jeeps y se desplazaban a gran velocidad para tomar de sorpresa.

Varias veces casi me agarran. En una ocasión, por una rendija tuve que salir al arrastre en medio de la noche y arrastrándome por el monte me fui alejando de la casa. Otra vez, había un hombre que se llamaba también Luciano y por lo que se llamaba Luciano lo arrastraron hasta el cuartel sin entender que era otra persona. Todas esas cosas me advertían del peligro que suponía caer preso y por eso no quería caer y a pesar de todos esos riesgos me las com- ponía para seguir manteniendo una situación de lucha. Yo seguía controlando el movimiento de los colonizadores, seguía instruyendo desde la clandestinidad para que tomen y hagan la posición que yo les orientaba en los congresos y en las reuniones que convocaba el Pacto Militar Campesino.

Cuando tenía que salir a La Paz siempre lo hacía por un camino abandonado. Nunca pasaba por el control militar y siempre he teni- do que hacer un rodeo, ir por un deshecho y salir más allá del retén militar de Caranavi, ahí tomaba el camión y a veces andaba un kilómetro hasta Santa Ana y recién me embarcaba en el camión para poder llegar a La Paz y hasta Corocoro. Igual entraba; nunca llegaba hasta Caranavi.

En una ocasión estaba cerca a mi casa donde había una pequeña plantación de naranjas y como tenía siempre el temor de estar en la casa, a manera de pasear y de refrescarme al aire libre me fui a acomodar bajo la sombra de los árboles. Ahí estaba sentado cuando apareció sorpresivamente un grupo de soldados. En aquella ocasión tenía un acompañante en el terreno, un muchacho trabajador que

me lo estaba haciendo por contrato un sembrado de arroz y dormía en la casa. El estaba dentro de la casa y yo en las naranjas, pero yo podía ver y oír todo. A él lo sacaron violentamente, había voces de la interrogación para convencerse si no era mi persona, si realmente no estaba mintiendo al decir que no era él la persona que los solda- dos buscaban. Al final, con las declaraciones de los vecinos lo dejar- on ir. Decían: "No es este el dueño", y el joven decía: "Yo no sé, no ha venido; aparece de vez en cuando, yo tengo solamente este contrato que hacer y

estoy trabajando". Y así los militares otra vez se fueron. Pero esa vez el muchacho me contó que cuando lo sacaron afuera de la casa, encontró que tenían emplazado sus ametralladoras en las cuatro esquinas de mi casa y algunos de ellos estaban disfrazados de civil. Y yo estaba ahí cerca; realmente estaban burlados los mili- tares.

Yo para entonces ya tenía mucha práctica para andar en el monte. Había llegado a desarrollar mis sentidos, especialmente el oído y el olfato; la vista casi no me servia de mucho puesto que vivir dentro del monte es como vivir en un pequeño cuarto: no se puede ver muy lejos, así era de tupido el monte. Solamente se podía ver en un espacio de tres metros alrededor porque lo demás era puro monte.

En una ocasión llegué yo a salir del monte en un momento en que justamente una patrulla de militares avanzaba por la senda. Ellos venían con toda precaución, haciendo una observación minuciosa. Yo opté no por escapar, sino simplemente apegarme detrás de un tronco grueso que había en ese lugar. Me apegué, pero ya tenía dispuesto en caso de ser descubierto por dónde me tiraría; escogí' los accidentes del terreno que podían favorecer mi huida. Con esas precauciones, quedé ahí observándolos y noté que los soldados estaban nerviosos, estaban asustados. El comandante era un oficial que no estaba, como es costumbre entre los militares, a la cabeza sino en el centro. Yo no sé si eso era una táctica militar o era un hecho de cobardía, que se estaba él protegiendo con los soldados. Con toda la precau- ción que los soldados tenían no pudieron advertir mi presencia y dentro de mí yo decía: "Si tuviera yo un arma de fuego a estos pobres me los cazaría como a palomita". Lastimosamente sólo tenía mi machete. Dejé que pasaran todos ellos por la senda sin verme aunque yo estaba a unos diez pasos de ellos. Quizás también la oscuridad del monte me protegía, porque cuando el monte es cerrado es oscuro de por sí, y cuando el día va cayendo, -esa vez era más o menos las cuatro de la tarde- el monte está ya casi oscuro.

En otras ocasiones los captaba por mediante el olfato. No siempre podrían ser militares; yo sabía por mediante el olfato la presencia de alguna persona o algún animal, hasta una hormiga tiene olor. Y el

oído se agudiza con tantas vigilias sin tener que hablar con nadie, pensando,

escuchando, observando lo que es la naturaleza. En la soledad aprendí también muchas cosas de la propia naturaleza. Algunas veces me quedaba admirado de esa solemnidad de la natu- raleza, pues llegaba el momento en que era algo como una cosa para- lizada o muerta. No se sentía absolutamente ningún movimiento de animales ni de una hoja, nada. Era un silencio completo, ahí uno podía sentir el latido de nuestro corazón. Pero también había momentos cuando la naturaleza era bulliciosa y hablaba como las personas, comentaban, reían, no sé; pero la cuestión es que parecía que jugaban con el viento. A cada soplo del viento las hojas empeza- ban a hacer un ruido muy peculiar como las aguas hacen en el río: unas veces violentas y otras veces templado, de acuerdo a la fuerza del aire que las batía.

Había tantas cosas que admirar. Aprendí que los animales del monte no son tan feroces como se podría creer. La generalidad de la gente piensa que son bestias feroces. Por el contrario, a mí me parecían que eran más bien criaturas hurañas y miedosas que justa- mente por su miedo se volvían feroces. Además no atacan, como la gente lo hace por el placer de cazar o matar; el animal solamente ataca cuando tiene hambre.

Así empecé yo a acostumbrarme a los animales y puedo decir sin exagerar que llegué a perderles el miedo, por ejemplo a las víboras, pero no el respeto. La víbora, cuando no era atacada o estorbada no hacía nada: se quedaba ahí esperando si la iban a atacar o no y cuando no era atacada se iba de por sí, pero cuando era atacado se defendía. Y así todos los animales. Los únicos que no me gustaban eran los monos porque eran muy curiosos; cuando veían gente no se iban del lugar, sino más bien se concentraban y me observaban desde arriba sin bajar a tierra; habían modos de bajar, pero ellos no bajaban, sino sobre las ramas correteaban y empezaban a chillar. No era porque me molestaba lo que harían, sino por el hecho de que podían ser como delatores, porque otras gentes podrían pensar por qué hacen ese ruido estos animales; eso es lo que no me gustaba en ellos.

En cuanto para vivir, yo no podía ir a mi casa a cocinar comida. De vez en cuando podía recibir lo que me invitaban mis vecinos o mi ayudante que vivía en la casa. No podía llevar tampoco al monte más que una porcioncita para una merienda del día. Más no se podía porque no se podía guardar la comida: se echaba a perder por el calor que había. Así pues tenía que pasármelas buscando en el monte frutas silvestres. Aprendí a comer palmito, y había una fruti- ta menuda, que no conozco hasta ahora su nombre, pero abundaba

en el monte en su época y era muy rico. Pero para llenar el estómago se necesitaba comer cientos y quizás miles de esas pequeñas frutas. Se desvanecían en la boca como el aire; no llenaban. Había que estar ahí una hora, dos horas cogiendo una y otra hasta poder quedar algo satisfecho y aún así. Otra fruta que me gusta era la chima, pero la chima lo de malo era que no se podía comer crudo, había que cocinar y eso no podía hacer en el monte. Pero sí podía yo llevar a mi lote y hacerlo cocinar y eso podía durar dos o tres días.

Luego también el agua. En algunos lugares no había problema: había agua, había ríos, vertientes, en fin; pero en otros lugares no y entonces había que recurrir a la mora. Hay una mora especial que contiene agua pura, pero hay que saberlo cortar; uno que no sabe hacer el corte debido, se queda sin agua. Hay que hacerle a la mora un corte por ambos costados y ponerlo vertical, de un extremo, a fin de que el agua chorree. Entonces uno agarra una mora, lo corta y como de una pileta empieza a beber el agua. Hay otras moras también, pero son distintas, hay incluso moras con pinturas, moras amargas, en fin hay tantas variedades en el monte como árboles hay de diferentes variedades y calidades.

Todo eso aprendí con la persecución. Dentro de mí en las noches pensaba, decía que con todas esas experiencias, que con todo ese conocimiento de la naturaleza yo podía resultar un guerrillero de primer orden. La persecución me había obligado a entrenarme a vivir en el monte, pues lo único que me faltaba era un arma. A ratos pensaba, yo sólo podría caer por sorpresa y destruir todo un pelotón, toda una escuadra y desaparecer, darles golpes de mano. Ya tenía habilidad para vadear ríos, en ir dentro el monte sin brújula ni cosa parecida; podía ir hasta de noche, especialmente en lugares que ya conocía.

Así era mi vida dentro de ese régimen de Hugo Banzer Suárez. Fue realmente muy triste; pero a la vez me empezó a templar mucho en cuanto a reflexiones políticas como también en cuanto a una estrategia militar adaptado a nuestro medio, no al estilo como se sabe de la lucha de clases o las guerrillas de otras realidades. Aquí en nuestro medio, un movimiento guerrillero tiene que cambiar su escuela. Tanto su estructura como su estrategia tiene que acomo- darse al medio en que se origina la lucha y en el que se desarrolla la guerra; en el monte tiene uno mucho más ventaja. Yo soy del altiplano, en el altiplano uno no tiene nada que temer de la natura- leza porque no hay fieras y no hay nada de peligro

en ese sentido. Pero uno puede ser descubierto; hay lugares donde con un avión nos pueden observar en lo mínimo, a no ser que se tenga el cuidado

de desaparecer de día y solamente operar en la noche. De todas maneras eso necesitaría estudiarlo en cada caso.

También sabía cómo tenía que manejar mi ropa. A veces en el monte uno tiene que llevar la ropa hasta que de puro viejo se pudre sobre el cuerpo; se puede lavar en un momento en el río, pero para bajar la grasa que hay en la ropa se necesita jabón. Para desinfec- tarlo, en vez de planchas como se acostumbra en la ciudad para matar los microbios, en el monte se hace la desinfección de la ropa con humo. Antes de colocarse la ropa que uno se ha sacado y lo ha botado en cualquiera parte, donde seguramente sin que uno se dé cuenta hay una infinidad de insectos que dejan sus larvas, hay que pasarlo por encima de un humo fuerte. Ese humo lo desinfecta la ropa y uno está bien con eso, aunque tiene un olor un poco desagra- dable y hasta mientras que pierda ese olor uno tiene que soportar, pero así no hay peligro de infecciones. Estaba pues habilitado para vivir en el monte.

Una revelación en el monte

En las noches especialmente y por el hecho que no tenía nada que hacer sino observar la naturaleza y cuidarme de posibles peligros, toda mi atención está concentrada en la meditación y tenía tiempo para reflexionar y allí es justamente cuando llegué a pensar en el asunto político haciendo una reflexión a fondo. Haciendo un repaso de mi vida, llegué a comprender que a mí no me hadan una persecudón porque era un contra-revolucionario. Antes de la revo- lurión de abril, cuando comencé a hacer mi actividad sindical en Corocoro era muy joven; tenía familia, estaba casado y por esas mis- mas necesidades fui a trabajar en la mina y ahí me hice dirigente sindical viendo la brutalidad de la explotación minera. Comencé como trabajador bajo la empresa privada y en trabajo grande o en trabajo chico siempre he recogido esas experiencias amargas de la explotadón y del abuso. Seguramente si hubiera tenido una mente cerrada o poco entendimiento, posiblemente nunca hubiera sido tampoco dirigente, hubiera sido una oveja castrada que quizás no hubiera podido emitir ni un balido. Pero por haber quizás crecido en la dudad, por haber quizás de alguna manera aprendido de los opresores mismos sus reacciones, sus demandas de derecho, de justi- cia,

yo también hablaba eso: justida para mis compañeros.

Yo creo que esa situadón se da como resultado de una traumati- zarión psicológica; al ver los abusos que veía hacer a otras gentes, instintivamente reaccionaba. Lo que no podía defenderme en mi niñez lo estaba hadendo en mi mayoría de edad en defensa de mis

compañeros. ¿Qué otra explicación puede haber? Por solidaridad humana, es cierto, podía haberme solidarizado, simpatizado, ayuda- do, pero no meterme en una lucha hasta exponer mi propia vida, pero no fue así. No me dolía tanto lo que a mí me hacían; yo por mí podía hablar, incluso hasta podía hacerme estimar por los jefes, porque para trabajar no me faltaba habilidad y por esa cuestión de trabajo los jefes más exigentes me apreciaban; por eso llegué a tener una posición entre los mejores perforistas de Corocoro y gané plata como ningún otro perforista. Los que en el inicio me habían apocado, sintieron vergüenza ante mí al final porque yo los había superado a todos ellos. Pero, como digo, era una reacción psicológica y por esa traumatización psicológica venían mis reacciones y de esa manera llegué a ser dirigente; yo era el defensor de mis compañeros de tra- bajo, yo era el enemigo declarado de los opresores y de los gobiernos, es decir de toda gente abusiva. Yo recordaba desde mi padre, desde mi madre, especialmente mi madre, cómo trabajaba para criarme, para sostenerme, sus manos hecho llagas tanto rascar mineral.

Todos esos recuerdos amargos formaron en mí una conciencia indomable, por eso pensé que yo no podía salir del Alto Beni, que tenía que estar junto a mis compañeros y tenía que seguir luchando en la medida de mis posibilidades. Reflexioné cómo me habían trata- do de todo, según las etiquetas de turno o de moda que se daban circunstancialmente según el vocablo de los gobiernos de turno. Me preguntaba conmovido por qué había tenido yo la mala suerte de ser perseguido por todos los gobiernos. Y estando en esa reflexión me pareció sentir como una especie de iluminación, como si de pronto se me abrieran los ojos que hubieran estado vendados para ver clara una cosa que yo no había podido comprender hasta entonces: a mí no me perseguían porque era contrarrevolucionario como el MNR me calificó; o porque era comunista como Barrientos y Banzer me llamaban; o por cualquier otro título que se me pudiera poner.

Claramente llegué a comprender que si me perseguían de esa manera sin que yo nunca hubiera hecho una acción política, sin mantener conexión política con ningún grupo, era porque era *indio.* Eso fue para mí una gran revelación, algo extraño yo mismo me que- dé sorprendido: cómo era posible que no hubiera podido darme de cuenta de mi realidad, de mi situación personal: el problema estaba en mi raza y en mi cultura. Entonces hice otra revisión de mi vida y claramente, como en una pantalla cinematográfica, pude ver repro- ducida todas las situaciones de mi vida en la opresión racial, pues siempre me trataron de *indio* arriba, *indio* abajo en toda circunstan- cia. Como *indio* yo no tenía justicia. Sabía yo muy bien que de mi parte estaba la verdad, pero sin embargo para mí no había justicia porque era *indio.*

Todas esas situaciones me hicieron comprender claramente el problema. Así pues, ahí nace la gran revelación, pero no tengo la suficiente palabra para describir mi sorpresa al no haber podido descubrir en tantos años de mi vida algo que estaba latente, que estaba en mí.

Esa comprensión se fue agrandando, se fue fundamentando mu- cho más a medida que iba revisando mi vida desde mi niñez. Recordé que en mi niñez me habían oprimido, me habían desprecia- do y me habían humillado con ese término de *indio.* Y no solamente en mi niñez, sino a través de toda mi vida y entonces quedé suma- mente convencido de que esa era la causa y esa fue la razón para que naciera la idea de una organización indianista, o mejor dicho, un movimiento indio a la manera que yo todavía recordaba de los movimientos de los *ayllus,* cuando yo era niño. Pensando en esos movimientos, en esos alzamientos de los *ayllus,* esa noche, en medio del monte es que me viene a la cabeza la idea de una organización política india.

Entonces todavía no conocía mucho de lo que era la historia del *Qullasuyu.* Si sabía el nombre de Tupak Katari era de una manera muy superficial pero no sabía de dónde era, cuál fue su mensaje, cuál era su lucha. Pero sí comprendía que Tupak Katari era un representante de mi raza. Por eso su nombre gravitó en mi mentali- dad en ese momento, pensando en la organización política.

SEXTA PARTE POLITICO Y

PARLAMENTARIO

327

XXI

EL MOVIMIENTO INDIO TUPAK KATARI

El nacimiento del MITKA

Lo primero que me pregunté fue: ¿Qué nombre se llamaría o qué nombre llevaría una organización política india? Me pareció que llamarlo partido hubiera sido muy pequeño y muy vulgar, al estilo de los partidos de nuestros opresores. Entonces pensé que podía llamarse movimiento; pero como yo no soy un español, y no he estudiado el castellano, no podía todavía entender el alcance del término "movimiento". Por otra parte, pensaba que quizás se podía confundir con un remedo al Movimiento Nacionalista Revolucio- nario, puesto que ellos se denominaban "movimiento"; se podría pensar que yo estaba buscando hacer una organización siguiendo el ejemplo de lo que era el movimientismo. Pero la verdad es que en ese momento yo estaba completamente apartado de lo que podía llamarse nacionalismo, movimientismo o comunismo o cualquiera otra organización de la sociedad opresora. No se trataba acá de un grupo, ni siquiera de una clase, se trataba de todo un pueblo. Al final, todavía con dudas, me decidí denominar Movimiento Indio y finalmente como una cosa hecha, definida y representativa, con el nombre de Tupak Katari (MITKA).

Así nace en el fondo del monte del Alto Beni una sigla política, netamente del pueblo aymara del *Qullasuyu* porque en ese momen- to yo solamente pensaba en mi raza, por el hecho de que yo era ay- mara. Entonces no conocía muy bien la situación de otras nacionali- dades, por ejemplo del oriente de Bolivia. Sabía que había por allá otros pueblos oprimidos, llamados "salvajes" que vivían en los montes; pero para mí eran todavía desconocidos sus derechos, su historia, su personalidad cultural. Por eso, al hacer esta denomina- ción, fundamentalmente pensaba en mi pueblo aymara, es decir en el pueblo del *Qullasuyu.*

Quisiera hacer un poco más de argumentación sobre el término *indio.* Aunque entonces todavía no estaba mi idea bien clara, entendía que el término *indio* podía ser un instrumento de lucha, puesto que la sociedad opresora con el término de *indio* nos había azotado y con ese término *indio* nos había sometido a la esclavitud. En ese momento entendía yo que el término *indio* también podía

constituirse en el instrumento de nuestra lucha para darle en el rostro a la sociedad opresora. Ese término tenía que ser algo así como el guante del desafío para arrostrar a la sociedad opresora y que con el tiempo iba a convertirse en la expresión ideológica y en el fundamento principal de nuestra lucha.

Los primeros pasos del MITKA

Así, paralelamente a la lucha sindical que manteníamos en el Alto Beni, empecé a ocuparme de una forma de organización neta- mente política. Para este cometido necesitaba contar con personas de mucha confianza. Estábamos viviendo en un momento suma- mente difícil para una organización política y especialmente para la organización de un pueblo que jamás había contado con organiza- ción política en sus casi 500 años de opresión.

Fue un poco difícil buscar a las personas más indicadas. En ese momento no se podía tener confianza en nadie porque había una actividad de espionaje a través del Pacto Militar Campesino y el mejor dirigente o el amigo de repente podían declararse agentes del gobierno.

En alguna ocasión había leído que para organizar un partido político no era necesario una gran asistencia de gente. Me parece ha- ber leído que algún político que hizo historia en el mundo había he- cho su organización contando solamente con dos o tres colabora- dores. Entonces, yo pensé seguir ese mismo camino. Es así que tomé amistad, o mejor dicho confianza, con unos amigos que tenía en el Alto Beni. Era una familia de mi mismo apellido, pero ellos eran de

la provincia Ingavi. El hermano mayor, que era quien mandaba en la casa, era de ideas revolucionarias: había pertenecido a organiza- ciones tradicionales, concretamente al Partido Comunista de Bolivia (Moscovita) y de esa manera había participado en los movimientos de Ñancahuazú y había estado preso en la isla Coati. En el momento en el que hablamos de política, él se mostró decepcionado de su orga- nización política porque también se quejaba de que había sufrido una discriminación racial y por eso estaba algo resentido contra esa organización. Cuando yo le hablé de mi idea, comprendió y me dio la razón porque era verdad lo que yo estaba diciendo. Me prometió seguirme y así se comprometió a ser toda la familia los fundadores de la organización.

Pero no solamente fueron ellos. También estuvo otro de los fun- dadores, un colonizador, Nicolás Calle. El siempre tuvo una actua- ción sindical, siempre estuvo activo. En el momento en que nos conocimos, justamente cuando hice el movimiento de masas para de- comisar las máquinas del Instituto de Colonización para hacerlas trabajar por cuenta de los colonizadores, Nicolás Calle prestó un juramento de honor ante toda esa masa de colonizadores que esta- ban movilizados para ser leal en la lucha y en la causa de los colo- nizadores y no desviarse nunca más y fue un elemento considerado, aceptado y recordado porque supo prestar sus servicios.

Mi encuentro con Reynaga

En ese momento, yo no conocía la existencia de movimientos que pudieran tener una motivación como el que yo estaba ideando. No tenía conocimiento de ningún libro que hiciera referencia siquie- ra a nuestra historia y menos a alguna ideología política. Fue justa- mente Nicolás Calle quien en uno de sus viajes a La Paz -él estaba dedicado no solamente a la agricultura, sino también al comercio- encontró un libro del escritor Fausto Reynaga. Calle me presentó el libro y me dijo: "Esto es lo que hay que leer". Yo no sabía absoluta- mente de qué se trataba. Cuando empecé a leer las primeras pági- nas me pareció muy interesante. Ese libro fue *Tesis India.* Más tarde, Calle trajo otro: *La Revolución India.* Ambos libros hablaban en el mismo estilo y con fogosidad. Empezamos a intercambiar opiniones entre los dos y yo, hasta cierto punto, creía que aquel escritor podría ser el líder. Aquí es necesario aclarar una cosa: al tener la idea de una organización política del indio yo no pretendía ser el líder. Yo estaba consciente de mi limitada capacidad, por tanto pensaba que habría una persona que aparecería, un conductor al que proclamaríamos como el líder de nuestra organización. Y al leer ese libro pensé que quizás Reynaga podría ser el líder.

Como en el libro estaba escrita la dirección del escritor Reynaga, acordamos con Calle que en el primer viaje que hiciera a La Paz yo tendría que visitar a Reynaga en su casa. Mientras tanto, Calle, una vez que obtuvo mi consentimiento, se fue hasta Lima porque él ya había tomado contacto con Reynaga por su cuenta, quien lo había puesto en contacto con un señor Guillermo Carnero Hocke del Perú, que colaboraba con él porque tenían proyectos similares, el uno en Bolivia y el otro en el Perú. Aprovechando un seminario de su igle- sia -Calle era entonces protestante- se puso en contacto con

Carne- ro Hocke en Lima y me informó que lo había conocido personal- mente. Indicó que había hablado con él pero que no era indio sino un mestizo o un blanco, pero que hablaba igual que Reynaga.

Así fuimos tomando más interés y finalmente un día que fui a La Paz fui a buscar a Reynaga en su casa de Villa Pabón. Le expliqué el motivo de mi visita, le felicité por sus libros y le manifesté quién era en la zona del Alto Beni. Le di a conocer mis actividades y final- mente le comuniqué que yo había tenido la idea de organizar un partido político y que habíamos hecho ya las primeras reuniones. Incluso le hablé del interés que tenía por escribir muchas cosas que yo guardaba dentro de las experiencias que me habían ocurrido en toda mi vida. Me pareció que él no me daba mucha importancia o que le parecía que eso era una cosa que no tenía mucha importancia. Lo que parecía importarle era que yo me constituyera en su lugarte- niente; de hecho reconoció mi capacidad y mi entusiasmo y me ofreció su casa para vivir, haciendo un trabajo de organización como su asistente, porque tenía relaciones a nivel internacional.

El primer documento

Poco a poco y a través de las continuas luchas sindicales llegué a hablar abiertamente en las comunidades y los dirigentes empezaron a escucharme y fueron tomando el hilo de mis ideas. Así, a través de mis amigos fue introduciéndose en las reuniones sindicales de los colonizadores y en los congresos de colonizadores, la idea, la palabra y manifestación del término *indio.*

De una manera simultánea con la actividad sindical se hacía el trabajo político y naturalmente se hacía análisis de la situación política que en ese momento se vivía y como organización política teníamos que pronunciarnos. Entonces se trató de formular un docu- mento político pero, lastimosamente, la capacidad política de mis amigos no fue más allá del entusiasmo. Tenían ideas, pero no contri- buían en el formato de un documento; de modo que la elaboración del manifiesto recayó completamente en mi persona. Fui escribiendo

como pude un borrador. Entonces yo no tenía posibilidades para tener una máquina de escribir y como ninguno de mis amigos tampoco podía contar con una máquina de escribir, me veía obligado a llevar los borradores para pedir un

servicio a algunas personas o instituciones de la ciudad de La Paz.

Ese documento que se llamó *Manifiesto del Movimiento Indio Tupak Katari* haría un análisis de la situación económica y social y denunciaba las brutalidades del régimen del general Banzer. Era un documento de un modelo sindicalista, más propiamente que político. Pero este es el primer documento que se puede mencionar como per- teneciente al Movimiento Indio Tupak Katari. Este documento fue elaborado y repartido de acuerdo a las posibilidades y las circun- stancias en que se vivía: no era posible llevarlo a los medios de co- municación, ni tampoco podíamos pagar una solicitada. Ni siquiera podíamos tener la seguridad de que nos aceptarían la publicación porque la represión política era demasiado estricta para poder sacar un documento al aire, de modo que teníamos que hacer circular el documento de una manera oculta. Lo pasábamos de mano en mano, tratando en lo posible de que cayera en manos de dirigentes sindi- cales. Eso es lo que se hizo en el trabajo de la divulgación de una posición política. Más tarde, este mismo documento se fue perfeccio- nando y salió reformulado con el mismo nombre. Igualmente, se hizo con esta nueva versión el mismo trabajo de reparto clandestino, de hacer correr de una manera disimulada.

Mi detención

Cuando se pensaba que el régimen de Banzer ya se había cansado y que estaba cambiando de posición, bajé mi guardia, me descuidé y vine a caer preso en La Paz. Eso sucedió a causa de querer colaborar con la cooperativa que yo había organizado en el Alto Beni. Ellos hicieron un negocio con un empresario tramposo. Yo lo conocí como el dueño de una barraca, luego supe que era un excarabinero, después supe que era abogado y que apellidaba Bernal y que era hermano, o por lo menos pariente del general Bernal, que por entonces era ministro de Banzer. Este señor les hizo una estafa a los de la cooperativa vendiéndoles un camión que luego les quitó y se quedó con el dinero íntegro, dejándolos completamente estafados a los que trabajaron y formaron un capital para la cooperativa.

Estos compañeros recurrieron a mi persona por ser yo el funda- dor y el primer presidente de la cooperativa. Hicimos una demanda formal, y mediante una auditoria de los documentos del propio señor Bernal, pudimos demostrar la estafa que estaba haciendo a la gente.

Entonces, para anular esa actuación y como yo era el principal promotor de todas esas cosas, no tuvo inconveniente en anularme mediante una denuncia política.

En la época de mi arresto, la iglesia católica tenía una comisión para todos los perseguidos y apresados y se dieron mañas para ave- riguar que el denunciante en mi caso era el señor Berna!. Como se podrá comprender, con toda su influencia consiguió que se me apre- sara. Con los antecedentes que tenía en el Alto Beni por mi lucha sindical y las recomendaciones del Pacto Miliar Campesino, maneja- do desde el Ministerio de Asuntos Campesinos, fui un preso suma- mente peligroso para el gobierno, o por lo menos eso es lo que se creía de mí. Pero en realidad, la motivación del señor Bernal no era porque yo era un dirigente peligroso, lo que le interesaba era burlar la deuda que tenía con los amigos cooperativistas del Alto Beni.

El DOP

Así en la ciudad de La Paz, en un momento en que pensé que yo ya estaba olvidado, vine a caer inocentemente en la calle Bueno. Cuando yo me recogía después de haber hecho algunas gestiones, me agarró un señor mostrándome su carnet de agente e inmediata- mente me condujo hasta la Dirección de Orden Político, conocida como DOP. Ahí fui sometido a interrogatorios, fui incomunicado y torturado. Había agentes que a un comienzo yo sólo veía sin conocer sus nombres, solamente oía mencionar como jefes de todo ese apara- to de represión a un señor Loayza y a un señor Benavides y otros que también eran nuestros guardianes que tenían apodos como uno al que llamaban "El Aguila". Yo hasta entonces no había tenido una experiencia como ésa y no podía comprender muy cabalmente la situación en la que me encontraba porque me incomunicaron. En un cuarto oscuro me metieron sin nada para poderme abrigar sobre el piso de cemento y así estuve hasta que me cambiaron de celda a otra de incomunicado pero ya en compañía de otro. Eso fue ya próximo a la fiesta de Navidad. En tanto yo estuve incomunicado dentro de ese cuarto sufría mucho; especialmente el frió es lo que más me castiga- ba. En las noches era sacado para interrogatorios; también escucha- ba las golpizas que daban a otros presos políticos y no era una cosa simple de preguntas y respuestas, sino que bajo esa denominación de interrogatorio, más era la tortura.

Recuerdo cuando me hicieron el primer interrogatorio estaba un señor de bastante edad que resultó ser el coronel Loayza, el jefe de aquel aparato

represivo, rodeado de un señor Benavides y tres ma- tones más. El coronel Loayza me examinó primero de pies a cabeza y

me preguntó de cosas y personas que yo no sabía nada ni conocía. Insistió precisando hechos y personas con los que me relacionaba, pero mis respuestas no cambiaron. Entonces, enfurecido, me dio un golpe en la cara y me hizo sangrar un poco de los labios.

Así comenzó la tortura porque inmediatamente me tomaron los matones y me empezaron a pegar duro y me golpeaban en las partes sensibles del cuerpo hasta que me tendieron en el piso. Una vez de pie, el jefe me conminó a decir mis relaciones con un señor Rodrí- guez y dónde se encontraba. Yo no conocía a ese señor en absoluto, pero parecía que a Loayza le interesaba en sumo grado esa persona. Como yo seguía negando, ordenó que me sacaran y me hicieran hablar. Los matones me llevaron a otra habitación y me hicieron sentar ante un pequeño escritorio. El que escribía mi declaración hacía las preguntas siempre relacionadas con el señor Rodríguez. Ya por cuenta propia, o por indicación del que tomaba mi declaración, los matones continuamente me golpeaban con una varilla de madera en los muslos, la cadera y las canillas hasta lastimarme de tal mane- ra que parecía quebrados los huesos, de modo que no podía mante- nerme en pie. Después de esa situación de tortura, cuando uno quería andar se sentía completamente adolorido y tenía que andar rengueando. Para otros la situación era peor porque se oían los gritos de desesperación que lanzaban y por otros presos supe que utilizaban otros métodos como la picana, que era una forma de tortura con corriente eléctrica y otros métodos.

Este interrogatorio fue muy largo y la misma situación se repitió noche tras noche en todo el tiempo que duró la incomunicación. Mis actividades sindicales no tuvieron importancia en esas investiga- ciones; lo único que les interesaba eran mis supuestas relaciones políticas con hechos y personas completamente desconocidos para mí. Sin embargo, me tuvieron preso durante un año y ocho meses, sin importarles los perjuicios y daños que me causaron y sin pagar una compensación pecuniaria por todo el daño moral y material cau- sado porque el Banzerismo era la ley de la arbitrariedad constituida.

Más tarde, cuando me llevaron al panóptico de San Pedro, conocí allí al señor Rodríguez con el que tanto me habían relacionado y por cuya causa me

torturaron despiadadamente para obligarme a confe- sar hechos con los que nunca tuve ninguna relación. Era una perso- na todavía joven, decía ser profesor y tenía la salud quebrantada por las torturas. Decía que necesitaba una operación urgente antes de quedar ciego; le habían reventado los tímpanos del oído y tenía otras complicaciones en su salud. Decía que había pedido su exilio a tra- vés de su señora pero los del gobierno no querían soltarlo. Yo conocí al señor Rodríguez por su nombre cuando nos pasaban la lista; su

nombre completo era el mismo que tanto me habían mencionado en el DOP. Si mal no recuerdo era Alberto, pero en los interrogatorios sólo decían Rodríguez a secas. Por eso, su apellido está vivamente grabado en mi memoria.

Nicolás Calle cayó preso poco después quizás por una declaración que yo hice, cuando en los interrogatorios averiguaron quiénes eran mis amigos. Entonces yo hablé de otro Calle, es decir de un Calle que era presidente del aserradero de la cooperativa en el Alto Beni; éste era un hombre muy humilde y no sabía absolutamente nada de cosas políticas y sólo le gustaba la cooperativa. Es cierto que tam- bién intervenía en las organizaciones sindicales pero de una manera muy modesta. Y pensando justamente en no comprometer a nadie, cuando me preguntaron quiénes eran mis amigos yo hablé de Euse- bio Calle y es posible que por eso lo confundieron a Calle, o quién sabe si habría una denuncia en su contra también. La cosa es que al poco tiempo que yo estuve detenido hicieron llegar a Nicolás Calle.

Una vez que fue levantada mi situación de incomunicado, fui trasladado al recinto común, donde estaban más de cien presos haci- nados como en una lata de sardina. Pero se podía hablar y hacer amistad. Entre los presos no había una diferencia por partidos políticos, sino más bien se notaba una diferencia de origen regional: los orientales amontonados en un rincón, los vallunos por su parte, las clases medias del altiplano por su lado y finalmente los indios, que también hacían un bloque, alojados en los peores lugares de la prisión.

Para recibir el alimento nos sacaban al patio y mientras comía- mos podíamos aprovechar del reconfortante calor solar; era un desahogo. A pesar del hacinamiento seguía aumentando la cantidad de presos hasta hacerse insoportable, al extremo de causar riñas por un espacio para dormir. Quizás por eso abrían la reja para dejarnos salir al patio por algunas horas al día. A veces,

aprovechando un descuido del guardia, podíamos atisbar a través de las rendijas, la prisión de las mujeres en el patio de afuera. Entonces el nombre de Loyola Guzmán era motivo de admiración y respeto; ella tenía un porte de revolucionaria y en su rostro se notaba una mezcla de tristeza y voluntad férrea. Llevaba una trenza característica que resaltaba su personalidad. Así conocí de vista a Loyola Guzmán con la ayuda de los presos que la conocían, todo eso en brevísimos momentos de observación a causa de la vigilancia de la guardia.

La comida era otra dificultad. Mucha gente pudiente no tenía problemas: traían portaviandas desde sus casas o podían mandar también a comprar; pero la gente que no tenía medios suficientes, que eran pobres, teníamos que pasar una situación difícil. Algunas

personas que tenían por demás comida compartían, pero no con todos; tenían ciertas personas de su preferencia con las cuales compartían su comida. En mi caso, si yo no hubiera tenido la suerte de encontrar a un amigo en esa prisión, seguramente me hubiera muerto de hambre. Este señor, de nombre don Miguel, tenía la posi- bilidad de que su señora le atendiera con un poco de alimentación y compartía conmigo. Gracias a ese amigo yo pude hacer una resistencia de subsistencia hasta que fui cambiado al Panóptico.

En el transcurso de mi prisión en el DOP por primera vez pude ver el efecto de la droga. Había entre los presos, un muchacho argen- tino de carácter alegre y sociable en su estado normal. Pero de vez en cuando sufría sus momentos de crisis y poco a poco iba cayendo en un estado de sopor: se quitaba la ropa hasta quedar desnudo como vino al mundo, hablaba cosas incoherentes, se mordía los labios hasta sangrar o se imaginaba jugar al fútbol. No sentía ver- güenza y parecía no tener conciencia de su estado; nadie se animaba a acercársele ni los agentes que estaban acostumbrados a la violen- cia. Después de un agotamiento se dormía y poco a poco recobraba la normalidad. Pero, ¿cómo o quién le proveía la droga? Nunca supe.

El rigor de la represión política más lo he sentido en el DOP, no solamente por la golpiza recibida, sino especialmente por la incomu- nicación, porque todo ese tiempo yo no pude tener una oportunidad de mandar a comunicar a mi familia. Más tarde supe que mi familia estaba buscándome, que habían llegado hasta el DOP para averiguar de mi paradero; pero no les avisaban que yo estaba ahí. Una

de mis hijas por una suerte, mediante una amistad, llegó a averiguar que yo estaba en el DOP, pero en el DOP negaban que yo estuviera ahí. De modo que mi familia, sabiendo que yo estaba en el DOP, no podía aproximarse.

La libertad de ciertos presos políticos era también un negocio para los agentes del DOP; mucha gente pudiente pagando sumas que exigían, salían en libertad. Por mi libertad pidieron la suma de treinta mil bolivianos. Por la libertad de Calle también pidieron una suma que no puedo precisar y él finalmente salió pagando.

También había gente que entraba como espías y se los conocía con el nombre de "tiras". Los metían como presos políticos, pegán- dolos y todo; pero en realidad cumplían una función de espionaje a los políticos. Se daban las mañas para hacer hablar. Un político engañado de esa manera, creyendo que estaba hablando a un revolu- cionario, hablaba lo que no había manifestado durante el interroga- torio. Esa gente era sacada en las noches como si fueran a dar su interrogatorio, pero lo que hacían era dar información.

Eso es lo que pasó con mi persona. Lo metieron a un tal Juan López, de quien nosotros conocíamos muy bien su conducta porque en el Alto Beni él había trabajado con las dictaduras militares desde un comienzo. Había tomado parte, durante la dictadura del general Barrientos, en el saqueo del campamento minero de Milluni en aquellos días cuando Barrientos en persona ametralló y bombardeó a los mineros de Milluni. Llegó a mostrar a gente del Alto Beni que era de su confianza algunas de las cosas que se había traído de Milluni, como ser botas de goma y cosas por el estilo. Esta persona siempre trabajó con el Pacto Militar Campesino y fue uno de los más caracterizados enemigos míos, el que más colaboró en toda la persecución porque es el que informaba al ejército y a los agentes. Llegó a explotar mi figura y la lucha sindical del Alto Beni y con eso iba a hacer sus negociados con la Embajada Norteamericana con el argumento de que era un defensor de la democracia y un enemigo del comunismo. Existen documentos que prueban esos extremos, cartas de la misma Embajada Norteamericana firmadas por el secre- tario de la Embajada, que indican las cosas que López recibía como ayuda a la comunidad que la Embajada hacía. Esas cosas nunca eran presentadas y con eso se beneficiaba él.

Este personaje llegó en condición de detenido político al DOP y lo engañó

completamente a Calle. Calle, que recibía alimentación por- que su mujer estaba en La Paz, tuvo la ocurrencia de no confiar en mis palabras y se comportó de una manera muy ingrata. Confió en aquel que le estaba haciendo la labor de espionaje y compartió su co- mida con él y no conmigo. Este López se aproximó a mí contándome una cierta desgracia política que le había sucedido, diciendo que había estado incomunicado, sin nada, sin abrigo; pero eso era un puro cuento. Y es así que justamente para Navidad salió libre bajo la far- sa de la amnistía que hacía el gobierno. Toda esta gente que había sido introducida para hacer ese trabajo de espionaje dentro de la pri- sión y ante la prensa era puesta como amnistiada; pero en realidad eran agentes soplones, nada más. De una manera disimulada, entre los políticos que yo consideraba importantes, me di las mañas para advertirles de que se cuidaran de ese López porque era un infiltrado.

Como una demostración de las iniquidades del régimen banzeris- ta he de referir el caso de un preso incomunicado, un adolescente de unos trece o catorce años, se podría decir casi un niño. Cuando des- pués de una estricta incomunicación me trasladaron a otra celda de incomunicados, él fue mi compañero. El hecho de tener compañía ya era algo que mejoraba la situación de un preso torturado y desespe- rado. Sin embargo, en una prisión no se puede tener confianza ni en nuestra sombra, de modo que tardamos varios días en observarnos, tantearnos y finalmente hablar. El muchachito me dijo que él no

tenía ningún cargo y el que estaba perseguido era su padre, que había escapado a Venezuela. El joven estaba preso ahí hasta que su padre se entregara al gobierno. Si mal no recuerdo se llamaba Rami- ro; un niño en calidad de rehén hasta que su padre fuera capturado. Así era Banzer, quien ahora habla de democracia y entendimiento, después que en función de gobierno aterrorizó con sus brutales persecuciones y torturas, haciendo tabla rasa con la democracia y con todo principio de derecho humano y ciudadano.

También recuerdo que estando en compañía de aquel muchachito pude leer algunas historietas y novelas que él tenía. Esto era un privilegio ya que estaba prohibido leer libros, periódicos o cartas y con mayor estrictez para los incomunicados. Periódicamente se hacían requisas y en una de esas sorpresivas me encontraron leyen- do un libro, lo cual fue motivo de amonestación para Ramiro por estar instruyendo a un indio. El hecho fue una clara demostración de los prejuicios en contra del campesino y la sistemática domina- ción mediante la

situación de ignorancia en la que querían mante- nernos. Al parecer, la preocupación de los agentes era el miedo a la capacitación del indio campesino, al que siempre hacían víctima de sus abusos e iniquidades. Ellos no sabían que aquel campesino que ellos pensaban se estaba capacitando con el libro de Ramiro, en real- idad ya era un indio capacitado para emplazar al sistema y la moral de la sociedad *q'ara*, reclamando con voz de fuego su patria ances- tral y sus derechos de pueblo y nación originarios.

Caí más o menos a fines de octubre de 1973 y estuve en el DOP hasta después de Año Nuevo, cuando hicieron una desconcentración a otras prisiones políticas. Unos presos salían del DOP y otros llegaban de Viacha, de Chonchocoro, de Achocalla. Y entre los que estábamos en el DOP salíamos igualmente unos para Chonchocoro, otros para el Panóptico y a diferentes prisiones políticas. La situa- ción que se vivió entonces era tal por la cantidad de presos, que no había campo para echarse. Habíamos de colocarnos todos de costado para poder descansar un poco porque no había campo. Todo el piso estaba cubierto por la cantidad de gente que estaba presa.

El Panóptico

Hasta que finalmente fui trasladado al Panóptico. Entonces la mujer de don Miguel, el amigo al que hago mención antes, mandó una comunicación a mi familia para hacer saber que yo estaba en el Panóptico. Entonces ya no estaba incomunicado y había días de visita y finalmente apareció mi familia después de cuatro meses de incomunicación.

En el Panóptico había igualmente el problema del espacio. Había tanta gente de políticos detenidos que no había dónde dormir. Para mí era difícil por mi extracción campesina. Por suerte encontré un amigo de Caranavi que por ser colonizador simpatizó conmigo y me ofreció compartir su cama y ahí nos acomodamos entre tres presos. Así estuvimos todo un tiempo; vivíamos tan estrechos que no podíamos descansar con tranquilidad.

Finalmente fui trasladado a otro piso, donde pude encontrar un poquito más de espacio y ahí estuve mucho tiempo y es cuando conocí a algunos campesinos sindicalistas. No sé si era por rabia por lo que estaba detenido o porque en realidad mi carácter era siempre de un rebelde, a todo campesino que encontraba

detenido, trataba de hablarle de mi idea política. Aprovechaba toda charla con ellos para llevar la conversación hacia una charla política. Muchos me comprendían y otros simplemente me escuchaban. Y así los demás políticos también captan mi importancia. Ellos estaban igualmente en busca de captar adherentes para sus organizaciones.

Era una prisión donde estaban mezclados de todas las líneas políticas. Por eso es que se denominaban por familias; por ejemplo a los miristas se los llamaba la "familia Miranda", y los comunistas moscovitas eran conocidos como los "Moscosos" y así por el estilo. Todos ellos trabajaban por ganar la adherencia de los que iban cayendo y entre esos mi persona. Fui presionado por diferentes políticos que primero se aproximaban como un compañero o un ami- go, pero luego ya empezaban a tenderle como una trampa política por el hecho de que ya lo comprometían a uno con algunos pequeños favores. Todos ellos trataban de conquistar para sus organizaciones; esto era permanente y hasta cierto punto una presión molesta porque algunos eran demasiado bruscos o cargosos. En cambio, otros tenían un método más aceptable; por ejemplo los miristas se aproximaban mediante un trabajo de servicio. Cuántas veces, al primer resfrío que yo sufría, ellos se presentaban para hacerme una fricción o un mate o proporcionarme algunas vitaminas. De todo esto se preocupaban mucho, y también hablaban de la importancia de comprenderles, es decir una formación política. Tengo como recuer- do hasta ahora un libro, *Zárate Willka*, que es obsequio de los miris- tas dentro de la prisión, a otros campesinos también obsequiaron otros libros. Recuerdo por ejemplo otro libro, *La Escuela Ayllu de Warisata*, por el cual entre dos campesinos empezamos casi a pelear- nos porque él quería y yo también. Al final le dieron ese libro a él y yo me quedé con *Zárate Willka*.

Los miristas eran muy diligentes y eran los mejor organizados. Tenían un sistema de información que desde afuera, de alguna

manera, les proporcionaba periódicos todos los días. Ese periódico corría de mano en mano y así se informaban todos los presos. Igual- mente tenían un pequeño transistor que era armado en el momento de los comunicados y tratábamos de escuchar y de pasar la comuni- cación a los que no podían escuchar. Una vez terminada la comuni- cación desarmaban el transistor y lo ocultaban pieza por pieza. Era un sistema de información que ellos tenían y que los otros grupos no tenían.

Los miristas me hablaron al final con más franqueza sobre la im- portancia de hacer una fuerza grande entre el MIR y los campesinos. Entonces yo no les dije que estaba ya en un trabajo de organización propia; pero sí les comuniqué que no era un campesino cualquiera, que tenía mis propios pensamientos. Y finalmente un día pregunté a Óscar Eid (que estaba en el Panóptico con nosotros) cuál era su ideología política y en ese momento él me dijo que ellos no tenían todavía una posición ideológica definida, pero que se orientaban por el marxismo. Eso es lo que me dijeron dentro de la prisión.

En esa época, yo del marxismo no sabía gran cosa. Lo que sabía eran cosas muy ligeras y ciertamente nunca he leído el documento del marxismo en sí. He conocido algunos libros que hablan de movi- mientos que han sucedido en otros países como Alemania que son, creo, el comienzo del marxismo; pero concretamente no la exposición del marxismo. Entonces, francamente, a mí no me atraía el comunis- mo, quién sabe nada más que por la conducta cargosa de su gente y de sus activistas, porque en todas las reuniones sindicales en que participaban siempre se los veía actuar como agitadores; pero en los momentos de hacer frente a la represión siempre estaban atrás, y eso yo criticaba. De esa manera, llegué yo a odiarlos a los comunis- tas porque consideraba que eran buenos para tirar la piedra, pero luego ocultaban la mano. Cuando se dio el caso de Ñancahuazú fue un descrédito grande para los comunistas. Aunque yo no conocía en detalle todas esas cosas, a largos rasgos sabía y por esas razones no simpatizaba mucho con esa línea.

Además del señor Oscar Eid, estuve en el Panóptico en compañía del señor Ricardo Navarro, que después murió en lo que se conoce con el nombre de la Masacre de la Calle Harrington. Eran dos personas de clase media que tenían una formación intelectual muy avanzada, pero se portaban muy colaboradores y trataban de ser serviciales. Lo que más me admiraba a mí era que los dos eran unos estudiantes a carta cabal. Desde las primeras horas de la mañana agarraban libros y empezaban a leer, dejando el libro solamente para recibir el alimento. Los dos se distinguían por eso. Ellos no se dedicaban a trabajar como los otros detenidos.

Casi todos los detenidos nos dedicábamos a hacer artesanías; teníamos sierritas, huesos aplanados con los que hacíamos collares, o hacíamos carteras de cuero.

De esa manera, salíamos en los días de visita tratando de vender al público que nos visitaba y algunos por compasión nos compraban, aunque no necesitaban. Así me convertí en artesano dentro de la prisión, haciendo carteras y collares con la colaboración justamente del señor Eid, quien me proporcionaba el material porque yo no tenía dinero para comprar lo que se necesitaba como unos tejidos de *awayu,* los cuales cortaba para hacer las carteras y también para comprar cadenas de las ferreterías y las mismas sierritas que eran muy frágiles y a veces se gastaban bastante cuando se trataba de cortar. Naturalmente, en los comienzos yo tenía mucha necesidad de ese apoyo porque por el hecho de ser un chambón quebraba muchas sierras y no podía trabajar bien. En realidad yo no vendí casi nada; si vendí lo vendí a mi propia familia, a mis hijas que iban a visitarme y alguna vez se llevaban como recuerdo y eso es lo único que hice. Hasta ahora tengo de recuerdo las cosas que hice en el Panóptico.

Para hacer las artesanías, como yo no sabía tal como he dicho, tenía mis "maestros". Entre ellos estaba el señor Adolfo Avila que estaba también en el Panóptico y quien estuvo muy relacionado conmigo en el movimiento de masas que hice en el Alto Beni, porque él, en el período de J.J.Torres, fue director del Instituto de Coloniza- ción cuando yo era dirigente de los colonizadores. Era comunista de la línea del Motete Zamora. Como amigo era una buena persona y como abogado muy entendido. Me colaboró en el perfeccionamiento de algunos comunicados y algunos documentos que necesitaba presentar.

También recuerdo al señor Nilo Soruco y su hermano que creo era abogado. Nilo trabajaba siempre componiendo música, escribien- do dentro de la prisión. Tenía una guitarra y algunas veces nos cantaba alguna de sus tonadas. A propósito del señor Soruco, recuer- do que nosotros los campesinos en ciertas oportunidades, muy huérfanos, sufriendo, tratamos de celebrar lo que nos correspondía, como por ejemplo el Día del Indio o la Masacre de Tolata. Aunque esta última, naturalmente más motivados por los amigos que esta- ban presos ahí y que eran de otras organizaciones políticas. En realidad, para los campesinos que estábamos en el Panóptico, la Masacre de Tolata parecía algo desconocido. Cuando sucedió el asunto de Tolata yo no sabía nada, yo estaba preso e ignoraba ese asunto y cuando en la prisión me hablaron otros presos, recién empecé a comprender que Banzer había hecho ahí una masacre. Pero el Día del Indio sí estaba en mi conciencia y así entonces todos

los campesinos nos juntamos y este señor Soruco nos acompañó con su guitarra. Y así hicimos nuestro pequeño acto de protesta, ignora- dos por medios de comunicación y por nuestros propios hermanos, que quizás en sus comunidades habrían tenido la oportunidad de hablar con más libertad y con más énfasis. Pero nosotros también, sea como sea, hicimos por lo menos esa recordación.

También recuerdo al señor Max Toro, quien trabajaba como obre- ro en la Cervecería. Era muy bueno, como obrero hablaba de la unión de los trabajadores, sin determinar si eran comunistas, movi- mientistas o lo que fuera, pero hablaba de la unidad de los obreros.

Otro amigo divertido al que recuerdo fue un amigo de la COB, de apellido Rivamontán. A él lo recuerdo mucho porque le gustaba jugar al ajedrez. Yo era un aprendiz en ajedrez y él quería jugar repetidas veces conmigo. A mí me divertía su manera de jugar, porque las fichas tenían otras denominaciones para él; por ejemplo, el caballo era para él el Caballero D'artagnan, o algo así. Segura- mente le han debido gustar las novelas de Dumas porque lo combi- naba con esas cosas.

Otro que tenía su forma de jugar al ajedrez era Nilo Soruco. Tenía un tablero especial, con unas fichas que creo que eran de plomo porque sonaban como una pedrada sobre el tablero. Y con ese tipo del tarijeño, él hablando jugaba y era una novedad verlo jugar. Hicimos algunas competencias, yo con Rivamontán y mi compañero de cuarto, al que llamábamos "Apazita", que era un colonizador de Carrasco de apellido Apaza. A veces nos amanecíamos jugando ajedrez. Al final resulté medianamente bueno y lo dejé sorprendido en alguna ocasión al amigo Rivamontán cuando logré ganarle.

En cuanto a compromiso político, nunca llegué a comprometerme con ningún grupo. Y como otros prisioneros habían escrito en las paredes de la prisión dejando su nombre y vivando su organización o su idea, yo igual dejé grabado mi nombre en las paredes del Panóptico y también el nombre del Movimiento Indio Tupak Katari.

En esa triste experiencia de la prisión tengo que mencionar a mis tres amigos: Don Miguel, que me ayudó en el DOP y a los que compartieron su cama conmigo en el Panóptico: el Apazita, que ya he mencionado, y al otro a quien le decíamos Ciro, por un personaje de caricatura, porque siempre estaba haciendo algo, ideando arre- glar algo, trabajando hasta altas horas de la noche haciendo

me- dallones; era "eleno" y me contaba la crueldad de las torturas a que había sido sometido. Esos fueron los tres amigos que siempre recor- daré.

343

No éramos solamente eso. También había gente que no eran propiamente políticos. Había entre ellos también gente de bandas, como por ejemplo Los Marqueces, que eran gente peligrosa. Ellos tenían un proceder de alienados: se sentían algo así como los iluminados, los superiores, los privilegiados, aparte de una actitud racista. Y tenían medios -yo no sé cuáles serían las recomenda- ciones o las influencias que tendrían- pero estaban acomodados con televisores dentro de la prisión. Mientras nosotros los políticos no teníamos dónde dormir y muchas veces dormíamos a la intemperie cubiertos con una hoja de nylon, ellos tenían para su uso toda una habitación. Había que cuidarse mucho de esa gente.

Aparte de eso había otras gentes. Parece que recién entonces se empezaba a hablar del narcotráfico. A esa gente se los conocía con el nombre de "fabriles". En una de esas ocasiones me llevé un gran chasco porque cuando me mencionaron los "fabriles" empecé a tener hacia ellos una atracción espontánea, pensando que se trataba de trabajadores de las fábricas. Y no había sido así, sino que se trataba de gente comprometida con el narcotráfico, aunque parecían hu- mildes artesanos de clase popular.

También recuerdo que había un muchachito que era todo un ridículo en su persona y su vestimenta, porque tenía una mentali- dad completamente alienada. El se consideraba un norteamericano; un extranjero. Dentro de esa situación que vivía ahí con nosotros, no quería juntarse con los otros presos y por esa vanidad de conside- rarse superior, prefería dormir debajo de las gradas, junto al basure- ro pero solo.

Mi encuentro con Constantino Lima

Nosotros estábamos en la sección Los Pinos como ciento ochenta presos y había al lado otra sección de detenidos políticos que se llamaba Los Alamos. Allá estaban mayormente los presos de Ejérci- to de Liberación Nacional conocidos como "Elenos", gente mucho más radical, que igualmente estaban oprimidos allá. Había oca- siones en que venían a Los Pinos, especialmente los días de visita cuando abrían ambas puertas y entonces teníamos la oportunidad de visitarnos unos a otros. Es así que yo fui, por curiosidad, a cono- cer esa sección

de la prisión. Ahí supe de Constantino Lima. Me informaron que él hablaba también del indio. Yo tomé la iniciativa de presentarme, lo abordé en una ocasión, casi sin rodeos. Me fui directamente y le dije: "Yo soy campesino y estoy acá sin saber por qué, pero seguramente es porque me creen un peligro para Banzer. Concretamente, no sé de qué se me acusa, solamente entiendo que estoy muy recomendado, por algo debieron pedir treinta mil bolivia-

nos en el DOP por mi libertad". Así empezamos a identificarnos poco a poco, aprovechando los días de visita. Nos dimos el compromiso de hablar con más profundidad y más libertad en cuanto estuviéramos libres; porque con el tiempo iba haciéndose presión sobre el gobierno a fin de que los presos fueran liberados.

Diremos entonces que conforme a esa voluntad de organización política, no perdía ninguna oportunidad de poder hablar de lo que era mi idea en cuanto a una posición política del indio. Hablaba tan- to a personas que me parecían revolucionarias y podían compren- derme, como a cualquier campesino, especialmente si tenía cargo de dirección sindical. De esa manera iba repitiendo dentro de la misma prisión, iba escribiendo consignas en las paredes y ésa me parecía que era mi labor permanente en el tiempo que estuve en la prisión.

En los días de visita que eran jueves y sábado, aprovechábamos para vernos con Constantino Lima y por lo menos unas cuantas fra- ses intercambiar. Fuimos estrechando nuestra amistad, fuimos iden- tificándonos en nuestro pensamiento y lo consideraba un hermano muy valioso en la lucha que yo había abrazado. El también se mos- traba muy entusiasta y parecía tener mucho aprecio por mi persona.

Entre otras personas que conocí en el Panóptico estaba Modesto Reynaga que, según recuerdo, era del Partido Comunista Marxista Leninista. El era sobrino de Fausto Reynaga. Yo tenía interés en saber las cualidades de Reynaga y por eso tomé amistad con este su sobrino. Comencé a hablar amistosamente con él hasta entrar en la personalidad de su tío. Fue para mí una decepción cuando me empezó a hablar de muchas cosas desagradables de su tío. Me dijo que él sabía cuál era el origen de toda su familia, que conocía a su abuelita y que en realidad Reynaga no era lo que aparentaba en sus libros. El se definía como de una familia mestiza de clase media. En cuanto a la labor de escritor y de dirigente político de su tío, decía que era completamente una mentira; que a nombre del

indio su tío se estaba aprovechando de la situación para hacerse de algunos dineros de la solidaridad internacional y que inclusive estaba esta- fando, robando a los indios. El sobrino de Reynaga dijo que conocía muchos casos en los que se cometieron abusos con campesinos, espe- cialmente de Sucre e incluso llegó a indicar que se había cometido alguna violación de una joven india que estaba en la casa de su tío. Todas esas cosas me hicieron pensar de la honestidad de Reynaga, y ya tenía motivos para tener algunas dudas porque anteriormente, como ya he manifestado, habíamos hablado y había algunas cosas que me gustaban en lo que decía y otras que me parecían muy con- tradictorias especialmente en su conducta, porque una cosa era la conducta y otra cosa era lo dicho en palabras.

En varias ocasiones hablé con Modesto Reynaga para seguir profundizando y no es que diga que él me convenció, pero ya tenía más elementos para poder juzgar la conducta de Fausto Reynaga. Todas esas cosas me decidieron a ser más cauteloso en mis rela- ciones con Reynaga después de haber salido de la prisión.

Nuestra situación en la prisión también estaba sujeta a un régi- men de disciplina. Estábamos controlados y teníamos que observar el cuidado de la prisión, ocuparnos de la limpieza por nuestra propia salud; de modo que estábamos organizados por grupos para la limpieza. Unos se encargaban de hacer el barrido de los patios, de los corredores, del baño. Eso era para nosotros una cosa sagrada: nadie podía excusarse por mucho que fuera un profesional o un doctor, todos tenían la misma obligación. Así pudimos nosotros man- tener nuestra prisión y nunca tuvimos problemas en ese sentido. Y esa situación aprendí desde el DOP, porque era un lugar donde por el hacinamiento mismo se necesitaba mantener una prolija limpieza de nuestra prisión. De modo que eso fue continuado a través de todo el tiempo que yo estuve en la cárcel, tanto en el DOP como en el Panóptico de San Pedro.

A esa situación de opresión, a veces de desaliento y de desespe- ración, de penas y de angustias, se agregaba, como un premio, la exhibición de algunas cintas de cine. Como no había sitio el templo era usado como teatro y allí se exhibían algunas películas y también no faltaba alguna vez un grupo social o un grupo estudiantil que quería contribuir con su arte para distraer a los presos.

También teníamos zozobras, especialmente en los momentos en los que se

producía agitación política, con el temor de un golpe de Estado que permanentemente parecía que se agitaba afuera. Esto era debido al temor de que nos asesinaran a los políticos ahí aden- tro. Al menos eso es lo que temían los políticos de alto vuelo. Ellos se consideraban muy valiosos y por eso tenían mucho temor de que antes que soltarlos o ponerlos en libertad, fueran asesinados dentro de la prisión y naturalmente esa situación creaba entre todos una si- tuación de temor general. Yo también compartía ese miedo aunque no tenía motivos para creerme un político de tanto valor; pero de todas maneras entendía que en un momento de esos no harían una distinción entre los que valían o los que éramos presos menos impor- tantes. Felizmente no pasó nada de eso. Es cierto que hubo alertas y se redoblaron guardias, pero nada más que eso.

Algo que para todos era muy esperado en los días de visita era la Comisión de la Iglesia. En aquel tiempo, me parece que no se habla- ba de una Comisión de Derechos Humanos, sino que había una

Comisión de la Iglesia que se ocupaba de asistir a todos los presos políticos. Ellos se ocupaban de traer para los más necesitados alguna ropa, alguna frazada que necesitaban, o algunas medicinas para los que estaban enfermos; o de ponerlos en relación con sus familiares, especialmente a los que eran del interior. Entonces todos los presos vivíamos pendientes de la visita de esa Comisión, pero como éramos tantos presos era difícil hablar con ellos porque el tiempo no alcanzaba para todos. Muchos teníamos que quedar sin poder hablar, frustrados, decepcionados y hasta molestos porque no nos hubieran atendido, tomándolo a veces como una discriminación. Pero sí había algo por el estilo, porque los que se consideraba los políticos izquierdistas de valía, los que eran pertenecientes a laclase media alta, ellos de alguna manera se las ingeniaban para tener ese privilegio de ser atendidos mientras otros esperaban. Eso era también una crítica entre los presos y también un motivo de queja contra la Comisión de la Iglesia.

La Comisión en una ocasión trajo la noticia de que el gobierno es- taba preparándose para hacer una posible liberación de los presos. No se podía precisar todavía si sería una liberación general o sola- mente seria como las que ya se acostumbraba a hacer en el DOP en ocasión de Navidad o una fiesta patria; pero fue un motivo de alegría para todos los presos que teníamos tantas ansias de libertad.

Un militar que era pariente de un preso político vino a la prisión, fue abordado por los presos y confirmó que evidentemente se iba a dar una liberación a todos los presos políticos, que iba a haber una revisión de todas las listas, que algunos tendrían que dejar el país y otros saldrían en libertad, que las prisiones iban a quedar libres de presos políticos. Evidentemente, a los pocos días fuimos selecciona- dos por grupos y trasladados al Ministerio del Interior. Allí se nos presentó documentos para que firmáramos; era un documento de compromiso para no reincidir en hechos de subversión y al mismo tiempo tácitamente era un documento de reconocimiento de ser culpables de trajines políticos. Pero, ¿qué podíamos hacer? Todos los presos políticos, por nuestra libertad teníamos que sometemos a las exigencias del Ministerio del Interior. Así tuvimos que firmar ese documento contra nuestra voluntad.

Para mí fue una sorpresa encontrarme en esa oficina del Ministe- rio del Interior con un militar que ya he mencionado en pasajes anteriores, que yo había conocido como subteniente en el Alto Beni. Era aquel subteniente que causó en mí una gran decepción después de haberme hablado del honor militar y de haberme asegurado que no iba a ser yo objeto de acusación o de apresamiento alguno hizo aparecer como si me hubiera capturado en una reunión comunista.

Era ese mismo subteniente que encontré en el Ministerio del Interior convertido en jefe de esa sección con el grado de capitán. Fue para mí admirable cómo los militares, a través de los trajines políticos, pueden ascender en sus grados. Quedé convencido de que al militar boliviano no lo ascienden en su jerarquía por una acción militar, no recoge sus grados en el campo militar, sino más puliendo los pisos de las antesalas de Palacio de Gobierno. Fue para mí una confirmación de un convencimiento que había adquirido a través de varias expe- riencias en las diferentes luchas sindicales que me tocó desempeñar.

En libertad bajo Banzer

En ese proceso de liberación unos fuimos puestos en libertad o residenciados y otros tuvieron que salir al exilio. Fue un movimiento grande, tanto por la expectativa de libertad como también por la despedida con aquellos compañeros, que sin distinción de partido político, eran hermanos de prisión. Fue también algo emocional saber que quizás nunca más entre algunos nos volveríamos a ver.

A mí me tocó ser residenciado en mi propia zona, es decir en el Alto Beni. Me indicaron que cada quince días tenía que presentarme a la autoridad del lugar para que de allí informara que yo estaba sin motivos en cuanto a las disposiciones del gobierno militar. Tenía que estar bajo la jurisdicción del corregidor de Belén. Pero no hubo necesidad de estar cada quince días en la policía porque tanto el corregidor y todas las autoridades eran colonizadores y eran tam- bién mis amigos, por tanto no había ninguna exigencia contra mi persona. Cuando pregunté a manera de presentarme como residen- ciado si tenían alguna instrucción de parte del Ministerio del Interior respecto a mi persona, el corregidor me dijo que no tenía ninguna ni sabía nada sobre mi persona. Entonces opté por no pisar nunca más en calidad de residenciado político ese corregimiento.

Mi residenciamiento fue entonces hasta cierto punto un formalis- mo; pero eso no quiere decir que yo estuviera libre de la persecución política. La persecución política continuó como en los primeros tiem- pos de la dictadura de Banzer. El Pacto Militar Campesino estaba incrustado en todas las organizaciones y en todos los lugares y eran hasta cierto punto mercenarios a sueldo del gobierno, porque toda esa gente que haría el servicio de espionaje eran delatores que tenían un sueldo que recibían a través del Instituto de Colonización. De esa manera todas las organizaciones, no solamente los ministerios, sino instituciones como Desarrollo de Comunidades, Justicia Campesina, Reforma Agraria, etc., todos fueron instrumentos de persecución política. Como yo seguía actuando sindicalmente tenía que estar

muy precavido, tenía que estar en la clandestinidad y actuar a tra- vés de otros dirigentes que podían hacer una representación con el asesoramiento que desde la clandestinidad podía hacer para ellos. Muchos documentos se hizo en esas condiciones y con esos docu- mentos pudieron desempeñar un papel en representación de las ne- cesidades del Alto Beni.

Una vez que estuve en libertad en el Alto Beni mis tareas de organización política fueron tomando más ímpetu. Desde la prisión tenía ya una conciencia formada y trabajaba incansablemente; no perdía ninguna oportunidad de hablar con las bases de la idea política que iba poco a poco madurando en mí y que iba tomando un mayor fundamento. En las organizaciones sindicales abiertamente yo iba hablando, porque el hecho de ser un preso político liberado recientemente

era una justificación para mí, para que se diga por lo menos que por político me habían aprisionado. Entonces hablaba de política y hablaba abiertamente del derecho político del indio.

Ya entonces yo no hablaba de la lucha de clases o al estilo que hablaban los dirigentes de los partidos políticos tradicionales; yo hablaba en otra forma, con otra lengua, con otro pensamiento y mi posición era diferente y todo esto era aceptado por mis compañeros colonizadores porque todos ellos eran aymaras y qhishwas en su gran mayoría. No era nada más que sacudir su conciencia adormeci- da y eso para mí no era gran trabajo: era una labor sencilla y natu- ral porque nada me estaba inventando, nada estaba copiando de afuera. Era una cosa que venía desde nuestros abuelos, aunque yo no tenía todavía una fundamentación cabal; pero lo poco que podía entender ya iba transmitiéndoles abiertamente a todos ellos. Así, en todas las reuniones sindicales fue hablándose, fue surgiendo abierta- mente la palabra *indio*.

El MNTK

Cuando venía a la ciudad de La Paz, en toda ocasión tomaba contacto con aquellos compañeros con los que había hecho amistad a través de Lima y de otro gran compañero que se presentó y que fue un elemento muy valioso para el indianismo en esos momentos todavía tan difíciles y cuyo nombre es Jaime Apaza. A través de él me enteré que existía una organización denominada MNTK (Movi- miento Nacional Tupak Katari), que estaba liderizada por José Tico- na. Este amigo Ticona, a quien yo conocí antes en la época de Ba- rrientos, resultó ser el líder del MNTK y entre sus adherentes recuerdo a Raimundo Tambo.

Tambo me invitó en una ocasión a su casa, en un callejón de la calle Villamil de Rada. Charlamos largamente y pareció apreciar mucho mi persona y mis ideas; de modo que se entusiasmó con mi persona a tal punto que me invitó algunos vasos de cerveza y me llevó hasta otra casa de sus amistades donde él siguió con su entu- siasmo y creo que ahí se quedó mientras yo me retiraba. Me pareció una persona entusiasta pero lastimosamente no tuve la oportunidad de poder escucharlo a él, porque no me habló de sus ideas, aunque parecía que escuchaba todo lo que yo hablaba con mucha atención y lo valoraba. Por otra parte él no contribuía a complementar y enri- quecer el diálogo, solamente me miraba como

un posible líder. Esa es la única vez que hablé con Tambo.

Había otras personas también. Recuerdo a quien fue un colabo- rador de Genaro Flores, el doctor Clemente Ramos; entonces él todavía era estudiante en la universidad. Al comienzo, por la blan- cura de su piel, dudé de él y hasta cierto punto en un momento de esos le expresé mis dudas; le pregunté si él realmente se identifica- ba con nosotros y si estaba dispuesto a no traicionar a los indios. El me contestó afirmativamente. Por entonces era un muchacho con alguna formación, con pocas ideas políticas firmes, pero sí con bastante trato social; tenía paciencia para escuchar a unos y otros y no se molestaba por nada, porque a causa del color de su piel, no solamente tuvo que sufrir mis dudas, sino las de algunos otros que le hacían algunos ataques en broma; pero todo ello lo componía con reír y decir que no.

También recuerdo a otras personas que después tuvieron su formación profesional y salieron licenciados y doctores, pero lasti- mosamente esta gente se neutralizó de las inquietudes políticas. No aportaron ni siquiera al MNTK, al cual pertenecían y del que habían sido sus fundadores. Esto fue para mí una decepción porque muchos de ellos acabaron identificados con las corrientes políticas reaccionarias.

Rompimiento con Fausto Reynaga

Como ya dije, yo seguía perseguido en el Alto Beni. En una ocasión puse esta situación en conocimiento del señor Fausto Reyna- ga, quien me contestó que no me preocupara, que él iba a hablar con Oscar Céspedes, quien era el Secretario Ejecutivo de la Confedera- ción de Campesinos de Bolivia de entonces, es decir de la máxima organización servil y dueña del Pacto Militar Campesino. Aquel ofrecimiento me llamó la atención, pero no dije nada, ni dije nada de lo que me había hablado en la prisión su sobrino, preferí callarme

como si él fuera una persona que no ofrecía para mí ninguna duda aunque internamente yo tenía ya bastantes dudas de él a pesar que me volvió a reiterar el ofrecimiento de que fuera a vivir a su casa con la condición de que le ayudara en su trabajo de escritor y de político.

Yo me daba cuenta de toda esta situación y me preguntaba cómo, siendo él una persona de tanta intelectualidad, no tenía en la realidad una organización política -aparte de lo que estaba nada más que en el papel escrito- porque no veía yo adherentes a pesar de que él hablaba de que había formado a muchos de los amigos que he nombrado, incluso Constantino Lima, de quienes decía él que eran sus discípulos. Pero toda esta gente nunca apareció en una reunión, nunca pudo presentarme una organización partidaria. Yo me admiraba de eso: que tuviera tanta intelectualidad, escribiera tantos libros y no tuviera un adherente y me dada cuenta de que yo podía servirle de mucho si es que acaso él quena llegar a ser un jefe político.

El ofrecimiento que Reynaga me hizo de una garantía a través de Céspedes provocó mi reacción, porque yo estaba completamente resentido contra el Pacto Militar Campesino, es decir contra la dicta- dura de Banzer; odiaba hasta nomás a los militares. Tenía muchos motivos desde la muerte de mi mujer a causa de la persecución de Barrientos y de esa manera yo tenía un odio irreconciliable con el uniforme militar. Por esa razón, inmediatamente fui tomando mis precauciones. Conocí además algunos manifiestos de la Confedera- ción dirigida por Céspedes que hablaban con un lenguaje exacto al de Reynaga y me llegué a enterar de que estos documentos eran justamente de la pluma de Reynaga. El había sido el asesor de esa organización, lo cual causó para mí completa decepción y esa fue la causa para nunca más volver a pisar la casa de Reynaga y ni siquie- ra dirigirle la palabra ni la mirada cuando nos encontrábamos en la calle. Ese fue el rompimiento con Reynaga.

Fue para mí lamentable esa experiencia porque realmente en la forma cómo escribía Reynaga hubiera sido una cosa muy grande para el movimiento indio pero lastimosamente sucedió aquello que él mismo criticaba en sus libros. Fue realmente una lástima que un intelectual de su talla terminara en la nada de sus propias contra- dicciones. Lo lamento de veras, más por la causa del indio, al que lanzó luminoso y centellante, pero no supo mantenerlo. En alguna página yo había leído que él criticaba que algunos vendían el arte y justamente el arte es lo que él vendió, a mi modo de entender. Hasta en un posterior libro llegó a escribir un Padre Nuestro para los militares justamente bajo el régimen de García Meza.

Reynaga no me transmitió más de lo que decía en sus libros. Si algo he asimilado de su pensamiento o de su expresión es eso. Pero personalmente no me transmitió ni me ilustró en absoluto. Esto también es necesario aclarar porque por el hecho de haber tenido una relación se podría pensar que yo soy uno de sus discípulos que ha recibido adoctrinamiento de él y no fue así.

Primeras diferencias con Constantino Lima

La historia del MITKA está marcada desde su inicio por un con- flicto entre mi persona y Constantino Lima. Por una parte había un conflicto ideológico y por otra un conflicto de personalidad entre los dos. Yo para entonces, a fuerza de leer algunos libros, entendía que un partido político se define por su ideología, por la naturaleza de su organización y por sus objetivos. Yo insistía en definir la posición política del Movimiento Indio Tupak Katari mientras que Constanti- no se limitaba a decir que no éramos ni la derecha ni la izquierda. Yo entendía eso como que Constantino Lima quería decir que no éramos de la derecha ni de la izquierda tradicional; pero, aún así, científicamente teníamos que definir la posición de nuestra ideología, la naturaleza de nuestra organización política. De todas maneras teníamos que estar en algún punto de la derecha o algún punto de la izquierda; aunque no fuéramos al mismo estilo del marxismo o de la izquierda tradicional boliviana. Yo entendía que estábamos definiéndonos por nuestro objetivo, por nuestra ideología, y si nosotros estábamos hablando del comunitarismo ancestral del *ayllu*, entendía que eso era una forma de socialismo y teníamos nosotros que discutir todo eso. Ahí empezaron nuestras controver- sias. El se conformaba con decir que todo lo que habíamos sido en el *Tawantinsuyu* teníamos que ser también, a través de la revolución del movimiento indio, en el futuro del *Qullasuyu.*

Luego vinieron algunas disputas en cuanto a la forma de expre- sión, él se cerraba cuando decía: "No con los *q'aras*, no con el *misti"*. Era una forma muy característica de él expresarse de esa manera. En ese punto yo le daba la razón pero pensaba que por orden táctico no podíamos cerrarnos a algún apoyo dentro de las bases trabajado- ras, porque el trabajador todavía no estaba acostumbrado a nuestra expresión política y siempre aceptaba lo que tanto ya les habían hablado los de la izquierda boliviana. No podíamos nosotros estre- llarnos contra las organizaciones proletarias, como Constantino en alguna ocasión hizo, y con

lo cual trajo mucha disputa dentro de la organización, no solamente a nivel de dirigentes, sino a nivel de las bases, que a veces se sentían molestas y defraudadas y algunos se retiraban.

352

Otro punto de conflicto tenía que ver con el nombre de la organi- zación. Como ya dije, yo había ya organizado el Movimiento Indio Tupak Katari en el Alto Beni, pero Constantino no le dio impor- tancia y trató por todos los medios que la organización a formarse tuviera una nueva designación. Aunque el consenso ya estaba hecho entre las bases y los dirigentes y el único que faltaba era él, Constantino seguía con una oposición cerrada.

Como los dos éramos los dirigentes de más peso dentro de la nueva organización, decidimos citarnos y casi todo un día estuvimos discutiendo. Yo trataba de imponer lo que yo ya había hecho: el Movimiento Indio Tupak Katari y él por su parte trataba de formar una nueva sigla. Llegamos casi a una situación de división en algunos momentos. Ante esa situación, opté por ceder a las insisten- cias de Constantino de que se hiciera una nueva sigla. Entonces se llegó a formar el *Movimiento Revolucionario Tupak Katari*, con la sigla MRTK, es decir la misma que los kataristas adoptarían en su organización política años más tarde y que nosotros, Lima y yo, creamos mucho antes que el katarismo siquiera estuviera en gesta- ción. El documento que firmamos en esa ocasión, como todavía estábamos en la clandestinidad, debíamos firmarlo con nombres supuestos. Yo lo firmaría como "Don Katari" y Constantino como "Don Willka". Lastimosamente, en el momento de firmar el docu- mento -supongo que nos olvidamos que estábamos en la clandestini- dad- firmamos con nuestros propios nombres; y sólo después de firmar nos dimos cuenta y tuvimos que firmar con los seudónimos y el documento existe tal como fue: con el borrón que oculta las firmas auténticas. A mi modo de entender, Lima buscaba la figuración y cuando supo que yo ya había hecho el MITKA, por un egoísmo no quiso aceptar; él quería ser el creador del movimiento.

Hubo además otra pugna con Lima sobre dos documentos. Uno era el documento que yo había hecho antes de hacer contacto con Lima, que se llamaba *Manifiesto del Movimiento Indio Tupak Katari* y que ya he mencionado. Era un documento que se fue reformu- lando, tratando de adaptarlo al transcurso del tiempo y a las circunstancias que tuvimos que vivir bajo cada régimen dictatorial. El otro documento pertenecía al grupo del MNTK de Lima, quien lo

consideraba de mucho valor y se llamaba *Tesis Política India.* Esa Tesis, si bien podía tener valor como documento original, era muy pobre en su formato; no tenía redacción y tampoco era apoyado por los mismos partidarios de Constantino. Esto fue mo- tivo de constante pugna entre mi persona y Lima. El documento de Lima mereció la consideración de la dirección en pleno, que autorizó que se revisara para que fuera aceptado como un documen- to oficial; mientras que el *Manifiesto* que yo había sostenido y

presentado no fue revisado ni criticado y fue de hecho aceptado como un documento oficial en los últimos períodos de organización del MITKA.

En todas estas discusiones tratábamos de profundizar sobre nuestras ideas. Poco a poco, sin intención de dominación o sobre- posición sobre los demás, fui ganando gradualmente un espacio de liderato, cosa que Constantino Lima no lograba. Nuestras dis- cusiones en ese tiempo eran armónicas, aunque se daban críticas contra él a manera de bromas. Lo que yo hablaba, en cambio, se tomaba con seriedad y se entraba a profundizar y los demás dirigentes exigían que eso es lo que se debería hablar; que se debe- ría definir en cuanto a ideología, plan de gobierno, estrategia. Pero todas estas cuestiones eran pasadas por alto e ignoradas por Lima, más eran sus charlas sobre lo que habían hablado con fulano o con mengano. Así quedábamos frustrados, defraudados y a veces hasta resentidos contra Lima. Yo reconozco que tenía poco carácter para contemporizaciones y a veces perdía la paciencia y alzaba la voz, lo cual nos llevó desde un comienzo hacia una situación de enfrentamiento; es lo que se podría llamar "repunte de liderato". Reconozco que Lima, como cualquier otra persona, como yo, todos tuvimos nuestros defectos; Lima tenía algo de figuración y eso es lo que a ratos lo haría a él egoísta y le hacía proceder contradicto- riamente.

Una visita de Canadá

En todo esto se dio una visita imprevista para mí, pero segu- ramente muy conocida para Constantino Lima. Yo no sabía en- tonces las relaciones que Lima tenía con organizaciones interna- cionales o con personas de nuestro país que estaban en el exterior. Fui invitado por Lima a su casa con motivo de la visita de dos perso- najes canadienses: uno era de origen indio y el otro un gringo cana- diense como su asesor. Ellos estuvieron varios días visitando mu- chos puntos

del país. Con Lima tuvimos varias reuniones en su casa donde nos felicitaron por lo que estábamos haciendo y nos infor- maron también de la situación de los pueblos indios del Canadá. Manifestando su entusiasmo por apoyarnos, nos prometieron que harían todo lo posible por ser solidarios con nuestra causa. Dejaron ellos una cantidad de dinero consistente en cinco mil dólares cana- dienses para los gastos de organización. Este dinero quedó en poder de Lima porque entonces todavía funcionaba la dirección como un cuerpo colegiado donde todos tomábamos una decisión; no teníamos un secretario de hacienda.

Además los canadienses tenían una movilidad, un jeep, que a tiempo de marcharse a su país dejaron para trabajos de organi- zación del MITKA. Este aporte de los canadienses posteriormente fue motivo de mucha controversia y de mucha lucha, y quizás ahí se gestaron las divisiones que después se produjeron en el MITKA; porque los dirigentes, sabedores de esta situación, continuamente se preocupaban de la situación del dinero y de la movilidad.

A esto vino a sumarse la prisión de Lima; lo tomaron preso nuevamente y salió deportado justamente al Canadá. Cuando Lima regresó del exilio, los dirigentes le volvimos a preguntar y a re- clamar el dinero. Lima dijo que ese dinero se lo habían llevado los agentes del gobierno cuando fue arrestado, cuando su casa había sido saqueada y que no tenía absolutamente un dólar en su poder. La gente no se conformó con esa explicación, pero con disgusto tuvieron que aceptar a medias esa explicación porque la situación no tenía remedio. En cuanto a la movilidad, él nunca quiso ad- mitir que era un regalo de los amigos canadienses. Declaró que el jeep era suyo y por eso vino mucha crítica y descontento. Esa mo- vilidad no la perdió, no fue decomisada por los agentes del gobierno y después de su regreso del exilio seguía en su poder, o en poder de su hermano y estaban usándola en el negocio de una vidriería que tenía su familia. Cuando hicimos la primera intervención electoral en 1978, las papeletas de sufragio recogimos todavía en esa movili- dad. Constantino se hizo dueño de ese jeep, pero esa movilidad era regalo de los canadienses para la organización política.

A causa de eso fue la pelea entre mi persona y Constantino Lima, pero no solamente conmigo sino también con Jaime Apaza y otros dirigentes. En cuanto a los dirigentes de su bando, los más adictos a Lima eran Tumiri, Coronel y alguno más. Ellos no hacían ningún cuestionamiento, pero tampoco estaban conformes, aunque no se animaban a desenmascararlo porque, quién sabe, entre

ellos co- nocían muchas cosas que no querían tampoco decir.

Todo eso, desde un comienzo, fue el caldo de disconformidad dentro de la organización. Los elementos de base mismos no conocen estas cosas que se dieron entre muy señalados dirigentes de la organización, porque no podíamos discutir esas cosas públicamente; pero había estas situaciones, lo cual las bases no conocen y sola- mente miran lo que podría parecer un enfrentamiento por liderato entre Tapia y Lima. Pero las causas primarias, las causas de raíz, son todas estas cuestiones que estoy explicando y que la historia tiene que recoger porque eso es lo que pasó en realidad.

El MITKA crece

A medida que se iba avanzando con los contactos en La Paz me sentía más fortalecido y seguía mi trabajo de adoctrinamiento en el Alto Beni. Fueron creándose pequeños grupos a nivel de núcleos o de comunidades que fueron organizándose entre ellos mismos y así se fue expandiendo. Nicolás Calle, como era de los fundadores, no se conformaba con los contactos que hicimos con Reynaga y quiso ser parte de la organización nacional. Tuve que presentarlo a los de La Paz; lo conocieron y fue un elemento muy entusiasta y en los comienzos fue para mí un colaborador de mucha importancia; tuvo bastantes intervenciones y se mantuvo fiel al indianismo, por lo menos en esa etapa de organización. Calle se jugó el todo por el todo porque como parte de su contribución aportó con prestarnos un lugar en su casa para nuestras reuniones, porque nuestras reunio- nes las hacíamos en las esquinas de las calles y de las plazas, en los lugares apartados y en los extramuros. Ahí no se podía charlar: teníamos que hablar a media voz, hacer como complots hablando de nuestros fundamentos y de la liberación india. Así no se podía avanzar mucho, apenas podíamos hacer algunas consideraciones muy breves sin poder hacer realmente una discusión de fondo. El aporte de Calle, con su domicilio fue muy significativo, muy valioso. Pudimos hacer reuniones largas de todo un día, reunidos no solamente entre los principales, sino otros dirigentes medios y se pudo llenar toda una habitación con gente de dirección de diferentes provincias del departamento de La Paz y algunos del interior. Otro que en ese tiempo hizo su aporte fue Felipe Quispe, quien igual- mente aportó con su domicilio para hacer reuniones grandes de base. En todo ese período de clandestinidad fue para nosotros muy importante hacer reuniones grandes con mujeres y con gente de

base numerosa hasta poder dar forma a una organización política del indianismo del *Qullasuyu.*

El amigo Miguel

En ese período se incorporó una persona que no era de extracción aymara o qhishwa, es decir de extracción indígena. Era, lo que decimos, un *q'ara,* un blanco, que además era extranjero y se hacía llamar Miguel. "Miguel" era un nombre supuesto; nosotros sabíamos que no era su verdadero nombre, pero nunca llegamos a saber su verdadero nombre, aunque yo en alguna ocasión le había pregunta- do, pero él se excusó bajo el argumento de que era una táctica de seguridad política. Era una persona bastante revolucionaria, muy dinámico y tenía mucha inquietud por colaborar y ayudar. Todo ello

estaba bien para nosotros que necesitábamos con quién poder hablar con algo de profundidad en cuanto se refiere a organización y estra- tegias.

En lo ideológico nosotros nos manteníamos en una posición com- pletamente indianista, en cambio el amigo Miguel tenía una formación en el marco de la lucha de clases. Como ejemplo él seña- laba la Revolución Cubana y otras revoluciones que se han hecho en el marco de la lucha de clases, lo cual no concordaba con nuestro planteamiento, puesto que el nuestro era más específico de reivin- dicación política del *Qullasuyu* ancestral y no solamente de una reivindicación económico-social.

El amigo Miguel tenía conocimiento con elementos mineros. Nos presentó a algunas personas que vivían por los distritos de Huanu- ni, Llallagua y Siglo XX y muchos de ellos participaron en nuestras reuniones partidarias. Pero toda esa gente minera, igual que Miguel, tenían una formación de izquierda y eso era una dificultad en el entendimiento entre esos representantes mineros y nosotros. Sin embargo, tuvimos acuerdos de organización y ellos, tomando nuestra bandera de lucha, hicieron sus propias organizaciones mine- ras en las cuales también ellos introducían la reivindicación de la soberanía política de los pueblos indios como parte de su lucha de clases. Muchos, hasta ahora, persisten en esa lucha; todo esto se puede mencionar como una cosa positiva del trabajo político en el campo minero.

Seguramente Miguel me consideraba la persona clave dentro de la organización y por eso tenía empeño por estrechar relaciones con mi persona. Nosotros nos habíamos conocido muy ligeramente en la calle; no sé si yo en algún momento mencioné dónde vivía o de algu- na manera llegó a averiguar, lo cierto es que se presentó en el Alto Beni, en mi casita del Alto Beni, y estuvo ayudándome allá -yo esta- ba trabajando en aquel momento en cosecha de arroz- y se acomodó a esa situación.

La vida que yo llevaba en el Alto Beni era sumamente sacrifi- cada, especialmente mi alimentación era muy pobre; yo no tenía posibilidades ni de comprarme un kilo de carne para la semana. Mayormente mi alimentación consistía en un poco de arroz, plátano cocido y un huevo, luego un refresco de limón y en la mañana el cafecito o el tecito, eso era todo. Pero Miguel se acomodó a esa situa- ción. Me ayudó a trabajar igual que cualquier peón, agarró la *q'ipiña* en el cual se recoge el arroz y cargó también igual que cualquier cosechador. No se quejó, pero por sus charlas posteriores pude advertir sus observaciones. El observaba la dura vida del

campo, el sacrificio en que se trabajaba y se vivía y la injusticia, lo cual nos conducía a consideraciones de orden político.

Este amigo Miguel vino hasta mi casa en Alto Beni en repetidas ocasiones. Yo no podía tampoco rechazarlo, pero no tenía una completa libertad porque mis vecinos de alguna manera eran mis fiscalizadores; ellos observaban las personas que me visitaban y naturalmente ellos conocían a las personas del lugar, y viendo a una persona extraña al lugar, una persona blanca, posiblemente supondrían que se trataría de algún técnico y eso despertaba su curiosidad. Yo no podía presentar al amigo Miguel en su condición de revolucionario por cuanto entonces todavía estábamos bajo una situación de represión política y no se podía dar libremente una identificación de personas comprometidas con movimientos políticos. También era una situación difícil para mí por cuanto se trataba de un *q'ara* y la gente en el Alto Beni ya sabía que yo era un dirigente indianista. Por eso seguramente les llamaba la atención que yo estuviera en relaciones con un *q'ara*, viviendo en mi casa, trabajan- do en mi lote como un peón junto con nosotros. Todo aquello des- pertó mayor curiosidad de la gente y a ratos me sentía incómodo por toda esta situación, pero no podía despacharlo.

A través de mi persona y a través de las reuniones que había en mi casa, Miguel llegó a conocer a otras personas y en algunos momentos tuvo contactos personales, tratando de ir ganado terreno en la conformación política. El estaba de acuerdo en que el campesi- no tuviera una posición política propia como nosotros estábamos planteando; pero él siempre quería darle un enfoque dentro del marco de la lucha de clases; estaba muy impregnado de esas teorías y eso es lo que perjudicaba nuestras relaciones. Pero lo que más nos ponía susceptibles era su condición de extranjero. Nos preguntába- mos por qué el amigo Miguel, siendo tan revolucionario, no hacía su trabajo en su propio país en el que entonces las clases populares estaban en una situación bastante triste. Llegamos a saber que él estaba perseguido en su país; que había escapado a Bolivia porque aquí encontró amigos y situaciones que podían permitir una seguri- dad para él y un mayor espacio de trabajo político. Y aunque para una organización de izquierda hubiera sido muy valioso, para noso- tros no resultó así. Además resultó una persona que produjo una reacción negativa en Constantino Lima, quien llegó a enterarse de estas relaciones que manteníamos varias personas que formábamos la dirección y empezó a criticarnos, especialmente a Jaime Apaza, a quien criticaba mucho con relación a esta persona.

Algo más todavía vino a complicar las cosas. Este amigo por sus influencias con organismos internacionales, tenía seguramente algún

medio de financiamiento y podía incluso colaborar a algunas personas de las provincias, lo cual le valió que lo tomaran como un dirigente ejecutivo del Consejo de MITKA; incluso en algún momen- to me sorprendieron cuando lo llamaron *Jach'a Mallku,* lo cual no era correcto. Hasta se podía pensar que, quién sabe, él estaba traba- jando para crearse una posición dentro de la organización. Lo cierto es que en un momento de reunión de emergencia se presentó para reclamar su derecho de dirección, de dirigente ejecutivo, lo cual a mi no me agradó y en ese momento opté por rechazarlo. Esta situación fue discutida con Jaime Apaza, que es el que nos presentó a Miguel y se llegó a un acuerdo para que fuera completamente descartado de la organización. Todas esas cosas resultaron en el alejamiento de aquel amigo que desapareció después del rompimiento, aunque yo sabía que estaba en el país. Finalmente perdí completamente noti- cias de él al surgir nuestros distanciamientos entre Lima, Jaime Apaza y otros. De esa manera no supe más de su paradero.

Algunos militantes importantes

En nuestro proceso de organización intervinieron muchas perso- nas con representatividad de las diferentes provincias de La Paz especialmente. En ese proceso de organización se optó por tener un modelo de dirección colegiada; todos tenían el mismo nivel y ningu- no tenía una cartera específica.

Vale la pena mencionar la participación de Jaime Apaza. En el momento en que nosotros hacíamos los trabajos de organización, en los comienzos, Jaime Apaza fue un elemento muy valioso. Mi persona y él constituímos los ejes principales para poder hacer el trabajo de organización indianista. No tuvimos asesores, no tuvimos personas que pudieran ayudarnos en la profundización de una expresión política indianista. Discutíamos con él lo que podía lla- marse ideología, plan de gobierno y una estructura de organización. Al mencionar su nombre, creo que estoy haciendo un acto de justicia a la labor de un convencido indianista que supo luchar desde un comienzo y que, a pesar de su alejamiento de la organización que él contribuyó a formar, parece que hoy se mantiene dentro de esa comprensión, dentro de esa voluntad de la liberación del pueblo indio y la reivindicación de los derechos del *Qullasuyu.*

Ha. habido también otras personas, pero lastimosamente ellos aún no tenían una proyección teórica; en ese momento todavía estaban recibiendo la escuela que nosotros, con toda nuestras limita- ciones, podíamos proyectar sobre el entendimiento de ellos. Alenta- dos por la voluntad que tenían aprendían lo que nosotros podíamos

ofrecer, aunque todavía no podían aportar algo de fondo que fuera propio de ellos. Por esas cosas fue para mí muy difícil, muy penoso, ese trabajo de liderato, porque me miraron todos como un dirigente y eso para mí significaba un compromiso muy profundo. Yo tenía que hacer la parte teórica y desde un comienzo y hasta el último ha sido la parte fundamental que me tocó desempeñar en la proyec- ción del indianismo como la organización política del *Qullasuyu.*

Entonces, como ya he manifestado, yo también estaba en mis comienzos. Si bien tenía una conciencia determinada, el conocimien- to de lo que significa una organización política, estaba todavía recién aprendiendo yo mismo. No sabía

cómo se podía organizar un partido político; delinear sus estructuras de dirección ejecutiva y todo eso era un trabajo pesado. Por otra parte, yo no disponía de una máqui- na de escribir. Había algunos hermanos aymaristas que tenían sus máquinas. Recuerdo especialmente a un hermano que era partidario de Constantino y actuaba a nivel de bases, porque su preparación no le permitía aspirar a mucho más. Fue muy entusiasta y en un momento puso a mi disposición su casa para que yo pudiera trabajar allá y su máquina de escribir para que hiciera algunos documentos. Gracias a ese amigo me puse a redactar los estatutos, que fue el primer documento constitutivo de la organización. También el traba- jo de plan de gobierno tuve que hacerlo de acuerdo a las necesidades y a lo que el tiempo pasaba se fue completando esos documentos.

Sin pretensión de adjudicarme mayores méritos de los que posi- blemente he tenido, para una constancia de la historia, tengo que decir que eso fue la verdad, que eso fue lo que me tocó hacer en lo que se refiere a la organización del Movimiento Indio Tupak Katari. Fui, a la medida de mis posibilidades, el cerebro, la parte intelec- tual, el dirigente teórico de la organización. Eso le molestaba a Constantino Lima, y aunque él no lo decía, yo advertía que aquella proyección intelectual, él lo tomaba como una cosa que reducía su personalidad y por eso se incomodaba. Pero hubiera sido para mí una gran ayuda, un alivio si él hubiera aportado sus ideas, sus conocimientos. Lastimosamente no hizo así; él tenía una pretensión de figuración constante y lastimosamente su proyección de dirigente careció de la necesaria profundidad que debe tener un dirigente político. No se ocupó de discutir y profundizar lo que Jaime y yo estábamos proponiendo o, cuando se trataba de hacer una evalua- ción, de lo que era la teoría de otros partidos políticos. El decía que eso no importaba para nosotros. Es cierto que no importaba como modelo, pero de todas maneras era necesario conocer al enemigo en su pensamiento.

Eso es lo que yo puedo decir en cuanto a la formación del pensamiento político del indianismo. He buscado ayuda y esclare- cimiento en otras personas; pero lastimosamente no he encontrado. Por eso he tenido que atravesar situaciones en las que se imponía mi propia proyección, mi propio pensamiento como una línea o una doctrina política. Tampoco creo haberme equivocado, por cuanto los hechos lo están justificando. En un comienzo no quise ser tan violen- to como Constantino Lima porque entendía que al principio no era posible entrar de una manera frontal; era necesario ir avanzando poco a poco y viendo el resultado de

nuestro avance se tenía que ir ampliando y clarificándose nuestro pensamiento. Eso era más o menos mi idea.

El trabajo de la captación de adherentes, eso sí fue el trabajo de Jaime Apaza. El era profesor y locutor que trabajó en una radio en alguna ocasión, además él trabajaba en CIPCA en algún tiempo. Todas esas situaciones lo convertían en una persona de contacto, y eso era lo que él estaba aprovechando para atraer personas que pudieran conocernos y entender nuestra proyección política. Ese trabajo se hizo a través de él; su lugar de trabajo se convirtió en un punto de contacto: había algunas personas que llegaban de las provincias y como no podían encontrarme a mí, tenían que dirigirse a Jaime Apaza. Pero no era solamente él, también tuvo participa- ción su familia, su hermano, hasta su señora madre.

Son muchas las personas que tienen méritos, aunque ahora ya no estén en las filas de MITKA. Entre los que recuerdo y consi- dero que hacen historia puedo citar al hermano dirigente de las juventudes Sebastián Mamani. Aquel muchacho, se incorporó a nuestra organización y por su entusiasmo lo designamos dirigente de las juventudes indias. El tenía mucha voluntad y en sus inquie- tudes quería hacer su organización juvenil, para lo cual necesitaba fondos y continuamente los solicitaba. Lastimosamente la organi- zación no tenía dinero, no teníamos para satisfacer sus deman- das y sus inquietudes. Por esa razón, creo, finalmente optó por hacer una organización indianista propia, que fue el Partido Indio.

Como otro hecho histórico quiero citar el nombre de un amigo, de un hermano, llamado Max Conde, que trabajaba con los criadores de camélidos. Lo cito a él por haber sido un participante en nuestra organización aunque no a nivel de dirección, sino simplemente de base. El es el único miembro de la organización que en un momento dejó su aporte de mil bolivianos; únicamente él, después yo no he recibido un solo cinco de ningún miembro de la organización. Es cierto que muchos han prometido contribuir con sus aportes, sino en

dinero por lo menos en productos; pero eso solamente ha sido un ofrecimiento que no ha llegado a concretarse nunca.

Entre las mujeres cabe mencionar una señora de mucha voluntad y de gran

decisión, no obstante de ser una simple mujer de base; pero por su capacidad de expresión conquistó muy pronto un sitial dentro de la dirección. Por eso aquella mujer también participó en las primeras intervenciones en la televisión. Hoy en día es una mu- jer luchadora bastante conocida en el campo, ya tiene su propia or- ganización, el enriquecimiento en su expresión en su escuela, ella también se formó en el MITKA. Hoy en día es o ha sido dirigente de la *Confederación de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa.* Su nombre es Sabina Choquetijlla. Había también otras mujeres, pero por mu- chas circunstancias, no tuvieron la oportunidad de proyectarse no obstante de que algunas han llegado a tener estudios universitarios.

Seria muy largo referirse a las personas que han militado en el MITKA. Hemos hecho nuestro trabajo, como se podría decir, de boca en boca, porque nunca hemos tenido plata para hacer propaganda ni siquiera para hacer folletos. Todo ha sido siempre de persona a per- sona, de calle en calle, de casa en casa, de amigo a amigo, de campe- sino a campesino y así hemos hecho el trabajo de lo que de alguna manera hoy en día es una cosa lograda en el avance del movimiento indio del *Qullasuyu.*

Para probar la veracidad de lo que digo en relación a nuestra pobreza, quiero recordar el entusiasmo y la voluntad de un hermano que desempeñó el trabajo de secretario permanente en nuestra organización. Era un joven humilde y pobre, pero con tanta volun- tad, con tanta fe en la reivindicación de su raza y de su pueblo, que sin vacilar y aun sufriendo hambre, desempeñó este cargo sin que nosotros pudiéramos asistirle económicamente; quizás alguna vez unos diez bolivianos, unos veinte a mucho, más no podía la organi- zación. Esto llegó hasta el extremo que este hermano, por sus necesidades, tomó la máquina de escribir -la única máquina de escribir que teníamos- la empeñó y nunca más la pudimos recobrar y se perdió definitivamente. Tampoco no podíamos demandar a aquel hermano. Yo especialmente comprendía que estaba justificada su acción porque nadie puede dedicarse a una tarea sin comer y si nosotros no le habíamos ayudado para su mantenimiento él estaba haciendo sus propios esfuerzos. Tenía razón al tomar en un momento de esos una cosa de la organización y empeñarlo. Eso es también parte de la historia de la organización: cómo muchas per- sonas han tenido tanta voluntad. Eso es lo que quiero resaltar: esa entrega total sin vacilar, sin pedir un sueldo previamente; aunque la

necesidad le obliga a hacer un acto arbitrario. Han habido cosas así y es justo relatarlo para que estén dentro de esta historia que estoy relatando para que conozcan las generaciones venideras porque esos nombres que voy citando deben ser recordados también. Quizás tienen sus errores, no puedo de una manera definitiva ser el juez, yo solamente digo lo que en mi conciencia siento y he visto.

Cuando Constantino Lima regresó del exilio, Jaime Apaza y yo ya habíamos hecho varias reuniones de gran importancia. El Alto de La Paz se convirtió en nuestro campo de acción. En la ciudad de La Paz por falta de recursos no pudimos ocupar un espacio; pero en El Alto sí, porque muchos de los participantes tenían sus casitas en El Alto que a veces nos prestaban momentáneamente para reunimos. Es así que se hizo muchas reuniones y cuando Lima llegó teníamos nosotros preparada una reunión muy grande; mujeres y hombres estuvieron reunidos en una buena cantidad y eran militantes del MITKA porque a través del trabajo que hicimos, el *Movimiento Indio Tupak Katari* era ya una cosa irreversible. Constantino Lima tuvo que conformarse, ya no pudo entrar en desacuerdo en cuanto a la sigla. Lo único que pudo hacer, fue agregarle la letra "A" a la sigla, para que se dijera MITKA, porque hasta entonces había sido MITK.

Por ese gran entusiasmo de organización, por esa entrega a un ideal que abrazaba de todo corazón, llegué al extremo de hacer un renunciamiento a todo lo que podía significar un bienestar o un interés económico para mí. Llegué al extremo de renunciar incluso a mi familia en razón de que ellos no estaban de acuerdo con mis inquietudes. Por el hecho de haber estado yo perseguido y apresado ellos tenían temor y no estaban de acuerdo conmigo. Por todas esas cosas surgían a veces desavenencias familiares y, aunque no eran conflictos de confrontación, entendía lo que ellos sentían y por eso yo prefería más bien vivir por aquí y por allá. Cuando llegaba a La Paz, no llegaba a la casa de mi familia sino me iba a alojar en cualquier parte, cuando podía en un alojamiento y cuando no, tenía que buscar alguien que me diera alojamiento, algún amigo, algún compañero. Así anduve mucho tiempo por diferentes partes. Recuerdo que en una ocasión estuve alojado por varios días cerca al Calvario de la Cruz cerca a El Alto; era un cuartito muy pequeño con una cama completamente destartalada donde no se podía dormir porque el cuerpo se chorreaba; era de un amigo que no lo haría uso y que era partidario de nuestras ideas.

También estuve en muchas ocasiones y por bastante tiempo alo- jado en El Alto

en la casa de Nicolás Calle. Yo entendía que su señora se incomodaba porque ella tenía familia y un alojado más;

para ellos era incómodo y así tuve a veces que pasar una situación de molestoso para otras personas.

Los kataristas

Ya teníamos bastantes seguidores; gente que se interesaba y asistía sacrificando su tiempo en las noches, no solamente los diri- gentes sino los de la base. Hacíamos muchos contactos en una oficina de la calle Linares. Esta oficina era de un grupo de jóvenes dirigentes campesinos formado en lo que fue MINK'A. Ellos nos recibieron para que nosotros pudiéramos hacer nuestras discusiones y allí justamente se hizo varias reuniones, no solamente entre gente del MITKA sino también con otros grupos políticos, especialmente los que pertenecían al grupo de Genaro Flores.

En esa época Genaro Flores estaba formando una organización sindical que se denominaba *Tupak Katari*. En esa organización sindical había algunas personas que, aunque hablaban del campesi- no, no estaban conciencialmente identificadas con los valores y las reivindicaciones del *Qullasuyu*. Eso creó un problema en cuanto a la idea de hacer una sola organización política.

Se buscaba con ellos un entendimiento, una forma de unidad; pero habían problemas porque no podíamos convencerlos ni ellos a nosotros. Eso era una cosa que perjudicaba a lo fundamental que nosotros buscábamos: una unidad, un bloque campesino o un bloque indianista. Ahí justamente surgía el problema porque toda la gente que colaboraba a Genaro Flores era de una posición campesinista y no propiamente indianista. Ellos estaban muy compenetrados de la lucha de clases; usaban ese término y a nosotros nos criticaban porque para ellos nosotros éramos retrógrados que queríamos volver al pasado y eso no podía ser. Además, nos señalaban como racistas por hablar del indio y por hablar de sus reivindicaciones, funda- mentalmente de soberanía política, mientras que ellos solamente hablaban de una reivindicación económico-social y ahí surgían los problemas.

Pero quizás lo más grave era de que toda esa gente estaba com- prometido con el

MIR; el MIR era el dueño, el director y el financia- dor de la organización de Genaro Flores y ellos cumplían las instruc- ciones de los que los apadrinaban. Es un hecho que el MIR tenía el padrinazgo de todo el grupo de Genaro Flores, yo sabía eso desde que estuve en la prisión con Oscar Eid. Muchas veces él me había hablado de Genaro Flores al que yo no conocía todavía; después, cuando hicimos estas reuniones es cuando recién conocí a Genaro

Flores. El parecía un hombre de una posición poco definida; si bien aceptaba nuestro planteamiento, no tomaba una determinación para hacer un solo bloque y esto seguramente se explica por el compromi- so que él tenía con el MIR. Los miristas tenían interés de darle vigencia al grupo de Genaro Flores porque tenía que ser una plata- forma de lanzamiento político para el MIR. Eso era el interés que ellos tenían y la gente del MIR tenía un cerrado control. Eso es lo que mayormente perjudicaba en estas reuniones de entendimiento con el grupo de Genaro Flores.

Otra razón que perjudicaba era que gente del MIR se nos incrustó a nivel de bases. Ellos tenían como objetivo ir copando niveles de dirección desde donde ellos nos querían desviar hacia una lucha de clases o querían trabajar para que nosotros pudiéramos ser, igual que el grupo de Genaro, una organización de plataforma política para el MIR. Hubo intervenciones de esa gente que nos causaron muchos problemas, especialmente había una mujer de Oruro de apellido García, muy adoctrinada del MIR, que nos hizo muchos problemas; tuvimos que actuar de una manera firme hasta anular a esa gente. Al ver que no podían desviarnos de nuestra posición, fi- nalmente se perdieron, porque seguramente pensaban que tampoco éramos una cosa importante ya que tenían el control del grupo de Genaro Flores.

Y no era solamente el MIR; habían también otros grupos, espe- cialmente del MNR. Recuerdo una vez que quedé sorprendido de ver que un blanco, que resultó ser el señor Edgar Tapia -que cuando yo fin diputado llegó a ser diputado suplente del MNR- venía acompañado de algunos campesinos y se presentaba en una reunión para tomar la palabra para discutir o para criticar ciertas posiciones que nosotros estábamos exponiendo. Lo que más me llamaba la atención era la colaboración de aymaras que se prestaban a una farsa como siempre acostumbraban los elementos del MNR, porque en realidad nunca ellos pensaban en una liberación del indio, ni siquiera hablaban de eso; hablaban de la

liberación del campesino al que decían que le habían dado la libertad con la Reforma Agraria y de eso harían demagogia, pero en realidad no había sinceridad en ellos. Todo eso me haría extrañar y los miraba yo con cierto despre- cio a algunos de nuestros hermanos que eran aymaras. Yo no sé si obraban por interés o por ignorancia, pero así se prestaban a coope- rar a ese señor que en nada tenía que ver con la liberación del indio.

Tuvimos muchas discusiones noche tras noche, con quienes representaban a ese grupo de Genaro Flores. Entre ellos estaban Macabeo Chila, Clemente Ramos, Víctor Hugo Cárdenas y algún otro más. Yo creo que ellos nunca tuvieron el interés de encontrar

una solución o un entendimiento con nosotros. Lo que realmente hicieron fue distraernos para ganar tiempo a fin de poder trabajar libremente en la preparación de su congreso a favor de su organiza- ción sindical y para que nosotros no hiciéramos una intervención con una posición indianista. A nosotros nos daban la esperanza o nos hacían creer que ellos tenían interés en la unificación, pero no era nada más que para distraernos. Eso es lo que últimamente pude darme de cuenta, porque era mucho tiempo que discutíamos y nunca llegábamos a un entendimiento.

De esa manera, no obstante que nosotros hicimos un trabajo de apoyo a la organización sindical que Genaro Flores estaba enca- bezando y en la preparación del congreso de la Confederación Unica, fuimos bloqueados por esa gente que estaba comprometida con ele- mentos del MIR, que eran los ideólogos y los asesores que no falta- ban en ninguna de las reuniones y que continuamente estaban en trajín con ese grupo. Así, a nosotros no se nos dejó participar en el congreso de la organización sindical que se formó.

El congreso de la Ciudad de las Piedras

Convencidos ya de que no podíamos llegar a un entendimiento con la gente de Genaro Flores, decidimos prepararnos para lanzar la convocatoria para nuestro propio congreso. Hicimos varias reunio- nes, redactamos borradores de convocatoria y finalmente llegamos a un acuerdo que determinaba una fecha, un lugar y en qué sectores debíamos mayormente concentrar nuestra atención, de acuerdo a la importancia de la militancia que ciertos sectores tenían para noso-

tros. Así se hizo una convocatoria oficial por parte del MITKA para el 24 al 27 de abril de 1978 en el lugar conocido como la Ciudad de las Piedras, en la provincia Pacajes de La Paz. Se me nombró a mí para hacerme cargo de cierta cantidad de dinero para sostener la alimentación de los que asistirían al congreso.

En eso se dio algo sorpresivo a raíz de una intervención equivo- cada de Constantino Lima, que fue considerada por nosotros como una "metida de pata" de su parte. Lo que había pasado era que el grupo de Genaro Flores, sabiendo que nosotros habíamos lanzado la convocatoria a nuestro congreso y para destroncar la situación, le había invitado a una reunión donde propusieron que nosotros suspendamos el congreso para hacer una unificación con ellos pero a condición que primero cambiemos la sigla del MITKA. Y vino Constantino muy ufano a decirnos que había conseguido la unifi- cación. Pero esa situación para nosotros era inaceptable. Estábamos reunidos algunos dirigentes, entre ellos Jaime Apaza y yo que

reaccionamos decididamente. Yo lo increpé y le dije cómo podía él comprometerse sin el consentimiento de nosotros; además de que él mismo había firmado ya la convocatoria oficial. No se podía aceptar el cambio de nuestra sigla; eso era hacerse la burla de nuestra militancia. Francamente lo criticamos y hasta cierto punto le hici- mos una reconvención y le obligamos a que inmediatamente se constituyera a hablar con ese grupo para decirles que nosotros aceptábamos la unificación pero que no aceptábamos el cambio de la sigla porque ya habíamos lanzado nuestra convocatoria. Es así que Constantino tuvo que ir a deshacer el compromiso en el que se había metido de una manera arbitraria. Fue un momento duro para él porque era difícil desdecirse ante el grupo de Genaro Flores y por otra parte tenía que someterse a la posición firme que todos nosotros manteníamos en representación del MITKA.

Mientras tanto nosotros estábamos ya muy atareados con la preparación para el congreso. Teníamos que partir de La Paz con todos los delegados provinciales y departamentales y teníamos que atender a los compañeros que ya estaban comenzando a llegar a la ciudad y todo eso significaba un trabajo bastante permanente para todos nosotros, especialmente para mi persona, porque yo quería proceder con responsabilidad. No era posible solamente decir, "Qué bien has llegado"; había que ver y convencerse si los delegados esta- ban bien

alojados. Fuimos a buscar un camión y Constantino tenía conocimiento con un chofer de su región. Contratamos ese camión para que nos llevara; pero tuvo que hacerse el pago casi en su totali- dad por adelantado porque el chofer no tenía confianza. También se llevó todos los víveres que habíamos comprado para usar en el con- greso; no era mucho, pero de todas maneras pudimos acomodarlo.

El día de la partida mucha gente se presentó, incluso algunos que no estaban alojados por nosotros, que se sumaron porque sabían que iba a realizarse el congreso. Me sorprendió a mí la aparición de un elemento al que yo no conocía ni había visto hasta entonces; era una persona que no era de extracción campesina, no era indio, era mesti- zo, blanco-mestizo, pero al parecer muy entusiasmado con nuestra organización. Para Constantino no era una persona desconocida; tenían seguramente amistad o conocimiento de ocasiones anteriores. Cuando yo le pregunté me dijo que era una persona que estaba siempre activo, entusiasta; pero que era de una orientación que Constantino definía como "fascista". Este señor resultó ser el dueño del hotel Torino, su nombre era Mario Urdininea, era de Chuquisa- ca, era abogado, era un hombre joven y muy entusiasta por nuestra causa. Más después llegué a saber que era miembro del MNTK, del que ya he hablado anteriormente y al que también había perteneci- do Constantino Lima.

367

La partida resultó muy entusiasta y la movilidad resultó estrecha para poder llevar a tanta gente. Había dos camiones, ahí apareció ya la *wiphala* puesto sobre el camión y así partimos una mañana de la calle que pasa por debajo del puente Abaroa en la avenida Buenos Aires. Atravesamos todas las localidades del altipla- no que hay en el trayecto; algunos tocaban su *siku*.s y sus *tarqas*\ to- dos estaban entusiastas, muy alegres. Primero llegamos al río Desaguadero; yo no conocía todavía esas regiones sino solamente hasta Ballivián. Llegamos al borde del río y tuvimos que desembar- car todos porque el puente era muy frágil para poder resistir un camión cargado, era costumbre que toda movilidad tenía que descar- gar sus pasajeros y pasar así. Luego llegamos a la localidad de Calacoto y de allí seguimos hasta la Ciudad de las Piedras. En todo eso el día estaba llegando a su término y más o menos a las seis de la tarde llegamos a destino. La Ciudad de las Piedras era la comuni- dad de Jaime Apaza y en su casa nos recibió una señora que era su madre. A poca distancia de la casa, a unos cien o doscientos metros, había una escuela. Esa escuelita fue utilizada como local de nuestro congreso; tenía suficiente espacio para dar cabilla a toda la gente.

Durante el día nos reuníamos al aire libre, en el patio, y como la mayor parte de nosotros estábamos acostumbrados a sentarnos sobre las piedras o sobre los adobes o en el suelo no había problema por el asunto de los asientos.

La inauguración fue bastante emotiva, pues todos sentimos una emoción de ir al reencuentro de nuestra historia, de gritar con toda la fuerza de nuestro pulmón las denominaciones de nuestro ances- tro, como ser el *Qullasuyu,* la *Pachamama,* nuestra *wiphala* y todo lo que es nuestra expresión nacional, cultural y étnica también. Habían gentes que habían venido de diferentes lugares; habían representantes del departamento de Oruro, también de Cochabam- ba, de Santa Cruz y de muchas provincias del departamento de La Paz, aparte de la gente que vivía en esas regiones; incluso algunos que venían desde la frontera con Chile, desde las regiones de Cha- raña. Para mí fue muy emotivo encontrarme con algunos excamara- das del servicio militar, soldados que eran de mi misma compañía. Pudimos encontrarnos y abrazarnos, aunque la situación entonces era distinta: yo estaba encabezando una organización política y fue un doble motivo de satisfacción para mí encontrarme con conocidos antiguos y comprobar que también eran simpatizantes del ideal que estaba en ese momento enarbolándose.

Todo fue una cosa bonita: teníamos nuestros letreros colocados en el frontis de la escuela y nuestra *wiphala* estaba izado en el mástil. No se cantó el Himno Nacional, más bien al contrario se cantó un himno a *Tupak Katari* que era en tonada de huayño y tenía un verso

que hacía alusión al descuartizamiento de *Tupak Katari.* Los comunarios del lugar intervinieron como autoridades del congreso: había un amigo Villanueva que, si no me equivoco, tenía el cargo de *Mallku* entonces que asumió la presidencia del congreso. Se orga- nizaron comisiones y se presentaron los documentos que redacté. El congreso duró varios días; tuvimos mucho tiempo para hacer una discusión de fondo, para hacer una reminiscencia de nuestro pasado y para hablar también de nuestro futuro. Todos tuvieron la oportu- nidad de expresar lo que sentían o lo que querían proponer.

Habían no solamente hombres sino también mujeres, tanto del lugar como también de otras partes, como de Oruro y de otras provincias de La Paz. También había un buen grupo de gente del Alto Beni, de mi residencia en el Alto

Beni; aunque muchos de ellos también eran de la provincia Pacajes que habían venido desde la frontera, de Curahuara; incluso había alguno de Apolo. Así se hizo un buen número con la gente del lugar.

Para la atención del alojamiento se había tomado la precaución de recomendar que todos llevaran sus frazadas, también su plato y su cuchara para la alimentación. La señora preparaba la alimenta- ción en ollas grandes y era ayudada por otras personas. Fue muy entusiasta aquella señora, quizás porque su hijo estaba como dirigente en nuestra organización. Ellos se sintieron entusiastas y con toda voluntad nos atendieron; nos dieron todo lo que nece- sitábamos como alojamiento y servicio de cocina; incluso las cosas que se necesitaban que se podían conseguir en el mismo lugar como ser papas, carne, chuño y otras cositas que no llevamos de la ciudad. Así no hubo ningún problema en eso. Hubo una buena alimentación para todos. En cuanto a alojamiento, es cierto que todos se acomoda- ron en el piso; no teníamos colchones ni catres, así es que la gente recogió paja y se improvisó un tendido, una cama, sobre un montón de paja. Como éramos gente sufrida estábamos acostumbrados a vivir así, incluso hasta en las ciudades sabíamos dormir a la intem- perie en las calles; entonces eso no nos incomodó ni nos extrañó.

En las discusiones tuve que hacer varias orientaciones cuando se trataba de los documentos, para hacer una explicación y así pudie- ron trabajar los miembros de las comisiones. De esa manera se aprobó con pocas modificaciones los estatutos que había hecho para la organización. En cuanto a principios ideológicos, también fue presentado, pero de una manera muy resumida. No era un docu- mento realmente extenso y detallado; eran muy pocos enunciados que se hacía y se hacía énfasis en el carácter comunitario de nuestro pueblo, en lo que era el *ayllu.* Todo era armónico, no había enfrenta- miento o nada de esas cosas.

Apareció en eso una sugerencia. No puedo decir ahora quién fue la persona que sugirió que teníamos que intervenir con candidatura propia en las elecciones nacionales de 1978. Esa sugerencia fue de inmediato aceptada y en medio congreso se decidió nombrar una comisión para que inmediatamente se constituyera a la ciudad de La Paz y presentara la inscripción de nuestro partido. Constantino, que parecía que conocía bastante a Mario Urdininea, sugirió que lo comi- sionen a él; entonces se lo nombró y él aceptó muy entusiasta y dijo que

iba a ir de inmediato a La Paz y que iba a preparar él mismo el memorial, y así lo hizo.

Los últimos días del congreso empezó a aparecer cierto desenten- dimiento con Constantino Lima. El problema era que Constantino Lima hacía intervenir a gente que no era de nuestra posición; eran gente aymara que estaban declarando honestamente que estaban comprometidos con el MNR, pero Constantino Lima les decía: "Eres ajanara y tienes el derecho de intervenir". Pero todos ellos eran sus conocidos, sus amigos del lugar y Constantino también era del lugar. Eso es lo que a mí no me gustó, porque a mi entender un partido político tenía que estar organizado en base a sus militantes y quienes tenían la palabra eran solamente sus militantes y no gentes extrañas. Podían presenciar, pero no podían tener voto. En cambio Constantino, posiblemente porque él quería ser el dirigente, hizo intervenir a esa gente que le iba a dar su voto a él. Eso es a mi modo de entender lo que pasaba.

Luego vino el asunto de la elección de la directiva con lo que tenía que terminar el congreso. Ahí ya fue lo polémico, lo grave. Hubo enfrentamiento ya de hecho entre mi persona y Constantino Lima. Yo no discrepaba porque quería ser el dirigente, sino por la forma cómo Constantino hacía intervenir a gente extraña, que si bien eran del lugar-eran aymaras- no eran del partido. Con esa forma de proceder yo no estaba conforme; que ellos pudieran elegir a los *mallkus* de la dirección nacional. Ahí fue mi oposición franca y abier- ta; pero finalmente yo estaba solo en esa posición, los demás no se oponían a Constantino, escuchaban y miraban porque quizás muchos eran también del lugar o no querían un enfrentamiento con esa gente. Así, contra viento y marea, se hizo la elección de la directiva y naturalmente Constantino Lima obtuvo una relativa mayoría con relación a mi nombre y al de Jaime Apaza que éramos los otros can- didatos.

Jaime ocupó el segundo lugar como subjefe del partido, favoreci- do también por el voto de la gente del lugar y yo ocupé el tercer lugar como Secretario General. Tumiri, Coronel, y Felipe Quispe ocuparon otras carteras. Entre las mujeres estaba doña Domitila de

Jach'aqullu de Oruro y otras personas que en este momento no tengo en la memoria.

Una vez clausurado el congreso, todavía se hizo una despedida. Tuvimos un almuerzo de camaradería que fue una cosa bastante emotiva e interesante. Preparamos un asadito, pero no a la manera como se prepara en las parrilladas en las ciudades, sino como se prepara en el campo: un pedazo de asado con *qhati* y con *ch'uñuphuti* y *llajwa*.

Creo que es importante reiterar que en ese proceso de organiza- ción política yo no tenía ninguna intención de ser el dirigente máximo ni de ser el líder único. Por el contrario, yo siempre había pensado que con el tiempo iba a aparecer alguna persona con mucho más capacidad que cualquiera de nosotros, al cual tendríamos que hacerlo el dirigente, el líder de la organización. También es impor- tante que aclare que mi lucha no era totalmente desinteresada. A mí no me interesaba el liderato, pero sí me interesaba tener una posición clave dentro de la organización. En mi pensamiento de aquel tiempo creía que el partido, de todas maneras tenía que tener una organización militar. Pensaba que no era posible que nosotros, es decir el pueblo indio del *Qullasuyu*, pudiéramos acceder al poder político simplemente con una intervención electoral. Comprendía que la lucha era difícil. Por otra parte, en mi experiencia yo veía que las revoluciones, sin un apoyo tanto político como militar eran frágiles. Entonces, cuando se trataba de hacer una revolución india, una liberación del pueblo indio, el partido o el movimiento tenía necesariamente que pensar en la importancia de una organización militar. Ese era mi pensamiento, que yo tenía que liderizar la organización militar. Eso era mi ambición dentro de ese proceso de organización, no solamente para abrir el paso hacia la revolución, sino para garantizar y consolidar esa revolución, ése era mi pensa- miento. Consecuente con esa posición, durante el congreso absoluta- mente no me preocupé por la cuestión de la elección de la directiva y no hablé absolutamente a nadie pidiéndole su apoyo o su voto para que me eligieran a mí.

Al final, en los últimos momentos del congreso fui designado como candidato a presidente para las elecciones que iban a venir. Yo no podía contradecir la decisión de un congreso y opté por callarme, dejar que las cosas vengan como se presentaban y de acuerdo a lo que era el destino.

Así concluyó el congreso. En la última noche hicimos una pequeña *ch'alla*. En un momento de esos apareció una señora con su mesita vendiendo ponches y, como la gente estaba entusiasmada,

muchos participaron de la oportunidad de tener al alcance unos cuantos vasos de ponche. Constantino, seguramente queriendo granjearse la simpatía de la gente o para agradecer el apoyo que recibió, se había brindado a invitarles a toda la gente que asistía y participaba, por cuenta de la organización. De modo que vino a comunicarme esa situación y me indicó que yo me encargara de pagar todo el consumo que se estaba haciendo. No me pareció muy correcto; pero qué podía hacer, de todas maneras ya estaba sirvién- dose la gente y no iba a hacer problema por eso y tampoco era una cosa muy costosa: eran ponchecitos simples, baratos. Pagué todo lo que me dijo que se había gastado y tampoco fue muy exagerado el consumo.

Así volvimos. El carro que contratamos para regresar nunca llegó hasta la Ciudad de las Piedras. Esperamos y no parecía el carro en el día y hora señalado. Mucha gente ya impaciente optó por largarse a pie hasta Calacoto y tomar de allí cualquier otra movilidad para llegar a La Paz o a sus distritos. Unos se fueron más al sur, los que vivían en la frontera; ellos no tenían problema porque al parecer muchos habían venido en bicicletas y como eran de la región empe- zaron a desmovilizarse por su propia cuenta. En cuanto a los que veníamos a La Paz, todos teníamos que salir necesariamente a Calacoto en busca de una movilidad. Caminamos hasta un río que era bastante ancho y atravesamos cargando nuestras camas. Así llegamos hasta Calacoto donde tenía su casa el chofer del carro; pero su señora dijo que no estaba en la casa, habría tenido seguramente algunos problemas mecánicos con su movilidad. Ahí seguimos esperando; nos fuimos por el campo verde tratando de esperar movilidades. Pasaba el tiempo, y tampoco había movilidades par- ticulares; tratamos de averiguar si había tren de carga pero no había absolutamente transporte para La Paz. Estábamos imposi- bilitados, amontonados ahí en Calacoto. Finalmente, apareció el camión a eso de las dos de la tarde y fue para nosotros la salvación, aunque todos estábamos muy molestos. Nos acomodamos e inme- diatamente dio la vuelta. Veníamos repletos en el camión y llegamos a La Paz ya de noche.

En La Paz había que dar hospedaje a la gente que no podía alojarse con algún pariente o conocidos; algunos no presentaron problemas y se fueron por su cuenta; pero a los que eran del interior necesariamente teníamos que colocarlos. Como yo era el encargado o el cajero de la organización, todo ese trabajo recayó sobre mí. Una vez que llegaron los dirigentes, cada uno se perdió y se fue a su casa. En cambio, yo tuve que estar correteando alojamiento tras aloja- miento, grupo con grupo, porque en algunos alojamientos no había el

número de camas que se necesitaba y tenía que ir a buscar en otro lugar. Todo eso fue un pequeño problema también. Finalmente logré acomodar a toda la gente y recién pude recogerme a descansar.

Así pasó esa situación de la realización del congreso de Las Piedras, históricamente conocido como el Congreso de la Ciudad de Las Piedras realizado en 1978. Allí nace, oficialmente, el Movimien- to Indio Tupak Katari, que se había gestado en el Alto Beni en el 1971 como consecuencia del golpe militar de Banzer y la brutal represión que se sufrió bajo esa dictadura. Esa es la historia que culmina en la oficialización de un movimiento netamente de extrac- ción india y diferente a las demás organizaciones tradicionales de la Bolivia mestiza.

Del dinero que a mí me dieron para los gastos del congreso quedó un pequeño saldo. Yo presenté un informe de todo lo que se había gastado y de lo que quedaba, con el deseo de entregar el saldo. Lima y Tumiri no hicieron ninguna observación y dijeron que todo estaba bien. Dijeron que si había sobrado estaba bien porque todo ese dine- ro estaba calculado para que se gastara en el congreso, que en reali- dad debía haberse terminado en el congreso y si sobró estaba bien.

En los días siguientes pudimos enterarnos que se había organi- zado el Movimiento Revolucionario Tupak Katari (MRTK), confor- mado por el grupo de Genaro Flores. Yo por mi parte pude entender que era una movida táctica por parte del MIR; como nosotros estábamos organizados ya en un partido político, ellos necesitaban también tener una cosa similar a nosotros para confundir, con el fin de rescatar adherentes y votos para su plataforma. Creo que mi apreciación era muy cierta como se ha podido demostrar más des- pués, porque el MRTK, cuando participó en las elecciones, participó como una plataforma, prestándose a los intereses de varias organi- zaciones mestizas, a las tradicionales. No fue con su propia fórmula, con candidato propio, sino que hizo alianzas de lo más absurdas a mi modo de ver; podían estar en la UDP, o en el MNR, o con los demócrata-cristianos. En realidad hicieron una especie de oportunis- mo, aunque ellos eso lo llamaban una "táctica".

XXII

LA LUCHA POLITICA

Para nosotros era importante conocer la situación de la inscrip- ción en la Corte Nacional Electoral. Fuimos informados que para presentar nuestra inscripción era necesario completar con otros documentos que exigía la Corte que eran de rigor como una condi- ción previa para el reconocimiento de la personería jurídica. Todo eso teníamos que cumplir y en los días posteriores se hizo todas esas cosas. Un problema para nosotros era que no teníamos una oficina; pero este problema se resolvió con el ofrecimiento de Mario Urdi- ninea que nos cedió una pieza en su hotel, donde funcionó en sus comienzos el Movimiento Indio Tupak Katari. Había mucho movi- miento y mucho entusiasmo entonces, la oficina siempre estaba lleno de gente; no nos dábamos abasto, llegaba de diferentes provincias gente muy entusiasta. Lo de malo era que mucha gente venía con algún interés: se aproximaban para pedir fondos para la organización en sus provincias o cantones, lo cual nosotros no teníamos. Incluso algunos hasta pidieron dinero para comprar armas; pero nosotros no teníamos plata para esas cosas.

En esa época había también que satisfacer las expectativas de la prensa nacional. Eso era un poco medio grave porque aunque

habían periodistas honestos que comprendían nuestra situación y se daban cuenta que nosotros estábamos naciendo recién, como se podría decir, aprendiendo a gatear, habían también otros perio- distas de mala fe que venían a hacernos preguntas capciosas y nos ponían en una situación difícil. Habían periodistas, o gente con título de periodistas, que venían a hacernos un trabajo de descré- dito a favor de otras organizaciones políticas. En eso nosotros no éramos experimentados, no conocíamos a la gente de prensa, y a cualquiera que decía que era de la prensa no había más remedio que creerle.

Tuvimos que ocuparnos luego de hacer una exposición política y fue, después del congreso de la Ciudad de las Piedras, el primer documento político por parte de MITKA que salió a la opinión pública, con el título *Expone MITKA.* Era una exposición ideológica y enunciados para un plan de gobierno que teníamos que

hacer para cumplir con los requisitos que exigía la Corte Nacional Electoral. Entonces hicimos, Urdininea y mi persona, una consideración previa; cuál debía ser el carácter, el enfoque de ese documento. Yo hice un delineamiento inicial al que Urdininea le dio el pulido. Y así se presentó el documento, firmado por el Secretario de Propaganda, que entonces era nuestro hermano Isidoro Copa. Lo que faltaba era una discusión en profundidad con relación a una expresión ideológica y eso siempre ha sido nuestro problema: no pudimos nunca realizar un análisis profundo.

Todo ese tiempo para nosotros fue muy activo. Como dije, nues- tras oficinas estaban atestadas de gente a la que teníamos que atender desde la mañana hasta la noche, además de que había que hacer también documentos; era una cosa agotadora para los diri- gentes. No diremos para todos, porque algunos tenían sus trabajos que tenían que atender; pero para los más principales. En este caso, yo era la persona que permanentemente estaba allí, hablando con la gente, explicándoles nuestra posición, haciendo una especie de escuela ideológica. Los otros hermanos aparecían generalmente en las tardes, después de salir de sus trabajos. El más constante en ese tiempo era Jaime Apaza. Jaime, como hombre de contacto seguía teniendo gran importancia; venía mucha gente a buscarlo a él y a través de él muchas veces se planteaban exigencias que la orga- nización no estaba en condiciones de satisfacer. Con todas esas dificultades, íbamos avanzando, pero no teníamos dinero para hacer una propaganda. No podíamos pagar afiches ni la propaganda a las radioemisoras como otros partidos políticos lo hacían. Eso fue nues- tro principal problema de esos días.



GTAM TÜHAF

Primer Congreso del MITKA, en la Ciudad de las Piedras (1978). 37 7



Una propuesta del FRI

Mientras pasaba el tiempo nosotros estábamos más seguros de nuestra posición y seguros que íbamos a participar en las elecciones. También estábamos a la expectativa de la reacción de las demás organizaciones políticas. En una ocasión -fue para mi algo sorpresi- vo- recibimos una propuesta por parte de un grupo del FRI (Frente Revolucionario de Izquierda). El FRI entonces también participaba en las elecciones con candidato propio; su candidato a la presidencia

era Casiano Amurrio, que era un dirigente campesino de Cochabam- ba y a la vicepresidencia doña Domitila Chungara, una persona bastante conocida y apreciada, especialmente en los sectores mine- ros. Era una persona para mí bastante simpática, con Amurrio era la primera vez que nos conocíamos; pero doña Domitila tenía más personalidad.

La proposición era que hiciéramos una alianza política entre el FRI y el MITKA para hacer una sola candidatura. En un comienzo no se pudo decir ni sí ni no; necesariamente la propuesta hecha tenía que ser llevado a consideración de una reunión de *Mallkus* de la organización. Eso es lo que quedamos y les dijimos que por norma era llevar esta propuesta a conocimiento de una reunión general de *Mallkus* para considerarla debidamente y después se daría la respuesta.

Y así fue. Se reunió el Consejo de *Mallkus*, fue analizado la propuesta y muchos tuvieron su intervención y su opinión. La opi- nión mayoritaria era de que no se podía; que MITKA, como había nacido solo, como una organización india genuina, no podía hacer alianzas con una organización de tipo comunista que no tenía porve- nir y que era pequeña. Muchos también se preguntaron en qué iba a quedar la cuestión de los candidatos, porque seguramente ellos plantearían que uno de sus miembros vaya para la presidencia o a la vicepresidencia y era una cosa que nosotros no podíamos aceptar.

Cuando volvimos a reunimos con don Amurrio y doña Domitila les comunicamos el resultado, haciendo constar que nosotros éra- mos una organización muy distinta a lo que podría ser una organi- zación de enfoque de lucha de clases. Ellos nos escucharon y nos replicaron que la representación de ellos era también popular, que era de los trabajadores explotados y sufridos y que habían muchos mineros de nuestra extracción racial. Cuando por curiosidad quisi- mos averiguar cuál seria su pensamiento en cuanto a la conforma- ción de candidatos, evidentemente plantearon que tendría que ser uno de la organización de ellos y otro de nosotros. Nuevamente se quedó eso en consulta. Creo que se realizó unos tres encuentros con

los representantes del FRI; venían acompañados con algunos com- pañeros de extracción popular, pero finalmente todo fue descartado porque no aceptamos.

La convención

Entretanto, nuestras preocupaciones y nuestro trabajo aumenta- ba cada vez más y más. Se tenía que realizar una convención del MITKA para hacer el nombramiento oficial de los candidatos a la presidencia y vicepresidencia y presentar la nómina de candidatos a diputados y senadores por cada departamento. Para eso había que buscar a la gente y eso suponía un arduo trabajo para la dirección. Nos distribuimos el trabajo por comisiones: unos tenían que dedi- carse a buscar un local algo económico que esté a las posibilidades de nuestros recursos y otros se dedicarían a hacer el pintado de propaganda en tela y si era posible un cuadro. Fue justamente en esa ocasión que se realizó el primer cuadro con la figura de un indio con su honda que después se convirtió en nuestro distintivo porque para nosotros esa figura era muy significativa. Además teníamos que pensar en el gasto que iba a suponer esa convención por cuanto se tenía que atender parte del alojamiento y la alimentación de los delegados; eran cosas dificultosas por nuestras limitaciones, ese era el problema. A ratos llegábamos a situaciones de decepción, de flaqueza, de desaliento; había demasiado trabajo. Para mí a veces parecía una especie de suplicio tener que responder ante la expecta- tiva pública, asistir a las invitaciones a la organización, atender la inquietud de la gente, satisfacer a cada pregunta; era demasiado agotador.

Nuestras posibilidades económicas no nos permitieron hacer la convención en un local céntrico de la ciudad; de modo que nuestra convención se realizó en un pequeño cine de la zona de Villa Victo- ria. Pero el cine estuvo lleno, la gente colmó el recinto y estuvo bien presentado. Colocamos las *wiphalas* y el cuadro alusivo a la libera- ción del indio. Incluso hubo también la presencia de las mujeres de Oruro que vinieron ataviadas con sus trajes autóctonos; era una cosa llamativa. Había también mujeres del altiplano paceño; pero todas estaban con manta, no había una mujer en traje autóctono. Entre los hombres, habíamos de poncho, y también gente con la ves- timenta típica del obrero medio: chamarra, pantalón y una gorrita.

Al comienzo sentí cierto temor. Nosotros, o por lo menos yo personalmente, no tenía la experiencia de manifestaciones políticas; pensaba que quizás podíamos ser víctimas de un ataque de las organizaciones tradicionales, como se veía y se escuchaba cómo unos

a otros se atacaban. Eso es lo que yo temía; yo no tenía tanta capaci- dad ni tanta experiencia en ese aspecto. Así es que yo estaba un poco atemorizado, medio reservado, prudente y quién sabe hasta un poco asustado por una cosa que en realidad no estábamos conside- rando en ese momento en su cabal dimensión: un paso histórico en una lucha de siglos de nuestro pueblo. Consideraba que para repre- sentar esa lucha yo era una pequeña cosa. Estaba encabezando esa lucha y en ese momento tenía conciencia de ese hecho; pero no había analizado todavía profundamente lo que significaba en la historia. Mis demás compañeros en la dirección parece que no se fijaban en ese aspecto tampoco, sino la preocupación estaba en hacer lo mejor posible en la convención. Eso es lo que a ellos les interesaba: el entu- siasmo de tener nuestra expresión en nuestra propia lengua y la presentación de los candidatos como personajes representativos de nuestra raza, de nuestro pueblo ancestral.

Sin candidato a la vicepresidencia

En el transcurso de la convención surgieron algunos problemas y eso se debía a la poca experiencia de la dirección. Nadie se había acordado de definir previamente quién iba a ser el candidato a la vicepresidencia. Había una idea; pero no era una idea de consenso y especialmente no tenía la aceptación de Isidoro Copa, que era la persona a la que se dirigía la idea. Ese problema se presentó en la convención y produjo un momento de desconcierto, de dudas y de disgusto. En el momento de hacer la presentación, Isidoro Copa no quiso intervenir como candidato, en primer lugar dijo que a él no le habían consultado y explicó otras cosas, dijo que él tenía sus obli- gaciones como director de un colegio y no podía abandonar sus obligaciones. Mientras tanto la gente se estaba impacientando y quedábamos mal ante la concurrencia y yo también me sentía ofen- dido por esa situación porque yo, sin haberme brindado a ser candi- dato, no había rechazado ese nombramiento respetando la decisión del congreso. Una vez que me sometí a la decisión del congreso yo no podía quedar atrás, tenía que seguir adelante y por esa razón me sentía en ese momento ofendido por el hecho de que no hubiera un vicepresidente para hacer la conformación de la fórmula. Mi prime- ra reacción fue increpar a Constantino diciéndole: "¿Qué es lo que pasa aquí? Como jefe tiene que decidir quién va a ser; ¿va a ser Copa o quién va a ser? O en último caso, como jefe de la organización, a usted le corresponde". Pero Constantino, con su habitual deseo de figuración, le parecía que descender a la calidad de vicepresidente era inaceptable, era algo que lo disminuía. Por eso afirmó: "Yo soy el jefe yo no puedo ser el candidato a vicepresidente". Así sucedió

una discusión entre nosotros, ahí en el proscenio. Finalmente lo convencieron a Isidoro Copa para que acepte ser el candidato y inmediatamente le colocaron las insignias de nuestras tradiciones de mando igualmente como yo estaba: con poncho y *ch'ullu.*

Así se superó esa situación. La proclamación fue una cosa muy emotiva, muy histórica por la personalidad de los candidatos: uno era aymara y el otro qhishwa. Bajo esa figura, esa vestimenta autóctona resaltaba muy claramente nuestro estrato racial y clara- mente se notaba el tipo qhishwa en la fisonomía de Isidoro Copa, como en el mío el estrato racial aymara. Fue una cosa muy bonita que duró casi todo el día y algo nunca visto en actos electorales en muchos siglos en nuestro país: candidatos indios, vestidos con sus ponchos, aclamados por una multitud delirante de aymaras y qhishwas. Era una cosa muy importante, un recuerdo grato que yo conservo hasta ahora.

Nuestra actuación comenzó poco a poco a tener un impacto mayor ante la expectativa de la ciudadanía, ante la prensa y ante los partidos políticos que también estaban en la pugna. Ya nosotros estábamos cumpliendo, aunque con toda nuestra pobreza, pero estábamos cumpliendo un rol casi al igual que ellos en la formación de nuestra organización, en la toma de nuestra posición, en la forma de nuestra exposición y finalmente en la penetración de la con- ciencia ciudadana. Había bastantes comentarios muy favorables a nuestra organización, lo cual para nosotros era un gran premio; con eso nos sentíamos fortalecidos, teníamos más voluntad de lucha e íbamos tomando un poco más de coraje. Era como ir atravesando por una escuela de formación política recibido o experimentado en el terreno mismo; porque a la vez que nosotros hacíamos este trabajo de organización, íbamos adquiriendo experiencias en el terreno, íbamos fogueándonos en esa lucha política. Poco a poco íbamos enriqueciendo nuestro lenguaje, nuestra visión política, y ya íbamos adquiriendo un poco más de aplomo ante la misma prensa.

Campaña electoral de 1978

Una vez ya metidos de lleno en la carrera electoral nos tocaba hacer la campaña. Teníamos que ir a hacer proclamaciones en dife- rentes puntos; pero siempre estaba el problema económico. Había invitaciones de nuestros simpatizantes, de

nuestros hermanos que venían de Chuquisaca, de Cochabamba, de Potosí y Oruro; pero nuestro dinero no alcanzaba, no había fondos para hacer el manteni- miento de la candidatura. En esto hubo también fallas, no diremos en la dirección; sino fundamentalmente era la poca responsabilidad

381

de nuestro jefe Constantino Lima. Yo pienso que, como primera cabeza de la organización, era su obligación prever todas esas cosas, orientarnos y hacer un programa político electoral, pero a él no le importó nada de eso. Parecía más bien que para él la candidatura que a mí me habían nombrado lo desligaba de toda responsabilidad porque llegó a decir que las cosas electorales eran cosas del candida- to, como si yo estuviera haciendo una representación individual o como si yo estuviera con ese nombramiento yendo por un interés personal. Y todas esas cosas a mí me indignaban; que siendo él jefe no nos ayudara, porque él en realidad no intervino o intervino en muy contadas proclamas en el campo.

La mayor parte del trabajo de campo de esa campaña lo hicimos Jaime Apaza y mi persona. Jaime Apaza y yo éramos los principales dirigentes que salíamos a hacer ese trabajo acompañados por otros, en especia] Felipe Quispe y José Aramayo o Calixto, como se lo conocía en ese tiempo. Pero ellos entonces todavía no tenían escue- la, recién estaban formándose y lo único que podían hacer era acompañarnos como elementos de seguridad para nosotros, para llevar el altoparlante y esas cosas; todavía no estaban preparados para hacer discursos políticos. Más después ya empezaron a hablar. Entonces Jaime y yo éramos los que hacíamos nuestros discursos frente a las multitudes que lográbamos encontrar especialmente en las ferias de campo tanto al sud de La Paz como al norte. Sabíamos los días en que las ferias se realizaban en los diferentes lugares a lo largo de los caminos. De esa manera, nos largábamos temprano en la mañana en los camiones junto con los negociantes que hacen el rescate de productos. Ibamos y volvíamos en las mismas movili- dades. En esos trabajos estuvimos en Tablachaca, Lawachaca, Patacamaya, Romeropampa, Pocota o Villa Remedios, Murupilar, Batallas y muchos otros puntos. En todas esas ferias siempre tropezábamos con un pedido que no podíamos satisfacer: la gente demandaba propaganda escrita y nosotros no teníamos absoluta- mente ningún folleto para repartir. Tratábamos de explicar a la gente que la organización no tenía plata, que era pobre; pero era una cosa un poco difícil en un momento de proclamación. No teníamos más remedio que sufrir; para nosotros, para los que hacíamos las presentaciones, era una cosa frustrante y vergonzoso.

Con todo, poco a poco fuimos avanzando. Recuerdo un incidente que ocurrió en Patacamaya. Allí tuvimos una resistencia por parte de la gente del banzerismo, del Pacto Militar Campesino. En allá, en una clara combinación entre los militares y el Pacto, nos hicieron un boicot, instalando la banda del regimiento a nuestro lado para tocar una supuesta retreta que interrumpía nuestras intervenciones y



Luciano Tapia, candidato presidente por el MITKA (1978). 383

una supuesta retreta que interrumpía nuestras intervenciones y acallaba nuestras

voces. Tuvimos varias veces que interrumpir, y como buscábamos otro sitio para poder dirigirnos a la multitud, a invitación de alguna persona del municipio, ingresamos al edificio de la municipalidad y salimos al balcón con nuestra *wiphala*. Nos disponíamos a dirigirnos a la multitud cuando se presentó un grupo del Pacto Militar Campesino y ahí hubo una trenzadura entre aquella gente y nosotros. Trataron de agredirme y yo me defendí también; recuerdo que a mi agresor le rompí toda su chamarra que quedó rasgada desde arriba hasta abajo con una rotura grande; a mí no me hicieron nada. En realidad fueron los otros los que llevaron la peor parte y tuvieron que irse. Más tarde vino el alcalde a decir que no podíamos tomar la municipalidad; que hiciéramos nuestra pro- clamación en otra parte. Entonces tuvimos que desocupar el local y nos fuimos a otra plaza que estaba un poco más atrás; no era la plaza principal pero estaba en el centro de la feria de ganado y de productos. Ahí hicimos nuestra proclamación desde la plataforma de un camión; colocamos encima nuestra *wiphala* y después de los discursos fuimos levantados sobre los hombros de los campesinos y paseados alrededor de todo lo que era la feria. Fuera de eso no tuvi- mos más incidentes, no recuerdo haber sufrido un ataque directo, una interrupción o un sabotaje notable, no hubo nada de eso. Por el contrario mucha gente nos escuchaba con interés, otros con entu- siasmo; aunque es cierto que también nosotros notábamos que había mucha gente ganado a los partidos tradicionales; había mucha gente que todavía creía en el MNR por la Reforma Agraria y también había mucha gente captado por el MIR y otros partidos.

La preocupación era también ir al interior, especialmente a los departamentos de Oruro y Cochabamba. Jaime no se animaba por- que tenía que atender sus obligaciones, yo lo consideraba a él muy importante para el viaje porque él hablaba muy bien el qhishwa; en cambio yo no hablaba aunque algunas palabritas entendía, ese era mi problema. Felipe tampoco no sabía qhishwa ni ninguno de los otros: todos éramos aymaristas. En verdad yo me sentía acobardado de ir al interior para hablar con la gente en su propio idioma. En las ciudades se podía hablar en castellano; pero en las comunidades y en los cantones necesariamente tendríamos que hablar en la lengua materna.

También estuvimos por los Yungas con Constantino Lima, gra- cias a la colaboración de un simpatizante de MITKA que se ofreció llevarnos en su movilidad por todo esos lugares. Fuimos a Coroico donde dormimos una noche, pero no pudimos hacer realmente un acto de proclamación porque no teníamos una organización de apoyo

384



Proclamación de la candidatura del MITKA. Luciano Tapia, candidato a la presidencia (derecha) Isidoro Copa (candidato a vicepresidente) (1978).

385

en el lugar. Luego bajamos a Caranavi donde tampoco se pudo hacer nada más que algunos contactos personales. Fuimos hasta Santa Fe, donde había una colonia de la provincia Pacajes y donde me co- nocía con un señor Tancara desde la época del MNR. Me animé a ir porque era gente del altiplano y Constantino, siendo también de la provincia Pacajes, pensó que podríamos tener allá una buena acep- tación. Pero allí tampoco no se pudo hacer nada porque mi amigo Tancara no estaba en el lugar y mucha gente estaba en sus trabajos.

Seguimos hasta el Alto Beni llegando hasta mi zona, donde, aprovechando una feria un domingo hicimos un acto, una proclama- ción muy sencilla pero muy significativa. Constantino habló, como yo también y hubo una aceptación generalizada. No hubo ninguna observación ni ningún desaire, al contrario como

era gente coloniza- dora, gente sufrida, nos daban la razón y se alegraban que hubiera una organización representativa de la gente aymara y de la gente qhishwa.

Paralelo a los actos señalados también teníamos la participación en exposiciones públicas de radio y televisión. Recuerdo que recibi- mos una invitación de la Universidad de San Andrés. Por el hecho de que yo no estaba experimentado tenía temor porque por primera vez me iba a enfrentar a un auditorio de universitarios, gente intelectual y ¿qué podía decir yo si ni siquiera había llegado al bachillerato?. Era realmente para mí aterrador tener que hablar ante una gente que sabía todo, que sabía científicamente muchas cosas en política, mucho más que yo. Pero con todo, como candidato, haciendo de tripas corazón tenía no más que afrontarme. Me acom- pañaron también gran parte de los dirigentes, estaba Constantino Lima, Coronel, Jaime Apaza y otros. No sé si llenamos la expectati- va de esa gente universitaria; pero no surgió ninguna oposición, ninguna crítica, ninguna pregunta capciosa o de mala fe. Fue una cosa más bien muy sencilla y así terminó. Al finalizar la exposición recibimos las felicitaciones de algunas personas intelectuales a las que no conocía y ahora mismo no puedo decir quiénes eran.

Hicimos también presentaciones en los medios de comunicación del gobierno. Nos invitaron igual que a todos los otros partidos políticos que estaban inscritos en la Corte Electoral. Así hablamos en Radio Illimani y también hicimos una presentación en el Canal 7 de la televisión. Para nosotros era grandes oportunidades para dirigirnos en vivo y en directo ante la opinión pública para hacernos conocer. En la televisión nos presentamos todos los dirigentes en conjunto. Para hacer un buen papel hicimos previamente una especie de ensayo porque presentarse en televisión era para nosotros

una cosa única; nunca antes habíamos participado en televisión. Nos repartimos las intervenciones; cada uno tendría que hacer una pequeña exposición para cerrar con la mía. Había un papel para Constantino Lima, otro para Jaime Apaza, para doña Sabina Cho- quetijlla, para Choquehuanca en representación de la juventud indi- anista, para Nicolás Calle, y para un compañero Ugarte de Chuquisaca, un qhishwa cerrado, con su *pichika* y todo. Pero en el momento de la intervención muchas cosas se nos fueron, algunos se olvidaron y empezaron a exponer de acuerdo a su propio criterio. Por ejemplo, doña Sabina Choquetijlla

se salió de lo que habíamos previamente preparado y se refirió más bien a una realidad viva, a una realidad cierta que estábamos viviendo y lo hizo muy bien. Realmente impactó lo que habló en relación a la situación de la mujer india en el contexto de la sociedad opresora, esa realidad de cómo la mujer india cuando viene a la ciudad tiene que dormir en los tambos; cómo las jóvenes indias que llegan a la ciudad se convierten en sirvientas; cómo son abusadas incluso hasta sexualmente y después son botadas, son calumniadas hasta de ladronas sin pagarles ni siquiera el salario. Habló de todas esas realidades e im- pactó mucho. Se hizo una buena presentación y quizás fue para nosotros una de las mejores que hicimos porque conformábamos entonces un grupo compacto del indianismo: no había entre nosotros absolutamente ninguna divergencia de voluntades o de ideas.

Los únicos opositores que teníamos entonces al frente eran los del MRTK de Genaro Flores. El en persona no hacía las presenta- ciones sino otros dirigentes como Víctor Hugo Cárdenas y Macabeo Chila; ante todo Cárdenas, quien en sus intervenciones a nombre de los kataristas en la televisión nos atacaba de racistas. Así era: aquellos hermanos que también hablaban de la liberación del indio del *Qullasuyu* nos estaban atacando de racistas y nos estaban considerando sus enemigos.

La lista de candidatos la hizo Constantino Lima, a mí no me hizo saber absolutamente nada. No me mostró siquiera quiénes eran ni me consultó; hizo una lista a su criterio y puso ahí a sus conocidos. Resultó, sin embargo, que varios de los que había incluido en la lista, por no haber sido consultados, presentaron su renuncia pidien- do el retiro de sus nombres, lo cual fue un motivo de crítica para él y a través de la prensa también fue un motivo de comentario. Pero ese aspecto no fue solamente en nuestra organización; casi todos los partidos tenían problemas de esa índole, se decía que inclusive habían puesto de candidatos a personas que ya habían fallecido, o por lo menos ese era el comentario de la prensa por entonces.

Para terminar la campaña teníamos que hacer una presentación final. Siempre enfrentábamos el problema de la falta de recursos. Los partidos tradicionales disponían de un montón de movilidades, camiones, colectivos y camionetas para movilizar a su gente; en cambio nosotros no teníamos una sola movilidad. De modo que ante el temor de sentirnos huérfanos en una presentación pública,

resol- vimos hacer el cierre de campaña en El Alto donde teníamos mucha gente de nuestra parte. Así se señaló la plaza Tupac Amaru, en la zona 16 de Julio. Todos los que vivían cerca se brindaron a ayudar, a aportar con una tabla siquiera para formar un proscenio.

Y así se hizo. Fue la proclamación más hermosa de ese proceso electoral. Yo, francamente, estaba acobardado. En ahí sentí que justamente podíamos ser atacados por otros; porque, como se sabe, en las ciudades la gente está más penetrado por los partidos tradi- cionales, y aunque sí hubo algunos conatos no fue tanto como para hacernos fracasar. Se hizo una presentación muy hermosa, con nues- tros atuendos ancestrales, con *wiphalas* y con bastantes oradores. Duró un buen tiempo, se podría decir toda la mañana. Hasta las doce más o menos fue las intervenciones y a esa hora se produjo ya la proclamación. Yo recuerdo que después de bajar del proscenio, me levantaron en hombros y me sacaron del centro de la plaza hacia el mercado. Recuerdo que uno de los que me tenía levantado era Felipe y el otro, que estaba vivando la candidatura del Movimiento Indio Tupac Katari muy entusiastamente, era Julio Tumiri. A mí me estaban envolviendo con serpentinas, mixturas, en fin. Así me hicie- ron pasear, me hicieron dar una vuelta alrededor de la plaza y luego después hicimos una caminata por toda esa zona, recorriendo a pie varias cuadras seguido por toda esa multitud. Yo pensaba que después de esa caminata toda esa gente se iba a desconcentrar; pero más bien parecía que iba aumentando más y más y finalmente era una avalancha que por todas esas calles recorría hasta que volvimos a la 16 de Julio.

Después de volver a la plaza la gente propuso bajar a la ciudad y entonces yo pensé que no se podía hacer eso; aunque no les dije abiertamente a ellos. Pero con los dirigentes que estaban ahí inter- cambié ideas y dije: "De alguna manera hay que despedir a la gente aquí y que se termine esto; no podemos bajar a la ciudad porque de repente vamos a tener problemas, puede haber enfrentamientos políticos y después va a haber desgracias, lo cual sería un gran problema". Ellos comprendieron mi preocupación y finalmente me metieron a la cabina de una camioneta y me dijeron: "Aquí quedate, nosotros vamos a despedir a la gente; la cuestión es que vos ya no aparezcas más". Y así fue, estuve ahí una media hora hasta que la gente parece que comprendió también y fue poco a poco descon-

centrándose. Volvieron los dirigentes, y todo el grupo nos fuimos a un local, a

una cafetería, donde intercambiamos nuestros puntos de vista, si lo habíamos hecho bien o mal. Había mucha gente todavía con nosotros que nos felicitaba; comimos algo ahí y después ya era tarde con todo eso y cada uno se fue con dirección a su casa y ahí ter- minó nuestra participación en la campaña de las elecciones de 1978.

Quisiera mencionar algo importante que sucedió en esas elec- ciones. El sistema de la votación era con papeletas propias. A noso- tros en la Corte Electoral nos asignaron el color amarillo, café y blanco, con la figura de un indio rompiendo las cadenas; ese símbolo desde entonces el MITKA mantiene hasta hoy. Todos los partidos tenían que recoger un cupo de papeletas proporcionado por la Corte Electoral, y cada uno tenía que encargarse de repartir a su militan- cia y de colocar en las casetas de votación. Cuando nosotros hicimos el reparto de las papeletas en la calle, al recibirnos las papeletas mucha gente con todo cariño, nos decían: "Esta es nuestra verdadera papeleta". Pero al mismo tiempo decían muchas personas con toda franqueza: "Esta vez hay que darle nomás el voto a la UDP, a fin de librarnos de la dictadura militar". Incluso muchos compañeros mili- tantes que habían intervenido decididamente en nuestro trabajo, que pintaron las paredes, nos dijeron que por esa vez iban a dar su voto a la UDP. Recuerdo cómo un compañero vino a la oficina a pe- dir permiso diciendo que se le permita votar por la UDP a fin de li- brarse de la dictadura militar. Era una cosa realmente sorprendente para nosotros la sinceridad de un militante que venía a pedir permi- so para votar por otro partido que era de nuestros opresores tradicio- nales.

La UDP fue el partido de mayor apoyo popular por el hecho de que la ciudadanía comprendió que era la alternativa para librarse de las dictaduras militares. Banzer tenía una presión nacional e internacional y no le quedaba otra camino que aceptar el respeto a los derechos humanos y la democratización del país y la ciudadanía.

En las vísperas de las elecciones estábamos a la espera de los re- sultados. No podíamos decir si íbamos a tener un apoyo significativo o íbamos a ser rechazados por la indiferencia de nuestros hermanos. Estábamos dispuestos a correr el resultado que fuera. Como no teníamos experiencia en la organización de las elecciones tuvimos muchas fallas en cuanto se refiere a la colocación de papeletas en las mesas electorales, al traslado a las provincias, etc. Por eso en muchos lugares nuestras papeletas estuvieron completamente ausentes, se podría decir que en la gran mayoría de las casetas del país, porque solamente pudimos

hacer nuestro trabajo en el departa-

389

mentó de La Paz. Ni siquiera en todo el departamento de La Paz pudimos organizamos bien; aquí en la ciudad de La Paz nomás. Había además un trabajo de sabotaje de los diferentes partidos sobre todo los del oficialismo, los de la papeleta verde, y los de la UDP, de la papeleta anaranjada. Ellos se dieron a la tarea de sacar las papeletas de los partidos contrarios de las casetas a fin de que el votante sólo encuentre la papeleta de ellos y no tenga otra alterna- tiva que tomar esa papeleta y dar su voto. Las papeletas de MITKA, sin tener una defensa por parte de los delegados que tampoco teníamos en las mesas electorales, estaban expuestos a ser comple- tamente vaciados.

Con todo, ocupamos un lugar a la misma altura que otros partidos mestizos que entonces también intervenían, como por ejem- plo, el Partido Socialista de Quiroga Santa Cruz. El PS-1, según las publicaciones de prensa, estaba en una, posición más o menos igual que el nuestro en cuanto a número de votos se refiere. Nuestra participación en esa elección fue así a causa de nuestra pobreza: no teníamos absolutamente un apoyo que nos permitiera nuestra movilización adecuada. Los candidatos y otros delegados de los partidos harían su recorrido por las mesas electorales vigilando la corrupción electoral; pero nosotros no podíamos hacer ese trabajo por cuanto no disponíamos de una movilidad: yo tuve que subir a El Alto a pie y el recorrido de muy contados lugares de votación que pude hacer también lo hice a pie. En realidad la situación del candidato del MITKA fue muy triste: un pobre candidato falto de alimento, con la boca seca, sin dineros, sin medios. Realmente fue muy heroica esa participación de un candidato que se resignaba a correr todas las situaciones sin tener experiencia, sin el apoyo nece- sario, pero que afrontaba todo con valentía sólo por levantar el espíritu de lucha de su pueblo porque estaba convencido de que nuestra causa era justa. Nada más que por eso fueron todos esos sufrimientos, privaciones y hasta riesgos en ese proceso electoral de 1978.

La historia sabe lo que sucedió: esas elecciones fuéron anuladas por fraudulentas. Lo lamentable era que nuestros pequeños fondos que teníamos se habían gastado para un carnaval político de los partidos tradicionales. ¿Quién nos iba a responder tanto sacrificio? Nadie. ¿El gobierno podía hacemos una compensación a todo ese trabajo? Después de las elecciones pudimos recoger la indignación de la gente, muchos de nuestros hermanos estaban indignados y

muchas personas encontrábamos con deseos de ir a una lucha arma- da. Todos hablaban de tener armas, pero el partido de dónde iba a sacar armas; no teníamos ni siquiera para comprar una bala. Pero esa era la posición del pueblo.

390

A raíz del golpe de Estado del Gral. Pereda y porque Mario Urdi- ninea, el dueño del hotel Tormo donde teníamos nuestras oficinas, temía que podría producirse un allanamiento, tuvimos que cambiar de local. Precipitadamente tuvimos que abandonar el hotel y nos trasladamos a un local ubicado una cuadra más arriba del puente Abaroa; era una tiendita oscura y apartada, pero de todas maneras era un local donde podíamos reunimos. Entonces teníamos muy poco dinero pero hicimos un contrato anticrético que firmaron Cons- tantino y Jaime. Por los problemas que confrontamos dentro de la organización más tarde no se cumplió el tiempo que estipulaba el contrato y nunca supe qué sucedió con ese dinero.

Mi vida de agricultor tampoco estaba completamente descuidada. Un joven huérfano que no tenía lote se ofreció a cuidar mi casa y a trabajar una parte para mí y otra para él y yo acepté. Lo hizo muy bien durante ese tiempo. Yo iba ocasionalmente a trabajar, especial- mente durante la época de cosecha y de esa manera seguía yo vincu- lado al Alto Beni y podía vender el arrocito que se lograba cosechar y eso era mi sostén.

Un viaje al exterior

Después de esas elecciones anuladas vino un pequeño receso en la vida política de nuestra organización. Constantino Lima había establecido algunas relaciones internacionales en un congreso al que asistió en Barbados. De esa manera un antropólogo alemán que había participado en esa reunión vino a Bolivia con objeto de hacer una invitación al MITKA para una conferencia que se iba a llevar a cabo en Suiza. En realidad yo no sé los detalles de fondo que trata- ron entre Constantino y aquel señor. Después de que él se fue, Constantino me indicó que yo estaba designado para ir a Suiza. Me dijo: "Tú tienes que ir y tienes que presentar una petición. Allá se van a juntar muchas delegaciones a nivel internacional y es necesa- rio que hables pidiendo un apoyo para nosotros." Y así, como una instrucción partidaria, me dieron la tarea de constituirme en Suiza.

Aquel viaje a Europa fue toda una odisea para mí por cuanto yo no tenía

experiencia de hacer un viaje al extranjero y tampoco nadie me había advertido o me había orientado; solamente Lima me dijo que tenía que viajar y que, aunque el pasaje estaba pagado desde La Paz, tenía que llevarme un poco de dinero.

Solamente tenía que llegar al aeropuerto, presentar mi pasaje y embarcarme. Yo iba con un maletincito de los que manejan los trabajadores para llevar su ropa de trabajo y sus herramientas; no

391

tenía maletas. En el maletincito puse una camisa de repuesto, algu- nos pañuelos, calcetines y mi poncho, que no logró entrar en el maletín y lo llevé afuera; ese fue mi equipaje para viajar a Suiza. Cuando partimos me sentía algo oprimido por cuanto los que viaja- ban en el avión en su mayoría eran gringos y era un avión de lujo de la Lufthansa. Habían también algunos bolivianos pero eran por supuesto *q'aras;* yo era el único pasajero que era un humilde campe- sino con su ponchito. Habrá sido muy divertido mi figura para los demás pasajeros que seguramente me estaban observando.

No hubo ningún problema hasta Lima. En Lima el avión hizo una parada hasta el día siguiente. Al día siguiente me volví a embarcar y fuimos a hacer alto en una isla, si mal no recuerdo la Dominica. De allí seguimos el viaje volando en la noche sobre Esta- dos Unidos y después Europa. Yo tenía que ir hasta Frankfort donde tenía que cambiar a otro avión para seguir a Suiza. Yo no sabía ni jota de los idiomas que hablaban; pero había sido recomendado a la empresa y ellos sabían que yo estaba viajando en una comisión y que no sabía el idioma extranjero. Por tanto, había una azafata que hablaba castellano y era la que me atendía.

Después de llegar a Frankfort la azafata que hablaba castellano desapareció y me encontré en un aeropuerto muy grande que era como una pequeña ciudad. Yo estaba muy confundido porque había una infinidad de oficinas, incluso había un pequeño taxi para ir de un extremo a otro del aeropuerto para hacer los trasbordos. Yo no sabía qué hacer, estaba algo desesperado por la situación. Por suerte apareció gente boliviana; eran una familia y hablaban castellano. Yo les pregunté si ellos iban a hacer trasbordo y me dijeron que sí y me indicaron que había que hacer la fila donde ellos estaban. Con eso quedó superado el problema.

Al llegar a Suiza se produjo el mayor problema para mí porque una vez

desembarcado del avión no había gente que me pudiera entender en el aeropuerto y no sabía a dónde dar un paso. No conocía absolutamente nada y estaba en una situación desesperada, porque nadie hablaba el castellano y mucho menos el aymara. Claro que había personal; pero todos hablaban otro idioma, a mí no me entendían y yo no les entendía a ellos. Estaba dando vueltas y vuel- tas agarrado de mi maletincito y de mi ponchito, cuando alguien se me acercó y me preguntó en castellano: "¿Qué le pasa, campesino?". Eso fue para mí como una salvación. Era un viajero suizo que espontáneamente ha debido notar que estaba perdido y decidió ayudarme. Le conté lo que me estaba pasando: que estaba completa- mente desorientado, que yo había ido allá con una invitación y pen- saba que alguna gente iba a presentarse para recogerme, pero que

no había nadie, que las azafatas que venían en el avión habían desaparecido y que no había con quién poder hablar ni sabía a dónde dirigirme. Yo tenía la invitación en el bolsillo y le mostré la carta; la leyó y después de ver la dirección me dijo: "No se preocupe. ¿Usted tiene dinero?" Yo le dije: "Sí, tengo" y le mostré los pesos bolivianos que había llevado por recomendación de Constantino; pero él se rió y me dijo: "No, eso no le sirve. Se necesita dólares". Así aprendí, se podría decir sobre el terreno mismo, que el dinero boliviano no sirve en los viajes internacionales.

Luego aquel señor me dio las instrucciones para ir donde tenía que llegar. Me dijo: "Usted tiene que ir en un tranvía, yo le voy a ayudar para que el personal de la compañía lo coloque en el tranvía". Y me llevó a una oficina donde apareció una señorita que hablaba castellano. Ella me llevó, me acomodó en el tranvía y le indicó al conductor dónde yo tenía que quedarme y me dio las referencias por donde tenía que pasar, los puntos en los que tenía que fijarme. El señor que me ayudaba finalmente me dijo, "Usted va a llegar a una estación, sale de esa estación y tiene que tomar otro tranvía; pero si tiene problemas va a tomar un taxi que con seguridad le lleva a esta dirección". Antes de irse me regaló unos cuantos suizos haciendo el cálculo de lo que costaba para el taxi y me dijo, "Seguramente esto es lo que le va a costar el servicio de taxi". Y con eso me fui. Le agradecí bastante porque él, interrumpiendo el recojo de sus male- tas, me ayudó.

Una vez embarcado en el tranvía iba yo atravesando en el viaje. Parecía largo y yo pensaba que el conductor se había olvidado de mí, porque me parecía que

estábamos pasando ya por las referencias que me habían dado. Yo quería saber dónde nos encontrábamos y cómo se llamaban los lugares por donde pasábamos. Había a mi lado otro pasajero; yo le hablaba, pero él no me entendía. Yo le molestaba al conductor -estaba cerca al asiento del conductor- preguntándole si no nos habíamos pasado. El conductor no sabía castellano y me contestaba en su idioma; yo no le entendía pero parecía que ya estaba molesto con mis preguntas. Yo le entendía por las señas de sus manos que me decía que espere, que espere. Finalmente llega- mos y todos desembarcaron; también salí y afuera era ya la estación. Yo ya había hecho también mis planes: como tenemos aquí los vari- tas en cada esquina, yo me imaginaba que sería igual allá; pensaba que si finalmente tenía problemas, iría a pedir ayuda a la policía, encontraría un agente de parada en una esquina y le pediría que me ayude. En último caso tendría que entregarme a la policía. Pero fue un chasco para mí porque cuando salí de la estación vi que en las esquinas no había ningún policía: el manejo del tráfico era mediante

semáforos automáticos, los semáforos estaban funcionando pero no había a quién pedir una orientación. Fue para mí una cosa real- mente de terror, porque me di cuenta de que estaba perdido y pensa- ba, "Aquí en Europa voy a quedar perdido".

Finalmente recordé que el suizo me había dicho que si tenía problemas podía tomar un taxi y evidentemente en la puerta de la estación habían varios taxis. Estaban ofreciéndose, decían: "Taxi, taxi" igual que aquí nomás también. Eso se entendía muy bien y tenían su letrerito que decía TAXI. Entonces, como yo no habla- ba el idioma, saqué la carta de invitación y al taxista le mostré la dirección. Yo le entendí por las señas, por los asentimientos con la cabeza que hacía, que él me estaba dando a entender que sí podía llevarme. Entonces saqué la moneda suiza que tenía en mi poder y le mostré diciendo que si era suficiente para pagar el servicio. El dijo, "Sí, está bien", me embarqué en el taxi y en un momento me hizo llegar a la dirección que estaba señalada en la carta.

Era un edificio, se podría decir, enfardado que tenía una puerta giratoria de puro cristal; era un edificio muy bien tratado que superaba a los que nosotros tenemos en Bolivia. Con mi maletincito y mi carta en la mano, entré donde había una sala, una sala bas- tante grande. Era como una biblioteca, habían folletos y revistas co- locado en mesitas pequeñas; pero no había gente, y yo, de acuerdo a lo que es nuestra costumbre quería llamar y con la voz tímida decía: "¿Señora?"

y nadie contestaba. Un poco después examiné la sala y vi que terminaba en una grada que entraba al piso de abajo, pero no me animaba a bajar las gradas; pensaba que de repente podían con- fundirme con un bandido que quería robar o algo así. Entonces seguía gritando: "¡Señoraa!, ¡señoraa!" y nada, nadie respondía. Pa- recía un desierto la casa.

Entonces opté por regresar a la calle, pensando que alguna perso- na llegaría y entonces aprovecharía para preguntar. Así estuve mucho rato hasta que me cansé y opté por sentarme en el borde de la vereda; y estuve ahí sentado un buen rato. Después me levanté también otra vez y entré a la sala. Lo mismo: no había nadie, salí otra vez y estaba en eso ya impaciente. No sabía qué hacer porque ésa era la dirección.

Ya sería una hora más o menos que estaba esperando en ahí, cuando apareció justamente aquel antropólogo alemán que vino a invitar al MITKA a La Paz. Fue para mí la salvación; inmediata- mente lo abordé y brevemente le expliqué mis problemas, que estaba ahí esperando y que no había nadie. A él seguramente un poco le hizo gracia mi historia. Me indicó que él también fue para la confe-

renda; que acababa de llegar de Alemania y que se iba a alojar ahí mismo. El sabía cómo funcionaba la casa y me hizo entrar. Sin vaci- lar tomó las gradas y entramos al piso de adentro. Ahí, igual era otra sala donde habían refrescos de diferentes tamaños; pero tampoco no había gente y pensé que sería pues la costumbre, la organización europea. Yo tampoco no sabía qué clase de casa era si era una casa particular o un alojamiento; no podía saber. Pero el señor se metió adentro, abrió otra puerta y recién de ahí salió una señora que estaba ahí adentro. Hablaron en su idioma y él me dijo: "Vamos a alojarnos los dos juntos". Para mí era conveniente estar con una persona que me iba a orientar.

El antropólogo me llevó por un largo corredor estrecho y al final me fui dando cuenta de que era un alojamiento para huéspedes. Ahí tomamos una pieza con dos camas. El tomó una y a mí me indicó: "Yo le voy a enseñar cómo es el servicio aquí para que usted pueda hacer uso, para su aseo y todo eso. Le voy a llevar al baño y le voy a mostrar cómo es". Y me llevó . El baño tenía una ducha pero lo que más me llamó la atención fue una variedad de jaboncillos de todo color y de todo olor; de lociones y de toallas, desde toallas grandes hasta toallas que parecían pañuelos, chiquititos. Y mi amigo me dijo: "Usted puede escoger el

olor que usted guste de los jaboncillos". Luego me enseñó la manipulación del baño, del agua caliente, del agua tibia, del agua fría, en fin. La cama fue al comienzo algo chistoso; era bien levantadito, bien arregladito, suave y tenía un cubrecamas de seda. Pero cuando me senté sobre la cama se hundió como si fuera algodón hinchado y luego se asentó hacia abajo como unos cincuenta centímetros y yo quedé al medio sentado ahí como en un nido: fue chistoso para mí. Una vez familiarizado con todas esas cosas nos instalamos y hablamos con el antropólogo con más libertad.

Al día siguiente tenía que comenzar la reunión. Yo andaba en compañía del antropólogo, no me desprendía de él y él de esa mane- ra me presentaba a otros que llegaban. Recuerdo que había una tailandesa que hablaba castellano. Era la persona con quien más ha- blé, me parecía una novedad para mí porque aquella señora vestía su ropa, es decir la ropa de su nacionalidad. Era para mi algo agra- dable y también una curiosidad. Además aquella señora tenía en la frente un punto marcado y eso a mí me llamó mucho la atención; lle- gué a enterarme de que era una costumbre de su país; ese punto marcado señalaba la condición civil de las personas, las personas ca- sadas, como ella, tenían un color: el rosado. Hablamos muchas cosas, yo le conté de mi país de las opresiones y todo eso y parecía que la situación en su país era así también: de opresión, de injusticias, de necesidades.

Habían también dos negros. Yo acá había escuchado el nombre de la SWAPO, que estaba en una guerra en el Africa y justamente esos dos negros eran delegados de la SWAPO. Pero lastimosamente por el idioma y por falta de un intérprete no pudimos hablar, aunque me miraron con bastante simpatía y yo también los miré con bastante respeto porque sabía que ellos estaban luchando en una guerra de liberación.

Así se pasó el día. Cuando fuimos a descansar para mí se convir- tió en un dilema un paquetito de comida que me habían dado en el avión en el trayecto a Suiza. No era propiamente una comida, sino fruta; había plátano y alguna otra fruta. Yo no comí aquello en el avión y lo tenía ahí junto con mi equipaje. Si hubiera estado solo quizás hubiera comido; pero como todo era tan ordenado yo pensaba: "Si lo como, ¿dónde voy a poner la cáscara?, porque no había basure- ro a la vista. Y por eso no quería comerlo. Por otra parte estaba el antropólogo. ¿Cómo iba yo a sacar mi merienda de viaje delante de él? Y por eso no sabía qué

hacer con ese paquetito. Al final ya no recuerdo qué es lo que hice, creo que lo dejé por ahí en una mesita. Las cosas que pasan cuando uno no sabe viajar ¿no?

Al día siguiente se instaló la reunión. Lo más sorprendente para mí era cómo íbamos a entendernos entre todos, porque habían gentes de diferentes nacionalidades. Y vi que cada delegado en su mesa tenía un micrófono para hablar y también tenía auriculares para escuchar la intervención de los diferentes delegados traducidos por varios traductores; al ponerme el auricular escuché que para mí me estaban traduciendo en castellano. Y seguramente, en algún momento, lo que yo he hablado también lo estaban traduciendo a otros idiomas. Era una cosa bastante interesante; cómo la tecnología les permite hacer una cosa así, que personas de tantas lenguas se puedan entender a través de traductores.

La conferencia duró tres días. El primer día fueron informes sin mucha trascendencia. Era una conferencia contra el racismo y como nosotros, los indios en Bolivia, justamente estábamos motiva- dos por la opresión racial, yo estaba ardiendo en deseos de hablar sobre la situación en el país. Pero no fue así, no me dieron oportuni- dad. Habían otros problemas que hablaban, denuncias que leían; parecía que en realidad estaba yo ahí como una decoración porque no me prestaban mayor atención, aunque yo estaba muy fanático con nuestra personalidad, sentado con mi ponchito, los demás no eran así, había negros pero no usaban sus ropas. Los únicos que he visto eran esos representantes de Tailandia, que estaban vestidos a su manera.

Otra cosa fue la cuestión de la alimentación. Yo no estaba acostumbrado a cómo se comía. Lo que tenía que hacer era no des- prenderme del antropólogo alemán. El almuerzo estaba preparado en una gran mesa, en una especie de gran vitrina y la manera de servirse era a la europea, lo cual nosotros muy pocas veces podemos tener la oportunidad de ver en nuestro país. Los platos estaban amontonados y cada persona tomaba su plato y de las tantas ensaladeras que habían preparado tomaba lo que más le gustaba. Yo era una persona que no conocía todo ese uso y quería portarme con delicadeza. Si se trataba, por ejemplo, de papas fintas tomaba unas dos papitas; si se trataba de la ensalada una lechuguita o un pedazo de tomate. Al final casi no comí nada por querer ser muy delicado. Pero me di cuenta que otros que estaban al corriente de esas usan- zas, agarraban el plato y llenaban de todo lo que les gustaba y comían que era un contento. En cambio yo no; eso también fue para mí un chasco. He tenido que

sufrir todas esas cosas por estar apren- diendo una nueva costumbre, una nueva situación, de cómo era vivir en Europa.

En las charlas yo tenía simplemente que ser un oyente que aparentaba entender muchas cosas que no entendía porque habla- ban en sus idiomas y aunque lo traducían al castellano tenían otra forma de expresarse, algo así como nosotros vemos una diferencia con los orientales de Bolivia que tienen una forma diferente de expresarse y a veces no se les puede entender. Así también sucedía allí. Con la única persona que yo podía hablar era con la traductora española. Ella decía que en esas reuniones podían los traductores ganar dinero, pero que no era una cosa permanente.

Otra sorpresa fue para mí el supermercado. Salimos un día -no recuerdo si fue con el antropólogo o en compañía de otro- al merca- do. En el trayecto tanto la casas como las calles eran una cosa muy notable por su orden y por su limpieza: no había papeles ni cáscaras como se acostumbra ver en nuestra ciudad. Las veredas y toda la calle no eran de un empedrado simple; todo estaba asfaltado y muy ordenado. Además había jardines, muchas vidrieras y mucha luz en la calle.

El supermercado era todo un edificio de varios pisos. Noté que una vez que se entra las personas que van a hacer su compra toman un carrito y se van a dar la vuelta por todas las reparticiones de cada piso y toman lo que ellos necesitan. No hay vendedor, todo está puesto en estantes, ordenado por secciones. En la salida está un empleado que cobra que parece que está muy al corriente de todo el valor de las mercaderías, pues se fija en lo que hay en el carrito e inmediatamente va calculando. Tiene una máquina para cobrar, no

lo escribe con mano; todo está automatizado. En un momento le hace la factura y paga el cliente su cuenta y después sale; no hay amon- tonamientos ni tampoco nada de eso de decir "rebajame" o "yapame" como acostumbramos en nuestro medio. Fue para mí una cosa nueva que no conocía y no creo que entonces teníamos en La Paz un super- mercado de esa clase. Yo no compré nada porque no tenía dinero, solamente fue el paseo y nos fuimos rápidamente porque iba a comenzar otra vez la conferencia.

Para la conclusión de la conferencia se decía que iban a venir personalidades y yo no había hablado casi nada. Entonces hubo un turno para que hablara y me

encargaron que sea breve. Yo ya estaba desesperado porque no me daban la oportunidad de hablar y no les hice caso; me aproveché y hablé sobre toda la opresión que había en Bolivia, sobre la organización política que yo representaba, cómo se había formado, cuáles eran su objetivos, sobre la situación del indio, todo eso. Parecía que a los invitados especiales no les agradaba y me llegaron a advertir que no dijera esas cosas porque aquella era gente reaccionaria. Realmente hasta ahora no entiendo cómo era esa conferencia: por un lado había delegados que venían a hablar hasta de las situaciones de guerras como en el caso de la SWAPO y luego venía una gente reaccionaria a clausurar la conferencia. Pero de todas maneras hablé contra todo lo que ellos querían hacerme callar. A mí ya no me importaba; les guste o no les guste.

Al final me llamaron a una reunión reservada. Había un obispo, José Chipenda, que tenía algo de raza negra y era el principal hombre, el que manejaba todo. Recuerdo que me llamaron a una oficina y me preguntaron de la situación de Bolivia, del movimiento indio y cuál era la petición que iba a hacer. Entonces, brevemente expliqué y luego planteé con miedo lo que tenía que solicitar porque realmente tenía miedo de mencionar la cantidad de dinero que me habían indicado que pidiera; me parecía tanto dinero. Y sin embargo en allá resultó ser una pichanga; lo que yo estaba planteando era una cosa insignificante porque ahí se hablaba de asistencia finan- ciera para una guerra en el Africa que costaba sumas increíbles en armamento y vituallas. Era una cosa para quedarse con la boca abierta; como que así fue: me quedé con la boca abierta. Pero yo ya había dicho la suma que me habían encargado; entonces recién pensé que podía haber solicitado más. Pero al final a mí no me entregaron ningún dinero, solamente fue la presentación de una solicitud. Dijeron que estudiarían nuestro caso sin indicar cuándo iban a dar el resultado y yo ya tenía que regresarme.

El antropólogo alemán me llevó a la casa de una señora bolivia- na, una cochabambina casada con un suizo. Estuve allá unos tres

días. Entonces cuando tuve la oportunidad de pasear por un lago muy bonito, con embarcaciones y jardines. Por primera vez vi los tulipanes; en algún libro yo había leído sobre los tulipanes, pero nunca había visto y ahí por primera vez lo vi. ¡Qué hermosos jardines! Nunca he vuelto a ver un jardín así.

En ese lugar había también otro antropólogo que también tenía interés en

conocer la realidad de Bolivia y nuestra situación. Conversamos bastante, les conté todo lo que ha pasado en aquí y sobre la situación en Suiza ellos me contaron. Me contaron sus problemas; uno se quejaba del humo del medio ambiente y el otro de la situación económica. Me acuerdo que la señora del otro amigo antropólogo era una campesina suiza que acababa de dar a luz y se estaba reponiendo recién.

A través de esa señora cochabambina tomé contacto con otras personas que eran bolivianas y trabajaban en Suiza. Uno de ellos era un actor boliviano que hacía teatro en Suiza; me mostró algunos afiches, su mujer era una gringuita y tenían también su criatura. También conocí a un joven de Pacajes; me alegró mucho encontrar un hombre de Pacajes en Suiza, con él hablamos mucho; pero él no era de nuestra línea, aunque estaba de acuerdo que nosotros hiciéra- mos esa representación política. Todos ellos estaban entusiastas. Después ya era el momento del retomo. Nos despedimos con el antropólogo alemán que se regresó a su país. La señora cochabambi- na es la que me despachó; marido y mujer me llevaron al aeropuerto y allá me embarcaron de vuelta a Bolivia.

Cuando regresé a La Paz presenté un informe sobre mi viaje. Les conté todo, así como estoy contando ahora. Les conté de mis apuros y de mis problemas y fue un motivo de risa para mis compañeros.

Elecciones de 1979

Como ya he indicado, las elecciones de 1978 fueron anuladas por fraudulentas y se convocaron a nuevas elecciones para 1979. Noso- tros, como ya habíamos participado en 1978, tuvimos que participar otra vez.

Se hizo una convocatoria a la segunda convención del MITKA con el objeto de nombrar a los candidatos. Debido a nuestros problemas económicos de siempre, con lo poco que había pudimos alquilar el lo- cal, atender la alimentación y otros gastos menores. La convención, como la primera vez, fue sencilla y humilde; esta vez alquilamos un local, uno de esos locales donde se celebran los matrimonios y otras fiestas sociales, porque el costo era barato y aunque no tenía como-

didad tenía suficiente espacio para recibir a la gente. En el momento del

nombramiento de candidatos mi nombre estaba otra vez en la de- signación; pero esta vez Isidoro Copa ya no quiso aceptar. Final- mente fue propuesto como candidato a la vicepresidencia Eufronio Vélez, a quien yo había conocido en la prisión. En esa época él esta- ba junto con los presos políticos y se lo conocía como "eleno" igual que se decía de Constantino Lima. Los dos eran amigos y fue a tra- vés de Constantino que este elemento ingresó como militante de la organización. Es verdad que él tenía bastante escuela política para hacer exposiciones y discutir, y aunque no era indianista algo asi- miló con el tiempo. Cuando resultó que no teníamos elemento para suplir a Isidoro Copa, entonces Constantino decidió que fuera ese su amigo, Eufronio Vélez. El no tuvo inconveniente y así fuimos procla- mados la candidatura para el 1979.

Igual que en 1978, la lista de diputados y senadores fue hecho por Constantino. Yo no he visto absolutamente nada, no se me con- sultó para nada en cuanto a los candidatos. En esa misma conven- ción se señaló la realización del segundo congreso de MITKA en la localidad de Tolata, con pleno conocimiento y aprobación de Cons- tantino Lima.

Para estas elecciones hubo aportes de dinero; pero eso era un secreto de Lima. Un día me sorprendieron a mí con un anuncio del Banco Central dirigido a mi nombre para que recogiera dinero y como estaba a mi nombre necesariamente yo tenía que firmar. Cons- tantino y Tumiri me hablaron de que era una remesa que nos esta- ban mandando y que lo habían hecho a mi nombre por indicación de ellos y que yo tenía que ir a recoger. Me pareció un poco extraño por qué hacían eso a mi nombre sin consultarme, pensaba por qué no lo hicieron ellos directamente a sus nombres. Pero no hice tampoco problemas, pensaba solamente que no era correcto. Me llevaron al Banco Central, me presenté y se hizo el recojo del dinero. Era una suma de dos mil, no estoy muy cierto si se trataba en pesos bolivia- nos o en dólares; pero algo así como dos mil.

También recuerdo que estuvimos Jaime, Constantino y yo en una reunión donde había antropólogos y gente extranjera. Constantino nos presentó y hablaron con una señora que ellos ya conocían sobre un depósito de dinero; la señora indicó que al día siguiente nos fuéramos a una casa de cambios para completar un depósito que ella ya había hecho en parte. Al día siguiente nos constituimos en la casa de cambios donde ella completó una suma que redondeaba cinco mil dólares. Ese dinero me encargaron para que yo administrara.



Presentación en la televisión en La Paz, durante las elecciones de 1979.

Otra partida de dinero, una suma mucho más superior, recibimos igualmente a través de Constantino quien nunca explicó de donde provenía, si era lo único o era parte de alguna donación. La cuestión es que con ese dinero pudimos comprar una multicopiadora que mucha falta nos haría para hacer propaganda y folletos, una máquina de escribir, un escritorio y unas sillas. Así pudimos instalar nuestra oficina en ese local del puente Abaroa. Ahí funcionaba nuestro local, aunque no estaba ahí la multicopiadora que estaba en poder de Julio Tumiri, quien se encargaba de hacer los volantes. Lo único que quedó en la oficina era la máquina de escribir. Esa fue la máquina que se perdió debido a la arbitrariedad de un compañero como ya me he relatado antes.

De ese dinero también se destinó para el sostenimiento de las personas que estábamos trabajando de lleno en la organización, que éramos mi persona, Constantino y Tumiri; aunque Tumiri raras veces venía, era el elemento que tenia con Constantino las conexio- nes en el exterior; ellos eran los que conseguían el financiamiento. Así es que se decidió asignar algo para nuestro sostenimiento y señalaron como un sueldo o subvención para los tres.

Durante esa campaña electoral con Constantino hicimos algunas visitas al interior. Recuerdo que en Oruro nos invitaron los de la directiva departamental que ya habían tenido una invitación de la universidad y me hicieron participar. Estuvo también Marcelo Santa Cruz en representación del PS-1 y algún otro candidato. También pude hablar en la Radio Bolivia. Y también hicimos contacto con pequeños grupos de pequeños cantones.

También fuimos con Constantino a Cochabamba y Santa Cruz. Había un grupo numeroso en Santa Cruz; pero no estaban ellos en la misma ciudad de Santa Cruz sino en Montero. Nos reunimos; es- tuvimos unos dos días hablando de la organización y recibiendo un informe de ellos. Fue muy fructífero.

Volvimos a repetir las proclamaciones en los mismos sitios que habíamos hecho el año anterior. Se fue ampliando porque no sola- mente íbamos una sola vez; tratábamos de ir unas dos veces a cada feria para poder cubrir a más cantidad de gente.

Pasamos por las mismas inquietudes de organización electoral que en la anterior vez, pero el trabajo se fue recargando más todavía. Por parte de la prensa nos pedían documentos que querían publicar. Había que dar respuestas y todo eso necesitaba tiempo para atender. Algunos mandaban preguntas ya escritas y no

había más que contestar. Todo eso era para mí un trabajo constante. Hicimos otra vez una presentación en la televisión, pero esta vez



Proclamación durante la campaña electoral de 1979 (Plaza 16 de Julio de El Alto).

recuerdo que había una periodista que me atufaba cada vez que hablaba de los aymaras y los qhishwas como una misma realidad. Nosotros no hacíamos una distinción entre los aymaras y los qhishwas, pero esta señora se empeñaba en recalcar que los qhish- was habían sido también nuestros opresores, que habían colonizado a los aymaras. Lo que ella quería quizás era que nosotros ante eso tuviéramos alguna reacción contra los qhishwas, pero no fue así.

A raíz de nuestras pocas disponibilidades económicas nos encon- tramos en una situación difícil. Los dirigentes encargados de ese tra- bajo mandaron a hacer afiches para la campaña. Se pensaba que Constantino se haría cargo del pago de esos afiches, pero el resulta- do es que cuando llegaron los afiches no había

quién pagara. La imprenta cobraba y cobraba hasta que ya me pasaron a mí una nota notificándome que iban a recurrir a la policía. A esto Constantino dijo que eso era un asunto del candidato, lo cual por supuesto no me gustó a mí. ¿Cómo era posible que él no asumiera la responsabilidad siendo él el que tenía sus relaciones de financiamiento? Además él era el jefe de la organización y tenía pues la obligación de asumir responsabilidad. Todo eso no me gustó, no tanto porque Lima dijera que no tenía sino por la manera en que a mí me haría responsable, como si yo como candidato estuviera haciendo por mi cuenta la candidatura o estuviera haciendo una representación personal.

Poco a poco empezaron a agudizarse los problemas y los enfrenta- mientos con Constantino, y por parte de otros también igualmente era criticado por ciertas arbitrariedades y ante todo por su desen- tonación. El, por su parte, seguramente consideraba que nosotros lo desentonábamos a él, que todos debíamos sujetarnos a lo que era él. Pero a veces era para mí difícil porque la prensa captaba lo que él decía y luego venía a mí a hacer preguntas capciosas y a mí me ponían en una situación difícil porque si yo expresaba abiertamente lo que era mi posición indudablemente se hacía público una situación de contradicciones dentro de la organización, y eso no era posible hacerlo público. Por toda estas cosas discutíamos y todo este período fue de continuas desavenencias.

El trabajo de la pintada de las paredes fue un problema porque no teníamos dinero. Constantino todo lo componía con no aparecer. Los dirigentes tuvimos que idearnos soluciones; aunque fue más bien una iniciativa de nuestros mismos hermanos. Por esas cosas de la pobreza muchos de nuestros hermanos iban a ganarse unos pesos pintando las paredes para los diferentes partidos políticos que tenían plata y tenían mucho material para pintar. Entonces esos hermanos tomaban la pintura de los partidos políticos que los contrataban y pintaban con una parte para ellos y otra parte lo

contrataban y pintaban con una parte para ellos y otra parte lo guardaban para nosotros. Así el MITKA pudo tener pintados murales en la ciudad. Del campo también venían, pero era difícil conseguir pintura, entonces tuvimos que recurrir al estuco. Dijimos que se podían conseguir un poco de estuco y con eso pintar y así lo hicieron y en algunos caminos aparecieron la sigla del MITKA pintado con estuco. Lo único de malo era que el estuco rápidamente se borraba: no tenía resistencia al viento, al sol y a la lluvia. En cambio la pintura era una cosa

mucho más estable; lo que se ha podido pintar en la ciudad de La Paz mucho tiempo ha durado, han pasado dos tres años y seguía todavía en algunas partes nuestra sigla. Eso se pudo hacer a costa de nuestros competidores tradicio- nales de la *q aracracia*.

En huelga de hambre con otros dirigentes

En los últimos momentos de la campaña electoral surgió un im- pedimento por parte de la Corte Electoral. Se trataba de hacer una sanción contra los partidos que no habían obtenido resultados que la Corte Electoral estimaba del caso. La sanción era para MITKA, para el PS-1 de Quiroga Santa Cruz y para Filemón Escobar.

Era verdad que nosotros habíamos tenido un resultado muy reducido en nuestra primera presentación; pero como he explicado anteriormente nuestras papeletas brillaron por su ausencia porque nosotros no tuvimos la capacidad de hacer una distribución por todo el país y porque había una labor de sabotaje por parte de los parti- dos que entonces se consideraban que estaban a la cabeza, como ser los oficialistas y los de la UDP.

Marcelo Quiroga Santa Cruz era un hombre que siempre iba sobresaliendo y a través de la prensa nos enteramos que él había manifestado su intención de declararse en una huelga de hambre. Eso fue para nosotros también un motivo de análisis y decidimos que nosotros también teníamos que ingresar a esa huelga de ham- bre. Lo normal, lo corriente -por mi parte yo considero así- hubiera sido que Constantino Lima fuera quien hubiera entrado en la huelga de hambre, pero él no quiso afrontar esa situación. El más bien argüyó que como jefe, desde afuera tenía que dirigir los resultados y hacer el apoyo. De modo que como no había otra persona más representativa, yo tuve que declararme en huelga de hambre en representación de MITKA, junto con Quiroga y Filemón Escobar.

Yo hice esa huelga de hambre a conciencia, pues ni siquiera probé agua. En cambio los otros, creo que de alguna manera recibían

algún alimento y mediante productos vitamínicos de farmacia se sos- tenían. En esa ocasión el proceder de la prensa me dio mucho que desear. Quiroga era la figura central; como era un político desenvuel- to que era de la clase burguesa, a

pesar de su posición socialista, él atraía la atención de la prensa y el trabajo de sus partidarios estaba encaminado a hacerle publicidad. Traían a miembros de la prensa con cámaras de la televisión para entrevistarlo, mientras yo pasaba completamente desapercibido e ignorado por la prensa. A mí ni si- quiera me hicieron una pregunta ni me dirigieron la palabra.

También debo referirme al comportamiento de Marcelo durante la huelga. A pesar de que él era un dirigente político de posición socialista, y por tanto se puede pensar popular, en su conducta persona] no era así con relación al indio; se mantenía dentro esos resabios de racismo en los que vive mucha gente en Bolivia. Durante todo el tiempo que estuvimos en esa huelga de hambre, no tuvimos siquiera una palabra con él. Ni él me dirigió y menos yo. Qué podía hacer; se mostraba tan renuente, tan indiferente y hasta cierto punto con soberbia. Más bien Filemón Escobar me habló, me dijo que él también era hijo de una *palliri,* él era un poco más popular. Pero de todas maneras aunque ellos estaban muy imbuidos por esa formación de la izquierda tradicional mantenían esos resabios racistas de la Colonia que yo sentía en su conducta. A veces los dirigentes políticos de ciertas organizaciones socialistas o populares no son tan populares ni son tan socialistas como se podría pensar.

Mientras tanto, como después me enteré, hubo muchos enfrenta- mientos entre algunos compañeros de la dirección, especialmente Jaime e Isidoro Copa con Constantino. En cuanto se refiere a la organización, Jaime, Isidoro Copa y otros estaban inquietos por lo que nos pasaba y parece que hubo muchos disgustos en afuera, muchos enfrentamientos entre los compañeros de la dirección y Constantino Lima. A Constantino Lima le exigían que asumiera su responsabilidad como se había comprometido, pero parece que a él no le importaba; ya hecho el ingreso a la huelga de hambre por mi persona se olvidó del asunto y no le importó más y eso no les gustaba a los otros. Constantino me hizo saber que algunos dirigentes "lo habían querido puñetear", según él, y evidentemente parece que fue así, que hubo algunos forcejeos por la indignación. Jaime Apaza vino a verme en una ocasión y me contó ya más detalladamente qué es lo que estaba pasando afuera con Constantino Lima. El caso es que de pronto me vi huérfano de apoyo dentro de esa huelga de hambre; no había apoyo de la organización como hacía la gente de Marcelo Quiroga Santa Cruz. Por parte de nuestros dirigentes no había ninguna acción, ninguna declaración a la prensa, nada. Quizás también estuvieron marginados por la prensa afuera, no sé, pero esa era la situación.

El caso es de que ya en el último día, faltando horas para el plazo final, el gobierno decidió solucionar el problema mediante un trámite y el depósito de una cantidad de dinero en la Contraloría y con eso, de hecho ya estaba hecha la habilitación de los candidatos de los partidos que habían sido vetados. Al conocer esa determina- ción naturalmente que se levantó la huelga de hambre y cada diri- gente se movilizó lo más rápido posible para llegar a la Contraloría y cumplir con el requisito exigido.

Yo, lastimosamente, no tenía ningún acompañante ni tenía en ese momento dinero tampoco. Desde la plaza Abaroa hasta la Con- traloría me fui a pie. Con la situación en que estaba con la huelga estaba debilitado, sentía un poco de mareos; pero entonces todavía yo era un hombre joven y a pesar de haber hecho una huelga, como he dicho a conciencia, me fui así solo y a pie hasta la Contraloría. Justamente en la esquina de la Contraloría me encontré con David Márquez, un periodista que era muy adicto de Genaro Flores, pero en su calidad de informador siempre nos visitaba a nosotros. El me comunicó en ese momento que se había encontrado con Constantino Lima, quien al preguntársele cómo era la situación de la huelga, le había manifestado haciendo una declaración a la prensa -segura- mente antes de conocer la solución que el gobierno le dio al proble- ma- que yo tenía que reflexionar, es decir que yo tenía que revisar la determinación de la organización de ir a la huelga. Para mí fue un momento de amargura y de disgusto. ¿Cómo un hombre que en ese momento tenía ese cargo de dirección, que era el jefe, podía portarse de esa manera tan baja, tan mezquina, tan ruin, tan cobarde? Me indignó tanta irresponsabilidad. Pero no era el momento para desatarse en indignaciones y hacer ante el público un papelón; además estaba tan apurado: tenía que llegar a la Contraloría.

Subí a la Contraloría y no encontré a nadie de mis compañeros. Para cumplir el requisito necesariamente necesitaba el dinero y si no estaba Constantino no había nadie que pudiera poner el dinero. Yo había subido con tanto miedo las gradas porque había que subir varios pisos en la Contraloría y por lo que estaba débil mi corazón empezó a palpitar violentamente al hacer ese esfuerzo, pero tuve que bajar otra vez y volver a subir. Afuera felizmente lo encontré a Jaime Apaza, quien por suerte tenía algo de dinero. Inme- diatamente nos subimos y depositamos el dinero y con eso quedó ha- bilitada la candidatura del MITKA. Así se pudo superar esa situa- ción sin que hubiera intervenido en nada positivo Constantino Lima, que era el *Apu Mallku*, el jefe, el líder, el radical y todo lo que

se sabe de él. Me dio tanta indignación: yo era en ese momento capaz de irlo a patear; pero ni siquiera apareció, estaba completamente perdido.

407

Una vez salvada esa situación, nos fuimos ya contentos y tranquilos. En primer lugar le dije a Jaime: "Mirá, estoy sin comer, vamos a tomar un cafecito", y así nos fuimos a tomar un tecito por ahí y luego nos trasladamos al local. En el local había muchos hermanos esperando saber qué iba a pasar. Fue toda una alegría cuando me vieron y cuando les conté todo lo que había pasado, la solución del problema. Entonces empezaron a recobrar su confianza y su ánimo y así pasó esa situación en un momento tan difícil para la organización. Para mí fue realmente una cosa tan sucia, inacepta- ble para la conducta de un jefe de partido.

Finalmente se dieron las elecciones. Algo habíamos aprendido de la experiencia anterior. Decidimos que teníamos que tener delegados ante la Corte Electoral y nos preocupamos en lo mejor posible de cubrir las mesas electorales con nuestros delegados el día de las elecciones. Pero tuvimos muchos problemas: nuestra dirección no estaba a la altura como para poder organizar, y nuestra gente era gente humilde y tenían miedo de participar como delegados y preferían hacer su voto disimuladamente, ocultamente. Ese era el resultado de la opresión de tantos años: teníamos miedo de manifes- tarnos en nuestra expresión de libertad y eso dura todavía hasta ahora. Hay muchos dirigentes que todavía tienen miedo de hacer oír su voz franca por la libertad.

Sin embargo, pudimos organizar siquiera en una parte algunos delegados en las provincias como también en la ciudad de La Paz. Llegaban algunos con los cómputos obtenidos en cada mesa, tenía- mos nuestro registro, en fin. Sin embargo no pudimos totalmente vigilar cuánto nos volvieron a sabotear y cuánto nos engañaron. No hubo caso ni siquiera en la Corte Electoral; no teníamos los sufi- cientes delegados.

En algún momento apareció una abogada que voluntariamente se presentó a ofrecernos su colaboración como delegada en la Corte Electoral. Ella decía: "Cómo es posible, les están engañando los votos; hay que hacer la vigilancia". En la urgencia del momento, nosotros inmediatamente la aceptamos como militante de MITKA, aunque ella era una señora blanca. Después supimos que era una persona muy conocida, su nombre era Rosa Lema, y era encargada de una organización Agramont que tenía muchos bienes y hasta ahora los tiene.

Mucho antes parece que ella era del MNR, yo no sé. Si vino por curiosidad o vino con sinceridad, no sabemos. Lo cierto es que la recuerdo muy bien porque me endilgó una figura quijotesca al llamarme "el caballero andante del altiplano". Así, por nuestra necesidad, tuvimos que hacerle intervenir, así nomás, improvisa- damente.

Conocidos los resultados oficiales de las elecciones proporciona- dos por la Corte Electoral Nacional pudimos comprobar que a pesar del modesto apoyo de votos que tenía MITKA, habíamos logrado un curul en el Parlamento. Esta representación, según la lista que había hecho Constantino Lima, le correspondía a Julio Tumiri. Por tanto él se ocupó de llenar los requisitos necesarios para habilitarse como representante nacional.

Entre tanto yo, recibí una notificación por parte de la Con- traloría, indicando que de acuerdo a los resultados proporcionados por la Corte, y de acuerdo al compromiso que tenía la organización, debía cancelar la multa establecida en la Ley Electoral. Sin em- bargo, no fui buscado ni aprehendido; aunque según la misma Ley Electoral la multa debía cancelarse en un plazo de tres días. Constantino Lima no quiso saber nada por cuanto él no era fir- mante de ningún compromiso, a pesar que era el jefe y el que debía asumir la responsabilidad. Pero él ignoró ese compromiso y la preocupación era para los que habíamos firmado: Jaime Apaza y yo. Jaime decía: "¿De dónde vamos a sacar la plata? Si nos agarran tendremos que ir nomás a la cárcel y con eso vamos a pagar". Y era una decisión que estábamos adoptando, yo mismo también ya estaba resignado a ir a la cárcel porque no teníamos el dinero. Sin embargo, como ya he dicho, la Contraloría nunca hizo el cobro. Así pasó el tiempo hasta que quedamos tranquilos y hasta cierto punto olvida- mos el asunto.

Segundo viaje a Europa

El mismo año de esas elecciones sucedió que llegó una invitación al MITKA por parte de comités de apoyo al movimiento indio de Bolivia en Europa. Eran pequeños comités formados por iniciativa de algunos bolivianos que vivían allá. Había en París y también un grupito había en Bélgica. Constantino sabía muy bien esto, pero el caso es que la invitación que mandaron insistía en que debía ir yo. Digo "insistía" porque aunque en la primera invitación que hicieron, sugiriendo que fuera el candidato el que visitara con motivo del 12 de octubre

para hacer algunas conferencias que ellos prepararían, Constantino había decidido mandar a otra persona; pero la gente que representaba a los comités en Europa no se mostraron con- formes. Por eso digo que insistían en que yo fuera: ellos claramente en una nota aclaraban que ellos verían con agrado que fuera el can- didato a presidente y no otro. De modo que Constantino Lima no pudo negarse y tuvo que aceptar contra su voluntad.

409

El estaba opuesto porque nosotros estábamos en una época de continuos enfrentamientos desde aquella huelga que se había dado en la Corte Electoral. Por su manera de ser, él tenía una posición de arrogancia, de mandamás. A pesar de que él hablaba de un Consejo Colegiado, se atribuía el término de *Apu Mallku,* que era su invento y no un título acordado por todos. Yo creo que en eso tenía un pareci- do muy grande con Reynaga. Reynaga se consideraba, creo que en su libro lo dice, el Inca redivivo y como buen discípulo, Constantino Lima se consideraba el *Apu Mallku.* Por todas esas cosas había críticas, resentimientos, enfrentamientos y es por esa razón que tanto a mí como a Jaime Apaza, seguramente quería anularnos, expulsarnos; pero no podía hacerlo porque nosotros teníamos más aceptación de la base.

De esa manera tuve que viajar por segunda vez a Europa. Había que hacer unas conferencias en París en el centro cultural Pompidou y para el 12 de octubre en Bruselas. La persona en cuya casa yo estaba alojado en París era Pedro Portugal, que por entonces estaba exiliado, era estudiante en la universidad y también trabajaba para sostenerse. También estaban allá sus dos hermanas.

Unos días después de mi llegada tocaron la puerta y apareció nada menos que Constantino Lima en París. Yo me quedé muy sorprendido al enterarme que él también estaba haciendo una gira por Europa, porque nunca había dicho una palabra sobre eso al Consejo. Resulta que estaba viajando en una visita por Italia y Francia preparada por gente adicta a él, entre ellos el cuñado de Samuel Coronel, que entonces estaba en Europa.

El resultado de esa sorpresiva aparición de Constantino en París fue que yo lo tomé muy en mal a Portugal por cuanto, estando en su domicilio, bajo su amparo se podría decir, permitió que Constantino me atrepellara, porque en esa ocasión él se presentó prepotente como nunca jamás lo hizo. Me empezó a increpar y aunque no utilizó la palabra expulsión -él decía "separación"- me amenazó con

echarme del partido, esa era la conducta que asumió en la discusión que tuvimos. Estaba hasta cierto punto en una posición desafiante, como para ir a los golpes. En realidad yo no le tenía miedo a Cons- tantino en ir a los puñetes, creo que estábamos por ahí nomás también. En cuanto a razonamiento igual; era un tipo que hablaba mucho, pero que en realidad no tenía un razonamiento como para poderlo respetar. Yo quedé resentido porque consideraba que Portu- gal en ese momento podía haber intervenido y haber evitado el ultraje que Lima hizo en su casa a su alojado. Eso me resintió, y aunque no le dije nada, dentro de mí esa era mi opinión y ya era un aspecto negativo para su persona.

410

Así me fui dando cuenta de que había un doblez en la gente de París. En un principio yo no sabía sus intenciones, ni sus preferen- cias que cada uno de ellos tenía por los miembros de nuestra direc- ción. Hubo incluso enfrentamientos entre familia: la hermana mayor de Pedro Portugal era más partidaria de mí y estaba también moles- ta. El trajín que Constantino Lima hacía con algunos miembros hizo que otros, al saber esas cosas, empezaran a reaccionar. Creo que entre ellos tuvieron algunas reuniones para discutir el asunto.

Recuerdo dos presentaciones que hicimos en esa ocasión. Una era una conferencia de prensa en París en la que estuvimos conjunta- mente un representante de indios de Estados Unidos, yo estaba como representante de los aymaras de Bolivia y había otro represen- tante del Perú. Otra fue un festival en Bruselas donde hubo música boliviana autóctona y explicaciones de la cultura y la realidad de los pueblos originarios. Había mucha gente joven y recuerdo que en- tonces fui muy requerido; venían con discos de Los Ruphay, que era un conjunto que entonces estaba por allá y que participaba en ese festival. Ellos habían adquirido los discos y querían que yo firma- ra; me pedían un autógrafo. Algunos de esos muchachos se me aproximaron y querían saber cómo se podría ayudar, con medicinas, o algo así. Ellos pensaban en una cosa humanitaria, quién sabe en una situación de un desastre provocada por alguna desgracia natu- ral. Pero para nosotros no se trataba de eso, sino más bien algo que pudiera servir para la liberación del pueblo indio. Lo único que yo les podía pedir en ese momento era su apoyo moral. Después de que hablé hicieron la presentación de Los Ruphay con una característica muy autóctona. Me dedicaron una pieza como un homenaje a un dir- igente indio que estaba haciendo una lucha en Bolivia. Eso me emocionó, porque en mi tierra no había recibido una satisfacción así y en el extranjero me hadan sentir bastante agradeddo, esa fue la emoción que sentí

en ese momento.

Después de esas intervenciones hubo charlas a nivel personal con historiadores y antropólogos; conocí a varias personas. Luego conocí también algunas personas de una organización peruana que vivían en París, dos hermanos eran. Si mal no recuerdo su apellido era Turpo y según me indicaron su organizadón funcionaba en Arequipa, en Puno y en Juliaca. Otro recuerdo de Bélgica es que allí conod a un muchacho guatemalteco adoptado por un matrimonio belga. Era de la etnia kiché y se mostraba orgulloso de su identidad cultural.

También tuve la oportunidad de visitar muchos puntos intere- santes, por ejemplo en París visité el Museo del Hombre. Lo más sorprendente para mí fue que allí encontré el museo más completo y más grande en cuanto se refiere a los objetos de Tiwanaku y de las

cosas de Bolivia. Aquí, en nuestros museos no hay monolitos del tamaño que los hay en allá, allí había monolitos del tamaño como el que está colocado en frente del stadium. Había también tejidos, con- fecciones de esteras, de totora y balsas del lago Titicaca en todo tamaño y muestras de todos los minerales que tenemos en Bolivia. Fue para mí una cosa sorprendente.

También, a manera de pasear, pude conocer la famosa torre Eifel. Había tenido ascensores y era alto. Subí hasta lo alto y ahí tenían cafeterías, habían también telescopios para mirar la ciudad, era una cosa bonita. Por ahí cerca pasaba también el río Sena y a poca distancia estaba también el templo de la Señora de París que en francés tiene un nombre muy especial, se veía cómo cruzaban los lanchones en el río. También la famosa Opera, la Casa de los Inváli- dos, que me dijeron que tenía una relación histórica con Napoleón y así muchas cosas de su historia, entre ellas los restos de la Bastilla.

Estuve en Europa casi un mes. Finalmente llegó el momento del retorno. Fuimos a habilitar mi pasaje y me despedí de los amigos. En Francia el que mayormente me acompañó fue un hermano de apellido Castillo; que me llevó hasta el aeropuerto.

El viaje de regreso a Bolivia. El golpe de Natusch

El regreso no tuvo ninguna novedad hasta el Perú. Cuando llegué a Lima, más o menos a las cinco de la tarde, de lleno me encontré con la noticia de que en Bolivia se había dado el golpe de Estado del coronel Natusch Busch que nuevamente interrumpió el proceso democrático. De todas maneras yo tenía que quedarme esa noche en Lima para continuar a La Paz al día siguiente. Saliendo del aeropuerto fui a buscar alojamiento y me interesé en conocer más novedades; compré periódicos para saber lo que estaba pasando en Bolivia.

Yo tenía muchos deseos de volver a La Paz lo más rápido posible, pero al día siguiente me encontré con que los vuelos a Bolivia estaban cancelados. No tenía más remedio que conformarme con quedarme ese día más en Lima, se decía que al día siguiente podía reanudarse; pero no pasó así, estuve esperando dos días y nada. Entonces quise recobrar el pasaje, quise reclamar a la compañía que me devolviera el pasaje de Lima a La Paz porque yo decidí venirme por carretera. Anduve queriendo reclamar aquí y allá, pero fue inútil, no pude. Ya eran unos cuatro o cinco días que estaba en Lima sin ninguna novedad.

412

Yo tenía cien dólares que los compañeros en Francia me dieron y con ese dinero que tenía opté por olvidarme del pasaje de avión y venirme por carretera. Fui a averiguar donde habían agencias para conseguir un pasaje. Tomé un boleto desde Lima hasta Juliaca y me embarqué en la tarde, a eso de las siete más o menos.

En la mañana llegamos a Arequipa. Se hizo un alto, estuvimos casi todo un día. Tuve la oportunidad de ir a visitar algunos lugares y de ir a comer y pude darme de cuenta de que en Arequipa la gente era ya muy similar a la gente en nuestro país, incluso en sus cos- tumbres en cuanto a comida y la misma vestimenta. En Lima no habían polleras, todos eran de vestido; en cambio en Arequipa ya había gente con pollera, especialmente en el mercado, todos eran igual que las gentes de La Paz y hablaban aymara, una cosa para mí por primera vez visto. No había diferencia, era nuestra misma gente. Hasta entonces yo no sabía bien la historia de mi ancestro. Sólo después de eso me enteré de que toda esa gente era pues del *Qullasuyu* antiguo que abarcaba mucho más allá de las fronteras que hoy en día nos separan con el Perú.

De Arequipa partimos en la tarde. Una vez salido de esa región de Arequipa llegamos al altiplano. Era igual que el altiplano paceño: llanuras, planicies inmensas con pedregales, en fin. Pero no tuve la oportunidad de apreciar bien si

eran desiertos o estaban habitados porque atravesamos el altiplano de noche y no pude ver en toda su magnitud el panorama que iba pasando. Llegando a Juliaca tenía que esperar para hacer otro trasbordo para Puno.

En Puno la noticia era la misma: que estaba el estado de sitio en Bolivia y que los militares estaban haciendo represión; sentía pena y a la vez indignación. Ya estaba dos días en Puno y no había movi- lidad para pasar a Bolivia. Felizmente encontré una movilidad que me hizo llegar hasta Yunguyo. Allí me alojé en un alojamiento que había y al día siguiente quise ir hasta la frontera, pero tampoco había movilidad.

No estaba yo solo: habían también extranjeros, gringos que estaban en la misma situación y querían pasar la frontera. Como vi que se largaban a pie yo también tomé la determinación de irme con ellos. Me fui junto con esa gente y éramos numerosos, casi una canti- dad como para un bus completo. Llegamos a la frontera, pero la frontera estaba cerrada, no había paso. De modo que todos regre- saron, y yo con ellos.

Así volví a Yunguyo al alojamiento donde en la víspera había estado. Hablé con el dueño del alojamiento de la situación en Bolivia, y hasta cierto punto me di a conocer. Le dije: "Yo soy un

413

dirigente, necesito entrar a mi país para saber qué es lo que está pasando. Comprendo que un dirigente político tiene que estar junto a su pueblo en momentos como éste justamente". Y aquel señor me ofreció hacerme pasar la frontera a pie porque él conocía un paso por donde podía conducirme. Yo le acepté, le rogué, le dije: "Yo le voy a recompensar la molestia, pero por favor lléveme, enséñeme por dónde puedo cruzar la frontera para entrar a mi país". Opté por dejar mi maletín ahí en el alojamiento, encargándole que otro día, cuando las cosas estuvieran ya normales, podía volver para recoger el maletín. Y así, paradito, me fui con aquel señor. Me llevó por unos senderitos, subimos por una serranía y en algún momento me dijo: "Esta es la frontera. De aquí para adelante siga este senderito y puede entrar". Me señaló un punto y me dijo: "En ese punto es la frontera, cruza eso y ya está en su país". No había ninguna vigilan- cia y no había diferencia entre la gente peruana y la gente boliviana porque eran campesinos que estaban unidos por sangre. Es verdad que unos vivían en territorio peruano, pero eran la misma familia; a ellos no les interesaba

la frontera, había un tránsito abierto por ahí. Más allá, a unos doscientos metros, había un pequeño pobladito, ya en territorio boliviano y ahí estaba ya la carretera.

Crucé caminando la frontera y tomé la carretera con dirección a Copacabana. En el camino me acompañé con una señora peruana; fuimos conversando y me dijo: "No hay movilidad, estoy yendo a Copacabana a comprarme azúcar. Yo siempre voy allá, nos surtimos de allá." Así fuimos charlando de varias cosas; yo no conocía los lugares donde había control y llegando a un lugar nos encontramos que había un retén de policía sobre el camino. Los guardias nos llamaron a mí y a la señora. Yo me asusté y pensé: "Caramba, aquí me van a detener." Entonces, mientras la policía estaba distraído con aquella señora, yo opté por aprovechar un descuido de la guardia y pasé por un callejoncito angosto y entré caminando a Co- pacabana. Seguramente me estarían buscando después; pero yo tuve el buen cuidado de ocultarme, confundido con mucha gente que había en la plaza. Compré inmediatamente mi pasaje y ya no había problema; no tenía por qué exhibir pasaporte, con mi carnet de identidad era suficiente.

Así pasé el estrecho de Tiquina y esa tarde mismo llegué a El Alto. Directamente me fui a la casa de Nicolás Calle a informarme qué es lo que estaba pasando. Entonces, en lo que estábamos hablando, apareció Juan Lechín en la televisión pidiendo que la gente se tranquilizara, que no hicieran resistencia. Aquello me indignó; cómo era posible que mientras el pueblo estaba haciendo resistencia él se comprometiera a someterse a los militares. Yo

mismo había venido con tanta desesperación, corriendo riesgos sólo para encontrarme que la lucha estaba ya rendida. Caramba, qué decepción.

Estoy haciendo esta relación detallada de mi viaje de vuelta de Europa fundamentalmente para que quede claro que en los días del golpe de Natusch yo no estuve en Bolivia. Es importante aclarar esto porque posteriormente, cuando las relaciones con Constantino se pusieron peor y llegamos al rompimiento, él se dedicó a despres- tigiarnos y una de las calumnias que hizo circular es que yo había tenido participación en ese golpe de Estado. Eso le dijo a la antro- póloga francesa Marie-Chantal Barre autora del libro *Ideologías indigenistas y movimientos indios* y también al antropólogo bolivia- no Diego Pacheco, autor de *El indianismo y los indios contem- poráneos en Bolivia,* quienes, sin

preocuparse de confirmar esa infame versión, repiten irresponsablemente la canallada de Lima*. Como ahora se puede ver claramente, en esos días Constantino todavía estaba en Europa y seguramente pensando que yo entré a Bolivia antes del golpe hizo circular ese rumor malintencionado. Ahora, con la descripción detallada de mi odisea de vuelta de Euro- pa queda claro que yo ni siquiera estaba en Bolivia esos días. Es más, nunca he conocido al coronel Natusch ni he cruzado una pala- bra con él en mi vida.

Unos días más tarde, cuando la situación ya se normalizó, volví al Perú para recoger mi maletín. Fui hasta Copacabana y tomé el mismo camino por donde había ingresado y pasé al Perú sin ningu- na novedad. En Yunguyo recogí mi maletín y le di las gracias al dueño del alojamiento quien se hizo un amigo; me contó que a muchos políticos bolivianos él había ayudado a cruzar la frontera e incluso me mencionó el nombre de algunos. Para él era ya casi costumbre ayudar a personas o a políticos que tenían dificultades en la frontera.

Volví a ingresar a Bolivia en flota y cuando llegamos al retén de la frontera hice sellar mi pasaporte sin ningún problema, como si no hubiera entrado clandestinamente en el viaje anterior. Así terminó mi segundo viaje a Europa cuando sucedió ese golpe de Estado tan doloroso y tan brutal.

Restablecida la normalidad en el país hice un informe de mi viaje a Europa a la dirección del MITKA. Noté que durante mi ausencia

* Pacheco (Hisbol, La Paz, 1992, p. 33), sin citar la fuente, copia literalmente los errores de Barre (Siglo Veintiuno, México, 1985, p. 109) al escribir que "...Luciano Tapia apoyó el golpe de Natusch Busch en diciembre de 1979...". El golpe del coronel Natusch comenzó el 1ro. de noviembre de ese año y su gobier- no duró solamente dos semanas, (J.M.P.).

algunos miembros de la dirección, especialmente Jaime Apaza, habían endurecido una posición de desconocimiento a Lima. Jaime protestaba contra muchas arbitrariedades, hablaba de corrupción indicando que él sabía que había financiamientos considerables de los que Lima no informaba. Lo que estaba proponiendo directamente Jaime Apaza era destituirlo directamente a Lima, pero a mí no me parecía correcto eso. Yo más bien quería que las cosas fueran por el camino correcto, es decir a través de un congreso que justamente estaba por

realizarse en Tolata, tal como se había decidido en la segunda convención del partido, como ya he mencionado anterior- mente.

El congreso de Tolata

Constantino sabía bien del congreso de Tolata, pero él no apare- cía para hacer la convocatoria y coordinar todo lo que se precisaba para preparar el congreso. Entonces, Jaime Apaza, como segundo hombre en la organización, tomó esa situación a su cargo: preparó las convocatorias y cuando todo ya estaba listo me hizo saber. Yo acepté porque era una cosa que se había convenido en una conven- ción y no algo arbitrario; más bien se estaba dando cumplimiento a un mandato de la organización. Comenzamos a preparar todo para el congreso para el mes de noviembre de 1979. Resulta que en las vísperas había llegado Lima; pero nunca vino a hablar con los demás miembros de la organización. Seguramente se enteró que el con- greso había sido convocado; quizás se olvidó del mandato que había o tal vez quería impedir que yo informe al congreso sobre su conduc- ta en París. La cosa es que, en medio de los preparativos, nos enteramos que Constantino había dado una contraorden diciendo que vetaba la realización del congreso. Pero no era posible vetar; no podía porque no le reconocíamos esa facultad de vetar una deci- sión de una convención. Además la gente convocada ya estaba en camino a Tolata.

Tolata es una pequeña población y los congresistas ya habían llegado. Ahí mismo había una guarnición militar y los militares estaban todavía muy gallos, muy prepotentes. Constantino, que tenía alguna gente adicta en Cochabamba, hizo aparecer a ese grupo haciendo oposición y no quisieron participar. Dijeron que prime- ramente había que zanjar las situaciones de contradicción que había en la organización. Cuando estábamos ya reunidos para empezar el congreso apareció una patrulla militar y hubo conatos de enfrenta- miento. Tuve que explicar al comandante que íbamos a realizar un congreso, que estábamos en un proceso electoral y que había liber- tad para reuniones y congresos. El comandante entendió, pero se

llevó al principal partidario de Lima preso, porque dijo de que lo había encontrado repartiendo propaganda, pero no propaganda del MITKA, sino de alguna organización política tradicional.

A pesar de que ese hombre, de apellido Sánchez, no estaba de nuestra parte y estaba haciendo incluso oposición, yo sentí mucho y reclamé. Aun después de pasado el congreso, aunque a algunos diri- gentes les parecía que no era lo apropiado en vista de que era un opositor actuando a nombre de Lima, fui hasta el cuartel para volver a reclamar por Sánchez.

Con todos esos incidentes el congreso fue entorpecido y no se cumplieron todos los puntos de la convocatoria. El primer punto que era el informe de Secretario Ejecutivo no se pudo cumplir por la ausencia de Constantino. Todos sabíamos de la desautorización que había hecho, pero gran parte de la gente estaba reunida y resol- vieron que no se podía suspender y que el congreso tenía que seguir. En vez del informe del Secretario Ejecutivo tuve que hacerlo yo, colaborado por Jaime Apaza. Informé sobre las cuestiones que había escuchado en Europa, de los apoyos económicos que la organización recibía sin que nada se sepa aquí, y de las arbitrariedades de grupos que decían que eran de apoyo al movimiento indio, pero que en realidad no eran indios, sino exiliados bolivianos que no habían salido por indianistas, sino por comunistas, miristas y de otros parti- dos que traficaban a nombre del indio y habían adquirido su situación a título del movimiento político de los pueblos originarios de Bolivia. Todas esas cosas yo informé, incluso cómo, desde un comienzo, había sido poca la decisión de Lima con relación al MITKA; tuve que mostrar incluso el documento que estaba eviden- ciando que no quiso que se llamara Movimiento Indio Tupak Katari. Frente a todas esas acusaciones, el congreso determinó nombrar una comisión a fin de que hablara con Constantino Lima y lo invitara a aclarar la situación en un congreso extraordinario que se convocó en Oruro para el mes de diciembre de ese año.

La división del MITKA

La comisión pudo hacer contacto con Constantino, pero no logró convencerlo y fracasó en su misión. Como ya estaba señalado, en diciembre la gente se reunió en Oruro y parece que Constantino estaba merodeando por ahí porque algunos informaron que lo habían visto y que le habían hablado, pero que estaba soberbio y no quería participar. Se instaló el congreso extraordinario y el informe de la comisión fue terminante: dijo de que habían hecho todo lo posible desde una exhortación fraternal hasta las súplicas, pero que

Lima no quería escuchar nada y que se portó sumamente descon- siderado indicando que desconocía lo que se estaba haciendo en Tolata y en Oruro. Se entró en un debate sobre la conducta de todo el grupo de Lima; se identificó a las personas que estaban llevando por mal camino a la organización quienes eran Lima, Tumiri, Reynaga y Coronel y todos ellos fueron separados de la organización mediante una resolución de congreso. Ahí se decreta oficialmente la división del MITKA.

Ahí se cierra un capítulo de la historia del MITKA y empieza una nueva etapa. Los que habíamos comenzado luchando en la Ciudad de las Piedras dentro de una posición indianista éramos ahora enemigos. Así empezamos un período muy doloroso de enfrenta- mientos entre los dos bandos.

La gente de dirección se repartió en los dos bandos de la siguien- te manera: por nuestra parte estaba Jaime Apaza, mi persona, Herrera, Sandy Guzmán, Felipe Quispe, Calixto y otros. Con Lima se fueron: Coronel, Tumiri, Calle y otros. Constantino hizo por su parte un simulacro de expulsión a mi persona y a Jaime Apaza, pero él no tenía la autoridad para expulsarnos porque lo hizo simple- mente a título personal; en cambio ellos estaban expulsados por decisión de un congreso del partido.

Después que se produjo la división del MITKA, Constantino se desató en una guerra de propaganda, desprestigiándonos y ame- nazándonos. Su gente llegaron al extremo de hacer un asalto al local del MITKA; se llevaron las *wiphalas*, el cuadro con la figura representativa del indio rompiendo las cadenas que era nuestro símbolo y lo poco de muebles que teníamos, dejando vacío el local. Ellos no podían hacer nada en cuanto al cuarto por cuanto el contra- to del anticrético había sido firmado por Jaime Apaza y solo él podía resolver ese asunto.

Con el rompimiento con Lima nosotros quedábamos completa- mente sin dinero, pues el único que sabía del financiamiento era Lima. La verdad es que aunque algo de dinero nos entregó Constan- tino, nosotros no sabíamos absolutamente cómo, dónde, o cuánto en relación a esos financiamientos; eso nunca informó y ésa fue una de sus características, porque eso mismo le sucedió posteriormente con la gente que se fue con él después de pelar con nosotros, tal como se publicó en la prensa y como nosotros también fuimos informados a través de documentos. Incluso Calle en persona me habló a mí de lo que había pasado: ellos sabían que recibía financiamientos que ocultaba o no quería explicar.

Atenido a que tenía esos financiamien- tos, Constantino se comportaba de manera soberbia; pensaba que

nosotros por falta de dinero íbamos a desaparecer, pero nosotros teníamos un espíritu de lucha. Por ese tiempo Jaime todavía estaba bastante activo y luchador y seguimos trabajando con Jaime y los demás miembros.

Las elecciones de 1980. El MITKA-1

Mientras tanto, después de la derrota del golpe de Natusch, se volvió a llamar a elecciones por tercer año consecutivo. Nosotros for- mamos una nueva directiva que fue encabezado por Jaime Apaza, como Secretario Ejecutivo y Herrera, de Oruro, en la Secretaría General. En una reunión departamental en Oruro se lanzó la idea de ir con la misma candidatura de 1979, es decir mi persona como candidato a presidente y Vélez a vicepresidente. Esa propuesta fue después ratificada por los otros departamentos, aunque yo no estaba muy contento con esa decisión.

Vélez, como ya he mencionado, era amigo de Constantino, pero cuando se produjo la división se quedó con nosotros y fue uno de los dirigentes más fogosos en contra de Lima. Eran en realidad dos hermanos que entraron juntos al MITKA. Lo que no me gustó es que ambos, cuando nosotros hablábamos de las nacionalidades aymara y qhishwa, empezaron a hablar de la nacionalidad castellana. Ellos decían que no se podía discriminar a nadie, que había gente de tez blanca y que hablan castellano, como los chapacos de Tarija, que son también campesinos y por eso hablaban de la nacionalidad caste- llana. No comprendían que nosotros no estábamos hablando de campesinos, sino de una nacionalidad de pueblos originarios, inclu- yendo a los indios que no viven en el campo sino en las ciudades. Entonces lo que ellos decían no estaba dentro de nuestra línea. Yo pienso que ellos han debido ser influenciados por algún elemento, o alguna organización que quería introducir una confusión en nues- tras filas. En principio no fue motivo mayormente de confrontación, pero de todas maneras a mí no me gustaba y parecía que ellos no se daban de cuenta.

Cuando nos presentamos a hacer la inscripción del MITKA nos encontramos que Constantino y su grupo, apoyándose en el hecho de que Tumiri era el diputado del MITKA, reclamaban para ellos la sigla del partido ante la Corte Electoral; la

misma sigla que Constantino tanto había despreciado al comienzo. Sin embargo, cuando la Corte tuvo que emitir un fallo vieron que no había absolu- tamente ningún documento firmado por él; porque, como he dicho antes, todos los documentos de inscripción y otros requisitos, hasta el compromiso para pagar la multa, estaban firmados por Jaime

Apaza o mi persona. Eso nos favoreció bastante y finalmente la Corte decidió otorgarnos a nosotros la sigla.

Entonces Constantino optó por refundar su organización con el nombre de MITKA-L, que luego cambió a MITKA-1 haciendo un remedo al PS-1 de Quiroga, y la Corte le reconoció ese nombre a pesar de nuestras protestas. Con esa sigla, seguramente por el número 1 que llevaba Lima dijeron que eran los primeros, los origi- nales. Ellos tenían los recursos para pagar solicitadas de prensa y hacer propagandas en las radioemisoras desprestigiándonos con calumnias y amenazándonos con insultos. Toda esa documentación de calumnias y ataques de Constantino Lima que en ese tiempo nos hizo, con un requerimiento fiscal recogí y lo tengo en mi archivo como prueba.

Así entramos de lleno en el proceso electoral de 1980. Constan- tino hizo una labor constante de sabotaje en nuestras proclama- ciones. Así ocurrió, por ejemplo, en un acto en la plaza 16 de Julio de El Alto de La Paz, que siempre había sido un sitio de baluarte para nosotros. Cuando teníamos que hacer nuestra propaganda, él empezó a hacer una propaganda muy nutrida por los altavoces pi- diendo que nos apedrearan, diciendo que éramos gente comprometi- da con la masacre de Tolata y con Natusch Busch y otras calumnias que empezó a inventarse en su bajeza y en su mezquindad.

Como ya he indicado, en la convención de 1978, Constantino, porque iba contra su dignidad de jefe de la organización, no quiso ser candidato a presidente o a vicepresidente; pero cuando hizo su MITKA-1 él fue el *Apu Mallku*, fue el candidato a presidente y también a diputado; era todo. En realidad había creado lo que él siempre quería: ser el mandamás, el que todo lo hacía solo, y el que todo representaba solo.

Otra cosa que nos confundía era que la base deambulaba entre MITKA y MITKA-1. Nosotros no podíamos saber quiénes apoyaban a Lima y quiénes nos

apoyaban a nosotros; ellos entraban a ambas organizaciones. Además era triste ver cómo nuestros compañeros estaban en esa situación. Tuvimos que desocupar nuestro local y ya no teníamos ni oficina.

Entonces Vélez, yo no sé de qué manera, consiguió una oficina desocupada en el edificio Tobía. No teníamos nosotros ni una silla. Era una oficina pelada que no tenía ni siquiera alumbrado; pero estaba en un edificio céntrico. En el mismo edificio había muchas oficinas importantes de otros partidos políticos. Y ahí estábamos nosotros, desapercibidos, ocultitos. Un amigo mío que era un lotea- dor de terrenos que simpatizó mucho conmigo, al visitarnos se fijó

que no teníamos nada y nos obsequió una mesita y un par de sillas. Esos fueron nuestros muebles para poder funcionar en esa oficinita.

Vélez tenía sus colaboradores, especialmente su hermano, que por entonces estaba muy activo en la cartera de organización. Ellos estaban activos dentro de la ciudad; pero para la campaña en el campo todo el trabajo recayó sobre mi persona, Felipe Quispe y Calixto Aramayo, sobre todo Calixto, que se volvió mi compañero inseparable. Era una carga muy pesada para tres personas.

Aprovechando la televisión y la radio del Estado hicimos las acos- tumbradas exposiciones y también cumplimos con las encuestas y preguntas por parte de la prensa. También hicimos algunas salidas a las provincias. Recuerdo que fuimos a Calacoto por una invitación de la gente del lugar. También estaban presentes otros candidatos: estaba Hernán Siles Zuazo, los de la Democracia Cristiana y los del MNR, entre los que recuerdo. Se comportaron de una manera considerada con mi persona; recuerdo que Siles Zuazo, cuando fue invitado a hacer la presentación, me cedió a mí a hacer la presenta- ción. Yo, con palabras improvisadas, hice la presentación de los candidatos que asistieron. Cada candidato hizo su exposición y con- testamos muchas preguntas.

Una vez terminada la exposición, cada partido tomó sus respecti- vas movilidades e inmediatamente regresaron a la ciudad de La Paz. Yo había ido en carro de pasajeros y ya no había para regresar; así es que tuve que venir -esa vez fui con Jaime- a pie, porque no teníamos movilidad. A unas cuantas cuadras, cuando ya estábamos en el camino, velozmente nos pasaron los demás partidos en sus movilidades seguido de motocicletas. Nosotros, con nuestro morrali- to en

la espalda, nos quedamos caminando en medio del polvo y de un viento helado que era un martirio.

Esas situaciones dramáticas son muy demostrativas de la situa- ción de un candidato pobre que participaba en las elecciones. Para mí era una permanente situación de angustia a la vez que de perse- verancia en la lucha política de un pueblo originario. Yo no sé cómo he podido resistir todo ese peso y toda esa angustia abrumadora. Yo creo que cualquier otro candidato se hubiera corrido, hubiera deser- tado. Aunque sea difícil de creer yo financié esa campaña electoral con la venta de la producción de arroz de mi lote del Alto Beni. No fue más de tres o cuatro mil pesos, que no era nada para financiar una campaña. Todo esto fue muy triste, fue una prueba de fuego para mí. Ese dinero se acabó en muy poco tiempo; no pudimos hacer las más importantes giras ni las proclamaciones grandes. Yo fui en esa elección a lo que viniera, a lo que predispusiera el destino.

421

Y no solamente eso, sino que tuvimos que hacer la campaña en medio de los ataques, las calumnias y las amenazas de Constantino Lima que, como tenía su financiamiento, se podía dar el lujo de pagar propaganda en las radios. Ese dirigente tan radical que en otros tiempos no quería nada con los *q'aras*, en vez de volcar toda su energía contra el verdadero enemigo, la sociedad *q'ara* opresora, enfiló toda su artillería contra la organización de la que había sido su Secretario Ejecutivo. Y así, bajo el ridículo del ataque de otra organización india y sin nada de recursos, tuvimos que hacer esa campaña electoral.

Finalmente llegó el día de las elecciones y cuando se hicieron los cómputos resultó que tanto Lima como nosotros nos repartimos el electorado y casi tuvimos la misma cantidad de votos. Mi nombre también había sido puesto como candidato a diputado modo que tanto Constantino como mi persona ganamos el derecho de ingresar al Parlamento. Pero ese proceso democrático también fue interrum- pido, como la historia sabe, por otro golpe militar, un golpe mucho más feroz y más siniestro que los anteriores.

El golpe de García Meza. Problemas en el MITKA

En medio de la brutalidad de la dictadura de García Meza, el asalto a la COB, el apresamiento y tortura de dirigentes políticos y sindicales, lo peor de todo para

nosotros fue que mi acompañante de fórmula, el tal Eufronio Vélez, apareció comprometido con el golpe de García Meza. Fue para mí tan triste, realmente indignante el verlo por la televisión cómo aparecía con el nombre del MITKA apo- yando a García Meza. Pero no fue solamente eso: en los días que siguieron al golpe, los dos hermanos Vélez se convirtieron en agentes del Ministerio del Interior y con todo descaro me mandaban encargos de que me estaban buscando para agarrarme. Franca- mente yo he maldecido a Lima por habernos metido esa clase de gente; porque, como he dicho, Vélez entró a MITKA como amigo de Constantino Lima y fue él quien también lo respaldó para que sea en 1979 el candidato a la vicepresidencia. Todo esto era una cosa que me dolió mucho y me avergonzaba. Como sabía que me estaban buscando yo no podía salir libremente a la calle y estaba oculto dentro de mi casa.

Pero no terminaron ahí nuestros problemas. Una vez que MITKA va por su camino como una organización dividida, pero consecuente con el congreso de la Ciudad de las Piedras, Jaime, ya en condición de jefe, no tuvo la suficiente capacidad para conducir la organización como jefe nacional del MITKA. No sé por qué razón seria, pero un

hombre que había trabajado bastante como hombre de contacto, en la jefatura se anuló completamente. Parecía que no comprendía la gravedad del cargo que estaba sobre él; seguía actuando como un dirigente de segunda línea, dispuesto solamente a hacer observa- ciones, como fiscalizador, pero sin hacer propiamente una dirección.

Para entender este alejamiento de Jaime hay que conocer ciertos antecedentes. Desde antes de la división aparece ya una especie de antipatía entre Felipe y Jaime Apaza. Felipe poco a poco va ascen- diendo y se muestra mucho más activo que Jaime Apaza; a su lado siempre está otro hermano, Calixto Aramayo como acompañante. Pero el que hace un líder por su cuenta es Felipe; aunque en ese momento no manifestaba ninguna intención de separación del MITKA, sí hizo una oposición a Jaime Apaza.

En la práctica y con el tiempo, Jaime es desplazado por Felipe; Jaime no pudo reunimos ni siquiera a los dirigentes. En cambio Felipe y Calixto siempre estaban en contacto conmigo y por ese contacto Felipe iba desplazando a Jaime del liderato quien, curiosa- mente, no ofreció resistencia de ninguna naturaleza,

simplemente se dejó desplazar y hasta cierto punto parecía atemorizado. Pero esto fue el resultado de la irresponsabilidad de Jaime porque si él tenía alguna obligación que no le permitía ejercer la directiva, él debía haber manifestado eso claramente y haber incluso renunciado, pero dejando organizado al MITKA. Pero no fue así, él tampoco hacía el trabajo de conducción de la organización, simplemente se conforma- ba con perderse. Ese fue un error de Jaime Apaza en los comienzos de la división.

A pesar de que yo había sido el tercer hombre en los cargos jerárquicos en toda la existencia de MITKA, toda la situación de liderato de hecho recaía entonces sobre mi persona, sin que yo lo hubiera buscado. Como candidato y como la persona representativa yo fui el que tuvo que hacer ese papel de liderato no solamente en la parte de la representación de la organización, sino también en la parte teórica.

Problemas de salud

Por esa época yo sentía que mi salud se iba quebrantando poco a poco. Yo pensaba que quizás era debido al trabajo, al esfuerzo y a las privaciones que tuve que enfrentar en todos esos años, pero no imaginaba que estaba gravemente enfermo. Por otra parte, como estábamos bajo una dictadura, yo no podía recurrir a las clínicas o a los hospitales, por temor a ser capturado por García Meza. Hice

todavía un viaje al Alto Beni para ver mi lote; pero mi salud no me permitió llegar, tuve que volver de medio camino. Mi dolencia se fue agravando hasta tal punto que ya no era posible confiar en las medi- cinas caseras porque estaba con hemorragias de sangre y me estaba debilitando. Así es que, venciendo el miedo a ser capturado por Garría Meza, mis hijas me internaron en el hospital Juan XXIII. Lastimosamente aquel centro de salud de Villa Victoria no tenía los medios necesarios para atender mi caso porque me trasladaban a laboratorios particulares para hacerme los exámenes necesarios. Mientras tanto pasaba el tiempo y yo seguía empeorando más, en tanto que no decidían una curación.

Felizmente en ese momento aparecieron dos personas, es decir un matrimonio que habían apreciado mucho mi actuación política, y aunque eran gente blanca y no eran militantes del MITKA, simpa- tizaban con mi persona y con la posición

de la organización. Estas personas se hicieron unos amigos muy apreciados para mí y gracias a ellos logré ser trasladado al Hospital Gastroenterológico. El dine- ro era mi preocupación; yo les dije que no tenía cuando me dijeron de que me iban a trasladar, pero ellos dijeron que no me preocupara, lo importante era salvarme. Me hicieron todos los exámenes, pero ya mi dolencia estaba muy avanzada; un día de esos, cuando todavía no completaron los exámenes médicos, llegué a desmayarme; me dolía demasiado y ya no podía dormir en las noches.

Antes de desmayarme alcancé a pedir que me hicieran de una vez la operación y la enfermera fue en busca del médico. Me pidieron el número de teléfono para comunicarse con mi familia para la autorización; pero mi familia no tenía teléfono. Finalmente, optaron por hacerme firmar un documento. Me trajeron un documento que yo ya no podía leer porque mi vista estaba nublado; pero comprendí que era la autorización para la operación. Al cálculo lo firmé; como nunca he visto ese documento siempre he tenido la curiosidad de ver cómo había firmado. Apenas pude hacer eso porque después me des- mayé y ya no recuerdo más. Dice que me llevaron inmediatamente a la sala de operación y me hicieron una operación de emergencia y recién constataron que mi desmayo había sido provocado porque se reventó una parte del intestino. Según la explicación que daba el médico después, había una tuberculosis intestinal y úlceras intesti- nales y que los dos males hicieron el trabajo, uno desde adentro y el otro desde encima del intestino, de modo que llegaron a perforar en un mismo sitio, y eso es lo que causó la hemorragia interna.

La operación fue muy delicada, yo no recuerdo nada, pero estuve una cosa de quince días en la sala de recuperación, a plan de oxígeno. Yo ya no sabía quién era, ya no recordaba nada. Lo único

que sentía era que en mi organismo había dos esencias o dos entidades que se partían desde la cabeza hasta los pies: una parte derecha y otra parte izquierda como eran dos entidades diferentes, esa es la impresión que yo tenía. Fue realmente por mi destino, o será por mi fortaleza física que no haya muerto. Estuve mucho tiem- po entre la vida y la muerte y aunque la cicatriz ya cerró, yo no podía pararme. Llegué a tal extremo de debilitamiento que sólo pesaba treinta kilos; no podía pararme por mí solo: tenían que sostenerme dos enfermeras para que pudiera yo estar en pie. Y lo peor, no podía comer nada. Meses, meses enteros he estado a plan de plasma de sangre y suero. La comida no podía

admitir y aunque traían buenas comidas yo no podía admitir, me daban vómitos; ni un bocado no podía hacer pasar. Toda estas cuestiones era real- mente un sufrimiento moral y material muy grande para mí. A ratos prefería rendirme, para qué ya más luchar.

También debo mencionar mi agradecimiento a Calixto, que nunca me abandonó. Me acompañó todo el tiempo que el hospital le permitía estar a mi lado, y aun fuera de las horas de visita, cuando no permitían la presencia de extraños, él siempre estaba en la puer- ta del hospital como si fuera su trabajo y recién se iba a las ocho o nueve de la noche. En cambio no todas las enfermeras son buenas; es cierto que me han tratado con mucha consideración, pero no siempre pueden estar al lado de uno con tanta constancia. Ellas también tienen otros enfermos que atender y yo era realmente un enfermo de mucha molestia por la delicadeza de mi salud.

En los tiempos cuando recobraba un poco mi vitalidad, estaba informado también de lo que pasaba en lo político y llegué a saber que se enteraron en el Ministerio del Interior que yo estaba allá casi agonizando y aunque había un rumor de que intentarían un secuestro, parece que ya no consideraron necesario la persecución. Una vez confié mis temores a las enfermeras y de ahí ya trans- cendió; es decir ya fui conocido porque se llegaron a enterar que yo era el candidato de MITKA y muchas enfermeras ya me llamaban "Mitkita" por cariño. El médico también me decía, "Aquí no va a pasar nada; nosotros lo vamos a cuidar".

También en ese tiempo, recuerdo a una amiga francesa. Ella llegó para las elecciones de 1979 como periodista y llegó a contac- tarse con nosotros; le gustó nuestras expresiones y nos acompañó en nuestros actos públicos en el campo. A mí no me gustó mucho eso por su condición de extranjera; pero no podía yo rechazarla: ella era una periodista extranjera, tenía su pasaporte y tenía la libertad de entrar donde ella quisiera ir a pasear. Así pues, nos acompañó en muchos actos, sacaba fotografías, grababa, en fin. Esta señorita

estaba de vuelta en Francia en la época de mi enfermedad y parece que ella se equivocó en cuanto a mi situación; creyó que había yo sido torturado por García Meza y quería hacer gestiones en su país para sacarme de Bolivia. Mandó muchas cartas y yo agradezco la simpatía de esta amiga porque como nadie

desde el extranjero se preocupó por mí.

Para terminar este asunto, debo decir que quedé completamente inutilizado a causa de tanta droga que me habían inyectado; como el mismo médico me dijo: "Para salvarlo hemos tenido que agarrarlo con todo y lo hemos tenido que impregnarlo de drogas". Con todo eso, si bien me salvaron, la capacidad de mi mente quedó entorpe- cida; no tenía el dominio del equilibrio y andaba como borracho, haciendo zig-zag. Aunque hacía esfuerzos, no podía mantener el equilibrio de mi cuerpo porque esa situación de administración de drogas me afectó grandemente.

Mientras tanto, después del golpe de García Meza, Constantino Lima optó por ponerse a buen salvo a pesar de que no estaba perseguido por la dictadura. No solamente él sino todo su grupo prefirieron irse al Perú. Desde ahí Coronel, Tumiri, Reynaga y Calle hicieron su trabajo de asilados; empezaron a buscar el apoyo de la solidaridad internacional y lograron una buena situación. Más tarde el mismo Reynaga -Ramiro, el hijo de Fausto- en su calidad de presidente alterno de CISA hizo un informe relatando toda la bellaquería que hizo el grupo de Lima con la solidaridad interna- cional. Se dieron sueldos en dólares y acabaron peleando entre ellos por los dineros de la solidaridad internacional. Pero no sólo eso: Constantino allá siguió calumniándonos diciendo que ellos habían escapado porque nosotros estábamos con García Meza, lo cual era otra vil calumnia porque yo jamás he conocido a García Meza y estaba siendo perseguido por traidores que Constantino había intro- ducido en mi propia organización.

Los partidos indianistas en el Parlamento

Esos tres años de la historia de Bolivia se podría decir que se daba un desfile de dictaduras militares que pasaban por el Palacio de Gobierno. Pero los militares no pudieron controlar la situación y finalmente decidieron hacer una reapertura democrática para lo cual convocaron a los partidos políticos, convalidando las elecciones de 1980. De acuerdo a esos resultados, MITKA, a pesar de su re- ducida votación, tenía una banca en el Parlamento porque, quizás copiando cómo presentaban otros partidos políticos la nómina de sus candidatos, se había colocado mi nombre como primer diputado.

Cuando se hizo ese anuncio yo todavía seguía en el hospital. Se convocó a una reunión en el Congreso a la que asistieron Felipe y Calixto. En esa ocasión, ellos tuvieron un enfrentamiento con Lima que seguía insistiendo que se desconociera al MITKA y sólo se acep- tara al MITKA-1. Finalmente entramos los dos.

Cuando finalmente se instaló el Parlamento yo seguía todavía muy delicado. Aquí debe constar ante la historia cómo yo tuve que esforzarme por ocultar esa situación de deficiencia tanto mental como física ante la vista del público y de la gente con los que trata- ba. Yo aparentaba estar normal, pero en realidad estaba como un sonámbulo; no podía escuchar lo que se hablaba, eran simples ruidos que percibía sin entender nada y todo eso me trajo muchos proble- mas. Igualmente, cuando quería hablar rápidamente se perdía mi memoria, se perdía el hilo de mis ideas y no estaba apto para una intervención dentro del Parlamento. En una ocasión casi me hago atrepellar con un coche porque como no podía controlar el equilibrio de mi cuerpo andaba como borracho, y al estar acercándome a la entrada del Parlamento casi me atropello una movilidad que venía a toda velocidad, fue por milímetros que no me ha atropellado. Así, en esas condiciones he entrado al Parlamento.

Una vez en el Parlamento, quedé perplejo cuando Constantino Lima, en su primera intervención, pregonó su apoyo a su hermano, Siles Zuazo; es decir que Siles Zuazo ya no era el *q'ara*, era su hermano. Hasta llegó a ofrecerse para recibirlo en la plaza San Francisco con la *wiphala*-, una cosa que hasta entonces no se había hecho público en ningún acto. Ninguna organización todavía había manoseado nuestra *wiphala*-, pero este Constantino Lima, nuestra *wiphala* por primera vez lo puso en público para recibir a Siles Zuazo. Desde entonces la *wiphala* ha sido manejado por todas las organizaciones, inclusive de derecha, para sus actos y sus intereses políticos. Pero no sólo fue personalmente a recibir a Siles, sino que en un gesto de total oportunismo se acopló por propia iniciativa y de manera servil al grupo parlamentario de la UDP y apareció ahí, sentado en medio de los *q'aras* de la UDP, proclamando ser el único representante legítimo del pueblo indio, rechazando indirectamente mi representación.

Para culminar, el día de la posesión de Siles Zuazo, después de haber concluido el acto en el Palacio Legislativo, Constantino Lima, luciendo su atuendo de representante indio, se fue juntamente con los de la UDP a ubicarse en los balcones del Palacio de Gobierno. Yo, todo eso contemplaba desde la puerta del Palacio Legislativo, ya en mi condición de diputado nacional. Esas fueron las actitudes de Constantino Lima a lo largo de toda su representación en el Parla-

mentó. La radicalidad de la que tanto hablaba se convirtió en un descarado oportunismo en el terreno de la práctica. En su lugar sólo apareció la desvergüenza, la traición al pueblo indio y la pura viveza al estilo mestizo.

Proyectos de ley

Y empezó la labor del Parlamento; se formaron las comisio- nes de trabajo. Yo no conocía nada del funcionamiento del Parla- mento porque era la primera vez que estaba interviniendo en una situación así. Tanto Lima como yo, como una concesión a nuestra calidad de parlamentarios indios, fuimos nombrados para la Comisión Agraria.

A los pocos meses de haber sido posesionado presenté dos proyectos de ley. El primero tenía que ver con una preocupación personal. La situación del pueblo era dramática en esos días; había una escasez y una pobreza tremendas y el problema del transporte era una tortura diaria. Yo veía todos los días cómo la gente que vivía en El Alto no podía trasladarse por falta de movilidad: algunas mujeres cargadas con sus *wawitas* con riesgo de sufrir un accidente o de largar sus criaturas se trepaban a las movilidades para ser llevados hasta El Alto. Todas esas situaciones me hacían com- prender que era necesario preparar algunos proyectos de ley prio- ritarios. Entonces se me ocurrió la posibilidad de la municipaliza- ción del transporte urbano. Esta idea me vino porque en la ocasión de mi visita a Francia pude admirar la organización que hay en el transporte y a mí me dijeron que parte de ese transporte era muni- cipal y pensé entonces que por qué aquí no se podía también tener un transporte de la municipalidad. Así presenté un proyecto de ley. Ese fue el humilde aporte de mi persona para que hubiera nacido, lo que después se llegó a llamar ENTA (Empresa Nacional de Trans- porte). Mi proyecto de ley, como era un diputado aprendiz que espe- raba la buena voluntad de las comisiones, seguramente lo tiraron al archivo y nunca se ocuparon de considerarlo. Posteriormente se hizo ENTA, aunque ya no con una ley del Parlamento, sino con un decreto del Ejecutivo. Lo que nunca supe fue si mi proyecto tuvo algo que ver con eso.

El otro proyecto de ley se referia a la cuestión del trigo. La moti- vación era la escasez del pan; yo pensaba que por qué, si teníamos tanta tierra como para poder producir nuestro propio trigo, teníamos que seguir dependiendo de la

compra del trigo o de la donación internacional. Llegué a averiguar que el Estado gastaba una gran cantidad de divisas en la compra de trigo argentino. Entonces

preparé un proyecto de ley para el fomento de la producción de trigo en el país, basándome en el pan, que es el alimento fundamental de todos los días para el pueblo trabajador. Ese proyecto de ley fue trabajado muy bien por la comisión en la que yo estaba; pero no obstante de que el presidente de la comisión agraria era del Partido Comunista que estaba en el gobierno el proyecto no se lo presentó a la plenaria de la Cámara de Diputados. Así se quedó, gestión tras gestión sin aprobarse, a pesar de que yo reclamaba al presidente de la Cámara para que considerara el proyecto, pero el presidente tenía otros pedidos que eran más prioritarios. Así comencé a darme cuenta que una representación mínima como el de MITKA no tenía posibilidades frente a las manipulaciones y acaparamiento de las bancadas tradicionales.

Otro proyecto de ley presentado fue el que se refiere a la oficia- lización de las lenguas aymara y qhishwa al nivel del castellano como lenguas oficiales del Estado boliviano. Yo consideraba que este proyecto era muy importante para la reafirmación cultural por su significado político en la conformación del Estado. Lastimo- samente, ese proyecto tardó indefinidamente en la Comisión de Cultura y nunca llegó a entrar en debate, pues esa comisión, presi- dida por Alfredo Franco Guachalla, evacuó un informe desfavorable. Para comprender este asunto habría que leer el contenido del informe de la Comisión de Cultura para ver las contradicciones que contenía. En verdad el informe es una contradicción grosera y es una clara declaración de usurpación. No obstante de que en un principio se apropia de la cultura ancestral como un antecedente de la historia de Bolivia, termina rechazando lo que es un derecho político de las culturas nativas: la oficialización de las lenguas aymara y qhishwa.

Otro proyecto presentado se refería a la ley de *ayllus.* La ley fue presentado por los asesores a la Comisión Agraria; pero lastimo- samente el presidente de la comisión, Adalberto Kuajara, lo tuvo archivado sin que pudiera entrar en debate; aunque el proyecto presentado por los asesores era muy bueno, por lo menos a mí me satisfacía. Para mí era una cosa incomprensible que el presidente de la comisión, que era del Partido Comunista, hiciera un sabotaje de esa ley; eso para mí era una demostración de la hostilidad del Partido Comunista hacia nosotros,

porque otras personas de ese partido ya nos hicieron algunos ataques tildándonos, por el hecho de ser dueños de un pedazo de tierra, de "burgueses", no obstante que nuestra realidad de pobreza y miseria estaba tan a la vista. Pero así era la conducta de los partidos de izquierda.

429

Para que estos proyectos pudieran tener aunque fuera un informe negativo por parte de las comisiones, tuve que buscar su reposición en varias gestiones parlamentarias. Pero ni aun así, en todo el tiempo que he estado en el Parlamento no ha sido posible ninguno de esos proyectos. Habían proyectos más insignificantes que, para las bancadas que imponían por el número de sus compo- nentes sus puntos de vista en el Parlamento, tenían más prioridad sobre los que realmente, a mi modo de entender, eran más urgentes para el pueblo. Así era la conducta de los partidos y de la misma presidencia de la Cámara de Diputados.

En mi condición de un solitario diputado de un partido que apenas tenía un representante, no tenía ninguna posibilidad de hacer una actuación a través de los debates o de las comisiones, pues estaba solo y esos cuatro proyectos que yo consideraba impor- tantes no se pudo siquiera realizarlo.

Eso yo quiero hacer constar porque quizás mucha gente por el hecho de que no tienen un conocimiento de lo que es el trabajo parlamentario piensan que entrando a la Cámara de Diputados uno ya puede hacer todo. Pero no es así; se necesita el apoyo de una mayoría para lograr la aprobación de un proyecto, de una petición o de cualquier acto camaral. Por otra parte, yo era un diputado que estaba atravesando una etapa de aprendizaje, yo no estaba muy compenetrado de los procedimientos y tenía que aprender poco a poco, y eso es algo que sucedería con cualquier representante indio de base que llegue al Parlamento. Por eso mi trabajo fue muy dificultoso; no tenía los argumentos necesarios como para poder reclamar y sostener mis proyectos: me tomó algún tiempo com- prender los mecanismos que funcionan ahí adentro y también las trampas que usan los parlamentarios. Finalmente, el hecho de que yo participaba en el Parlamento sin ningún compromiso con otros partidos, haría que yo no podía contar con ningún apoyo de ban- cada, ni siquiera de un diputado como persona. Tampoco podía yo descartar el trabajo en contra de nosotros y de mi persona que den- tro del Parlamento seguramente realizaba Constantino Lima, ahora convertido en diputado indio acoplado a la bancada de la UDP.

En muchas ocasiones mi actuación favorecía en los hechos a la UDP. Resultaba difícil decidir a veces. Muchas veces votaba en blanco; pero otras veces había votos comprobados y tenía que dar mi voto aun cuando no me gustara, y muchas veces tenía que dar mi voto por ellos, antes que por la oposición que era el MNR y la ADN. Así fue un poco conflictivo esas situaciones.

430

El comportamiento de la prensa

Hubo unos incidentes con motivo de la llegada del Rey de España. En una sesión de Congreso, Jaime Paz Zamora, que era presidente del Congreso en su condición de Vicepresidente, anunció la visita del Rey de España. Después de mucha insistencia logré que me dieran la palabra. Entonces hice una exposición de oposición a la visita del Rey, en términos serios, responsables y medidos; aunque mi oposición era franca, clara y explicaba las razones por qué los ay- maras nos oponíamos a la visita del rey de España. Después de que había hecho uso de la palabra, Constantino Lima también habló; pero él habló de una manera grosera, no solamente exaltada. Dijo que él no iba a permitir que llegara el Rey de España y si se atrevía a llegar iba a ir a dinamitar el avión del Rey. Hubo mucha publici- dad con esas sus palabras, la prensa publicó en primera plana la intervención del "honorable terrorista"; pero lo que yo había habla- do, ni siquiera hicieron mención.

Así era la conducta de la prensa. La prensa todas las sesiones fiscaliza, observa y recoge toda la información que se da; pero a mí me tuvieron cercado por el silencio. Yo recuerdo una situación con- creta. Con motivo de la muerte de un señor Iturralde que había sido asesinado por un campesino de apellido Paco, el entonces diputado Gonzalo Sánchez de Lozada pidió un duelo del Parlamento por la muerte de aquel señor y a través de su discurso endilgó a ese indio toda la monstruosidad y la ferocidad que en la Colonia se atribuía a los indios y que culminó con el descuartizamiento de Tupak Katari, el monstruo de la humanidad. Pero este supuesto monstruo de la hu- manidad moderno en realidad estaba defendiendo sus legítimos de- rechos. Si analizamos la historia, veremos quiénes son los verdade- ros monstruos.

Naturalmente yo no pude contenerme y reaccioné francamente a las palabras del diputado Sánchez de Lozada. Aproveché que me dieron la palabra para poder

expresar mis puntos de vista e hice una larga exposición. Dije que aquel campesino había hecho una legítima defensa porque nosotros ya sabíamos por experiencia lo que era el tratamiento de los patrones en relación al indio. Como se desprendía del mismo interrogatorio policial, aquel patrón lo había castigado a Paco, quien reaccionó defendiéndose y, sensiblemente, murió el patrón. Era un claro caso de legítima defensa y en ese sentido expuse. Yo no estaba amparando el crimen en sí y creo que no habría dicho nada si Goni no hubiera adoptado un lenguaje racista. Pero no solamente hice una expresión de lo que hemos sufri- do a través de la Colonia y la República, sino también hablé de todo el problema en general. Empecé a decir que el MITKA no era un

partido similar a los de la izquierda y la derecha boliviana; que era completamente diferente e hice una larga y clara reivindicación de los derechos políticos del *Qullasuyu*. En toda la exposición también, como ejemplos, exponía todas las atrocidades que habíamos sufrido; hablé de la traición del MNR con relación a la revolución del 9 de Abril; también de la Masacre de Tolata, sindicándolo a Banzer como un asesino racista de los qhishwas del valle de Cochabamba. Pero quedé defraudado porque nadie me refutó, nadie se dio por aludido, de modo que no hubo debate político como yo esperaba. Ni el honora- ble Sánchez de Lozada no dijo nada a pesar de que le hice fracasar su pedido de duelo a la Cámara de Diputados.

Pero no solamente eso; sino que de toda esa exposición extensa que hice la prensa no dijo absolutamente nada. Se calló mostrando no sólo la complicidad de la prensa con un hecho de sojuzgamiento, sino la forma de silenciar una voz que estaba descubriendo la otra verdad de la Bolivia oculta. Y en esto hay que aclarar que quizás el locutor, el empleado, el periodista, ha debido llevar a su casa radial o a su periódico la noticia; pero seguramente el director, el gerente, el jefe de redacción ha debido tachar y archivar, de modo que no salió a la luz pública porque mis exposiciones, a tiempo de rei- vindicar el derecho de soberanía política del *Qullasuyu*, eran terribles para los estratos dominantes de la sociedad opresora.

Esta especie de conspiración de silencio que había contra mi persona por parte de la prensa era para tratar de negar la validez de lo que yo estaba expresando; porque yo, a pesar de mis limitadas expresiones y fundamentaciones, estaba hablando honestamente y claramente de los derechos políticos del *Qullasuyu*.

Hubiera sido interesante que Constantino hablara también reivindicando los derechos políticos del *Qullasuyu,* pero le faltó eso a Constantino. El solamente hablaba de los hermanos carabineros y las *qhateras,* que expresan sin duda el componente social; pero no se acordó de hacer una exposición política con fundamentos históricos, reivindicando la soberanía política del *Qullasuyu,* eso nunca hizo. En cambio yo, eso es justamente lo que alegaba. Yo no he hablado de la *qhatera,* yo no he hablado del campesino, yo no he hablado del carabinero; pero sí, en todo lo que he podido, he hablado del indio y he hablado del *Qullasuyu y* he tomado posesión de la Cámara de Diputados, cuando de rodillas he enarbolado mi pequeña *wiphala* dentro del Congreso, declarando que era el territorio del *Qullasuyu,* y de hecho estaba proclamando su soberanía política. Esas cosas la prensa no lo ha dicho, porque tenía miedo de la verdad que un diputado estaba reivindicando y querían acallar esa verdad; la prensa corrup- ta, la prensa usurpadora, los que controlan a esa prensa cómplice del Estado boliviano usurpador e impostor. Para mí fueron cosas

desagradables e indignantes. Tampoco no tengo por qué ex- trañarme, porque como la prensa es parte de la sociedad opresora estaba en su derecho de actuar como actuaban.

Esa forma de ignorar y de aislar a un diputado era parte de una discriminación racial hacia mi persona que yo advertía por parte de algunos diputados. No diré de una manera abierta, pero ellos me ignoraban, esa era su forma de hacer la discriminación; los del MNR, los de la ADN, hasta algunos del PS-1. Habían otros diputa- dos que eran más populistas; nos saludábamos, pero nada más que eso. Lo curioso era que incluso la planta de empleados tenía ese derecho de hacer esa discriminación para con mi persona. Para los diputados de cuello duro correteaban para cualquier encargo que les harían, hasta un punto de servilismo; pero yo tenía que hacerles una súplica para que me hicieran un servicio.

Problemas por dinero dentro del MITKA

Mientras todas estas cuestiones pasaban, dentro del MITKA teníamos nuestros propios problemas. Teníamos la necesidad de hacer un congreso; ya había pasado un tiempo y era necesario hacer una reorganización del directorio, estábamos muy descuidados en ese aspecto. Existía también una presión sobre mi persona para la realización de un congreso por parte de Felipe. Lo que él

quería era una participación en las dietas parlamentarias. El pretendía que yo debía entregar a la organización todas mis dietas y la organización sería la que determine la parte de la dieta que a mi persona le correspondería. Yo tenía mis reservas porque sabía que Felipe esta- ba cada vez más en contacto con organizaciones de izquierda que no compartían nuestra ideología. Lo veía visitar en el Parlamento a un diputado que tenía antecedentes guerrilleros y sabía que él parti- cipaba en los desbordes que había entonces contra el gobierno de la UDP; andaba en las manifestaciones agarrado de un palo por las calles, como un loco, y no con el nombre del MITKA, sino como cola- dor de los grupos de izquierda y eso a mí no me agradaba y por esa razón me negaba que tuviera derecho a participar en la dieta. Yo tenía resentimiento porque lejos de hacer un trabajo para su orga- nización, de responder a la pequeña ayuda económica que en dinero efectivo recibía con ese fin, el trabajo que estaba haciendo era para grupos de la izquierda y no propiamente para el MITKA.

Quizás haya gente que piense que yo no ayudé económicamente a la organización desde el Parlamento, que yo me he aprovechado, pero en realidad no fue así, porque yo he mantenido a muchos de ellos. Si bien yo no les daba, como ellos pretendían, un sueldo para

vivir a mi costilla, les ayudaba cada mes con una subvención con la que se ayudaban; pero repartiendo toda la dieta por aquí y por allá yo también a dónde iba a ir. Además, también les daba para los gastos que se hacía para propaganda o el trabajo político y para la realización de los congresos. Yo tengo mis recibos, firmados por todos quienes recibieron.

Siempre tuvimos un problema por la cuestión de las dietas. Continuamente recibía visitas, hasta en mi casa, de dirigentes y militantes que buscaban dinero. Algunos hermanos querían que se les reconociera algún favor que habrían hecho en el pasado. Hubo in- cluso cartas con amenazas. Uno de ellos fue el hermano de Felipe, quien decía que había prestado su casa para las reuniones del MIT- KA y me pedía veinte mil bolivianos y me anunciaba que igualmente la mujer de Felipe me pediría porque ella también había atendido al- guna vez con almuerzo o desayuno. Todas esas situaciones eran para sacarme dinero y dinero.

Finalmente decidimos que se iba a llevar a cabo el congreso. En una ocasión se presentaron tres compañeros a los que entregué fondos para la realización del

congreso. Pero el congreso no fue muy correcto por cuanto Felipe se trajo un montón de gente que no era del MITKA; eran gentes que yo conocía que eran de otros partidos, del POR y del FRI. Todo eso no me gustó y tuvimos varios momentos de disgusto con él.

Un congreso del MITKA-1. El fracaso de la UDP

En esas misma épocas Constantino hacía el congreso del MITKA-1. Aparentemente este congreso tenía desde un comienzo sus vicios. Era un congreso huérfano de apoyo que apenas tenía gente para hacer una elección del directorio porque eran cuanto más unas veinte o treinta personas, no había más. Pero con todo, como Constantino sabe hacer sus cosas, hizo aparecer eso como un congreso grande, con resoluciones importantes. De ahí salieron elegido nuevos dirigentes; apareció públicamente por primera vez Pedro Portugal, a quien ya me he referido con relación a mi viaje a Francia y que ya era director de la revista *Chitakolla.* Pero poco después de su reorganización, el MITKA-1 también entró en conflic- to. La directiva recién elegida en su conjunto llegó a mandar una carta al presidente de la Cámara de Diputados, que se leyó en una sesión camaral, pidiéndole el desafuero del honorable Lima.

El gobierno de la UDP resultó ser totalmente incapaz y la situa- ción nacional se volvió catastrófica. En el Parlamento se iba dando

un trajín político en los pasillos del Palacio Legislativo, con miras a lo que resultó ser un "golpe de Estado camaral", porque todas las medidas que se tomó dentro de la Cámara de Diputados en esa ocasión estaban realmente dirigidas para cambiar al gobierno. Todo esto culminó en la intervención de la Iglesia, es decir que el golpe de Estado iniciado en la Cámara de Diputados, concluyó en un golpe de Estado de la Iglesia. Esa es la figura que yo tengo de todo lo que sucedió a partir de mi experiencia desde dentro del Parlamento.

Como de costumbre, la prensa solamente se informó a través de los dirigentes de los partidos grandes, como por ejemplo Banzer, quien participó personalmente en ese debate. En cambio, como yo era un diputado de un partido que no tenía importancia, no fui advertido por ningún periodista a pesar de que yo tenía algo que informar a la opinión pública. Yo hice incluso un comunicado como una denuncia de un diputado indio de lo que estaba pasando: de todas esas tratativas

que se hacía a través de la Iglesia, cómo era la conducta de los partidos a espaldas del pueblo; pero lastimosamente en la oficina de relaciones de la Cámara de Diputados la prensa no lo publicó por las razones que ya he explicado antes. De esa manera sucedió nomás la disminución del mandato de Siles Zuazo. Y hay que indicar que los de la oposición no eran los únicos culpables, sino los mismos diputados que conformaban la UDP fueron los que aceptaron esa imposición. De esa manera, su misma organización estaba dando el golpe de Estado contra su presidente, contra su líder Siles Zuazo.

La aparición de **los Ayllus Rojos**

En todo esto ya se dan las actitudes ya claramente de enfrenta- miento por parte de Felipe. Lo que Felipe quería imponer era que se fuera como organización a un hecho de guerrillas. Eso es lo que en algunas ocasiones claramente ha planteado; pero yo, como un líder responsable, no podía estar de acuerdo con precipitar las cosas, aunque con eso yo no quiero decir que no estaba de acuerdo con la lucha armada. Sabía muy bien que eso teníamos que hacerlo algún día; pero en aquel momento no teníamos siquiera una organización debidamente preparada ni debidamente estructurada ni teníamos la gente suficiente y seleccionada para poder entrar en esa clase de proceso. En esas condiciones yo pensaba que cualquier hecho de guerrilla de nuestra parte simplemente se reduciría a la dimensión de una aventura irresponsable y como dirigente pensaba que no podíamos hacer masacrar a nuestra gente cuando no teníamos la seguridad de llegar a nuestros objetivos. Por eso no aceptaba las

exigencias de Felipe y al ver esta actitud de mi parte, Felipe se fue desplazando por sí mismo.

Aprovechando que fue encargado de hacer la reinscripción de MITKA Felipe quiso hacer aparecer como si él fuera el represen- tante legítimo de la organización y yo por supuesto reclamé ante la Corte la legitimidad de la representación. De esa manera se dio ya un enfrentamiento de tipo legal ante la Corte Electoral en el cual naturalmente Felipe perdió su pretensión y así se marginó. Nunca hubo una expulsión oficial de la organización en contra de él, ni siquiera una sanción de disciplina partidaria; Felipe se autoexpulsó por sus intransigencias. Desde ese momento empezó a alejarse del MITKA; se llevó unos dos dirigentes muy activos y de mucho valor dentro de nuestra

organización y aparecieron con la denominación de *Ayllus Rojos*.

Una asociación de picaros vividores

Creo que también es bueno referirse a la cuestión de la apro- bación de las dietas parlamentarias. Esa cuestión nunca era trata- do en reuniones públicas, era siempre una reunión reservada; se reunía el Parlamento por separado porque la Cámara de Senadores y la Cámara de Diputados tenían su propio presupuesto y eran autónomos. Los senadores eran mucho más diestros en darse sus dietas sin que la opinión pública tuviera mayores motivos de critica. Cuando se trataba de la Cámara de Diputados la cosa no pasaba tan desapercibida, quizás por el mismo hecho de que había gran número de representantes nacionales, o porque algún parlamentario, por hacerse una figura ante la opinión pública o por ganar un punto para su organización, de alguna manera hada filtrar la información.

Yo, como era un diputado aprendiz, al comienzo no podía advertir todavía el significado de lo que eran esas reuniones reservadas. La primera vez que asistí, dio el presidente su informe sobre el presu- puesto y finalmente llegaron a la cuestión de las dietas parlamenta- rias. Ciertos diputados tenían la designación de sus partidos para que dijeran lo que otros no se atrevían a dedr pero que después apoyaban con su voto. Es así que los más audaces o los más descara- dos empezaban a fundamentar una elevación de dietas; hablaban del trabajo sacrificado de los honorables, del costo de la vida y de todas esas cosas que podría alegar cualquier obrero. Y eso no fue una sola vez, sino muchas, porque al comienzo de cada gestión legislativa siempre venía este asunto de las dietas en reuniones reservadas. Constantino también fue uno de los diputados que pedía un aumento en las dietas y a él le daban la palabra porque ya desde

el comienzo se hizo conocer en esa posición. Entonces Constantino se explayaba en hacer la fundamentación de sus necesidades decla- rándose como "honorable desnutrido", con lo cual arrancaba una carcajada de todos los diputados que le aplaudían para lograr el aumento de las dietas. Se podría decir que aquello tenía un parecido con una asociación de picaros vividores. En lo que se refiere a mi persona, tengo que reconocer que participé en eso; no tuve el acierto de oponerme ni tampoco tuve la oportunidad porque no me dieron la palabra. Yo podía haber renunciado al aumento de la dieta; pero no lo hice y ese fue mi error, lo reconozco.

Constantino, por las cosas que decía y hacía llegó a convertirse en algo así como un payaso para los demás parlamentarios, una especie de *k'usillu* aymara. Si él quería honrar la personalidad de nuestro ancestro podía haberlo hecho pero de una manera más representativa del indio, con más respeto por nuestra cultura ances- tral. Pero él se ponía un ponchito corto y un pantalón a cuadros exactamente como el de los tonis del circo y algunas veces hasta apa- recía con zapatos de fútbol; todo un diputado andando. Era una falta de consideración para sí mismo y para la opinión pública. Para mu- chos honorables, Constantino era un motivo de mofa; se reían de todo lo que él decía y se divertían con sus exposiciones. Cada gesto, cada palabra suya hacían reír a mandíbula batiente a los diputados de la *q'aracracia* opresora, sin que quedara en sus conciencias un motivo de reflexión y justicia para con el pueblo que decía repre- sentar.

Toreados en el Parlamento

Después del acortamiento del mandato de Siles, contra viento y marea aprobaron la ley de convocatoria a elecciones generales en 1985. Los partidos interesados, los partidos que se llamaban los "partidos grandes", se impusieron ante la dejadez de los partidos de la UDP.

Hasta entonces la Corte Electoral no hizo ningún pronunciamien- to en relación a los partidos chicos que debíamos la multa, entre los que estábamos el MITKA y el MITKA-1; pero esa Corte tenía una posición conciliatoria en relación a ese problema. Yo fui a hablar a la Contraloría de la República y en esa ocasión me dijeron que no existía ningún documento que obligaba a los partidos políticos a pagar la multa, porque parece que entonces no había todavía un cri- terio formado entre la Contraloría y la Corte Electoral, y al no existir ningún documento para pagar, ellos pensaban que eso estaba ya olvidado. Yo quedé muy contento al verme libre de esa obligación con la Corte Electoral.

Sin embargo, poco a poco en el Parlamento se fue advirtiendo la combinación que montaron los partidos grandes para apoderarse de la Corte Electoral. Era evidente que ellos tenían la intención de anular, a través de la Corte Electoral a todos los partidos pequeños que les hacían sombra, para tener mayores posibilidades en sus ambiciones de poder. Los partidos indios estábamos señalados para ser vetados porque el voto campesino es fundamental para

cualquier organización blanco-mestiza, y de ahí el interés de anular a aquellas organizaciones que podían captar el voto campesino con mayor preferencia que sus organizaciones.

No era algo que nosotros imaginábamos, sino una verdad que nosotros estábamos advirtiendo pero que éramos impotentes de detener, porque el MNR a través de Garret, y los de la ADN y los del MIR a través de las comisiones, controlaban el Parlamento. Enton- ces hasta cierto punto era una cosa para nosotros como hacerse la burla, como hacer un toreo a un toro que quiere embestir y a ciegas busca el adversario pero sin encontrar; así nosotros buscábamos una puerta de salida sin poder encontrar.

Entonces, bajo el dominio de los partidos grandes se nombra una nueva Corte Electoral, la que con el tiempo sería conocida como "la banda de los cuatro" por su comportamiento en las elecciones de 1989, y que fue fabricada para las elecciones de 1985 para favore- cerles en los resultados a los partidos grandes.

Cuando el MITKA y el MITKA-1 ya estaban inscritos y faltaba solamente la última etapa en el proceso electoral que era la inscrip- ción de los candidatos, fuimos sorprendidos con un pronunciamiento de la Corte Electoral, citando a los partidos deudores e indicando el veto que sobre ellos existía para poder participar en las elecciones si no cancelaban la multa, que para nosotros era una suma fantástica.

Debido a los problemas internos que el M3TKA-1 de Constantino enfrentaba, de los que ya he hablado, además de la expulsión que sufrió ese partido por parte del CISA (Consejo Indio de Sud Améri- ca) y el propio fracaso de la UDP en el Parlamento, Constantino cambió de actitud hacia mi persona. Poco a poco cambió de conducta y empezó a buscar mi amistad. Hablaba de una alianza de los indios, de todos los diputados indios en el Parlamento. Había indu- dablemente algunos elementos de ascendencia india dentro del Parlamento, pero eran los *llunk'us* de los partidos grandes que los estaban usando para su propaganda, como el propio Constantino, que en la práctica era el representante indio de la UDP. Pero por el hecho de estar en medio de algunos diputados campesinos de la UDP, él decía que era "su bancada".

Debo decir con franqueza que, porque yo soy un hombre político también, ese

cambio de conducta yo por mi parte lo acepté porque a mí me convenía para poder anularlo. En un momento de esos, espontáneamente él propuso hacer la reunificación de nuestros dos partidos. Yo aproveché la ocasión; le animé y le dije que estaba de acuerdo, que debíamos aunar nuestras fuerzas porque estábamos viendo cómo dos organizaciones que habían tenido una misma base, por nuestra división, ninguna podía hacer nada. Todas esas cosas era para inducirlo a que realmente hiciera efectivo su proposición de unificación. Y así, él redactó y me presentó un documento de reunificación en el que se declaraba cancelados al MITKA-1 y al MITKA , pero a la vez declaraba que ambos dirigentes nos com- prometíamos a reponer el MITKA original que había nacido en la Ciudad de las Piedras. Siempre he pensado que aquí había una contradicción en ese documento: si bien en un punto se caducaba a las dos organizaciones, al final se mantenía al MITKA, solamente al MITKA de la Ciudad de las Piedras y no al MITKA-1. Así, desa- parecería el MITKA-1 aunque esto estaba sujeto a una aprobación de congreso. Eso fue una forma para hacer desaparecer al MITKA-1 o neutralizarlo de alguna manera.

El MITKA unido

Ante el veto de la Corte Electoral contra el MITKA y el MITKA-1, nuestros militantes y el grupo directivo que se conformó en base a la unificación de los MITKAs para hacer un frente político, empezaron a dar vigor a la idea de hacer un frente amplio en base a los dos par- tidos. Yo consideraba que el veto en nuestra contra era ya definitivo. Sin embargo, Constantino pensaba que se podía todavía. No sola- mente Constantino, sino otros hermanos que se sentían muy confor- tados en ese momento por la unificación del MITKA y del MITKA-1 y reclamaban que los dos compusiéramos la fórmula electoral del MITKA. Así nació el MITKA UNIDO, es decir un frente indio confor- mados por los dos MITKAs que la militancia insistió en crear por el amor a la sigla de MITKA que la gente se resistía a que desaparezca.

Yo pensaba que lo correcto era prescindir de las siglas de MITKA y MITKA-1 y presentar un frente de partidos indianistas o tupaka- taristas con otra sigla y con otros candidatos, porque tanto Constan- tino como yo, aun cuando fuera con otra sigla, estábamos vetados por la Corte; no podíamos entrar como candidatos. Pero la gente no entendió, especialmente Constantino, yo no sé por qué se empeñaba y no podía comprender que estábamos anulados y legalmente no podíamos hacer una representación de la organización, pero él a todo trance quería ser el candidato, aun cuando sea a diputado.

Es así que cuando ya era imposible que participemos en las elecciones por una decisión de la Corte Electoral que nos había vetado, aparece Constantino, que había sido expulsado del MITKA, levantando otra vez esa sigla; autoproclamándose su jefe en virtud a que él había sido jefe en las épocas del congreso de la Ciudad de las Piedras y su candidato en virtud a su capricho.

Pero la Corte fue inflexible y no aceptó al MITKA UNIDO y defi- nitivamente quedamos fuera de ese proceso electoral; en vano fueron los correteos por aquí y por allá: no se pudo hacer nada, porque la multa exigida era fuera de nuestro alcance y la nueva Corte Electo- ral cumplió el mandato de los partidos grandes de anularnos. Es verdad que nosotros éramos deudores; pero también es verdad que la Corte Electoral empezó a manipular la cuestión de las multas para dejar vetados a los partidos políticos pequeños. La disposición con la que nos anulaban no estaba en vigencia en 1979, sino que se trataba de una disposición de 1985 que, para impedir que nosotros participáramos, se quería aplicar con un efecto retroactivo, lo cual es anticonstitucional. En todo caso era un reto a los pobres que quieren participar en la democracia; así quedamos completamente elimina- dos. Para nuestra gente fue una gran frustración, pues nos dolió mucho no solamente por nuestra dignidad personal de dirigentes; sino porque veíamos la frustración de nuestra gente, y su sentimien- to de resentimiento, de coraje. Eso es lo que más nos dolió.

La visita del rey de España

Las elecciones de 1985 fueron ganadas por el MNR. Nosotros que- damos fuera de toda participación política. Cuando se anunció ofi- cialmente la llegada del rey de España a Bolivia, un día le pregunté a Constantino, "¿Ahora que va a llegar el rey de España vas a cum- plir tu promesa?", en referencia a su célebre amenaza de hacer volar el avión del rey. Entonces él dijo: "Bueno, yo he hablado porque en- tonces, como diputado, tenía inmunidad; pero ahora yo ya no soy di- putado ni nada. Va a estar muy bien custodiado, es difícil de hacer".

Pero yo consideraba que había que hacer algo contra la llegada del rey de España. Es así que redacté una carta dirigido al emba- jador de España, manifestando la oposición de MITKA a la visita del rey, en el cual firmábamos Constantino, yo y muchos otros diri- gentes del indianismo, los del FLITKA y

personalidades del mundo del *Qullasuyu.*

Constantino fue el encargado de hacer la publicación. Hubo algu- na gente que seguramente consideró la carta una amenaza contra el rey y Constantino sintió que estaba siendo perseguido y prefirió

desaparecer; me parece que andaba oculto en su comunidad. Así que para la llegada del rey, Constantino, el "honorable terrorista" junto con su radicalidad, había desaparecido.

Al final llegó el rey y fue objeto de honores por parte del gobierno de Paz Estenssoro. Le dieron una recepción en la Cámara de Di- putados; fue una cosa muy bien preparada por parte de la sociedad blancoide que en realidad estaba recibiendo a su rey. En uno de los actos en que el rey tenía que colocar una ofrenda floral en un mo- numento, se vio la actitud valiente de una mujer qhishwa-aymara -porque Marta Orozco es hija de un aymara y una qhishwa- que vestida con su ropa ancestral, hizo un acto de oposición frontal y directa a aquel rey. Entonces fue tomada por la policía y conducida a Criminalística donde estuvo dos o tres días hasta que el rey se fue y recién la pusieron en libertad. Ella no era una delincuente, sino simplemente estaba haciendo una manifestación cívica. Lo que hizo esa hermana fue una cosa mucho más positiva que todo lo que habíamos hecho nosotros como dirigentes indianistas porque no tuvimos ese valor de hacerle un ataque como lo hizo esa hermana.

El MEL-WIPHALA

Pasado esos incidentes, hubo algunas reuniones partidarias y una recuerdo bien, porque era muy importante, fue de todas las organizaciones indianistas y kataristas que se realizó en el Museo Antropológico. Allí se elaboró un acta de un compromiso de unifica- ción; después de las explicaciones y las discusiones, se llegó a un compromiso por parte de todos los dirigentes de todas las organiza- ciones para hacer una unificación. Nos comprometimos a hacer cada partido político el aporte de un documento a fin de que sirviera de base para la conformación de un solo pensamiento político.

Lastimosamente esa idea no tuvo su culminación, se quedó por el camino y finalmente quedó en la nada. Sin embargo, nos dio la motivación de pensar que

quizás se podía hacer o era más fácil hacerlo solamente los partidos indianistas, sin participación de los kataristas. Entonces, hablamos también con Constantino de ese asunto y se hizo una convocatoria a todos los partidos indianistas. Se pudo llegar a la constitución de un frente con amplio enten- dimiento ideológico y con el beneplácito de las organizaciones india- nistas. El frente se denominó MIL-WIPHALA; se había discutido mucho la sigla porque tenía que tener una expresión identificado con nuestro ancestro y en nuestro idioma y M3L-WIPHALA fue una denominación que agradó y todas las organizaciones lo aceptaron. Esta nueva organización con el tiempo llegó a desviarse porque no

toda la gente era tan desinteresada como manifestaba y siempre había pequeños intereses o intenciones de figuración.

Recuerdo que en esa etapa apareció un joven muy preocupado, muy motivado por la lucha de los pueblos indios y que curiosamente era ciego y sin embargo era tan activo que podía andar hasta en las noches para asistir a esas reuniones. Aunque su intención era buena, tenía poca experiencia de la realidad política que habíamos atravesado desde que conformamos todas las organizaciones políti- cas. El fue el promotor para que MIL-WIPHALA pudiera contac- tarse con la organización de Genaro Flores para una alianza. Gena- ro, que ya había tenido sus diferencias con Víctor Hugo Cárdenas, se mostró con una posición muy similar a nosotros.

Para tener la seguridad de la participación honesta de Genaro Flores, por una iniciativa mía y bajo los usos de nuestro ancestro, quisimos obtener un juramento de lealtad por parte de Genaro Flores, porque de acuerdo a nuestras costumbres no es tan valedero lo que se considera dentro de la civilización occidental, es decir el compromiso escrito; lo que vale para nosotros es la palabra, la digni- dad. Y para que ese juramento o ese compromiso fuera respetado habían ciertas formalidades o ceremonias que cumplir; había que hacer ese compromiso sobre un molde de sal; porque dentro de nues- tra costumbre la sal se considera algo así como el aceite, algo que puede contaminar a todo lo que toca. De acuerdo a la tradición, si es quebrantado un juramento la sal se derrite y puede salar a las ge- neraciones venideras de la persona que ha faltado a un compromiso.

Pero a pesar de haber cumplido con toda estas cosas, Genaro Flores

lamentablemente, quebrantó ese compromiso. Los de su gru- po se negaron a reconocer el término indio dentro la sigla de la nueva conformación y como tradicionalmente lo habían hecho, volvieron a rechazar la expresión indianista porque ellos eran solamente cam- pesinistas. Genaro Flores nos jugó sucio porque a nuestras espaldas estaba manejando las cosas a su manera, y eso a mí no me gustó. Le dejé una carta en el cual yo hacía mi protesta y a la vez le hacía una crítica al punto de definir su partido como una organización de Inka Lipes, es decir de traidores. Yo pensé que la organización recién creada se iba a solidarizar conmigo cuando les comuniqué mi desacuerdo; pero muchos de ellos estaban muy interesados por par- ticipar como diputados y tanto Constantino como otros dirigentes se quedaron con Genaro Flores, lo cual me obligó a mi vez a presentar una carta de renuncia a MIL-WIPHALA y retirar la participación del MITKA, a fin de que no se manosee su nombre. Finalmente, el FULKA de Genaro Flores, al no haber un dirigente que motivara, se quedó ahí como una sigla más para el olvido.

A consecuencia de todas las experiencias pasadas, yo decidí tener más cuidado en cuanto a la participación de MITKA y ante todo la limpidez de su sigla, por eso decidí actuar de una manera inde- pendiente, ya no quise más buscar agrupaciones porque con la experiencia de MIL-WIPHALA ya había llegado a conocer a cada una de las organizaciones y sus respectivos dirigentes. Fue para mí decepcionante esa situación pero eso no impedía que yo siga mi trabajo político. Opté por hacer directamente en nombre de MITKA cualquier actividad política, sin esperar la colaboración o la acepta- ción de otros grupos.

Ya no me anima ningún interés de participar para ser candidato, esas cosas a mí ya no me motivan. En definitiva, para mí el Parla- mento fue una experiencia, comprendí que el Parlamento boliviano estaba hecho solamente para servir los intereses de los grupos de poder económico y político en el país. Llegué a comprender que en el Parlamento, por sus estructuras alienadas, colonialistas y la menta- lidad de saqueo, de aprovechamiento y de irresponsabilidad que hay entre los honorables, no habrá nunca justicia para el pobre y yo creo que en eso no estoy equivocado, porque sino cómo se podría com- prender que toda esa situación que hace llorar, que hace sufrir a la gente del pueblo sea ignorado por los gobernantes.Comprendí además que si algún día se tenía que hacer una revolución, si algún día tenía que proclamarse la justicia para el pueblo, ese Parlamento y todos los poderes del Estado boliviano tendrían que ser removidos

desde sus bases. La parte positiva es el haber aprendido el funcionamiento de aquella parte vital que es el poder del Estado boliviano; cómo se la manipula, cómo se la maneja, cómo se la condi- ciona a los intereses creados de la minoría *q 'ara*.

XXIII

EPILOGO

Al cerrar la presente narración, a manera de epílogo, aún deseo hacer un comentario resumido sobre los derechos de soberanía política del pueblo aymara del *Qullasuyu,* en razón de que los extre- mos narrados en este libro, tienen su explicación en el contenido político de fondo, que en grado mayor o menor me ha tocado vivir y sufrir al igual del conjunto de mi raza, de mi pueblo aymara sojuzga- do y soterrado. A partir del lento y doloroso despertar de mi concien- cia de identidad étnica cultural, todas mis inquietudes y motiva- ciones se explican en un pensamiento político de redención y libertad para mi pueblo, de esperanza en horizontes de grandeza para la patria ancestral, tan mancillada por la devastación de los espurios engendros de Pizarro y Almagro.

Creo de mi deber documentar experiencias y hechos más impor- tantes, a fin de que pueda ser útil en la restitución de la historia del *Qullasuyu,* especialmente en lo que concierne a los 500 y más años de nuestro sojuzgamiento. Ojalá las modestas experiencias alcanza- das puedan constituir una guía de orientación cultural, para el ac- cionar y proyección de las juventudes aymaras del presente y del mañana, porque la lucha de liberación del *Qullasuyu,* no puede ni

debe quedar trunca si sabemos mantener en alto nuestra dignidad de hombres determinados a mirar la luz de nuestra redención.

Pese a la usurpación olañetista del pasado y del presente, la ras- trera manipulación de los *llunk'us* felipillos y la infame opresión de la élite *q'ara* mestiza impostora; el hombre aymara, mantiene su identidad étnica cultural, su calidad de pueblo concreto y Nación real, con todos sus atributos y fundamentos milenarios; frente al Es- tado boliviano opresor carente de legitimidad.

El pueblo *Quila Aymara* del *Qullasuyu,* nunca jamás ha renun- ciado a los valores de su personalidad cultural, ni al derecho de reivindicación restitutivo de su territorio ancestral. En ese sentido, cuando la élite política *q'ara* mestiza, con buena o mala intención, se compromete para llevar a cabo la descentralización del país, primero debería ser del caso, hacer la restitución de los territorios

ances- trales de los pueblos originarios; demanda permanente que se ha mantenido a través de más de 500 años, con el sacrificio de inconta- ble número de vidas, cuyos hitos de sangre marcan la historia de la Bolivia usurpadora e impostora.

Así, lo confirma las muchas insurgencias de los ayllus aymaras, señalado por los *q'aras* republicanos opresores, con el término peyo- rativo de "sublevación de las indiadas". En la realidad del presente que vivimos, pese a la vicepresidencia de un aymara, los extremos del racismo, la explotación, el marginamiento económico y la domi- nación colonialista, con toda su secuela de ignorancia, miseria y hambre, no ha desaparecido. Por el contrario, con la relocalización de la política neoliberal del movimientismo, la situación de las masas trabajadoras de *aymaras* y *qhishwas* se ha agudizado, a tal punto que madres de familia, ante la imposibilidad de alimentar a su familia han optado por suicidarse junto a sus hijos; entonces dónde está la ética moral, el arte de gobernar, la democracia y los preceptos constitucionales de la República *q'ara?*

La miseria y hambre de nuestras hermanas *qhishwas* del Norte de Potosí, convertidas en mendigas en las calles de las ciudades *q'aras,* con cruel dramatismo muestra el resultado del sojuzgamien- to racista, ante la soberana indiferencia de funcionarios de gobierno, de sacerdotes, periodistas e instituciones que hablan de los derechos humanos. El hombre aymara, escarnecido con saña con el término despectivo de "indio" en una feroz expresión racista del apartheid boliviano, que resume toda una actitud de escarnio, negación, sojuz- gamiento, explotación, exterminio, despojo y esclavismo, extremos

que a estas alturas todavía prevalecen sintetizados en el término "campesino" sin embargo, no obstante su significado de discrimina- ción racista, el *q'ara* opresor, también lo utiliza en la dimensión de "clase campesina" para conformar un cuerpo social aparente de una sociedad abstracta.

De esa manera, el hombre aymara del *Qullasuyu* es un ciudada- no sin Estado, con obligaciones perentorias pero sin derechos ciertos, convertido en mendigo y extranjero en su propia tierra ancestral; para probar lo expuesto cito la situación de *aymaras* y *qhishwas* cargadores y barrenderos de los mercados y calles de las ciudades *q'aras,* de las mujeres llamadas trabajadoras del hogar, de los ayore- os

arrojados a la mendicidad y la prostitución; de los cocaleros del Chapare, sometidos al rigor de una ocupación militar de hecho; las legiones de aymaras que deambulan inútilmente en busca de una asistencia financiera para la agricultura, o mendigan una simple información en las reparticiones públicas; para ellos no hay ningún derecho ni justicia, porque son "indios" como dicen los opresores. Por consiguiente, se justifica las reivindicaciones intransigentes de los organismos indianistas contemporáneos, que proclaman los dere- chos del pueblo aymara, de redimirse de toda opresión, aprobio y negación racistas, mediante la restitución de la soberanía política del *Qullasuyu y* el derecho de autodeterminación (Convenio 169 O.I.T.).

El sacrificio de la sangre del pueblo aymara en los conflictos internacionales, nunca ha merecido un gesto de agradecimiento de parte de los *q'aras* que hablan de patria. Los ajanaras no tenemos el mínimo servicio de protección social del Estado boliviano, no conoce el beneficio de un aguinaldo y menos una subvención, ni siquiera un precio justo para sus productos. El espurio núcleo criollo mestizo de Bolivia, nunca ha pagado una compensación a las nacionalidades originarias, por el despojo de sus territorios ancestrales, la explota- ción de las riquezas del suelo y subsuelo, mucho menos por los genocidios de exterminio, explotación esclavista por generaciones, daños y perjuicios, que ahora debe pagar como compensaciones acu- muladas. Además de las subvenciones por usufructo del territorio nacional del *Qullasuyu.*

No podemos indefinidamente implorar justicia y libertad, cuando por generaciones nuestra sangre, sufrimientos y lágrimas, no ha sido suficiente para conmover la conciencia de hienas de los *q'aras.* Ahora si queremos justicia y libertad, hay que tomarlo de hecho y por derecho, golpeando sus conciencias con la culata de los fusiles y

extirpar la corrupción, el saqueo y las iniquidades que caracterizan a la espuria sociedad opresora; arrancar de cuajo las estructuras y normas de la anti-patria, la soberbia racista de los *q'aras,* porque solo así será posible la redención de nuestra *Pachamama.*

Coaligado las fuerzas de la dominación colonial, entre los cuales está la Iglesia católica cristiana, orientaron y formaron en las gene- raciones *q'aras* de Bolivia, la falaz y mezquina mentalidad olañetista, antes que formar una conciencia de

alma nacional. Así con el tiempo, el resultado ha sido la conformación de rufianes de toda laya, de cobardes traidores vende-patrias, de desalmados asal- tantes y asesinos, de falsarios sin nombre, de serviles cipayos sin honra ni dignidad. Esa es la podredumbre que conforman los esta- mentos de la sociedad *q'ara* mestiza impostora, junto a los represen- tantes de la Iglesia cristiana que son parte y cómplice, porque son actores y factor principal de la depravación moral en este país y el mundo occidental.

Se dice que el cristianismo conduce por el camino de Dios y salva al hombre, pero la experiencia objetiva demuestra lo contrario; des- de un comienzo cuando por primera vez llega a estas tierras un sacerdote cristiano con la cruz y la Biblia en la mano, muy pronto se revela como un consumado empresario del robo y asesino a sangre fría; este es el caso del cura Valverde, uno de los principales asesi- nos del Inka Atawallpa. Así pues en los hechos, lejos de ser el amor y la caridad, el clero católico cristiano, ha convertido al Dios blanco, en símbolo de la devastación y el exterminio racial del hombre nati- vo, la esclavitud apocalíptica del cuerpo y del alma.

Qué decir de los horrores de los extirpadores de idolatrías. La práctica evangelizadora que convirtió las casas parroquiales, en cen- tros de violación de doncellas consumado por el sacerdote evangeli- zador? el comercio de la fe religiosa, mediante la imposición de fies- tas religiosas del cristianismo, cuya consecuencia ha sido todos los vicios de la depravación. Entonces ¿Con qué autoridad moral se puede imputar a mi pueblo, de vicios introducidos por el cristianis- mo? También cabe reconocer la existencia de señalados sacerdotes, que visten y viven con humildad, ellos merecen mi respeto, porque anónimamente son fieles seguidores del evangelio de Jesucristo.

Estoy consciente que estas verdades molestarán a quienes se sientan aludidos, sin embargo, es sólo una pequeña parte de una verdad irrebatible, que ha afectado no sólo a mi pueblo, sino a la hu- manidad entera, a causa de falsos principios de un dogmatismo que ha orientado al hombre por el camino del crimen, hasta llegar a la

I

soberbia de una civilización desnaturalizada, que ahora en posesión de la bomba

atómica, amenaza con destruir a la humanidad y al planeta.

Así la cruz y la espada de la civilización cristiana impuso un cruel e infame sojuzgamiento, a los pueblos de este Continente y al pueblo aymara del *Qullasuyu* en particular; así lo demuestra la con- ducta de los *q'aras* a través de más de 500 años, que han hecho es- cuela con la mordacidad de Moreno y Arguedas, apóstoles y men- tores de la saña racista, que es necesario decirlo en toda su desnuda realidad, antes que por falta de valor civil, ser cómplice de tanta in- famia e iniquidades que hunde más y más al país, como si no fuera suficiente con las desmembraciones territoriales y el enclaustra- miento, por la cobardía, la traición e incapacidad de los *q'aras* que manejan el país, el servilismo cipayo de los gobiernos, entre los que se puede incluir al gobierno de Sánchez de Lozada, por su política filochilena, su delirante entreguismo a las transnacionales y sumi- sión indigna a los dictados del imperialismo anglosajón.

Además la élite *q'ara,* por su condición impostora no tiene fundamentos de origen y legitimidad representativa y menos para reivindicar patrimonios, que por otra parte no son suyos. Este es el caso de la pretendida reivindicación marítima en la cual disputan dos gobiernos espurios como son el de Chile y el de Bolivia, dos Estados impostores que no pueden tener jamás los fundamentos de derecho y legitimidad histórica sobre el territorio del *Qullasuyu;* en ese sentido, se debe tener presente que para los aymaras indianis- tas, es un derecho, y una sagrada obligación el liberar a nuestros hermanos aymaras del Atacama, que están cautivos en lo que se llama ahora el norte chileno, al igual que nuestros hermanos del norte argentino y sur del Perú, que son todos parte constitutiva del *Qullasuyu* ancestral.

Otro punto de profunda preocupación es el servicio militar obligatorio, que nos somete a la condición de guardianes de la vida y hacienda de nuestros opresores. La realidad del recluta aymara o "indio" como se expresa el opresor, tiene en el cuartel las mismas características de escarnio, dominación y discriminación racista, la dignidad del recluta aymara es pisoteado al convertirlo en sirviente doméstico de oficiales y comandantes *q'aras,* la formación del soldado con gran concepto de civismo, de honor militar y alta capacidad guerrera, no es tal; por el contrario, la instrucción impartida es simplemente delincuencial, toda vez que se adiestra y mentaliza al soldado, en las formas del robo, el atraco, el abigeato y

el asesinato de su mismo pueblo. Así los gorilas comprometidos con los cuartelazos, nos enseñan a robar y espiar vestido de civiles y periódicamente nos convierten en represores y asesinos de las masas populares.

En consideración de que las colonias menonitas gozan de la dis- pensación del servicio militar obligatorio y la gran mayoría de la élite *q'ara*, que tampoco concurren a los cuarteles, mucho menos en casos de conflicto internacional. Por consiguiente, planteamos la dis- pensación del servicio militar obligatorio, para las juventudes ayma- ras, o en su caso, como opción alternativa, la organización del ejérci- to aymara (o "indio" en la versión del sojuzgamiento) con oficiales y comandantes aymaras, con la específica misión de que los cuarteles del ejército aymara, además de ser centros de instrucción militar, serán academias de formación técnica para ambos sexos, donde el soldado deberá tener en una mano las herramientas de trabajo para integrar y desarrollar el país y, en la otra el fusil, para defender la integridad territorial y la soberanía nacional; pero nunca jamás dis- parará sus armas contra su pueblo, que con su tributo hace posible el mantenimiento y equipamiento de su ejército.

Por otra parte, sabemos por generaciones de la podredumbre de la sociedad opresora, la condición depravada y mezquina de su élite, que ahora mismo estamos presenciando el desenfreno de una orgía de politiqueros desalmados y asesinos, que a título de democracia, exhiben la desvergüenza y el cinismo después de haber masacrado al pueblo y hundido al país; personajes funestos entre los cuales figuran: Melgarejo, Banzer, Barrientos, Natusch Busch, García Meza, Arce, Pando, Peñaranda, Paz Estenssoro y otros.

Los pueblos originarios saben por experiencia propia que aun en el supuesto caso de que las estructuras y la conducta sojuzgadora cambiaran, el relativo bienestar para los pueblos originarios se- guiría condicionado a las políticas de aculturación, que incluyen el rechazo a nuestra lengua ancestral, la imposición de dioses extraños y ajenos, la veneración forzada a héroes y símbolos prestados. Esa situación equivaldría a una libertad a medias, a cambio de nuestra desaparición como personalidad cultural, pueblo y nación aymara del *Qullasuyu.*

Aún queda mucho que decir sobre las motivaciones que determi- nan la voluntad de autodeterminación del pueblo aymara y la resti- tución de la soberanía política del *Qullasuyu*, pero deseo enfatizar que el pueblo aymara tiene el derecho de redimirse de toda forma de

explotación, discriminación racista y dominación. De invertir su situación de virtual esclavitud, en una realidad de justicia y liber- tad; de instituir su propio ordenamiento jurídico legal y administra- tivo y gobernarse por sí mismo, en el marco de su cultura y de su go- bierno propio.

Esta determinación no radica solamente en los sufrimientos de un infame sojuzgamiento; también nos preocupa la postración del Estado boliviano, porque todo el peso de la deuda externa cae ente- ramente sobre nosotros en la variante de obreros y campesinos, como está ocurriendo con la imposición de salarios de genocidio y lacerante miseria de los campesinos; la postración de rodillas del Estado, implorando la limosna internacional, bajo condiciones humi- llantes y dominación imperialista, por la incapacidad de los gobier- nos cipayos, carentes de ideología y consecuencia política, a tal ex- tremo, que la economía nacional está dolarizada y el Embajador norteamericano, con inaudita soberbia gobierna detrás de la silla presidencial, por encima de su representación diplomática, que de hecho se traduce en gobernador de la colonia Bolivia.

Detrás de los millonarios fondos para la lucha antidroga, existe un sucio negocio en el que tienen su parte los norteamericanos, así pues, un gran porcentaje vuelve a los Estados Unidos, por concepto de salarios y corrupción, otro porcentaje se pierde en los bol- sillos de los corruptos *q'aras*, otro porcentaje se destina al mante- nimiento y operación de los aparatos represivos y finalmente, una mínima parte se destina al llamado desarrollo alternativo, que no significa ningún desarrollo y sirve más para una cobertura de la farsa y el engaño.

Desde la fundación de la República, ningún gobierno ha tenido una política de desarrollo agropecuario, como es normal e inteligente en todo Estado organizado por la espuria sociedad *q'ara* y sus go- biernos parasitarios, acostumbrados a vegetar con el despojo a los llamados "indios o campesinos" inclusive hasta el presente nunca han podido comprender la importancia fundamental de la agrope- cuaria, a cuya causa no existe una estructura básica para el desarrollo agrario, cuyo resultado es la miseria, el despoblamiento del campo, la producción de coca excedentaria y sus consecuencias. Sin embargo, si hubiera de veras la intención de superar el proble- ma del narcotráfico y la drogadicción, sería fácil sin necesidad de violencia, mediante una adecuada inversión en el establecimiento de estructuras para el sector agrario; el adecuado desarrollo alternativo consiste en la apertura de caminos, en la transformación e

industrialización de los productos, mercado planificado con proyec- ción al exterior, precios justos y crédito agrícola, un sostenido servi- cio de extensión agropecuario y otros.

Con esta apretada e incompleta exposición, mi deseo es hacer conocer a mi pueblo, mi pensamiento político en el contexto general de las posiciones indianistas del *Qullasuyu* de fundamentar las causas y derechos irreversibles de nuestra lucha libertaria, de explicar claramente en qué consiste el concepto de "lo diferente" de un indianismo que reivindica su patria ancestral. Frente a un Estado usurpador y opresor; frente a un indigenismo desclasado colaboracionista y frente a los partidos políticos opresores del pizarrismo y almagrismo, con los cuales no puede haber ninguna afinidad, caracterizados por las políticas de sojuzgamiento, hambre y miseria, en tanto se consuman los periódicos saqueos de la riqueza nacional; como ahora mismo está sucediendo con el gobierno de la gubernabilidad, conformado por el MNR, MRTK-L, MBL y UCS, a título de "capitalización", "participación popular", y otras falacias que siempre se traducen en normas y estructuras de explotación, opresión y miseria para las grandes mayorías que constituyen los pueblos originarios.

Ahora a la hora nona, cuando Bolivia se hunde, cínicamente nos hablan de "participación popular" de "justicia y democracia" adop- tando supuestos méritos y virtudes que nunca tuvieron, tratando rastreramente de convertirnos en cómplices de la rastrera infamia de la venta de nuestra *Pachamama,* a título de "capitalización" cuyo significado ya es conocido; primero, porque "capitalización" es sinónimo de "privatización" en el concepto y la conducta del capita- lismo foráneo. Segundo, dado el carácter de lucro de toda inversión capitalista, el llamado plan de todos del MNR y el presidente Sánchez de Lozada, significaría retroceder al pasado inmediato cuando los barones del estaño sometían al país a un saqueo sin límites y la explotación inhumana, salvaje y genocida de los trabaja- dores. Así, la relocalización y los salarios de genocidio de la política neoliberal, serían legales y democráticos en una refinada versión de la mentira.

Además, el sistema capitalista ha manejado el país desde la fun- dación de Bolivia sin poder dar solución a ningún problema. Por el contrario, siempre ha sido un factor negativo y ha causado las muti- laciones territoriales; ha sido

incapaz de levantar siquiera una fábrica de clavos de calidad. El capitalismo no tiene principios de patria y su diligencia se centra en el saqueo; como está demostrando

con la concertada quiebra de Bancos, después de haberse aprovecha- do de los fondos de la deuda externa, cargados ahora y siempre al Estado, al pueblo trabajador que se muere de hambre, esa es la naturaleza de la mafia capitalista en este país.

Así desde un principio, los *q'aras* corruptos han impuesto una moral de facinerosos y truanes de toda laya, la mentira y el robo lo convirtieron en norma de gobierno y cristiana civilización, hasta llegar a la vergüenza de gobiernos cómplices de las mafias del narcotráfico. La instalación en el gobierno de terroristas, de asesinos a sangre fría a título de revolución patriótica, como ha sido la dictadura militar de García Meza, o la traición del MNR con la Nacionalización de las minas, Reforma Agraria y su 21060 neoliberal; la traición de Paz Zamora, cuando el gobierno del llamado "acuerdo patriótico" a espaldas del pueblo vende la dignidad y la soberanía nacional, al aceptar la llamada "Ley 1008" a cuyo tenor el imperialismo yanqui hace una ocupación militar del país, asalta poblaciones indefensas y patea a diputados, autoridades y militares bolivianos, en medio de la característica brutal del terro- rismo rambo norteamericano.

Con estos antecedentes y lo que falta decir, la participación popular, la capitalización y sus demás complementos, claramente deja advertir que es tramposo en sus segundas intenciones, chantajista al estilo de las dictaduras que el MNR sabe hacerlo hasta lo ruin; con mayor razón, cuando ahora el MNR es el abanderado de la destrucción nacional, en negro maridaje con una fracción katarista del MRTK-L, que no compromete al indianismo ajanara del *Qullasuyu*, toda vez que una complicidad en un hecho de devastación y venta de nuestra *Pachamama*, como lo está haciendo el MRTK-L a título de capitalización; resulta el colmo del absurdo de un indigenismo cholo anti histórico, que no tiene derecho a levantar el nombre de Tupak Katari. Es necesario hacer constar ante la historia, que los aymaras que militamos en la posición indianista, censuramos a los colaboracionistas del MRTK-L por traicionar a la memoria del Mallku Tupak Katari y los sagrados intereses del pueblo aymara del *Qullasuyu*.

Los aymaras indianistas del *Qullasuyu*, no queremos nada del MNR y sus *llunk'us;* lo único que demandamos con toda la potencia de nuestros sentimientos, es la restitución del territorio nacional del *Qullasuyu,* en la integridad de nuestro dominio ancestral, junto al reconocimiento de nuestro derecho de autodeterminación como pue- blo y nación aymara del *Qullasuyu.*

Nosotros, el pueblo aymara, somos una realidad socio-cultural viva y presente; con cultura homogénea e historia milenaria, con una *Pachamama* geográfico legítimo propio, con todas las condi- ciones para la calidad de ESTADO - NACION - SOBERANO.

La Paz, julio de 1995

GLOSARIO*

Achachila: Se dice al abuelo, a las personas de edad y considera- ción. También se puede referir a nuestros dioses tutelares.

Ajayu: Es espíritu que encarna en las personas.

Ajayu irpxataña: Reincorj)orac¡ón o reintegración del espíritu al cuerpo físico.

Alsa: Sobras de la comidn comunitaria que cada uno toma para sí.

Alxiri: El pongo feudal que vendía los productos de la tierra para beneficio exclusivo del patrón gamonal. Se llamaba *alxerías* a los lu- gares donde se realizaban esas ventas.

Allpachu: Alpaca.

Anata: Una tradición aymara que se acomodó al carnaval occiden- tal. *Jisk'a anata* se celebra a nivel familiar y *Jach'a anata* a nivel de todo el *ayllu.*

Ankuta: Llamas machos de unos dos años que recién aprenden a cargar.

Añawaya: Una variedad de espinos que crece en las serranías de Corocoro.

La traducción de las pulnlti nn <l«l |>roiu<nt« xloxario fue realizada por el autor. 453

Apill qhati: Ocas cocidas.

Aransaya: Una parcialidad de los *ayllus* aymaras.

Aruntiri: La persona que oficia de sacerdote en los ritos religiosos; de *aruntaña:* saludar.

Arxatiri: El abogado o tinterillo que asume la defensa de una cau- sa judicial; de *arxataña:* defender.

A8Ínt jaqi: "Gente de hacienda", colonos, aymaras que vivían en las haciendas en condición de siervos.

Awayu: Tejido multicolor que usan las mujeres aymaras para cargar.

Ayllu: El conjunto de la organización económico, social y político cul- tural de la civilización aymara, cuyo origen trasciende desde más allá de la civilización tiawanakota.

Ayni: Una norma de trabajo hecha institución en el marco de la reciprocidad, como parte del contenido del *ayllu*.

Aynuqa: Un espacio territorial del *ayllu*, que es distribuido entre todos los *sayañeros* que conforman el *ayllu* para la explotación agrícola rotativa.

Ayrampu: Planta de la que se extrae un vino dulce muy usado para las *ch'allas*.

Aysa: Derrumbe, desplome o hundimiento del suelo como ocurría en la mina de Corocoro.

Awila: "Abuela", personaje jocoso de una danza.

Buna: Es el nombre mestizo de una especie de hormigas venenosas de las zonas tropicales.

Chaku: "Chaco", voz de origen qhishwa, que significa terreno.

Chaqueo: Término mestizo que significa la preparación de un terre- no para su cultivo en el Alto Beni.

Chaskiri. El peón que remueve la carga de los buzones en la mina. ***Chayru.*** Plato típico del altiplano en base a papas y chuño. ***Chiwanku.*** Pájaro de color plomizo y pecho blanco, un poco más

grande que el común de los pájaros.

Chuqila: Nombre de una antigua danza aymara. ***Chulu:*** El nombre del puma en la mina Chojlla. ***Chuwa***: Plato de barro cocido o de madera.

Ch'akhi: En qhishwa: "seco". El término amestizado se refiere a un estado de malestar después de una borrachera.

Ch'alla: Es una reverencia de fe y complacencia en los diferentes grados de las costumbres de tradiciones de la cultura aymara.

Ch'allxata: Acto de cumplir con los ritos de la *ch'alla.*

Ch'amuña: Chupete o caramelo. También se puede usar como una velada amenaza. "Venganza es *ch'amuña,* se dice un dicho popular.

Ch'aphi: Se llama así a los perros ordinarios con pelaje enrulado y a los mineros con barba.

Ch'ayña: Pajarillo negro con pecho amarillo.

Ch'iwa: Una variedad de algas que crecen en verano. También las hojas tiernas de la quinua.

Ch'umi. Maleza menuda y tupida.

Ch'unchu: El hombre originario que vive en las zonas selváticas. ***Ch'uñu:***

Papas deshidratadas a la usanza aymara.

Ch'uñuphuti: *Chuñu* cocido.

Ch'upeo: Término mestizo que indica la tarea previa de cortar con machete las *moras* y maleza menuda antes de tumbar los árboles.

Ch'uspa: Pequeña bolsa para la coca usada ceremoniosamente por la generalidad del pueblo aymara.

Ch'uta: Danza aymara. También era un término de discrimina- ción racista que fue aplicado en contra del indígena hasta la Guerra del Chaco.

Chhijnuqa: Se dice que las personas que empiezan a formar un hogar y viven una situación de necesidades y limitaciones.

Chhiri: Un décimo de gramo. Medida usada por los rescatadores de oro. Un palito de fósforo equivale a un *chhiri.*

Chhiya: Un cuarto de *tupu.*

Guardatojo: Término mestizo con que se conoce el casco con que trabajan mineros, protege la cabeza del *tuxu.*

Ikiña: Dormir, cama o frazada.

Illa: Una deidad aymara que tiene el poder de hacer reproducir el ganado.

Imilla. Niña en la edad de la pubertad. También se aplica a la muj- er de conducta poco seria o razonamiento inmaduro.

Iqiqu: "Equeqo" en castellano. Dios de la abundancia. También se usa para ridiculizar a personas que andan sobrecargadas de objetos.

Ira: La postulación del candidato al cargo de *mallku.*

Irujichu: Paja brava.

Isti: Hormiga venenosa de los Yungas. Llamada "buna" por los cam- bas.

Jach'u: Residuo de la coca macerada en la boca a través del *pijchu.* ***Jaqi:*** Gente.

Jaqunta: Caldo con trozos de carne, papas y chuño enteros. ***Jawas mut'i:*** Mote de habas.

Jaivas phusphu: Mote de habas secas previamente retostadas.

Jilalo: Nombre cariñoso que se da a los hermanos y parientes cer- canos.

Jilaqata: Personaje de autoridad en pleno ejercicio en el *ayllu.* ***Juku.*** Búho.

Kaylla: Planta espinoza.

Kamani: Cuidador, persona encargada de cuidar ganado, sem- bradíos y productos de la hacienda gamonal.

Kim8acharani: Chicote terminado en tres latiguillos delgados que las mamás usaban para reprender a sus hijos.

Kuntur mamani: Dios tutelar del hogar, fundido con la vivienda y el nombre de una familia.

Kurmi. Arco iris.

Kharikhari: Ciertos sujetos que practican ritos para extraer aceite del cuerpo humano.

Khirikhiri'. Instrumento de madera para acompañamiento de la danza de los *tuntikis* o negritos.

Khuskhachasiña: Igualdad y reciprocidad.

K'alla: Una forma de trabajo en la mina mediante desquinches calculados.

K'ank'a: Denominación sarcástica a las personas de conducta so- berbia y despótica. El gringo y el gallo son *k'ank'as.*

K'ili: Espinazo del cordero o del pescado. También un dibujo de los tejidos.

K'ili k'ili. Halcón. También puede significar un lugar escarpado similar al espinazo de un pescado. Actualmente Villa Pabón, en La Paz.

K'illim tampu: Tambo del carbón.

K'ipha: Papas que se producen en los barbechos de las papas que quedaron enterradas de la cosecha anterior.

K'ispiña: Una especie de panecillo de quinua.

K'ulluk'uchu. "Rincón del tronco", nombre de una región en los Yungas.

K'usillu: Mono, bufón, payaso.

Laqaya: Casa en proceso de destrucción.

Larama: Color azul u oscuro indefinido. Término racista de insul- to y humillación infamatorio aplicado en contra del indígena.

Lawa: Término *qhishwa* que significa sopa espesa.

Layma. Término de origen inglés (liner) que se refería a una máquina perforadora de origen británico usada en la mina de Coro- coro.

Lik'i: Sebo, grasa, gordura.

Luk'i: Una variedad de papas amargas resistentes al frío.

Luxtiri: Sacerdote ajanara que conduce las ceremonias de roga- ción religiosa. (De *luxtaña:* ofrendar).

Llaxwa: (Término de origen qhishwa). Salsa picante. ***Lluch'u o ch'ullu:*** Gorra

tejida típica de los Andes. ***Llujt'a:*** Lejía usada en el *pijchu* de la coca. ***Llunk'u:*** Persona servil.

Llusk'a: Separación natural de dos cuerpos de roca o de roca-veta de mineral.

Malita: Un tipo de *tarqa.*

Mallku: Equivale a "Excelencia". Se refiere a un hombre con de- legación de representación y poderes de gobierno en el *ayllu.*

Mama: Madre, señora.

Marka: Pueblo, ciudad, nación.

Marka ayllu: Pueblo sede de gobierno del *ayllu.*

Markaqa: Una forma de compensación al pastor con una oveja o con surcos de sembradío que se realiza durante el *jach a anata.*

Mink'a: Trabajo de ayuda eventual que se retribuye con una por- ción *{paylla*) de los productos de la cosecha.

Misti: Criollo mestizo blancoide, poderosos y temible.

Mit'a: Una forma de servidumbre gratuita de los indígenas en las haciendas del gamonalismo en las minas. En la expresión aymara significa una jornada de trabajo social.

Mit'ani: Indígena obligado por sus opresores a someterse a su explotación bajo la modalidad desnaturalizada de la *mit'a.*

Mit'ayu: Indígena minero sometido a una situación de virtual es- clavitud durante la Colonia española y la misma República.

Mora: Se dice en los Yungas a los bejucos y lianas.

Mullu: Perla, talismán infaltable en las costumbres y tradiciones del pueblo aymara.

Muquq'ara: Rodilla al descubierto. Se denominaba así a los indí- genas de la región de Timusí a causa de sus pantalones muy cortos.

Muru imilla: "Niña de trenzas cortadas"; pero en la maldad racis- ta del sistema opresor se usaba como un término de escarnio y virtual situación de esclavitud.

460

Muru yuqalla. "Niño con el pelo rapado", tiene la misma conno- tación que el término anterior pero con referencia a los niños indígenas.

Ñanqha. Maldad, maligno. ***Ñiq'i phuku:*** Olla de barro. ***Paka***: Aguila.

Pachamama. Madre naturaleza. Diosa cósmica en la religión so- lar y la cosmovisión aymara.

Palta: Sobrecarga, retobo.

Pallaqueo: Expresión mestiza que se refiere al hecho de remover y recoger partículas de mineral.

Palliri: Mujer minera que trabaja en la superficie rebuscando minerales.

Papaqhati: Papas cocidas con o sin cáscaras.

Paqarina: Matriz de la Pachamama de donde insurge legítima- mente el pueblo aymarn quila del Qullasuyu. El lago Titikaka es una *paqarina* aymara.

Patjati: Patilla ancha de adobes que sirve para tender la *ikiña*.

Patapila: "Pies descalzos". Nombre de los soldados paraguayos en la Guerra del Chaco.

Paylla. Salario pagado con productos de la tierra, especialmente con papas.

Phichika: Trenza de mujer.

Pijchu: *Acullicar* hojas de coca.

Pinkillu: Instrumento de viento fabricado de caña.

Pirwa: Una especie de silo hecho de piedras y adobes.

Pirkiñero: Término mestizo que se refiere al trabajador a destajo en las minas.

Pongo: Término mestizo (derivado de *punku:* puerta). Indio que hacía el servicio personal en cnsa de los patrones.

Puruma: Tierra virgen que no ha sido cultivada.

4 (i 1

Pututu: Bocina o trompeta de cuerno.

Phawa: Echar la semilla al voleo.

Phaxsimama: Señora Luna. También reciben esta denominación las riquezas en dinero.

Phina: Depósito de papas que tienen forma cónica cuando están cubiertos con paja y tierra.

Phiri: Cocimiento de harina de trigo o de maíz que suple al pan. ***Phullu:*** Manta de lana para las mujeres.

P'isaqa: Perdiz. Se llama también así a dos botellitas de bebida que se acostumbra servir en las fiestas.

P'itikilla: Una variedad de papa dulce muy agradable. ***P'ullqu.*** Calzaduras para los pies hechas de cuero de llama. ***P'uyu:*** Una técnica en tejidos de lujo.

Qala jaquntaña: "Lugar donde se arrojó la piedra", nombre de un lugar cercano a Corocoro.

Qamaqi: Zorro, también se usa como insulto.

Qarachi: Sarna.

Qaranchu. Una variedad de sapos que viven en el Alto Beni. ***Qiru:*** Vaso grande de plata labrada.

Quila: Medicina. Nombre original de la nación aymara. ***Qhachiña:*** Rasqueta.

Qhasapa: Tela de yute rala que se usa para pescar.

Qhati: Papas cocidas sin quitar la cáscara.

Qhathu. Feria, mercado. *Qhatera* es un término mestizo que se refiere a las mujeres que venden en el *qhatu.*

Qhichi: Una forma de medir por partes iguales usando un jarro o un plato.

Qhini: Papa dulce harinosa.

Qhiri: Fogón.

462

Qhirwa: Valles.

Qhuya: Mina.

Qhuyero: Término mestizo que significa minero de interior mina. ***Q'asari:*** Inflación de la piel.

Q'ara: Peíado. Opresor ruin.

Q'areadora: Término mestizo que se refería a la mujer minera que en Corocoro preparaba la granza del mineral. Procede de *q'arayaña:* "granzar".

Q'aytu: (Término del qhishwa). Hilo de lana hilada.

Q'ipi: Bulto que se lleva sobre el hombro.

Q'ipiña: Sabanilla que sirve para cargar en los Yungas. Q'ulu: Sombrero viejo de lana de oveja.

Q'urawa: Honda.

Q'utu: Bocio.

Q'uxta: Mechero rústico a carburo que se usaba en las minas.

Rump'u: Voz de origen qhishwa que se refiere a un barreno moto- so.

Salta: Una artística forma de tejido.

Sart'aña: Petición en matrimonio.

Sawuñ laiva: Palo rollizo que es parte del telar.

Saxi: Una lámina de arenilla gredosa que existe entre la veta de mineral de cobre y la roca que causa el desplome de bloques.

Sayaña: Parcela de derecho familiar por usos y costumbre dentro de lo proindiviso.

Sayañero: Persona de derecho que es reconocida como propietaria de la *sayaña*.

Sik'i: Vegetal silvestre de hojas comestibles.

Sikili: Arbol común en **IOH** Yungas.

Suni: Cordillera.

<uí : i

Sunichu: Gente atrasada, animales inferiores de la cordillera. Término peyorativo.

Suivrinwawa: "Sobrino hijo", un sobrino que es como un hijo.

Takia: Bosta de llama que sirve como excelente combustible. Voz qhishwa.

Taja: Capa de raíces que cubre el suelo.

Tampu: Lugar donde llegan y se venden los productos de las zonas rurales a las ciudades, amestizado como "tambo".

Tari: Tejido de forma cuadrada que sirve para el uso de la coca o para amarrar la merienda de campo.

Tarqa: Instrumento musical de madera ahuecada.

Tayka marka: Pueblo o ciudad capital donde radica el gobierno del *ayllu*.

Tilinki: Copa de plata labrada que se usa en oportunidades espe- ciales.

Titi: Felino de la mitología aymara que aparece en las vertientes de agua en forma de puma o gato montés.

Tuntiki: Danza de origen afro-boliviano.

Tupu: Medida que puede referirse a una legua o a una carga de papa u otros productos. También prendedor que usan las mujeres.

Tuxu: Derrumbe en la mina.

Thiyachinu: Es un compuesto religioso que tiene un carácter sa- grado en la cultura aymara.

T'alla: Señora envestida de mando; rango de primera dama. ***T'axlli:*** Medida equivalente a una cuarta. Sopapo, palmada. ***T'ikhancha:*** Acto de adornar al ganado.

T'ikita: Adorno que se coloca en las orejas del ganado.

T'imphu: Una variedad de comida muy generalizada en el Altipla- no.

T'ixita: Pelota de trapos; de *t'ixiña:* remendar.

Tula: Arbusto muy usado como combustible.

Ulinchu: Aves negras más grandes que los pajaritos comunes. ***Untu:*** Sebo crudo sin sal.

Urínsaya: Una parcialidad de los *ayllus*.

Uwyiri: Deidad protectora; de *uywaña:* criar.

Wachu: Medida de avance en el volteo de los surcos de papas y también el desbroce de yerbas en los Yungas.

Wakulla: Cántaro.

Wak'a: Lugar convertido en deidad, en ese lugar se celebran ri- tuales. También faja tejida.

Wak'ani: Lluch'u con profusión de figuras.

Wankara: Bombo, tambor.

Wanu: Estiércol usado como abono. Amestizado como"guano". ***Waracha:*** Catre rústico de palos.

Waraqu: Fruta silvestre parecida a la tuna.

Warayu: Planta silvestre espinosa, parecida a la tuna.

Wascazo: Término mestizo que significa latigazo.

Wawa: Niño o niña de corta edad.

Wayrunqu: Moscardón, tábano. Apodo aplicado a los zánganos parasitarios y ladrones.

Wilancha: Acto de hacer *ch'alla* a la Pachamama, con la sangre caliente de la oveja o llama que se sacrifica como ofrenda a nuestros dioses tutelares.

Willk'i: Madera dura y resistente.

Wich'uña: Hueso de llama que se usa para tejer en telar. ***Wik'uña:*** Vicuña.

Wiraqucha: Señor criollo mestizo poderoso y de vida holgada. Al cerdo invernado también se lo llama *wirajucha* por lo abultado de su tocino y vida grosera.

465

Wiphala: Bandera.

Wiakhu: Sandalia fabricada con cuero grueso de llama especial- mente del cogote.

Yarita: Arbusto de tamaño mediano muy usado como combustible. ***Yatiri***: Adivino.

Yaya: Término de apostrofe equivalente a decir: atrevido o sin- vergüenza.

Yuqalla: Niño o adolescente del sexo masculino. Término de es- carnio racista en la lengua castellana.

466

La presente edición se terminó de imprimir en diciembre de 1995

Talleres Gráficos *hisbol* P.O. Box: 10296 Telf.: 36 8327 La Paz - Bolivia